COLECCION
PRISMA



HERBERT THURSTON, S. J.

LOS FENOMENOS FISICOS DE MISTICISMO

PROLOGO DEL R. P. MESEGUER, S. J.

EDICIONES «DINOR» - SAN SEBASTIAN

LOS FENOMENOS FISICOS DE MISTICISMO

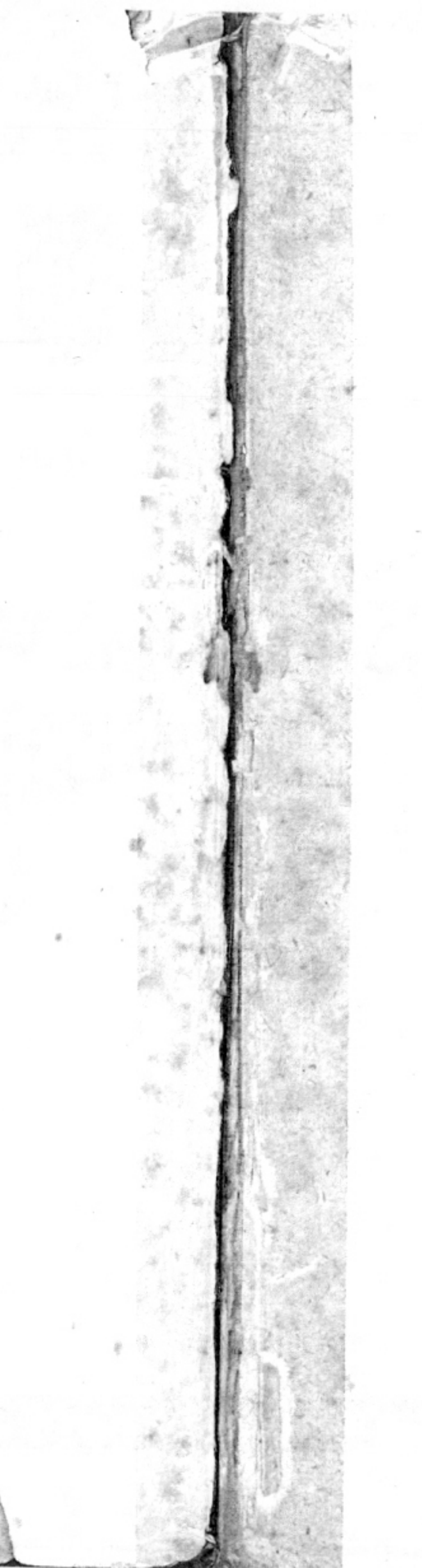
¡ Andar sobre brasas sin quemarse ; pasar meses sin comer ni beber, seguir trabajando y aumentar de peso ; elevarse en el aire ; leer en plena oscuridad o con los ojos cerrados ; aparición de las llagas de nuestro Salvador en manos, pies y costado... Estos y otros muchos casos no menos intrigantes que se conocen ya desde hace centenares de años ! ¿ Obedecen tales fenómenos tan sólo a fuerzas naturales o son debidos a una milagrosa intervención divina ? He aquí un tema sumamente apasionante, objetivamente expuesto a base de las más recientes investigaciones parapsicológicas y psicopatológicas.

El estudio de los fenómenos físicos requería la contribución de un historiador competente. El P. Thurston aúna su erudición histórica excepcional con un espíritu crítico muy ponderado frente a todas esas manifestaciones curiosas. Durante más de 50 años fue recopilando datos históricos que le sirvieron de base para una ingente labor de esclarecimiento. Fidelidad insobornable a la verdad y un robusto sentido cristiano lo mantienen en esa línea tan difícil en que se limitan mutuamente la temeridad iconoclasta y la piedad credulona.

Esta obra, escrita con franqueza y discreción, no perturba a los sencillos ni ofende a los doctos, sino que instruye, forma el criterio y cautiva la atención. Y no es para menos, pues vamos de maravilla en maravilla. Trátase en efecto de un libro único en su género, modelo de madurez, que no puede faltar en ninguna biblioteca de hagiografía, ascética y mística, psicología, medicina o historia ; será lectura sabrosa y formativa para todo católico instruído.

EDICIONES «DINOR»
SAN SEBASTIAN

75 pesetas



[redacted]


LOS FENOMENOS FISICOS DE MISTICISMO

TITULO ORIGINAL
THE PHYSICAL PHENOMENA MYSTICISM

NIHIL OBSTAT:
DR. LUIS MINER, Censor.

IMPRIMATUR:
S. Sebastiani, 19 augusti 1953
JACOBUS EPISCOPUS

EDITORIAL GOMEZ - PAMPLONA

PROLOGO DE LA EDICION ESPAÑOLA

"El hombre que lo sabe todo", "el hombre que sólo busca la verdad": estos dos conceptos referidos al P. Thurston estaban esculpidos en la mente de los católicos —y de muchos no católicos— de Inglaterra. Sesenta años de producción incesante y una derechura nunca desmentida fueron el cincel y el martillo que esculpieron esos conceptos. La biografía del P. Thurston casi se resume en la lista de sus mil trabajos, en números redondos. Es como quien dice la biografía de su entendimiento. Menos conocida, pero no menos ejemplar, es la biografía de su corazón. Su espacio vital material fué bien reducido: la sala de lectura del British Museum *y su celda en la residencia de los jesuítas de la Farm Street, que ocupó sin interrupción desde 1894 a 1939. En cambio, el espacio vital de su mente fué vastísimo, sobre todo en dos direcciones: la histórico-religiosa y la psicológica. Una típica vida de escritor al servicio de la verdad, y especialmente de la verdad católica, muy desvalida y maltratada en la Inglaterra de su juventud.*

Nació el P. Thurston el 15 de noviembre de 1856 —en plena época de Carlos Dickens—y murió el 3 de noviembre de 1939, cuando la guerra-relámpago. El mismo día que murió se distribuía The Month, *su revista, con un artículo suyo.*

Mirando las dos direcciones principales de su interés y buscando los orígenes, no parece descaminado verlos en dos experiencias de su niñez que le

ton encontró Mr. Powell un muchacho de unos diecisiete años, extraordinariamente sugestible. Cobró el hipnotizador tal dominio sobre él, que aun a distancia en la calle lo podía paralizar. Un día lo colocó en posición horizontal sobre el canto del respaldo de tres sillas y, una vez reducido por hipnosis a pasmo cataléptico, quitó la silla de en medio y lo dejó apoyado solamente sobre la cabeza y los tobillos; y lo que es más, se subió sobre la mitad del cuerpo sin que cediera su rigidez, como si fuera una viga de hierro. Estas extrañas manifestaciones de que fué testigo atónito dieron al niño Thurston mucho que pensar sobre las fuerzas misteriosas que hay en la Naturaleza. De ahí su curiosidad en toda su vida por toda clase de fenómenos raros: duendes, ruidos, ruptura espontánea de objetos, telequinesis, levitación, apariciones, especialmente de moribundos, telepatía, clarividencia, mal de ojo, escritura automática y tantos otros que vienen siendo atestiguados en todos los países desde hace milenios. Un indicio de este interés es que siendo estudiante de Teología dió a sus compañeros una conferencia sobre mesmerismo, sonambulismo y transmisión del pensamiento. Luego, durante años y años, fué recogiendo materiales, los más probados posible, indudablemente con miras a un estudio de conjunto. Una circunstancia que le permitió profundizar en algunos sectores de esa región intrigante de la naturaleza humana fué el tener que polemizar con los espiritistas, bribones unos, y crédulos otros. A eso debemos el libro suyo "La Iglesia y el Espiritismo". Seguramente pensaba hacer otros, porque cuando le cogió la muerte reunía y revisaba series de artículos suyos sobre estas materias, una de las cuales es cabalmente la que forma el volumen presente. Dos palabras sobre él.

Vemos en él una fusión afortunada de sus dos principales competencias: la histórico-hagiográfica y la... digamos parapsicológica. En estos breves estudios se pueden apreciar las cualidades antes alabadas de su autor, sobre todo las de historiador. La bibliografía parapsicológica, aun la que ya existía en su tiempo, no siempre se utiliza, aunque muestra en ello buenos conocimientos y su buen juicio en el estudio personal de los hechos recogidos suple mucho. Hay que tener en cuenta que el P. Thurston no tuvo tiempo de revisar, como quería, todos sus artículos, parte por sus achaques, parte por sus ocupaciones, sobre todo la edición del Butler. Si él le hubiera podido dar la última mano para la imprenta, esta obra, donde fuera posible, ostentaría en grado todavía mayor los efectos de aquella sed insaciable de información y comprobación que delataban en él al investigador nato. Sin embargo, siempre será verdad que la erudición histórica era superior en el P. Thurston a cualquiera otra. Y es muy de apreciar en esta materia de fenómenos extraños esa actitud básica de historiador, gran fidelidad a lo acontecido y discernimiento sutil de los testimonios, porque el primer paso para un estudio serio de este género es establecer bien los hechos. Por todo ello esta obra, única en su género, posee un valor extraordinario, que no perderá fácilmente con el tiempo. Podrá discutirse si en este o aquel caso particular está del todo acertado, pero, en general, su crítica es digna de confianza.

Hemos presentado del P. Thurston las dos facetas más aparentes en este libro: historia y psicología. Esbocemos algunas otras para dejar más completa la pintura. De grado o por fuerza, el P. Thurston resultó ser un polemista de primera categoría. Cuando entró en liza en las últimas décadas del siglo XIX, el crédito intelectual de los católicos ingleses dejaba mucho que desear. Además de las falsedades sobre el catolicismo, que la historia oficial había hecho patrimonio permanente de la cultura inglesa, de nuevo los escritores protestantes no ce-

sensato y, con ello, el cuidado de no perturbar las conciencias, aun las mal formadas, de muchos católicos" (*).

Madrid, 3 de Agosto de 1953.

PEDRO MESEGUER, S. J.

(*) Véase: CREHAN, J., S. J., *Father Thurston,* London, 1952, 235 páginas.

PREFACIO

Entre los años 1919 y 1938 escribió el P. Thurston una serie de estudios acerca de los fenómenos físicos de misticismo. Sus opiniones se esclarecieron en 1933, cuando un doctor luterano consiguió en Alemania producir estigmas por sugestión en una paciente histérica. Las circunstancias de la ocasión fueron confirmadas por reputados médicos, y el P. Thurston, aunque previamente inclinado a creer que la sugestión podía ayudar mucho a la producción de estigmas en sujetos aptos, aceptó entonces como concluyente la prueba alemana. Afortunadamente, el manuscrito de una conferencia que acerca de este tema dió ante una asamblea de médicos se conserva, el cual por primera vez, se publica aquí. Los restantes escritos fueron publicados en *The Month, The Catholic Medical Guardian* y *Studies*. El P. Thurston empezó a revisar por sí mismo los artículos, añadiendo notas y suprimiendo repeticiones. Donde el editor ha creído necesario añadir sus propias notas, ya porque la revisión no fué completada o porque en los últimos años se han presentado nuevos puntos, adiciona las iniciales J. H. C. Todas las demás notas son del P. Thurston.

J. H. CREHAN, S. J.

Heythrop, 31 de julio, 1951.

CAPITULO I

LEVITACION

En una época en que los escritores populares prestan tanta atención a las manifestaciones de los mediums espiritistas, no parece fuera de lugar registrar el hecho de que, si vamos en pos de maravillas, no se da clase alguna de asuntos tan dignos de estudio como los datos de misticismo católico.

En todas las partes de la Sagrada Escritura, desde los días de Faraón hasta los de Simón Mago, parece haberse adoptado la posición de que si bien los verdaderos creyentes no poseen el monopolio de portentos y maravillas, los grandes prodigios que ellos realizan con el poder del Altísimo son en todos sentidos más estupendos que los prodigios naturales o diabólicos de la magia presentados como en una especie de competencia frente a los mismos.

Justamente podemos adoptar el mismo principio como bueno al referirnos a los tiempos postbíblicos.

Sin embargo, los que se consagran a las investigaciones psíquicas, y aun los mismos católicos, han prestado hasta el presente poca atención a los fenómenos físicos de ascetismo. Parece haberse creado por los métodos carentes de crítica en los hagiógrafos un prejuicio contra la literatura de lo sobrenatural. Viviendo ellos en una atmósfera de fe indiscutida, han aceptado y repetido sin discernimiento todas las maravillas que han encontrado archivadas, y raramente se les ocurrió que las declaraciones de gente virtuosa y bien intencio-

nada, a veces, son tan indignas de confianza como las de los visionarios sin conciencia.

Los lectores de la biografía del Cardenal Newman, por Mr. Wilfrid Ward, recordarán el disgusto causado al principio de su conversación, con la publicación por los Oratorianos de la serie de Vidas de los Santos.

Cualquiera que sea la opinión que se forme acerca de este episodio y de la actuación de los interesados en el asunto, es sencillamente indiscutible que el tono general de las obras traducidas provocó críticas y que para un considerable número de clérigos y seglares católicos era inaceptable.

Aparte de su imperfecta presentación literaria, el contenido de estos volúmenes disgustó «por la abundancia de milagros *imperfectamente comprobados*», que irritó al gusto inglés y, parece, que olía a extravagancia y sensacionalismo. Me he atrevido a subrayar la frase empleada por Mr. Ward porque, indudablemente, ahí está la dificultad. Los católicos ingleses de la primera época victoriana no tenían inconveniente en admitir en abstracto lo milagroso; pero no creían que los milagros ocurriesen todos los días, y, si se les pedía mucha credulidad, consideraban natural que viniese acompañada de las pruebas correspondientes. Ahora bien; teniendo en cuenta el promedio de las Vidas de Santos de origen italiano, aun cuando, como ocurre con frecuencia, estuviese fundado en las declaraciones de testigos en el proceso de Beatificación, no se proporcionan referencias exactas ni se indican las pruebas relativas al valor de estas fuentes, o a la naturaleza del testimonio, o de las circunstancias bajo las cuales fué prestado.

El maravilloso suceso declarado por un solo testigo de muy avanzada edad, cuya historia había oído en su juventud de alguna tercera persona cuyo nombre no se menciona, es puesto por escrito como un hecho real, con la misma confiada fe con que el biógrafo recoge los detalles atestiguados independientemente por una docena de diferentes contemporáneos que vivieron en relación

diaria con el Santo, y habían sido espectadores de todas sus acciones. En ambos casos se deja al lector en la obscuridad; éste tiene que atenerse a las palabras del narrador, y si se da cuenta de que, como puede ocurrir con frecuencia, existe una tendencia subyacente a forzar lo que puede ser empleado con fines edificativos, apenas será de extrañar que la multiplicación de pasmosas maravillas deje de impresionar al lector. El resultado es ciertamente infortunado, porque las demostraciones acumuladas y de acceso relativamente fácil en los procesos de beatificación y canonización impresas con sanción de la Sagrada Congregación de Ritos, son con frecuencia mucho más interesante y evidentemente mejor atestiguadas que cualesquiera que puedan hallarse en las *Actas de la Sociedad para Investigaciones psíquicas* [1].

Ahora bien; como una maravilla física que se presenta con frecuencia en los anales hagiográficos y que particularmente se presta para la investigación, me he propuesto examinar, en primer lugar, la cuestión de la levitación del cuerpo humano. ¿Es un hecho cierto que han existido Santos que durante el trance extático fueran elevados del suelo, y permanecieran por largo tiempo suspensos en el aire sin intervención de ningún agente humano? Digo que éste es un asunto particularmente apropiado para la investigación, porque el hecho, si realmente ha tenido lugar, no requiere ningún testimonio de expertos para comprobarlo. La curación de un ciego, la de un tumor canceroso o, en muchos casos, la evidente resurrección de un muerto, siempre se prestan a proporcionarnos cierto elemento de incertidumbre. ¿Cómo sabemos nosotros que el hombre estuvo realmente muerto? ¿Fué el tumor diagnosticado propiamente como maligno? ¿Cuáles fueron la causa y la naturaleza de la ceguera? La incapacidad de ver, ¿fué orgánica o simplemente funcional? Con frecuencia para resolver

1. *Proceedings of the Society for Psyquical Research.*

estas cuestiones se necesita el testimonio del mejor experto, y aun los más eminentes médicos y cirujanos serán los primeros en declarar que están expuestos a error. Pero en plena luz del día, y en condiciones bastante normales, el más rudo testigo es competente para declarar si una persona estuvo de pie sobre el suelo o elevado en el aire, tanto más cuanto que, estando el sujeto sometido a investigación en estado de trance, puede acercarse el testigo y comprobar por sí mismo, y al tacto, que el espectáculo que se presenta ante sus ojos no es una ilusión. Naturalmente, es bien sabido que desde los días de Yamblico, o aún antes, a los de D. D. Home se ha dicho que el número de personas, sin ninguna pretensión de santidad, elevadas en el aire por influencia de espíritus o por fuerzas mágicas o psíquicas ha sido considerable [2]. Un caso particular ha sido especialmente célebre, certificado por tres testigos: Lord Lindsay (más tarde Conde de Crawford), Lord Adare (más tarde Conde de Dunraven) y el Capitán Wynne que, ante el comité de *Dialectical Society*, y en otras diferentes ocasiones, afirmaron estar absolutamente convencidos de la autenticidad del suceso. Se alega en este caso que el 13 de diciembre de 1868, Mr. Home había salido al aire por una ventana del tercer piso de la calle Buckingham Gate, número 5, y había entrado por la ventana más lejana de la pieza contigua. Los tres mencionados señores estaban presentes, mas las luces de la estancia estaban muy amortiguadas; uno de ellos declaró más tarde que vió lo ocurrido a la luz de la luna, pero como el 13 de diciembre, si la fecha es exacta,

2. Palladio, el autor de la *Historia de Lausiac,* de quien recientemente se ha dicho: «No hay razón para dudar de su buena fe cuando describe lo que vió por sí mismo». (Lowther Clarke, p. 25), que un niño, traído a S. Macario para exorcitarlo, a su presencia y por las oraciones del Santo se elevó del suelo y estuvo suspendido en el aire. (*Laus,* Hist. XVIII, p. 22).

coincidía con la luna nueva, esto es imposible. Por todos los relatos que se conservan, parece indudable que los testigos fueron presa de una extrema excitación nerviosa por haberles anunciado Mr. Home lo que pretendía hacer; y también hay que reconocer que, en cuanto a detalles menores, había muchas discrepancias entre los testigos. El finado Mr. F. Podmore, que por dos veces discutió los testimonios con bastante extensión, en la segunda ocasión hizo esta declaración general:

«Personalmente yo no encuentro ninguna dificultad en explicar el conjunto de hazañas de levitación registradas, sean las de Home, Gordon, Eusapia (Palladino), o Stainton Moses, como simples ejemplos de engaño bastante cruel de los sentidos en los que los datos sensoriales tuvieron una parte extremadamente pequeña. Se daban todas las condiciones favorables —luz amortiguada, sugestión sutil de parte del medium y un considerable grado de exaltación emocional».

Mr. Podmore era un resuelto escéptico, y me parece que se dan muchas más dificultades para explicar las alegaciones en el caso de parecidas hazañas de Home que las que el lector pudiera deducir de las palabras que acabamos de citar [3]. Sin embargo, todas las observaciones que hace Podmore están en su punto. Esta

3. Podmore, *Modern Spiritualism*, II, pp. 260-78, y *The Newer Spiritualism*, pp. 59-61. No me parece que Mr. Podmore concede bastante importancia a otros detalles registrados en las manifestaciones de Mr. Home cuando el medium fué elevado al aire dentro de la misma sala. Véase, p. ej., el relato que, sin citar los nombres de los asistentes, ofrece en *The Spiritual Magazine,* abril, 1869, p. 177. Por él se observa que Home repetía el experimento para mostrarles cómo salió fuera de la ventana. «Un poder invisible sostuvo a Mr. Home casi horizontalmente en el espacio; lanzó su cuerpo al espacio a través de una ventana abierta, con la cabeza hacia delante, trayéndole de nuevo a la sala con los pies hacia delante, retrayéndose a semejanza de una persiana en la parte inferior».

hazaña fué realizada bajo una luz amortiguada e incierta. Todos ellos, en cierto sentido, estaban en «escena» e influídos por sugestiones de carácter bastante dramático. De ahí que los testigos se hallasen en un estado de expectante atención, y si admitimos la posibilidad de alguna influencia hipnótica ejercida por Home, las condiciones eran completamente favorables.

Lo que ahora nos interesa más directamente es el hecho de que en las levitaciones de orden místico, tales como los que leemos en las vidas de los Santos, caen por los suelos todas las objeciones de Mr. Podmore. Excepto en raras ocasiones, estas manifestaciones tuvieron lugar a plena luz del día. En segundo lugar, por parte del místico, no existía el menor deseo de impresionar o de atraer la atención a lo que estaba ocurriendo. Por el contrario, poseemos en muchos casos abrumadoras pruebas de que los expuestos a estos éxtasis y raptos hicieron cuanto pudieron para ocultarlos a la vista de los hombres. Su humildad se sentía herida por la atención que suscitaban y por la consiguiente veneración de que eran objeto. Lo que es más, estas levitaciones, ordinariamente, tenían lugar sin ninguna advertencia y sin la menor predisposición de esperar semejantes fenómenos por parte de los testigos. Solamente si los hechos fuesen ratificados por testigos de cuya buena fe pudiéramos responder, parece que no habría fundamento posible para oponerse a la conclusión de que las leyes físicas más universales y familiares que rigen nuestra existencia material en este mundo han sido suspendidas una y otra vez por algún agente externo a la persona afectada, y de naturaleza completamente espiritual.

Pero antes de recurrir a lo que, a mi parecer, constituye el meollo de buena y satisfactoria prueba disponible en esta materia, permítaseme llamar la atención de uno o dos ejemplos de un tipo que pudiera fácilmente producir una mala impresión en el investigador, y conducirle a la temeraria conclusión de que los alegados raptos aéreos de los Santos no son más

que pintorescos fragmentos de la mitología cristiana.

Empecemos por San Francisco de Asís, el más popular de los Santos, y uno cuyo tipo de santidad es venerado [illegible] a la iglesia Católica. En la sección titulada Estigmas de las *Florecillas de San Francisco*, leemos lo siguiente concerniente a lo acontecido en la más remota soledad del Monte Alvernia, cuando San Francisco permitió al Hermano León que le visitara.

Y desde aquella hora, dicho Fray León comenzó a escudriñar y considerar con gran pureza y buena voluntad la vida de San Francisco; y por su gran pureza mereció con mucha frecuencia contemplar a San Francisco extasiado en Dios y elevado de la tierra algunas veces a tres codos de altura; otras, a cuatro; y, a veces, a la altura del haya; en otras ocasiones le vió elevarse tan alto en el aire, y rodeado de tal resplandor, que apenas podía divisarlo. ¿Y qué hizo este sencillo fraile cuando San Francisco estaba tan poco elevado de la tierra y podía alcanzarlo? Se le acercó suavemente, abrazó sus pies y los besó con lágrimas diciendo: «Dios mío, ten compasión de mí, pecador; y, por los méritos de este santo varón, concédeme que halle tu gracia» [4].

Naturalmente, la narración es relativamente tardía, y los modernos biógrafos de San Francisco, por ejemplo, el Padre Cuthbert, han cortado juiciosa y discretamente los rasgos más extravagantes. El Padre Cuthbert, aunque estas cosas se encuentren en latín en *Actus B. Francisci et sociorum eius* [5], nada nos dice acerca de su elevación hasta la altura del haya o el cernerse casi hasta perderlo de vista.

Se limita a la declaración de que «con frecuencia el Hermano León... lo encontraba en éxtasis, elevado so-

4. *The Little Flowers*, W. Heywood traducción de. (Methuen), p. 98.

5. Véase la edición de Sabatier, IX, 34-6, y XXXIX, 5-7; pp. 35 y 129.

bre la tierra... y, acercándose tímidamente, besaba los pies de Francisco». Pero, ¿existe una prueba real de que el Santo estaba elevado del suelo? Ciertamente, si semejante favor era concedido a algunos amigos de Dios, podríamos esperar que el primer recipiente de los estigmas estuviera entre los privilegiados. Sin embargo, la conjetura no puede ocupar el puesto de la prueba en una investigación como ésta. San Buenaventura, escribiendo hacia el año 1261, menciona indudablemente que el Santo fué hallado de noche radiante de luz y completamente elevado de la tierra (*toto corpore sublevatus a terra*) [6]. Pero, aunque San Buenaventura había sido encargado de escribir la biografía oficial del fundador de su Orden, jamás lo conoció personalmente; para sus pruebas dependía de otros; y, entre tantos testimonios como han llegado a nosotros, no se menciona la levitación. La dificultad es seria, porque los materiales primitivos son abundantes. Parece que estamos entre los dos extremos de un dilema. Porque una de dos: o la levitación era un rasgo ordinario de la oración de San Francisco, o fué un favor sobrenatural atestiguado solamente en raras ocasiones. En el segundo caso, sin duda podemos comprender mejor cómo se había pasado por alto en la primera vida escrita por Celano, o en los documentos presentados de nuevo en el *Speculum Perfectionis* de Sabatier, simplemente porque los escritores se habían familiarizado con esta característica, y dejaron de considerar como un portentoso milagro, como el de los Estigmas, que evidentemente lo consideraban como tal. Pero en este supuesto, ¿cómo vamos a explicar el hecho de que cuando Celano empezó a escribir hacia el 1245 una segunda leyenda, después de haber hecho una diligente investigación para reunir todo el material disponible, aún no tuviese nada que decir acerca de las levitaciones del Santo en todo el largo capítulo *De Studio*

6. Buenaventura, Vita, Cap. 143.

Orationis S. Francisci [7] donde explica hasta los menores detalles?

Nos cuenta cómo el Santo buscaba lugares retirados para orar, o hacía una mampara de su manto; cómo en las selvas lanzaba recios quejidos y humedecía la tierra con sus lágrimas; cómo se golpeaba el pecho con una piedra; cómo su espíritu se agitaba con el ardor de su amor transformándose todo su ser, pero no se dice una sola palabra que sugiera haber estado físicamente elevado de la tierra. Aun se atribuye que Celano conoció un solo caso en que el hecho de haber estado en éxtasis fué descubierto a otros. Estamos, pues, en la alternativa de creer que cualquiera revelación externa de trato milagroso de Dios con su alma tuvo lugar raras veces, y que si el Hermano León lo vió realmente elevado sobre el suelo, obtuvo por ello un privilegio maravilloso. En este caso, ¿cómo podemos suponer que hubiese guardado silencio cuando expresamente se le pidió, como sabenos, que proporcionara nuevos detalles de la Vida de su amado Padre; o cómo la información así coleccionada por Crescencio no halló un espacio en *Legenda* segunda de Celano, o en el *Libro de Milagros*,

7. Celano, II Legenda i i, 61; Edic., Alençon, pp. 240-6. Cuán extremadamente cuidadosos debemos ser acerca de pruebas le levitación aparece claramente en el caso de Verónica Giliani. La Hermana María Magdalena Boscanini, de cuarenta y cuatro años, depuso en 1746 (Verónica murió en 1727) que ella había oído a hermanas de más edad decir que Verónica en su juventud, había sido elevada a la punta de los árboles. Sin embargo, ninguna que estaba viva en 1728 parece haber ido testigo presencial de semejante hecho. (Proceso, *Summaium* de 1754, p. 145. Tenemos (Proceso. pp. 153-6) dos Hemanas Jacinta y Francisca, que ella nombra expresamente como sus informantes y ellas no dicen una palabra acerca desu levitación. Aun su testimonio acerca de los éxtasis, no es muy concluyente o impresionante.

o en la obra de los Tres Compañeros en cuanto puede serle atribuído?

Los hechos escuetos que no podemos eludir parecen ser los siguientes: Primero, que no oímos hablar ni una palabra acerca de clase alguna de levitación física hasta 1260, treinta y cuatro años después de la muerte del Santo; segundo, que San Buenaventura, antes de 1266, declara muy sencillamente que San Francisco estaba frecuentemente durante su oración radiante de luz y elevado de la tierra; tercero, que una generación posterior, ciertamente antes de 1320, declaraba que él se remontaba hasta la copa de los árboles y casi desaparecía de la vista. Es posible, aunque la historieta por los primeros biógrafos pudiera no tener más fundamento que un empleo casual de la palabra *supendebatur,* en un sentido figurativo, significando que estaba en estado de trance [8]. Lo evidente es que no podemos exigir que se crea en un milagro tan estupendo, que interfiere con la ley de la gravedad, sin mejores pruebas que las hasta ahora presentadas por los datos que tenemos de la vida de San Francisco.

Es bastante curioso que si volvemos a la historia del gran contemporáneo de San Francisco, Santo Domingo, el caso es muy parecido. De acuerdo con sus más modernos biógrafos, la Madre Francisca Rafaela nos dice: «Muchas veces fué visto en éxtasis elevado sobre la tierra; moviendo sus manos de un lado a otro como recibiendo algo de Dios, y se le oía exclamar: «Oye, oh, Señor, la voz de mi ruego cuando a Ti clamo, cuando elevo mis manos a Tu santo templo»[9]. Además,

8. «Suspendebatur multoties tanta contemplationis dulcedine, ut supra semetipsum raptus, quod ultra humanum sensum experiebatur nemini revelaret», II Celano 34. (Alencon, p. 243). «Suspendebatur ad coelum», *Speculum Perfectionis* VI, 93 (Sabatier, p. 185).

9. Mother Francis Raphael. (Drane) History of St. Dominic, pp. 260 y 220.

relatando la misma escritora la asombrosa resurrección del joven Napoleón, sobrino del cardenal Orsini, emplea las palabras de la Hermana Cecilia, que dijo haber sido testigo ocular de la maravilla: «Pero cuando llegó a la elevación del Cuerpo de nuestro Señor y lo sostuvo en alto entre sus manos, como es costumbre, él mismo fué elevado un palmo sobre el suelo, a la vista de todos, que, llenos de gran admiración, contemplaban la escena». No hay duda que a muchos les parecerá este testimonio suficientemente positivo y claro, pero se presenta sin confirmación independiente; no fué escrito por la misma Hermana Cecilia, sino comunicada a su amanuense unos sesenta años después del acontecimiento y, como observa M. Jean Guiraud, «el documento necesita alguna modificación; existe cierta tendencia hacia la exageración y a lo maravilloso». Por otra parte, hay que tener en cuenta las sobrias, convincentes y preciosísimas declaraciones hechas ya en 1233, doce años después de su muerte, por amigos íntimos y compañeros de religión del Santo. Estos no son parcos en detalles concernientes a su admirable devoción durante la oración. Más de uno de ellos lo había vigilado a hurtadillas cuando pasaba en la iglesia la mayor parte de la noche. Ellos nos hablan de sus quejidos y suspiros, de su intenso fervor en los ejercicios de penitencia; pero no hay una palabra que sugiera que alguno de ellos lo hubiese visto nunca elevado sobre el suelo, o que hubiese habido entre sus primeros compañeros alguna tradición afirmativa de saber que tal hecho había tenido lugar.

Todos los primeros biógrafos observan el mismo silencio. Solamente cincuenta o sesenta años más tarde encontramos por primera vez un relato de estas maravillosas levitaciones en Thierry de Apoldia, Hermana Cecilia y Esteban de Salhanac.

Casi la misma dificultad se presenta en el caso de un tercer gran asceta y fundador de una Orden religiosa, San Ignacio de Loyola. Bartoli cuenta, sin ninguna duda, cómo el Santo fué visto más de una vez en 1524,

en Barcelona, elevado cuatro o cinco palmos del suelo mientras exhalaba las más ardientes aspiraciones de amor, y todo el local estaba inundado de una luz deslumbrante. Además, este relato está basado en la deposición de Juan Pascual en el proceso de Canonización, y otro testimonio relacionado con parecidos raptos ante el altar de San Mateo fué dado por las monjas Jerónimas de Barcelona. Tampoco aquí se puede tener como satisfactoria la prueba, porque Pascual era muy anciano cuando atestiguó sucesos que ocurrieron en su temprana juventud, mientras las monjas solamente pudieron testificar de oídas los hechos. En el caso de San Francisco Xavier, de quien se dice que participó del mismo privilegio que su maestro Ignacio, la prueba es en cierto sentido bastante mejor, pero, una vez más, es digno de atención que no encontremos nada acerca de estas levitaciones en las declaraciones escritas de unos sesenta testigos que depusieron en Goa, Cochin, Bacaim y Malaca en 1556, cuatro años después de la muerte de Xavier. Todos ellos lo conocieron personalmente, y asistieron con frecuencia a su Misa, pero parece que jamás acaecieran en su presencia extraordinarias levitaciones. Pero en las investigaciones posteriores, que tuvieron lugar en 1616, hubo muchas deposiciones de este género, si bien es justo decir que entonces se introdujeron por primera vez en la causa otras escenas relativas a las labores del gran misionero [10]. Me parece que, de estos diversos ejemplos, podemos sacar la conclusión de estar lejos de ser satisfactoria la prueba de levitación en el caso de varios Santos eminentes [11].

Indudablemente, la ausencia de pruebas adecuadas

10. Véanse estos procesos en *Monumenta Xaveriana*, Vol. II.

11. También se dijo que San Estanislao tuvo levitaciones, pero el testimonio fué recibido solamente treinta y un años después de su muerte (*Anal.* Boll. Vol. I, XIII, 142).

no implica en manera alguna que no gozaran jamás de esta señal de favor divino; pero tampoco podemos apelar a semejantes casos si queremos convencer a un escéptico que se oponga a la verdad del fenómeno. Pero, en mi opinión, el ejemplo más satisfactorio de este fenómeno lo encontramos en el caso de Santa Teresa, la gran reformadora de la Orden Carmelitana, en cuya vida podremos, según creo, encontrar pruebas de un carácter muy diferente. Para empezar, tenemos en el asunto el propio testimonio de Santa Teresa. Principalmente se encuentra en el capítulo XX de la Vida escrita por ella misma. Hablando de la diferencia entre la Unión y el Rapto, dice la Santa que el rapto es absolutamente irresistible. «Acá, las más de las veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte que veis y sentís levantarse esta nube o esta águila caudalosa y cogeros con sus alas». Que la Santa habla no simplemente del hecho de que el espíritu es arrancado violentamente de la percepción sensible y es dominado por el trance, sino también de la elevación física del cuerpo en el aire, aparece claro por lo que sigue:

«Y digo que se entiende y os veis llevar y no sabéis dónde, porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios, y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere y dejarse en las manos de Dios, e ir a donde nos llevaren de grado, pues os llevan, aunque os pese. Y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento; como quien pelea con un jayán fuerte, quedaba después cansada. Otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza

tras ella, sin poderla tener, y *algunas todo el cuerpo hasta levantarle*» [12].

El sentido de las palabras que he subrayado es bien claro. A continuación Santa Teresa se refiere a un incidente, probablemente el mismo que menciona su biógrafo Yepes [13]. El obispo Alvaro de Mendoza estaba dando la Comunión a las monjas en su comulgatorio (esto es, en la abertura del muro del coro por donde recibían la Comunión) cuando la Santa fué de improviso raptada en éxtasis e, irresistiblemente, elevada del suelo hasta más alto de la abertura, no pudiendo, por consiguiente, comulgar. De todas maneras ella misma nos relata:

«Esto (el ser levantada en el aire) ha sido pocas, porque como una vez fuese donde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena, porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y así mandé a las monjas (porque es ahora después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mismo; y una, estando personas principales de señoras, que era la fiesta de la Vocación en un sermón, tendíame en el suelo, y allegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced podía Su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oírme, que nunca más hasta ahora lo he tenido; verdad es que ha poco».

---

12. *Obras de Santa Teresa.* Edic., P. Silverio de Santa Teresa, p. 138. Burgos, 1922.

13. Yepes, *Vida, Virtudes y Milagros* I., cap. XV. El obispo Yepes era un contemporáneo suyo que conocía bien a Santa Teresa.

En el mismo capítulo habla la Santa de los esfuerzos que ella hacía para resistir a estos éxtasis y, especialmente, sus efectos físicos. Es muy largo para citarlo por entero, pero permítaseme llamar la atención acerca de las siguientes sentencias sueltas:

«Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban... Y aun yo confieso que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido, al menos, yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada... Digo que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre de él me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo».

De esta descripción y del conjunto del capítulo se desprende con claridad lo siguiente: que Santa Teresa, estando perfectamente consciente del efecto físico de levitación producido por estos arrobamientos en muchas ocasiones, luchó insistentemente contra tales manifestaciones exteriores que revelaban su privilegiada condición de amiga de Dios haciédola aparecer como persona extraordinaria.

Como veremos, la misma actitud se observa claramente en otros grandes místicos que gozaron de parecidos favores. En segundo lugar, hay que observar que no cabe dudar que tenemos aquí las mismas palabras y pensamientos de Santa Teresa. Mientras escribo, tengo delante de mis ojos la edición facsímil del autógrafo de la misma Santa, tal como fué sometida durante su vida a los censores de la Inquisición. En este volumen encontramos reproducida su característica letra que se extiende a lo largo de más de cuatrocientas páginas, junto con un facsímil de la *censura*. Es un juicio altamente favorable del Padre Domingo Báñez, el inquisidor que en 1575 examinó el volumen y lo subscri-

bió con su nombre [14]. En tercer lugar, conviene tener presente que después de 1566, cuando esta autobiografía fué completada, los arrobamientos de la Santa, como ella declaró en más de una ocasión, fueron mucho menos frecuentes, aunque no cesaron por completo. Pero en todo caso, después de aquella fecha las manifestaciones externas que revelaban a otros su condición extática fueron menos y más espaciadas. Esto servirá para explicar el número relativamente pequeño de testigos que, necesarios en las investigaciones episcopales, con anterioridad al proceso de beatificación y canonización, pudieron deponer cómo durante el éxtasis vieron con sus propios ojos a la Santa elevada del suelo. La recogida de estas informaciones solamente empezó trece años después de la muerte de Teresa, en 1595 ó 1596, y treinta años después de haber escrito el libro cuyos extractos hemos presentado. Si, como ella da a entender, sus arrobamientos en público nunca fueron frecuentes, difícilmente se podría esperar que fueran muchos los verdaderos testigos de vista que estuviesen vivos para dar testimonio. Sin embargo, no faltaron testimonios dignos de confianza y puedo concluir el presente artículo citando uno o dos ejemplos. Así, la Hermana Ana de la Encarnación en Segovia, en su deposición jurada, como las demás, declara:

«En otra ocasión, entre la una y dos de la tarde, yo estaba en el coro esperando que sonara la campana, cuando nuestra santa Madre entró y se arrodilló como por espacio de un cuarto de hora. Mientras yo miraba, ella fué elevada como media vara del suelo, sin que los pies le tocaran. A esto yo estaba espantada, y ella por su parte estaba temblorosa. Así me fuí a donde ella estaba y puse mis manos bajo sus pies, y así permanecí llorando como por espacio de media hora, mientras duró el éxtasis. De pronto cayó gradualmente y permaneció sobre sus pies y volviendo su cabeza hacia mí me preguntó quién era y si había estado allí todo el tiempo. Le dije que sí, y entonces me ordenó bajo obediencia no decir nada de lo que había visto; y, en efecto, no dije nada hasta el momento presente» [15].

14. Este libro fué admirablemente reproducido fotográficamente en 1873. Lo editó Aguado, de Madrid, bajo la dirección de don Vicente de Lafuente.

Esta es una pieza de prueba perfectamente sencilla y sincera. Este incidente ocurrió en pleno día, no pudo haber allí ninguna expectación ni sutil sugestión de ninguna manifestación sobrenatural de tal clase. Refiriéndose al mismo, los bollandistas declaran que varios testigos depusieron en casos similares [16]. El obispo Yepes, que la conocía bien, recoge en su *Vida de Santa Teresa* que en otra ocasión luchando la Santa contra un éxtasis que le sobrevino justamente después de haber recibido la Comunión, agarró desesperadamente las barras de la reja cuando era elevada en el aire y, con gran angustia del alma, clamó a Dios: «Señor, para una cosa de tan poca importancia como es mi ser prívame de este favor Tuyo, y no permitas que una creatura tan vil como soy, sea considerada como una santa mujer». En otra ocasión, prosigue, cuando repentinamente le sobrevino en el coro un arrobamiento, ella se agarró a las esteras del suelo y fué elevada en el aire teniendo la esteras en sus manos [17]. María de San José, otra contemporánea y amiga de la Santa, declara en unas notas manuscritas aún sin imprimir, que ha examinado Mir, que la Madre María Bautista había visto

15. Cito de M. Mir, *Vida de Santa Teresa*, (Madrid, 1912) I, p. 286. También está el texto en las *Obras*. Vol. VI, p. 212. Cf. p. 283, n. 71. (2) AA. SS. Oct. Vol. VII, p. 399. Citan diez deposiciones separadas. Desgraciadamente, no he podido consultar el texto de las mismas.

16. Yepes, Vida, Libr. I, cap. 15.

17. D. M. Marchese.

a su amada superiora en dos ocasiones diferentes elevada del suelo [18].

Pero toda la causa es muy corroborada por un gran número de otros santos ascetas, además de Santa Teresa, de quienes están registradas parecidas y mucho más asombrosas levitaciones por testimonios fidedignos.

La importancia de su caso se funda en el hecho de que no solamente fué vista por otros elevada en el aire, sino que ella misma da testimonio de realidad de estas levitaciones. Al mismo tiempo, ninguno que haya estudiado su vida y sus escritos estará dispuesto a discutir su buena fe o su excelente sentido común. Igualmente es evidente que estuvo lejos de su pensamiento todo afán de llamar la propia atención. Si ella escribió un relato de sus arrobamientos, solamente fué para ayudar a otros, y con entera sumisión al juicio de sus directores espirituales. La experiencia mística y las dotes intelectuales de Santa Teresa fueron tan excepcionales como para prestar autoridad especial a sus aserciones, pero merece la pena de señalar que no es ella la única que ha dejado la descripción escrita de estas elevaciones físicas desde el punto de vista del sujeto que las experimentó. He aquí, por ejemplo, el extracto de una carta de Sor María Villani, famosa monja dominica del siglo diez y siete, candidata para beatificación:

«En una ocasión (informa ella a su director), estando en mi celda yo fuí consciente de una nueva experiencia. Me sentí embargada y transportada fuera de mis sentidos, de una manera tan fuerte que me sentí completamente elevada por las plantas de mis pies, lo mismo que el imán atrae a un trozo de hierro, pero

18. El mismo doble testimonio es asequible en la vida de Santa Catalina de Siena. Véase el *Diálogo,* cap. 142 (edic. Gigli, 1726), IV, p. 260 y también cap. 79.

con una dulzura que era maravillosa y deliciosísima. Al principio sentí mucho miedo, pero después quedé con el mayor gozo y alegría de espíritu que es posible. Aunque estaba fuera de mí (*benche stavo fuora di me*) aun a pesar de ello, sabía que estaba a alguna distancia del suelo, estando suspendido mi cuerpo por un espacio considerable de tiempo. Para la víspera de la Navidad pasada (1618) esto me ocurrió en cinco diferentes ocasiones» [19].

Como Sor María continúa informando a su confesor de que ella había obtenido del Cielo la gracia de que estos favores no llegaran a ser conocidos por otros, y como falta una prueba satisfactoria de que ella fuera jamás elevada del suelo, nos vemos precisados a recibir esta declaración con cierta reserva. Aun una Santa tan ilustre como María Magdalena de Pazzis tuvo curiosas ilusiones acerca de su alejamiento físico de la tierra cuando estaba en estado de trance. Ella gritaba con todas sus fuerzas cuando alguno de los circunstantes le dirigía alguna pregunta, y después se le oía decir: «no pueden oírme allá abajo; están demasiado lejos». Por otra parte, esta gran mística, en cierta manera, estaba indudablemente exenta de las leyes físicas ordinarias.

Su confesor, Padre Cepari, escribe que pasaba con increíble rapidez de un lugar a otro, subiendo y bajando las escaleras con tal agilidad que más parecía volar que tocar la tierra con sus pies. Saltaba tranquilamente a los lugares más peligrosos como, cuando en la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, 3 de mayo de 1592, corría al coro y, sin ninguna ayuda o escala, saltó a la cornisa... cuya altura desde el suelo es unos quince *braccia* (unos treinta pies) mientras la anchura de la misma no pasa de un tercio de *braccio*. Bajó de ella

19. D. M. Marchese, *Vita della V. Serva di Dio Suor Maria Villani* (Napoli 1717).

con toda seguridad el crucifijo, y habiendo soltado de la cruz la figura, la colocó en su pecho abrazándola, y en seguida la llevó a las monjas para que la besaran; la secó como si hubiese estado cubierta de sudor, acciones que en semejante situación hubieran causado vértigo a cualquier otro [20].

Santa María Magdalena de Pazzis no ha dejado ninguna descripción de sus sentimientos o de su estado de conciencia durante el éxtasis. Pero otro Santo, San Felipe Neri, que fué su contemporáneo e, indudablemente, había sido visto elevado del suelo durante la Misa y en otras muchas ocasiones, parece haber hecho algunas confidencias a su amado discípulo Padre Gallonio [21]. De todas maneras, este Padre, escribiendo solamente cinco años después de la muerte de Felipe, declara que «él (Felipe) explicó después en una de estas ocasiones que le parecía como si hubiera sido asido por alguno y, de manera muy extraña, levantado del suelo por la fuerza». Los relatos que nos proporcionan Gallonio, Bacci y otros biógrafos dejan la impresión de que Felipe, como Santa Teresa, resistía estos arrobamientos con todas las fuerzas que podía, pero no siempre consiguió prever y resistirlos.

Por lo que concierne a la ley de gravitación en sí misma, no tiene mucha importancia que un extático sea elevado del suelo tres pulgadas o treinta pies, y tenemos tanta razón para impresionarnos si este incidente tiene lugar una vez o como si ocurriese cincuenta veces. Sin embargo, es muy natural que un vuelo a las copas de los árboles o a una distancia de muchas yardas, especialmente si la experiencia se repite varias veces, tenga más resonancia en el público que las manifestaciones que leemos en las vidas de San Felipe o Santa Teresa. Por esto, cuando Mr. Andrew Lang y otros que estudian los fenómenos psíquicos discuten el tema de las

20. Cepari, *Vita di S. Maddalena de Pazzi*, pp. 82-3.

21. *AA. SS.*, mayo, Vol. VI, pp. 465, 584, 590.

levitaciones místicas, recurren casi siempre con respecto a esto a San José de Copertino. Ciertamente, si podemos dar crédito a los relatos publicados de su vida, sus casos de levitación son, con mucho, los más asombrosos de cuantos tenemos memoria. Sería imposible dar una relación detallada de sus elevaciones y vuelos, que parece que habían sido observados en más de cien diferentes ocasiones [22]. Sin embargo, es posible que pueda haber considerable exageración en lo que los testigos afirman sobre un incidente en el convento de Grotella cerca de Copertino, que su biógrafo Pastrovicchi relata como sigue. Ocurrió durante la erección de un Calvario por los frailes.

Estaban ya colocadas dos cruces; pero la tercera, que era de cincuenta y cuatro palmos de altura (más de treinta y seis pies) y muy pesada, no la pudieron levantar el esfuerzo unido de diez personas. Al ver esto, José, lleno de ardor, voló unos veinte pasos (70 yardas) desde la puerta del convento a la cruz, la levantó con la facilidad de una paja, y la colocó en el hoyo preparado al efecto. Estas cruces fueron objeto de su especial devoción, y de una distancia de diez o doce pasos, atraído por su Salvador crucificado, él se elevaría a uno de sus brazos en el remate de la cruz [23].

Yo creo que aquí puede haber bastante exageración, no solamente por la asombrosa naturaleza del acontecimiento en sí, sino también por el hecho de que, no obstante hacerse referencia del mismo en las deposiciones tomadas en Nardo en el proceso de beatificación, no parecen haber sido testigos de vista los declarantes. Sin embargo, como en 1638 el Santo abandonó Copertino para no volver, el Calvario debió de haber sido erigido unos treinta años —probablemente más— antes que fue-

22. Más de setenta se refieren a su temprana vida en Grotella, cerca de Copertino, en el extremo Sur de Italia.

23. *AA. SS.* Sep., Vol. V, p. 1.021 c; Bernino (Edic. 1753), p. 152, dice 15 pasos, no 80.

se prestada esta declaración. Semejante intervalo deja abundante tiempo para el desarrollo de toda clase de leyendas que, en un ambiente falto de crítica, se convirtieron pronto en asunto de fe implícita. Se puede otorgar más crédito a las historias que se cuentan del Santo durante su estancia en Asís (1639-53).

Cuando el embajador español en la Corte Pontificia, el Gran Almirante de Castilla, pasó por aquella ciudad en el año 1645, visitó a José de Copertino en su celda. Después de conversar con él volvió a la iglesia, y dijo a su esposa: «he visto y hablado con otro San Francisco». Como su esposa manifestara entonces un gran deseo de gozar del mismo privilegio, el Padre Guardián ordenó a José que bajara a la iglesia y hablara con Su Excelencia. El respondió: «Yo obedeceré, pero no sé si seré capaz de hablar con ella». En efecto, tan pronto como bajó a la iglesia, sus ojos se fijaron en una imagen de María Inmaculada que estaba sobre el altar, y él voló como una docena de pasos sobre las cabezas de los presentes repentinamente, a los pies de la imagen. Después de haberle prestado homenaje por un corto espacio de tiempo, dando su acostumbrado grito chillón, volvió volando de nuevo y, directamente, retornó a su celda, dejando al Almirante, a su esposa y al gran séquito que lo esperaban mudos de asombro [24].

Ahora bien, esta narración, en las biografías de Pastrovicchi y Bernino, va acompañada de gran aparato de referencias a las deposiciones en el proceso, y se declara expresamente que fueron hechas por testigos «de visu» que estuvieron presentes a la escena. Todavía es más digno de fe el testimonio dado acerca de las levitaciones del Santo en Osimo, donde pasó los últimos seis años de su vida. Allí le vió su compañero de religión volar siete u ocho pies en el aire, y besar la imagen del Niño Jesús que estaba en el altar; y dicen cómo

24. *Pastrovicchi* en Acta Sanctorum, sep. Vol V. p. 1.022.

tomó esta imagen de cera en sus brazos, cerniéndose con ella en su celda en todas las posturas imaginables. En una ocasión durante los últimos años de su vida, agarró a un fraile en su vuelo y lo llevó un cierto trecho por el aposento, y se afirma que ya esto lo había hecho anteriormente en varias ocasiones. En la última Misa que celebró, en la fiesta de la Asunción de 1663, un mes antes de su muerte, fué levantado en un rapto de más duración que de ordinario [25]. Tenemos para estos hechos la declaración de varios testigos oculares, que, como de costumbre, bajo juramento depusieron sólo cuatro o cinco años más tarde. Verdaderamente es difícil creer pudieran engañarse en general en cuanto al hecho de que el Santo se mantuviera en el aire, ya que estaban convencidos de que lo vieron así en toda variedad posible de condiciones y en las más diferentes circunstancias.

Es muy de lamentar en el caso de San José de Copertino que los documentos impresos del proceso de canonización, o, de todas maneras, la parte por ellos conocida con el nombre de *Positio super dubio de Virtutibus*, sea un libro extraordinariamente raro.

Se ha dicho recientemente que sólo se conocen dos ejemplares del mismo [26]; sin embargo, no cabe duda de que el documento existe, cuya importancia es realzada por el hecho de que Próspero Lambertini, más tarde Papa Benedicto XIV, autoridad suprema en pruebas y procedimientos judiciales en las causas de canonización, estudió personalmente todos los detalles del caso. Cuando fué presentada la causa para discutirla ante la Congregación de Ritos, él fué el *Promotor Fidei* (popularmente conocido como el Abogado del Diablo), y sus «reparos» a las pruebas sometidas, se dice, fueron de

25. *Acta Sanctorum,* l. c., pp. 1.040-2.

26. Vid F. S. Laing, *St. Joseph of Copertino* (Herder, St. Louis: 1918), p. IX.

la más minuciosa índole[27]. Sin embargo, hemos de creer que estas críticas recibieron una contestación que le satisfizo plenamente; porque siendo Papa, no sólo publicó en 1753 el decreto de Beatificación, sino que en su magna obra *De Servorum Dei Beatificatione, etc.*, es quien también dice lo siguiente:

«Mientras yo desempeñaba el oficio de Promotor de la Fe, se presentó la causa del venerable Siervo de Dios José de Copertino, para discutirla en la Congregación de Ritos, que llegó a una conclusión favorable después de mi jubilación; y en ella, *testigos de vista de irrecusable integridad* dieron testimonio de las famosas levitaciones y prolongados vuelos del mencionado Siervo de Dios cuando era arrebatado en éxtasis»[28].

No es posible dudar de que Benedicto XIV, hombre de mentalidad crítica que conoció el valor de la prueba y estudió las deposiciones originales, probablemente como ninguno las había estudiado, creyó que los testigos de las levitaciones de San José habían visto realmente lo que ellos declararon haber visto[29].

27. Vid., la Introducción a la edición francesa de la *Vida,* por Pastrovicchi, 1820. El editor tenía entre su manos un ejemplar de estas *Animadversiones*.

28. «In qua testes omni exceptione majores et oculati celeberrimas a terra elevationes et ingentes volatus retulerunt de eo servo Dei ecstatico et rapto».

De Serv. Dei Beatificatione, &c., III, pp.XLIV., 9.

La Vida, escrita por Pastrovicchi, tan llena de referencias al proceso fué publicada por orden de Benedicto XIV.

29. Juan Bautista de la Concepción, el reformador de los Trinitarios Descalzos, que murió en 1613 a la edad de cincuenta y dos años, fué casi tan extraordinario como José de Copertino por sus raptos aéreos, aunque no tan extravagante en sus vuelos. Estos raptos iban acompañados de luz y fragancia. Véase Fernando de San Luis, *Vita del B. Giambattista* (Roma 1820) del proceso, especialmente, las pp. 237-9 y 247.

Como observa Mr. Lang[30], también es cierto que estos testigos prestaron sus declaraciones bajo juramento en Osimo, en Asís y en otros lugares entre 1665 a 1666, esto es, solamente dos años después de la muerte del Santo.

En cuanto a otro gran extático, San Pedro de Alcántara, cuyos maravillosos vuelos relatan sus biógrafos, hay que admitir francamente la imposibilidad de presentar, por ahora, una prueba verdaderamente satisfactoria. El Hermano Juan de Santa María, autor de la primera historia detallada de su vida y sus obras, imprimió su libro en 1615; el Santo murió cincuenta y tres años antes, en 1562. Santa Teresa, un día, lo vió arrebatado en éxtasis; pero aunque sus palabras dan a entender algo más que un trance ordinario, no afirma explícitamente que fuera elevado del suelo[31].

Sin embargo, me parece increíble que en la atmósfera de austeridad y verdad que rodearon los primeros años de la reforma de San Pedro de Alcántara, se hubiese urdido una leyenda sin fundamento con respecto a sus vuelos por el aire. Dicen todos sus biógrafos que, estando en el coro, algunas veces había sido elevado más de quince pies sobre el suelo hasta llegar a tocar el techo con su cabeza. En otras ocasiones, volaba como un pájaro a las copas de los árboles, o era lanzado a través de puertas estrechas como la flecha sale del arco, o también voló con los brazos extendidos para abrazar un crucifijo en una gran altura. Los detalles que presentan (por ejemplo, el grito chillón, sembrando más

30. Andrew Lang, *Cock Lane and Common Sense* (1894), p. 101.

31. «Tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo». Vida escrita por ella misma, cap. XXVII.

terror que devoción entre los presentes [32], con el cual empezaban estos vuelos extraordinarios, como en el caso de San José de Copertino) no parecen ser, probablemente, inventados con propósitos de edificación. San Pedro de Alcántara murió un siglo antes que San José de Copertino en Italia y, sin embargo, en muchos rasgos aunque no en todos, los raptos aéreos fueron muy semejantes. Indudablemente, la mejor confirmación de los maravillosos sucesos como los que acabamos de mencionar, se basa en el hecho de que en los procesos de Beatificación de otros numerosos Santos de fecha más reciente, es asequible una prueba digna de fe de otras elevaciones del mismo carácter aunque tal vez de un grado inferior. No es fácil encontrar aquí, en Inglaterra, los volúmenes impresos que contienen estos datos; pero quizá pueda yo esclarecer, por medio de uno o dos procesos que tengo a mi disposición, qué clase de pruebas nos proporcionan.

Un ejemplo bastante sorprendente que recientemente hemos encontrado, reclama nuestra atención acerca de la necesidad de cautela al tratar de estas maravillas. Este ejemplo se presenta con la publicación de la Vida del Venerable Antonio Margil, un santo franciscano misionero en México y Guatemala, que murió en 1726. La vida declara que está basada totalmente en las deposiciones tomadas en el proceso de beatificación, y recopiladas en Roma por el Postulador oficial de la Causa, quien necesariamente debía estar íntimamente informado de las pruebas disponibles [33]. Se estaría, por tanto, dispuesto a considerar como excepcionalmente dignas de crédito las declaraciones en él contenidas, y casi como si estuviesen protegidas por el decreto papal impreso al final del volumen, el cual declara que el Padre Antonio Margil había practicado en grado heroico todas las virtudes cristianas. En un grabado puesto al principio del volumen que trata de su Vida, se puede encontrar la figura del Padre Margil flotando en el aire con un devoto cliente y, aunque un examen más detallado revela que este retrato se relaciona con una supuesta evasión milagrosa de los Indios que tuvo lugar después de la muerte del santo varón, el lector fortuito difícilmente dejará de encontrar en él alguna conexión respecto a muchas levitaciones que durante su vida se le atribuyeron. El biógrafo habla de ellas en el siguiente pasaje:

«Un alma que estaba inflamada con el amor de Dios, no podía menos de estar constantemente absorta por las delicias celestiales, y arrebatada fuera de sí en los éxtasis que son privilegio ordinario de los santos siervos de Cristo. El tuvo una familiar experiencia de estos felices arrobamientos, y ocurría muchas veces que su alma, con la vehemencia de su vuelo hacia Dios, arrastraba con ella hacia el Cielo el peso muerto de su cuerpo, de manera que se hallaba realmente levantado del suelo. El Padre Simón de Hierro, que fué por largo tiempo su compañero, depuso que lo había visto muchas veces en grandes arrobamientos mientras oraba. María Treio lo observó en Adaes orando cinco o seis pulgadas sobre el suelo, y Juan de Armiso lo vió en el mismo distrito, elevado cerca de un pie mientras decía Misa. En una ocasión, en Méjico, habiendo sido admitido en un convento de Clarisas Pobres para oir la confesión de una monja enferma, fué elevado a dos

---

32. AA. SS., oct. Vol. VIII. pp. 672-3, 764-5. Juan de Santa María dice: «No raro edebat clamores adeo terrificos et terribles ut horrore percuterentur fratres quoties eos perciperent», etc. *Ibid*, p. 672.

33. *Notizie della Vita, Virtú, Doni e Miracoli dd Ven. Servo di Dio Fr. Antonio Margil di Gesù, Missionario Apostolico dell'Ordine de'Minori Osservanti estrate dai Processi compilati per la causa della sua Beatificazione dal P. Fr. Giuseppe Maria Gusman, Postulatore della Causa*, Roma, 1836.

pies sobre el suelo, mientras exhortaba a la enferma a practicar la conformidad con la voluntad de Dios, Rosa de Rivera, en la misma ciudad, refirió que pasando por su jardín más de una vez el buen Padre y meditando acerca de las perfecciones de Dios que había creado flores tan bellas, empezaba a gritar: «¡Admirable! ¡Admirable!» y al decir esto, todo su cuerpo se elevaba del suelo [34]. Además, también ocurrió allí, en el gran priorato dedicado a San Francisco, que cuando el Hermano Jerónimo García, por la mañana temprano, fué a llamar a los religiosos a fin de que se levantaran para Maitines, sintió una violenta ráfaga que soplaba a través del coro y parecía que venía por el lado de la torre de la Iglesia. Tratando de descubrir la causa, halló al siervo de Dios elevado en el aire, con los brazos extendidos en forma de cruz, girando en redondo con increíble velocidad. El Padre José Paniagua lo vió en Guatemala radiante de gloria celestial, mientras que Juan de Jesús Surraine Birriesa, habiendo una noche tenido ocasión de buscarlo en la iglesia, lo encontró suspendido tan alto sobre el suelo que los bordes de su hábito rozaron con la cabeza del intruso. Además, en otra ocasión, el mismo testigo, mientras le ayudaba a misa, dándose cuenta de que todo el altar temblaba después de la consagración, levantó los ojos al celebrante y lo vió elevado pie y medio sobre la grada. Estaba tan aturdido por lo que había visto, que cuando el santo sacerdote volvió de su éxtasis tuvo que golpear su mano contra el altar para que su acólito volviera a atender a su oficio» [35].

Pues bien; ocurre que por una rara casualidad, el

34. *Summarium Additionale*, p. 128; y *Summarium*, p. 177.

35. G. M. Gusman, *Notizie della Vita di Fr. Antonio Margil*. Todos los testimonios de los cuales depende se encontrarán en el *Summarium*, pp. 143-77.

British Museum posee un ejemplar de tres volúmenes de la *Positio super Virtutibus*, sobre la beatificación del Padre Margil, conteniendo el *Summarium* y la argumentación basada en el mismo; en otras palabras, tenemos en estos volúmenes tan gran número de deposiciones de los primeros testigos como jamás se haya impreso para uso de los consultores de la Congregación de Ritos. Así resulta posible una comparación de la biografía con las fuentes en que está basada, resultando curiosamente instructiva.

Para empezar, el Padre Simón de Hierro, de quien hablaba el extracto citado anteriormente, como compañero de Margil, declaró en Méjico en 1757, treinta y un años después de la muerte del santo misionero. Habló en términos del mayor entusiasmo, sobre el espíritu de oración del Padre, de su incansable celo, de la austeridad de su vida, de su privación del sueño, etc., pero ninguna palabra de esta deposición sugiere que el Padre Margil hubiese tenido jamás éxtasis o hubiera sido visto elevado sobre el suelo. Sin embargo, lo que encontramos es que algunos años más tarde, cuando el mismo Padre Hierro estaba muerto, dos testigos declararon ante la Comisión «Apostólica» haber oído decir al Padre Herrero que el Padre Margil tenía frecuentes éxtasis y, algunas veces, era elevado en el aire. En otros términos, este amigo íntimo y compañero del santo varón, aparece testificando cosas que él mismo, cuando fué examinado bajo juramento, nunca se atrevió a afirmar. Y se ve que todas las pruebas de las levitaciones son de esta misma clase; o son meros rumores o, a su vez, indignas de crédito. Por ejemplo, verdad es que se dice haber sido testigos María Treio y Juan de Armiso de una elevación en el aire, pero ellos jamás hicieron una declaración semejante. Evidentemente ellos murieron antes de tener lugar la investigación. Todo cuanto sabemos es que Marcos Martínez, testigo de cerca de ochenta años de edad, depuso en 1778 que les había oído decir eso, pero no sabía ni dón-

de ni cuándo [36]. Pero tal vez el más sorprendente testimonio es el de Juan de Jesús Surraine Bierresa, que con tanta satisfacción es citado al final del extracto traducido anteriormente. Es verdad que él afirmaba atestiguar hechos de los que fué testigo de vista, pero prestó su declaración en Guatemala en 1771, cuarenta y cinco años después de la muerte del Padre Margil; y como el *Summarium* expresamente nos informa, Birriesa tenía en esa fecha *noventa y cinco* años de edad. Ni se contentó el anciano con declarar que mientras servía la Misa al Padre Margil lo vió elevado en el aire; él afirmó en su deposición que mientras estaba elevado vió sobre su cabeza una corona de espinas goteando sangre, todo lo cual desapareció cuando el Padre volvió en sí, y continuó la Misa [37]. Aunque hubo unos cuarenta testigos examinados en el primer proceso «ordinario» celebrado en Guadalajara y Guatemala dentro de los veinte años de la muerte del misionero, ni uno de ellos sugirió en aquel tiempo que hubiese visto fenómenos de levitación, u oído acerca de los mismos con respecto al Padre Margil. La única insinuación de esta clase aparece en la declaración de un Padre que había actuado como su confesor, diciendo cómo después de la consagración de la Misa se sonrojó intensamente, y tembló tan violentamente que parecía esforzarse para impedir que fuera elevado en el aire [38]. Naturalmente, este testimonio no prueba nada. Los mismos movimientos convulsivos después de la elevación fueron observados en un santo y muy conocido sacerdote religioso que murió muy recientemente en Londres. Sin duda alguna, el Padre Antonio Margil, aún no beatificado, fué un varón de vida muy santa y de celo apostólico; y es posible que algunas veces hubiese sido elevado de la tierra. Al

36. *Summarium*, p. 172.

37. *Summarium*, p. 167; *Summarium Additionale*, p. 126.

38. *Summarium*, p. 147.

mismo tiempo, después de un cuidadoso estudio de las deposiciones, debemos observar que en los testimonios aducidos no hay nada que justifique semejante conclusión. Con la única excepción del testimonio del nonagenario Birriesa, todos los incidentes relatados en el extracto mencionado dependen de pruebas de oídas presentadas mucho tiempo después del suceso.

San Bernardino Realino, S. J., murió en Lecce en el Sur de Italia en 1616. En la investigación llevada a cabo en Nápoles en 1621, el señor Tobías de Ponte, caballero de rango y de gran reputación depuso bajo juramento que en el año 1608, o aproximadamente, vino a Lecce, a este venerable y santo sacerdote en busca de ayuda espiritual. Dice el testigo haber sido un sábado de abril después de Pascua de Resurrección. La puerta de la habitación del Padre parecía cerrada para visitas; y así, el señor Tobías tomó su asiento en el vestíbulo que justamente estaba fuera de su aposento. Al sentarse miró a la puerta del mismo, dándose cuenta de que la puerta no estaba completamente cerrada y que, por la rendija, se derramaba cierto brillo o resplandor. Esta apariencia le puso perplejo y empezó a preguntarse si dentro podría haber fuego. Así, pues, se acercó y empujó un poco la puerta para atisbar dentro de la habitación. Observó al punto que el Padre Bernardino se encontraba de rodillas en su reclinatorio, con su semblante elevado hacia el Cielo, sus ojos cerrados, y todo el cuerpo elevado algo más que dos pies y medio sobre el suelo (*in aria sollevato da quatro buoni palmi sopra*), mientras arrebatado en éxtasis como estaba, repetía estas palabras: *Gesu Maria state in mia compagnia*. Después explica el testigo los sentimientos de reverencia mezclada de miedo que se apoderaron de él; después de contemplar durante algún rato este espectáculo, se escapó a casa como un delincuente, aunque tuvo tiempo para darse de nuevo cuenta del resplandor que salía del aposento por la parte abierta de la puerta. Hasta aquí he resumido el relato, pero ahora voy a traducirlo textualmente.

Habiéndosele rogado que prestara atención, y reflexionara, si todo lo que había descrito no había sido una alucinación o ilusión de su cerebro, y si el resplandor de luz que había visto no fué un reflejo de los rayos del sol, o algún otro efecto natural, contestó: «La cosa era tan clara, inconfundible y real, que no solamente me parece que lo veo todavía, sino que estoy tan seguro de ello como lo estoy de estar hablando y de que veo las cosas que me rodean... Me dí cuenta de que la luz fluía de la puerta no sólo una vez, sino dos, tres y cuatro veces, antes de que se me ocurriese la sombra de semejante idea... Y así empecé a considerar cómo podía haber fuego en la habitación, ya que los rayos que de ella salían solamente podían haber sido producidos por un gran fuego, lo mismo que cuando los herreros en su forja martillean el hierro candente sobre el yunque; y así, me levanté intencionadamente y, empujando para abrir la puerta, vi con mis propios ojos al Padre Bernardino elevado del suelo tan inconfundiblemente como ahora veo a su Ilustrísima...»

Y habiendo sido advertido y ordenado que tuviese cuidado de no dejarse llevar de ningún erróneo sentido de devoción a exagerar y representar los hechos de manera diferente de la realidad, porque los santos no tienen necesidad de semejante perversa defensa, sino que por el contrario se disgustan por ello, y preguntado de nuevo si alguna parte de su testimonio necesitaba modificarse, replicó: «Todo lo que yo he depuesto es pura y sencilla verdad, sin ficción o exageración, y me parece asunto de poca importancia en comparación con la santidad, virtud y milagros del Padre Bernardino» [39].

También se le preguntó al testigo acerca de la situación del aposento del Padre Bernardino, y parece que

39. *Beatificationis et Canonizationis. V. S. D. Bernardini Realini, S. J. Summarium super dubio an constet de virtutibus,* etc. (Roma, 1828), pp. 220-2. Cito del volumen reimpreso, que originalmente apareció en el siglo XVIII.

en su contestación dió detalles precisos y satisfactorios.

Ahora bien, yo no puedo decir hasta qué punto este relato representa la manera ordinaria de tratar a los testigos en la investigación del proceso episcopal —las actuaciones no son generalmente reproducidas en los sumarios con la extensión de ésta—, pero aun este modelo puede ser suficiente para demostrar que estas investigaciones se emprenden con el serio propósito de conocer la realidad de los hechos. Por tanto, en el caso de las biografías basadas en los procesos de beatificación de los tres últimos siglos, me parece que no deben ser ligeramente dejadas de lado, aunque no se den precisas referencias de las páginas impresas. Es imposible discutir adecuadamente el asunto en pocas palabras; pero puedo dar mi impresión personal de que, habiendo examinado atentamente la veintena o dos de tales procesos impresos que para mí son accesibles, yo he encontrado pocos indicios de deseos de manufacturar pruebas de maravillas, tanto de parte de los testigos como de los comisionados. Si ocasionalmente aparece semejante tendencia, el Promotor de la Fe en sus *Animadversiones* no temerá llamar la atención de ello de la manera más terminante. Esta restricción es especialmente digna de notarse en los testigos de vista que depusieron en los procesos «Ordinarios» habidos a los pocos años de la muerte del Santo. Los testigos de los procesos «Apostólicos» de fecha posterior que de nada podían dar fe directamente, pero sí sólo relatar lo que habían oído a otros, o tradiciones que prevalecían en la localidad, están naturalmente inclinados a exagerar en algunos casos.

En cuanto concierne al hecho de la levitación, el caso de San Bernardino Realino ofrece una prueba consistente. Como declaró en sus observaciones el Promotor de la Fe, el señor Tobías da Ponte, cuya declaración he citado, fué el único testigo que pretendía haberlo visto realmente elevado en el aire. Sin embargo, el *Postulator Causae,* contestando a su crítica, manifestó

que existía una buena confirmación de otro orden [40]. El Padre Antonio Beatillo, declarando en distinto lugar y en diferente ocasión, contó independientemente la misma historia que había oído varios años antes del mismo señor Tobías, paisano y amigo suyo, de cuyo carácter hizo grandes elogios. Su declaración concordaba exactamente con el relato directo de Ponte. Sin embargo, varios testigos depusieron que muchas veces habían visto irradiar del semblante del Padre Bernardino una luz brillante y sobrenatural, mientras se hallaba en oración y aunque en estas ocasiones no había sido visto elevado del suelo.

Es una contrariedad el no tener acceso a los procesos de ascetas como San Juan José de la Cruz O. S. F.; San Gerardo de Majella C. S. S. R.; San Martín Porres, O. P.; o el Beato Domingo de Jesús y María, O. C. D., famosos por sus raptos aéreos. Se desearía, por ejemplo, conocer el tenor de las deposiciones en que se basa la historia del incidente de San Juan José en la catedral de Nápoles. Pocos años antes de su muerte (1734), cuando el anciano varón solamente podía andar con la ayuda de un bastón, se arriesgó a mezclarse en la densa multitud que llegó allí para venerar la sangre de San Jenaro. Cuando volvía del altar, su bastón escapó de su mano; y sin él era hombre inútil. Así, pues, se volvió a San Jenaro, de quien era muy devoto, y le pidió ayuda. En esto se encontró elevado por encima de la muchedumbre y, sin tocar el suelo, fué llevado a las puertas de la catedral. Allí se sentó en la escalinata, y cuando un amigo suyo, el Duque de Lauriano, le preguntó qué le pasaba, él replicó alegremente: «Nada, sólo he perdido mi caballo». El Duque le ofreció su carruaje, pero el anciano respondió: «No, no; ya vendrá el bastón, ya vendrá el bastón». Abriéndose paso dentro del edificio, pronto se dió cuenta de la gran excitación de la multitud que gritaba: *Miracolo, miracolo*; y mirando hacia arriba vió que se movía el bastón del Santo en el aire, pie y medio por encima de las cabezas de la multitud. Después voló fuera de la iglesia y saltó sobre su dueño, quien, tomándolo, se fué a casa para librarse de la exageradamente entusiasta veneración de los que le rodeaban.

40. *Responsio ad Animadversiones*, pp. 62-3.

Uno se sentiría inclinado a rechazar este relato como pura fábula desde el principio hasta el fin, si no hubiese, al parecer, una buena prueba de que el mismo San Juan José fué visto en muchas ocasiones elevado en el aire: algunas, pocas pulgadas; otras, cinco o seis pies; y, una vez, hasta al techo de la iglesia. Mientras tomaba parte en una procesión en 1728, haciendo ver que caminaba, se nos asegura que de hecho fué llevado en éxtasis al aire a una distancia de dos millas estando pie y medio sobre el suelo [41].

Sería imposible ocuparse aquí de decenas de relatos más o menos parecidos que encontramos en nuestras memorias hagiográficas. Según se dice, Domingo de Jesús María, cuyo nombre se ha citado anteriormente, había sido elevado del suelo en presencia de Felipe II de España y de la Reina, cumpliendo los mandatos mentales de Su Majestad a quien el superior del Santo había confiado su propia autoridad temporalmente. En otra ocasión, el mismo santo carmelita, mientras subía en el aire fué agarrado por un testigo escéptico que creía que aquellos éxtasis eran una trampa. El crítico fué llevado con el Santo y, llegando a asustarse, lo soltó de manera que cayó al suelo quedando seriamente herido [42]. El Beato Tomás de Cori, O. S. F. cayó en éxtasis cuando estaba dando la Comunión en la iglesia

41. Véase Diodato dell'Assunta, *Vita di S. Giangiuseppe della Croce* (Edic. 1839), pp. 13, 44, 46, 104. Esta última edición fué sometida al examen del Postulador de la Causa, que debió conocer todas las pruebas.

42. Vid. Filippo della Trinitá, *Vita dell V. P. Domenico di Gesu Maria* (Roma, 1668), pp. 241-2.

Civitella; subió al techo tan rápidamente que los fieles creyeron que se había roto la cabeza contra los cabrios; pero al poco rato bajó suavemente al suelo, sosteniendo intacto el ciborio en una mano, y una partícula entre el pulgar y el índice de la otra. También en otra ocasión, durante su última enfermedad, fué elevado horizontalmente desde su cama al aire [43]. En el caso del Beato Juan Massias, Hermano lego dominico que acostumbraba rezar de noche en la iglesia, fué arrebatado en éxtasis; y un novicio que entró en la obscuridad se asustó muchísimo al topar con las piernas y pies del Hermano que estaba suspendido en el aire [44]. En efecto, hay una infinidad de incidentes parecidos. En la imperfecta y limitada investigación, durante el tiempo de que dispongo para ello, he tomado nota de los nombres de más de doscientas personas que, se dice, fueron físicamente elevadas del suelo durante el éxtasis. En un tercio de estos casos me parece que hay pruebas, si no concluyentes, por lo menos bastante aceptables. Sin embargo, esto no quiere decir en manera alguna que hayan de rechazarse como fabulosas las dos terceras partes restantes, sino únicamente que, de momento, no disponemos de adecuadas pruebas del hecho. Muchos son casos medievales relatados por escritores de fecha muy posterior. Tal vez pudieron haber tenido muy buenas pruebas o también podían haber repetido o inventado historias sin fundamento alguno. San Dunstan, como dice su leyenda, podía haber sido elevado, con su silla y todo, mientras pronunciaba un discurso desde su trono episcopal, pero no nos es permitido ignorar que en la más antigua de nuestras biografías el hecho ocurrió sólo debido a una interpolación. Por otra parte, apenas puede dudarse de que San Ricardo de Chichester vió realmente elevado del suelo en éxtasis a su amigo San Edmundo, Arzobispo de Canterbury, mientras éste oraba en su capilla, en tanto que las pruebas de las levitaciones de Santa Catalina de Siena parecen abrumadoras. Gran parte de los supuestos casos de raptos aéreos aparecen solamente como breves anotaciones en los menologios de las Ordenes religiosas. En muchos casos faltan datos que nos permitirían criticar o comprobar los hechos, pero de cuando en cuando aparecen algunos fragmentos de pruebas, lo que autoriza a pensar que las relaciones así hechas merecen ser tratadas seriamente. Permítaseme citar como ejemplo el caso del gran teólogo Padre Francisco Suárez, hombre de muy santa vida, pero no tan santa como para que la Iglesia lo venere en los altares. Con respecto al Padre Suárez existe aún un documento redactado en los siguientes términos:

———

43. *Vita del B. Giovanni Massias* (Roma, 1837), pp. 139.

44. Luca di Roma, *Vita del S. di Dio Tomasso da Cori,* pp. 31, 123-6. Esta Vida está basada en el proceso de beatificación.

«Yo, Hermano Jerónimo de Silva, S. J., certifico por la presente que he escrito este documento por orden de mi confesor, Fr. Antonio de Morales, y que él mismo me ha ordenado que no lo dé a nadie ni para leerlo, sino guardarlo encerrado en un sobre con una indicación prohibiendo absolutamente a todos el abrirlo hasta la muerte del Padre Francisco Suárez».

El escritor explica después que él ha adoptado esta medida porque su confesor se lo mandó, y porque siendo él mismo de débil salud, probablemente no viviría mucho. El documento da cuenta de dos ocasiones en que el Hermano halló al Padre Suárez en éxtasis. Será suficiente transcribir el segundo incidente.

«Otro día a la misma hora —era hacia las dos de la tarde— Don Pedro de Aragón (el Rector de la Universidad de Salamanca) me pidió que rogara al Padre Suárez que le hiciera el favor de ir con él al monasterio de Santa Cruz. Como el Padre me había ordenado avisarle siempre que este caballero llamara, fuí inmediatamente. Al lado de la puerta encontré un bastón que

el Padre habitualmente colocaba cuando no quería ser interrumpido. Sin embargo, teniendo en cuenta la orden recibida, retiré el bastón y entré. El aposento exterior estaba obscuro[45]. Llamé al Padre y no me contestó. Como la cortina que separaba su aposento de trabajo estaba movida, yo vi a través del espacio entre la cortina y las jambas de la puerta un gran resplandor. Separé la cortina y entré en el aposento interior. Entonces observé una luz deslumbrante que venía del crucifijo, tan intensa que era como un reflejo del sol a través de una ventana, y pensé que no podía continuar mirándolo sin quedar completamente ofuscado. Esta luz fluía del crucifijo al semblante y pecho del Padre Suárez, y con esta luz lo vi de rodillas frente al crucifijo, con su cabeza descubierta, sus manos unidas, y su cuerpo levantado en el aire tres pies sobre el suelo, al nivel de la mesa sobre la que estaba el crucifijo. Al ver esto yo me retiré, pero antes de abandonar el aposento me quedé azorado como si estuviese fuera de mí, inclinado contra el marco de la puerta por espacio de tres Credos. Entonces salí con los pelos en punta como las cerdas de un cepillo, y esperé al lado del vano de la puerta del departamento exterior, no sabiendo apenas lo que hacía. Un largo cuarto de hora más tarde oí dentro un movimiento, y el Padre, al venir a quitar el bastón, me vió que estaba allí. Le manifesté que el caballero estaba esperando. Me preguntó por qué no se lo dije. Le contesté que llamé en el aposento interior pero que no recibí contestación suya. Cuando el Padre oyó que yo había entrado en el departamento interior, me cogió del brazo, me llevó en seguida dentro, y entonces con las manos unidas y sus ojos llenos de lágrimas me rogó que no dijera a nadie lo que había visto, por lo menos mientras él viviera. Por mi

45. Como sabemos de la parte omitida del documento la semiobscuridad era debida a que las persianas estaban cerradas.

parte le pedí permiso para consultar a mi confesor. Accedió fácilmente a esto, porque mi confesor también era suyo. Mi confesor me aconsejó que escribiese en la forma arriba explicada, y yo firmé esto con mi nombre, porque todo lo que contiene es pura verdad. Si pluguiese a Dios que yo muriera antes que el Padre Francisco Suárez, los que lean esto pueden creerlo como si todo lo hubiesen visto con sus propios ojos. Al contrario, si fuera voluntad de nuestro Señor que el Padre Suárez muriera primero, yo podré confirmar todo bajo juramento en cuanto pueda ser necesario.

JEROME DA SILVA».

Creo que ninguno estará dispuesto a mirar esta pieza de testimonio como despreciable[46], pero es evidentemente una casualidad que se haya conservado este documento. Sin él, hubiera sido natural suponer que cualquier conversación acerca de los raptos aéreos del Padre Suárez fuera una piadosa fábula indigna de una seria atención. En realidad, desde el punto de vista del investigador de fenómenos psíquicos, no pocos de los más interesantes de supuesta levitación se hallan en las vidas de los místicos que nunca han sido realmente beatificados. No dispongo de espacio para entrar en detalles; pero, por vía de ejemplo, puedo llamar la atención a las curiosas experiencias de María Agreda y Passitea Crogi. En el primer caso se nos dice que la autora de la *Mística Ciudad de Dios* hacía tantos esfuerzos para resistir a sus levitaciones extáticas que vomitaba sangre. Al descubrir que hallándose en estado de trance había sido objeto de espectáculo por parte de sus monjas y que el velo había sido removido para que los curiosos extraños pudiesen ver la expre-

46. El documento íntegro, con más detalles con respecto al Hermano da Silva y el Padre Morales, se encontrará en R. de Scorraille, S. J. *François Suarez* (París, 1911, II , pp. 299-302.

sión de su radiante cara, declaró hubiera preferido sentarse en el cepo. El obispo Samaniego, que la conocía íntimamente, da la siguiente relación de sus éxtasis:

«Los raptos de la sierva de Dios eran de esta naturaleza. El cuerpo estaba absolutamente privado de los sentidos, como si estuviese muerta; y si se le hacía violencia no la sentía; estaba un poco levantada del suelo y tan ligera que no tenía peso propio, de tal manera que como una pluma podía ser movida a distancia, aun con el soplo del aliento [47]. La cara era más bella que la que normalmente tenía; su natural matiz moreno era reemplazado por cierta palidez. Toda su actitud era tan modesta y devota que parecía un serafín en forma humana. Frecuentemente permanecía en estado extático durante dos y aun tres horas» [48].

Acerca de Passitea Crogi, monja capuchina que murió en 1615, su biógrafo, un culto profesor de la lengua árabe, que demuestra un raro sentido del valor del testimonio, escribe lo siguiente:

«Según la violencia del éxtasis, ella era elevada más o menos del suelo. La Hermana Felisa depuso que la había visto elevada tres *braccia* del suelo. La Hermana María Francisca, más de cuatro *braccia* y que, al mismo tiempo, se encontraba rodeada de un inmenso resplandor de luz. Esto duró por espacio de dos a tres horas. En una ocasión, en Santa Fiora, en la casa de la Duquesa Sforza, estando con una multitud de gente, Passitea fué sorprendida por un rapto, bajo cuya influencia permaneció elevada del suelo hasta la altura

47. Una ligereza parecida, como la de una pluma que flota en el aire, se afirma de la Beata María Ana de Jesús. Véase su *Vita,* por Pietro dello Spirito, pp. 101-2. También en el caso de la extática de Arezzo, Dominga Barbagli: vid. la *Letter,* del Conde de Shrewsbury, pp. 67 y sig.

48. Obispo Ximenez Samaniego. *Vida de la Venerable Madre María de Jesús,* cap. 9.

de un hombre. La duquesa, que fué testigo del evento, hizo que redactara una atestación del hecho que fué firmada por todos los presentes».

Se nos dice también que fué transportada frecuentemente de un lugar a otro sin mover los pies y sin tocar al suelo. Así, en una jornada que emprendió con Sor Diodata caminando sobre un suelo fangoso, mientras su compañera estaba manchada de barro, Passitea terminó la jornada sin una salpicadura [49].

Finalmente, para terminar, tengo que hacer notar que estas supuestas levitaciones no son simple experiencia de pasadas y remotas épocas. Ellas pueden ser menos frecuentes entre los místicos de los tiempos modernos, pero todavía tienen lugar. La monja carmelita de Pau, siria de nacimiento, Hermana María de Jesús Crucificado, fallecida en 1878, fué, según afirma su biógrafo, elevada en el aire hasta la copa de un tilo; y cuando su Superiora le ordenó que bajara, dejó en su apresurado descenso una de sus sandalias en la rama más elevada, donde, tratando de encontrarla, apareció al día siguiente [50]. Gemma Galgani, que nació en 1878 y murió en olor de santidad en 1903, también fué elevada en éxtasis; así lo afirma al menos su confesor, que también fué su biógrafo [51]. Finalmente, voy a exponer la curiosa aventura de una más reciente extática que murió en 1912. Una de sus hermanas en religión, Sor María Prassede, de las Adoradoras del Crucifijo, escribe en una carta del 3 de junio de 1913:

«Aún yo era novicia, y en aquellas ocasiones en que Sor María de la Pasión podía bajar al coro a recibir

49. *Vita della V. M. Passitea Crogi,* escrita por L. Marraci, Venecia, 1682, p. 148.

50. Estrate, *Vie de Marie de Jésus Crucifié* (1913), pp. 259-61.

51. Germano, *Life of Gemma Galgani.* Traduc. inglesa, 1914, pp. 270-1.

la Sagrada Comunión, la Reverenda Madre Superiora me mandó que la llevara a su celda, porque aun estaba muy enferma; ella tuvo que volver a la cama casi inmediatamente después de comulgar. Pues bien, apenas dejamos juntas el coro, me di cuenta de que la sierva de Dios, aunque estaba en un estado de gran sufrimiento, subió las escaleras en un instante, como si tuviera alas, mientras yo, aunque estaba en estado de perfecta salud no pude seguirla; tanto que parecía que no tocaba al suelo sino que realmente voló por las escaleras que la conducían a su celda» [52].

Suponiendo, pues, que tenemos fundamento razonable para acreditar el hecho de levitación, queda pendiente la cuestión de cómo se puede explicar. Los teólogos ofrecen, en su mayor parte, la preliminar y fácil solución de que tratándose de gente santa, es esta una manifestación del poder divino, realizado por ministerio de ángeles; pero que en casos como el de Simón, Mago, de hechiceros y mediums espiritistas, se trata de una acción diabólica. Sin aventurar a rechazar completamente esta explicación, yo encuentro ciertas dificultades demasiado complejas para resumirlas aquí, que sugieren la prudencia de suspender nuestro juicio. Puedo afirmar que con respecto a la levitación de objetos materiales (v. g., pesadas mesas de comedor, sin ningún contacto), la prueba espiritista me parece convincente, y si una mesa puede estar suspendida en el aire, es difícil ver por qué no pueda estar un hombre [53]. Sir Oliver Lodge anunció una teoría espiritista para explicar estos fenómenos; el profesor Charles Richet,

52. Contiene algunos interesantes casos de «vuelos» de otros extáticos, como Passitea Crogi o Santa María Magdalena de Pazzi. L. M. Fontana, *Vita de la Serva di Dio Sour Maria della Passione*, segunda edic., p. 294, Sconsaro, 1917.

53. He citado algunas de las pruebas que más me han impresionado en un artículo acerca de *The reality of Psycho-physical Phenomena, en* «Dublin Review», julio, 1920.

una materialista. Ellos atribuyen estas extrañas actividades al éter, al teleplasma, a la criptestesia, etc.; pero me parece que en el presente estado de nuestros conocimientos, no podemos decidir aún si los efectos observados trascienden o no al alcance posible de lo que puede llamarse las fuerzas psicofísicas de la Naturaleza [54].

Tal vez estuviera bien explicar que la levitación no puede presentarse como uno de los milagros exigidos para la beatificación o canonización. Es decir, que semejante fenómeno, si está bien comprobado, sería aceptado como una prueba corroborativa para probar la existencia de virtudes heroicas en el sujeto, pero el decreto que declara que el Siervo de Dios practicó las virtudes en grado heroico no es suficiente para la beatificación. Además es necesario que los milagros obrados después de la muerte sean probados satisfactoriamente en testimonio de su santidad.

Por otra parte, aunque se sostiene comúnmente que la Bula de Canonización impone a los fieles el deber de creer que el Siervo de Dios así honrado está gozando de la felicidad eterna, no se atribuye inmunidad de error a las declaraciones históricas que aparecen en la Bula con respecto a los hechos de su vida o sus supuestos milagros.

En *Quarterly Journal of Science*, de enero de 1875, y en Imbert- Gourbeyre *La Stigmatisation* (1894) II., p. 239, se da una lista de los Santos que han tenido levitaciones, pero en ninguno de los casos se ha intentado distinguir entre los bien comprobados y los insatisfactorios. Pongo aquí los nombres de veinte estáticos no mencionados en el texto, escogiendo con preferencia los que son menos conocidos. Sería fácil hacer una lista tres veces más larga. La fecha añadida a cada nombre es el año de su muerte. También cito en cada

54. Véase por ejemplo «Proceedings of the Society for Psychical Research», núm. 90, mayo, 1924.

caso las fuentes donde pueden encontrarse más detalles. «A. A. SS.» se refiere a la colección Bollandista del *Acta Sanctorum*; «Proceso «*Summario*», al sumario de pruebas que se encuentran en el oficial *Positio super Virtutibus* sometido a la Sagrada Congregación de Ritos. Se han omitido los ejemplos medievales, como los de los célebres santos modernos San Alfonso María Ligorio, etc.:

Beato Nicolás Factor, 1583 (Moreno, *Vida*, páginas 128-9).

Beato Andrés Ibernón, 1602 (Proceso, *Summario*, pp. 319, 324-5, 331).

Beato Gaspar de Bono, 1604 (P. A. Miloni, *Vita*, pp. 76-7).

Beato Juan de Ribera, 1612 (Castrillo, *Vita*, p. 92).

San Alfonso Rodríguez, 1617 (*AA. SS.*, oct., Vol. XIII, p. 622).

Beato Lorenzo de Brindisi, 1619 (B. da Coccaglia, *Ristretto*, pp. 136, 196).

Verónica Laparelli, 1620 (Proceso. *Summario*, pp. 138, 141).

San Miguel de los Santos, 1625 (N. della Vergine, *Vita*, pp. 45-9, 56).

San Pedro Claver, 1654 (J. M. Solá, *Vida*, pp. 323, 389, 390).

Beato Bernardo de Corleone, 1667 (B. Sanbenedetti, *Vita*, pp. 63, 72).

María Minima Strozzi, 1672 (*Vita*, p. 19).

Juana de la Encarnación, 1705 (L. J. Zevallos, *Passión de Christo*, pp. 23-4).

Beato Buenaventura Potentini, 1711 (*AA. SS.*, oct., Vol. XII, p. 154).

Beato Francisco de Posadas, 1713 (V. Sopena, *Vita*, pp. 43-4).

Angiolo Paoli, 1720 (T. Cacciari, *Vita*, p. 147).

San Pacífico de San Severino, 1721 (Melchori, *Vita*, p. 73).

Beato Angelo de Acri, 1739 (*AA. SS.*, oct., Vol. XIII, pp. 661, 673).

Clara Isabela de Furnariis, 1744 (Process, *Summario*, p. 103).

Gertrudis Salandri, 1748 (*Vita*, una biografía anónima, pero admirable).

Santa María Francisca de las Cinco Llagas, 1791, (pp. 220-4. Laviosa, *Vita*, p. 52).

S. Andrés Hubert Fournet, 1821 (Process, *Summario*, pp. 376, 395, 396, etc.).

J. B. Cottolengo, 1842 (Process *Summario*, pp. 411, 412, 416).

CAPITULO II

LOS ESTIGMAS

I

Los Estigmas antes de San Francisco

Al volver a las más familiares y más ampliamente debatidas de las manifestaciones físico-psíquicas que aquí discutimos, nos encontramos en el umbral de nuestra investigación con una cuestión de hecho al cual parece conveniente consagrar todo el presente capítulo. ¿Fué San Francisco de Asís el primer asceta que llevó impresos en su cuerpo los estigmas de la sagrada Pasión de nuestro Señor? Hasta fecha muy reciente, la respuesta dada por escritores de todas las escuelas hubiera sido resueltamente afirmativa, pero últimamente se ha suscitado una dificultad acerca de este punto, y me parece que la duda merece un trato más paciente y simpático que el otorgado por escritores tales como el Padre Miguel Bihl [1] o A. M. Königer.

La ocasión para estos últimos procesos en la discusión fué ofrecida en 1910 con la publicación de una monografía por el Dr. Merkt, de la Universidad de Tu-

---

1. Vid. Bihl en «Archivum Franciscanum Historicum», julio, 1910, y Königer en la «Historisches Jahrbuch», 1910, pp. 787 sig.

binga [2], que aún ahora puede ser considerada desde el punto de vista racionalista como el más serio intento de explicar los estigmas de San Francisco. Nuestro crítico no discute que el Santo llevara tales estigmas y que fueran observados en su cadáver. Sin embargo, afirma que las llagas no datan, como alegan comúnmente los biógrafos de Francisco, de la visión del Serafín en setiembre de 1224, sino que aparecieron sólo algunas semanas antes de su muerte (octubre 3, 1226) [3]; también, que no eran más que unas manchas o raspaduras de la piel, no hendiduras que penetraran en la carne de las manos o pies, y además que las manchas equimóticas o cicatrices de esta naturaleza pudieran ser fácilmente producidas, como en efecto probablemente lo fueron, por simples condiciones patológicas, tratándose de un sujeto cuyos pensamientos estaban concentrados sin interrupción en las llagas de la Pasión de nuestro Salvador.

Sin embargo, lo habían dicho en términos equivalentes escritores anteriores como Karl Hampe, Georges Dumas, Paul Sabatier y otros. Lo que especialmente caracterizaba el tratamiento del problema por el Dr. Merkt fué su énfasis acerca del hecho de que, ya antes de la fecha de la visión del Serafín, ciertos místicos cristianos en Occidente estaban acostumbrados a la idea de una reproducción física de las llagas de Cristo en su propia carne. Naturalmente, San Pablo había escrito de sí mismo (Gal. VI, 17): «yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús», y hay alguna prueba de que en el siglo duodécimo empezó a prevalecer entre

2. *Die Wundmale des Franziskus von Assisi.* Leipzig, 1910.

3. Este punto de vista ha sido expuesto por K. Hampe en varios artículos v. g., la *Historische Zeitschrift,* 1906, pp. 385-402; y también en *Archiv f. Kulturgeschichte,* VIII, 1910, pp. 257-90. Pero contra esto vid. K. *Wenck*, en *Zeitschrift für Kirchengeschichte,* XXXII (1911), p. 90.

los comentadores una interpretación algo literal de las palabras [4]. Pero sea de esto lo que fuere, no podemos ignorar el hecho de que dos años y medio antes de la fecha más temprana asignada a la estigmatización de San Francisco, llamó la atención el caso de un entusiasta religioso que mostraba en sus manos, pies y costado las marcas de las llagas de Cristo. Bien fuera un fanático o aun un impostor, no es de gran importancia para nuestro presente estudio. Lo digno de atención es que la primera idea de un «estigmatizado» (o sea una persona marcada con estigmas) no procede de lo que está escrito acerca del mismo San Francisco. Además se dan otros dos casos ligeramente diferentes, pero más o menos contemporáneos, cuya fecha no se puede precisar tan exactamente. Lo menos que se puede decir es que hay la probabilidad de que estos casos emanaron independientemente de la tradición franciscana. Como quiera que lo miremos, son hechos, o por los menos alegaciones, que no se pueden ignorar en ninguna discusión del fenómeno de la estigmatización, y es curioso que se hayan hecho tan pocos intentos hasta ahora por ambas partes para investigar la prueba histórica que implican.

El primero y el más autorizado ejemplo, de un estigmatizado prefranciscano, es citado por el Dr. Merkt de *Chronica Majora* de Mateo de París, que dentro del año 1222 hace una anotación en los siguientes términos:

«En este mismo año, pocos días antes del Concilio que tuvo lugar en Canterbury (esto es evidentemente un error de pluma, en lugar de Oxford) convocado por Esteban (Langton), Arzobispo de Canterbury, fué arrestado un hombre que tenía en su cuerpo y en sus miembros, esto es en su costado, sus manos y pies las cinco llagas de la Crucifixión. Junto con él fué presentada en el mismo Concilio una persona de doble sexo, es decir

4. Véase, sin embargo, Bhil, *Archivum Franciscanum,* III, p. 397.

hermafrodita, que estaba con la misma ilusión que el primero (*eiusdem erroris quo prior fuit obcaecatus*) y con él un cómplice suyo. Habiendo sido convecidos de este error, y confesando su culpa, fueron castigados según sentencia de la Iglesia. Igualmente, también cierto apóstata, un diácono que de cristiano se convirtió en judío, fué castigado lo mismo en debida forma legal. Después de lo cual Falco (Fawkes de Breauté) lo arrestó inmediatamente y lo ahorcó»[5].

Aunque este relato no es muy claro, no cabe duda de que es bastante correcto en lo principal y, en particular, la fecha está fuera de duda. Lo extraño es que ni el Dr. Merkt ni sus numerosos críticos han pensado, al parecer, en buscar nuevas informaciones considerando lo interesante del caso en las páginas de otros cronistas ingleses. Algunos de éstos mencionan el incidente, y hay buenas razones para creer, como veremos, que ellos son probablemente más dignos de crédito que el bullicioso, mas de ningún modo demasiado exacto historiador de San Albans.

Vamos a empezar por *Dunstable Annals*, el compilador de quien Prior Richard de Morins parece haber escrito su relato año por año desde 1210 a 1241. El había asistido al Concilio de Letrán en 1214, y parece muy probable que por algún título debió de haber estado presente en el Concilio Provincial de Oxford. No nos habla mucho del estigmatizado que fué sentenciado, pero lo que dice viene al caso[6]. Después de hablar del

5. Mateo Paris, *Chronica Majora* (Serie Rolls, Edic. Luard), III, p. 71.

6. *The Anals of Dunstable* (Serie Rolls, edic. Luard), p. 76. Acerca de la exactitud de la crónica, véase el prefacio del Editor, p. XI y p. XXXII. «En cuanto al valor histórico de los *Annals of Dunstable,* apenas pienso que podíamos estimarlo demasiado». Hay que observar también que el Concilio de Oxford se reunió en el monasterio de Osney, y que Osney y Dunstable, eran ambas casas de canónigos agustinos.

diácono apóstata que, como parece, fué quemado y no ahorcado, el Dunstable Annals, continúa:

«Otro diácono fué degradado por robo. Además cierta mujer que decía ser la Santísima Virgen, y un joven que quería pasar por Cristo, y tenía taladrados sus manos, costado y pies, fueron emparedados en Banbury (*immurati sunt apud Bannebirre*)».

Esta atestación, apuntada en la página que ahora leemos el mismo año en que ocurrió el incidente, hay que considerarla verdaderamente como una prueba de mucho valor. Con ella conviene la breve nota en los *Wawerley Annals,* también anotación contemporánea, al efecto de que «cierto rústico que se crucificaba a sí mismo (qui se crucifigebat) fué aprisionado por vida»[7]. Nos da más detalles Tomás Wykes quien, aunque no es exactamente contemporáneo, escribió en el mismo monasterio de Osney, en el cual se reunió el Concilio de Oxford. Sin embargo, Tomás Wykes, como nos dice su editor, «siempre debe ser considerado como uno de los historiadores más interesantes y de más digno crédito de su tiempo». Su narración del diácono apóstata quemado es más detallada que la de ningún otro cronista, después de lo cual continúa:

«Estaba presente en el mismo Concilio cierto paisano, seglar, cuya locura era tal que, para deshonor del Crucificado, se hacía crucificar declarando que él era Hijo de Dios y redentor del mundo. Por sentencia del Concilio fué encarcelado y encerrado para el resto de su vida, y alimentado solamente de pan duro y agua, terminando sus días en el encierro»[8].

Sin embargo, el relato más completo de nuestro supuesto estigmatizado es el del Abad de Coggeshall, en

7. *Annales Waverley* (Serie Rolls, Luard, p. 296.

8. *Annales de Oseneia* (Serie Rolls, Luard), p. 63.

Essex, que sin duda fué contemporáneo y cuya autoridad como cronista es muy grande. Como su narración termina bruscamente en 1224, y se cree que debido a su mala salud resignó su oficio de Abad en 1218, con toda razón puede suponerse que su relato de 1222 fué escrito al poco tiempo de los sucesos descritos. De acuerdo con otros analistas más dignos de crédito, nos dice que el diácono apóstata fué quemado, y después continúa:

«También había allí un joven descreído traído junto con otras dos mujeres ante el Concilio, a quienes el arcediano del distrito acusó de grave crimen de infidelidad. El joven lo fué por rehusar entrar en la iglesia o de no participar en los sagrados ritos (*nec divinis interesse sacramentis*) o desoír las advertencias de su católico padre, y porque consintió en ser crucificado, llevando las cinco llagas que todavía se pueden ver claramente, y también porque animaba a las mujeres a que lo llamaran Jesús. Una de las mujeres de edad madura fué acusada de haberse dedicado por largo tiempo a perversos encantamientos y de haber arrastrado a dicho joven a tal grado de locura. Consiguientemente se ordena sean emparedados hasta la muerte estos dos que fueron hallados reos de culpa grave. Pero la otra mujer, que era hermana del joven, fué puesta en libertad, porque denunció su impía conducta» 9.

Los historiadores posteriores añaden poco y, por cierto, con evidentes errores. Puedo mencionar como ejemplo la declaración en Ralph Higden de que el joven, después de sentenciado a muerte por la Santa

9. *Cronicon Anglicanum,* Radulfo de Coggeshall (Serie Rolls, edi. Stevenson), p. 191. Como este relato aparece sobre una raspadura en el manuscrito del autor, es natural deducir que este relato, tras cuidadosa investigación, fuera aceptado finalmente como auténtico.

Iglesia, fué clavado en una cruz en Abirbury —pero otra crónica contemporánea, la de Barnwell, cerca de Cambridge— da algunos detalles más que no carecen de interés. Después de declarar que las manos, pies y costado del joven estaban perforados —añade el escritor— había heridas en la cabeza «que correspondían, sin duda, a las punzadas de las espinas de la corona de nuestro Salvador» 10. Y sigue diciendo:

«También fué arrestada con él una mujer que inducía al pueblo a que la llamaran María, madre de Cristo, cambiando su propio nombre. Esta persona declaró poder ella celebrar la misa, cuyo hecho fué confirmado por haberse descubierto fragmentos de cera en forma de cáliz y de patena que ella había preparado a este fin. El Concilio infligió a los dos culpables un castigo conforme a su merecido, ordenando que fueran emparedados hasta que la muerte los liberara».

A la luz de esta colección de detalles obtenidos de diversas fuentes, al parecer todas independientes, nos vemos obligados a deducir que el joven era lunático o un astuto pícaro y, mejor aún, mezcla de ambas cosas. El hecho de haber negado que nada tenía que ver con la Iglesia o con sus Sacramentos prueba fundamentalmente haber estado en conflicto con el conjunto del sistema religioso de la época en que vivía. Acerca del carácter de ese sujeto como reformador moral, nada nos dicen los coetáneos; pero su deseo de ser venerado

10. La sintaxis de este pasaje es peculiar, y de ningún modo libre de dificultades: «Ductus est ibi in concilio laicus quidam qui se crucifigi permisit, in quo omnia cicatricum vulnera, vestigia in manibus et pedibus et latere perforatis, et in capite apparuerunt». Esta es la lectura y puntuación de Stubs, que había cotejado el MS. Arundel 10 de College of Arms. El texto está incorporado en Walter de Coventry, II, 252.

como Jesús[11] mientras su adulta compañera figuraba como María, su madre, no podía para un cristiano instruído en la Edad Media tener otra calificación que la de blasfemo. Nadie sin una vena de loco, y menos aún un analfabeto rústico pudo haber sido persuadido de buena fe de que aquél prestaba honor a Dios persistiendo en desempeñar semejante papel. Así se refuta efectivamente la suposición del Dr. Merkt de que fuera un místico devoto cazado a muerte por un tribunal de eclesiásticos mundanos. Por otra parte, no puede ponerse en duda de modo alguno la existencia de heridas o cicatrices en manos, pies y costado. La curiosa frase empleada más de una vez de que «él permitió ser crucificado» parece sugerir más bien que por algún procedimiento había causado en sus pies y manos perforaciones que conservó abiertas permitiendo, si se le presentaba ocasión, pasaran a través de ellas los clavos fijados en una cruz toscamente labrada. No se nos dice si la cruz que empleaba tenía algún soporte para los pies; pero

11. El parecido entre este caso y el de John Thom, el pseudomesías del siglo XIX y estigmatizado, es notable. Thom, según el *Annual Register* de 1838, «blasfemamente se llamaba el Salvador del mundo y, para convencer a sus secuaces de que así lo era, enseñaba en sus manos ciertos pinchazos como infligidos por los clavos de la cruz, y una cicatriz en su costado como de una herida que manó sangre y agua». Véase el artículo acerca de «Thom» por Fr. Thurston en *The Tablet* de 20 agosto 1938. J. H. C.

Capgrave, escritor posterior, pero que hacía su información de fuentes fidedignas, presenta en su *Chronicle of England* el siguiente relato del incidente: «Fué acusado, además, un rústico que buscaba que los hombres lo clavaran en la cruz, pues en las manos y en los pies se veían heridas de los clavos y, además, una herida en su costado. En su locura decía que había sido tratado así para la salvación del mundo. Fué puesto en prisión perpetua, nunca tuvo otra comida que pan y agua». Rolls, Serie Edic., p. 151. Esto parece implicar que el acusado acostumbraba a intervalos hacerse sacrificar.

si lo tenía, y permanecía con el cuerpo en posición vertical sobre sus taladrados pies, parece que no hay imposibilidad física de que se mantuviera algunas horas en tal postura, aun con los brazos extendidos y levantados. En general, pues, la prueba en este caso inglés indica alguna treta de contorsionista o saltimbanqui que tomó principalmente carácter religioso porque las ideas e intereses de la época estaban concentrados en torno a temas religiosos. En este supuesto no podemos censurar mucho a Esteban Langton y a sus compañeros obispos si consideraron toda esa hazaña como una burla irreverente, por no decir blasfema, de todo cuanto los cristianos consideraban como más sagrado.

Si se acepta como probable esta explicación del incidente de Oxford, tenemos que se trata claramente de algo muy diferente a los estigmas de San Francisco de Asís. Sin embargo, el caso prueba que el pensamiento de los hombres estaba en este período muy preocupado con las llagas de nuestro Salvador, y con la posibilidad en un cuerpo vivo de imitar exactamente este aspecto de su Pasión.

Los otros dos casos de aparente estigmatización, a los cuales consagra su atención el Dr. Merkt, son más vagos y mucho menos comprobados que los que acabamos de citar. El primero nos es conocido sólo por un pasaje en el *Tractatus*, de Esteban de Bourbon, una colección de historietas edificantes para predicadores. Esteban, dominico eminente que escribió hacia el año 1246, nos habla de un tal Dauphin de Auvergne, a quien llama Marqués de Montferrend. Después de explicar que Robert había sido considerado injustamente como sospechoso de tendencias heréticas por su colección de libros albigenses, añade:

«Este hombre, muchos años antes de su muerte, llevaba en su cuerpo las marcas (stigmata) del Señor Jesús como recuerdo de su Pasión y de la fidelidad a El debida. Juntamente con otras penitencias que hacía

en memoria de la Pasión de nuestro Señor todos los viernes, se taladraba la carne con unos clavos hasta sacar sangre (*cum quibusdam clavis carnem suam singulis sextis feriis usque sanguinis effusionem configebat*)» 12.

Como Roberto murió en 1234, el Dr. Merkt parece que tiene razón cuando afirma que la frase «muchos años antes de su muerte» nos llevaría naturalmente a un período anterior al de los estigmas de San Francisco. Y esto es lo más probable, porque Roberto es representado como fenomenalmente viejo (*antiquissimae aetatis*). Sin embargo, ningún hombre, por santo que sea, empezará a practicar tal mortificación a los setenta u ochenta años; y la virtud de Roberto, por lo menos en su juventud, no estaba exenta de defectos. Su colección de libros parece que, en gran parte, fué adquirida por robos llevados a efecto en las casas religiosas; tanto, que el Papa Celestino III escribió en 1193 al Arzobispo de Bourges ordenándole que excomulgara a Roberto si no cambiaba de coducta 13. Por otra parte, no es muy cierto que la palabra *stigmata* signifique algo más que las cicatrices de penitencias corporales en general, por ejemplo, disciplinas, ceñidores con puntas o formas parecidas, pero es sugestivo realmente el uso de los clavos. Sin embargo, si las cicatrices fueron estigmas en el sentido moderno de la palabra, en el caso de Roberto debieron haber sido infligidas por él mismo.

El tercer ejemplo alegado por el Dr. Merkt es el del Beato Dodo, un monje premonstratense de Hascha, en Frisia. El relato se encuentra en una breve biografía

12. Stephanus de Bourbon, *Tractatus de diversis materiis praedicabilibus* (Edic. Lecoy de la Marche), p. 277. Tambien está impreso todo el relato en Quétif y Echard, *Scriptores*. O. P., O. P., I, p. 191.

13. Véase Devic y Vaissete, *Hist. Gen, de Languédoc*. Vol. X (1885), p. 264 n., y las *Mémoires de la Académie of Clermont-Ferrand*. Vol. XXIV (1882), p. 335.

escrita en latín que poseemos acerca del mismo, pero de autor desconocido y sin ninguna prueba satisfactoria de que fuera contemporáneo. El pasaje a que nos referimos dice lo siguiente:

«El año 1231, el domingo siguiente a la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, el Hermano Dodo, varón de vida y costumbres inocentes, fué muerto bajo las ruinas de un muro que se le cayó encima. Por espacio de los cinco años anteriores, había llevado en este punto una vida monástica y solitaria, sirviendo a Dios y a nuestra Señora día y noche, en medio de graves maceraciones corporales, y acabó su vida por una especie de martirio por disposición divina en unión con Dios. Ahora bien, cuando fué aplastado mortalmente bajo las piedras del viejo santuario, descubrieron que tenía en sus manos, pies y costado derecho llagas abiertas, a la manera de las cinco llagas de nuestro Salvador. Tal vez, por compasión con el Señor crucificado, llevó estas llagas durante muchos años de manera que verdaderamente pudo decir con San Pablo: «Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús». Pero hasta el día de su muerte estuvo oculto a todos, menos a Dios sólo, que conoce todas las cosas» 14.

Tampoco aquí conocemos ciertamente la fecha, pero debo reconocer que, si aceptamos las declaraciones de nuestras únicas autoridades como dignas de crédito, parece que tiene razón al reconocer este caso de estigmatización como anterior al de San Francisco. Tomás de Camtimpré describe al ermitaño Dodo como varón muy anciano (*valde longaeva aetate provectus*). Ahora bien, si él merecía esta descripción cuando murió en 1231, debía haber sido anciano en 1224, y la experiencia de los últimos siglos muestra que en casi todos los casos registrados, los estigmas se manifestaron por vez pri-

14. *AA. SS.*, marzo, vol. III, p. 751.

mera o en la juventud o edad madura [15]. El mismo San Francisco no tenía los cuarenta y dos años cuando se le apareció el Serafín. Naturalmente, no tenemos nada que pueda servir de guía con respecto a la naturaleza de los fenómenos del caso de Dodo y, por consiguiente, queda sin contestación la cuestión de si las heridas fueron infligidas por él mismo, si eran debidas a causas patológicas o eran de origen milagroso [16].

Nosotros no tratamos aquí de defender ninguna tesis, sino sencillamente de examinar las pruebas. Debemos, pues, reconocer ingenuamente la posibilidad de que en muchos casos las llagas fueron producidas consciente o inconscientemente por el sujeto mismo. Por poco que estemos dispuestos a admitir que los fenómenos físicos de misticismo se pueden reducir al histerismo, no se puede sin embargo discutir que el éxtasis del místico y el trance del paciente histérico sean muy analógos y no siempre se pueden distinguir fácilmente. Las tendencias miméticas de la diátesis histérica son cosas corrientes en todos los escritores acerca de este tema. Por otra parte, en los relatos que se han conservado hasta nuestros días, nada hay más extraordinario referente a los períodos de los contemplativos que en estado de arrobamiento siguen los pasos sucesivos de la Pasión de nuestro Señor, que el instinto dramático con que cada escena es retratada en sus propias personas. Y en muchos casos, no es desempeñada meramente la parte de nuestro doliente Redentor, sino en cierto sentido, también al mismo tiempo, la crueldad y violencia de los que lo atormentaban, lo mismo que el horror y la compasión de sus amigos. Vamos a ilustrar este punto con un relato llegado a nosotros de dos extáticos que vivieron en la segunda mitad del siglo de San Francisco.

Hacia el año 1275, Felipe, Abad de Claraval, hizo una descripción de las maravillas observadas en los éxtasis de Elizabeth, monja cisterciense de Herkenrode, cerca de Lieja. Estaba marcada con los estigmas; al parecer, vivía, en un estado continuo de trance; pero lo más notable de todo era que en el curso de cada veinticuatro horas representaba toda la historia de la Pasión de Cristo, empezando a medianoche, en Maitines, con el arresto de nuestro Señor y terminando en las completas con la colocación en la tumba. El Abad Felipe, que fué escéptico acerca de estos sucesos hasta que los vió por sí mismo, subraya el hecho de que la monja «representara al mismo tiempo la persona de nuestro Señor que estaba sufriendo; la del perseguidor o ejecutor que lo atormentaba; la persona de nuestro Señor mientras se sometía; y la del perseguidor mientras lo empuja, arrastra, hiere y amenaza» [17]. Así nos dice cómo cuando Elizabeth estaba contemplando alguna escena de las ignominiosas andanzas del Señor de un tribunal a otro, agarrando la pechera de su propio vestido con la mano derecha, ella se empujaba a la derecha; y después, con su mano izquierda, se arrastraba en dirección opuesta. En otra ocasión, alargando y levantando su brazo con el puño amenazador, se daba un violento golpe en la mejilla de manera que todo su cuerpo parecía vacilar y tambalear bajo el golpe; o también, mientras sus pies permanecían

15. Todas las declaraciones hechas por el Dr. Imbert-Gourbeyre, deben ser cuidadosamente comprobadas, y me atrevo a decir que su tabla de edades (*La Stigmatisation,* II, p. 22) no merece confianza; sino que aun las cifras por él presentadas, justificarían lo arriba dicho.

16. Sobre la posibilidad de infligirse estigmas, parece que tenemos pruebas en el caso de la Beata Cristina de Spoleto († 1458), una monja agustina que perforó un pie con un clavo, para imitar los sufrimientos de nuestro Salvador: cf. *AA. SS.*, febrero, vol. II, pp. 799E, 801C.

17. El texto de todo el relato está impreso por los Bollandistas en su catálogo de MSS. Hagiográficos de Bruselas, vol. I, pp. 362-78. Las palabras citadas están en el párrafo 4, p. 565.

quietos y sin movimiento, se tiraba violentamente del cabello hasta que la cabeza golpeaba el suelo. Asimismo, doblando hacia atrás todos los dedos excepto el índice, lo llevaba a los ojos como si quisiera vaciarlos, mientras que en otras escenas, contorsiéndose como en agonía en el suelo, una y otra vez golpeaba el suelo con su cabeza. Pero el rasgo más frecuente en este maltratamiento de sí misma era una lluvia de golpes de extraordinaria fuerza y violencia contra su pecho, mientras yacía de espaldas en estado de trance [18]. El espectáculo impresionaba mucho a los espectadores, pero no es fácil explicar o acoplar con el resto de la representación de la Pasión. Parece que el Abad Felipe pudo examinar atentamente los estigmas de las manos, de los pies y del costado de Elizabeth. El, con otros abades y monjes que lo acompañaban, vió varias veces la sangre que chorreaba de sus llagas abiertas, y también de sus ojos y por debajo de sus uñas. El explica estas últimas manifestaciones suponiendo que nuestro Salvador tuviera sus muñecas tan fuertemente atadas como para producir tales hemorragias [19].

Volvamos ahora a un caso todavía más curioso de la monja Lukardis, de Oberweimar, que se supone nació en 1276 y murió en 1309. Un extraordinario relato completo de sus experiencias místicas se ha conservado en la Vida compuesta por algún religioso anónimo que la conoció bien y, al parecer, escribió al poco tiempo de su muerte. Como Elizabeth de Herkenrode, Lukardis era objeto de constantes éxtasis y recibió los estigmas en muy temprana edad. Pero mucho antes de que se le manifestaran adoptó ciertas prácticas que, probablemente le ayudaron a facilitar por fuerza su desarrollo. Así nos dice su biógrafo:

18. Ibid, p. 370, § 10.

19. Item per manus et pedum vulnera sanguis, nobis videntibus, pluries ebullivit. ...Item aliquotiens per interungues et carnem nobis intruentibus fluxum sanguinis evomit extremitas digitorum. Ibid, p. 371, § 12.

«Con respecto al martilleo de los clavos en la cruz de Cristo, como ella llevaba su recuerdo en lo íntimo de su corazón, así también lo representaba en su acción exterior. Porque una y otra vez golpeaba con su dedo medio el lugar de las llagas de cada mano; después, retirando su mano un par de pies (*ad distantiam unius cubiti*), soltaba otro golpe fuerte en el mismo punto, semejando la punta de su dedo algo así como un clavo afilado. Realmente, aunque a la vista y al tacto parecía ser un dedo, no podía sentir en él ni carne ni hueso, y quienes lo manosearon declaran que tenía la dureza de una pieza metálica. Cuando ella se golpeaba en la forma dicha, se oía un sonido (*tinniebat*) como de martillo que caía sobre la cabeza del clavo o sobre un yunque. En una ocasión, una persona de cierta autoridad, pensando que esta clase de golpe era fingida o mera trampa, interpuso su mano con objeto de saber la verdad. Pero ya al primer golpe, pronto la retiró declarando que, de haber esperado al segundo golpe, hubiera perdido para siempre el uso de la mano. A la hora sexta, y de nuevo a la hora nona, la sierva de Dios se golpeaba violentamente con el mismo dedo, el pecho, donde tenía la llaga. El ruido que producía era tan grande que se oía en todo el convento; y guardaba tan exactamente la hora sexta y la nona para esta práctica, que las monjas las consideraban más seguras que el reloj... Además debe tenerse en cuenta que antes que apareciesen los estigmas, la sierva de Dios, impulsada por vehemente anhelo, procuró abrir los puntos de las llagas en sus pies como horadando con el gran dedo del pie (*sua majori pedica quasi fodiendo*)» [20].

Sin duda alguna, esto parece muy extravagante y podemos sospechar que el escritor exagera mucho, pero

20. *Analecta Bollandiana*. Vol. XVIII, pp. 315-16.

abundan en el relato datos psicológicos confirmados por lo que conocemos de otros extáticos parecidos. Además, es claro que el biógrafo jamás soñó en tener duda alguna acerca del carácter sobrenatural de sus experiencias místicas. Nos afirma con toda claridad que estas prácticas fueron persistentes durante dos años antes que apareciesen los estigmas; sin embargo, cuenta cómo estas llagas se desarrollaron con el tiempo como resultado de una visión nocturna. Se le apareció un bellísimo y delicado joven que también estaba marcado con estigmas, y apretando con su mano derecha la de la joven, le dijo: «Yo quiero que tú sufras conmigo». Ella asintió y en un instante se formó la llaga de su mano derecha. Unos diez días más tarde, su mano izquierda estaba marcada de la misma manera y, con el tiempo, los pies y el costado. También se nos dice que Lukardi, «temerosa de vanagloria y adulación de hombres» ocultó al principio sus heridas usando una especie de guantes, pero más tarde fué avisada sobrenaturalmente que permitiese que las llagas fuesen vistas «para gloria de Dios y devoción de los fieles». Las llagas, como en el caso de otros estigmatizados posteriores, sangraban regularmente los viernes; pero, al parecer, no en otros días [21]. Apenas si aparecían el viernes de la semana de Pascua de Resurrección (*vix apparebant eius vulnera*), pero al viernes siguiente empezaban a aparecer de nuevo «porque ella, por sí misma, procuraba renovarlas» (*quia ea per se studuerat renovare*) [22].

Espero que, ni por un momento se supondrá que la conclusión a deducir de estos hechos es que en todos los casos de estigmatizados se debe sostener que las llagas fueran consciente o inconscientemente autoinfligidas. A mi parecer, esta conclusión sería muy temeraria y completamente injustificada, como espero demostrarlo por las pruebas de que disponemos. Pero así como podemos disentir enérgicamente de los argumentos de escritores, tales como Merkt y Hampe, aplicados a la estigmatización de San Francisco, también ha de admitirse en justicia que los casos de autoinflicción no son imposibles *a priori* y, por consiguiente, cada ejemplo debe ser examinado atentamente, y juzgado conforme al valor que tenga [23]. Como muestra el caso de Elizabeth Herkenrode, la misma viveza de las dramáticas realizaciones del estado de trance, pueden conducir inconscientemente al asceta a maltratarse y, considerada la naturaleza de las cosas, no hay ninguna razón para que las manos o los pies no se horadaran con la misma espontaneidad como la de darse bofetadas en la cara o la de golpear el cuerpo. Tal vez algunos incidentes que tan frecuentemente ocurren en las vidas de los santos, cuando después de una noche de oración las extremidades del hombre de Dios se encuentran como dislocadas y sus espaldas ennegrecidas y azuladas, no debieran ser atribuídas confiadamente a la acción de los demonios, sino que es posible explicárselos como una realización intensamente dramática de los ultrajes sufridos por nuestro Salvador a manos de los verdugos que tan cruelmente le azotaron y torturaron.

21. Ibid, pp. 317 y 328.

22. Ibid, p. 322.

23. Santa Rita de Casia, aunque no completamente estigmatizada, tuvo en la frente por espacio de siete años (1443-60) una herida que se suponía haberle sido infligida por nuestro Señor con la Corona de Espinas. Esta herida se enconó, y sus superiores la prohibieron por esa razón ir a Roma en el Jubileo de 1450. Después de lo cual, habiéndole pedido a Dios, desapareció la llaga, y Santa Rita fué a Roma en compañía de los vecinos del pueblo. Parecería temerario suponer que tanto la impresión como la curación de la herida hubiesen sido causadas por un agente sobrenatural. J.H.C.

2

¿Fueron los estigmas de San Francisco únicos en su género?

Fuera o no San Francisco el primero en llevar en su cuerpo las marcas de las llegas de nuestro Salvador, lo que no admite discusión es la inmensa impresión que produjo esta maravilla en el ánimo de sus contemporáneos. La tónica es dada por la carta que el Hermano Elías envió a los Provinciales de Francia, y probablemente a otras provincias, inmediatamente después de la muerte del Santo.

«Y dicho esto—escribió Elías—os anuncio una gran alegría, más aún, un nuevo milagro. Desde el principio de los tiempos no se ha oído hablar de una maravilla tan grande, excepto del Hijo de Dios, que es Cristo nuestro Dios. Por largo tiempo antes de su muerte [1], nuestro Padre y Hermano apareció crucificado, llevando en su cuerpo las cinco llagas que realmente son los estigmas de Cristo, porque sus manos y pies tenían agujeros como hechos por clavos fijados por arriba y abajo; revelaban las cicatrices y tenían la negra apariencia de clavos, mientras su costado mostraba haber sido alanceado, manando de allí sangre con frecuencia» [2].

Tomás Celano, o quienquiera fuere el autor del

1. Es incierto si debiera leerse «*Non* diu ante mortem» o «*Nam* diu ante mortem». Yo sigo a Mr. Reginald Balfour que prefiere el último.

2. He tomado esta traducción del finado M. Reginald Balfour en su *Seraphie Keepsake*, p. 38. El único texto conservado es, desgraciadamente, algo corrompido.

Libro de los Milagros, describe este portentoso acontecimiento igualmente. como algo nunca oído desde el principio del mundo, y su fama se difundió pronto a todas las partes de la Cristiandad al ser conservada como reliquia en crónicas tan populares como la de Vicente de Beauvais y Mateo de París (esto es, Wendover). Naturalmente, una de las primeras referencias que han llegado a nosotros es la contenida en la siguiente nota, escrita por mano del Hermano León al lado de la bendición que para él trazó su amado Padre Francisco sobre su propio nombre:

«El Bienaventurado Francisco, dos años antes de su muerte, observó una Cuaresma en el eremitorio del Alverna en honor de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, y del Bienaventurado San Miguel Arcángel, desde la fiesta de la Asunción de la Virgen María hasta la de San Miguel en setiembre. Y la mano del Señor descendió sobre él. Después de una visión y conversación que sostuvo con un Serafín, quedaron impresos en su cuerpo los Estigmas de Cristo. El compuso estas Alabanzas que están escritas en el otro lado de la hoja, y los escribió con su propia mano, dando gracias a Dios por el favor que le había sido otorgado» [3].

Hoy es realmente irrefutable la autenticidad de este preciosísimo memorial, y no podemos menos de subrayar el hecho de que en esta nota autógrafa el mismo Hermano León, no sólo da fe de los estigmas, aunque sin describirlos en detalle. sino que también afirma expresamente que su aparición tuvo lugar durante el retiro de cuarenta días en el Monte Alverna «dos años antes de su muerte». Con respecto a la naturaleza de los estigmas, nuestra principal fuente de información es Tomás Celano, en particular su primera Vida del Santo. Esta fué escrita por expreso mandato de Gregorio IX entre el segundo y cuarto año después de la muerte de San Francisco.

3. R. Bolfour, *Seraphie Keepsake*, p. 67.

La importancia que Celano daba a los estigmas es evidente por las sentencias con que cierra su libro, en las que, abandonando la forma verbal de plural del autor, recurre a la primera persona del singular que emplea en su prólogo. «Ruego encarecidamente a todos los que leyeren, vieren o escucharen este libro que, por el amor al Pobrecillo crucificado, y por las sacrosantas llagas que mereció tener en su cuerpo el bienaventurado Padre San Francisco, en el acatamiento del Señor se acuerden de mí, pobre pecador». En esta *Vita Prima* la descripción de las llagas es como sigue:

«No acababa (Francisco) de penetrar todavía el sentido de la visión y apenas se había repuesto de la extraña impresión recibida, cuando comenzaron a aparecer en sus manos y pies las señales de los clavos, de idéntica forma a como los vió en el Serafín alado y crucificado.

Veíanse las manos y los pies traspasados en su mitad o centro; las cabezas de los clavos aparecían en la parte interior de las manos y en la superior de los pies, y sus puntas en la parte opuesta. Las marcas de la palma de las manos eran redondas y, por el dorso, alargadas o puntiagudas, de modo que se advertía alguna carnosidad como si las puntas salientes de los clavos hubieran sido retorcidas y machacadas sobresaliendo del resto de la carne. En forma similar estaban impresas las marcas de los clavos en los pies, resaltando del resto de la carne. El costado derecho estaba como traspasado por una lanza, por cuya abierta cicatriz derramaba muchas veces tan abundante sangre que llegaba a teñir su túnica y sayuela» [4].

---

4. Celano, II, §§ 94-95 (Edic. Alençon). Como la exactitud de las palabras de Celano es importante, doy el texto latino:

«Manus et pedes eius in ipso medio clavis confixi videbantur, clavorum capitibus in interiori parte manuum et superiori

Además, dice Celano en su descripción del cadáver de San Francisco:

«Sus nervios no estaban encogidos, ni su piel endurecida, ni se presentaron rígidos los demás miembros, sino que se doblaban fácilmente según la flexión que se quisiera darles. Como aparecía a la vista de todos los presentes con tan pasmosa hermosura, y su piel tan sumamente blanca, era sencillo admirar en medio de las manos y de los pies, no ya las señales de los clavos sino los mismos clavos formados de su propia carne y reteniendo la negrura del hierro, y su costado derecho enrojecido con sangre» [5].

Cuanto acabo de citar en el texto, indudablemente fué escrito, como ya se ha dicho, dentro de los cuatro años de la muerte de San Francisco. El primer notable desarrollo de este relato primitivo (que, con *permiso* de M. Sabatier y el Dr. Merkt, en manera alguna es

---

pedum apparentibus, et eorum acuminibus existentibus ex adverso. Erant enim signa illa rotunda interius in manibus, exterius autem oblonga, et caruncula quaedam apparebat quasi summitas clavorum retorta et repercussa quae carnem reliquam excedebat. Sic et in pedibus impressa erant signa clavorum et a carne reliqua elevata». Alençon, p. 98.

Cf. el *Tractatus de Miraculis,* que como observaré más tarde, a las dos últimas sentencias substituye por la siguient[illegible]

«Erantque clavorum capita in manibus et pedibus r[illegible] et nigra, ipsorum vero acumina oblonga et reperc[illegible] de ipsa carne sugerentia carnem reliquam exced[illegible] çon, p. 344, y más adelante «videbant non cla[illegible] sed ipsos clavos ex eius carne virtute di[illegible] factos, imo carne eidem innatos, qui[illegible] premeretur, protinus quasi nervi c[illegible] tabant resultabant». *Ibid,* p. 345.[illegible]

5. Celano, II, § 113, «non c[illegible] ipsos clavos ex eius carne compos[illegible] ac dextrum latus sanguine rubricatu[illegible]

incompatible con la carta del Hermano Elías) consiste en la afirmación del Libro de los Milagros de que, en los estigmas, los clavos eran en cierto modo rígidos y que, empujados por un lado sobresalían más por el otro. Para mayor exactitud, he aquí lo que dice el autor refiriéndose a la muchedumbre que acudía a ver el cadáver del Santo en Asís:

«La muchedumbre contemplaba el bendito cuerpo adornado con las llagas de Cristo, es decir, veía en las manos y pies no los agujeros de los clavos, sino los clavos mismos maravillosamente elaborados por el poder de Dios, realmente nacidos (*innatos*) de la misma carne, de tal manera que si les presionaba por cualesquiera de los lados inmediatamente sobresalían por el otro, como si fueran una pieza de tendón. Nosotros que relatamos estas cosas, fuimos testigos de vista de ellas, las palpamos con las mismas manos con que ahora escribimos, con los ojos llenos de lágrimas indicamos lo que confiesan nuestros labios; y lo que una vez juramos tocando los Santos Evangelios, lo proclamamos en voz alta para todos los tiempos» [6].

Parece que apenas puede dudarse de que el autor del Libro de los Milagros fuera Tomás Celano, si bien las ideas de responsabilidad literaria eran tan extrañas en la Edad Media que yo no me aventuraría a afirmar demasiado categóricamente que con estas palabras Celano empeña su crédito como personalmente distinto del testigo de vista a quien recibe aquí como en una especie de consorcio literario. No podemos conocer exactamente la fecha del tratado, pero debió de haber sido compuesto durante el generalato de Juan de Parma, esto es, entre 1247 y 1257, en todo caso treinta años después de la muerte de San Francisco. A pesar de ello, es de la mayor importancia este testimonio de quien, refiriéndose evidentemente a la controversia suscitada a propósito de la realidad de los estigmas, se proclama tan claramente como testigo de vista.

6. Celano (Edic. Alençon), p. 345; Van Ortroy en *Analecta Bollandiana,* XVIII, pp. 81-112 (1899). El texto latino de palabras más significativas lo hemos dado en una nota anterior.

Por otra parte, una adición ulterior hallada en las *Fioretti,* pero que falta en los relatos anteriores, sin exceptuar la *Legenda Major* de San Buenaventura, deja una desagradable impresión de que la misma extrañeza del milagro abrió la puerta a la aceptación de desarrollos míticos. De todos modos leemos en *Fioretti,* que después de la visión del Serafín:

«Inmediatamente, en las manos y en los pies de San Francisco comenzaron a mostrarse señales de los clavos, en la forma que los había visto en el cuerpo de Jesús crucificado, que se le había aparecido bajo la especie de Serafín; y así le quedaron las manos y los pies taladrados en el medio con clavos, cuyas cabezas aparecían fuera de la carne en las palmas de las manos y en las *plantas* (*sic*) de los pies, y las puntas salían por el dorso de unas y otros, y parecían remachados y retorcidos, de modo que por bajo del remache, que quedaba fuera de la carne, fácilmente se habría podido meter, como en un anillo, el dedo de la mano; y las cabezas de los clavos eran redondas y negras» [7].

Puedo confesar que, a pesar del respaldo de un escritor como J. Jörgensen [8], al principio estuve inclinado a considerar como un acrecentamiento tardío la historia de estos clavos cuyas puntas estaban ampliamente re-

7. Fioretti, *Terza Considerazione.*

8. *San Francisco de Asís,* traduc. castellana II, p. 285. Por más de una razón se pudiera tener la tentación de sospechar que la descripción de la curvatura de los clavos es una interpolación de fecha posterior; pero los editores de las obras de San Buenaventura, en Quaracchi, parecen conformes de que el texto en los manuscritos más antiguos, algunos del siglo XIII, coinciden con el texto que ahora leemos.

torcidas, y bajo las cuales se podía meter un dedo. Pero parece que la descripción es de la fecha de la *Legenda Minor* de San Buenaventura y, consiguientemente, anterior al 1274. Las palabras empleadas por San Buenaventura son precisas, y el pasaje es más notable porque este detalle no figura en la *Legenda Major* de la que la *Legenda Minor* resulta manifiestamente ser sólo compendio [9]. En cualquier caso este testimonio supone primordial importancia en el estudio de los estigmas de San Francisco.

«Las cabezas de los clavos en las manos y en los pies —dice San Buenaventura— eran redondas y negras; las puntas, que eran algo largas, encorvadas y remachadas, naciendo de la propia carne sobresalían del resto de la misma. En realidad, la parte remachada de los clavos bajo los pies era tan prominente y sobresalía tanto, que, no sólo impedía poner libremente las plantas sobre el suelo, sino que podía insertarse fácil un dedo de la mano en la dobladura de las extremidades arqueadas —*según lo he oído yo mismo a aquellos que los vieron por sus propios ojos*».

Esta es una pieza muy sorprendente de prueba, y uno apenas sabe qué hacer de ella [10]. Si realmente está con

9. Erantque clavorum capita in manibus et pedibus rotunda et nigra, ipsa vero acumina oblonga, retorta et repercussa, quae de ipsa çarne sugentia, carnem reliquam excedebant Siquidem repercussio ipsa clavorum sub pedibus adeo prominens erat et extra protensa, ut non solum plantas solo libere applicari non sineret, verum etiam intra curvationem arcualem ipsorum cacuminum faciliter immitti valeret digitus manus, sicut ab eis ipse accepi, qui oculis propiis conspexerunt. S. Bonaventurae *Opera* (Edic. Quaracchi), vol. VIII, p. 576.

10. La anónima pero contemporánea *Vida del B. Juan de Alverna* (1259-1322) relata cómo este fraile tuvo una visión de San Francisco; y como deseara ya hacía largo tiempo ver los estigmas, San Francisco le dijo: «Surge et tange... Tunc estigmata illa sacra coepit tangere et clavos movere, et tum, ut ipse retulit, experientia probavit esse verum quod Frater Bonaventura posuit in Legenda, quod dum a parte qualibet premerentur, ad partem oppositam resultabant». (*AA. SS.*, agosto, Vol. II, p. 465). Es curioso que la descripción de los clavos aquí citada, como tomada de la *Legenda*, sea literalmente la del *Tractatus de Miraculis*. Esto se debería considerar, tal vez, como señal de que el texto de la Legenda en este pasaje, después de todo, no es digno de confianza. J. H. C.

la verdad, por fuerza tenemos que admitir que los estigmas de San Francisco fueron exclusivos y únicos en la historia de tales fenómenos. Que yo sepa, ninguno de los cincuenta o sesenta ejemplos de estigmas visibles que se han registrado durante los últimos siete siglos, presenta nada que puede compararse con estos rígidos y salientes clavos. Si uno vacilara en dar crédito a la exactitud de la descripción, naturalmente, no es por deseo alguno de poner límites a la Divina Omnipotencia. Ningún cristiano discute en principio que Dios puede, si le place, hacer que una nueva pierna o brazo brote en lugar del que ha sido amputado; pero, en concreto, bien podemos exigir razonablemente la presentación de una prueba sólidamente irrefutable para poder dar crédito a un milagro sin igual en la historia [11]. La maravilla descrita en la *Legenda Minor* de San Buenaventura y en las *Fioretti* es casi sorprendente y me parece haber mucha disculpa para quienes encuentran más fácil explicar el lenguaje de Buenaventura, y aun de Celano, que aceptar

11. El Dr. Imber-Gourbeyre en *La Stigmatisation,* cuenta 321 casos de estigmatización; pero hay que observar que incluye un inmenso número de estigmatizados, los cuales, aunque pudieran haber sentido la pena de las llagas, no mostraron señales externas de las mismas; y que, con frecuencia, la prueba no es satisfactoria aun donde se dice que las cinco llagas fueron visibles.

sus afirmaciones al pie de la letra. Si nos atenemos a lo que se escribió dentro de los tres o cuatro años después de la muerte del Santo, no encontramos nada que no pueda ser comparado con las descripciones dadas acerca de las llagas de los estigmatizados modernos. Dice Celano que en las palmas de las manos había una especie de cabezas de clavos negros y redondos. Hablando de cómo fué vista la *addolorata* Domenica Lazzari en un jueves de agosto de 1834, el Dr. Dei Cleche dice:

«Hacia el centro exterior de sus manos, esto es, entre el metacarpo del dedo medio y del cuarto salía una mancha negra parecida a la cabeza de un clavo grande, cuyo diámetro era de nueve líneas (un poco más de una pulgada inglesa) y de forma perfectamente redonda. Era más elevada en el centro, e inclinada hacia el borde; observándola de cerca tenía la apariencia de sangre seca y coagulada... Hacia el centro del empeine del pie derecho había una llaga parecida a la de las manos... No pude ver el empeine del pie izquierdo, porque estaba firmemente oprimido y, a veces, enteramente cubierto por la planta del pie derecho» [12].

De manera parecida, uno de los testigos en el proceso de beatificación de la estigmatizada Juana María Bonomi († 1670) explica cómo «la carne de sus manos salía como una cabeza de clavo» (*la carne delle mani se gli ere levata in forma della testa d'un chiodo*). Es verdad que en este caso se nos dice que la inflación era

12. *Letter of the Earl of Shrewsbury*, etc. El Dr. Dei Cloche fué por este tiempo Médico Inspector, Médico y Director del Hospitale Civico-Militare de la ciudad de Trento. El report cuyo extracto presentamos apareció en *Annali Universali di Medicina*, la principal revista de Milán en 1837, nov. Vol. 84, pp. 255 sigs. He comparado la traducción con el original. Hay que observar que el clavo en la mano estaba al revés, a no ser, como parece probable, que por simple error de pluma se escribió *exterior* en vez de *interior*.

roja (*vermiglia*); de haber habido alguna vez incrustación de sangre de la herida, inevitablemente hubiera sido de color negruzco. De la descripción de estigmas de todas las épocas se pueden citar muchos otros ejemplos de parecidas «cabezas de clavos» en casos semejantes. Con respecto a aparentar sobresalir por el otro lado, el lenguaje de Celano en la *Vita Prima*, considerado atentamente, ofrece poco valor. Nos dice que las marcas eran más alargadas que redondas y de una *caruncula quae carnem reliquam excedebat*, en otras palabras, de una especie de pequeño borde carnoso que sobresalía de la superficie. Mr. T. W. Allies, que visitó a Domenica Lazzari en julio de 1847, algunos años antes de que ingresara en la Iglesia Católica, escribía inmediatamente después a un amigo:

«En la parte exterior de las manos, mientras estaban entrelazadas, en una línea con el dedo índice como a una pulgada de la articulación, hay una cicatriz dura de color obscuro que sobresale de la carne; media pulgada de largura por unos tres octavos de anchura; alrededor de ella, la piel ligeramente enrojecida, pero sin nada de sangre. Por la posición de las manos, no es posible ver bien el interior, mas agachándome por la parte derecha de su cama, pude ver una incisión aparentemente más profunda que correspondía a la del exterior» [13].

Observemos de paso que en el caso de Domenica Lazzari no puede haber duda acerca de las llagas en las palmas de las manos. Fueron vistas muchas veces por varios testigos, quienes declararon que la herida atravesaba de parte a parte [14]. Sin embargo, el principal punto es que, en algunos modernos estigmatizados

13. *Journal in France and Italy*. London, 1849, p. 131.

14. *Letter of the Earl of Shrewsbury*, p. 33. F. Nicolás, *L'extatique et les Stigmatisées du Tyrol*. (Paris, 1844), pp. 4, 124, 224.

las heridas presentaban en momentos normales (esto es, aparte del de las hemorragias periódicas de los viernes) aspecto de una pronunciada cicatriz obscura. También podía haber sido este el caso de San Francisco, con la particularidad de que las cicatrices en las palmas y en el empeine del pie eran circulares, mientras que en la parte exterior de la mano y en las plantas de los pies eran más estrechas y alargadas. Una ligera diferencia de forma entre la cara anterior y posterior bastaría, probablemente, para persuadir a los asombrados observadores medievales de esta inaudita maravilla, de que cuanto vieron eran clavos formados por substancia de la carne del paciente. Sin embargo, al cabo de veinte años, una vez sugerida tal idea, enraizaría firmemente desarrollando nuevos detalles hasta que testigos que realmente vieron la maravilla de las marcas de las llagas estuviesen dispuestos de buena fe a empeñar solemnemente su palabra diciendo que no fueron sólo cicatrices, sino clavos forjados que salían por el lado opuesto, bajo cuya curva era posible introducir un dedo entero. Creo no presentar una visión demasiado poco halagüeña de la traidora cualidad de la memoria humana si afirmo, como resultado de algunos años de estudio de pruebas históricas, que en cualquier grupo considerable de hombres hay no pocos individuos que, sin una consciente falta de sinceridad, son capaces de parecidas vanas ilusiones. Desgraciadamente, cuando se trata de honrar a los muertos o de defender una causa, el relato más maravilloso es el más aceptable. El hombre que desconfía de su memoria o expresa dudas, es desatendido; pero su atrevida y pintoresca afirmación es bien recibida, recordada, citada y, con frecuencia, mejorada.

Lo que en mi opinión presta un apoyo considerable a este punto de vista de las llagas de San Francisco es el carácter de las representaciones primitivas de las mismas en el arte. El venerable y distinguido artista Mr. N. H. J. Westlake, T. S. A., de sesenta y dos años, convertido al catolicismo ahora, publicó hace algún tiem-

po una monografía titulada *The Authentic Portraiture of St. Francis of Asisi*. También incluye en ella admirables reproducciones de esos cinco primeros retratos del Santo. Se cree que uno de ellos data de antes de 1220 y, por consiguiente, no lleva estigmas; pero los otros cuatro resaltan este rasgo, y, en cada caso, en cuanto yo veo, las heridas son representadas limpiamente como circulares sin la menor sugestión de clavos doblados en las puntas. Ahora bien, el retrato hecho por Giunta Pisano data hacia el año 1230, cuatro años después de la muerte del Santo. Aquél muestra claramente los reversos de las manos, pero las llagas son simplemente puntos redondos. Además, el panel de Brescia, por Bonaventura Berlingheri, está claramente fechado en 1235. Este muestra el interior de una mano y el exterior de la otra, pero para mis ojos, el punto en ambas es circular, sólo que en la palma parece ligeramente más grande que en el reverso de la mano. Cosa extraña, Mr. Westlake observa:

«Esta placa representa la pintura que ahora está en Piscia; es singular por la circunstancia de que una mano está vuelta mostrando el interior y la formación de la punta del clavo, doblada, cuya forma tomó la carne, según se afirma. Así es descrita en la Bula de Alejandro IV (1255), la cual dice que «en sus manos y en sus pies tuvo ciertísimamente clavos bien formados de su misma carne, o de una substancia nuevamente producida». Es difícil reconocerlo en la fotografía, pero el objeto de la reversión de la mano indudablemente fué mostrar esta formación [15].

Pero si despierta algún indicio de dobladura, ésta se ve en la *palma* de la mano, no en el reverso y, por consiguiente, al revés. La fotografía de la pintura de Berlingheri, en cuanto yo puedo detectarlo, no muestra nada de esta torcedura, ni el grado del mismo panel en la lujosamente ilustrada obra *St. François d'Assi-*

17. Westlake, *Authentic Portraiture of St. Francis*, p. 16.

si[16]. Asimismo, los dos esmaltes del Louvre, a los cuales M. H. Matrod señala una fecha aún anterior (1228-30), es verdad que presentan estigmas, pero simplemente como marcas redondas en las manos y pies [17].

Me parece, pues, que no podamos adoptar con seguridad la postura como lo hace, por ejemplo, el Padre Michael Bihl [18] acerca del supuesto carácter único de las llagas de San Francisco, sosteniendo que fueron no sólo heridas, sino crecimientos realmente carnosos que imitaban a los clavos de la crucifixión.

El Padre Bilh sostiene, sin duda con bastante razón, que este modo de ver los hechos es fatal para toda interpretación racionalista. Ni el poder de la sugestión ni anormales condiciones patológicas pudieron capacitar a un contemplativo para desarrollar de la carne de sus manos y pies cuatro excrecencias córneas en forma de clavos que atravesaban sus extremidades, y dobladas en el reverso. De ocurrir semejante manifestación, seguramente debe considerarse como milagrosa. Sin embargo, la cuestión de que se trata es si las pruebas nos permiten afirmar la existencia de tales excrecencias. Entre los estigmatizados de fecha posterior se dan muchos ejemplos de casos de cicatrices elevadas, y parece que no hay razón para que éstas no difieran en forma, de frente y reverso, para sugerir a los ojos abrumados ya por la maravilla, en un caso, la cabeza del clavo; y, en otro, la punta del mismo. Tomemos un ejemplo de uno de los más recientes de los modernos estigmatizados, Gemma Galgani, que nació en 1878 y murió en 1903. El siguiente relato que presenta su confesor y biógrafo Padre Germano di S. Stanislao, C. P..., será interesante a pesar

---

16. París, 410, 1885, p. 277. He examinado *Franz von Assisi und die Anfänge der Kuns* de H. Thode, etc., pero sin resultado.

17. H. Madrod, *Deux èmaux franciscains* (1906).

18. Bhil in *Archivum Franciscanum* (1910), pp. 430-1, y cf., *Historisches Jahrbich,* p. 541, nota.

de su extensión, porque esclarece notablemente el fenómeno de la estigmatización en general, aparte de su especial conexión con el tema que ahora nos ocupa.

Desde este día en adelante, el fenómeno continuó repitiéndose el mismo día de cada semana, especialmente el jueves por la tarde hacia las ocho, y continuaba hasta las tres de la tarde del viernes. No precedía ninguna preparación, ni sensación de pena o impresión en aquellas partes del cuerpo afectadas por el mismo; nada anunciaba su proximidad excepto el recogimiento del espíritu que precede al éxtasis. Apenas llegaba éste como precursor, aparecían en las palmas y en el reverso de ambas manos marcas rojas. Bajo la epidermis se veía una grieta en la carne que se abría gradualmente; *ésta era alargada en el reverso de las manos, e irregularmente redonda en las palmas*. Poco después se rompía la membrana y se advertían en estas inocentes manos las marcas de las llagas. *El diámetro de éstas en las palmas era como de media pulgada, y en el reverso de la mano era de unos cinco octavos de pulgada de largas y un octavo de anchas*.

Algunas veces, la desgarradura aparecía solamente en la superficie; otras, apenas era perceptible a la vista; pero como regla era muy profunda y parecía que atravesaba la mano, juntándose las aberturas de ambos lados. Digo que parecía que atravesaba, porque las cavidades estaban llenas de sangre, manando en parte y, en parte, coagulada; cuando la sangre cesaba de salir se cerraban inmediatamente, de manera que no era fácil profundizar sin sonda. Ahora bien, nunca se usó este instrumento, ya por la delicadeza reverencial inspirada por la extática en su misterioso estado, ya también porque la violencia de la pena le hacía cerrar convulsivamente las manos, y también porque las heridas de las palmas de sus manos estaban cubiertas por una hinchazón que, al principio, parecía sangre coagulada, mientras resultaba que era carnosa, dura y como la cabeza de un clavo elevada y destacada, y como de una pulgada de diámetro. En sus pies, además de ser las

llagas grandes y lívidas alrededor del borde, diferían en sentido inverso de sus manos; esto es, eran de mayor diámetro en el empeine del pie derecho y más pequeñas en las plantas; además, la llaga del empeine del pie derecho era tan grande como la de la planta del pie izquierdo. Con toda certeza así debió haber ocurrido con nuestro Salvador, suponiendo que Sus Sagrados Pies fueron sujetos a la Cruz con un solo clavo [19].

Un rasgo especialmente notable en Gemma Galgani fué la manera como desaparecían cada semana los estigmas. En muchos casos, como por ejemplo en el de Domenica Lazzari mencionada anteriormente, cuando dejaban de manar sangre los estigmas permanecían no obstante muy visibles en forma de cicatriz blanca o roja. En el caso de Gemma, ordinariamente, apenas había trazas visibles del maravilloso fenómeno, que tenía lugar semanalmente.

Dice al Padre Germano que «apenas terminaba el éxtasis del viernes, cesaba inmediatamente el flujo de las cinco heridas, y la carne viva quedaba curada, y también los tejidos lastimados; al día siguiente, a más tardar el domingo, no quedaba vestigio de aquellas profundas cavidades ni en su centro, ni en sus bordes; la piel crecía uniformemente con la parte incólume. Sin embargo, en color, quedaban marcas blanquecinas [20].

---

19. *Life of Gemma Galgani,* traducida al inglés por A. M. O'Sullivan, O. S. B., con una introducción por el Cardenal Gasquet. (Sands and Co.), p. 62.

20. *Ibid.,* p. 416. Este curioso carácter de cabezas de clavo carnosas, no está sin paralelo. Madame Miollis de Villecroze, en Provenza, una de las estigmatizadas que tuvo estas experiencias hacia 1840, que murió en 1877, se dice haber mostrado en una ocasión manchas de sangre sin ninguna aparente ruptura de la epidermis; en otras, llagas profundas, y en particular estigmas «qui se presentaient quelquefois sous la forme d'une tête de gros clou». Estos fenómenos que se manifestaban repentinamente en días como el Viernes Santo, y en otras épocas penitenciales, fueron cuidadosamente estudiados por un tal Dr. Reverdit. Este relato, conservado en parte en *Les plaies Sanglantes du Christ,* de A. N. Veyland, es de muy notable interés. Vid. Veyland, pp. 391 y 398, 399.

Se puede añadir que aun en la misma persona, los fenómenos de estigmatización no son siempre uniformes. Este era el caso de Gemma Galgani, especialmente con respecto a las «carnosas cabezas de clavos» en las palmas de las manos descrita en la cita mencionada arriba. Se molesta en insistir acerca de este punto, y dice:

«Para ser exacto, quiero mencionar aquí, como he dicho antes al tratar de este particular (las cabezas de clavos), que este último fenómeno fué observado sólo pocas veces y exclusivamente en las palmas de las manos y nunca en los pies; alguna vez, los estigmas sangraban sin ningún corte en la superficie. Las carnosas cabezas de clavos, sin embargo, aunque raramente, se manifestaban; las llagas profundas constituían el estado más habitual de los estigmas de Gemma Galgani».

En justa oposición a este cuidadosamente ponderado testimonio prestado por quien fué asiduo observador de los éxtasis de Gemma, vamos a presentar el relato que hizo el Dr. Gerald Molloy en 1873 acerca de los estigmas de Louise Lateau [21]. Tras describir cómo los espectadores, después de que cierta cantidad de sangre había salido de las llagas la limpiaron con lienzos que a este fin habían traído, el Dr. Molloy continúa:

«Entonces aparecía más claramente la naturaleza de los estigmas. Eran marcas ovales de un matiz rojo brillante, haciendo su aparición en el reverso y en la palma de cada mano hacia el centro. En general, cada estigma

---

21. El Dr. Molloy fué más tarde Rector de University College Stephen's Green, Dublin. No solamente fué teólogo sino también hombre distinguido de ciencia.

tenía como una pulgada de largura y algo más de media pulgada de anchura. No había, propiamente hablando, herida alguna; pero la sangre parecía que abría camino a través de la piel intacta. En muy poco tiempo volvió a fluir suficiente sangre para satisfacer la devoción de otros peregrinos que, como se había hecho antes, aplicaron pañuelos hasta que la sangre se secó por segunda vez. Este proceso se repitió durante el curso de nuestra visita» [22].

Mucho se ha controvertido el hecho de que en el caso de Louise Lateau hubiera verdaderas heridas en la carne, sino solamente «de petites plaies dorsales et palmaires qui reposent sur de légères indurations mobiles». Por ejemplo, el Dr. Dumas, en la *Revue de deux Mondes*, ha tomado este hecho reconocido para servir de base a su teoría de que una hemorragia local de esta naturaleza puede explicarse por sugestión y por condiciones puramente patológicas [23]. Pero se dan muchos casos bien examinados de estigmatización que exhiben llagas de muy diferente carácter, mucho más arraigadas y profundas. Gemma nos presenta un caso; Domenica Lazzari, mencionada antes, nos presenta otro [24]. Para aducir un ejemplo del siglo dieciocho, parece cierto que,

22. *A visit to Louise Lateau* (London, 1873), p. 26. Este pequeño libro da admirablemente clara cuenta del fenómeno y, en resumen, el estudio médico del caso por el Dr. Lefebvre.

23. *Revue des deux Mondes*, mayo I 1907, p. 208.

24. El Dr. Dei Cloche dice de ella: «Estas aberturas eran heridas reales o, si se quiere, úlceras vivas y profundas; pero sin purulencia o ninguna indicación de materia. La sangre que fluía era sana, flúida, viscosa y perfectamente parecida a la sangre arterial». (*Letter of Earl of Shrewsbury, xellensis, editado por Hagiógrafos Bollandistas*. Vol. I, p, 376. p. 61). La versión francesa describe las heridas sangrantes como «des trous dans la chair» (Veyland, p. 277).

algunas veces, las manos de Santa María Francesca delle Cinque Piaghe estaban completamente perforadas en los lugares de los estigmas.

De todas maneras, uno de sus confesores, Don Paschal Nitti, depuso bajo juramento en el proceso de beatificación:

«Yo las he visto, las he tocado y, a decir verdad, como hizo el apóstol Santo Tomás, yo metí mi dedo dentro de las heridas de sus manos, y he visto que todo el agujero se extendía a través, porque al insertar mi dedo índice en la herida topó con el pulgar que había puesto debajo al otro lado de la mano (*mentre nel porre l'indice dentro la piaga s'incontrava col pollice che tenevo sottoposto dall'altra parte della mano*) Y este experimento lo he hecho en muchas Cuaresmas, y en muchos viernes de marzo, porque en aquellos días, dichas llagas estaban desarrolladas más completamente» [25].

Creo que debe estar bastante claro que no se trata de meros casos de rubefacción o vesicación. Sea lo que fuere cuantos investigadores como Bourrum Burot, Charcot y Bourneville han conseguido producir por sugestión en sus pacientes histéricos, está muy lejos de lo que consta de Gemma Galgani, Domenica Lazzari y una docena más cuyas manifestaciones no podemos describir ahora.

Pero volvamos a San Francisco. Si los orificios de sus llagas, como los de Gemma Galgani, eran redondos en las palmas y estrechos en el dorso, como si estuviesen cerrados, en analogía a otros muchos casos registrados dejando una elevada costra o cicatriz donde antes salía sangre, indudablemente deberíamos tener: por una parte, algo parecido a la cabeza de un clavo y, por la otra, la punta del clavo inclinado hacia abajo. Esta suposi-

25. Proceso, *Novissima Positio super Virtutibus Responsio*, p. 78.

ción, me parece, bastará para explicar el lenguaje de la *Vita Prima* de Celano, y no sé qué más podemos pedir con certeza.

Al mismo tiempo se comprenderá que la prueba histórica no nos deja lugar de modo alguno para dudar de la realidad de las llagas de San Francisco. Yo defiendo únicamente que tales llagas eran probablemente de idéntica naturaleza a los fenómenos observados en muchos estigmatizados posteriores. En todos los casos mejor comprobados, el elemento maravilloso resalta suficientemente sin necesidad de insistir en ello. Podemos afirmar ciertamente con toda confianza, que las llagas no podían haber sido, ni consciente ni inconcientemente producidas por el mismo paciente, siendo tales las condiciones materiales, casi siempre que la colusión o el fraude son increíbles. Es difícil suponer que ningún investigador imparcial pudiese examinar las pruebas a su disposición —digamos en el caso de Domenica Lazzari— sin sentir, por su rareza, una profunda impresión. Tenemos en este caso una multitud de testigos, hombres de posición y de inteligencia, como Bertram Earl de Shrewsbury, el Arzobispo de Sidney, T. W. Allies, Dr. Weedall, Conan Doyle, M. Cazales, y muchos otros peregrinos franceses, ingleses y alemanes. Ellos la visitaron en diferentes ocasiones formando independientemente sus opiniones; sin embargo atestiguan los mismos admirables fenómenos, cuya observación caía bien dentro de su respectiva competencia: El jueves vieron secas las cicatrices y, el viernes, a la *adolorata* agonizando; las llagas, y siempre a la misma hora, manando sangre; observaron la pobreza que la rodeaba; fueron testigos de su repulsión a toda notoriedad; en sus relatos coinciden en más de un detalle maravilloso, en aparente contradicción directa con las leyes físicas del Universo. Al menos nos convencen de que existe allí un problema de la más profunda y compleja naturaleza, ya acudamos a lo sobrenatural para explicarlo o tratemos de invocar alguna fuerza psíquica anormal que hasta el presente ignora el mundo.

3

Génesis de los Estigmas

Quizá nada más notable en esta investigación como la máxima diversidad de manifestaciones que pueden agruparse bajo el encabezamiento general de estigmatización. No se dan dos casos exactamente iguales. Es preciso examinar por separado cada uno de ellos y juzgar como corresponda. De ahí que en todo intento de facilitar una visión general de los fenómenos en cuestión, hay que darse primero alguna idea del amplio campo de aquellas apariencias externas dentro de cuyos límites exista variedad. Empecemos diciendo que la estigmatización no se limita de manera alguna a esos orificios en manos, pies y costado que comúnmente son considerados como las cinco principales marcas de las llagas de la Pasión de nuestro Salvador [1]. Un gran número de es-

1. También ocurren casos de estigmatización imperfecta. Aparte del de Santa Rita de Casia, arriba mencionada, que tuvo una sola herida en la cabeza, se dan otros con fenómenos distintos, como de pequeñas marcas purpúreas (del tamaño de un penique) encontradas, al morir, en las plantas de los pies del Beato Alfonso de Orozco († 1591); la llaga del costado en Sor María Villani, O. P. (*Vita,* pp. 590-2), vista y tocada por tres dominicos confesores suyos en 12 y 19 de noviembre de 1620 y 29 de marzo de 1621, según declaran en sus deposiciones firmadas. Cuando más tarde Doña Margarita de Aragón, Princesa de Bisigmano, quiso ver la llaga, solamente el mandato de sus confesores movió, bajo protesta, a Sor María a mostrarla, desapareciendo a continuación la llaga para no ser ya más vista, no obstante haber vivido Sor María hasta 1670. J. H. C.

tigmatizados presentan también en la frente y alrededor de la cabeza un círculo de punzadas como las que pudieran ser causadas por llevar una corona de espinas, punzadas que, con frecuencia, son canales de abundante sangre. Ciertamente es como hemos visto, un hecho notable que un hombre condenado en el Concilio de Oxford en 1222, según declara el cronista contemporáneo Barnwell, no sólo mostraba heridas en sus manos y pies sino también en la cabeza. Esto es más extraordinario porque los distintos biógrafos de San Francisco de Asís no mencionan nada de ello en su caso, siendo por consiguiente muy improbable que el cronista de Barnwell pudiese haber introducido este detalle en fecha posterior imitando algo de lo que había oído de San Francisco. Aparte de este ejemplo verdaderamente enigmático del supuesto impostor de 1222, el caso más antiguo de estigmas de la corona de espinas parece que es el de Elizabeth de Herkenrode, la monja cisterciense cuyas dramáticas representaciones de las escenas de la Pasión han quedado descritas en el capítulo anterior. El Abad Felipe de Claraval, que después de haberse resistido a creer, por algún tiempo fué testigo de vista del fenómeno, nos ha dejado un detallado relato de sus estigmas y de la sangre que ante sus ojos manaba sus llagas. Sin embargo, él no vió la corona de espinas; al parecer, esta manifestación tenía lugar relativamente pocas veces en el caso de Elizabeth; pero nos habla en los siguientes términos de lo que oyó al Abad benedictino de San Trond, confesor y vecino suyo:

«El mencionado Abad nos contó a mí y a mis compañeros, cómo el Viernes Santo del año 1266, en el intervalo de dos horas eclesiásticas, tiempo en que la virgen de quien hablamos tenía ordinariamente una pausa en sus sufrimientos, empezó a sentir un dolor en su cabeza; era incapaz de tenerla quieta sobre su almohada en la misma posición, moviéndola incesantemente de un lado para otro. Entonces, la Reverenda Madre y hermanas mencionadas, al darse cuenta, encendieron una lámpara

para examinar de cerca y atentamente la cabeza de la virgen. Advirtieron y señalaron a los presentes punzadas como si fueran de espinas, enrojecidas por gotas de sangre que rodeaban la virginal cabeza como una corona, símbolo de la de espinas de nuestro Salvador» [2].

En circunstancias normales, este testimonio se consideraría, y con razón, como verdaderamente insatisfactorio; pero si recordamos que el Abad Felipe, en el tercer cuarto del siglo XIII, no tenía ante sí al escribir ningún precedente de semejante fenómeno, y que éste concuerda exactamente con las numerosas descripciones hechas por médicos testigos de vista de los estigmas de la corona advertidos en veintenas de extáticos modernos, no es razonable dudar de que la narración reproduce los hechos con toda la exactitud deseable. He aquí, por ejemplo, el resumen que de este rasgo presente el Dr. Gerald Molloy en el caso de Louise Lateau:

«En cuanto a la corona de la cabeza, consiste en un gran número de puntos sangrientos sólo visibles los viernes, presentando el aspecto peculiar de los mismos. No pueden ser examinados debidamente bajo el cabello. Pero en la frente donde se encuentran en número de doce a quince, forman una banda como de una pulgada de anchura hacia la mitad entre el principio del cabello y las cejas. No se da descoloramiento permanente de la superficie, apariencia de ampollas, ni exposición subcutánea. Pero, con la ayuda de un cristal de aumento, es posible detectar pequeñísimas punzadas en la epidermis, por donde escapa la sangre» [3].

El Dr. Imber-Gourbeyre, que durante cerca de veinte años tuvo innumerables oportunidades de estudiar el

2. *Catalogus Codicum Hagiographicorum Bib. Reg. Bruxellensis,* editado por Hagiógrafos Bollandistas. Vol. I, p. 376.

3. G. Molloy, *A Visit to Louise Lateau* (London, 1873), p. 52.

caso de Maria-Julie Jahenny, describe las punzadas que rodean su cabeza como del tamaño de las semillas del cáñamo [4]; pero en Domenica Lazzari y en otros muchos casos, las punzadas eran aún mayores con flujo más continuo y abundante de sangre. En una parte considerable de estigmatizados, cuya historia ha sido registrada detalladamente la reproducción de la corona de espinas es la primera etapa en el desarrollo de toda la serie de estigmas; en otros pocos casos, la corona de espinas se mantenía externamente visible después de haber desaparecido los estigmas de las manos, al parecer porque ordinariamente estaría cubierta por la toca de la monja y, en gran parte, naturalmente, por el cabello. Este asunto del encubrimiento, como tendremos ocasión de ver más tarde, parece haber tenido en un gran número de casos una influencia decisiva en la aparición, desaparición y en el desarrollo de los estigmas. Muchos de los místicos más santos, viendo que las llagas de las manos no podían ocultarse y atraían la veneración y el respeto general, rogaban encarecidamente a Dios que les librara de semejante asechanza para su humildad. Pedían poder participar aun en el sufrimiento que su crucificado Salvador sintió en sus pies y manos, sin ninguna manifestación de su privilegiada condición. Y como resultado de ello, nos encontramos con un gran número de casos de marcas de llagas desaparecidas al poco tiempo de su primera inflicción y, tal vez, antes que nadie se diese cuenta, excepto el confesor, el superior o algún seguro confidente que estuviese interesado en el asunto. Acerca de si la retirada de aquellas manifestaciones externas debiera considerarse como milagrosa, o si era el resultado natural de la concentración en la idea fija de que estas señales del favor de Dios, eran peligrosas para el alma y, por tanto, debían ser reprimidas, es uno de los problemas más intrincados de

4. *La Stigmatisation*, II, p. 69.

los muchos que asedian al investigador de los fenómenos psicofísicos.

Cualquiera que sea la conclusión a que se llegue, es digno de recalcar el gran número de casos, algunos de ellos muy remotos, donde el estigmatizado ha declarado —y no hay ninguna razón para dudar de su sinceridad— que la sensación de pena en la parte afectada fué muchos meses, y aun años, anterior a la aparición visible de las cicatrices o llagas sangrientas [5]. La Vida de Lukardis de Oberweimar, a la que nos referimos en las páginas anteriores, es en este punto particularmente interesante. Hacia el año 1298 parecía habíase apoderado de ella un ardiente deseo de participar en los sufrimientos de Jesucristo, orando incesantemente para que la memoria de su Pasión no se borrara nunca de su corazón. Por último, dice su biógrafo contemporáneo, fué escuchada conforme a su deseo:

«Porque ella vió en espíritu que, teniendo que pasar por una puerta, encontró a Jesucristo como si recientemente hubiese sido sujeto a la cruz, marcado con los cardenales de los azotes y chorreando sangre lastimosamente. Al mirarla atentamente, la sierva de Dios cayó desmayada a sus pies casi sin vida. Entonces le dijo nuestro Señor: «Levántate, hija mía, y ayúdame», de lo que ella entendió que no debería contentarse con el recuerdo de sus sufrimientos, sino que se le daba a comprender que debía ayudarle participando volun-

5. Un caso interesante de estigmas incipientes es el de Mary Agnes Steiner, clarisa y reformadora del convento de Nocera (1913-X). El Proceso de 1909 *Positio super introductione causae*, da cuenta de que, en ocasiones como el Viernes Santo, aparecían en sus manos marcas de un rojo intenso o púrpuras, parecidas a la cabeza de un clavo, exhalando al mismo tiempo su cuerpo una fragancia extraordinaria; pero parece que no fluía sangre. Véase la *Positio*, pp. 188-217. J. H. C.

tariamente en su Pasión. En efecto, recobrando por fin algo de sus fuerzas, contestó temblando a las palabras de Cristo: «¡Señor mío! ¿Cómo puedo yo ayudarte?» Y levantando sus ojos al punto, ella vió su brazo derecho suelto de la cruz, colgando débilmente, por lo cual le pareció haberse intensificado grandemente su pena por los sufrimientos de Cristo. Así, la amada virgen, acercándose con tierna compasión, se esforzó de nuevo en sujetar el brazo a la cruz con un hilo de seda, sin lograrlo. De consiguiente, ella, con profundos gemidos, empezó a levantar su brazo con sus manos para colocarlo en su lugar. Entonces, nuestro Señor le dijo: «Coloca tus manos contra las mías, tus pies contra los míos, y tu pecho contra mi pecho, y de esa manera me ayudarás a disminuir mis sufrimientos». Y habiendo la sierva de Dios hecho esto, sintió interiormente la más amarga pena, aunque en sus manos, en sus pies y en su pecho las llagas no eran externamente visibles. Después de esto acostumbraba ella a golpearse las manos con gran fuerza, tanto que el ruido se oía de lejos como procedente de la colisión de dos tablas» [6].

He relatado en las páginas anteriores cómo Lukardis acostumbraba taladrar, por así decirlo, las palmas de sus manos golpeándolas violentamente con el dedo índice opuesto. Apesar de ello, parece que transcurrieron unos dos años después del incidente citado, antes de manifestarse exteriormente ninguna llaga. La primera manifestación fué en la mano derecha y, se dice, repentinamente después de una visión. Diez días más tarde apareció una llaga análoga en la mano izquierda y, después, con algunos intervalos, también en los pies y costado. De estos carismas, el último se manifestó exteriormente con la corona de espinas. Este relato por el biógrafo es también interesante.

Así, cuando aparecieron sucesivamente en el cuerpo

.6 *Analecta Bollandiana*. Vol. XVIII (1899), p. 314.

de la sierva de Dios las huellas de la angustia de la Pasión de Cristo que mucho antes había sido grabada en su corazón por su constante recuerdo, ocurrió en cierta ocasión que una monja hizo a la bendita esta pregunta: «Dime, querida Hermana Lukardis, ya que conconforme a lo que presagiaron tus confesores, Hermano Henry y Hermano Eberhard [6 bis], han aparecido sucesivamente en tu cuerpo muchas marcas de la Pasión de Cristo, ¿no está próxima la hora de la impresión de la corona de espinas y que se manifieste en tus sienes?» A lo que la bienaventurada contestó diciendo: «Tú debes saber que hace tiempo he sentido, y aún siento, un punzante y maravilloso dolor como de una corona de espinas firmemente apretada a mi cabeza y penetrando en ella sus agudas puntas». Después de lo cual, habiéndosele preguntado hasta qué punto de la cabeza sentía ese dolor, ella contestó: «Siento ese dolor un poco más allá de donde se extiende el cabello, como si mis pelos fueran otros tantos alfileres agudos plantados en mi cráneo que penetraran hasta el cerebro». En efecto, las huellas de este sufrimiento se hacían visibles muchas veces; por alguna razón aparecieron de vez en cuando sobre su frente punzadas como si fuesen producidas por puntas agudas. Además, las venas de la frente y los temporales se manifestaban tan hinchados de cuando en cuando que podría creerse que toda la cabeza estaba fuertemente vendada».

Estos relatos, aunque recogidos por desconocidos cronistas medievales, me parecen sin embargo de gran va-

6 bis. Estos dos confesores eran ambos dominicos, y tal vez deberíamos recordar que en varias ocasiones hubo alguna pequeña controversia entre dominicos y franciscanos sobre el tema de los estigmas. Al principio, los franciscanos estaban dispuestos a afirmar que el caso de su fundador era único, los dominicos defendían, y con razón, que por lo menos muchas monjas de su Orden participaron del mismo privilegio, especialmente Santa Catalina de Sena y la B. Lucia de Narni.

lor, pues por una parte, fueron escritos en una época en que aún no podía existir una tradición en cuanto al curso de desarrollo seguido comúnmente por los fenómenos de la estigmatización y, por otra, nunca alcanzaron notable publicidad. En efecto, se puede decir que estos detalles solamente han sido impresos y dados a conocer en tiempos muy recientes. Sin embargo, convienen exactamente en sus rasgos generales con la descripción hecha por numerosos testigos en cuanto a las manifestaciones comunes entre los más notables estigmatizados de los siglos diecisiete y dieciocho, y aun con los que frecuentemente encontramos en nuestros días.

Antes de dejar este tema de la corona de espinas, quiero añadir que en el caso, por lo menos de algunos estigmatizados, esta sola señal ha sido perceptible exteriormente. Esto, por ejemplo, se cuenta de María de la Santísima Trinidad, monja dominica en España que murió en 1660, y casi lo mismo se puede decir de la Beata Osanna Andreasi († 1505), que experimentaron la pena de la corona de espinas antes que ningún sufrimiento de la Pasión[7]. Sin embargo, Osanna sufrió también las angustias de otros estigmas que, de vez en cuando, se exteriorizaban; así pudo deponer Don Genesio Arcipreste de Rivarolo haber visto algunas veces en las palmas de sus manos, los miércoles y viernes o durante la Semana Santa, «pequeñas hinchazones negras que aparentaban estar llenas de sangre»[8]. Sea como fuere, los estigmas de Osanna se advirtieron claramente en su cadáver, y más de siglo y medio más tarde, visitando el Padre Janning los restos incorruptos de la Santa de

7. Vid. Bagolini y Ferretti, *La Beata Osanna Andreasi* (1905), pp. 105 sigs. Pudenciana Zagnoni († 1608) también recibió, antes que ninguna otra manifestación, la corona de espinas (que sangraba); cf. A. Rota, *Vita,* p. 105; cf. *Vita,* por L. Canepa, pp. 34-5 y 224. J. H. C.

8. *Ibid.,* p. 110.

Mantua, escribió que aún podían ser vistas las llagas de las manos y los pies[9]. La Madre Francisca Rafael (Drane) menciona en su *Vida de Santa Catalina de Siena* que en el cuerpo muerto de Catalina podían seguirse las huellas de los estigmas por una especie de transparencia de los tejidos; manifiesta poseer una fotografía de una de las manos que revela este notable detalle[10]. Se recordará que la participación especial de Catalina en los sufrimientos de la Pasión empezó en 1373, por la elección de la corona de espinas con preferencia a la corona de oro que el Señor la presentó al mismo tiempo en una visión. Se nos dice que apretando contra su cabeza «por largo espacio de tiempo después que sintió dolor por la punzada de las espinas»[11]. En el caso de una de las más reciente estigmatizadas, cuyos datos poseemos, Hermana Maria della Passione, su confesor relata que su iniciación empezó en la Semana Santa de 1903, cuando nuestro Salvador se quitó su propia corona de espinas y se la dió. Los otros estigmas le fueron otorgados más tarde el mismo año; sangraron regularmente todos los viernes hasta su muerte en 1912[12]. Un ejemplo moderno verdaderamente curioso, notable por el rango y la variedad aunque no por la intensidad de las manifestaciones, es el de Marie-Julie Jahem y, de la que se ha hablado antes, campesina bretona en la aldea de La Fraudais (Loire-Inférieure). El caso fue atentamente observado por espacio de más de veinte años por el Dr. Imber-Gourbeyre a petición y con plena

9. AA. SS., junio, vol ,p. 557: «Apparent in integro Beatae corpore vultus nullibi laesus, apparent nudi pedes manusque, in iisque vestigia sacrorum stigmatum clare conspiciuntur».

10. *History os St. Catherine*, I, p. 311, nota.

11. *Ibid.*, p. 211.

12. Fontana, *Vita di S. Maria della Passione,* pp. 168 sigs.

sanción de su ordinario diocesano, Monseñor Fournier, obispo de Nantes, quien parece no haber tenido por sí mismo duda del carácter sobrenatural de los fenómenos observados. El Dr. Imber-Gourbeyre fué un hombre carente de sentido crítico en materias históricas; pero considerando que por espacio de treinta y seis años fué profesor de la Escuela de Medicina de Clermont-Ferrand, no podía ser incompetente como testigo de hechos patológicos, por lo que su buena fe no fué discutida por ninguno. De sus propias observaciones personales, escribió en 1894 el siguiente resumen, relativas a las sucesivas experiencias de Marie-Julie en materia de estigmas:

«El 21 de marzo de 1873 recibió ella las marcas de las cinco llagas; en 5 de octubre del mismo año, la corona de espinas; el 25 de noviembre apareció una marca en la parte izquierda de la espalda; y, el 6 de diciembre, los estigmas dorsales en sus manos y pies [13]. El 12 de enero de 1874, sus muñecas mostraron marcas correspondientes a las que las cuerdas debieron haber producido cuando fué maniatado nuestro Salvador, y el mismo día, frente a su corazón, se desarrolló una especie de muestra emblemática. El 14 de enero, en memoria de los azotes, aparecieron rayas en sus tobillos, piernas y antebrazos; y pocos días más tarde había dos cardenales en su costado. El 20 de febrero señalaba su dedo anular de la mano derecha un anillo estigmático [14] en prenda de sus esponsales místicos; más tarde aparecieron diversas inscripciones sobre el pecho; y, finalmente, 7 de diciembre de 1875, las palabras *O Crux ave* con una cruz y una flor» [15].

13. Parece que en marzo solamente aparecieron en la parte *interior* de las manos y en los empeines.

14. Hay que recordar que, en el *Pontificale Romanum*, se ordena que en la profesión religiosa el anillo debe colocarse en la mano *derecha* de la monja.

15. Imbert-Gourbeyre, *La Stigmatisation*, vol. II, p. 27.

Al hablar más detalladamente de este último incidente, el mismo escritor nos dice que en 1875, Marie-Julie «anunció con un mes de anticipación, y varias veces más, que ella recibiría en breve una nueva estigmatización, imprimiéndose en su pecho una cruz y una flor con las palabras *O Crux ave*. Más de una semana antes de que el suceso ocurriese, ella señaló el día exacto: iba a tener lugar el 7 de diciembre. El día anterior fué examinado su pecho, comprobándose que los emblemas denunciados no habían hecho su aparición. Al día siguiente, antes de que llegara el éxtasis, ella se ofreció a someterse a otro examen; pero se consideró innecesario; tenía derecho a esperar que se le creyera bajo su palabra. Poco después pasó a estado de trance y mientras este maravilloso plan iba desarrollándose, su familia y los testigos que se hallaban presentes pudieron gozar de la incomparable fragancia que transpiraba de su cuerpo haciéndose perceptible a través de sus vestidos. Pasado el éxtasis, podíanse ver claramente sobre su pecho la cruz, la flor y la inscripción» [16].

Escribiendo el Dr. Imbert-Gourbeyre en 1894, casi veinte años más tarde, añade: «la flor y la inscripción todavía son visibles».

He citado de intento esta descripción, porque contiene elementos que, ciertamente, no inspiraban confianza. El gran interés que Marie-Julie parece poner en la impresión que ella producía, y su prontitud a ofrecerse para el examen médico, contrasta extraordinariamente con la repugnancia a llamar la atención o a permitir que ninguna parte de su cuerpo fuese descubierta incluso para la inspección por un doctor o un obispo; claramente se observa esto en casi todo lo que escribieron Santos como Santa Verónica Giuliani, Santa Teresa o Santa Catalina de Ricci. Santa Verónica, por ejemplo, cuando contrariando la rígida tradición de la Orden Capuchina a

16. *Ibid.*, p. 21.

que pertenecía, removió su velo para que el obispo y otros eclesiásticos pudiesen inspeccionar las marcas de su corona de espinas, solamente encontró consuelo recordando que nuestro Señor fué despojado de sus vestidos [17]. En efecto, en general podría decir yo que el rasgo que en mí ha producido más profunda impresión ha sido esa repugnancia intensa a buscar notoriedad por cualquier sobrenatural favorecido así por Dios, y parece haber sido más uniforme en las vidas de aquellos a quienes tanto la veneración popular como la sentencia de la Iglesia han proclamado como los más auténticos seguidores de su Señor y celestial Esposo. Al mismo tiempo, volviendo al caso de Marie-Julie, parece haber vivido en obscuridad por más de veinte años durante los cuales la autoridad eclesiástica tuvo buena opinión de ella. Además, es difícil creer que, entre los de su profesión, un médico de algún relieve pudiera haber sido engañado tan largo tiempo por una joven campesina de una remota aldea que simplemente se hubiera tatuado con una aguja o hubiese recurrido a otro evidente ardid.

El Dr. Imbert-Gourbeyre tuvo mucha intervención en el caso de Louise Lateau, pero hay que tener en cuenta que en su caso no hubo imputación de fraude. Los críticos objetaron únicamente que los fenómenos eran insignificantes, explicables adecuadamente por causas patológicas. De todas maneras, podemos admitir que los modelos e inscripciones instables por su naturaleza han sido producidos en Salpètrière por simple sugestión en

17. Vid. Pizzicaria, *Un Tesoro Nascoto,* I, pp. 279, 280 y nota, y pp. 289, 290, nota; *e. g.* «Mi recordo», escribe Verónica, cumpliendo una orden de obediencia, «che il Superiore venne qui, e volle vedere in chiaro il fatto. Qui no dire il partire che mi fu. Pensaba di morire dalla gran repugnanza che sentiva. Sia tutto a gloria di Dio».

la carne de sujetos histéricos [18]. Este es el «dermographismo» de T. Bathélémy y otros hombres de ciencia médica franceses. El hecho, aunque ocurre relativamente raras veces, no se puede negar [19].

La referencia que se ha hecho más arriba de Santa Verónica Giuliani me hace recordar que debiéramos mencionar, por lo menos brevemente, tres manifestaciones que a veces se presentan en sujetos estigmatizados, y que en su caso fueron subrayadas especial y particularmente como auténticas. La primera fué la llaga de la espalda, correspondiendo a la que la tradición atribuye a nuestro Señor como resultado de haber transportado la cruz. La misma Santa, en una de sus relaciones, en la escrita por mandato de su obispo, Mgr. Eustachi, en 1700, da cuenta de la primera ocasión en que sintió este dolor, que después se renovó con frecuencia. A su muerte se descubrió que tenía sobre el hombro derecho «una lividura ben grande», señalando el lugar de una llaga anterior; y a su lado, se veía al omoplato doblado y rebajado en un grado extraordinario, tanto que dos cirujanos que lo inspeccionaron declararon en sus deposiciones oficiales que no podían explicar cómo aquélla pudo haber conservado el uso natural de su brazo. Sin embargo, debemos mencionar que la Santa, al hacer el Vía Crucis y en otros piadosos ejercicios acostumbraba arrastrar consigo una pesada cruz de madera, lo cual, en parte, pueda ser causa

18. Salpètrière, famoso Hospital de París convertido hoy en hospicio y manicomio (N. del T.).

19. Hay que observar, sin embargo, que estos «dermografismos» parecen ser producidos sin hemorragia por congestión subcutánea de los capilares. Si yo he interpretado bien las descripciones del Dr. Imbert-Gourbeyre, las copias en el pecho de Marie-Julie estaban formadas por bolas muy pequeñas de sangre coagulada, que se abrieron paso por la epidermis. Por lo menos así lo afirma en los casos de la corona de espinas y el anillo.

de los efectos observados [20]. Algunos otros Santos (por ejemplo Santa Catalina de Ricci) también tuvieron la llaga del hombro; en unos casos, en el derecho; en otros, en el izquierdo, y podemos observar de paso que existe la misma o mayor variedad con respecto a las posiciones de la llaga del costado. Algunos estigmatizados las han tenido en la frente o también encima del corazón; otros, casi bajo el brazo en el lado izquierdo o en el derecho; la forma de la abertura ha sido algunas veces un corte recto; otras, triangular y, hasta de forma de media luna.

Otro rasgo notable de la estigmatización de Santa Verónica Giuliani es la vigilancia que su confesor podía ejercer sobre sus manifestaciones externas. Como sabemos por la misma Verónica, recibió los estigmas de sus manos, pies y costado el 5 de abril de 1697. Se la sometió a un riguroso examen por parte del obispo Eustachi y del Santo Oficio, cuyos detalles le causaron tal angustia mental que pedía insistentemente a Dios cesaran tales manifestaciones externas. Sin embargo, creyó ella haberle dicho nuestro Señor en una visión que los estigmas debían permanecer visibles por espacio de tres años; y, en efecto así acurrió, pues el 5 de abril de 1700 desaparecían las cicatrices de las manos y de los pies, no obstante permanecer la llaga abierta en el costado manando algunas veces con profusión sangre. Desde aquella fecha, la apertura de las llagas fué sólo intermitente, pero, como ya hemos visto en el caso de Gemma Galgani, aquellas llagas de las manos y pies aparecían algunas veces y sangraban, para cerrarse de nuevo sin dejar rastro [21]. Con respecto al costado, ella misma declara en su Relación:

20. Para todo esto vid. Pizzicaria, *Un Tesoro Nascoto, ossia diario di S. Veronica Giuliani* (1895), I, pp. 173-4 y pp. 308-9.

21. La Ven. Giovanna Solimani († 1758), cuando recibió por primera vez los estigmas tenía llagas abiertas y san-

«Hubo ocasiones en que el Padre confesor me dijo: «¿Cuánto tiempo permanecerá la abertura del costado?» Yo le repliqué: «Parece que nuestro Señor quiere que permanezca abierta tantas horas o días» según se me ha dado a entender, y, en efecto, se cerraría en aquel tiempo. Pero algunas veces él (el confesor) me dijo: «No quiero que se cierre antes de tal y tal hora». Y así ocurriría... Si no estoy equivocado, en otra ocasión el obispo hizo lo mismo. Llegóse con algunos siervos de Dios, quienes, con gran pena mía, quisieron ver abierta la llaga del costado. Entonces me manifestó el obispo que vendría de nuevo al día siguiente, pero deseando que la llaga estuviese cerrada. Estas cosas me han causado terrible sufrimiento. Que todo sea para gloria de Dios» [22].

El tercer punto sugerido por la historia de Santa Verónica Giuliani es demasiado intrincado y amplio en sus aplicaciones para que aquí podamos tratarlo adecuadamente sin una larga digresión. Se relaciona con los alegatos de apariencias encontradas después de su muerte en el corazón y en las vísceras de muchos de los siervos de Dios honrados con los estigmas. Parece que Verónica, durante los últimos años de su vida, tuvo en su memoria una especie de lúcida imagen mental del estado físico de su corazón. Ella creía que los tejidos de aquel órgano se habían endurecido en alguna forma maravillosa a semejanza de santos objetos que ocuparon sus pensamientos durante su vida. Era una figura con una cruz y una corona de espinas, un cáliz, tres clavos, un pequeño pilar, siete espadas, unas cuantas letras y las iniciales

grantes. Oró para que fuesen ocultadas, y parece que fueron cubiertas con una piel que, sin embargo, cedía a la presión. Uno de sus confesores alegaba haberle aplicado a una profundidad de media pulgada una pequeña llave en su mano izquierda.

22. Pizzicaria, *loc. cit.*, pp. 288-9.

de algunas virtudes. Las imágenes mentales eran tan reales que, por mandato del confesor, dibujó planos de las mismas con la ayuda de dos Hermanas a quienes amaba especialmente y eran de su confianza. Aún es más curioso el hecho de que creyera que su corazón había estado por más de veinte años en aquel estado y que la disposición de estos emblemas, con respecto a su posición relativa, se había alterado con frecuencia, añadiéndose también algunos nuevos [23] Todavía se conservan los toscos diseños trazados en un papel cortado en forma de corazón; representan las supuestas disposiciones de estos emblemas en 1715, 1718, 1719; en 1720 y 1727; éste, año de su muerte. La parte más maravillosa de esta historia es que unas treinta horas después de su muerte, en presencia del Gobernador, su cadáver fué abierto por dos profesores en Medicina y Cirugía, Mgr. Torregiani, más tarde Cardenal, y de unos cuantos eclesiásticos de nota. Los testigos, médicos, y los demás levantaron acta del hecho, dando fe de que estos emblemas fueron encontrados realmente en su corazón en las posiciones correspondientes al último de los dibujos trazados por la Santa. Yo no puedo dar mi opinión acerca de este caso; pero es cierto que parecidas maravillas se han contado de muchos Santos y personas santas. Santa Teresa nos dice claramente en su autobiografía [24] que tuvo una visión de cómo un glorioso ángel metía en su corazón una larga espada de oro, con punta afilada. También nos da alguna indicación de la impresión que este incidente produjo en la Santa el hecho de que ella lo tomara como motivo para un himno que todavía se conserva. El corazón de Teresa fué extraído

23. Es absolutamente cierto, porque tenemos el testimonio escrito por su propia mano, fechado A. D. 1700, creyendo que el Señor le había mostrado los instrumentos de la Pasión y haberle dicho que El sellaría su corazón con sus llagas y sus emblemas, Pizzicaria, I, p. 234.

24. Cap. XXIX, pp. 16 y 17.

después de su muerte, encontrándosele un corte grande horizontal que aún hoy puede ser visto por quien contemple la reliquia en su relicario en Alba de Tormes, o quien se procure una de las muchas fotografías que sobre el mismo circulan [25].

Otro ejemplo, muy notable como fundado sobre claro testimonio de varios testigos de vista cuyas deposiciones aún se conservan, es la herida del corazón de Caterina Savelli de Sezze. Es una estigmatizada (murió en 1691) [26] que ha escapado a las investigaciones del Dr. Imber-Gourbeyre. Estando arrodillada delante del Santísimo Sacramento expuesto en la iglesia de los jesuítas de Sezze, en 1659, vió en un trance cómo cinco rayos partían de la Sagrada Hostia que hirieron sus manos, pies y costado. Rogó para que los estigmas no fuesen conocidos, y su oración fué escuchada hasta el punto de que desaparecieron las marcas en la mano, pero el costado continuó abierto y, a intervalos, manando sangre y suero. Sin embargo, después de la muerte, se hicieron perfectamente claras las huellas de las heridas de sus manos y pies, y, lo que es más notable, habiéndole sido

25. Sin embargo, no se da ninguna prueba satisfactoria de que esta herida no fuera hecha en la operación de la remoción o por manos inexpertas. No parece que Teresa (*Vida,* cap. XXVIII, p. 4) tuviese visiones *corpóreas* y, por consiguiente, es difícil apreciar cómo una visión intelectual tenga por resultado una lesión corporal. Para una amplia discusión del asunto, véase *Etudes Carmélitaines,* oct. 1936, pp. 208-42. J. H. C.

26. En este mismo año se publicó *Lucerna mystica,* de López Ezquerra, primer autor (conocido) que dijo sin reservas que la herida del corazón de Santa Teresa fué producida por el dardo del serafín. Al menos, esta es la opinión del P. Gabriel O. D. C., citado en la nota anterior, pero el lenguaje del poema de Crashaw de 1648 implica que ya entonces se consideraba la herida del corazón como causada por el dardo del serafín. J. H. C.

extraído el corazón, se encontró en él un corte profundo de hacía mucho tiempo. El médico y el cirujano que juntamente con muchos eclesiásticos firmaron el atestado definitivo, declararon que sin intervención sobrenatural hubiera sido imposible a cualquiera vivir con tal herida [27]. Y parece que ha habido bastantes casos similares, aunque no todos igualmente confirmados por testimonios contemporáneos. Sobre el Beato Charles de Sezze—cosa curiosa, contemporáneo y oriundo del mismo pueblo que Caterina Savelli, pero muerto veinte años antes que ella—se dice que el Papa ordenó hacer post-mortem un examen de sus restos mortales. Al punto hallaron una herida que le atravesaba completamente el corazón, también la figura de un crucifijo y un exacto facsímil de un clavo de cuatro o cinco pulgadas de largo oculto en el corazón. Se dice que un acta testifical sobre estos hechos fué firmada por varios médicos y cirujanos; yo no he podido dar con una copia de la misma. Las virtudes heroicas de Charles de Sezze fueron ampliamente discutidas por la Sagrada Congregación de Ritos. Fué beatificado en nuestros días por Pío IX [28].

El caso del Beato Charles de Sezze encierra un interés mayor por el hecho de que, exceptuando a San Francisco de Asís, no se puede citar un ejemplo seguro de un hombre que hubiese tenido estigmas visibles en sus manos, pies y costado. Aun en San Francisco no tenemos pruebas de que sangrara *periódicamente*, no obstante se encuentra este rasgo en casi todos los casos mejor atestiguados en mujeres estigmatizadas, desde Elizabeth de Herkenrode y Lukardis en el siglo XIII a Domenica Lazzari, Mme. Miollis, Louise Lateau, Marie-Julie, Gemma Galgani, y María della Passione, en nuestros días. Parece que existe buena prueba de que

27. El documento se hallará extensamente impreso en G. B. Memmi, S. J., *Vida della Serva di Dio Suor Caterina Savelli.* (Roma, 1733, pp. 132-42).

28. Imbert-Gourbeyre, *La Stigmatisation,* I, pp. 315-16.

un Carmelita Descalzo, Padre Julián de la Cruz (1663), tuvo señales estigmáticas en sus pies como de cabezas redondas de clavo; pero no afirma que jamás hubiesen sangrado [29].

El Beato Charles de Sezze, que como otros varones ascéticos puede haber participado internamente de los dolores de las llagas de Cristo, no presentó marcas visibles durante su vida. Cuando consideramos la extrema austeridad de vida y la intensa compasión de la Pasión de Cristo en evidentes santos como S. Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, San Bernardino de Siena, San Felipe Neri, San Pablo de la Cruz, San Leonardo de Porto Mauricio, San Alfonso de Ligorio,—por no hablar de todos los contemplativos cartujos y trapenses—no puede menos de ser considerada esta acentuada desigualdad entre los sexos como un hecho muy extraordinario. En el extraño fenómeno de la estigmatización, se da tal vez una única cosa más notable, y es que en todos estos numerosos ejemplos de llagas abiertas, algunas de ellas manando continuamente sangre, parece no haberse señalado hasta ahora ni un solo caso en que la herida hubiese supurado.

4

Estigmas y santidad

Como anteriormente se ha explicado, no nos proponemos en los presentes capítulos presentar teorías respecto al origen o al carácter sobrenatural de las manifestaciones que estamos examinando. Mi principal as-

29. Imbert-Gourbeyre, *La Stigmatisation,* I, p. 302a.

piración consiste en dar una idea de los fenómenos físicos comprobados con razones sólidas, y dejar al juicioso lector la interpretación de los hechos. Sin embargo, mientras se excluyen, en cuanto es posible todos los datos de dudosa autenticidad, sería posible causar una impresión errónea con respecto a la cualidad mística de los que son sujetos de estas experiencias anormales. Esto es tan importante para conocer *toda la verdad* como el tomar precauciones para que las memorias sobre las cuales se basa nuestra investigación contengan la verdad, y nada más que verdad. Yo me imagino que este es un punto en el cual los biógrafos, aspirando a la edificación, son a veces un poco negligentes; pero esto no debería ser pasado por alto en la presente investigación. La estigmatización es una cosa maravillosa, y, generalmente, está asociada a una santidad de clase elevada, pero no se parece a la clarividencia telepática. Muchas veces se lee en la vida de santos que el sujeto de la biografía poseía un conocimiento de las cosas que ocurrían a distancia, o que penetraba los pensamientos secretos de sus interlocutores. En efecto, tales hechos son frecuentemente aducidos en el proceso de beatificación como pruebas de virtud heroica, bajo el título de *charismata* o *gratiae gratis datae*. No obstante, nos encontramos con muchas pruebas de que tal conocimiento de sucesos distantes poseen, algunas veces bajo condiciones anormales, personas en cuyas vidas la religión juega muy poco, y que al mismo tiempo están libres de sospecha de influencia diabólica [1]. No se puede insistir demasiado, en que la Iglesia ha dado un ejemplo de extrema reserva en la interpretación de tales favores aparentemente sobrenatu-

1. Muchos casos están registrados en F. W. Myers, *Human Personality*; vid. *e. g.* Vol. I, pp. 672 700 Los más notables ejemplos, sin embargo, son los de clarividencia en el trance hipnótico, tales como los mencionados por J. W. Haddock. M. D. en su *Somnolism and Psycheism* (*sic*) (1851), pp. 112-43.

rales. En la gran obra de Benedicto XIV sobre la Beatificación y Canonización de los Santos apenas se consagran más que unas pocas sentencias a la cuestión de la estigmatización, aunque, naturalmente, admite que, en algunos casos, como en el de San Francisco de Asís, la estigmatización tiene un carácter sobrenatural.

No se puede discutir que algunos casos de supuesta estigmatización son simplemente fraudulentos. Las dos notoriamente impostoras religiosas del siglo XVI, Magdalena de la Cruz y María de la Visitación, declaran ambas que llevaban las marcas de la Pasión en manos, pies y costado. Cuando fueron sentenciadas por la Inquisición cada una escribió una detallada confesión de su hipocresía y fraude. Aun a la vista de muchas confesiones parecidas hechas por famosas brujas de haber volado por los aires sobre el mango de escobas, etc., este reconocimiento de culpabilidad no puede considerarse como prueba concluyente [2]. En tiempos relativamente modernos parece que ha habido bastantes hipócritas parecidos, algunos de los cuales se asegura han sido convictos de manifiesta impostura por los tribunales [3].

2. Tal vez se permita referirse al artículo «Witchcraft» en la *Catholic Encyclopedia,* Vol. XV, p. 677.

3. Un caso de simple fraude fué detectado en 1828, cuando un alemán, Paul Diebel, vino a París diciendo que podía producir a su capricho estigmas y lágrimas de sangre. Fué examinado por el Dr. Osty, quien, volviéndole los párpados, descubrió que la conjuntiva tenía pequeñas punzadas, evidentemente producidas por un alfiler. Después de este descubrimiento las únicas lágrimas que Diebel podía derramar eran de rabia. Los estigmas eran producidos por un juego de manos. Diebel conservaba sus piernas apretadas una a otra. Cuando fué examinado, se le encontró cómo había sajado la carne de sus muslos, y podía por presión, exprimir suficiente la sangre para hacerla llegar a sus manos y aparecer como un estigma de sangre, aprovechando

No he podido hallar detallada información relacionada con ninguno de estos casos, aunque parece que no se puede discutir la justicia de las sentencias aprobadas por los magistrados sobre Rosa Tamesier en Francia; y de Teresa Stadeln en Suiza, ambas supuestas estigmatizadas, en el curso del pasado siglo. Debreyne menciona un ejemplo algo más dudoso de esta misma clase. Se trataba de un caso de una joven de dieciocho años sujeta a frecuentes ataques histéricos, que en 1840 estaba enferma en una institución religiosa en Normandía. Según un detallado relato escrito por el capellán, esta joven, cuando estaba en estado de trance, recibía o pretendía recibir de alguna fuente misteriosa terrones de azúcar y otras golosinas. Indudablemente el azúcar estaba allí, pero nadie podía saber de dónde procedía. Repetidas veces le registraron cuanto le pertenecía, pero nada encontraron. El azúcar nunca era visible hasta que estaba muy cerca de sus manos (*on ne le voyait que lorsqu'il trés prés des mains*); ella declaraba que le venía del cielo, dado por nuestra Bienaventurada Señora, por el Niño Jesús o San Juan Bautista. Pensando que ella pudiera tener alguna asociada en la institución en que se hallaba retenida, la movieron a otra casa; pero no cesaron los fenómenos. Por el contrario, en la nueva situación, el azúcar aparecía con más frecuencia que antes, y decía haberlo recibido hasta veinte veces en una hora. La joven declaró que estaba marcada con los estigmas, no en las manos, sino en el pecho y los pies. Las heridas goteaban sangre todos los viernes.

Con objeto de asegurarse más (dice el relato que cito) de que no se hacía ella misma las heridas, ni hacía nada para volver a abrirlas, fué vendado ajustadamente el pie, cosiendo la venda de manera que no pudiese removerla sin que se revelara el hecho. Además para impedir que sin descubrir se pinchara la herida por medio de un alfiler o aguja, se colocó bajo la venda una hostia

---

que el observador no atendía a sus movimientos. El suceso lo reportó *Manchester Guardian* el 31 de octubre 1928. J. H. C.

sin consagrar; pero el viernes por la tarde se vió que la sangre había salido de la herida, la venda no había sido removida ni alterada, la hostia estaba completamente intacta tal como había sido colocada.

Esta joven (sigue diciendo el capellán) no es una Santa; parece que es una imbécil, pero acerca de esto tengo mis dudas. Hay razón para creerla maliciosa y astuta [4].

Evidentemente, todo indica en este caso que hubo impostura, y las precauciones adoptadas para detectarla fueron, probablemente, inadecuadas. Pero se dan muchos ejemplos de estigmatización en que la impostura es indiscutible; muchos detalles registrados sugieren más bien una enfermedad que la manifestación de los atributos divinos que nosotros asociamos con la idea del milagro.

Más de una vez me he referido al caso de Domenica Lazzari, la «Addolorata» de Capriana en el Tirol. Ningún caso presenta mejores testimonios. Los testigos eran hombres de elevada posición, de absoluta independencia entre sí; y sus informaciones concuerdan absolutamente en cuanto a los principales rasgos del caso cubriendo un período de más de diez años. A pesar de eso, la historia médica de Domenica es muy curiosa. Desde su niñez era una joven buena que trabajó mucho, gustaba rezar y leer libros de devoción; pero «no daba señales extraordinarias de fervor ni de nada que la distinguiera como diferente a lo que cualquiera joven piadosa debiera ser». Oía Misa todos los días, asistía a las funciones de la iglesia y «comulgaba, por lo menos, cada mes» [5]. A la edad de trece años, poco después de la

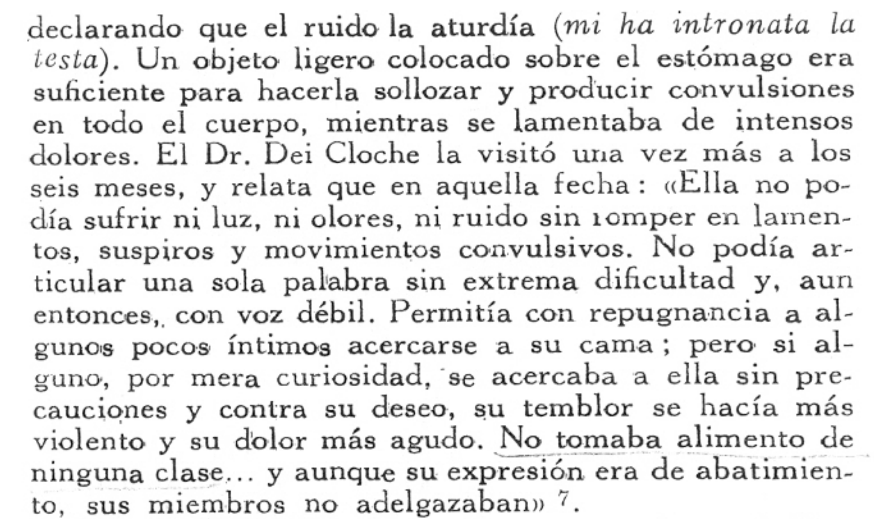
---

4. P. J. C. Debreyne, *Essai sur la Théologie Morale*, París, 1843, 2.ª Edic., pp. 424-6.

5. F. Nicolas, *L'Extatique et les Stigmatisées du Tyrol* (1844), pp. 120-1 y 148-9 y cf. Ricardi *Geschichte der zwei tyrolen Jungfrauen, Maria Mörl und Domenica Lazzari*, Augsburg, 1843, pp. 68-9.

muerte de su padre [6], por lo cual se afirma que casi lloró continuamente por espacio de cuatro días y cuatro noches y apenas comido casi nada, padeció una enfermedad muy grave, de la que el Dr. Dei Cloche, por relato que le hicieron más tarde creía que era una histeria caracterizada por violentas convulsiones. Hay que recordar que este doctor describe como católico devoto, y, al parecer, simpatizaba completamente con su paciente, tratando de sus estigmas con el más minucioso detalle. El 3 de junio de 1833, a la edad de dieciocho años sufrió un gran susto que le llevó a pasar la noche sola en un molino presa de terrible espanto. Nueve días más tarde se apoderó de ella en el campo una especie de ataque cataléptico y, desde aquel momento, apenas abandonó la cama hasta su muerte, ocurrida en 1848. El Dr. Dei Cloche fué llamado a estudiar el caso en abril de 1834, después que otro doctor había tratado algunos meses a la paciente sin resultado positivo. Nos hace una descripción de su extraordinaria aversión a la comida y de la extraña hiperestesia que se observaba en todos sus sentidos. No podía aguantar más que una luz muy amortiguada. La menor presión sobre el abdomen le causaba intenso dolor. Cuando ella con repugnancia consintió colocar un pequeño trozo de azúcar sobre su lengua, inmediatamente tuvo un ataque que duró veinte minutos, en el curso del cual sintió tan violentos deseos de vomitar que casi se ahogaba. Para entonces, desde hacía varias semanas, apenas había tomado alimento alguno, y desde el 10 de abril de 1834 hasta su muerte, parece que nada comió ni bebió. El Dr. Dei Cloche la indujo a oler una tostada, y aun esto le causó extremo malestar. Se llevó su pañuelo a la nariz, sufrió contorsión de todos los músculos de la cara y, por breve espacio, cayó desmayada. Si le era golpeado un vaso con una llave, lanzaba un grito agudo, se tapaba los oídos

6. Su padre murió en marzo de 1828, su enfermedad comenzó en febrero del mismo año.



declarando que el ruido la aturdía (*mi ha intronata la testa*). Un objeto ligero colocado sobre el estómago era suficiente para hacerla sollozar y producir convulsiones en todo el cuerpo, mientras se lamentaba de intensos dolores. El Dr. Dei Cloche la visitó una vez más a los seis meses, y relata que en aquella fecha: «Ella no podía sufrir ni luz, ni olores, ni ruido sin romper en lamentos, suspiros y movimientos convulsivos. No podía articular una sola palabra sin extrema dificultad y, aun entonces, con voz débil. Permitía con repugnancia a algunos pocos íntimos acercarse a su cama; pero si alguno, por mera curiosidad, se acercaba a ella sin precauciones y contra su deseo, su temblor se hacía más violento y su dolor más agudo. No tomaba alimento de ninguna clase... y aunque su expresión era de abatimiento, sus miembros no adelgazaban» [7].

En enero de 1837 se anunció que se estaban manifestando en Domenica asombrosos fenómenos sobrenaturales (esto es, los estigmas); y el Dr. Dei Cloche, entonces director de un importante hospital en la ciudad de Trento, la visitó de nuevo a primeros de mayo de aquel año. Desde el punto de vista médico la encontró casi en la misma condición: una extraordinaria sensibilidad a cualquier forma de impresión en sus sentidos [8]. Aun el

7. *Annali Universali di Medicina* (1837), Vol. 84, 252-4. Más tarde, en 1837, Domenica aseguró al Dr. Dei Cloche que desde el 2 de mayo de 1834, «no había dormido, ni bebido una gota de agua, ni comido una miga de pan» (*Ibid.*, p. 259). En cuanto yo puedo juzgar, el doctor no parece que dejó de creer su afirmación.

8. Lo que se ha afirmado acerca del sentido del oído es ciertamente asombroso. Se creía que ella podía oír los sermones del párroco pronunciados en la iglesia a una distancia de 500 o 600 yardas. Nicolas, *L'Extatique*, p. 131. Cf. también lo que dice Mr. Allies, sobre el alcance de su oído, que llegó a percibir una observación hecha en tono bajo a 80 yardas de la casa (*Journal in France*, etc., p. 130).

más ligero contacto al tomarla el pulso le hacía temblar todo su cuerpo rompiendo en gemidos. Día y noche, sin exceptuar el tiempo más riguroso del invierno, cuando el termómetro marcaba 13 grados Réaumur (esto es, 29 grados Fahrenheit), estaba acostada con la ventana abierta; en verano sólo encontraba alivio al calor siendo continuamente abanicada [9]. El viernes por la mañana, cuando empezaban las angustias de los estigmas, Dei Cloche declara que, al acercarse a la casa, a más de cien pasos yo pude oír los estridentes gritos provenientes de la ventana de su cuarto que daba al camino; y, a medida que me acercaba, pude distinguir una y otra vez repetidas las palabras «Oh, Dios, ven a ayudarme». A las diez, la pobre paciente continuaba repitiendo en tonos vibrantes la misma invocación. De vez en cuando daba contestaciones lacónicas a las preguntas que se le dirigían, pero al instante repetía la congojosa jaculatoria... A las cuatro de la tarde, aunque había cesado de manar la sangre de los estigmas, continuaba enérgica con su lastimero grito. Al preguntársele por qué no dejaba de clamar, contestaba: «Porque no dejo de sentir un intenso dolor en todo mi cuerpo y, particularmente, en el lugar de las llagas, y yo encuentro alivio en gritar como lo hago» [10].

De los estigmas he hablado ya en el capítulo anterior. Sólo añadiré que la cara de Domenica, habitualmente, estaba cubierta con una máscara de sangre, manada gota a gota los viernes, procedente del círculo de punzadas que representaban a la corona de espinas. Lord Shrewsbury, en el relato publicado acerca de la «Addolerata», apoyándose en la autoridad de un médico alemán que en 1841 estaba estudiando el caso, nos dice que «nunca es lavada su cara, porque no es capaz de aguantar la aplicación del agua caliente o fría» [11], pero la sangre desaparece gradualmente por sí sóla. También podemos saber por la misma autoridad que «en su habitación había un fuerte olor a sangre coagulada». A las tres y media de la tarde del viernes, «la sangre continuaba aún manando de las llagas del dorso de sus manos». Lord Shrewsbury añade:

«Sus manos estaban firmemente apretadas de tal manera que, a juzgar por las apariencias, no podía aflojarlas; pero cuando el clérigo que nos acompañaba le rogó dejarnos ver en el interior de sus manos, inmediatamente las abrió por debajo, sin despegar sus dedos, como lo hace una concha de tal manera que claramente vimos sus llagas, el suero y la sangre que, muy fluída caía sobre su muñeca».

Al mismo escritor se le permitió verle los pies, dándose cuenta de «que en lugar de tomar su curso natural, la sangre fluía hacia arriba sobre los dedos de los pies, como lo hubiera hecho de estar ella colgando en la cruz». Sin embargo, no puedo menos de pensar que esta manifestación, sin milagro alguno, puede explicarse suficientemente por el hecho cuidadosamente anotado por Dei Cloche de que en el estado agudo de la agonía de la estigmatización «la planta del pie tomó una posición casi horizontal con respecto a sus piernas» [12]. Al tiempo en que los pies fueron mostrados al Lord Shrewsbury y a otros visitantes, aquella rigidez había cedido algún tanto. Aun así, no estoy seguro hasta qué punto se debiera insistir acerca de esto, porque Mr. T. W. Allies, en su minuciosa descripción de lo que vió en

9. Parecidas sensaciones de calor intenso en conexión con los estigmas se cuentan en la *Life of the Ven, Giovanna Maria Solimani,* p. 224. J. H. C.

10. *Annali,* etc., *loc. cit.,* p. 261.

11. Esta hiperestesia concuerda con la dificultad con que Dei Cloche tropezó en 1837 para persuadir a Domenica que le permitiera siquiera tomar el pulso.

12. Me parece que esta condición intensa de los músculos hizo inevitable que elevara la parte superior del pie, y el orificio de la llaga estaba en el empeine.

1847 (cuando todavía era anglicano), insiste mucho en que el curso que llevaba la sangre que manaba de la frente y de las manos no era el que naturalmente debiera haber seguido dada la postura recostada de Domenica [13].

El estudio del caso por el Dr. Dei Cloche fué impreso diez años antes de la visita de Mr. Allies. Cuando este último observador y sus amigos hicieron una peregrinación a Capriana, faltaban nueve meses para la muerte de Domenica, y su vigor físico era evidentemente mucho menor que el del año 1837. En el período anterior, permanecía agitada horas enteras con movimientos convulsivos que afectaban a todas las partes de su cuerpo culminando en una postración tan completa que, como dice Dei Cloche, «uno la hubiera tomado por la muerte en persona». En medio de estas convulsiones, como dice el mismo médico observador, Domenica, con sus manos fuertemente apretadas, se propinaba frecuentemente una

13. Esta no es opinión exclusiva de Mr. Allies. El viaje lo hizo en compañía de dos amigos de Oxford, J. H. Pollen, J. H. Wynne. Los tres eran Tractarianos y, con el tiempo, se hicieron católicos. En *Journal in France* de Mr. Allies (London, 1849) se encuentran impresas las cartas escritas por aquel tiempo por cada uno de ellos a diferentes personas (pp. 127-59). Como muchos otros católicos, pasan de los sesenta, conocí personalmente a cada uno de los escritores; para mí son absolutamente decisivos los datos presentados en estos sinceros relatos en cuanto excluyen la posibilidad de fraude en Domenica y los que la rodeaban. Por ejemplo, los datos de Mr. J. H. Pollen acerca de la autoridad del médico local, llamado Yoris, a quien encontraron allí el 31 de julio de 1847 (la carta de Mr. Pollen se escribió a los dos días): «Nos dijo el doctor haber visto cien veces sus pies; estaban marcados igual que las manos; pero como vimos, la sangre circulaba *arriba,* hacia los dedos, como ocurre en la nariz (i. e. a la punta cuando estaba recostada en la cama). Su llaga del costado fué vista por varias mujeres, entre otras, sus hermanas, con quienes hablamos mucho» (*Allies Journal,* p. 156).

lluvia de golpes tan violentos en su pecho, que era increíble el ruido producido. Entre otras, en una ocasión se golpeó la barbilla con tanta fuerza que sus encías quedaron seriamente cortadas, llenándosele de sangre la boca... El crujido de sus dientes era tan continuo y ruidoso que podría compararse al ruido de un perro hambriento y furioso royendo un hueso, o al roce de una enorme lima aplicada por vigorosos brazos sobre un gran trozo de hierro.

Prosigue Dei Cloche diciéndonos que, como él sabía de buena fuente, en los ataques convulsivos de 1836, desde el 24 de junio al 2 de julio, el ruido de los golpes que Domenica se daba podían oirse no solamente en toda la casa, sino también en la carretera a diez metros de distancia de la casa. Algunos que se tomaron la molestia de contarlos declararon que llegaron a cuatrocientos nueve en un sola hora. Es imposible no acordarse de la conducta exacta y semejante de Elizabeth de Herkenrode, de la que se ha dado cuenta detallada en un capítulo anterior. Pero surge una cuestión inevitable: ¿Es esta una enfermedad, o son medios extraños por los cuales el alma es conducida a una unión más elevada con Dios?

Por muy extraordinarios que hayan sido los fenómenos que acompañaron a Domenica Lazzari durante catorce años de martirio, no hubo jamás, en cuanto yo puedo asegurar, intento de incoar la causa de su beatificación. Parece que ella no impresionó ni a los visitantes ni a los íntimos en nada que significara santidad *excepcional.* Su hermana que la cuidaba, como escribió Mr. Pollen «era de lo más sencilla; no quería dinero; trataba a Domenica más como una inválida que otra cosa» [14]. Mr. Wynne (más tarde Padre Wynne, S. J.), el tercer miembro del grupo de Mr. Allies, escribió dos días más tarde a un correspondiente lo que sigue:

«Nosotros estábamos muy impresionados, y lo que

14. *Ibid.,* p. 156.

me parece extraño es que, en casos anteriores en los que habían sido otorgados los estigmas, aparecían estos como sello de santidad consumada o como premio a la intensa meditación de la Pasión, mientras que en el presente caso nada parece que lleve a uno a suponer ninguna de las dos cosas en grado extraordinario. La impresión que en mí produjo fué más bien de un gran sufrimiento y resignación que de ninguna señal extraordinaria de gracia. Yo creo que no existe una conexión *necesaria* entre los fenómenos extraordinarios que padece su cuerpo y la extrema santidad, aunque no pudiera suponerla. Su vida siempre ha sido virtuosa y piadosa en extremo... pero nada de lo que yo vi me llevó a suponer el elevado recogimiento religioso de fervor espiritual o el anhelo sobrehumano del alma por Dios que uno espera en la mujer Santa» [15].

Pero esto, en cierto sentido, sólo aumenta el misterio. Sabatier, Georges Dumas, Dr. Merkt y otros admiten la realidad física de los estigmas, pero los explican como resultado de una intensa concentración del pensamiento en las llagas de nuestro Salvador. Pero aquí tenemos evidentemente estos fenómenos sin tal concentración. De todas maneras, parece cierto por la concordancia de las declaraciones de muchos testigos que en el caso de Domenica no hubo propiamente éxtasis o trance, aunque yo dudo que esto pueda decirse de ningún otro estigmatizado cuya vida conocemos completamente [16].

15. *Ibid.*, 148.

16. En el caso de Beatriz d'Ornacieux, monja cartuja que murió el 13 de febrero de 1305, y cuyo *culto* fué confirmado en 1869, se cuenta que se taladraba sus propias manos con el fin de imitar los sufrimientos de Cristo: «Ut illius imaginem aliquo modo in seipsa referret et vulnerum: Eius particeps fieret, acuto clavo manus confodit, neve plagis cicatrices obducerentur, septima quaque die, feria sexta, eas infixo ferro renovabat». Con el fin de llevar consigo su imagen y hacerse participante de sus llagas, taladró sus manos con un afilado clavo y, para impedir que las llagas se cerraran, cada siete días, todos los viernes, las renovaba introduciendo el mismo hierro. Véase *Analecta Iuris Pontifici*, 1888, II, pp. 212 sigs.

No es menos intrincado, aunque por diferentes razones, el caso de Palma Matarrelli, de Oria, cerca de Brindis, que nació en 1825 y murió en 1888. Aquí se duda seriamente de la buena fe del sujeto de los fenómenos, y puede el crítico sugerir que las maravillas referentes a ella, de ser reales, son debidas a intervención diabólica. Tal vez yo no pueda presentar en breve espacio un relato mejor de Palma que traduciendo las pocas sentencias en las cuales, en contraste con las 200 páginas que le dedicó en su trabajo anterior, el Dr. Imbert-Gourbeyre resume para los lectores de *L'Stigmatization* las principales características de su caso. Palma nació en la pequeña aldea de Oria, donde también murió. Era una joven de la clase campesina; nunca aprendió a leer ni a escribir. Casó y tuvo tres hijas, las cuales todas murieron jóvenes; más tarde, en 1853, a la edad de veintiocho años se encontró viuda.

«Parece que ella —prosigue el Dr. Goubeyre— recibió gracias extraordinarias desde su temprana juventud. Recibió los estigmas, por primera vez, el 3 de mayo de 1857. Un poco más tarde, aquéllos afloraron al exterior para desaparecer en 1865, con la excepción de la llaga del costado que aún conservaba cuando yo hice mi viaje a Oria. De los cuatro estigmatizados que he conocido personalmente, en el caso de Palma he sido testigo de las más extraordinarias manifestaciones durante los pocos días que pasé en su vecindad el año 1871. Yo la he visto arder con los vestidos puestos [17], comprobando después en su carne quemaduras reales semejantes a las producidas por un líquido hirviente. Yo he visto también que lienzos colocados sobre su corazón durante este incendio (*incendie*), al ser retirados, estaban marca-

17. «Je l'ai vue brûler deux fois dans sa chemise».

dos con señales extraordinarias. Además he visto que la sangre goteaba del círculo de punzadas sobre su frente, y al ser recogida en el pañuelo que yo sostenía debajo, observé que delineaba dibujos parecidos al «incendio». He reproducido estos dibujos en mi libro *Les Stigmatisées*, y a él remito al lector. También me mostraron en Oria vasos llenos de un líquido que salía de la boca de Palma en el cual se habían formado cuerpos sólidos parecidos a la hostia. Todavía conservo un frasco lleno de esta especie de bálsamo que, con gran extrañeza mía, nunca se ha corrompido» [18].

Después añade el Dr. Imbert-Goubeyre unas palabras relativas a la muerte de Palma, que ocurrió en marzo de 1888. Se le comunicó que había recibido los últimos sacramentos pocos días antes de su muerte; cómo una muchedumbre de gente se aglomeró en Oria para honrarla, y que su cuerpo permaneció flexible sin señal de putrefacción hasta ser colocada en la tumba. Naturalmente, no es el Dr. Gourbeyre el único testigo que certifica tales maravillas como las que hemos citado anteriormente. Un peregrino que visitó Oria en abril de 1872 escribió al Abbé Curicque:

«Palma ya no tenía con regularidad estigmas. Durante la última Cuaresma reaparecieron, pero la estigmatización había terminado ya en cuanto se refiere a la salida de la sangre. Aun así, se reproduce a veces por consideración a sus visitantes (*elle revient pour et selon ses visiteurs*). Durante nuestras últimas visitas que hicimos, su frente no tenía señales; en seguida, después de darnos las gracias, mis compañeros y yo mismo vimos cuatro gotas de sangre como de la anchura del dedo meñique que brotaban de las cuatro punzadas en el centro de la frente y que humedecieron su cara y manos. Se le dió un lienzo blanco para que los limpiara, y esta acción dejó sobre el lienzo no simples manchas de sangre, sino emblemas claramente diseñados, representando corazo-

18. Imbert-Gourbeyre, *La Stigmatisation*, I, p. 567.

nes inflamados, clavos y espadas. Esto es verdaderamente una maravilla que yo vi con mis propios ojos» [19].

Otros testigos certificaron haber visto marcas de las llagas en sus manos y, especialmente, el hecho de que los vestidos apretados contra su pecho aparecieron quemados en muchos lugares de manera que quedaban claramente definidos diseños representando corazones, llamas y otros símbolos piadosos. Pero no fueron las menos asombrosas de las maravillas registradas de Palma sus milagrosas Comuniones, muchas veces dos y tres veces al día y a cualquier hora. Se afirma que ella jamás tomó alimento sólido, sino solamente un poco de líquido; casi siempre estaba en ayunas. El Dr. Imbert-Gourbeyre, en su *Stigmatisées*, describe una de dichas Comuniones que tuvo lugar en su presencia:

«En este momento estaba yo conversando con el canónigo de Angelis acerca de la bilocación. Me hallaba sentado oblicuamente a Palma, hablando con el canónigo situado frente a mí, cuando sentí un golpe suave en mi antebrazo. En el mismo instante, el canónigo cayó de rodillas. Me volví para mirar a Palma, quien tenía los ojos cerrados, sus manos juntas, su boca muy abierta; y vi una hostia sobre su lengua. Me arrodillé al instante, adoré y la observé. Palma sacó aún más su lengua, como si estuviese inclinada para que viese más claramente la hostia; después la tragó, cerrando su boca y permaneció profundamente recogida en su silla. En este momento serían como las cuatro y media. Declinaba el día, el oratorio estaba mal iluminado, y la pequeña ventana muy alta. La milagrosa hostia me pareció tan blanca como la cera y bastante espesa» [20].

Estas circunstancias no despertaron sospecha en la mente del buen doctor, aunque las condiciones eran ideales para un engaño de juego de manos. Pero esto no fué todo. Habiendo recibido Palma la milagrosa Co-

19. Curicque, *Voix Prophétiques*, 5.ª Edic., II, p. 445.
20. *Les Stigmatisées*, Vol. II. p. 15.

munión, prescribía la costumbre que se la dejara sola en el oratorio para que diese las gracias. Pronto los llamó ella y vieron sangre que goteaba de su frente. En su ausencia volvieron a aparecer los estigmas. Al día siguiente, Palma tuvo una larga conversación con el Dr. Imbert-Gourbeyre acerca de sus milagrosas comuniones. Ella explicó que la Hostia había sido traída por nuestro Señor, o por uno de los Santos que permanecía invisible, pero que había tomado la partícula consagrada, algunas veces en San Pedro de Roma, o en iglesias tan lejanas como de Milán. Ella recibe también la Comunión de manera corriente todas las mañanas durante la Misa, pero nuestro Señor la agració con este privilegio especial por las necesidades de su alma. Yo tengo que confesar que los detalles de esta y otras conversaciones con Palma que el Dr. Gourbeyre registra con la mayor sencillez, me producen una impresión muy desfavorable pero es imposible continuar con este tema. Me contentaré con llamar la atención de ciertos comentarios acerca de Palma, impresos en 1892 en el quinto volumen de las Oeuvres Complètes de Mgr. Barbier de Montault. En un artículo impreso en 1877, antes de la muerte de Pío IX, Mgr. Barbier recuerda una conversación con Su Santidad, en el curso de la cual el Pontífice le dijo:

«Ya que escribes en la Prensa, di muy alto y dilo muchas veces que el Papa condena todos estos visionarios con revelaciones, Palma, Cantiemille, y todos los demás que seducen y engañan a los fieles. Todo es obra del demonio. Yo tengo documentos que lo prueban».

El Padre jesuíta Pouplard descubrió en 1879 en el *Messager du S. Coeur de Jesus*, editado en Francia, cómo él había tratado de saber qué era cuanto en Roma pensaban acerca de cierta «vidente» que vivió en el Sur de Italia y que se suponía favorecida con las más extraordinarias manifestaciones. En contestación, un eminente y respetado teólogo romano a quien consulté replicó que él creía que todo ello era solamente una artimaña del diablo. Citando íntegro este pasaje, Mgr. Barbier de Montault pone los puntos sobre las íes declarando que esta cuestión indudablemente se refería a Palma de Oria, sobre lo cual dice que cita las palabras verdaderamente graves que le dijo Pío IX en una audiencia especial privada que tuvo lugar en 1875.

«Yo tengo hecha una investigación por lo que se refiere a Palma—le dijo el Papa—. Como consecuencia de la relación que entonces se redactó, dejé el asunto en manos del Santo Oficio; este ha declarado que todo el asunto es diabólico. El Santo Oficio está obligado al secreto, pero yo no. Toma, pues, buena nota de lo que te digo. Lo que Palma está haciendo es obra del demonio, y sus pretendidas milagrosas Comuniones con Hostias tomadas de San Pedro son puro truco. Todo ello es impostura. Tengo pruebas de ello en el cajón de mi oficina. Ella ha infatuado a toda la muchedumbre de piadosas y almas crédulas. Uno de tus compatriotas ha escrito acerca de ella un libro que ha sido denunciado al Santo Oficio. Por consideración al autor, que es un buen católico y cuyas intenciones son excelentes, el Santo Oficio decidió no condenarlo públicamente, pero le ha rogado que retire el libro de la circulación, previniendo que otra nueva denuncia pudiera conducir a que fuera formalmente censurada» [21].

No cabe duda alguna de que el libro a que se refería era el segundo volumen del Dr. Imbert-Gourbeyre, *Les Stigmatisées*. En efecto, este libro no ha sido reimpreso después de 1873 y, en el nuevo libro *La Stigmatisation* que lo reemplazó en 1894, se habla relativamente poco de Palma de Oria; en particular se guarda completo silencio con respecto a las supuestas milagrosas Comuniones.

Hay que confesar que hay muchas pruebas, aun superficiales, que confirman la desfavorable opinión que Pío IX había formado de Palma. Su aire de superiori-

21. Barbier de Montault, *Oeuvres Complètes*, Vol. V, pp. 197-99.

dad hablando de Louise Leteau; su natural caza de informaciones con respecto a Louise y otras estigmatizadas; su profecía de que Napoleón III volvería a Francia y moriría de muerte violenta en suelo francés; sus supuestas milagrosas Comuniones dos o tres veces el mismo día; las alegadas comunicaciones telepáticas que existían entre ella y la muy insatisfactoria persona Mélanie Mathieu, la pequeña pastora de La Salette; su poco velado deseo de hacer un despliegue de los favores sobrenaturales otorgados a ella, todas estas cosas están en pugna con el deseo de ocultarse, característica de la verdadera santidad. Por otra parte, si sus manifestaciones eran de origen diabólico, se podría esperar que Satanás produciría algo menos imperfecto que los pueriles diseños de llamas, corazones, etc., reproducidos en *Les Stigmatisées*. Además hay pruebas de que Palma, algunas veces, tenía buena influencia para las almas. Por ejemplo me escribe un amigo:

«Una prima mía, mujer casada, llevaba una vida frívola y muy mundana en París. Esta fué a ver a Palma como una nueva impresión, no con serio propósito. Palma sabía todo acerca de ella y tuvo un mensaje de nuestro Señor para la misma. Quedó en volver a París y verse con cierto Padre, cuyo nombre he olvidado, y hacer una confesión general para prepararse a morir, porque no viviría largo tiempo. Mientras estaba con Palma, mi prima vió que la Sagrada Hostia venía milagrosamente y entraba en la boca de Palma. Anonadada de asombro y miedo, se convirtió al instante. Volviendo a París hizo lo que Palma deseaba y vivió una vida muy santa por pocas semanas o meses; después murió con muerte edificante. Tenía unos treinta años de edad. Todo esto ocurrió hace unos cincuenta años».

Repito esta declaración tal como viene, añadiendo sólo que estoy seguro de la buena fe del escritor, a quien yo conocí más de treinta años personalmente, y de su reputación.

5

¿Una Estigmatización Impostora?

En un artículo sobre «Impostores» que escribí para la *Catholic Encyclopaedia*, tuve ocasión de referirme a la monja española Magdalena de la Cruz, sentenciada por la Inquisición en 1546 por su supuesta hipócrita pretensión de santidad apoyada en falsos estigmas y otros fenómenos. La historia de Magdalena es muy curiosa. Era joven de origen humilde, recibida en un convento de Franciscanas de Córdoba en 1504 a la edad de diecisiete años. Sus éxtasis, prácticas penitenciales, milagrosas Comuniones y la alegada abstención de alimento atrajo la atención dentro y fuera de la comunidad. Se creía que tenía estigmas y, durante la oración, era elevada del suelo. Fué elegida abadesa en 1533 a los cuarenta y seis años de edad, y reelegida para el mismo cargo en 1536 y 1539. Así, pues, era tan universal la veneración en que se le tenía, que señoras de alto rango, cuando estaban de parto, le enviaban las cunas y los vestidos preparados para el niño que esperaban para que los bendijera. Este homenaje le prestó incluso la Emperatriz Isabel en 1527, antes del nacimiento de Felipe II. Había, sin embargo, quienes miraban a la monja con desconfianza y, en particular, San Ignacio de Loyola, que no la apoyó. Habiendo caído enferma en 1543, se dice que Magdalena confesó su larga carrera de hipocresía, y después de un juicio que duró cerca de dos años, la condenó la Inquisición a confinamiento perpetuo en el convento de otra Orden, donde estuvo sujeta a muchas penalidades incluyendo por determi-

nado tiempo la privación de la Sagrada Comunión. Sin embargo, parece cierto que ella aceptó su suerte con toda sumisión y con espíritu de la más edificante piedad. Recobró el respeto de todos cuantos convivían con ella y se dice que tuvo muerte muy santa.

Semejante a ésta en muchos aspectos, y causando probablemente mayor sensación, fué el caso de una monja dominica, Sor María de la Visitación. A diferencia de Magdalena, pertenecía a una distinguida familia portuguesa, no española. A la edad de doce años ingresó en el convento de la Anunciación de Lisboa y, profesó en él en 1568 cuando contaba diecisiete años de edad. Por la reputación de virtud e inteligencia que adquirió, y aunque todavía era monja muy joven, pero posiblemente por influencia familiar fué elegida priora en 1582, desde cuya fecha empezó a hacerse famosa. Es muy lamentable que su Vida, escrita según se dice por el célebre dominico Padre Luis de Granada, y de la que aún se conserva el manuscrito, nunca haya sido publicada. Aparte de algunas pocas casuales noticias, casi todo cuanto sabemos de Sor María de la Visitación pertenece al período subsiguiente a su caída y pérdida de crédito. Sería muy de desear conocer la impresión que ella, antes de que llegara a ser superiora, produjo entre sus hermanas en religión durante los quince o más años que pasó en el convento de la Anunciación. No cabe duda que durante el tiempo de los preparativos de la gran Armada para conquistar Inglaterra, Sor María fué personaje muy influyente.

La reputación que iba unida al nombre de la monja de Lisboa está bien confirmada en las informaciones que Lippomano, embajador de Venecia en España, despachó al Doge y al Senado en 1587 y 1588. Los españoles estaban sufriendo los ataques lanzados por Drake contra los galeones que volvían de las Indias. El comandante naval, bajo la dirección del Marqués de Santa Cruz, poco pudo hacer para contener esta amenaza. En julio de 1587, Lippomano reporta:

«El Marqués irá a las Azores, pero se cree que será de poco provecho su presencia si no es más que para la protección de la flota de Nueva España, aunque dicen que él ha visitado a la santa monja de Lisboa, quien le dijo marchase con gran ánimo tomando consigo la cruz, y prometiéndole que saldría victorioso en todas sus acciones».

En febrero del siguiente año, Lippomano creyó que merecía insertar en su despacho la siguiente partida de hablillas:

«Personas malignas han hecho correr el rumor de que los estigmas de la santa monja son falsos; por eso el General de su Orden, ha procedido a un nuevo examen con muchas pruebas, habiendo enviado su resultado a Su Majestad. Han descubierto que los estigmas, sin duda alguna, son auténticos y milagrosos. Fray Luis de Granada ha escrito un libro describiendo sus divinos efectos».

Después de la destrucción de la Armada, tenemos una carta de Lippomano al Dux en diciembre 14 de 1588. Está escrita en diferente tono, y Mr. Brown hace un resumen de su contenido en los siguientes términos:

«La monja de Portugal que era tenida universalmente por una santa, por fin ha sido descubierta. Se ha probado que los estigmas eran artificiales, todo ardid inventado para obtener fama en el mundo. Fué inducida a conducirse de este modo por dos frailes de la Orden de Santo Domingo, con el fin de poder decir algún día al Rey que si no entregaba Portugal a Don Antonio se condenaría para siempre y, además para suscitar una rebelión contra el Rey. Los frailes están en las cárceles de la Inquisición; la monja, en un convento esperando sentencia».

Es indudable que Sor María manifestó sus simpatías por el partido que defendía la independencia de Portugal frente al dominio de España, y esto debió perjudicar a su causa.

Si anteriormente mantuvo esa opinión, lo disimuló; pero en la depresión y agitación política que reinaron en la península después del gran desastre naval, parece haber hablado con gran libertad. No hay duda de que los Inquisidores no olvidaron esta consideración; pero la sentencia pronunciada no hacía la menor referencia a asuntos políticos. Lippomano resumió el veredicto en esta forma:

«Primero fué condenada a prisión perpetua fuera de la ciudad en un convento que no fuera de su Orden.

Ella no podía recibir los sacramentos durante cinco años, excepto en las tres Pascuas [1] (*tre Pasque* o *in articulo mortis*, o durante un jubileo papal.

Todos los miércoles y viernes, públicamente, en la casa capitular de las monjas recibiría la disciplina durante el canto del *Miserere*.

Ella comerá en público, en el refectorio y sobre el suelo; ninguno podrá comer sus sobras. Se echará en el suelo a la puerta del refectorio y las monjas al entrar y salir pasarán por encima de ella.

Ayunará perpetuamente; no podrá ser elegida para ningún oficio, y tendrá un rango inferior al de la última del monasterio.

Sin permiso de la priora, no podrá hablar a ninguna de las monjas ni a otra persona.

El pan que no utilice o lo que le sobre; los vasos y todo lo demás se dará a la Inquisición o a su delegado.

No usará velo. Los miércoles y viernes no tomará más que pan y agua.

1. Aunque Mr. Horacio Brown editó el Calendario Veneciano por muchos años, no siempre estuvo muy al tanto de la fraseología católica. La palabra *pasqua* la aplicaba a cualesquiera de las tres grandes festividades: Pascua de Resurrección, Pentecostés y Navidad. San Pascual Bailón, por ejemplo, se llamó «Pascual» porque nació el día de Pentecostés. Por tanto, en cualquier caso se le permitió recibir la Comunión tres veces al año.

Cada vez que deje su celda para ir a comer, contará en voz alta su pecado».

Lippomano, al remitir este resumen, no sólo se refiere al hecho de que la monja había sido tenida anteriormente por santa, sino que dice al Dux que ella, «en propias manos había recibido varias cartas dirigidas por el Rey Felipe II, en una de las cuales encomendaba su acción a sus oraciones, y le expresaba su deseo de ir a Portugal para visitarla y besar su mano [2].

El desenmascaramiento y la condenación de Sor María de la Visitación, naturalmente, tuvo sus repercusiones. En primer lugar, podemos atribuir a su causa la muerte del Padre Luis de Granada. El había sido Provincial de los Dominicos de Portugal, y también un notable profesor de Teología [3]. Como escritor espiritual, fué el más célebre de aquella generación. Sus libros eran impresos en numerosas ediciones y reproducidos en muchas lenguas. Aun en la Inglaterra de Isabel fué muy popular, y no solamente los católicos, sino también los protestantes se tomaban el trabajo de traducirlos y adaptarlos [4]. Sor María declaró estar bajo su dirección. Indudablemente él la conoció bien, oía su confesión y le pidió que le mostrara sus estigmas. Parece indudable que él mismo garantizó la buena fe de la monja al escribir no sólo al Papa Gregorio XIII sino también al Rey Felipe II, al Beato Juan de Ribera, que era Arzobispo de Valencia, y a muchos otros. El mismo, reconocido por todos como un maestro de la vida espiritual, estaba convencido de que su penitenta de Lisboa era una de

2. Vid. *Calenders os State Papers. Venice*, editado por Horacio Brown, Vol. VIII, núms. 550, 625, 794, 795.

3. Se dice también que rehusó el Cardenalato, como también dos obispados.

4. Véase acerca de todo esto, Maria Hagedorn, *Reformation und Spanische Andachts literatur* 1934, y *The Month*, febrero 1935, pp. 144 sigs.

las más santas siervas de Dios. Cuando la sentencia dada por la Inquisición se hizo pública, no hay indicio alguno de que Luis de Granada fuera sospechoso de connivencia en el fraude. El mismo era español y, de todas maneras, alejado de la política. Podía haber habido, sin embargo, otros miembros de la Orden, como afirma Lippomano en el despacho citado anteriormente, que fueran menos discretos y partidarios ardientes de la causa de la independencia portuguesa.

Lo cierto es que Fray Luis era anciano en 1588 —nació en 1504— el golpe de esta condenación de la estigmatizada cuya sinceridad garantizó con su palabra, fué verdaderamente serio. Todo cuanto sabemos es que la sentencia de la Inquisición fué dada en 8 de diciembre, y Fray Luis murió antes del final del mismo mes.

El Padre Mortier sugiere que la vista del anciano varón había decaído en sus últimos años. De ahí que es probable que pudiera haber sido engañado fácilmente cuando Sor María, desde el otro lado de la reja del convento, le mostrara sus manos aparentemente llagadas. Esta es, al parecer, una explicación razonable; pero se hubiera deseado conocer más detalles acerca de las primeras relaciones entre el venerable sacerdote y su extática penitente.

Estamos bastante mejor informados acerca del caso del Padre Sixto Fabri, General de los dominicos que, como Lippomano refería al Dux: «la examinó de nuevo con muchas pruebas y se convenció sin duda alguna de que los estigmas eran auténticos y milagrosos». La deposición del Padre Fabri desde el alto cargo que ocupaba está indudablemente relacionada con el escándalo de la supuesta impostura de Sor María. El era italiano de nacimiento, y no hay nada que sugiera que conociese mucho acerca de la priora del convento de la Anunciación de Lisboa. Pero cuando empezaron a circular de nuevo rumores de impostura, aun después que Luis de Granada había escrito tan decididamente a favor de la monja, el General de los dominicos que por aquel tiempo se encontraba en España, creyó que era conveniente

comprobar por sí mismo el caso. En efecto, fué a Portugal provisto de todos los poderes, y el 18 de noviembre de 1587, vió los estigmas de María de la Visitación, de los que nos ha dejado una descripción en italiano. Tenía punzadas en todo el derredor de su frente; obscuras costras como sobresalientes cabezas de clavos en sus manos y pies; y nos dice haber visto en el costado de María una herida de poco menos de una pulgada de largura y algo más de media pulgada de anchura (*longo poco meno di un dito per longo, et larga poco piu di mezzo dito per traverso*). Lo que llama *dito* fué tal vez bastante más que una pulgada inglesa; mas este detalle no tiene importancia. Llegó provisto de un trozo de jabón, pero el intento de limpiar las marcas de las manos no tuvo éxito. Al mismo tiempo, parece que al protestar la monja de que el más ligero roce en las partes afectadas le producía una intensa angustia, él, por compasión, se vió obligado a desistir de toda aplicación demasiado violenta del detergente. Esto pudo no haber sido una prueba muy satisfactoria de la autenticidad del fenómeno, pero el veredicto favorable de este nuevo examen fué públicamente conocido, como hemos visto. A pesar de los rumores tan poco amistosos y de la hostilidad de una minoría de su propia comunidad, la fama de la priora durante los meses que fueron testigos de la vasta concentración de la armada en la desembocadura del Tajo, aún era muy grande. El Cardenal Alberto de Austria, virrey de Felipe II en Portugal, no dió, según nos dicen, ningún paso sin consultar y, realmente, se le pidió que bendijese la gran empresa que tenían en sus manos.

Es muy posible el hecho de que las cinco llagas que figuran en el escudo de Portugal hubiesen hecho creer que los estigmas de esta supuesta santa eran un presagio de la victoria de aquellas armas. Sabemos en particular que se pedían con ansia trozos de lienzo marcados con su sangre, y se creía poder obtener curas maravillosas. En estos recuerdos, venerados como reliquias, se veían cinco manchas de sangre dispuestas como para

sugerir las extremidades de la cruz, teniendo la mancha más grande en el centro. Paramo, un contemporáneo y alto oficial de la Inquisición, describe a María de la Visitación como célebre en todas las provincias de España e Italia y, en realidad, hasta en los confines más distantes del Océano oriental. También nos informa él mismo de una cláusula de la sentencia de la Inquisición que no se encuentra mencionada en el resumen de Lippomano. Esta consistía en una orden explícita de que todos los retratos de la supuesta estigmatizada o fragmentos de lienzo que ella hubiera usado fueran entregados o destruídos. Pero Paramo prosigue diciendo que, a pesar de ésto, él conoció, cuando fué Inquisidor en Sicilia, que María, esposa de Diego de Guzmán, Conde de Alba y virrey de aquella provincia, guardaba como un tesoro algunas piezas de lienzo de esta naturaleza, así como un retrato de la monja y un largo relato de su vida [5]. Esto parece demostrar que el veredicto de la Inquisición no consiguió persuadir por completo a los admiradores de la antigua priora de que ella no fué más que una impostora.

Y aquí tengo que afirmar que tampoco estoy convencido de que en el curso de las averiguaciones de la Inquisición se pusiera en claro la verdad del asunto. Yo no sugiero por un momento que Sor María fué una santa, o aun una mujer de excepcional santidad, pero pienso que es posible que fuera realmente alucinada, y que, por lo menos, algunos de los fenómenos atribuídos a ella eran auténticos. Hay muchos casos en los cuales me parece difícil dudar de la realidad de extraordinarias manifestaciones, principalmente la condición extática y los estigmas, que según declaran los observadores mismos se desarrollaron ante sus propios ojos. Puede intervenir en cierta medida el fraude y el engaño; pero siempre es muy difícil decidir en qué punto empieza la

5. Vid. Paramo, *De Origine et Progressu Officii Sanctae Inquisitionis*, pp. 234 y 303.

trampería. Sin embargo, me aventuro a afirmar muy positivamente que hay visionarias que tienen verdaderos éxtasis y verdaderos estigmas, pero que por todo ello en manera alguna son santos. En ese caso no me parece que se pueda considerar definitivamente como una impostora a María de la Visitación, basándose en las deficientes pruebas de que al presente disponemos en los relatos impresos de ella.

Naturalmente, lo que más pesa en la balanza es su propia confesión de deliberado engaño, y su explicación de cómo lo practicaba. Pero también se puede preguntar si las confesiones de un acusado en tribunal ante la Inquisición son de alguna manera más convincentes que las confesiones obtenidas de brujas en las prosecuciones que protestantes tan fieles como Mathew Hopkins y otros ingleses cazabrujas, llevaron a cabo el siglo XVII. No cabe sombra de duda de que la desgraciada gente acusada de brujería y llevada al tribunal hizo estas confesiones todavía conservadas en los archivos de los tribunales, y que incluyen en ellos los detalles más increíbles acerca de sus animales familiares, de pactos con el diablo, de cabalgar por los aires y de observancias rituales de indescriptible inmundicia [6]. El rasgo más asombroso del caso es que las brujas acusadas debían haber sabido perfectamente que la confesión de tales prácticas no las favorecía nada. Estaban más expuestas a que las ahorcaran si confesaban, que si lo negaban todo, y no parece que en prosecuciones inglesas se empleara regularmente la tortura o su amenaza.

Sin embargo, en el caso de un juicio ante el Tribunal de la Inquisición, la confesión, aparte de toda cuestión de tortura, traía una ventaja definida al acusado, suponiendo que no hubiese habido previa condenación y relapso. Si María de la Visitación —y lo mismo parece

6. Han sido impresos numerosos ejemplares. Vid., por ejemplo. Miss M. A. Murray, *Witch-cult in Western Europe*, pp. 92-3, 104, 212, 218-20, etc.

que se puede decir de Magdalena de la Cruz— hubiese sostenido enérgicamente que sus estigmas, levitaciones, comuniones milagrosas y otros fenómenos eran de origen sobrenatural, el tribunal, una vez comprobado que ella estaba poco segura en algún punto de Fe, ciertamente hubiera decidido que si estas maravillas habían tenido lugar debían ser de origen diabólico, y que María era una hechicera que había pactado con el diablo[7]. Ahora bien, éste hubiera sido un delito mucho más serio que cualquiera impostura o ardid por grande que fuera su carácter profano. La hipocresía, y aun las apariencias blasfemas, no envuelven negación de la Fe. El culpable pudiera haber tenido que encerrarse con las más severas penas eclesiásticas, pero no la hubieran relajado al brazo secular, ni quemado en un *auto de fe*.

Yo supongo que Sor María habría sido bastante sagaz para conocer cómo la Inquisición miraba a estas cosas. Según los informes recibidos, la sospecha primera de sus fraudulentos fenómenos había sido sugerida por una de sus monjas que mirando a través de una grieta de la puerta de la celda de la priora, había observado a la reverenda madre en el acto de pintarse en una de sus manos la aparición de una llaga. El Padre Luis de Granada y el General de los Dominicos que afirmaron haber investigado la realidad de estas llagas, no se atrevieron a hacer ninguna prueba más efectiva, por pretextar ella que la harían sufrir un intenso dolor.

Sin embargo, cuando el caso de Sor María fué presentado ante la Inquisición, se nos dice que los oficiales no toleraron semejante tontería, sino que frotando fuertemente removieron la pintura, hallando debajo carne fresca perfectamente sana y normal Siendo, pues, sorprendida en manifiesto fraude, retiró sus primeras negativas, se declaró culpable y escribió una explicación de las diversas artimañas por las que había conseguido

7. Se recordará que así procedieron Cauchon y los Inquisidores en la condenación de Santa Juana de Arco.

captarse la credulidad de sus admiradores. Esto la salvó de la hoguera, pero no de la dura penitencia que duró hasta el fin de sus días. Es digno de observar, se dice, que ella, como Magdalena de la Cruz, aceptó su suerte con completa resignación y murió con muerte excepcionalmente santa.

Al escribir el Padre Mortier la historia del generalato del Padre Sixto Fabri, se le presentó naturalmente la oportunidad de discutir este escándalo de la monja de Lisboa que tan íntimamente estaba relacionado con la deposición del General del cargo que ocupaba[8]. Debo confesar que no me convence su manera de tratar este asunto. El Padre Mortier parece satisfecho de que el relato de la limpieza de las marcas de los estigmas de Sor María cuando ésta compareció ante los oficiales de la Inquisición prueba indiscutiblemente que las pretendidas llagas fueron una simple impostura. Pero en la Vida de Santa Gemma Galgani podemos ver que ésta dijo a su primer confesor, Mgr. Volpi, que si enviaba un doctor a examinarla, éste no vería nada. El confesor insistió, y el doctor fué un día cuando Gemma estaba en éxtasis y los estigmas estaban ya sangrando. «El doctor cogió una toalla, la metió en agua limpiando aquellas manos y la frente de Gemma. La sangre desapareció inmediatamente y la piel no mostraba ninguna señal de cicatriz, raspadura o punzada, como si nunca hubiese habido desgarradura alguna»[9]. Naturalmente, por algún tiempo hubo una grave sospecha de fraude con respecto a los estigmas de Gemma; pero no puede haber duda de la realidad de sus llagas tal como fueron examinadas en otras ocasiones; en su beatificación, aunque se afirma explícitamente que no pronuncia veredicto

8. Vid. Mortier, *Histoire des Maîtres Généraux*. O. P., Vol. V, pp. 635-48.

9. Germano, *Life of Gemma Galgani*, Traduc. inglesa, p. 85. Un caso parecido de la instantánea desaparición de las llagas se cuentan en la Vida de Beatriz de Granada.

alguno acerca del carácter sobrenatural de los fenómenos que se la atribuyen, de todas maneras deben descargarla de todo lo que parezca engaño consciente. Prácticamente nada sabemos acerca de las condiciones bajo las cuales estas marcas de llagas aparecen o son curadas instantáneamente. En cuanto pueda aventurarme a expresar mi opinión acerca de la materia, todas estas cuestiones son extremadamente difíciles y debemos dejar irresolutas a los especialistas en neuropatología de una generación futura.

También se dan otras cuestiones que suscitan dudas en el ánimo de los que están muy familiarizados con los relatos de fenómenos de estigmatización. Es difícil entender cómo Sor María, si se daba cuenta del fraude pudo haberse presentado ante los Inquisidores con los estigmas pintados en sus manos. Siempre le hubiera sido fácil declarar que, como ocurre con frecuencia en estos casos, no habían aparecido los estigmas. Aun en aquellos que los experimentan todos los viernes, se da un intervalo en tiempo pascual y también en otras ocasiones. Además yo veo difícil creer la declaración de que la priora producía el efecto de levantarse en el aire mediante algún aparato mecánico al que hacía trabajar dando vuelta suavemente a un mango; o que de tal manera arreglaba las velas en su celda que éstas rodearan su cara con un misterioso halo. Por otra parte, ésta es la explicación que le hubiera agradado dar cuando fué forzada a hacer una exposición natural de los sucesos que ni ella entendía mejor que cuantos la interrogaban.

El punto más claramente probado es que treinta y dos monjas y cuatro sirvientas testificaron a su favor ante la Inquisición, mientras sólo diez monjas y otras cuatro sirvientas declararon que las manifestaciones eran fraudulentas; además que, no sólo Luis de Granada, sino también el Provincial Alberto Agayo y el General Sixto Fabri tenían impresión favorable; y tal vez lo más grave de todo fué que, cuando se vió haber declarado Sor María que estaba en favor de la

independencia de Portugal, se convirtió para el Gobierno de Felipe II en problema de urgencia usar de todo su poder para desacreditarla y destruir la influencia que aún podía ejercer sobre la opinión pública. No se debe olvidar que la Inquisición en la Península española fué, en grado excepcional, una institución del Estado.

Como he dicho anteriormente, estoy lejos de sostener que Sor María era una santa. Podía haber sido en verdad una astuta impostora, como comúnmente se ha tratado de hacernos creer. Pero por otra parte, parece por lo menos igualmente posible que ella perteneciera a aquella clase de neuróticas o histéricas visionarias que hallándose libres de consciente engaño, permanecen sinceramente piadosas a pesar de sus ilusiones y que, en muchos casos, desarrollan fenómenos que casi inevitablemente son saludados por los sencillos entusiastas como manifestaciones milagrosas de favor divino.

Voy a concluir este capítulo refiriendo un caso reciente de estigmatización que yo, personalmente, he tenido la oportunidad de investigar.

La joven, llamémosla Lizzie Smith, vivía en un centro manufacturero del norte de Inglaterra y pertenecía a la clase artesana. Yo calculo que tenía entonces unos treinta y siete años de edad. Había nacido de familia protestante, pero cuando ya era mayorcita se encontró con unas monjas y poco a poco fué instruída por ellas y recibida en la Iglesia Católica. Hacia el mismo tiempo tuvo un ataque de parálisis que afectó a toda su parte izquierda. La pierna recobró gradualmente su movimiento; pero el brazo, obstinadamente, continuó rígido; la mano estaba cerrada y las uñas empezaron a crecer dentro de la palma de la mano. Continuó en este estado por algún tiempo hasta que le indicaron que hiciese una peregrinación a Holywell. Ella acudió, quedando bastante dramáticamente curada. Como la más reciente «miraculée», empezó a atraer mucho la atención. Su fotografía apareció en los periódicos lo-

cales; llegó a ser objeto de veneración para muchos de los más humildes peregrinos, varios de los cuales, haciéndose amigos suyos, la invitaron a permanecer en sus casas. Después de esto empezó a ser visitada por los espíritus de los muertos. Algunos venían a pedirle sus oraciones y a rogarle que consiguiera librarlos del purgatorio; otras almas —en particular una niña que acababa de morir después de su primera Comunión, y cuya fotografía había visto en la casa de una de sus nuevas amigas— bajó del cielo a vigilarla y dirigirla. Del espíritu guardián que acabamos de mencionar, recibió el aviso de que pronto sería favorecida con una visita de nuestra Señora y, después, de nuestro Salvador mismo. Cuando vino este último, se le ordenó que tuviese preparadas algunas piezas de lienzo, y también unas cuantas imágenes y objetos de piedad, porque se le dijo que nuestro Señor los bendeciría. Después de algún aplazamiento tuvo lugar puntualmente la visión de nuestro Salvador. Se le mostró como El estaba en su Pasión, manando sangre de sus llagas. Le permitió (naturalmente, estaba ella sola al tiempo de la aparición) que mojara en esta sangre los trozos de lienzo, y bendijo las estampas tocándolas con sus dedos dejando en cada una cuatro gotas de sangre, indicando toscamente las extremidades de una cruz. Yo poseo bastantes de estas estampas. No hay duda que las marcas que llevan son de sangre coagulada. Algún tiempo más tarde confesó que había recibido los estigmas, que se renovaban de tiempo en tiempo en días como el Viernes Santo y las festividades de la Pasión. Las llagas no eran profundas y nadie las vió formarse. Es prácticamente cierto que eran infligidas por ella misma; pero *había* llagas y sangraban. Cuando yo vi a Lizzie Smith en agosto de 1920, llegando a su casa sin notificarle mi intención de visitarla, me mostró en la palma de sus manos, ligeras pero muy perceptibles señales de una estigmatización que ella declaraba había ocurrido el viernes anterior. Un curioso caso puede mencionarse aquí, aunque no tenga

conexión directa con nuestro tema actual. En noviembre de 1919, el alma de un sacerdote que venía del purgatorio —así afirmó ella— vino a pedirle sus oraciones. Le puso la mano derecha sobre su brazo derecho, y la mano quemó a través de la blusa que ella vestía hasta dejarle impresos en su antebrazo el pulgar y restantes dedos. No se puede dudar de la quemadura de la manga de la blusa o de las marcas del brazo. Varias personas, algunas de ellas muy escépticas acerca del carácter sobrenatural de estas manifestaciones (su párroco era de este número), vieron la impresión que aún estaba fresca. Ellas me aseguraron que la impresión del pulgar y de los cuatro dedos era evidente[10]. Yo mismo vi las marcas nueve meses después del suceso, aunque por aquel tiempo estaban borrosas y decoloradas. Finalmente en la tarde del 17 de marzo de 1920 tuvo lugar otra manifestación. Ella declaró que la figura de metal de un gran crucifijo, que estaba colgado al lado de su reclinatorio, comenzó repentinamente a sudar sangre. Toda la figura estaba salpicada de sangre. Ella cubrió el crucifijo con un trozo de lienzo limpio y, al día siguiente, lo llevó a su director, un sacerdote de otra aldea a muchas millas de distancia. Yo lo vi allí en su presbiterio cinco

---

10. Estas marcas fueron vistas, por lo menos, por dos médicos y una médica, quienes quedaron muy perplejos al verlas. Es posible que la quemadura de la blusa y también de las marcas del brazo fueran producidas por un ácido fuerte, pero la opinión médica no parecía muy positiva en este punto. Por otra parte, si se trataba de un caso de hemianestesia, puede que no hubiese habido sensación, o poca en el brazo; la blusa y el brazo podían haber sido quemados con un atizador al rojo vivo. La dificultad está en que cuando tuvo el primer ataque de parálisis, catorce años antes, el brazo afectado fué el izquierdo. Las marcas, sin embargo, estaban en el derecho.

meses más tarde, con el lienzo aún adherido a la figura, y fué separado con dificultad debido a la coagulación de la sangre. Ulteriores hechos acaecidos, sobre cuya naturaleza no tengo necesidad de ocuparme, han convencido, según creo, aun a los que anteriormente miraban a estos variados sucesos como sobrenaturales, de que los incidentes de la historia que acabo de narrar, en su totalidad eran debidos a la impostura o autoilusión. Aun así, Lizzie trajo a casi todos los miembros de su familia a la Iglesia Católica; y todas las tardes, una multitud de gente humilde se reunía en la habitación que ocupaba para recitar con gran devoción el rosario.

Me parece que la historia es interesante como ejemplo de las extravagancias de que es capaz un temperamento histérico. En este caso es digna de atención la idea predominante de la sangre. A instigación de Lizzie o ciertamente con su aprobación, un convento de monjas ardorosamente trabajadoras, entre las cuales pasaba ella por una santa oculta, se ocupaba en cortar los lienzos manchados de sangre que, según se decía, habían sido bendecidos por nuestro Señor, en piezas pequeñas cosiéndolas en pequeñas bolsas de tela americana para ser llevadas alrededor del cuello o darlas como reliquias a los enfermos. El clero no alentó esta clase de propaganda; pero una pequeña banda de secuaces parece que ponían mucho entusiasmo en el asunto. Se observará que el incidente del crucifijo que sudaba sangre ocurrió algunos meses antes de que se hiciese público nada concerniente a los acontecimientos de Templemore. Además, es bastante curioso que la misma mañana (día de San Patricio, 17 de marzo de 1920) en que la figura del crucifijo de Lizzie se bañó de sangre, apareciese en *Daily Herald* una fotografía que representaba el milagroso flujo de sangre que manaba de una pintura en una iglesia de una aldea de Francia. No me propongo hablar aquí de este último fenómeno [11]. Todavía no se ha hecho ninguna adecuada investigación del suceso, aunque la Society for Psychical Research ha tenido por algún tiempo la idea de llevarla a cabo sistemáticamente. Para los que ahora me leen será suficiente decir que el párroco de la iglesia donde estas manifestaciones continuaban teniendo lugar, no solamente fué suspendido por su obispo, sino que a despecho de esta suspensión continuó celebrando misa. No obstante, apareció en *Daily Herald* la fotografía con un breve relato del fenómeno, y ciertamente es una coincidencia extraña que la misma mañana Lizzie Smith llamase la atención del clero parroquial y de otros sobre el admirable prodigio que ocurrió en su habitación y que de la figura de su gran crucifijo manara sangre.

11. Un amigo mío fué testigo del caso, y, aunque se mantuvo escéptico, no pudo sugerir una explicación satisfactoria. En esta ocasión le acompañaba el famoso poeta Mr. W. B. Yeats.

6

El caso del Padre Pío

Un breve artículo aparecido en el *Daily Mail* del 19 de junio de 1820 ofreció un relato extraordinariamente perverso acerca del concurso de gente que se trasladaba a Foggia, en Apulia, atraída por la fama del Padre Pío da Pietrelcina, el devoto capuchino cuyos estigmas provocaron grandes discusiones en Italia y otras partes. El corresponsal de *Daily Mail* nos comunica que:

«Foggia está siendo de día en día testigo de extraordinarias escenas. Los campesinos se niegan a confesar con ninguno excepto con el joven fraile, o a recibir la Comunión de otras manos y, consiguientemente, el resto de la comunidad está desocupado mientras largas colas asedian al joven franciscano y contemplan con admiración las marcas de sus manos, sus pies con sandalias, y su cabeza (*sic*)».

Y añade que:

«El Vaticano no es partidario de estas «renovaciones», especialmente cuando llevan al superior del monasterio a tener que lamentarse de ser interrumpida la vida ordinaria; y así, por valles y colinas durante tres días y noches fué enviado en automóvil Monsignor Cheretti (*sic*) para tratar de calmar a los devotos de Foggia hablándoles en nombre del Papa Benedicto».

En este caso parece que no hay duda de que el Padre Pío es un hombre de notable santidad. Se pasó algunas veces dieciocho horas en el rincón del confesonario. El pueblo se agolpa a su rededor en busca de su dirección espiritual lo mismo que en tiempos pasados viajaban por todas partes a Francia para consultar a J. B. Vianney en la pequeña iglesia de la aldea de Ars. Hay muchos relatos, al parecer bien comprobados, de milagros obrados por su intercesión, como también de frecuentes éxtasis y, en uno o dos casos, de bilocación. Además no hay duda de que desde setiembre de 1918 lleva sobre su cuerpo las cinco llagas de nuestro Salvador. El hecho es particularmente interesante, porque los casos de estigmatización completa en varones son extraordinariamente raros. Se puede decir, en efecto, que no se ha conocido un ejemplo satisfactorio por completo, excepto el del seráfico Padre, el mismo San Francisco. Pero las autoridades de Roma, guiadas por la experiencia de muchos siglos, desconfían prudentemente de favores anormales de orden psicofísico en los que la histeria y otras causas patoló-

gicas, o la acción de malos espíritus, o fraudulenta simulación pueden tener parte en cualquier tiempo.

La Iglesia jamás canoniza a ninguno de sus hijos mientras viva y, aun después de su muerte, no acepta semejantes manifestaciones por muy bien fundada que esté la creencia de su origen sobrenatural como único o principal fundamento para dar su juicio favorable.

La verdad es que la historia nos proporciona muchos tristes ejemplos de extáticos y estigmatizados tenidos por largo tiempo en concepto de santidad, y que más tarde han apostatado. Las dos monjas españolas del siglo XVI, Magdalena de la Cruz y María de la Visitación, cuyas pretendidas revelaciones y extraordinarios dones conmovieron hasta el fondo a toda la Península, podían, sin duda, haber sido impostoras desde el principio; pero también se puede decir con la misma probabilidad que al principio eran siervas privilegiadas de Dios, hasta que el homenaje que se les prestaba minó su virtud y las llenó de presunción. En las crónicas de la Orden Franciscana hay un caso extraordinario de Fray Justino de Hungría (*c.* 1445), que tuvo muchos éxtasis, y que en una ocasión, en presencia de San Juan Capistrano y toda la comunidad y estando sentados en el refectorio, fué levantado al aire sobre sus cabezas en posición arrodillada y voló hasta la imagen de nuestra Señora que estaba pendiente del muro. Sin embargo, poco después cediendo al orgullo espiritual, abandonó la Orden y murió miserablemente [1].

Con respecto a esto, parece digno de llamar la atención de otro caso único alegado de completa estigmatización que conocemos en los tiempos modernos. Se trata de un joven, entonces jesuíta en la Provincia de Sicilia. Por aquel tiempo, el General de los jesuítas y otros superiores tomaron medidas severas para prote-

1. Toda la historia está detalladamente narrada por Wadding, *Annales*, 2.ª edic. Vol. XI, p. 241.

ger al novicio de las consecuencias de la clase de publicidad que se había dado a estos asuntos; pero el individuo en cuestión dejó hace tiempo la Orden, y habiéndolo ya perdido completamente de vista, no puede ocasionar ningún perjuicio el imprimir la siguiente carta del Rector del Colegio inglés de Malta:

«St. Ignatius College», Malta,
abril, 26, 1886.

Amado Padre Provincial,

P. C.

El joven escolástico novicio cuyos ojos fueron curados en diciembre último, es ahora objeto de todas las conversaciones en esta isla. Parece que tiene estigmas. Anteayer fuí a verle, conversé con él por espacio de cerca de dos horas. Yo vi las cinco llagas. El Dr. Schembri me indica que él y once médicos vieron completamente abiertas y sangrando sus llagas. El Padre Provincial (de la provincia de Sicilia) me dijo que cuando recibe la Sagrada Comunión mana copiosa sangre de su pecho; él me enseñó tres pañuelos completamente empapados de sangre; estos pañuelos fueron retirados de su corazón al terminar la misa. La hemorragia empezó el 1 de febrero pasado y desde entonces ha continuado en todas las Comuniones, excepto el Domingo de Pascua de Resurrección. El joven siente grandes dolores y se ve precisado a caminar sobre los talones por razón de las llagas de sus pies. Dice él haber pasado y tomado parte en todos los sufrimientos de la Pasión de Cristo. Nos cuenta el Padre Provincial que las marcas de los azotes fueron vistas en sus espaldas. Está frecuentemente en estado de trance, el cuerpo completamente rígido, la cara sonriente. Le hice un gran número de preguntas acerca de los acontecimientos de la Pasión. Sus contestaciones coinci-



dían exactamente con la narración del Evangelio; había como quien ha sido espectador de todo lo que cuenta, sin la menor vacilación. El es realmente un niño y, al parecer, incapaz de presunción. Un funcionario pidió al Padre Provincial que colocara su rosario en el brazo del novicio; hecho lo cual, el joven tomó el rosario en su mano, la cual hasta entonces ninguno fué capaz de abrírsela. Cuando volvió en sí, dijo que nuestra Señora le había encargado decir al funcionario, citando su nombre, que él (el novicio) no era un santo y que, por tanto, no le hicieran tales honores. Yo quedé muy impresionado con la conversación que tuve con el novicio. Indudablemente es un caso bien extraordinario, fuente de gran ansiedad para sus Superiores. He rogado a nuestra comunidad que tuviese cuidado al hablar con los extraños sobre este asunto. Nuestros enemigos van diciendo que es un ejemplo de astucia jesuítica para engañar al público.

Deseando a vuestra Reverencia todas las alegrías pascuales. Suyo sinceramente in Xt.,

HENRY MARTIN, S. J.»

El autor de esta carta parece estar enteramente de acuerdo con la autenticidad de los fenómenos por él relatados, y un amigo del que esto escribe, que también vió al novicio, le expresó que, no obstante estar muy dispuesto a creer que el caso era fraudulento, en cuanto vió y oyó no fué capaz de detectar ninguna circunstancia sospechosa. Según cuentan todos, el novicio cuyo nombre no vamos a imprimir para eludir todo peligro de desagradables consecuencias, era al principio un joven muy sencillo, no prometiendo grandes éxitos como estudiante. Antes de ingresar en la Compañía de Jesús, y al iniciar su noviciado, sufrió, según un relato contemporáneo, lo que describe como «violentas convulsiones». Un mes más tarde, su vista comenzó a debilitarse casi hasta quedarse completa-

mente ciego, curándose después instantáneamente. Al poco tiempo abandonaba la Orden; se sabe que fué alistado por la ley de conscripción en el ejército italiano, pero desde entonces parece que no hay ninguna noticia de él.

Si mencionamos este caso, no es, como el lector comprenderá fácil, porque sintamos la menor propensión a incluir los estigmas del Padre Pío en la misma categoría, sino simplemente para dar a entender cómo la autoridad eclesiástica durante los dos o tres siglos anteriores ha sido siempre extremadamente cautelosa en pronunciar ninguna clase de sanción formal o reconocimiento a lo que habitualmente es considerado como una manifestación exterior de santidad. En el proceso de beatificación, el estudioso encontrará al *Promotor Fidei*, popularmente conocido como el «Abogado del Diablo», insistiendo una y otra vez que maravillas tales como la levitación, estigmatización, bilocación, el conocimiento de futuros o distantes eventos y, sobre todo, los éxtasis y las revelaciones pueden todas ellas ser presentadas legalmente como prueba, en confirmación de lo que ha sido comprobado de otra manera; el hecho de la heroica virtud del siervo de Dios debe estar fundado en un testimonio de especie completamente diferente, a saber, en las deposiciones de aquellos que han sido testigos diarios de su vida y acciones.

Una declaración de la Sagrada Congregación del Santo Oficio publicada en las *Actae Apostolicae Sedis* en 1923 [2], llama la atención de todos los interesados en los fenómenos de misticismo, como una decisión considerablemente significativa. Es verdad que su forma de redacción es negativa. Afirma de modo escueto que este supremo tribunal eclesiástico, «después de la debida investigación», declaraba que los hechos (facta) asociados con el nombre del devoto Capuchino, Padre Pío da Pietrelcina de San Giovanni Rotondo, cerca

2. Para julio, 5, 1923, p. 356.

de Foggia, no consta que sean sobrenaturales (*non constare de eorumden factorum supernaturalitate* y, por consiguiente, exhortaba a los fieles a observar una actitud que concuerde con esta «declaración». Se verá que una declaración de esta índole no implica ninguna clase de censura para el Padre Pío, y no exige a nadie que modifique cualquiera convicción que pueda tenerse acerca de la santidad personal del místico. Por otra parte, esto supone algo más que una precaución tomada para librar al Padre de las indiscretas atenciones de sus fervorosos clientes. Si las autoridades de Roma hubiesen intentado solamente protegerle de las importunidades, podían haber realizado su propósito por medios más sencillos. Ellas consideraron que merecía la pena de llevar a cabo una investigación formal, y la conclusión de tal investigación fué que los testimonios hasta ahora disponibles no prueban que pueden ser considerados ciertamente milagrosos los estigmas, las curaciones y las alegadas bilocaciones [3].

Después de esto, me propongo no decir aquí nada acerca de las bilocaciones y curaciones. El carácter de tales acaecimientos solamente pueden ser juzgados por la

3. En 1926 (A. A. S. 18-186) y de nuevo en 1931 (A. A. S. 23-233) el Santo Oficio ha declarado que ciertos libros que han sido escritos acerca del Padre Pío estaban prohibidos *ipso jure*, y recordaba a los fieles el deber de abstenerse de visitarlo y mantener correspondencia con él. J. H. C.

También por decreto de la S. C. del Santo Oficio del 23 de julio de 1952 y publicado el 30 del mismo mes, han sido incluídas en el índice de libros prohibidos ocho libros acerca del Padre Pío de Pietrelcina, publicados en Italia durante 1948-1952. En una nota aclaratoria, publicada por «L'Osservatore Romano» del 5 de agosto de 1952, se dice que «el motivo principal del decreto está en la falta de revisión y aprobación eclesiástica necesarias. La declaración del Santo Oficio no supone una condena del Padre Pío, ni tampoco de los autores de los libros mismos». (Nota del Traductor).

naturaleza del caso, cuando estemos en presencia de una completa y exacta evidencia. Como he dicho, no puede haber duda de que el Padre Pío lleva estigmas, y los ha llevado por bastantes años (desde septiembre de 1918) en manos, pies y costado, marcas que corresponden a las llagas de la Sagrada Pasión de nuestro Señor. No sólo he conversado con algunos visitantes de San Giovanni Rotondo que han visto en otro tiempo y en diferentes condiciones estas señales de todas maneras en las manos; pero también tengo ante mis ojos una copia de informes médicos escritos por dos distinguidos doctores de Roma, que se trasladaron a Foggia a invitación de los Superiores de los capuchinos para investigar expresamente los fenómenos [4]. Uno de éstos, por el Profesor A. Bignami, patólogo agnóstico de la Universidad de Roma, está fechado el 26 de julio de 1919. Aunque hubo alguna dificultad por el hecho de que el Padre Pío en esta fecha usaba yodo como astringente para detener la sangre y, por consiguiente, las marcas podían haber sido consideradas por un observador poco atento como simples manchas de yodo, el Profesor Bignami afirma la existencia de cicatrices superficiales en las manos y los pies, y la forma de una cruz en el costado izquierdo. Encontró estos puntos caracterizados por una extrema sensibilidad (hyperestesia), y no los considera producidos artificialmente. Describe las lesiones como causadas por una necrosis de la epidermis de origen neurótico, atribuyendo su disposición simétrica a una sugestión inconsciente. En su opinión, nada hay en este caso que no pueda explicarse completamente por causas naturales.

Aunque el Profesor Bignami supo por el Padre mismo que en fecha anterior había habido una ligera descarga de sangre de sus llagas, nada de esto pudo advertirse durante su visita en julio de 1919. El Dr. George Festa, distinguido médico católico de Roma que se trasladó a Foggia cuatro o cinco meses más tarde, fué más afortunado tocante a esto. Gotas de sangre escurrían de la cicatriz cruciforme de su costado (calificarlo de herida sugeriría una falsa idea de un corte con bordes abiertos en la carne) y también había unas pocas gotas que brotaban de la costra en una de sus manos. Las descripciones hechas por ambos doctores sobre las apariencias observadas concuerdan bastante en otros aspectos. No había profundos cortes que penetraran las extremidades, ni hemorragias copiosas y periódicas. Si se comparan con las llagas de Domenica Lazzari, de Santa Verónica Giuliani y de algunas otras célebres estigmatizadas, los fenómenos en el caso del Padre Pío no son en manera alguna extraordinarios; pero allí están los estigmas. Sin embargo, esta particular manifestación en sujetos de sexo masculino es extremadamente raro [5].

Al escribir acerca de este tema he afirmado que no conozco desde los días de San Francisco de Asís ningún ejemplo completamente satisfactorio. Sólo ulteriores investigaciones han confirmado este punto de vista y, aunque no sea más que por su carácter excepcional, el caso del capuchino asceta de Foggia siempre será, probablemente, objeto de una atención poco común por parte de los estudiosos. Pero decir que un fenómeno es raro, y aun extraordinariamente raro, no es lo mismo, de ningún modo, que demostrar que es milagroso. La Congregación del Santo Oficio tendrá ciertamente los informes de los Drs. Bignami y Festa y, probablemente, una inmensa cantidad de otros testimonios probatorios de la realidad de aquellas lesiones; cuando el

4. Estoy en deuda por estos datos, con la gran bondad del Rvdmo. A. J. Kenealy, O. S. F. C., Arzobispo de Simla, que él mismo visitó al Padre Pío dándosele todas las facilidades para examinar estas manifestaciones.

5. Hay que tener en cuenta que la histeria misma, como sugiere su etimología, por largo tiempo se supuso que era una enfermedad exclusivamente femenina.

Padre Pío celebra la Misa, cualquiera que esté cerca de él puede distinguir las marcas en sus manos, y cuya presencia en los pies lo atestigua su costoso y penoso paso. Sin embargo, el sagrado tribunal ha decidido que aquéllas no son necesariamente de origen sobrenatural, una declaración que debe refrenar el excesivo entusiasmo de los creyentes en lo maravilloso que alimentan su piedad en las disquisiciones del finado doctor Imbert-Gourbeyre [6] o del Padre Germano, C. P. Pero si la formación de estas llagas no es de carácter milagroso, ¿a qué causa natural se pueden atribuir? Tal vez algunos de mis lectores exclamen: «No querrá usted sugerir que tales fenómenos sean de origen histérico». En el caso del Padre Pío no sólo el Dr. George Festa, sino aun el Profesor Bignami, afirman que, aparte de la hiperestesia en la región misma de las lesiones, no se dan síntomas histéricos. El Padre Pío siempre está excepcionalmente calmoso y compuesto. El historial familiar no es malo. Con una cándida sencillez, que evidentemente produjo una profunda impresión en el profesor racionalista, declaró el Padre Pío que nunca sufrió ninguna enfermedad nerviosa. Jamás estuvo sujeto a desmayos o convulsiones o temblores. Duerme bien y no le molestan los sueños. De la misma manera, el autor de la *Vida de Gemma Galgani* se esfuerza en demostrar en largas páginas que en su caso no se daban síntomas habitualmente acompañados a la histeria [7]. Yo no estoy en disposición de recusar estas declaraciones y, en verdad, no hay estricta necesidad de recusarlas. Fuera de la profesión médica,

6. Imbert-Gourbeyre, *La Stigmatisation* (Paris, 1894) especialmente Vol. I, pp. 433-561.

7. Padre Germano. *The Life of Gemma Galgani,* traduc. inglesa. (London, Sands, 1914) pp. 383-8. Encuentro bastante difícil reconciliar estas declaraciones con la primera historia médica del caso como aparece en la última edición italiana.

pocas personas relativamente se han dado cuenta del hecho de que dentro de los últimos treinta años ha llegado a prevalecer un concepto nuevo y, al parecer, mucho más exacto de lo que todavía se llama comúnmente histeria, y que estos puntos de vista han sido desarrollados y corroborados por las experiencias de la Guerra de Cuatro Años. Lo que sugiere la palabra histeria, tal como la entiende el público en general, es tan engañoso y tan despectivo que muchos neurólogos han insistido en que se debería inventar un nuevo nombre para ella. «Sugestión Neurosis» parece un nombre inconvenientemente largo, y el término «Pithiatismo» *i. e.*, un estado curable por persuasión que fué empleado por Babinski, e introducido en el título de sus libros, parece probable que sea aceptado con el tiempo. Sin duda, no se puede sostener que aun ahora convengan todas las grandes autoridades acerca de la naturaleza esencial de la histeria. Pierre Janet se inclina a subrayar especialmente «la retracción del campo de la conciencia» y las amnesias que le acompañan. Freud, además de su insistencia sobre la conversión y simbolismo, pone énfasis en la represión «en rechazar» a la subconsciencia las ideas dolorosas. En opinión de Babinski, el rasgo más sobresaliente de la histeria radica en que ésta es un desorden subsanable por simple «persuasión» *i. e.*, por contrasugestión; mientras que el Dr. Bernheim, de Nanci, cuyas primeras contribuciones a la discusión fueron impresas en 1884, declara que la palabra «histérico» debe limitarse estrictamente a los ataques (*crises*) de esta naturaleza, viendo que estos mismos ataques no tienen conexión necesaria con el carácter desequilibrado y emocional con el cual este nombre está asociado en la mente popular. Por otra parte, prácticamente, todos los neurólogos están unánimes en afirmar la gran verdad de que la «histeria es antes que nada una enfermedad mental consistente en

la exageración de sugestionabilidad» [8]. La Ciencia debe a Liébault y Charcot la demostración de este principio, aunque el santo y seña de diagnosis (sus «estigmas») de Charcot, ha sido abandonado ahora, precisamente porque sus pacientes eran más sugestionables de lo que él se había figurado [9]. Además, domina ahora una opinión general, casi unánime, en cuanto conviene acerca de que esta sugestionabilidad manifiesta a veces en desórdenes como la afasia, anestesias nerviosas, parálisis, inhibiciones del oído y la visión, etc., ocurren frecuentemente en sujetos que en manera alguna son desequilibrados, y jamás han tenido un ataque histérico en su vida. Aunque no tenemos necesidad de identificarnos con el preciso punto de vista del Dr. Bernheim, podemos pagar tributo a su amplia experiencia durante cuarenta años tratando con todas las formas de neurosis. Por tanto, no puede menos de impresionarnos cuando en 1917 le encontramos escribiendo lo siguiente:

«La inmensa mayoría de las mujeres histéricas, tal como el pueblo entiende esta palabra, no tiene ataques. Naturalmente, pueden tenerlos a veces lo mismo que otras, pero no existe mayor proporción de tales ataques entre sujetos tontos y desequilibrados, que entre la gente normal. Por otra parte, las mujeres que sufren de histeria (*crises de nerfs*) no son regularmente de este tipo. Muchas son pensativas, cabezas bien equilibradas; de corazón ardiente, pletóricas de sentimientos inspirados por los más elevados ideales morales; ni mentirosas, ni aficionadas a la simulación (*simulatrices*), ni eróticas. Sin duda, son impresionables y son

8. Pierre Janet, *The Major Symptoms of Hysteria,* Introducción a la edición de 1920, p. XIII.

9. Se ha probado conclusivamente que la retracción del campo visual y las variadas anestesias, etc., que Charcot consideraba tan características de la histeria, solamente se presentaban en sus sujetos, porque en su método de examen él mismo los sugería inconscientemente al paciente.

afectadas por estímulos emocionales que específicamente son histerogenéticos. Pero fuera de sus ataques, nunca me ha sido posible identificarlas con ningún tipo especial de carácter. En las relaciones ordinarias, ellas pueden tener el mismo temperamento, las mismas virtudes y los mismos vicios que las demás» [10].

Asimismo, el neurólogo inglés Dr. A. F. Hurst, en sus «Croonian Lectures», nos dice:

«Es tan común el considerar algunas cualidades mentales como histéricas, y aplicar el término histérico a cierto tipo de individuos, que se requiere un gran coraje para rechazar por completo la doctrina de un desorden físico específico al cual se pueda calificar de histeria... Durante varios años he aceptado esta definición de histeria como una condición mental anormal en la cual el individuo está irregularmente inclinado a desarrollar síntomas como resultado de una sugestión. Pero la experiencia de la guerra nos ha enseñado que, dada una bastante poderosa sugestión, probablemente no se dan individuos que no desarrollaran síntomas histéricos... Muchos casos de crasos síntomas histéricos se presentaron en soldados que no tenían historia neurótica familiar ni personal y que estaban perfectamente en forma hasta el momento en que una de las causas excitantes excepcionalmente poderosa, que relativamente ocurren raras veces fuera de la guerra, insinuaron algunos síntomas histéricos... Pasaríamos por alto muchos casos de histeria, si solamente la buscamos en las llamadas personas histéricas» [11].

Debemos desechar la idea de que solamente encontraremos desórdenes histéricos en sujetos que son claramente neuróticos, desequilibrados, mentirosos, egoís-

10. Bernheim, *Automatisme et Suggestión* (París, 1917, Alcan), p. 126.

11. *Hurst, Croonian Lectures in the Psychology of the especial senses* (London, 1920), pp. 3-4.

tas y pusilánimes, de donde se sigue que no implica desprecio necesariamente la asociación incluso de una elevada santidad con el pitiatismo, es decir, con la emergencia de ciertas neurosis comúnmente clasificadas de histéricas. La santidad del Padre Pío, de Gemma Galgani o de famosos místicos de épocas anteriores, tales como María Agreda y Ana Catalina Emmerich, puede ser bastante real y, sin embargo, este hecho no es incompatible con el riesgo de que ocurran sugestiones neuróticas, manifestadas a veces por fenómenos alarmantes que con toda naturalidad han sido frecuentemente mal interpretados por sus contemporáneos. Mucho antes de que la ciencia médica en estas materias hubiese llegado al actual desarrollo, la Iglesia manifestó un sano instinto en la regularización de sus procesos de beatificación y canonización. Ninguna cantidad de pruebas como alegadas maravillas, *charismata* o *gratiae gratis datae*, como se llamaban a veces, podía ser aceptada en lugar del testimonio de la virtuosa conducta de quienes habían de ser solamente propuestos a la veneración de los fieles. Fenómenos como los estigmas, bilocación, conocimiento de distantes y futuros eventos, éxtasis, raptos aéreos, etc., eran aceptados y bien recibidos como parte de las pruebas sometidas; pero ellas solas no podían subsistir. Unicamente se las consideraba como confirmatorias del testimonio de aquellos que, por conocimiento personal, fueron testigos del grado heroico de la virtud practicada por el siervo de Dios durante su vida en todos sus aspectos.

Además, hace falta más cautela, pues aunque como en el caso del Padre Pío encontramos con frecuencia extraños fenómenos físicos y psíquicos libres de asociación con extravagancias histéricas, se dan otros casos en que fenómenos similares se presentan en las vidas de piadosos ascetas cuya historia médica parece ser una crónica de casi todos los síntomas histéricos conocidos por los neurólogos. A este respecto puede ser interesante relatar algo de una rara y curiosa biografía que recientemente he tenido la oportunidad de examinar. No es en modo alguno el único caso de esta especie con que me he encontrado; pero hay rasgos en esta historia que la recomiendan especialmente como un ejemplo ilustrativo.

Ana María Castreca nació en Fabriano, marca de Ancona, en noviembre 13, 1670. Se hizo religiosa abrazando la regla bastante austera de las monjas capuchinas, en el convento de aquella ciudad en 13 de mayo de 1697, a los veintiséis años y medio de edad. Finalmente, después de haber gobernado la Comunidad como abadesa, la Madre Costante María, como se llamaba en religión, murió allí a los sesenta y seis años el 22 de enero de 1736. Su Vida, un volumen en cuarto de más de 400 páginas, fué escrita poco después por el canónigo Angelagostino Buti, valiéndose de materiales coleccionados por su confesor y otros; se imprimió en Fabriano, año 1745. Aunque indudablemente crédulo y entusiasta, deja, sin embargo, una impresión de candorosa sencillez, y estuvo en condiciones de obtener información completa acerca de quien nunca se alejó sino algunas millas de la ciudad donde ella y su biógrafo nacieron y murieron. A la edad de tres años enseñó a leer a Ana María un tío a quien tanto temía que el ruido de sus pasos la tornaba pálida y fría, arrojándose a los brazos de su madre. Sus padres murieron cuando ella contaba ocho años; por esta causa fué enviada a una escuela del convento de Benedictinas donde tenía dos tías monjas. Aquí aumentaron sus terrores, pues una de las tías le inspiraba tanto miedo que, si se encontraba con ella en el corredor o la miraba cuando cantaba en el refectorio, la niña arrojaba cuanto tenía en sus manos lo mismo fuese un plato de sopa o una pila de libros. Lo que (de acuerdo de todas maneras con las teorías de Janet) debe contarse como un síntoma mucho más inequívoco de neurosis histérica es la extraña amnesia que se apoderó de ella cuando tenía ocho años. Parece que fuera singularmente hábil para leer en voz alta, tanto que algunas veces echaron mano de ella para hacerlo ante la comunidad.

Un día, poco después de haber tenido una especie de visión, instantáneamente perdió por completo la memoria olvidando cuanto había aprendido. Es difícil afirmar si se trataba de una disociación de la personalidad, pero la niña tuvo que comenzar a aprender de nuevo el abecedario; y aunque era hábil con la aguja, se vió incapaz de coser la pieza más sencilla. Un año más tarde con la misma rapidez recuperó el recuerdo de todo cuanto había olvidado [12].

Apenas si eran menos significativas sus extravagancias en materia de dieta tanto en su niñez como durante su juventud. Aun antes de la pérdida de memoria que acabamos de mencionar, nos hablan de extraños desórdenes que confundían a los doctores, en el curso de los cuales pasaba con frecuencia dos o tres días sin tomar ningún alimento. Más tarde, cuando contaba unos dieciocho años, fué incapaz durante un año de comer carne o huevos. Su dieta consistía en cuajada (*ricotte*) e higos. No bebía vino; agua sola, algunas veces con un poco de vinagre. Si por obedecer al doctor se le obligaba a separarse de su régimen, vomitaba inmediatamente todo lo que ingería [13]. Sin embargo, como nos haría pensar la experiencia de parecidos casos actuales, tenía también otros vómitos, en ocasiones, de sangre procedente del estómago, complicados con la eructación de bolas de pelo, trozos de cuerda, y pedazos de papel [14]. También estaba impedido el proceso excretorio. Leemos que había períodos de seis u ocho días seguidos en los cuales no ocurría absolutamente nada [15].

12. Buti, *Vita della Madre Costante Maria Castreca*, p. 7.

13. *Ibid.*, pp. 15-16.

14. *Ibid.*, pp. 38, 66-7, 86, 132.

15. *Ibid.*, pp. 133, 145. Ne'primi quindici giorni fu fatto il conto, che appena fosse arrivata a dar fuori una libra d'orina; ed in altri sei appresso non se ne agravò pur d'una stilla».

Difícilmente puede esperarse en una biografía claramente espiritual y escrita hace dos siglos que nos encontremos con detalles exactos acerca de anestesias, hemiplegias y paraplegias. Pero existe toda la razón para suponer que en las enfermedades que desbarataban completamente la habilidad de sus numerosos doctores, se presentarían con frecuencia síntomas histéricos. Leemos que hacia los veinte años padeció una larga enfermedad, por la que durante algún tiempo estuvo «privada de toda sensibilidad externa» [16]. También sabemos que durante meses estuvo imposibilitada de mantenerse en pie; después pudo andar con muletas; se nos dice cómo durante este período sufrió extrañas fobias, no permitiendo se la dejara por un momento sola sin la seguridad de que la puerta estuviese bien cerrada [17]. Muchos de estos ataques en los que ella creía encontrarse en las puertas de la muerte, por lo cual más de una vez recibió los últimos sacramentos, se curaban instantáneamente, según creía ella, milagrosamente. La misma Ana María y sus piadosos consejeros se contentaban con creer que todos sus desórdenes, físicos y mentales, eran directamente obra del demonio. Hubiera impresionado a un corazón de piedra, dice su biógrafo, «el verla arrojada violentamente de la silla en que estaba sentada; algunas veces, arrastrada por el suelo; otras, tan aturdida y ofuscada que andaba descalza y medio vestida por toda la casa, a punto de tirarse por la ventana o cometer alguna otra desesperada diablura» [18]. Al mismo tiempo, no parece haber pruebas de que durante este período hubiese manifestado Ana María inusitadas señales de piedad, excepto, tal vez, una tendencia a tener visiones. Una de éstas es la que trajo a su cabeza un latente deseo mantenido por algún tiempo de consagrarse a Dios

16. *Ibid.*, p. 18.

17. *Ibid.*, p. 19.

18. *Ibid.*

como monja. Se nos dice que era muy aficionada a bellos peinados y, posiblemente, a los sombreros, y para este fin «pasaba con frecuencia algunas horas ante el espejo» [19]. Un día que estaba ocupada en ello, vió repentinamente en el espejo no sólo su semblante sino también la faz de nuestro Salvador coronado de espinas y desangrándose. Además creyó haberla dirigido la palabra ordenándole que, sin vacilar más tiempo, se consagrara a El vistiendo el hábito de San Francisco. Debido a sus enfermedades y a otras complicaciones, pasaron algunos años antes de realizar su propósito; pero cuando finalmente llegó a ser novicia, desde el punto de vista médico las cosas se agravaron en vez de mejorar. La misma primera mañana se le encontró con la cabeza hinchada por completo y abollada —se afirma que era obra del diablo, que la golpeó—. En el coro ocurrieron las cosas más extraordinarias. Repentinamente aparecía lanzada de cara contra el suelo. Mientras cantaba el Oficio, su breviario volaba de sus manos hasta el otro extremo de la habitación [20]. En presencia de todas las monjas caía al suelo presa de un ataque caracterizado con los más horribles espasmos y contorsiones, doblando oblicuamente su cuello, y «haciendo flexión invertida de pierna de manera que, algunas veces, la punta de su pie tocaba la parte superior del abdomen» [21]. Los detalles que dan no nos permiten decidir si ésta era la *grande hystérie* de Charcot con sus bien señaladas cuatro fases, pero expresiones

19. «Erasi Anna Maria Affezzionata ancor'essa vanità de'bizzari abbigliamenti di testa; per cui ben nutrire spendea più ore allo specchio», p. 24.

20. *Ibid.*, p. 54.

21. *Ibid.*, 55. Yo no puedo decir si este detalle es exacto. Debemos recordar que el escritor mismo pudo no haber sido testigo de estos ataques, pero sí repetir únicamente las probablemente exageradas descripciones de los que estuvieron presentes 45 años antes.

como «oyéndola ahogarse con indescriptible miseria» parecen que apuntan al *globus*, si no fuera porque su lengua apareció doblada dentro de la garganta» [22]. Pero la historia completa de las conmociones que perturbaron la paz del claustro al llegar Sor Costante María sería interminable. Hubo hinchazones, contusiones, alternativas de calor y frío, ampollas como si sus miembros hubiesen sido sumergidos en agua hirviente. Quería recitar debidamente el Oficio, pero por más de un mes sus labios solamente pudieron articular irreverencias y maldiciones. Cuando trataba de ir a confesarse y se acercaba al altar de la Comunión, parecía estaba sembrado de brasas candentes que sólo podían ser apagadas rociándolas con abundante agua bendita [23]. A pesar de eso, ella sentía este fuego tan intensamente que se necesitaban después grandes tragos de agua fría para revivirla. Otras veces, el paso para la Comunión estaba cerrado por un rufián con una espada en la mano, naturalmente visible a ella sólo. Pero entre todos los incidentes que cubren los primeros siete años de su Vida religiosa, dos son de verdadero interés a la luz de las modernas investigaciones de la neurosis histérica.

Es muy natural que, en el caso de tal novicia, al final de un año no fuese admitida la profesión, y poco después se le presentó una nueva enfermedad que le duró varios meses. Durante este tiempo, «ella estuvo fuera de sí (*restaba fuori di sé*); no hacía caso de lo que se hacía o decía, sino que charlaba de graciosa manera, dando sensación en presencia, lenguaje y en cuanto hacía que era una niña de cinco años» [24]. Cuando recordamos la *amnesia* que la novicia experimentó veinte años antes, durante la cual tuvo que aprender de nuevo el alfabeto, parecía tratarse de un caso de

22. *Ibid.*, p. 74.

23. *Ibid.*, p. 56.

24. *Ibid.*, p. 66.

disociación y vuelta a la personalidad secundaria que se manifestó en aquel tiempo.

Los otros incidentes que relataré se refieren o al sonambulismo o a una «fuga» evitada a tiempo. Parece cierto que Sor Costante María fué encontrada varias veces durante la noche vagando por la casa en un estado de aturdimiento, aunque esto se atribuía a malicia diabólica, y a tener conexión con misteriosos sucesos y actos de violencia física que aquí no podemos discutir. Pero en una ocasión, la Maestra de Novicias la encontró a media noche con las llaves de la clausura en su mano. Le preguntó a dónde iba, y Sor María replicó que el Padre Bosdari, el confesor extraordinario, la estaba esperando en el locutorio para llevarla a casa. Otra noche, tomando de nuevo las llaves, se aproximó espontáneamente a la cama de una monja contándole la misma historia. Despertada así la monja, quedó terriblemente disgustada y le habló en términos tan firmes que Sor Costante se despertó totalmente y se retiró confundida [25]. Además, en otra ocasión se dice que, buscando sus vestidos seglares, estaba abriendo la puerta con las llaves que había conseguido de nuevo cuando por algún repentino sobresalto o la presencia de algunas monjas pareció volver en sí. Por otra parte, se nos dice que habiendo oído las perturbaciones que causaba en el convento cuando un tío y un hermano suyo fueron de día a recogerla, rehusó completamente irse con ellos» [26].

A pesar de todas estas perturbaciones que destruían la paz del convento y habían conmovido aun al obispo y a toda la diócesis, finalmente consiguió ganarse la confianza de sus hermanas en religión, y parece que no sólo había dado pruebas de extraño conocimiento de sucesos lejanos y futuros [27], sino que se le atribuyen muchos fenómenos psicofísicos. Aunque la mayoría de las monjas estaban al principio inclinadas a creer que estaba poseída del demonio, después de varios años, contra su propio deseo, fué elegida abadesa, y posteriormente reelegida de nuevo, muriendo por último en olor de santidad en el mismo cargo. La prueba del hecho de estar (al parecer hacia 1715) estigmatizada conservando más particularmente una llaga permanente en su costado, no puede ser fácilmente rechazada [28].

25. *Ibid.*, pp. 62-3.

26. *Ibid.*, pp. 63 y 68.

27. *Ibid.*, pp. 100-1 y 108-10.

También leemos de ella que fué misteriosamente sostenida en el aire [29], fluyendo de su persona un inexplicable perfume, particularmente en ciertas festividades [30]. No puedo discutir aquí la autenticidad de tales maravillas, pero estoy convencido de que, como con frecuencia ocurre en ciertas etapas de la hipnosis (tal vez por una forma de hiperestesia, aún no investigada suficientemente), Sor Costante María poseía un extraño conocimiento sobrenormal de una clase difícil de explicar, más particularmente con respecto a los asuntos relativos a su confesor, Don Filippo Gionantoni. Es también difícil dejar de convencerse de que ella no solamente era eminentemente sugestionable, sino que el confesor ocupó con respecto a ella una relación muy análoga a la del hipnotizador con el sujeto hipnotizado. Por ejemplo, durante una de sus enfermedades, perdió el sentido de la vista, evidentemente una ceguera histérica. El confesor le mandó levantarse y leer la hora de Nona, y lo hizo inmediatamente

28. A la edad de un año, cuando aún estaba en la cuna, fué marcada en manos, pies y costado por un leño ardiente, que con la admiración de los presentes, repentinamente, estalló en el fuego y la alcanzó en los cinco lugares (*Ibid.*, p. 2). El autor de la Vida dice que este fué el principio de los estigmas.

29. *Ibid.*, pp. 196-7.

30. *Ibid.*, pp. 242-3.

sin dificultad [31]. Asimismo, cuando se acercaba a recibir la Comunión algunas veces, era incapaz de abrir la boca, o habiéndola abierto la volvía a cerrar. También aquí halló el confesor que podía ayudarle. En algunos casos, la superiora del convento fué capaz de ejercer parecida influencia [32].

Parece que hay cosas que exigen comentario en este caso curioso, pero al cerrar un capítulo ya demasiado largo, solamente puedo dejar que los hechos hablen por sí mismos. Estos hechos parecen justificar, si tal justificación fuese necesaria, la cautela mostrada por la autoridad eclesiástica para afirmar el carácter sobrenatural de cualquier fenómeno relacionado con el «pitiatismo».

7

Histeria y doble personalidad

The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde ha familiarizado a los lectores ingleses con la idea de lo que ahora se llama comúnmente «disociación», una condición que sugiere la posible coexistencia de dos o más personalidades en un sujeto humano. Aunque se dice que el cuento de R. L. Stevenson tuvo origen en un sueño, el rasgo esencial de la ficción, es decir, que el mismo hombre pueda mostrarse bajo dos caracteres completamente diferentes, ninguno de los cuales es necesariamente consciente de la existencia del otro, es un hecho que ningún psicólogo de nues-

31. *Ibid.*, p. 114.
32. *Ibid.*, 142.

tros días se atreverá a poner en duda. Fácil podemos admitir que dos personalidades tan diametralmente opuestas en su actitud con respecto al bien y al mal, como Jekyll y Hyde de la novela, se hubiesen presentado raramente en la vida real, si alguna vez ha tenido lugar en el mismo individuo. A pesar de eso, nos encontraremos con asombrosos contrastes.

Por ejemplo, el caso de «Georges Marasco»; estudiado por mí íntegramente en *The Month* de diciembre 1924 y de enero 1925. Se trataba de una joven, madre no casada, que más tarde mostró una tendencia mística extraordinaria, al parecer sin ninguna violenta crisis de conversión. Ella había sido por turno domadora de leones en una casa de fieras, contorsionista, artista de boceto-relámpago, charlista y agente de servicio secreto durante la Guerra. Después la encontramos practicando el ascetismo, postrada en la cama, imposibilitada y, al parecer, a las puertas de la muerte, hasta que repentina y milagrosamente recobró la salud en el santuario de nuestra Señora de Hals. Reunió a su rededor una pequeña clientela de admiradores a quienes tuvo ocupados en escribir sus innumerables revelaciones que habían de ser comunicadas al Papa. Se dejaba extinguir por hambre; reveló estigmas en las manos, pies y costado, así como sangrientas punzadas de la corona de espinas—a la luz de las fotografías existentes no es fácil creer que eran artificiales [1]—y ella, en los ritos religiosos de su invención, ofició como una especie de gran sacerdotisa. Se llegó a la culminación cuando Bertha Mrazek (alias Georges Marasco) fué arrestada por la policía, acusada de

1. La presunción a favor de la autenticidad de las llagas adquiere mucha fuerza por haber ocurrido un caso parecido de lesiones estigmáticas en una joven luterana, Elizabeth, según describió y fotografió el Dr. Alfred Lechler en su folleto. *Das Rätsel von Konnersreuth*. Elberfeld, 1933.

haber obtenido con dolo dinero y, después de largas investigaciones, se descubrió toda su historia en la sala de justicia. El dinero no fué derrochado o malversado, y los peritos médicos nombrados por el tribunal de Bruselas para averiguar su condición mental, informaron que padecía un *dédoublement de personnalité,* en otras palabras, una disociación o desintegración de conciencia. Recomendaron su reclusión en un sanatorio fundándose en que «ella ejercía una influencia malsana sobre gentes simples, pues estaban contagiosamente influídas por su propio estado mental».

Este es sin duda un tipo de psicosis poco frecuente, pero especialmente interesante para los católicos por razón de sus rasgos místicos. Por otra parte, son numerosos los ejemplos de carácter íntegro secular cuidadosamente registrados durante los últimos cincuenta años o más. En otro capítulo me he referido al caso de Mollie Fancher, pero carece de exactitud la prueba de las cinco distintas personalidades de Mollie [2], y es muy inferior a las presentadas para los extraordinarios fenómenos observados en los casos del Dr. Morton Prince acerca de Sally Beauchamp, de Léonie de Pierre Janet, en el caso del paciente de Azam, Félida X, en Luis Vivé en Rochefort, o en el de la joven de Illinois Lurancy Vennum. Todos estos notables ejemplos de disociación pueden estudiarse convenientemente en F. W. H. Myers, en su obra *Human Personality* [3]. Pero no ha habido escasez de parecidas anormalidades

2. F. W. H. Myers (*Human Personality,* Vol. I, 64) dice que este caso «pudiera haber sido uno de los más instructivo de todos, de haberse observado y registrado con exactitud científica»; pero como un buen punto para el caso añade que, «*la probidad* de todo el grupo estuvo siempre por encima de toda sospecha».

3. Vid. Vol. I, pp. 298-368 (edición 1903); y cf. también T. W. Mitchell, *Medical Psychology and Psychical Research,* Methuen, 1922.

desde Myers, que murió en 1901; dejó incompleta su gran obra. Por ejemplo, el caso de Doris Fisher, relatado con inmensa extensión por el Dr. Franklin Prince y el Profesor Hyslop en tres volúmenes *Proceedings* del S. P. R. americano (1915-17), es especialmente interesante. Para más completa ilustración se puede reproducir aquí un ejemplo clásico, que es citado por el Profesor Pierre Janet como la primera historia conocida de esta clase, porque está convenientemente exento de complicaciones, y se parece a la experiencia anormal que constituye el principal tema de este artículo. Fué narrado en *Philosophy of Sleep* (1830) del Dr. Mac Nish, pero voy a presentarlo tal como lo repitió Pierre Janet:

«Una joven señora bien criada e instruída, de sana constitución física, fué sorprendida repentinamente y sin previas señales por un sueño profundo, que duro varias horas más de lo normal. Al despertarse había olvidado todo cuanto sabía, su memoria era como *tabula rasa* y no conservaba idea alguna de las palabras o hechos; hubo necesidad de enseñarle de nuevo todo. Se vió obligada a aprender otra vez a leer, escribir y contar. Poco a poco se fué familiarizando con las personas y cosas que le rodeaban, las cuales eran para ella como nunca vistas. Sus progresos fueron rápidos. Después de bastante tiempo, sin causa alguna conocida, se apoderó de ella un sueño parecido al que había precedido a su nueva vida. Al despertar se encontró en el mismo estado en que se encontraba después del primer sueño. No recordaba nada de lo pasado durante ese intervalo. En una palabra, en el antiguo estado estaba ignorante del nuevo estado. Así es como hablaba de sus dos vidas, que se continuaban separada y alternativamente a través del recuerdo. Esta joven señora, durante más de cuatro años ofrecía estos fenómenos casi periódicamente. En cualquiera de los dos estados no recordaba más su doble carácter, sino lo que dos personas distintas recuerdan de sus respec-

tivas naturalezas. Por ejemplo, en los períodos de su viejo estado, poseía todos los conocimientos que adquirió en su niñez y juventud; en su nuevo estado conocía sólo lo que había aprendido desde entonces... En su viejo estado tenía una letra muy fina, la misma que tuvo siempre, mientras que en su nuevo estado su caligrafía era muy mala, desgarbada, infantil, porque no tenía ni tiempo ni medios para perfeccionarla» [4].

Recordemos, además, que Teresa Neuman de Konnersreuth, según testimonio de sus más ardientes devotos, exhibe de tiempo en tiempo parecidos cambios de personalidad. En las condiciones en que sus compatriotas describen como *Zustand des Eingenommenseins* (estado de absorción) obra y habla como lo haría una niña de cinco años. Es incapaz de entender el significado de la palabra Papa, y en lugar de anunciar que ve seis personas, repite una y una, etc. hasta seis veces [5].

Pero puede resultar interesante describir, según un reciente relato [6], cómo se presentan inesperadamente estas disociaciones de personalidad. Nos dicen que Teresa conversaba en una ocasión con el Padre Pfarrer Naber (su confesor) y otros dos sacerdotes sobre diferentes temas. De repente tuvo una visión de la antigua Santa María Magdalena.

Teresa vió cómo Magdalena, en compañía de dos

4. Pierre Janet, *Major Symptoms of Histeria,* pp. 68-9.

5. Un visitante (Padre Bruno O. D. C. en *Etudes Carmélitaines,* oct. 1936, p. 167) la describe como lloriqueando a manera de un niño cuando se hallaba en este estado, y recibiendo la Sagrada Comunión sin señales de devoción. J. H. C.

6. El libro es de Friedrich Titter von Lama *Therese of Konnersreuth a New Chronicle,* Milwaukee, 1935. No he visto el original alemán, pero los datos mencionados incidentalmente en el texto muestran que el volumen no pudo ser completado antes del otoño de 1935. El relato se encuentra en las pp. 114-23 de la traducción americana.

mujeres y dos hombres, estaba en un barco sin velas ni timón; salieron a la ventura al mar, destinados a una muerte inevitable. Se levantó una tormenta, y Teresa empezó a aterrarse al ver cómo la nave era sacudida de un lado para otro. Entonces, terminando la visión por el momento, Rels (su nombre diminutivo) que estaba sentada en la mitad del sofá, se inclinó hacia atrás. El Padre Naber le sugirió que se echara. Tal vez porque todavía se daba vivamente cuenta de lo que había visto, se imaginó que el Padre Naber la había ordenado echarse al agua. Ella, con regocijo de los presentes protestó: «¡No, no al agua no! Yo no quiero echarme al agua». Se calmó con las palabras del cura y de los otros, y por darse cuenta finalmente de que todos estaban bien. Entonces, contestando a nuestras preguntas, contó lo que había ocurrido, y ya que se expresaba, pensaba y sentía como una niña cuando estaba en estado de preocupación (presumiblemente *Zustand des Eingenommenseins*), no era extraño que cambiara repentinamente volviéndose con una maliciosa sonrisa al Padre Härtl, el coadjutor, para hablarle de su próxima fiesta onomástica... En medio de este jovial, trivial interludio fué de nuevo arrebatada en éxtasis [7].

Más tarde vió «la cueva» (sin duda el *sainte baume* donde, según la leyenda, Santa María Magdalena pasó largos años haciendo penitencia y murió) [8]. Miró a

7. Todo esto es contado por un testigo ocular, un sacerdote, que envió el relato a Ritter von Lama.

8. Apenas es necesario observar que la historia del viaje de Santa María Magdalena, Lázaro, Marta y otros, a través del Mediterráneo y la de larga penitencia de la primera nombrada en la *sainte baume,* está ahora completamente desacreditada. La autorizada obra de referencia católica, el *Lexikon für Theologie und Kirche,* que está editada por el Dr. Michael Buchberger, obispo de Regensbourg, y por consiguiente, obispo de la misma Teresa, rechaza esta leyenda, como «completamente falsa», Vol. VI, 1934, p. 902.

con un retrato [12]. Esta narración relata las experiencias espirituales de una religiosa que, por muy santa y sobrenaturalmente dotada que pudo haber sido, presentó en toda su temprana vida los más acentuados síntomas de histeria. Beatriz, nacida en 1632, fué hija de D. Lorenzo de Enciso y Navarrete, hombre de buena posición, verdadero devoto católico. Hasta la edad de treinta y cinco años vivió en su casa con sus padres como terciaria franciscana; pero en 1667 fué recibida como postulante en un convento de Clarisas Pobres y, finalmente, llegó a ser Abadesa. La página título la describe como «Venerable», pero yo no puedo encontrar ninguna prueba de que se procediese al examen de la causa ni que fuera jamás beatificada. Murió en 1702, y como los hechos que el Padre Tomás de Montalvo ha registrado, según afirma, proceden de las deposiciones de los testigos en el proceso informativo que comenzó con vistas a su canonización, es claro que este examen tuviera lugar pocos años después de su muerte. Los datos son registrados a lo largo de la biografía con despliegue de exactitud, lo que indica que hizo uso de algún diario contemporáneo llevado por su confesor o sus hermanas en religión. Más tarde podremos decir algo de sus fenómenos místicos, pero un incidente, que llamó particularmente mi atención al hojear las páginas de su Vida, es una disociación de conciencia muy semejante a la registrada acerca de Costante María Castreca.

E l de marzo de 1665, antes que ingresara en el convento, y después de experimentar algunos éxtasis de bastante extraordinaria duración, cayó —según se nos

12. El título del volumen, un poco abreviado, es como sigue: *Vida prodigiosa de la extática Virgen y venerable Madre Sor Beatriz María de Jesús, Abadesa del Convento del Angel Custodio de la Ciudad de Granada.* El autor fué Fray Tomás de Montalvo, de la reforma Alcantarina, y el libro fué impreso en Granada en 1719.

dice— a la edad de treinta y tres años, en un estado extraordinario, presentando todas las características externas de una niña de tres o cuatro años. Su lenguaje, su manera de hablar, su conducta, sus movimientos y la expresión de sus rasgos eran las que se esperarían de una niña que todavía estuviese criándose. Conocía por sus caras a los que vivían en casa; pero no podía dar sus nombres. Este estado sólo duró cuatro días, cuando el «Provisor» o Vicario General, un varón bien conocido en su familia, vino a verla, nombrado por el Arzobispo para investigar este curioso caso. «Viendo que hablaba como una niña, le mandó en virtud de santa obediencia volver con todas las fuerzas que Dios le había otorgado al natural uso de su razón, porque ella tenía que hablar de asuntos relacionados con la dirección de su alma. Apenas le dió la orden cambió todo su aspecto, e inmediatamente manifestó por la gravedad de su expresión que ella había vuelto a su estado normal». El Provisor le habló seriamente y le mandó que confesara y comulgara. Ella prometió hacerlo así, y de hecho se le permitió acercarse a confesar y comulgar la mañana siguiente. Pero tan pronto como el Provisor abandonó la casa, Beatriz tuvo un ataque (*parasismo*) y cuando volvió en sí recuperó la personalidad infantil. Esta situación, con ligeras interrupciones, duró diez días [13]. No estaba enferma y andaba por la casa entreteniendo muchísimo a sus padres y hermanas por sus equivocaciones y contestaciones pueriles a sus preguntas. Algunas veces estaba melancólica; otras, ruidosamente alegre, pero en ambos casos sin causa aparente. Cuando al cabo de diez días, esta joven mujer de treinta y tres años volvió en sí después de haber sufrido otro ataque, parece que se apoderaron de ella la taciturnidad y melancolía. Desde temprana edad había estado sometida a éxtasis o trances, que hasta duraban todo el día. También sufría a intervalos

13. *Vida prodigiosa de la Madre Beatriz*, pp. 113-4

hurtadillas «por un agujero» dentro de la «cámara de piedra» descubriendo a Magdalena, mujer muy anciana, en éxtasis por encima del suelo, sobre el que entonces cayó su cuerpo, volando su alma al cielo con su Redentor. Después de esto, hablando Teresa como una niña, inició una conversación con nuestro Salvador. «Rogó que le concediese «la pequeña cámara» que fué de Magdalena, pues ésta ya no la necesitaba. Le cuadraría a ella —a Teresa— exactamente. «Había agua para lavarse. Sin duda tendría que adquirir una estufa, una mesa y una cama, etc.». Y el testigo nos asegura que él no se hubiera cansado «escuchando horas enteras esta infantil parlería». La entrada a la cueva parece no ser muy ancha. «Ella dijo que la madre no podría pasar a su interior» y, cuando se le preguntó por qué, vaciló temiendo faltar a la reverencia debida a su madre. Por fin contestó: «ella es demasiado gorda». Tampoco hubiera podido entrar un sacerdote que estaba presente, ya que «era demasiado alto»; en cambio, «uno muy delgado», indicando a Kaplan Fahsel, «podría abrirse paso».

En el caso de Teresa Neumann afirman unánimemente los observadores poderse reconocer otra forma de disociación, a la que llaman *Zustand der erhobenen Ruhe* (estado de reposo exaltado). En esta situación, una vez balbuceó a una pregunta que le hizo nada menos que su confesor: «Tú (*du*) no puedes ahora hablar a Rels, ella está dormida». Esta expresión y el uso de la segunda persona del singular (*du*) extrañó mucho al buen sacerdote, porque Teresa normalmente era muy respetuosa en su manera de dirigirse a alguno. Pero en «reposo exaltado», hablaba muy pocas palabras: eran autoritarias en su tono como procedentes de una personalidad distinta de la misma Teresa [9].

9. Les habló en buen alemán, mientras que la «Teresa normal» invariablemente emplea dialecto. (Vid. *Etudes Carmelitaines*, abril 1933, p. 82. I. H. C.

Entonces, la voz dijo: «esta tarde a las cuatro empezarán sus sufrimientos» o «ella tendrá una visión este anochecer, a las ocho» [10]. Cuando Teresa vuelve a su estado normal, no recuerda nada de lo que sus labios han hablado en estado de reposo exaltado. Alguno de sus más ardientes defensores *v. g.*, el párroco Naber, capellán Fahsel y el finado Dr. Gerlich, han sacado realmente la conclusión de que las palabras pronunciadas en este estado eran palabras de Jesucristo mismo; pero, seguramente, ellos no pueden conocer cuán corriente es para una personalidad en estos casos de disociación el tratar a cualquier otra personalidad que aparezca en el mismo sujeto como algo enteramente remoto y externo, de hecho, como un ser diferente. El Dr. R. Osgood Mason, comentando dos de estos fenómenos, observa:

«En ninguno de los casos descritos, tuvo el «yo» fundamental ningún conocimiento de la segunda personalidad, excepto por informes de otros o por cartas del segundo «yo». Por otra parte, la segunda personalidad tuvo conocimiento del primer «yo»; pero sólo como otra persona, mas nunca como formando parte de ella o perteneciendo en manera alguna a sus propias personalidades [11].

A esta pequeña disquisición me ha llevado una biografía, que vi recientemente, para relatar la historia de una monja española, la Venerable Madre Beatriz María de Jesús, abadesa de un convento de Clarisas pobres de estricta observancia, en la ciudad de Granada. La impresión del libro debió de costar una suma considerable, porque consta de más de 500 páginas en pequeño folio e impreso a doble columna, adornada

10. Von Lama, *Therese Neumann*, pp. 56-61; Kaplan Fahsel, *Konnersreuth Tatsachen und Gedanken* (1932), pp. 66-78.

11. Vid. Myers, *Human personality*, Vol. I, p. 66 y Mitchell, *Medical Psychology*, p. 119, etc.

con un retrato[12]. Esta narración relata las experiencias espirituales de una religiosa que, por muy santa y sobrenaturalmente dotada que pudo haber sido, presentó en toda su temprana vida los más acentuados síntomas de histeria. Beatriz, nacida en 1632, fué hija de D. Lorenzo de Enciso y Navarrete, hombre de buena posición, verdadero devoto católico. Hasta la edad de treinta y cinco años vivió en su casa con sus padres como terciaria franciscana; pero en 1667 fué recibida como postulante en un convento de Clarisas Pobres y, finalmente, llegó a ser Abadesa. La página título la describe como «Venerable», pero yo no puedo encontrar ninguna prueba de que se procediese al examen de la causa ni que fuera jamás beatificada. Murió en 1702, y como los hechos que el Padre Tomás de Montalvo ha registrado, según afirma, proceden de las deposiciones de los testigos en el proceso informativo que comenzó con vistas a su canonización, es claro que este examen tuviera lugar pocos años después de su muerte. Los datos son registrados a lo largo de la biografía con despliegue de exactitud, lo que indica que hizo uso de algún diario contemporáneo llevado por su confesor o sus hermanas en religión. Más tarde podremos decir algo de sus fenómenos místicos, pero un incidente, que llamó particularmente mi atención al hojear las páginas de su Vida, es una disociación de conciencia muy semejante a la registrada acerca de Costante María Castreca.

E l de marzo de 1665, antes que ingresara en el convento, y después de experimentar algunos éxtasis de bastante extraordinaria duración, cayó —según se nos dice— a la edad de treinta y tres años, en un estado extraordinario, presentando todas las características externas de una niña de tres o cuatro años. Su lenguaje, su manera de hablar, su conducta, sus movimientos y la expresión de sus rasgos eran las que se esperarían de una niña que todavía estuviese criándose. Conocía por sus caras a los que vivían en casa; pero no podía dar sus nombres. Este estado sólo duró cuatro días, cuando el «Provisor» o Vicario General, un varón bien conocido en su familia, vino a verla, nombrado por el Arzobispo para investigar este curioso caso. «Viendo que hablaba como una niña, le mandó en virtud de santa obediencia volver con todas las fuerzas que Dios le había otorgado al natural uso de su razón, porque ella tenía que hablar de asuntos relacionados con la dirección de su alma. Apenas le dió la orden cambió todo su aspecto, e inmediatamente manifestó por la gravedad de su expresión que ella había vuelto a su estado normal». El Provisor le habló seriamente y le mandó que confesara y comulgara. Ella prometió hacerlo así, y de hecho se le permitió acercarse a confesar y comulgar la mañana siguiente. Pero tan pronto como el Provisor abandonó la casa, Beatriz tuvo un ataque (*parasismo*) y cuando volvió en sí recuperó la personalidad infantil. Esta situación, con ligeras interrupciones, duró diez días[13]. No estaba enferma y andaba por la casa entreteniendo muchísimo a sus padres y hermanas por sus equivocaciones y contestaciones pueriles a sus preguntas. Algunas veces estaba melancólica; otras, ruidosamente alegre, pero en ambos casos sin causa aparente. Cuando al cabo de diez días, esta joven mujer de treinta y tres años volvió en sí después de haber sufrido otro ataque, parece que se apoderaron de ella la taciturnidad y melancolía. Desde temprana edad había estado sometida a éxtasis o trances, que hasta duraban todo el día. También sufría a intervalos

12. El título del volumen, un poco abreviado, es como sigue: *Vida prodigiosa de la extática Virgen y venerable Madre Sor Beatriz María de Jesús, Abadesa del Convento del Angel Custodio de la Ciudad de Granada.* El autor fué Fray Tomás de Montalvo, de la reforma Alcantarina, y el libro fué impreso en Granada en 1719.

13. *Vida prodigiosa de la Madre Beatriz,* pp. 113-4

frecuentes ataques de parálisis; algunas veces afectaba a la parte izquierda; otras, a la derecha, bastando un pequeño susto para que la hemiplejia pasara de un lado al otro. Se nos habla más de una vez de vómitos persistentes e imposibles de comprobar que los doctores eran incapaces de aliviar. Sin duda alguna era abstemia y mortificada para la comida; pero había ocasiones en que, para agradar a su madre o a su confesor, deseaba comer, mas era físicamente incapaz de deglutir nada. Eran tan pronunciadas sus hiperestesias, casi siempre asociadas a una extraña pero dominante idea de error moral, que encontramos en su Vida un incidente como el que sigue. Durante el tiempo en que vivió en casa, su hermano cayó enfermo. Era en tiempo de Cuaresma; sin embargo, los doctores consideraron que por su salud comiese carne. En efecto, se preparó un trozo de carne, pero desgraciadamente el olor de la carne asada llegó al olfato de su hermana Beatriz, y fué por ello presa de una terrible convulsión y repugnancia que creyeron que moría allí mismo [14].

Creo que ningún patólogo vacilaría en declarar que nos hallamos aquí ante un caso de conversión-histeria, y ésta se complicó, como casi siempre ocurre con místicos de esta clase, con toda clase de infestaciones diabólicas de la clase «grappin» (garfio) que asediaban a la desgraciada víctima con frecuentes intervalos [15].

Sin embargo, aunque parecía estar continuamente a las puertas de la muerte, la vida de Beatriz se prolongó a lo que en aquella época se consideraba buena vejez de setenta años. Recuérdese también que la narración no es ciertamente una simple novela. Este volumen en

14. «De sólo el olor de aquel alimento le sobrevinieron tales ansias, fatigas y congojas que se juzgó se les quedaría muerta entre las manos» (*Ibid.*, p. 115). En otras ocasiones, ella perdió por algunos días la facultad de hablar sin interrupción. (*Ibid.*, p. 89).

15. *Ibid.*, pp. 383-4; p. 146, etc.

folio, escrito a menos de diecisiete años después de su muerte, estaba basado en testimonios jurados de testigos, publicado a expensas de la ciudad de Granada, donde ella pasó toda su vida. Ciertamente era considerada como una especie de valor espiritual que honraba a su tierra nativa. No había nada que incitara a ningún panegirista a inventar un incidente como el de la personalidad secundaria, que redujo a Beatriz durante diez días a la condición mental de una niña. Por otra parte, experiencias similares como la de Costante María Castreca en Fabriano, Italia Central, no pudieron haber sido conocidas por el biógrafo de Beatriz en el sur de España [16]. Estas dos santas mujeres, aunque llevaron la más austera vida y finalmente llegaron a ser superioras de sus respectivos conventos, presentaban casi todos los síntomas de una acentuada histeria.

¿Fué ello consecuencia de esa enfermedad o fué que ellas exhibieron notables fenómenos de orden místico a pesar de esta condición psicofísica? Por lo que se refiere a la Madre Costante María, yo debo remitir a mi capítulo anterior; pero se pueden decir unas palabras acerca de los «carismas» que el biógrafo español atribuye a la Madre Beatriz. Bastará mencionar sus estigmas, su abstención de comida y sus levitaciones. Con respecto a los primeros, aunque Beatriz deseaba ardientemente sufrir las penas de las llagas de nuestro Salvador, se dice que pidió a Dios que ninguna señal externa fuese perceptible temiendo que ello atraería la atención hacia sí misma. Conforme a esto, en ciertas festividades de cada año sentía un intenso dolor en sus manos, pies y costado sin ninguna indicación externa

16. Costante nació en 1670, murió en 1736, y su vida no se publicó hasta 1745. Beatriz nació en 1632, murió en 1702, y su Vida apareció en 1719. Por otra parte, aunque en cierto sentido ambas pertenecieron a la familia de San Francisco, representaban diferentes ramas de la Orden. Beatriz fué Clarisa Pobre; Constante, Capuchina.

que revelara su condición. Pero hubo excepciones. Cuando aún vivía en casa, el viernes 30 de mayo de 1664, después de tres horas de agonía de su crucifixión, fué herida por San Francisco con un dardo que la atravesó el corazón. Estando aún inconsciente, su madre y hermanas, que habían sospechado por su gesto que algo le había ocurrido en su costado, la descubrieron, hallando en su pecho izquierdo una herida en forma de media luna. Vino el confesor y la vió; también fué llamado el Provisor que representaba al Arzobispo, pero para cuando llegó éste ya no había traza de tal herida. A esto siguió un corto éxtasis; su madre fué llamada para que de nuevo examinara el pecho de su hija, y halló la herida tal como antes estaba. Una vez más llamaron al Provisor, para que él y otros eclesiásticos de alto rango fueran testigos de lo que sus ojos habían visto con toda claridad [17]. Se nos dice que esta inspección fué renovada en dos ocasiones siguientes, con el mismo resultado satisfactorio. Además, hubo casos posteriores en los que las marcas eran perceptibles en sus pies y manos.

También sabemos que entre los muchos ayunos de Beatriz, fué rigurosamente comprobado uno que duró desde el 3 de noviembre hasta el 25 de diciembre del año 1664, antes que ingresara en el convento. Durante estos cincuenta y cinco días no comió nada en absoluto, pero en cuatro o cinco ocasiones, cuando estaba consumida por una de aquellas conflagraciones interiores [18] que ocasionalmente caracterizaban su estado extático, tomó un trago de agua. Para someter el asunto al control de un testigo digno de crédito, fué aposentada por un mes en casa de Don Iñigo de Azevedo, funcionario judicial, «Alcalde del Crimen de la Real Chancillería

17. *Vida prodigiosa*, p. 48.

18. Estas conflagraciones aparecen descritas con bastantes detalles en las páginas 40-41, 70-71. Se dice que salían cenizas de su cuerpo (!).

de Granada» y, así, fué vindicada triunfalmente su buena fe [19].

Acerca de sus levitaciones diré solamente que sus hermanas en religión la describen como arrodillada por mucho tiempo, elevada unas pocas pulgadas sobre el suelo, pero de tal manera que su hábito y capa impedían a los presentes darse cuenta de que realmente no estaba en contacto con el suelo. Sin embargo, se descubrió la verdad por el hecho de que el más ligero soplo de aire la movía en una dirección u otra, lo mismo que si se tratara de una pluma u hoja de árbol. Si una de sus monjas se levantaba de su sitio un poco rápidamente, ella se movía como paja con la corriente de aire que así se producía [20]. Se reconocieron otra porción de fenómenos físicos análogos en la Madre Beatriz y, junto con ellos, un inexplicable conocimiento de sucesos distantes y futuros. Ningún investigador, a esta distancia de tiempo, puede abrigar esperanzas de decidir hasta qué punto puedan ser justificadas tales pretensiones.

Pero volviendo a la cuestión de la doble o múltiple personalidad, es curioso que, en el caso de ambos místicos y, en general, de pacientes histéricos, esta disposición a la disociación de conciencia parece con frecuencia combinada con dones anormales de previsión y clarividencia o algún otro fenómeno de tipo extraño.

Si menciono aquí en particular a Mollie Fancher es porque se tratará de su caso en estas páginas; pero buen número de histéricas, tales como Lurancy Vennum, Anna Winsor o Doris Fischer ofrecen problemas muy difíciles de explicar fundándose en causas naturales. Y, además, ¿por qué muchas de ellas han sido afligidas con una incapacidad de comer, de hablar, o de usar

19. *Ibid.*, p. 91.

20. Se cuentan las mismas extrañas oscilaciones acerca de María Coronel Agreda, y de la extática tirolesa Domenica Barbagli.

normalmente la vista? La parálisis y la catalepsia son a veces muy acentuadas. Teresa Neumann estuvo paralizada durante seis años, además de ciega y sorda. Constante y Beatriz padecieron frecuentemente, aunque con intermitencias, las mismas incapacidades. Mollie Fancher fué incapaz de abandonar su lecho durante más de veinte años, teniendo inutilizado un brazo y la pierna doblada debajo de ella. De Anna Winsor nos dicen que entre sus frecuentes espasmos «todos los músculos y miembros de su cuerpo estaban rígidos, excepto su brazo derecho» [21]. Me parece que todavía hay mucho que aprender acerca de la psicología morbosa antes que podamos hablar con seguridad acerca de los casos en que haya indicios o sospechas de una disociación de conciencia.

8

Algunas conclusiones acerca de los estigmas

El papel de «Abogado del Diablo» es ingrato y contribuye a la popularidad. En efecto, yo puedo afirmar que, al escribir algún tanto como un Tomás que duda, he sentido a veces, a pesar de mis buenas intenciones, que estaba haciendo un papel mediano e indigno. ¿Por qué, me preguntaba, debería adelantar una escéptica

21. Esta señora leía en la obscuridad con los ojos cerrados y teniendo el libro cabeza abajo. Ella permaneció incapaz para hablar por espacio de nueve semanas y se dijo de ella: «Hace 22 semanas que ella no ha ingerido». Vid. Myers *Human Personality*, Vol. I, pp. 355-60.

línea de argumentación que pudiera turbar la fe sencilla de mucha gente buena, más cercana y amada de Dios que lo que yo nunca puedo esperar serlo? Y, sin embargo, en estos tiempos de amplia cultura, de duda universal y libre discusión, no puede ser ventajosa a largo plazo para la Iglesia una prematura y mal fundada credulidad. El cristiano debe estar capacitado para dar razón de sus creencias, y un equipo adecuado para hacer frente a los racionalistas y agnósticos requiere algún previo estudio de la posición que se intenta defender y de la forma de ataque al cual puede estar expuesta aquella posición. La apologética católica debe estar siempre fundamentada, por lo menos en parte, en la realidad de los milagros. Cualquier intento de explicar los mayores milagros de nuestro Señor, o de negar la posibilidad de que aun en nuestros mismos días puedan realizarse verdaderos milagros, sería incompatible con una honrada aceptación de las enseñanzas de la Iglesia. Pero, por otra parte, cuando se divulgan noticias de nuevas y notables manifestaciones referentes a personas de vida evidetemente santa, existe muchas veces una tendencia a aclamarlas sin más rodeos como si necesariamente debieran ser de origen sobrenatural. Dado que la fe se debilita y la ciencia hace descubrimientos maravillosos anteriormente nunca soñados, es lógicamente posible que Dios en su bondadosa providencia haya querido venir a rescatarnos de nuestra incredulidad, multiplicando pruebas para evidenciar que su brazo no se ha reducido. Pero al aceptar tales fenómenos como una corroboración de los *motiva credendi*, la prudencia requiere que estemos seguros del terreno que pisamos. Hemos de enfrentarnos con adversarios que [illegible] los últimos años han prestado gran atención al estudio de la psicopatología; un ligero conocimiento de la literatura de la histeria y de otros desórdenes nerviosos basta para demostrar cuán extenso es el campo de las posibilidades que se ha descubierto, y también cuán grandes son las perplejidades que rodean a todo este asunto.

En la publicación periódica *Etudes Carmélitaines* de 1932 se dedicó mucho espacio al caso de Teresa Neumann. Entre otros colaboradores, un artículo del Dr. R. van der Els se refiere especialmente a los estigmas, dando menos importancia al cortejo de manifestaciones (inedia, xenoglossia, hierognosis. etc.) [1]. «Estará muy en su lugar —dijo el escritor— considerar los estigmas en sí mismos, porque ellos son evidentemente el hecho principal alrededor del cual giran los demás. La estigmatización es el fenómeno central que otros pueden complicarlo; pero que, por sí mismo, es capaz de explicar todos los demás». Sin aceptar necesariamente esta sentencia, nos proporciona una base muy a propósito para una ordenada disertación, y es claro que debemos tomar cada vez una materia.

Por otra parte, yo me aventuro a apremiar que para obtener un punto de vista exacto no podemos discutir los estigmas de Teresa Neumann como si los suyos fueran el único caso conocido de la Historia. En verdad que ha habido cientos de otros casos [2]; con respecto a unos cincuenta tenemos información completa, los de-

1. *Etudes Carmélitaines*, oct. 1932, pp. 87-124; esta publicación aparece solamente dos veces al ano, en octubre y abril. El Dr. van der Elst es también el autor del artículo «Stigametes» en el *Dictionnaire d'Apologétique*.

2. El Dr. Imbert-Gourbeyre publicó *La Stigmatisation*, 2 vols., 1894. Aunque es muy útil como la más completa colección de casos, es irritante por su falta de crítica histórica y por su pretensión de constituir una historia completa. Por otra parte, incluye un vasto número de casos en los que se dice que sintieron el dolor de las llagas, pero sin marcas externas; por otra, nada dice de muchos bien comprobados ejemplos de estigmas sangrantes con los que el autor no dió en sus investigaciones. Sobre todo no se da cuenta de que existen numerosos casos que han pasado inadvertidos fuera de los muros del claustro en que ocurrieron.

más no han sido adecuadamente registrados. Lo que yo considero como punto flaco de casi todos los que han escrito acerca de la estigmatizada de Konnersreuth, es la omisión de parecidos ejemplos. De vez en cuando se han mencionado unos pocos místicos bien conocidos que han presentado fenómenos similares: a Ana Catalina Emmerich, por ejemplo, a Louise Lateau o a Gemma Galgani; pero ¿qué decir acerca de estigmatizaciones de los mismos caracteres externos ocurridas en otras personas en las que encontramos asociadas aquéllos a muchas cosas extrañas y desconcertantes? Ninguno de los escritores que tratan de Teresa Neumann en conformidad con los puntos de vista del Konnersreuth Kreis tiene en cuenta gente como Marie-Julie Jahenny, Palma d'Oria, la Madre Constante, Juliana Weiskircher, Georges Marasco, etc. Para mí, constituye la dificultad real del problema la ocurrencia en estos casos de un acentuado tipo de «conversión histeria».

Si yo propongo, pues, enunciar aquí ciertas dudas que por sí mismas se insinúan con respecto al carácter sobrenatural de los estigmas en general, no es porque abrigo ninguna duda acerca de los hechos registrados de los fenómenos de Teresa Neumann, o acerca de la santa vida que hace, sino simplemente porque en la literatura a mi alcance no he encontrado indicación de que se han tenido en cuenta estas dificultades. No son argumentos concluyentes, y es posible que tengan una contestación apropiada; pero superficialmente parece que me indican la conclusión de que la estigmatización puede ser el resultado de lo que yo me aventuro a llamar un «complejo de crucifixión» actuando en sujetos cuya sugestinabilidad anormal puede deducirse de los inconfundibles síntomas de histeria previamente presentados en ellos.

I

En primer lugar tenemos el sorprendente hecho de que antes de los principios del siglo XIII no se hablara ni de un solo caso de estigmatización. Sin embargo, tan pronto como los extraordinarios fenómenos que caracterizaron los últimos días del seráfico San Francisco se dieron a conocer por todo el mundo, empezaron a ocurrir entre gente muy sencilla otros casos indiscutibles de estigmas y, desde entonces, han venido sucediéndose sin interrupción. Lo que deduzco es que el ejemplo de San Francisco creó lo que he llamado «complejo de crucifixión». Una vez hecho sentir claramente a los contemplativos la posibilidad de conformarse físicamente con los sufrimientos de Cristo, llevando sus cicatrices en las manos, pies y costado, entonces adquirió forma en las mentes de muchos la idea de esta manera de unión con su Divino Maestro. En efecto, llegó a ser una piadosa obsesión de tal manera, que en unos pocos individuos excepcionalmente sensitivos la idea concebida en su mente se realizó en su carne.

II

Si la sugerencia que acabamos de hacer fuere bien fundada, esperaríamos saber que la exteriorización del «complejo de crucifixión» variaría mucho en grados conforme a la sugestionabilidad de cada sujeto en particular. En efecto, esto es lo que ocurre en realidad. Es digno de notarse que en muchísimos casos, el proceso nunca va más allá de cierto enrojecimiento vivo de la piel o la formación de algo parecido a una ampolla de

sangre en el lugar de cada una de las llagas [3]. Es igualmente digno de notarse que la forma y posición de estas llagas o marcas varían mucho. En algunos casos, la herida del costado está a la derecha; en otras, a la izquierda. Más de una vez nos encontramos con una punzada redonda; otras con un corte recto; y algunas veces, con una herida en forma de media luna. Cuando Gemma Galgani mostró en su cuerpo las marcas de los azotes, marcas que sangraban profusamente, se nos dice que estas heridas correspondían exactamente en tamaño y posición a las llagas pintadas en un gran crucifijo ante el cual ella acostumbraba orar [4]. Cuando Anna Catalina Emmerich fué por primera vez marcada con una cruz en su pecho, se dijo que ésta tenía la forma de una Y, reproduciendo la forma de un crucifijo de Coesfeld, al cual tuvo gran devoción en su niñez [5]. Todas estas cosas, más que la acción de una causa externa, cualquiera que sea su naturaleza, parece que indican un efecto de autosugestión.

III

Además, aunque la guerra de 1914-1918 demostró que la histeria no es, como se suponía en otro tiempo, un

3. Véase, por ejemplo, el caso de Mary Beatrice Schumann de Pfarrkirchen (Passau) que murió en 1887, cómo relata su vida (*Das Verborgene Leben*, etc., 1914) por W. Maier. Ella tuvo tales marcas más de treinta años, pero no daban sangre. Un antiguo ejemplo de este género fué el de Pirona Hergods de Mechlin († 1472), y uno muy reciente el de Mary Agnes Steiner de Nocera.

4. Vid. Padre Germano *The Life of Gemma Galgani* (Trad. inglesa) p. 69.

5. Schmöger, Life of A. C. Emmerich (Trad. ingl., I, p. 69).

desorden exclusivamente femenino, con todo es verdad que en tiempos normales, especialmente bajo las condiciones en que las jóvenes son educadas, las mujeres fueron y siguen siendo mucho más expuestas a ataques histéricos que los hombres. Ahora bien, mientras en el curso de los siete últimos siglos ha habido un inmenso número de mujeres místicas acerca de cuya completa estigmatización no cabe duda posible, existen solamente dos casos evidentes de hombres que han sido externamente marcados con las cinco llagas [1]. Sin embargo, aun aquí no tenemos noticia de que manaran sangre periódicamente todos los viernes, como ocurre comúnmente en mujeres estigmatizadas. La conclusión natural parece ser que lo que predispone a recepción de los estigmas no es una virtud extraordinaria, sino alguna forma de susceptibilidad nerviosa, más frecuentemente en las mujeres que en los hombres. Los santos físicamente vigorosos, como San Vicente de Paúl, San Francisco Xavier, el gran místico San Juan de la Cruz, San Alfonso Ligorio, San Pablo de la Cruz, San Francisco de Sales, San Felipe Neri, San Juan Bautista Vianney, e innumerables otros no fueron favorecidos con los estigmas, a pesar de su devoción a la Pasión de nuestro Señor y el intenso deseo de sufrir evidente en todos ellos. Pero no pocas devotas mujeres, que nunca han sido beatificadas y cuya historia indica cierta extravagancia de sensibilidad, han sido honradas así y, periódicamente, han desempeñado la parte de las escenas de la Pasión, sangrando de las cinco heridas.

1. El Dr. Imbert-Gourbeyre enumera muchos varones estigmatizados, pero esto se debe al hecho de que incluye a todos de quienes se dice haber sufrido el dolor de las llagas, aunque no llevaran señales externas, y también algunos que se supone haber sido marcados solamente en uno o dos miembros. San Francisco y el Padre Pío de Foggia, sin embargo, son ejemplos de estigmatización completa.

IV

En cuanto concierne a los informes que se conservan de la primitiva historia de personas estigmatizadas, me atrevo a decir que apenas se da un solo caso en el cual no haya pruebas de previa existencia de una complicación de desórdenes nerviosos antes del desarrollo de los estigmas. Esto no quiere decir que la persona que así llevaba las marcas de la Pasión de Cristo no haya sido buena y santa desde el principio. Se trata simplemente de una cuestión de condiciones patológicas. He llamado la atención en otra parte acerca de las condiciones de salud de los primeros años de Gemma Galgani, y la carmelita siria, Hermana María de Jesús Crucificado. Voy a ilustrar este punto ahora con referencia a un caso muy anterior, el de la monja Lukardis en Oberweimar [2], de quien se dice que estuvo estigmatizada durante veintiocho años, muriendo el 22 de marzo de 1309, menos de cien años después de San Francisco de Asís. Su biógrafo fué un contemporáneo que la conoció personalmente, y los Bollandistas modernos que han editado la Vida declaran que la narración es completamente digna de crédito. Nos refieren que habiendo entrado en un convento cisterciense todavía una niña menor de diecinueve años, fué nombrada enfermera para seis meses; luego cayó enferma. Perdió toda la capacidad de asir las cosas con sus manos. Ni siquiera podía tener el bastón para apoyarse. «Sufrió todos los dolores de cálculo, fiebres tercianas y cuartanas, y frecuentes desmayos». Los médicos no podían hacer nada en su caso. «A veces parecía como si fuesen golpeadas cada una de sus manos, de manera que los dedos, al chocar uno con otro, sonaban como las castañuelas». Lo más evidente de todo, nos dicen, es «que acostada en cama había ocasiones en que sus pies

2. Véase el relato de sus estigmas en las pp. 44-5, 62-3.

quedaban arraigados debajo de ella, y su cabeza se hundía, mientras su estómago y su pecho se elevaban de tal manera que ella formaba un arco con una curvatura saliente». Esta es ciertamente una notable descripción del espasmo opistónico, muy conocido en los hospitales para enfermedades nerviosas. Estuvo paralizada y postrada en cama durante once años; mientras pudo hacer uso de sus miembros, se afirma que «la sierva de Dios, algunas veces de día y otras de noche, empezaba a correr con tan grande velocidad que el más vigoroso de los hombres no hubiera sido capaz de detenerla sin quedar agotado. En ocasiones corría girando; en otras, en línea recta... cuando no encontraba espacio para correr chocaba violentamente contra la pared. Hubo ocasiones en que, estando acostada, se retorcía largo tiempo como la carne que se fríe al fuego» [3]. Tal vez el rasgo más extraordinario de todos, que yo creo que el biógrafo no pudo inventarlo, es la alegación de que por espacio de considerable tiempo solía estar sobre su cabeza, o más exactamente sobre su cabeza y hombros, con sus pies al aire; mas su vestido quedaba sujeto a las piernas como si estuviese ajustadamente cosido a ellas. Cierto, sería difícil sostener que Lukardis fuera una persona normal, tanto antes como después de recibir los estigmas.

Otro caso con subidos síntomas histéricos es el de la Madre Costante (Ana María Castreca), muerta (A. D. 1736) en olor de santidad como abadesa de una austera comunidad de monjas capuchinas. En la primera parte de su vida, como joven en el mundo; y como joven religiosa, presentó todas las características de esta clase de enfermedad. Tuvo parálisis, aneroxias y

3. La *Vita Venerabilis Lukardis* fué impresa del único MS. conocido, en *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII (1899), pp. 310-67. Los detalles arriba mencionados se encuentran en las pp. 312-13.

vómitos, como también amnesia y fugas [4]. Siendo novicia de pasados veinte años, emergió repentinamente una personalidad disociada, y por varios meses seguidos Ana María charlaba como una niña de cinco años, y tuvo que aprender de nuevo el alfabeto. Además, se nos dice cómo en presencia de todas las monjas caía con un ataque caracterizado por los más horribles espasmos y contorsiones, «con su cuello torcido oblicuamente y su pierna doblada al revés, de manera que algunas veces la punta de sus pies tocaba el abdomen» [5].

V

No hay duda que ataques como los que acabamos de describir ocurren independientemente de la estigmatización, y en su mayor parte la preceden; pero pertenecen a la esfera de influencia, y uno se pregunta si Dios puede haber elegido tal puesta en escena para un milagro que manifestara su gloria. En el caso de Lukardis es imposible determinar exactamente el orden de los eventos; por lo menos sabemos que la buena monja mientras estaba postrada en cama, cuando llegaba el éxtasis del viernes, acostumbraba en estado cataléptico rígido a extender sus brazos como si estuviese crucificada, poniendo un pie sobre el otro. Después de once años curó repentinamente de su parálisis, pudiendo mantenerse en pie y caminar. Desde entonces, el ataque cataléptico de los viernes provenía cuando estaba de pie; y se nos dice que cada vez, por espacio de unas tres horas, manteníase sobre un pie sin apoyo ninguno, con sus brazos horizontalmente extendidos al nivel de los hombros; el segundo pie, apretado fuertemente so-

4. Buti, *Vita della Madre Constante Maria Castreca* (1745), p. 55.

5. *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII, pp. 327-8.

bre el empeine del primero. Durante la Cuaresma estaba así todos los días, pero los estigmas solamente sangraban los viernes.

En el caso de otras estigmatizadas, leemos escenas no menos extrañas. Elizabeth de Herkenrode († 1275), al representar las escenas de la Pasión, mientras sus estigmas sangraban, acostumbraba a tirarse de los cabellos y golpear repetidas veces en el suelo con su cabeza. Además, cuando estaba echada de espaldas en un estado de inconsciencia —llamémosle o no éxtasis o trance— acostumbraba descargar una lluvia de golpes contra su pecho con fuerza y violencia extraordinarias [1]. Casi seiscientos años más tarde, el Dr. Dei Cloche, devoto católico que imprimió un informe médico sobre el caso de Domenica Lazzari, nos dice cómo «con el puño fuertemente apretado descargaba con frecuencia una lluvia de golpes contra su pecho con tan intensa violencia, que el ruido producido era increíble... Era continuo el rechinar de los dientes, y tan ruidoso que pudiera compararse con el ruido de un furioso perro hambriento royendo un hueso, o al roce de una enorme lima aplicada por brazos vigorosos a una barra de hierro» [2]. También Domenica, como Teresa Neumann, observaba un ayuno absoluto de comida y bebida. Este ayuno comenzó en 1834 y duró hasta su muerte en 1848. Cuando en una ocasión, el doctor la persuadió que le permitiera colocar un trozo de azúcar sobre su lengua, sufrió al punto un ataque que continuó por espacio de veinte minutos, durante el cual los espasmos y los vómitos eran tan violentos que casi se ahoga. Aun el olor de un trozo de frito le producía contorsiones en todos los músculos de su cara, quedando desmayada por corto espacio. ¿Fué esto una simple his-

1. Vid. el Catálogo Bollandista de los MSS. Hagiográficos de Bruselas, Vol. I, p. 370.

2. Vid. *Annali Universali di Medicina* (Vol. 84, 1837), pp. 261-2.

teria o tenemos que considerarlo como una manifestación sobrenatural de la omnipotencia de Dios? La sangre de las heridas en el caso de Domenica era continua los viernes. Ninguno sugirió que fuera ella más que una buena devota mujer. Estuvo postrada en cama, no buscó publicidad, no aceptaba regalos y, en cuanto a mí, me parece imposible creer que se hubiese permitido al demonio engañar a los sacerdotes y la gente durante aquellos años por medio de una fingida santidad.

VI

Todavía se presenta otra dificultad relacionada con las «revelaciones» de las estigmatizadas como A. C. Emmerich y Teresa Neumann. En ambos casos, no solamente tenemos visiones de la Pasión del Señor, sino también sufrimientos de los Santos —por ejemplo, el martirio de Santa Catalina de Alejandría—. Ahora bien, en este caso ambas visionarias reproducen simplemente la leyenda tradicional. Relatan el debate público entre Catalina y los cincuenta filósofos, muchos de los cuales se convirtieron y murieron como mártires en las llamas; la rotura de la rueda que le aplicaron para matarla y, finalmente, su decapitación y el manantial de sangre y leche que brotó de su cuello [1]. De manera similar Teresa Neumann ve a Lázaro, a María Magdalena, a Marta y a otros colocados en un bote sin velas, ni timón, y no obstante atravesando el Mediterráneo sin novedad y desembarcando en el Sur de Francia, donde Magdalena se oculta en una cueva y vive otros treinta años antes que la muerte se presentara para liberarla [2]. Ambas leyendas son rechazadas con

1. Gerlich, *Die Stigmatisierte Therese Neumann*, Vol. I, p. 273; Schmöger, *Life of A. C. Emmerich* (traduc. inglesa), Vol. II, p. 538.

2. Gerlich, *l. c.*, pp. 258-9.

los más sólidos argumentos por los modernos biógrafos como pura novela; pero Teresa, sin duda, presencia en sus visiones exactamente como el párroco Naber las imagina conforme a la historia corriente en la vida popular de los santos. ¿Tenemos mayor fundamento para suponer que las descripciones de la Pasión de Teresa, que están en desacuerdo en muchos puntos con otras revelaciones —*v. g.* con las de Santa Brígida de Suecia— son más verídicas que las de los místicos anteriores? Y si ella pudo engañarse en esto, ¿podemos poner confianza en sus afirmaciones con respecto a las reliquias [3] y otros asuntos como si ella estuviese hablando en nombre del mismo nuestro Señor?

VII

Finalmente, me aventuro a subrayar algo la semejanza entre las diferentes fases de conciencia de Teresa Neumann y aquellos casos de personalidad múltiple que nos han dado a conocer los recientes estudios de psicología anormal. Vemos que cuando Teresa («Rels») está en «estado de reposo exaltado» (*Zustand der erhobenen Ruhe*) una voz hablando por medio de sus labios puede replicar a un interrogador: «Tú (*du*) no puedes hablar ahora a Rels, ella está dormida» o «esta tarde a las cuatro ella comenzará la Pasión». ¿Qué inteligencia es la que hace contestar y pronunciar profecías acerca del futuro que regularmente se realizan? El capellán Fahsel [1] y el Dr. Gerlich [2] no vacilan en sostener que quien habla es Cristo nuestro Señor. Pero seguramente ninguno que haya estudiado, por ejemplo, el caso de personalidad múltiple de Doris Fischer, tan competentemente observado y expuesto por el Dr. Walter Franklin Prince, debe hacer una pausa antes de aceptar esta conclusión. Cuando Doris se encontraba, según todas las apariencias, en el instante de la muerte, «una voz repentinamente salida de sus labios, aunque no se moviese ningún otro rasgo: «Tú debes sacarle fuera; ella está en peligro»; y después «¡sacúdele más fuertemente; pronto, pronto!». Los psicólogos se contentan con decir que esta voz era de la otra personalidad, que después fué conocida como «Sleeping Margaret» (Margarita durmiente) [3]. Yo no puedo ver ninguna razón para suponer que las palabras pronunciadas por Teresa en el estado de reposo exaltado procediesen de otra fuente que de la personalidad disociada de la misma Teresa. Uno pudiera estar inclinado a dudar más si no fuera perfectamente manifiesto que en el «estado de absorción» entra en juego una segunda personalidad disociada (*Zustand des Eingenommenseins*) cuando, como sabemos, Teresa habla como pudiera hacerlo una niña de cinco años, cuando ella no puede entender lo que significa la palabra Papa, y en lugar de anunciar que seis personas, dice una y una, etc., seis veces.

Hay algunas dudas que se insinúan por sí mismas en conexión con el supuesto carácter sobrenatural de los fe-

3. Jean Hellé publicó tres interesantes artículos estudiando el caso de Teresa Neumann en la revista *Ecclesia*, de París, nov. y dic. de 1949 y enero de 1950. En este último, página 97, dice acerca de donde reconocer las reliquias: «Don de reconnaître les reliques?. Mais Therèse s'est plusieurs trompée «à deux jours de distance, il lui est arrivé d'affirmer que *même* relique était vraie et fausse». A continuación trae un caso que confirma la desconfianza del autor de la presente obra.—(N. del T.).

1. Fahsel, *Konnersreuth; Tatsachen und Gedanken* (1932), pp. 71-2.

2. Vid. la carta de Gerlich citada por Dom Mager en *Etudes Carmélitaines*, abril 1933, pp. 103-4.

3. El caso está relatado con gran extensión en *Proceedings of the American Society for Psychical Research*, Vols. IX, X y XI.

nómenos de la estigmatización. Permítaseme repetir que reconozco perfectamente que puede llegar una solución, pero me parece una pena que se haya dicho tan poco acerca de estos temas en tan amplias obras como las de Gerlich y de Hovre, por no mencionar otras publicaciones menores y artículos en los que se ha discutido el caso de Teresa. Hay algunos otros puntos sobre los cuales me hubiera agradado insistir si el espacio me lo permitiera. El intenso deseo de Lukardis de tener impresas en sus propios miembros las marcas de la Pasión de nuestro Salvador, deseo que la condujo incluso a tratar de abrir agujeros en sus manos y pies por medio de gestos y ciertos actos; es un hecho sorprendente, porque esto precedió mucho tiempo al desarrollo real de los estigmas. Hay mucha belleza en la visión que acompañó a la consecución de sus ansias. Aunque era histérica, ninguno puede leer el relato sin darse cuenta de que era una mujer profundamente religiosa.

Y es digno de notarse que fué grandemente reverenciada por hermanas en religión, y se cree que tanto en vida como en la muerte obró muchos milagros. Finalmente, permítaseme observar que en cuanto a Teresa Neumann, dudas similares a las expresadas aquí han sido manifestadas vehementemente en otras partes [4]. Es especialmente digno de mencionar un artículo escrito por el Padre E. Raitz von Frentz, S. J., en la *Revue d'Ascétique et de Mystique* de abril de 1933.

4. Para adicionales y ulteriores conclusiones acerca de este caso, véanse las pp. 302-7.

CAPITULO III

PRENDAS DE DESPOSORIO

Frecuentemente se menciona en los documentos hagiográficos un fenómeno que en algunos aspectos es muy semejante al de la estigmatización, y muy diferente en otros rasgos. Se trata de la aparición de un anillo milagroso en el dedo de ciertas vírgenes de vida santa. En casi todos los casos, la manifestación externa va precedida por un éxtasis, en el cual el alma que recibe este favor cree haber tomado parte en una especie de desposorio místico con Cristo nuestro Salvador. Esta última experiencia se encuentra repetidas veces en las vidas de santas mujeres; pero en manera alguna se nos dice que la ceremonia dejara siempre tras sí ninguna prenda permanente o física de este acaecimiento. Aun cuando persiste algún recuerdo permanente de esta unión, con mucha frecuencia es puramente subjetivo; exactamente como ocurre en el caso de muchas personas estigmatizadas, que sienten el dolor de las heridas, aunque no aparezca ninguna señal exterior de estos sufrimientos. El ejemplo más conocido de un desposorio invisible es el de Santa Catalina de Siena. El año 1367, según nos dicen sus biógrafos, la santa tuvo una visión en la cual se le apareció nuestro Salvador con su bendita Madre, San Juan Evangelista, San Pablo y Santo Domingo. Nuestro Señor se dirigió a ella dándole a entender su intención de «desposar su alma a El en fe». Al punto, nuestra Señora tomó la mano derecha de Catalina y la ofreció a su Hijo; El colocó en el dedo anular un anillo de oro adornado con cua-

tro perlas y un diamante. Entonces desapareció la visión, pero el anillo permaneció en su dedo, aunque invisible a todos los ojos menos a los suyos. Raimundo de Capua, su confesor y biógrafo, nos narra cómo «Ella me dijo, aunque con timidez, haber visto siempre el anillo en su dedo, y que no dejó un momento sin percibirlo». Además, se hace una curiosa declaración en un manuscrito perteneciente a los Cartujos de Pontignano, donde se conservó como una reliquia el anular de Santa Catalina, diciendo que varias devotas personas, al venerar la reliquia, vieron el anillo sobre el dedo; aunque, en general, el anillo era invisible para todos [1].

Tal vez el mejor medio de emprender la investigación del caso será comenzando con un relato de dos casos de desposorio místico de fecha relativamente reciente. Quedo reconocido por ambos casos a la obra del Dr. Imbert-Gourbeyre [2] y, aunque como anteriormente he explicado, el escritor de referencia carece por completo de facultad crítica, sin embargo, su buena fe está fuera de duda. Cuando él aporta simplemente las palabras de otros o describe cuanto sus ojos han visto, pueden recibirse sus declaraciones con toda confianza. De las dos modernas agraciadas con este favor, la primera que menciona es Celestine Fenouil, nacida en Manosque (Alpes Bajos) en 1849. Parece que recibió los estigmas a la edad de diecisiete años; tres más tarde le fué marcado el de la corona de espinas. En 1874 tuvo lugar su desposorio místico con Jesucristo, y en esta ocasión se cree que recibió de El un anillo. Testigos oculares describen al Dr. Imbert-Gourbeyre el caso como sigue:

«Es una intensa línea roja que rodea al dedo, con pequeñas cruces que aparecen a intervalos. El engarce representa un corazón atravesado por tres espadas.

1. AA. SS., abril, Vol. III, p. 891.

2. *La Stigmatisation,* Vol. II, pp. 114-7. Cf. pp. 86-7.

Este anillo se muestra más claramente los domingos, sobresaliendo con extraordinaria brillantez. No está formada por pequeños coágulos de sangre adheridos a la piel, sino que es una marca roja acompañada de la espesura de la epidermis» [3].

Se podría presentir alguna duda acerca de la exactitud de este relato, si no estuviese confirmado por un trabajo escrito en la revista médica, los *Annales de Dermatologie* [4]. El escritor, un médico local llamado Dauvergne, vió a Celestina en pocas ocasiones después que recibió los estigmas; pero como había tanta habladuría y prejuicio en la vecindad, su madre se opuso a ulteriores visitas. Sin embargo, el Dr. Dauvergne en el mencionado estudio médico hace constar:

«Testigos de cuya veracidad no puedo dudar me aseguran que, recientemente, desde la última vez que vi a la paciente, se desarrolla todos los domingos en su dedo anular un anillo con un sello. Después, éste desaparece para manifestarse de nuevo en el mismo día y hora fijos, sin cambiar de día o interferir con la aparición de las llagas ordinarias los viernes... ¿Qué influencia patogénica se puede invocar para explicar este nuevo fenómeno? ¿Es fantasía de una joven de la que sus pensamientos están persistentemente pendientes? Y sin embargo, ella es una simple niña cuya mente está fija en la Hostia y el copón. ¿Por qué en ese caso no se desarrolla una imagen de ellos en su pecho? ¿O podemos creer que Jesucristo ha escogido este medio para señalar a su escogida esposa? La imaginación y la ciencia se pierden en inextricable confusión cuando estudiamos manifestaciones de este género».

En el caso de Celestine Fenouil, el Dr. Imbert-Gou-

3. Imbert-Gourbeyre, II, p. 114. El declara que este relato le fué enviado en 1876.

4. Desgraciadamente, no he podido ver esta revista. He tenido que copiar el extracto que da Gourbeyre.

beyre no pudo comprobar los hechos por sí mismo; pero en el de Marie-Julie Jahnney, de cuyos estigmas ya hemos hablado, se le dieron todas las facilidades para una inspección personal. Marie-Julie, entonces de unos treinta y tres años, presentó en sucesivas etapas los variados fenómenos de la estigmatización, empezando en marzo de 1837. Estos fueron coronados en febrero del siguiente año por la aparición de un anillo místico, un aro de rojo vivo rodeando el anular de la mano derecha. Después de cuatro horas de intervalo, la aparición fué mejorada por la adición de tres puntos negros en el lugar donde lógicamente se buscaría el sello del anillo; pero algo más tarde, el círculo se transformó en un diseño de puntos y rayas, un facsímile del cual nos da el Dr. Imbert-Gourbeyre (*La Stigmatisation*, II, p. 86). La primera aparición del anillo a Marie-Julie se le dió a conocer formalmente algún tiempo antes y, durante el éxtasis, habló de los próximos desposorios místicos, declarando que, cuando tuviesen lugar, deberían estar testigos presentes. El día señalado fué el 20 de febrero de 1874 y el Dr. Gourbeyre explica que tiene en su poder una carta de su confesor, el Abate David, escrita en enero, que anuncia definitivamente esta fecha. El viernes 20 de febrero ocurrió todo tal como se había anunciado, y dos días más tarde, dice el Dr. Gourbeyre, yo recibí la siguiente carta:

«¡Alabado sea Dios! Ayer tuvimos el día más consolador que puede imaginarse. Todo lo anunciado de antemano se realizó... De acuerdo con las instrucciones del Monseñor (el obispo), hice de antemano las preparaciones. Había catorce hombres para actuar de testigos: siete de Blain; uno de Cambon; dos de Grâve; tres de Nantes enviados de la catedral; y uno de La Fraudais (la aldea en que Marie-Julie residía). A las ocho y media teníamos la seguridad de que las llagas estaban completamente secas; el anular de la mano derecha, sano, pálido como la muerte, pero sin trazas

de anillo. A las nueve todas las llagas (estigmas) empezaron a sangrar. Un cuarto de hora más tarde observamos que el dedo empezaba a hincharse y enrojecer bajo la piel. Hacia las diez menos cuarto la sangre empezó a correr por la superficie superior y la inferior del dedo, y vimos que gradualmente tomaba la forma de anillo. Ahora está claramente marcada para toda su vida... Monseñor está lleno de entusiasmo» [5].

Escribiendo en 1894 el Dr. Imbert-Gourbeyre observa: «Marie-Julie conserva hasta hoy su anillo. Yo la vi de nuevo en 1891, todavía tenía un anillo hecho en los tejidos carnosos (*tourjours fait dans les chairs*), como un anillo de coral rojo que se ha hundido debajo de la piel».

Con esta prueba definitiva ante nosotros acerca de la realidad de tales sucesos en tiempos modernos, resulta difícil rechazar como mera fábula una veintena de incidentes similares que están descritos en los documentos hagiográficos de fechas anteriores. Entre la más digna de subrayar es la serie de místicos desposorios narrados en la Vida de Santa Verónica de Giuliani. Tenemos su propia narración de los sucesos, escrita por ella misma en varias ocasiones, por deferencia, con la mayor repugnancia, a los mandatos de sus confesores y de otras autoridades eclesiásticas. Describe los desposorios como iniciados el día de Pascua de Resurrección, 11 de abril de 1694, y renovados varias veces; es también ella nuestra autoridad acerca del cambio de forma y figura de los anillos que durante estas visiones [5 bis] recibió de las manos de nuestro Salvador. Sin embargo, lo que aquí más nos interesa, no son las impresiones de la Santa o lo que ella vió, sino más bien lo que vieron otros después de trascurrido el éxta-

5. *Ibid.*, p. 116.

5 bis. Véase por ejemplo Pizzicaria, *Un Tesoro Nascoto ossia Diario di S. Veronica Giuliani,* Vol. I, p. 345, nota. Cf. pp. 258, 369, 389.

sis y vuelta a su estado normal. De ordinario parecía que nada hubo perceptible, pero se dan al mismo tiempo durante el proceso de canonización, dos testimonios definitivos prestados bajo juramento por sus hermanas en religión. La Hermana María Spanaeciani depuso que en una ocasión, cuando era novicia, vió claramente su anillo. Este rodeaba al anular exactamente lo mismo que los anillos ordinarios. Por la parte exterior parecía como una piedra sobresaliente del tamaño de un guisante, y de color rojo, lo que me inspiró miedo y veneración, como ocurre cuando se ve algo sobrenatural o milagroso. Varias veces estuve a punto de preguntarle qué era aquello, pero nunca me atreví a hacerlo; entretanto el semblante de la sierva de Dios se hacía luminoso y radiante como si estuviese en una especie de rapto, y resultó que así era, pues yo le hice varias preguntas y nunca contestó a la cuestión de que se trataba. Sin embargo, era de notar que cuando pocas horas más tarde miré cuidadosamente a su mano, no había allí anillo o joya; y ahora que aquello había desaparecido, ya era la misma de antes y capaz de dar contestación adecuada a mis preguntas [6].

Aún es más valioso el testimonio de la santa monja Florida Ceoli, confidente de la Santa, y candidata ella misma para la beatificación. Conforme a su relato, el anillo no era visible ordinariamente, pero lo era a veces. Sor Florida fué encargada por el Padre Tassinari y Padre Crivelli que observara cualquiera de tales manifestaciones.

«Yo sé, como también he oído a nuestros confesores, que esta sierva de Dios estaba desposada con nuestro Señor, y muchas veces he sido encargada por nuestras autoridades que me asegurase si había alguna señal exterior del anillo de desposorios. En tiempo del

6. Salvatori, *Life of S. Veronica Giuliani*. Serie Oratoriana, trad. inglesa, p. 109.

Padre Tassinari vino ella cinco o seis veces a mi celda para que la examinara el dedo de su mano derecha, en el cual debería llevar el anillo, y otras veces, yo hice el examen en su celda. Cada vez que yo palpé su dedo exactamente donde estaría el anillo, noté muy claramente un pequeño círculo debajo de la epidermis y también pude ver que había una marca alrededor del dedo, del tamaño y color de una vena, pero muy dura.

Cuando el Padre Crivelli estuvo aquí, me llamó un día al confesonario cuando Sor Verónica se encontraba allí y me dijo que palpara cuidadosamente su dedo y le dijera lo que encontraba. Así lo hice diciendo que sentía claramente un círculo. Recuerdo una vez que estaba hablando con ella; repentinamente me di cuenta del círculo sobre su dedo y dije inpensadamente: «¡Oh, Jesús! ¿qué ha hecho usted a su dedo?». Entonces me acordé de lo que ya había ocurrido y, tomando su mano, dije: «¿Tiene usted esta nueva gracia de nuestro Señor, y no me lo había dicho?». Ella retiró su mano y la ocultó sonrojada diciendo: «Precisamente, piense si es verdad».

En otra ocasión observé que justamente donde debería estar la piedra preciosa en un anillo, había un pequeño bulto como una joya blanca y amarilla de color, y del tamaño de una haba pequeña. Esto duró varios días. Nuestro Señor renovó estos Desposorios y le dió algunas veces el anillo que ella llamaba el Anillo de Amor de la Cruz. Con este último se le daba a conocer lo que tenía que sufrir. Todo esto lo vi yo misma, y di cuenta de ello a los varios directores» [7].

No puede haber duda posible de la buena fe de esta extremadamente escrupulosa y sincera hermana, y como su testimonio está completamente de acuerdo con otras muchas pruebas del mismo género, tenemos buena

7. El testimonio de la Abadesa, Florida Ceoli, en el proceso de canonización. *Summarium de virtutibus*, p. 166, § 58.

razón para creer en la validez objetiva del hecho comprobado concordemente por la vista y el tacto.

Pero probablemente el caso más interesante de todos los desposorios místicos acompañados de fenómenos físicos y externos, es el de Santa Catalina de Ricci. Todas las pruebas pueden hallarse a mano en el impreso *Positio super Virtutibus*, un ejemplar del cual puede encontrarse en el *British Museum Library*. Cuando el caso se llevó a la Sagrada Congregación de Ritos, el Promotor de la Fe fué el célebre Prosper Lambertini, aún mejor conocido más tarde como Papa Benedicto XIV. La cuestión del anillo de Santa Catalina le llamó particularmente la atención y puso algunos reparos a los que contestó en detalle el Postulador de la Causa.

Hay que observar que Santa Catalina nació en 1522 y murió en 1589. Desgraciadamente, hasta 1614 no tuvo lugar el primer examen jurídico de testigos con referencia al proceso de la causa de beatificación. Como el anillo empezó a manifestarse primeramente en abril de 1542, era prácticamente imposible que pudiese estar viva ninguna de las monjas que formaban parte de la comunidad, para dar testimonio en 1614, setenta y dos años más tarde. Pero el fenómeno se manifestó, por lo menos con intermitencias, durante la vida de Catalina, y aparte de testimonios escritos y de segunda mano, algunos pocos testigos pudieron dar fe de lo que vieron. Unas pocas notas acerca de esta prueba, aparentemente algo en desacuerdo, pueden no ser inaceptables.

La Hermana Dorotea Vecchi, de 83 años, depuso que ella misma había visto el anillo, y lo describe como teniendo un bulto de oro, pero en el lugar del sello una protuberancia en la carne del dedo.

La Hermana María Magdalena Ricasoli, de 86 años de edad, había visto dos veces el anillo: una vez cuando era niña, pero de esta ocasión ella recordaba poco o nada; la segunda vez, después de la muerte de la Santa. Entonces, cuando el cuerpo estaba colocado ante el altar, vió claramente, y hasta que el cadáver fué

sepultado, continuó viendo una marca lívida (*un livido*) alrededor del dedo índice de la mano izquierda.

Donna Isabella de'Bonsignori, de 50 años, vió un día la mano de la Santa en la puerta del convento, no mucho antes de su muerte. Había un anillo en el índice de su mano izquierda —por lo menos tenía forma de anillo—, pero a ella le parecía enteramente de carne levantada como una arruga. La Santa, dándose cuenta de que sus ojos estaban fijos en su anillo, escondió inmediatamente la mano debajo del escapulario.

La Hermana Angela Arrighetti, de 58 años, vió una vez un brillo extraordinario que salía de un dedo de la Santa cuando levantó la mano estando orando en la capilla. El resplandor la deslumbró tanto que no pudo ver qué clase de anillo era.

Donna Dianora, esposa de Paúl de Salis, de 60 años, lo notó dos años antes de la muerte de Catalina. Y fué en ocasión en que la Santa, para descansar, puso la mano en la reja. Era un anillo de oro, muy brillante. Se preguntaba a sí misma qué sería aquel anillo, pero pensó que tal vez las superioras y prioras usaban tal distintivo.

La Hermana Elizabeth Dardanelli, de 67 años, vió un círculo rojo alrededor del dedo.

La Hermana Serafina Baroncelli, de 77 años, advirtió el anillo cuando niña, antes que ella entrara en la Orden. Por media hora estuvo ante sus ojos cuando fué enviada al Escritorio, y Catalina la tomó por la mano. Era una anillo de oro con una piedra blanca brillante, «tanto que me podía ver reflejada en el mismo» (*che io mi specchiavo dentro*).

La Hermana Serafina Strozzi, de 43 años, contempló el anillo siendo niña. Era como un pliegue de carne del dedo en forma de un anillo.

Esto agota prácticamente la lista de testigos *de visu*. Desde el punto de vista de prueba, sin embargo, los más valiosos testimonio aducidos en el proceso de canonización fueron los documentos escritos. Uno era una copia de una carta del Padre Tomás Neri, Dominico,

en 1549. El otro, un extracto de ciertas notas sobre la vida de Catalina, que habían sido compiladas por la Hermana María Magdalena Strozzi, su compañera privilegiada y enfermera suya. El Padre Neri quedó evidentemente muy impresionado por el relato que había conseguido de las maravillosas manifestaciones a que Catalina estaba sometida, y su carta estaba escrita hacía mucho tiempo, cuarenta años antes de la muerte de Catalina, y siete años después que tuvieran lugar los místicos desposorios. Ella repite con algún detalle la historia de la visión de Catalina deteniéndose en pormenores como éstos:

«Entonces Jesús tomó de su mano izquierda, y del dedo junto al dedo meñique, un anillo como el descrito arriba (a saber, un anillo de oro adornado con un magnífico diamante y esmaltado en rojo), y mientras la Reina del Cielo continuaba sosteniendo la mano de Catalina, Jesucristo colocó este hermosísimo anillo en el dedo llamado índice, el siguiente al dedo medio de su mano izquierda, diciendo: «Yo te doy esto en prenda de que tú serás siempre mi esposa, y en prenda de que tú nunca te dejarás arrastrar del mal humor en nada», y añadió: «Ahora, tú eres realmente mi esposa». Entonces Jesús la besó en la boca, y nuestra Señora, al momento e igual lugar hizo lo mismo; Catalina, excusándose a Jesús de que no tenía palabras para agradecerle conforme a los deseos de su corazón, solamente dijo: «Señor mío, yo te doy gracias porque te has dignado tomar esta miserable criatura por Esposa Tuya».

Sin embargo, los detalles que particularmente nos interesan en esta investigación, se encuentran en el siguiente pasaje. Hay que recordar que los desposorios tuvieron lugar durante un éxtasis el Domingo de Pascua:

«Dentro de la quincena de Pascua, el verdadero anillo, esto es, el anillo de oro con su diamante, fué visto en distintas ocasiones por tres Hermanas verdaderamente santas, siendo cada una de más de cuarenta y cinco años de edad. Una fué la Hermana Potenciana de Florencia; la segunda, Hermana María Magdalena de Prato (ésta fué María Magdalena Strozzi, que dejó el relato manuscrito de su amada Madre Catalina); la tercera, Hermana Aurelia de Florencia, según afirman los Superiores de nuestra Provincia.

Su superior mandó a la santa virgen (Catalina) que pidiese un favor a Jesucristo; El otorgó el favor de que todas las Hermanas viesen el anillo o, por lo menos, una imitación semejante al mismo; que por tres días continuos, esto es, el lunes, martes y miércoles de la semana de Pascua, todas las Hermanas vieron en el dedo que sigue al medio de la mano izquierda, y en el lugar en que se decía estaba el mismo [8], el cual era un rombo rojo (*quadretto*) que representaba la piedra o diamante, y asimismo vieron, en lugar del anillo, un pequeño círculo rojo alrededor del dedo; afirmó Catalina que ella nunca había visto de la misma manera que sus Hermanas, porque ella siempre vió el anillo en oro y esmalte con su diamante. También fué visto el anillo de igual manera como enrojecimiento de la carne, durante todo el día de la Ascensión de 1542, y también el día de Corpus Christi, en que iba acompañado del más maravilloso perfume que percibieron todos» [9].

Sigue observando el Padre Neri que este enrojecimiento del dedo no podía atribuirse a ninguna pintura o colorante, porque el día de Corpus Christi, como él cuenta, Catalina fué llevada a la iglesia para que el gobernador de la ciudad pudiese ver este admirable pequeño círculo rojo. Pero en su presencia desaparecieron

8. Un rombo rojo (*quadretto*) para representar la piedra o diamante, y vieron de la misma manera un pequeño círculo alrededor del dedo en lugar del anillo.

9. S. Cong. Rituum, *Positio super Virtutibus, Summarium,* p. 352. Cf. *Responsio ad animadversiones,* p. 79.

todas las señales, aunque inmediatamente después se manifestó de nuevo a las monjas.

Con respecto a la afirmación del Padre Neri de que tres de las monjas de más edad tuvieron el privilegio de ver el verdadero anillo de oro y esmalte rojo, es curioso que no se encuentre, al parecer, confirmación de ello en las propias notas de la Hermana María Magdalena Strozzi, aunque ésta es una de las tres Hermanas mencionadas. Lo que dice con mucha claridad es que durante tres días de Pascua había un círculo rojo alrededor del dedo de Catalina, que ella describe como un anillo «entre piel y piel» [10], correspondiendo exactamente a lo que el Dr. Imbert-Gourbeyre dice de Marie-Julie: «que su dedo parecía como si un anillo de coral rojo se hubiese metido en la carne». Además, las notas de la Hermana María Magdalena dan la curiosa y tierna impresión de su solicitud para que Catalina no llegase a ser víctima de alguna astucia del demonio. Ella acudió a su confesor acerca del asunto, y juntos hicieron experiencias con cinabrio y otros pigmentos, pero vieron que no podían producir nada parecido al enrojecimiento del dedo de Catalina. Entonces la Hermana María Magdalena acudió a la misma Catalina, y parece que le habló francamente de sus dudas y escrúpulos. Ella insistió en que estas manifestaciones anormales eran contrarias al espíritu y tradiciones del convento, siendo peligrosas para la humildad y aquel deseo de pasar inadvertida que era tan importante en la vida religiosa. Catalina convino en ello, y estaba encantada de dejarle hacer lo que quisiera para hacer desaparecer la marca. Ella se declaró culpable, y pidió perdón por ser causa de tanto trastorno e inquietud de ánimo en el resto de la comunidad. Así, pues, la Hermana Ma-

10. «Li appare nella mano manca nel dito indice un circolo rosso fra pelle e pelle che pareva il vero anello e circondava tutto il dito e nella mezzo si allargava a uso di pietra quadrata». *Process,* p. 195.

ría Magdalena puso el dedo en su boca para ver si la marca roja tenía algo de gusto, y también lo metió en agua y trató de limpiar la marca con jabón; naturalmente, todo ello no produjo efecto alguno. Por otra parte, Catalina declaró con absoluta sencillez que ella vió sobre su dedo un anillo de oro con su punteado diamante, y que no pudo ver otra cosa. «Yo tengo que creer», le dijo a su amiga, «cuando tú me dices que simplemente percibes una marca roja» [11]. El hecho de que Santa Catalina vió continuamente el anillo y su piedra con sus ojos corporales, y no pudo ver el círculo rojo, está definitivamente mencionado en la carta del Padre Neri en 1549.

Los hechos son verdaderamente enigmáticos. Al parecer, hay pruebas abrumadoras de que en ciertas ocasiones aparecían en el dedo de Catalina una marca roja y un rombo de diamante de manera que no podían ser percibidos por todos. También parece cierto que ella vió siempre con sus ojos corporales en aquel dedo un anillo de oro con un diamante, pero yo no puedo estar convencido de que el testimonio aducido sea suficiente para comprobar el hecho de que el anillo de oro fué realmente visto por otros, además de ella. Se dan tantos y tan bien probados casos de irradiación sobrenatural saliendo de los semblantes, manos y vestidos de los místicos cuando están arrebatados en éxtasis, que podemos convenir fácilmente que esto ocurrió probablemente en el caso del dedo de Catalina. De ser así, los testigos fortuítos podían haberse persuadido muy bien de que en medio de este brillo discernían el anillo de oro y el diamante de que anteriormente habían oído

11. Catalina dijo a la Hermana María Magdalena: «Perdonate mi, Madre mia, ancor'io hò à essercitare la virtù della fede; che voi dite che mi vedete al dito un ciccolo rosso, é bisogna che io ve lo creda; perche io non lo veggio in cotesto modo, ma vegho un bel diamante legato in oro». Process, Summarium, pp. 195-6.

hablar. Solamente se puede decir que la prueba no es suficiente para que nos permita llegar a una conclusión definitiva.

Los otros ejemplos registrados acerca de anillos de desposorios místicos parecen ser de la misma condición [12]. En el caso de la Venerable Giovanna Maria della Croce (Bernardine Floriani), abadesa de las Clarisas Pobres de Roveredo, que había recibido de nuestro Salvador en 1644 un anillo de desposorio con cinco diamantes, no hubo nada que exteriormente pudiese atraer la atención de los observadores. Pero una de sus más devotas subordinadas, la Hermana Ursula, que muchas veces encontraba un pretexto para besar la mano de esta venerada superiora, experimentaba en ello intensa emoción espiritual. Además, cuando sus labios se ponían en contacto con el dedo anular, ella se daba cuenta de la aspereza sugestiva de las puntas de un anillo de brillantes. Hizo algunas reflexiones acerca de este extraño hecho a la misma Madre; pero Giovanna, inmediatamente, le impuso silencio acerca de ello, y posteriormente nunca más quiso permitirle besar su mano. Sin embargo, parece que la noticia se extendió a otros miembros de la comunidad. Cierta Hermana llamada Francesca, con la connivencia del confesor, trató de poner un anillo en aquel mismo dedo, pero vió que era imposible empujar más allá de la segunda falange. Se renovó el intentó después de la muerte de Giovanna, pero la base de su dedo estaba tan inflamada que, no obstante emplear un anillo mayor, fué imposible meterlo en su sitio [13].

En el caso de Marina de Escobar, de quien también se dice que durante un éxtasis había recibido un anillo de desposorios de nuestro Señor, el anillo era tan claro para sus ojos corporales que lo cubría con una tela para ocultárselo a ella misma. Esta vivida y sensible comprobación de su presencia, sin embargo, duró sólo pocos días y, en adelante, sólo la veía ocasionalmente y a intervalos. Ninguna otra persona fuera de ella se sabe que lo viese [14].

Finalmente se puede hacer una breve mención del anillo de Columba Schonatch en 1763. Aquí se nos cuenta que se manifestó un anillo material de color rojo. Se dijo que el Provincial de los Dominicos había visto un anillo radiante de luz en medio del dedo de su mano izquierda. Se añade que ella lo limpió con agua y trató de cortarlo con un cuchillo, pero no pudo conocer de qué material era [15]. Sin embargo, hay que confesar que todos estos detalles no parece que descansan en una prueba muy satisfactoria.

12. Santa Colette (1381-1447) tuvo un anillo presentado a ella y colocado en su dedo por San Juan Evangelista en nombre de nuestro Señor como prenda de desposorio. Este anillo se podía sacar. Su confesor Pedro de Vaux, que nos cuenta la historia del anillo en la Vida que escribió él de su penitenta, viajó a Roma con el anillo. Otros lo tuvieron en sus manos y los joyeros trataron de añadir otros metales al mismo. Cf. AA. SS., marzo, Vol. I, pp. 554D, 610D.

13. B. Weber, *La Vénérable Mère Jeanne-Marie de la Croix,* Trad. francesa, pp. 372-3.

14. De la Puente, *Vida Maravillosa de la Venerable Virgen Doña Mariana de Escobar* (Madrid, 1766), I, p. 91.

15. J. Heel, *Die hochbegnadigte Ordensschwester Columba* (1880), pp. 128-39. La historia acerca del Provincial está basada en el testimonio del tío de Columba, que declaró que lo había sabido del Provincial en aquel tiempo.

CAPITULO IV

TELEQUINESIA

Este libro no intenta sentar una teoría acerca del origen o la naturaleza de los fenómenos discutidos, ni aun defender su carácter sobrenatural. Mi misión consiste simplemente en el de un *bureau de constatation*: cernir las b ienas pruebas de las malas, separar el grano de la p. ja. Mi pretensión, sin embargo, es que en el estado místico ocurren realmente cosas que son irreconciliables con las leyes naturales tal como se entiende comúnmente y, además, que de tales fenómenos existen mejores pruebas publicadas en nuestros documentos hagiográficos que todas las que hasta el presente hayan sido presentadas por los espiritistas. Desde este punto de vista es de desear la insistencia acerca del punto de que la Iglesia nunca ha declarado, por ejemplo, que la suspensión de un hombre en el aire es un hecho milagroso admisible ya como prueba definitiva de santidad. Como el *Promotor Fidei* urgía en uno de los procesos de beatificación al cual tendremos ocasión de referirnos, «estos carismas y favores sobrenaturales alegados son comunes lo mismo en los buenos que en los perversos y no pueden ser aceptados para validar una prueba incompleta de vida y conducta virtuosas» [1].

Telequinesia es un término conveniente introducido

---

1. *Animadversiones* del *Promotor Fidei*, Luduvicus de Valentibus, en la causa de la Ven. Sor Domenica dal Paradiso (1755), pp. 5-6.

los últimos años en la discusión de los fenómenos psíquicos, y es definida por el *Oxford English Dictionary* como «movimiento de un cuerpo alejado, o movimiento en él, que ocurre a distancia del motivo, causa o agente, y sin conexión material con el mismo». Algunos escritores han empleado esta palabra en un sentido más amplio y vago, *v. g.* por F. W. Myers en su *Human Personality*, pero cae estrictamente bajo esta definición el tipo particular de fenómenos que aquí me propongo explicar. Es la alegada transferencia de la Hostia, a través del aire, por algún agente desconocido desde el altar o de las manos del oficiante sacerdote a los labios del que espera comulgar.

Apenas si es necesario decir que la prueba de tales ocurrencias requiere un examen cuidadoso; porque mientras por una parte sería indudablemente duro rechazar a *priori* la posibilidad de maravillas de este género, es cierto por otra que el fraude y la ilusión histérica se han valido con frecuencia de manifestaciones similares para asentar una muy mal merecida reputación de santidad.

La célebre Magdalena de la Cruz (1487-1560), una monja que por muchos años fué venerada como santa en toda la Península ibérica —tanto que era invitada a bendecir las ropas de bautismo preparadas para el infante príncipe, más tarde Felipe II— no sólo se creyó que tenía estigmas; que vivía sin alimentarse, excepto con el Santísimo Sacramento, y poder ser elevada en el aire durante algunos de sus éxtasis, sino también se afirmaba que recibía milagrosamente la Sagrada Comunión. Se nos dice que más de una vez, cuando el número de partículas del copón habían sido contadas cuidadosamente, cuando el sacerdote lo inspeccionaba de nuevo, halló que faltaba una; mientras tanto Magdalena había exhibido una hostia sobre su lengua, que había venido a ella nadie sabe cómo. Durante el reinado de Felipe II, otra no menos célebre pseudomística española, María de la Visitación, fué acusada de fraude o ilusión muy análogos claramente reconocidos por

ella. En ambos casos intervino finalmente la Inquisición e impuso severa penitencia a las culpables. De tiempos más próximos a nosotros data la sensación causada por las «milagrosas» comuniones de Palma Matarrelli d'Oria. Parece cierto que Pío IX, después de leer los informes que le presentó la Congregación del Santo Oficio, estaba convencido de que todos los fenómenos Eucarísticos eran fraudulentos. «Lo que Palma está haciendo», dijo a Mgr. Barbier de Montault, «es obra del demonio, y sus pretendidas comuniones milagrosas con hostias tomadas de San Pedro, son puro engaño. Todo ello es una impostura y tengo pruebas en el cajón de mi oficina. Ella ha infatuado a una multitud de almas crédulas y piadosas». Ciertamente el relato que da el Dr. Imbert-Goubeyre en su libro *Les Stigmatisées* acerca de la Comunión de Palma en medio de la conversación que sostenía con el canónigo de Angelis, basta por sí mismo para suscitar una vehemente sospecha de prácticas fraudulentas.

Me encontraba sentado, de sesgo a Palma, hablando al canónigo frente a mí cuando sentí un golpe suave en mi antebrazo. En el mismo instante se arrodilló el canónigo. Me volví para mirar a Palma, y la vi con los ojos cerrados, sus manos juntas, su boca abierta, y sobre su lengua advertí una hostia. Inmediatamente me arrodillé, adoré y la observé. Palma sacó aún más su lengua, como si intentara hacerme ver claramente la hostia; luego la deglutió, cerró su boca y permaneció profundamente recogida en su silla [2].

Parece que ha habido muchísimos casos que llamaron la atención pública a las alegadas manifestaciones de esta clase, y en los que la Santa Sede, combinando en tiempos pasados la autoridad civil y religiosa, castigó con severas penas a quienes dentro de los Estados de la Iglesia, después de una investigación, resultaron culpables por engaño a los fieles crédulos

2. Vol. 123, pp. 541-2.

valiéndose de supuestos milagros. En los *Annali Universali di Medicina* de 1847 [3] se menciona a cierta Vittoria Biondi, que en tiempo del Papa Benedicto XIV pretendía haber recibido los estigmas, haber permanecido por mucho tiempo sin tomar alimento y comulgar sobrenaturalmente. Parece que las autoridades irrumpieron por sorpresa en su habitación y hallaron varias pequeñas hostias cuidadosamente ocultas que colocaba diestramente sobre su lengua, alegando que había recibido la comunión por medio de un ángel. Después de una completa confesión de sus imposturas obtuvo el perdón y fué tratada con indulgencia; pero se le hizo una declaración de las culpas de que había sido acusada y su sentencia condenatoria fué publicada bajo el título «Notificazione di affettata Santitá».

Nada mejor podemos hacer que empezar nuestro examen de los casos mejor conocidos, citando el testimonio del santo Cura de Ars, varón cuya veracidad y buena fe difícilmente parecerán dudosas aun al más resuelto escéptico. En uno de sus catecismos públicos, el buen Párroco, como observa su biógrafo, habló así acerca de la presencia real:

«El otro día vinieron aquí dos ministros protestantes que negaban la presencia real de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Yo les dije: «¿Creéis que un trozo de pan puede destacar por sí mismo y, espontáneamente, colocarse sobre la lengua de una persona que se acerca a recibirlo?» «No». «Entonces eso no es pan».

Un hombre tenía dudas acerca de la presencia real. El se decía, ¿qué sabemos acerca de eso? Eso no es cierto. ¿Qué es la consagración? ¿Qué es lo que ocurre en el Altar en aquel momento? Pero él deseaba creer, y rogaba a la Santísima Virgen que le consiguiese el don de la fe. Ahora, escuchad bien lo que os voy a narrar. Yo no digo que esto ocurriera en *una u otra parte*; digo que esto me ocurrió a mí. Cuando aquel hombre se presentó a recibir la Sagrada Comunión, la Sagrada forma se separó espontáneamente de mis dedos estando a buena distancia de él, y fué a colocarse sobre la lengua de aquel hombre» [4].

3. *Monnin, Life of the Curé de Ars,* vol. II, p. 394.

Dos siglos antes encontramos que en otro famoso sacerdote francés, apenas menos universalmente venerado por su santidad, se obró la misma experiencia. En el año 1637-1638, Mons. Olier, el fundador de San Sulpicio, pasó algunos meses en Nantes. Había estado seriamente enfermo y, a invitación de la Reverenda Madre, se hospedó en la casa del jardinero del Convento de la Visitación de aquella ciudad. Entre otros miembros de la comunidad por aquel tiempo, figuraba una santa monja, François e Madaleine de la Roussière, cuya memoria informa fué impresa algunos años más tarde. Allá aparece el siguiente pasaje:

«Nuestro Señor acostumbraba manifestar de una manera inconfundible el placer que sentía al visitar esta alma. Esto lo sabemos por muchos sacerdotes que le dieron la Comunión, entre otros por el finado Abbé Olier, quien, estando en la ciudad y alojándose en la pequeña casa de nuestro jardinero, celebró con frecuencia la misa en nuestra iglesia y distribuyó la Sagrada Comunión a la comunidad. Un día preguntó a nuestra Reverenda Madre, Mère de Bressand, cuál era el nombre de una de las hermanas que tenía un lunar rojo en su cara (era una marca que ella tenía de nacimiento); después de oír su nombre advirtió que ella debía ser un alma muy santa, porque la Sagrada Hostia se separó de sus dedos y fué espontáneamente a la boca de aquella amada hermana. Otro eclesiástico, Rector de la parroquia del Norte y que todavía vive, dijo que la monja con la marca en su cara era ciertamente una san-

4. Monnin, *Life of the Curé d'Ars,* vol. II, p. 394.

ta, y lo creía así, por haber visto a la Sagrada Hostia volar a su boca cuando estaba dando la Comunión»[5].

Es probable que M. Olier hubiera tenido ya alguna referencia de sucesos similares dada su íntima amistad espiritual con la extática dominica, Madre Agnes de Jesús, que, como muchos Santos canonizados, se cree haber recibido milagrosamente repetivas veces la Comunión por manos de ángeles o bienaventurados del cielo. En vista de que para la mayor parte de estas Comuniones no poseemos otra prueba que la persuación subjetiva de la interesada, de que ella ha sido favorecida en esa forma, cuya manifestación confiable puede ser discutida, no me propongo discutirla aquí sino cuando de otras fuentes venga una confirmación independiente. Por lo menos, para una de las milagrosas Comuniones de la Madre Agnes de Jesús, tenemos la declaración de M. Martinon, arcipreste de Langeac, que habiendo rehusado permitir a la Madre Agnes que comulgara en su Misa, supo después por ella misma haber comulgado por manos de un ángel, por lo que yendo a examinar el copón donde claramente recordaba haber dejado cuatro formas, se encontró con que no restaban más que tres[6]. Pero sin detenernos más en ejemplos franceses, retrocedamos tres siglos al célebre caso de Santa Catalina de Siena. Nuestro principal testigo es el dominico Beato Raimundo de Capua[7] y confesor de Santa Catalina; más tarde General de la Orden. Sus escritos dejan una fuerte impresión de un espíritu naturalmente sobrio y escrupulosamente veraz, aunque, claro es, como otros hombres de su época, creía fácil en la intervención del demonio y de otros agentes sobrenaturales en los asuntos humanos. Sin

5. Vie de Monsieur Olier (1853), vol. I, p. 204.

6. Lantages et Lucot, Vie de la V. Mère Agnès de Jésus (1863), vol. II, p. 354.

7. Fué beatificado por León XIII, en 1899.

embargo, antes de pasar al relato detallado que nos ha dejado de su propia experiencia, en relación con las Comuniones de Santa Catalina podemos exponer brevemente el testimonio del Padre Bartolomé Dominic en el proceso de canonización[8]. Su relato trae inmediatamente a la memoria las impresiones recibidas tantos cientos de años más tarde por M. Olier, el Cura de Ars y de otros a quienes nos referimos más tarde. Cito de la *Life of Sta. Catherine,* por la Madre Francis Raphael:

«Fr. Bartolomé Dominic nos dice en su deposición que él le dió frecuentemente la Sagrada Comunión; que muchas veces, en el momento de hacerlo, la Hostia se agitaba, por decirlo así, en sus dedos escapando espontáneamente de ellos. «Al principio esto me turbó —dice— porque yo temía que la Hostia hubiese caído al suelo; pero parecía que volaba a su boca. Varios me dijeron que les había ocurrido lo mismo al darle la Sagrada Comunión»[9].

No es menos sorprendente lo que sigue:

«Yo le vi con frecuencia comulgar (dice Francesco Malevolti, otro testigo en el proceso) y siempre en éxtasis; y también cómo cuando el sacerdote estaba a punto de darle el Cuerpo de nuestro Señor, antes de acercarse a más de un palmo de ella, la Sagrada Hostia, como una flecha salía de sus manos lanzada a la boca de la santa virgen. Un hombre docto llamado Anastasio de Monte Altino también observó esta sorpredente circunstancia, y la introdujo en ciertos versos que compuso acerca de

8. Madre Francis Raphael (A. T. Drane) entre los biógrafos de la Santa, casi sólo ella tuvo acceso a la copia de los documentos del proceso.

9. A. T. Drane, *Life of St.* Catherina (edic. 1915, II, p. 41).

cosas tocantes a ella por haberlo oído y visto personalmente» [10].

El relato del Beato Raimundo de Capua acerca de las Comuniones de Santa Catalina es demasiado largo para trasladarlo íntegro, y aun la Madre Francis Raphael no lo reproduce en su totalidad. Además es lamentable que no se pueda exponer la historia en los términos mismos con que él narra; porque en cada sentencia evidencia el deseo inconsciente de decir la verdad y evitar la exageración [11].

Ante todo explica cómo en una ocasión, de vuelta de Avignon, viajaba él con Santa Catalina y llegaron a Siena, completamente deshechos por la fatiga, el día de San Marcos. No era muy tarde en la mañana para celebrar el Santo Sacrificio; así, pues. para satisfacer su intenso deseo de recibir la Comunión, vistió sus ornamentos y procediendo a celebrar la Misa, consagrando una hostia pequeña para ella que estaba en el corporal frente a él. Cuando volvió para dar la absolución general antes de comulgar, vió su semblante radiante, transformado por la luz. Estaba casi subyugado por el espectáculo y, al enfrentarse una vez más con el altar para tomar la sagrada partícula, suspiró mentalmente diciendo: «¡Ven, oh, Señor, a tu esposa!».

10. T. Drane, *Life* II, p. 76. Desgraciadamente no tengo acceso al original de este pasaje. Lo que la Madre Francis Raphael traduce como «antes que se acercara a más de un palmo de largura de ella», debe decir, creo yo, que la partícula voló de los dedos del sacerdote cuando su mano estaba todavía a un palmo de distancia (diez u once pulgadas) de sus labios.

11. Es curioso, y tal vez significativo, que la mente de Raimundo estuviese preocupada de esta posibilidad por su conexión en fecha anterior con la vida de Santa Inés de Montepulciano. (Vid. AA. SS. sep., vol. VIII, pp. 113F, 114A y también AA. SS., abril, vol. II, p. 795D.

«Apenas vino a mi mente este pensamiento —continúa diciendo— cuando la Sagrada Hostia, antes que yo le tocara, como claramente vi, se movió hacia adelante en una distancia de tres pulgadas o más, viniendo al lado de la patena que yo tenía en mi mano» [12]. «No puedo decir —nos dice Raimundo— si la partícula saltó sobre la patena». El estaba demasiado sobrecogido por lo observado para darse cuenta o recordar exactamente. Pero después de citar las palabras «Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, conoce y es testigo de que no miento», repite solemnemente: «Yo sé y estoy cierto de que vi moverse por sí misma a la Sagrada Hostia sin intervención de nadie, y venir hacia mí». En otra ocasión, que al parecer pertenece a la primera época en que el Beato Raimundo conoció a Santa Catalina, él estaba esperando para comenzar la misa hasta que la Santa —estaba enferma— pudiese venir a la iglesia. Finalmente recibió el recado de que no podría tomar la comunión, por lo que dedujo que no había salido de casa; por tanto empezó la Misa creyendo erróneamente que ella no estaba presente. Sin embargo, lo estaba de hecho en el último extremo de la iglesia, donde él no podía verla o no la vió.

Después de la consagración y el *Pater noster* —dice Raimundo— procedí conforme a las rúbricas a dividir la Hostia. En la primera fracción, en lugar de separarse en dos porciones, se dividió en tres: dos grandes y una pequeña, la cual me pareció de la largura de una haba, pero no tan ancha. Esta partícula en la que me fijé atentamente parecía caer sobre el corporal por el lado del cáliz sobre el cual había partido la Hostia; yo la vi claramente caer hacia el altar, pero no pude después distinguirla sobre el corporal. Presumiendo que sería la blancura del corporal la que impedía discernir esta partícula, rompí otra, y después

12. Raimundo de Capua en *AA. SS.*, abril, vol. III, pp. 940-1.

de decir el *Agnus Dei* consumí la Sagrada Hostia. Tan pronto como mi mano se hallaba libre palpé el corporal para encontrar la partícula en el sito en que había caído, pero nada encontré».

Raimundo nos habla luego de su profunda angustia y del reconocimiento infructuoso en el curso del cual examinó minuciosamente no sólo el corporal sino también todas las partes del altar y del suelo. Cuando ya perdida la esperanza iba a abandonar su búsqueda, fué interrumpido por un visitante, un Prior Cartujo deseoso de tener una entrevista inmediata con Santa Catalina. Creyendo que estuviera en casa, Raimundo condujo allá al Prior; entonces, con gran estupor, descubrió que aquélla había ido a la iglesia y no había vuelto aún. Desandando de prisa lo andado, hallaron a la Santa arrodillada con algunas de sus compañeras en un extremo lejos del altar. Santa Catalina estaba en éxtasis; mas como la necesidad al parecer era urgente, Raimundo persuadió a sus compañeras que trataran de levantarla.

Obedecieron (sigue diciendo), y cuando estábamos sentados con el Prior, expuse a ella en voz baja y en pocas palabras mi ansiedad. Sonrió dulcemente y contestó como si conociese todos los detalles: «¿Trató de buscarme diligentemente?». Cuando le contesté haberlo hecho así, me respondió: «Entonces, ¿por qué está tan turbado?», y sonrió de nuevo. Ya estaba más tranquilo y dije: «Madre, yo creo verdaderamente que usted tomó la partícula consagrada». «No, padre», replicó ella, «no me acuse de eso; no fuí yo sino *Otro*; todo lo que le puedo decir es que nunca volverá a hallarla». Entonces le insté a que explicara lo ocurrido. «Padre», dijo ella, «no se turbe más a cuenta de aquella partícula; le diré la verdad como a mi padre espiritual: me fué traída por el mismo Divino Señor. Mis compañeras me instaron a que no comulgara esta mañana para evitar ciertas murmuraciones. Yo no quería ser molesta para nadie, pero recurrí a nuestro Señor, y El

se dignó aparecérseme y me dió con sus propias sagradas manos la partícula que usted consagró» [13].

No creo que tenemos ninguna precisión de dar nuestra opinión a favor o en contra de la exactitud de la impresión de Santa Catalina acerca del medio que trajo a ella la Sagrada Comunión. El punto que inmediatamente nos concierne en conexión con nuestro presente examen es el hecho de que la partícula que desapareció del altar fué llevada allí y consumida por ella. Se dan tantos casos registrados de maravillas del mismo género, que me parece ser difícil explicarlos como alucinaciones concurrentes de dos inteligencias que resultan estar en alguna clase de *concordancia* telepática. Tomemos, por ejemplo, uno que fué registrado cuarenta y un años después de la muerte de Catalina, y la escena está muy lejos de Siena, en Alta Suabia. La Beata Elizabeth von Route (*die gute Beta*) fué una mística que murió en 1420 y cuya vida fué escrita por su confesor, Konrad Kügelin, casi inmediatamente después. Nos da a conocer que Elizabeth vivía con tres compañeras, y cómo él al celebrar misa acostumbraba a dar la Comunión a ellas, llevando la cuarta Hostia a la habitación donde Elizabeth estaba enferma. En ocasión de haber dado la Comunión a las tres, se dirigía a la celda de la enferma extática llevando sobre la patena la partícula que quedaba. El monaguillo, con la vela y la campanilla, iba por delante; pero según le seguía (Konrad), de repente faltó la Hostia de la patena que llevaba en su mano. Volviendo los pasos empezó a buscarla con empeño, pero sin resultado positivo, no obstante estar convencido de que había consagrado cuatro formas. Finalmente decidió ir donde la

13. He tomado la traducción de Drane en la Life of St. Catherine, II, pp. 44-5. La historia es narrada por la misma Catalina desde su punto de vista en el *Diálogo,* Cap. 142. Edic. Gigli, IV, p. 261; o en la traducción francesa de Cartier, II, p. 109.

buena Beata para hablarle de su pérdida, de su tristeza y ansiedad. Cuando entró en su celda la halló radiante y sonriente. «Usted se ríe», le dijo, «mientras yo estoy profundamente apenado». A esto, al instante replicó ella: «No se inquiete más, nuestro Señor me ha revelado ya que usted teme haber perdido la sagrada Hostia. No la ha perdido. Tengo que decirle que Jesucristo, mi amado Esposo, vino a mí en forma humana, precedido de un ángel magníficamente vestido y me dió de Su propia Mano el Santísimo Sacramento» [14].

Como la influencia que rodeaba a Elizabeth von Reute no era dominicana, no me parece probable que en aquella fecha pudiese el incidente haber sido sugerido por la historia de Santa Catalina de Siena que acabamos de relatar [15]. Sin duda, como se ha observado previamente, nosotros no podemos conceder con certeza ninguna importancia a lo que la monja cuenta acerca del medio por el cual obtuvo el favor. El don mismo era objetivo y material; la visión era subjetiva y espiritual, y nadie subraya más la necesidad de cautela al interpretar tales apariciones que la gran autoridad en canonización, el Papa Benedicto XIV. Pero cuando tenemos el convencimiento de una recepción preternatural de la Eucaristía, confirmada por una inexplicable desaparición de una Hostia consagrada, no parece irracional creer que el objeto tan intensamente ansiado y deseado podía haber sido transportado físicamente de alguna manera misteriosa a través del espacio intermedio. Ciertamente que si existe de alguna manera la telequinesia en la Tierra —la levitación misma es considerada algunas veces como un desarrollo particular de la misma— es difícil imaginar las condiciones bajo las cuales el poder del espíritu sobre la materia se manifiesta más probablemente que en relación a las especies consagradas, las cuales, en cierta manera, pertenecen ya simultáneamente al dominio del alma y del sentido.

Aunque existe una gran semejanza de familia entre la mayor parte de estas historias, espero que se me excusará si cito algunos otros ejemplos. La prueba no es del orden más elevado —casi siempre falta el elemento de repregunta, por ejemplo— y, sin embargo, es el primer recurso y bueno en su género. Pero tal vez el más interesante, aunque no uno de los más satisfactorios ejemplos de estas Comuniones telequinésicas, es la presentada por el caso de Sor Domenica dall Paradiso, una monja florentina que murió en 1553. Casi todo lo

---

14. El texto original en alto alemán de la vida está impreso en *Alemannia,* vol. IX, 1881. Este pasaje aparece en la pág. 289. Puedo observar que el confesor no vacila en *tutear* a su penitente: «Ach Elsabeth Iachestu so ich recht betrubet ybn? Sin embargo ella es muy respetuosa: Yr wenent yr habent meynen herren verloren? Yr hant yn nyt verloren».

15. El primer caso registrado de una supuesta Comunión milagrosa pertenece a la época de los Padres, en realidad al período en que aún vivían S. Jerónimo, S. Agustín y S. Ambrosio. Palladio, obispo de Helenopolis en Bitinia, que probablemente escribió la *Historia Lausiaca,* hacia el año 419, nos ha dejado un relato del mismo. Nos dice cómo tuvo la oportunidad de vivir durante tres años próximo a San Macario de Alejandría, que era considerado como un gran maestro de la vida espiritual. Entre otras muchas anécdotas que Palladio nos ha conservado, leemos:

El santo Macario me dijo lo siguiente —pues era sacerdote—: «Me di cuenta —dijo— al distribuir los misterios (esto es, la Sagrada Eucaristía) que yo nunca le daba la oblación a Marcos el asceta, sino que un ángel acostumbraba tomarlo del altar para él. Yo solamente vi la artículación de la mano que se la entregaba». Palladio, *Historia Lausiaca,* cap. XVIII, § 25. También AA. SS. (sep., vol. VIII, p. 93E).

Palladio parece haber sido un concienzudo narrador de lo que vió u oyó de primera mano, y hay que dar toda la importancia a una prueba de este género.

que sabemos acerca de ella se deriva directa o indirectamente de los manuscritos del Padre Francesco Onesti di Castiglione, que fué su confesor, aproximadamente, medio siglo. La conocía, según declaró, casi desde la cuna [16] y el relato que voy a citar fué escrito después de haber estado en íntima relación con ella durante treinta y cuatro años. Declaró haber rogado por largo tiempo para que si las cosas concernientes a dicha Hermana procedían de Dios y del espíritu de verdad, se le diera una señal en esta forma, a saber: que un ángel tomara su Comunión de la Eucaristía que él mismo había consagrado [17]. Oró a este fin por espacio de muchos meses sin haberlo conseguido, y habiendo perdido su esperanza, comenzó a pensar si habría sido culpable de presunción o curiosidad. Pero un Sábado Santo, cuando cantaba la Misa,

«estaba —escribe— a punto de recibir la Sagrada Hostia que tenía sobre la patena, cuando, después de repetir el *Domine non sum dignus*, me acordé de hacer la petición habitual para obtener la señal deseada. Repentinamente me di cuenta de que un fragmento de la Hostia del tamaño de una haba estaba en la patena a dos buenas pulgadas de distancia de la Hostia misma. En esto empecé a preguntarme cómo pudo haberse separado tan lejos, y resolví tener cuidado de que no se cayera de la patena, cuando he aquí que en un instante vi el mismo fragmento sobre mi mano izquierda, mano que estaba sosteniendo la patena. El fragmento estaba encima de mi dedo pulgar en el punto más alto entre la juntura de la mano y la articulación de los dedos. Estaba con esto tan sorprendido y confundido, que ya no pensé en la señal que había pedido. Pero aún estaba boquiabierto cuando el fragmento, como si hubiese sido arrebatado por una mano invisible, desapareció y no se le veía en parte alguna allí, ni sobre la patena, ni sobre el altar. Para no alargar más, consumí las sagradas especies, pero insistí otra vez para ver si, por alguna negligencia mía, el fragmento había caído sobre el corporal, porque no podía haber caído en otra parte, mas no vi señales de ello. Muy turbado, terminé la Misa y, después de despojarme de los ornamentos y dar mis gracias, empecé a pensar de nuevo sobre el asunto, dispuesto a echarme la culpa por negligencia, pero seguro de que no había estado soñoliento ni distraído. Entonces me acordé de repente de la señal que había pedido, y con mayor ánimo resolví visitar a la Hermana Domenica y averiguar si mi petición había sido escuchada. Me fuí, y finalmente ella, sonriendo alegremente a mi perplejidad, me dió a conocer que ella había recibido el fragmento de la Eucaristía de su ángel guardián como mensajero mío (*nomine meo*) el mismo día y a la misma hora en que yo estaba celebrando» [18].

Hay que reconocer que esta historia no es muy convincente, pero considerando la narración del escritor en su conjunto, por razones que nos llevarían mucho tiempo en desarrollarlas aquí, deja la impresión de tratarse de un testigo perfectamente honrado. Por otra parte, la Hermana Domenica, aunque las comunicaciones que creía tener con seres celestiales eran de la especie más extravagante; aunque sus ilusiones, y me inclinaría a decir eran en algunos casos manifiestas, estaba sin embargo consagrada a las buenas obras, era amada por su comunidad y llevaba una vida de lo más austera. Murió a los ochenta años, fundadora de un gran convento que conservó el fervor por muchas ge-

16. En realidad ella tendría unos treinta años cuando llegó a conocerla. J. H. C.

17. Sor Pudentiana Zagnoni († 1608) pretendía haber recibido la Comunión traída a ella por los nueve coros de ángeles y en nueve semanas sucesivas. Cf. *Vita*, por A. Rota. (Bologna, 1650), pp. 116-21.

18. Proceso de beatificación de Sor Domenica dal Paradiso. *Summarium, Responsionis*, pp. 5-6.

neraciones, y fué venerada como una santa. Su cadáver, que no fué embalsamado en manera alguna, se mantuvo incorrupto casi sesenta años después de su muerte. Es imposible creer que con semejante hoja de servicios, Sor Domenica pudiese haber sido una hipócrita o vulgar impostora. Y, además, entre otras anécdotas concernientes a ella que escribió el Padre Onesti, encontramos una clara e inequívoca declaración como ésta:

«Cuando ella se arrodillaba durante mi Misa, famélica de hambre espiritual, vi con frecuencia en su boca la Eucaristía tomada del Sacrificio que yo había consagrado. Le era llevada por ministerio de un ángel. Y supe esto, no solamente por lo que vi, sino también por el número de Hostias, porque faltaba una del número que yo había contado» [19].

También declara Onesti haber visto sus compañeras religiosas lo mismo y vinieron a darle cuenta del hecho; también, que en una ocasión sacó su lengua por mandato, según creía, del Arcángel Gabriel, para mostrar al canónigo Benivieni la Hostia que milagrosamente había recibido [20]. Otro ejemplo [21] de la misma clase

19. *Ibid.*, p. 7 y cf., p. 15.

20. B. M. Borghigiani, *Vita della V. Suor Domenica dal Paradiso* (Firenze, 1719) y (1'02), p. 411.

21. Santa Lidwina de Schiedam († 1433) llamó a un sacerdote para que la diese en Comunión la hostia que había aparecido en su cuarto y que con las marcas de las cinco llagas eran visibles a otros que estaban presentes. El sacerdote lo hizo así aunque la consideraba como engañada incluso por el demonio. La actitud de los vecinos del pueblo fué bastante amenazadora para él, y podía haber actuado contra su mejor juicio. Vid. AA. SS., abril, vol. II, pp. 294 F-295 A.

El Beato Nicholas Factor, O. S. F. († 1583), que en una ocasión bailó ante el Santísimo Sacramento, fué una vez sujeto de la siguiente experiencia. «Una mañana, mientras estaba dando la Comunión al pueblo después de la Misa, se vió a las sagradas hostias que salían, moviéndose en bello orden y como danzando en torno de sus dedos (*da se stesse si andavano con bell'ordine movendo, e quasi danzando intorno alle dita di lui*) con gran admiración y devoción de los que contemplaban el milagro». Este incidente está relatado en la *Vita* que fué compilada en 1776 del proceso de su beatificación por Fra G. Alapont el Postulador de la causa. J. H. C.

es el de la Venerable Gertrude Salandri, de la cual su anónimo pero muy hábil biógrafo escribe lo siguiente:

«Habiéndole sido prohibido comulgar cierto día, ella tenía clavada la mirada desde lejos en la mesa Eucarística y lamentaba su desgracia. Como no podía participar de hecho, buscó su consuelo en el banquete de deseo, cuando de repente, una partícula escapada del copón pasó espontáneamente por la ventana de la Comunión y voló directamente a la Hermana Gertrude para satisfacer sus ansias. No tengo palabras para describir cuán grande fué su consuelo. Yo sé solamente que la monja que tuvo el privilegio de ser testigo de este extraordinario prodigio quedó tan anonadada de asombro y tan arrebatada por un efluvio de devoción, que echó inmediatamente a correr para dar cuenta del mismo al confesor de ellas, y después prestó testimonio jurado del hecho en el proceso de beatificación».

No era ésta una monja llena de fantasías ni de virtud común, sino la gran Sierva de Dios Hermana Angela María di Gesú, llamada en el mundo Anna María Sarnini, de cuyas sólidas y eminentes virtudes hemos hablado más ampliamente en otra parte [22]. Todavía son más

22. *Vita della V. Sour Maria Geltrude Salandri* (1774), p. 240. Murió en 1748. Para ejemplos similares, cf. G. B. Memmi, *Vita della Serva di Dio Sour Caterina Savelli* (Rome, 1733), pp. 110-14. Algunos de estos relatos, más que movimientos independientes de hostia consagrada, son ejemplos

asombrosas las maravillas eucarísticas registradas en la Vida de Santa María Francesca delle Cinque Piaghe, que aún es más próxima a nuestros tiempos. Su biógrafo escribe:

«Los momentos que precedían a la Comunión eran intolerablemente lentos, tanto que una vez llegó a rogar a su confesor, Don Antonio Cervellini, que dijese una Misa por los difuntos o una Misa votiva, para abreviar las cosas, y cuando le objetó que el rito de aquel día no lo permitía, «Su Misa —le dijo— no termina nunca; es demasiado larga; por piedad, dígala antes». Semejante lenguaje me hubiera turbado, dijo el buen sacerdote, si no hubiese conocido la inocencia virginal de su alma y su extraordinaria austeridad de vida, y si no me hubiera dado cuenta de que era arrastrada por su amor, estaba solamente sedienta de Jesucristo. Así, pues, hice mi preparación inmediatamente y, para satisfacerla, aceleré la Misa cuanto pude. Sin embargo, cuando llegué al momento de darla la Comunión, apenas di vuelta y pronuncié las palabras *Ecce Agnus Dei*, observé que la Hostia ya no estaba entre mis dedos. Estaba terriblemente turbado y anduve examinando ansiosamente la patena y el suelo, pero ella me hizo seña de que ya tenía la Hostia sobre la lengua, y al ver esto pude tranquilizarme. El que servía la Misa, Siñor Francesco Borelli, fué también testigo del incidente, y estaba tan asombrado como el mismo sacerdote» [23].

Pero la historia contada por otro de los confesores

de bilocación del recipiente. Cf. también AA. SS., mayo, vol. V, pp. 162-3 (Columba de Rieti) y junio, vol. IV, pp. 581, 639 (Osanna de Mantua).

23. Este relato se encuentra en la *Vita di S. Maria Francesca delle Cinque Piaghe*, por el Padre Bernardo Laviosa (Roma, 1866), p. 42, y es evidentemente sacada de la deposición del Padre Cervellini en el proceso de beatificación. *Summario*, § 283.

de la misma Santa es más extraña que ninguna de las narradas hasta ahora, y aumenta su autoridad por el hecho de haberlo dicho su confesor, el santo barbanita, F. S. M. Bianchi, también beatificado. Ya que él hizo esta deposición en el proceso de canonización de Santa María Francisca, y habla no por referencia sino por personal experiencia, su testimonio, como extraordinario, no puede rechazarse ligeramente. Citaré el relato abreviado dado en el *Analecta Juris Pontificii* [24]:

«El anhelo de comulgar era tan extraordinario en su caso, que a veces pedía a Dios durante la Misa que la consolara por ministerio de ángeles, aun hasta permitirla participar de la preciosa Sangre que estaba en el cáliz. Efectivamente, el Arcángel Rafael, después de la consagración o de todas maneras antes de mi Comunión, le llevó el cáliz del altar y permitió que bebiese de él mientras se arrodillaba en casa. Algunas veces bebió muy poco, sólo algunas gotas; pero fué bastante para que me moviese a preguntarle y convencerme del hecho. En una ocasión, cuando bebió la mitad me di cuenta clara e inequívoca de la ausencia de parte del contenido del cáliz, y estaba sumamente sorprendido. Cuando yo le pregunté acerca de lo que había ocurrido, replicó: «Si el Arcángel no me hubiera hecho recordar que el Santo Sacrificio debía ser propiamente completa-

24. Segunda serie, 1857, col. 2616.

El testimonio de Bianchi es también citado en la réplica a las Animadversiones del Promotor de la Fe, en el proceso, pp. 67-9: «L'istesso Signore piu volte si degno consolarla per mezzo di angelico ministero nel tempo delle mie Messe, e coi medesimi sacrifici che io consumava sino a farla participe del suo preziozissimo Sangue que era nel calice; mientre l'arcangelo S. Raffaele si prendava il calice dall'altare e lo daba a bere alla serva di Dio». Otros testigos en el proceso atestiguan *de visu* (pp. 70-1) estas milagrosas Comuniones, *e. g.* sus confesores Nitti y Cervellini, y el que servía la Misa.

do, yo lo hubiera bebido todo». En otras ocasiones ocurrieron las cosas de manera diferente. Por ejemplo, recibía por mediación de los ángeles el fragmento de la Hostia que yo había dejado en el cáliz. En algunas raras veces, observé que no sentía el fragmento en mi lengua o contra mi paladar. Pregunté a la sierva de Dios acerca de ello, y ella me contestó «que nuestro Señor había querido que se le trajera a ella».

No puedo entender cómo el Beato Francesco Bianchi llegó a suponer que el cáliz mismo podía haber sido retirado del altar mientras su Misa proseguía, pero no hay duda de que es difícil imaginar un líquido transportado por el aire como pudiera serlo la Hostia. Bastante curiosamente, el único paralelo que puedo presentar a esta asombrosa conducción de las especies de vino a un distante comunicante, se encuentra en la vida de una monja en el Sur de Italia que nació en 1866 y murió en 1912. Su biógrafo, que también fué su director, escribe lo siguiente:

«En más de una ocasión ella recibió la Comunión bajo las dos especies de pan y vino. El hecho de haber comulgado se conoció de varias maneras; primero, en tales ocasiones, su mirada se convertía en angélica, seráfica, hasta el extremo de que no parecía criatura de la Tierra. Por esta transformación, en su apariencia era evidente para sus íntimos que había sido regalada con la Sagrada Eucaristía. Pero que también se le permitía participar de la Preciosa Sangre de Jesús, fué observado por la Superiora General de la Orden y por algunas monjas que, arrodilladas a su lado, observaron en todo el alrededor una extraordinaria fragancia de vino.

También observó un asombroso hecho uno de sus confesores, ya difunto, y más tarde por su director (el escritor de la biografía). Mientras decía Misa en la iglesia del convento, cuando llegó el momento de recibir el contenido del cáliz observó con intensa sorpresa que una considerable parte de la Preciosa Sangre había sido consumida ya por algún agente invisible. Sus sospechas que se enderezaron hacia ella se convirtieron en realidad después de la Misa, al escuchar a algunas monjas que, conversando con Sor María della Passione, habían percibido fragancia de vino. Esto fué confirmado después por la misma privilegiada Hermana, que vino a él y le dijo sonriente: «¿Ha visto usted lo que Jesús ha hecho? ¡Oh, qué bueno es para mí!». Así, en la plenitud de su agradecido corazón. ella era testigo de la admirable cosa que la había ocurrido.

Otra confirmación es proporcionada por una monja de la misma comunidad, Hermana María della S. Sindone, que fué la confidente de muchos de los secretos de la sierva de Dios. Declaró por escrito: «Un día, la Hermana María de la Passione estaba festonada de sonrisas y le pregunté qué cosa nueva le había ocurrido...; permaneció silenciosa, pero después, movida por la palabra de obediencia, inclinó su cabeza y dijo: «Esta mañana el confesor se ha llevado un susto al recibir el cáliz de la Misa, porque notó que el vino había disminuído en cantidad, y miró para ver si había caído sobre el altar, pero fué inútil, porque yo lo bebí dejando muy poco en el cáliz, pero no sé... cómo ha ocurrido todo eso...» [25].

Yo no dispongo de medios para medir la veracidad del escritor de estas cosas, pero, por lo menos, el libro ha aparecido en su segunda edición con aprobación episcopal, y parece que se ha comenzado a hablar de la beatificación de Sor María como cosa que tendrá lugar en no muy lejana fecha. Naturalmente, esto, es mera hablilla; pero con respecto a otra mística italiana, Anna María Taigi, que fue beatificada en 1920, tenemos lo que parece buena prueba de que la Sagrada Hostia voló a sus labios en más de una ocasión. Lo mismo se dice con verdad de una extática francesa y

25. L. M. Fontana, *Vita della Vittima Riparatrice, Sour Maria della Passione* (Scarsano, 1917), pp. 293-4.

fundadora de nuestros días, Madre Marie de Jésus (Madame du Bourg) que murió en 1862. En su caso, el hecho de la levitación y Comunión telequinésica aparece basado en el testimonio ocular de muchas de sus hermanas religiosas[26].

Ahora vale la pena dedicar algo más de espacio a la discusión de un particular milagro eucarístico que es algo diferente en carácter de aquellos a que acabamos de aludir, pero que es ampliamente conocido, primero, porque se cuenta en una de las lecciones del Breviario Romano y, segundo, porque su memoria es perpetuada en el emblema que adorna el hábito de las «Mantellate» o monjas Servitas de la Tercera Orden. El prodigio está relacionado con los últimos momentos de Santa Juliana Falconieri, fundadora de las Mantellatas, que murió el 19 de junio de 1341. Lo mejor que puede hacer es citar la lección del Breviario a que acabo de referirme.

Las penalidades que se infligía le acarrearon una enfermedad del estómago, por lo cual, a los setenta años de edad estuvo a las puertas de la muerte. Soportó los sufrimientos de su enfermedad con cara sonriente y gran ánimo. De lo único que se lamentaba era de que siendo tan débil su estómago no podía retener ningún alimento, y así, por reverencia al Sacramento, estaba impedida de acercarse a la Mesa del Señor. Hallándose en estos aprietos rogó al sacerdote que trajera el Pan de Dios, y como no se atrevía a tomarlo en la boca, ponerlo lo más cerca posible del corazón. El sacerdote hizo lo que deseaba, y con asombro de todos los presentes, al instante el Pan Divino desapareció de su vista y al mismo instante una sonrisa de gozosa paz cruzó el semblante de Juliana, y entregó su alma. Todos estaban desconcertados hasta que el cuerpo virgen fué amortajado después de la muerte en la forma acos-

26. Vid. G. Du Bourg, *Une Fondratrice au XIXme Siècle* (Paris, 1914), pp. 241, 256.

tumbrada. Entonces se encontró sobre el lado izquierdo de su pecho, una marca como la impresión de un sello reproduciendo la forma de la Sagrada Hostia cuyo molde era de los que llevan la figura de Cristo Crucificado[27].

Esta es la historia narrada por el Breviario de acuerdo con varias Vidas publicadas acerca de la santa fundadora, y el milagro es considerado por los Bollandistas y otros como particularmente bien confirmado, porque existe un documento que, se dice, fué escrito en latín dieciocho días más tarde, dando cuenta de lo que había ocurrido[28]. Yo reproduzco con ligeras modificaciones la traducción hecha por el Padre Souier, O. S. M.

+ MCCCXXXI[29]. En el mes de julio.

«Magnas son las obras de Yahveh» (Ps. CX. 4). Quede en constancia cómo hace dieciocho días nuestra Hermana Juliana murió y voló al cielo a su esposo Jesús; y fue de esta manera: Siendo de más de setenta años de edad, su estómago llegó a debilitarse tanto por

27. Breviario Romano. Traduc. de Lord Bute, sexta lección de la fiesta de Santa Juliana, junio 19.

28. Este documento no es mencionado por el Padre Papebroquio en el muy corto relato de Santa Juliana en las *Acta Sanctorum* del 18 de junio, pero lo da *in extenso* el Padre Víctor de Buck, volumen para octubre (pp. 403-4) cuando trata de la vida de la Beata Joanna Soderini, la misma «Hermana Joanna» cuyo nombre está mencionado en primer lugar entre los que se dijo que estuvieron presentes cuando ocurrió el milagro.

29. En las *Acta Sanctorum* la fecha prefijada a este documento es MCCCXXX (1340). Sin embargo, el Padre Soulier lo imprime como surge en el texto, y parece que todas las autoridades recientes fijan la muerte de Santa Juliana en 1341, incluso el Padre Poncelet en su *Bib. Hag. Latina.*

sus voluntarias y duras penitencias, por ayunos, por cadenas, por un ceñidor de hierro, disciplinas, vigilias nocturnas y abstinencia de comida que ya no podía tomar o retener alimento alguno. Cuando reconoció que por esto debería estar privada del Viático del Sagrado Cuerpo de Cristo, nadie pudo creer cuánto se afligió y lloró ella, hasta el extremo que creyeron moriría por la vehemencia de su tristeza.

Por tanto rogó con la mayor humildad al Padre Jaime de Campo Regio que, por lo menos, le trajera el Santísimo Sacramento en un copón y lo colocara delante de ella. Así se hizo. Pero cuando apareció el sacerdote trayendo el Cuerpo de nuestro Señor, ella inmediatamente se postró en el suelo en forma de cruz y adoró a su Maestro.

Entonces su semblante se convirtió como en el de un ángel. Ya que no se le permitía unirse a Jesús deseaba al menos besarlo; pero lo denegó el sacerdote. Entonces ella suplicó lastimosamente que se pusiese un velo sobre el horno ardiente de su pecho para que pudieran colocar sobre él la Hostia. Esto le fué concedido; pero —¡oh, admirable prodigio!— apenas tocó a su amante corazón la Hostia ésta desapareció de la vista y no fue hallada jamás. Entonces Juliana, desaparecida aquélla, con tierno y gozoso semblante como si estuviese arrebatada en éxtasis, murió en el Beso del Señor con pasmo y admiración de todos los que estaban presentes, a saber, Hermana Johanna, Hermana María, Hermana Elizabeth, Padre Jaime y otros de la casa» [30].

Lamentaría profundamente perturbar la fe del lector en tan preciosa narración. Pero no debemos cerrar los ojos a dos dificultades bastante serias. En primer lugar, es un hecho curioso ciertamente que en este memorandum semioficial no se dijo nada concerniente a «la pequeña impresión como de un sello reproduciendo

30. Soulier, *Life of St. Juliana Falconieri,* p. 165.

la forma de la Sagrada Hostia» que fue hallada «en el lado izquierdo de su pecho». Ellos apenas podrían haberlo olvidado en dieciocho días, y después de todo, ésta era la única prueba concluyente de que había tenido lugar tan estupendo milagro. Era el mes de junio, en un lugar de Florencia, y es poco probable que las ventanas estuviesen cerradas en el aposento donde la Santa dió el último suspiro [31].

Consiguientemente, una pequeña ráfaga de aire, o un convulsivo movimiento de la inválida, pudiera haber bastado para la desaparición de la Hostia que tan inseguramente descansaba sobre su pecho. ¿Cómo pudieron los testigos de tan maravilloso hecho haber dejado de hacer la más ligera referencia a este detalle del milagroso sello, muchísimo más asombroso en sí que la simple incapacidad de hallar la sagrada partícula?

La primera mención de este emblema sellado sobre la carne virginal de la Santa, en cuanto ahora podemos comprobar, es la del Padre Nicholas Mati, Religioso Servita, que hacia el año 1384 dejó tras sí en alguna parte un volumen manuscrito en italiano y, además, nos dicen que aún existe con el título de *Giornale e Ricordi* (Diario y Recuerdos). En este manuscrito incluía una breve noticia de Santa Juliana y de la Beata Joanna Soderini; y una de las pocas cosas definitivas que dice acerca de esta última se encierra en esta sentencia: «Ella fué la feliz discípula que, antes de la Hermana Elizabeth y las otras [32], descubrió sobre el pecho de Santa Juliana la asombrosa maravilla de la figura de Cristo clavado en la cruz, impresa en su carne, de un círculo como una Hostia». Sin embargo,

31. Esta es una suposición inexacta. Los residentes aún en Italia, tratan generalmente de conservar en verano frescos sus aposentos cerrando todas las ventanas durante el día y bajando sus persianas y cortinas. J. H. C.

32. ¿No sugiere este lenguaje que el sello de que se habla era un poco difícil de ver?

este testimonio no fué escrito hasta cuarenta años después de la muerte de Santa Juliana, y no hay ninguna razón para creer que el Padre Nicholas conociera personalmente ni a Juliana ni a su adicta discípula Joanna Soderini. Su información procedía presumiblemente de sus compañeros Servitas y de alguna religiosa Mantellata, y sabemos cuán fácil se desarrollan las narraciones de esta clase y cuán rápidamente se difunden y mejoran.

Pero cuanto se ha dicho hasta ahora no es en manera alguna la más seria dificultad que encontramos cuando investigamos la verdad de este milagro. Mucho más inquietante es el hecho de que la historia de la milagrosa penetración de una Hostia por el pecho no era nueva, sino que precisamente en aquel período estaba ampliamente difundida en la Cristiandad occidental. La piadosa leyenda que voy a referir parece que tuvo origen antes del nacimiento de Santa Juliana. Lo que ciertamente sabemos es que esta historia aparece dos veces en la colección de relatos conocidos como *Speculum Laicorum* (Espejo de los Laicos); casi se sabe ciertamente haber sido compilada por un fraile inglés entre 1279 y 1292 [33]. Está relatado de una manera muy sumaria, pero en otros libros de la misma clase se dan numerosos detalles, aunque, como se pudiera esperar, las circunstancias varían en casi todos los ejemplos que encontramos. Siguiendo las indicaciones dadas en el *Catalogue of Romances,* Vol. III, por Mr. J. A. Herbert, he copiado una versión de la historia de MS. Sloane 2.478, manuscrito de principios del siglo catorce. El relato traducido bastante libremente es como sigue:

«El Hermano Pedro de Swynesfeld, de santa memoria y que en otros tiempos fué «Ministro» (esto es, Provincial) de los Frailes Menores en Inglaterra, solía

33. Vid. J. Th. Welter, Thesaurus Exemplorum, fasc. V, prefacio.

decir —y en realidad él mismo dejó la narración escrita— cómo cuando volvía de Capítulo General (en Asís), al pasar en compañía del Hermano Adan de Maddol por el simpático pueblo de Rímini sobre el Adriático, ocurrió que cayó enfermo el señor de aquel pueblo. El era noble (*comes*) y muy piadoso, un verdadero católico en fe, devotísimo en oír Misa y en contemplar el Cuerpo de nuestro Señor (*precipuus in missis et in dominici corporis aspectu*) y, entre otras cosas, tenía costumbre de pedir diariamente a Dios que se pudiera encontrar a la hora de la muerte digno de ser fortalecido por el Cuerpo y Sangre de Cristo como precioso viático. Antes de mucho tiempo se aproximó el fin, porque sufría de continuos vómitos y su estómago no podía retener alimento sólido ni líquido. Estando privado así del uso de medicina y de toda esperanza de curación, rogó que sacerdotes y religiosos trajeran a su aposento el Viático de Salvación, porque deseaba que, por lo menos, sus ojos pudieran consolarse con la vista del Cuerpo de nuestro Señor, ya que no se atrevía a participar del mismo como comida. Ante esta divina presencia se postró en el suelo lamentándose de que no se le permitiera recibir el Viático, por el cual con tan intenso deseo había rogado todos los días de su vida. Finalmente, después de muchos suspiros y lágrimas, pidió que su costado izquierdo fuese limpiado por un sacerdote y lo cubriese con un lienzo, pidiendo humildemente que ya que no era digno de recibir el Cuerpo de Cristo con sus labios, el sacerdote, si podía ser permitido, pudiera tomarlo y colocarlo sobre su corazón. Así se hizo; y cuando el sacerdote colocó con la mayor reverencia la Santísima Eucaristía sobre el torax del enfermo justamente debajo del pecho izquierdo, he ahí que se abrió aquél espontáneamente y el adorable Cuerpo de Cristo, escapándose de los dedos del sacerdote, pasó a través de la abertura; mientras en el mismo momento este verdaderamente católico se-

ñor durmió en el Señor. Esto ocurrió en el año de nuestro Salvador 1268» [34].

He afirmado ya que no puede haber lugar a dudas de este relato; aunque contado con variantes, estuvo en circulación mucho antes de la muerte de Santa Juliana.

En varios de los textos del *Speculum Laicorum* se dijo que el prodigio ocurrió cerca de Marsella. Una narración conservada en MS Royal 7, C. I, que es algo más completo que el que acabamos de traducir, dice que este noble señor se llamaba Alberto de Venecia, y que su título era Conde de Panne. En esta versión el narrador hace mención de cómo depués que el pecho del noble señor se cerró de nuevo «dejó tras sí una cicatriz roja para probar la verdad del milagro» (*remanente tamen cicatrice ad tanti miraculi fidem faciendam*) [35]. También se dice en este caso que los frailes estaban camino del Capítulo General de Asís, y no de vuelta, y el año señalado para el milagro es 1267.

Es muy difícil decidir si este incidente tiene algún fundamento histórico, o si, como otras muchas leyendas incluídas en estas colecciones medievales, tales como *Convertimini* o el *Speculum Laicorum*, solamente son piadosas leyendas.

No cabe duda de que a pesar de las protestas de muchos doctos teólogos (Lyndwode, el gran canonista inglés, entre ellos) la práctica de llevar el Santísimo Sacramento para contemplarlo al moribundo que no podía recibir el Viático era muy común en la Edad Media. Tenemos otro célebre ejemplo en el caso de otra Juliana, Juliana de Monte Cornillon († 1258), a quien se le debe principalmente la Festividad de Corpus Christi, pero no se habla de milagro en esta ocasión. De la misma manera, San John Fisher, en uno de sus sermones nos dice de nuestro propio rey Enrique VII,

34. British Museum, MS. Sloane 2478, fol. 14, b.
35. MS. Royal, 7, C. I., fol. 109, b.

cómo «dos días antes de su muerte estaba tan débil que no podía recibir de nuevo el Sacramento; sin embargo deseaba ver el ostensorio que lo contenía. El buen Padre, su confesor, le trajo de manera vistosa como era conveniente. El, con una gran reverencia, con muchos golpes de pecho, con ardiente y animado continente, con ardiente deseo de corazón, hizo un humilde acto de sumisión; y besó con tanta humildad y devoción, no el mismo lugar donde el Cuerpo de nuestro Señor estaba colocado, sino la parte más baja del pie del ostensorio, que todos los que estaban cerca de él apenas pudieron contener sus oraciones y sollozos» [36].

Es indudable que refiriéndose a tales prácticas, el trigésimo quinto de los Teinta y Nueve Artículos de Religión dice que «los Sacramentos no fueron instituídos por Cristo para contemplarlos o para ser llevados de un lado a otro, sino para nuestro uso diario».

Naturalmente, no hay absoluta imposibilidad de que tanto en el caso de la Hostia colocada sobre el pecho del noble señor italiano, y en el de Santa Juliana Falconieri, el mismo milagro de absorción a través de barrera de carne podía haber sido realizado por el poder divino; pero los que están mejor informados de la práctica medieval de adaptar inconscientemente leyendas antiguas a casos nuevos y nombres famosos, estarán menos dispuestos a considerar la prueba ofrecida para la maravilla que hemos discutido aquí, como adecuada o conveniente. El mero hecho de que Santa Juliana era tan profundamente venerada sería suficiente para convertir en probable que cualquier accidente o confusión ocurridos en medio de la profunda excitación emocional de tal escena de agonía pudiera ser transfigurado en un prodigio de profunda significación.

36. Vid. Bridgett, *History of the Holy Eucharist in Great Britain* (1908), p. 254.



CAPITULO V

LOS FENÓMENOS LÚCIDOS DE MISTICISMO

El caso de la «mujer lúcida» de Pirano en 1934 atrajo bastante atención en los periódicos ingleses. Presentado al principio como una anormalidad patológica, parece ahora que esta manifestación debe ser atribuída, por lo menos parcialmente, a condiciones de origen religioso. En un comunicado desde Milán aparecido en *The Times* del 5 de mayo de aquel año, vemos que ha entrado en juego un aparato cinematográfico, por medio del cual ha sido posible obtener un informe exacto de la naturaleza y duración de las apariencias luminosas. Con la ayuda de esta película así obtenida, el Dr. Protti ha sometido un informe provisional del caso a una sociedad médica asociada a la Universidad de Padua. Nos dicen que este investigador se ha convencido de que la mujer «tiene una idea fija de carácter religioso», y sostiene también que «estas ideas fijas pueden producir en individuos particulares cambios en el sistema de la vida vegetativa». El presenta como un ejemplo de esto, el frío producido por el miedo, el blanqueo del cabello causado a veces por un susto imprevisto, las emociones que aumentan los latidos del corazón, el prolongado sufrimiento de las secreciones gástricas con las de la glándula tiroidea, etc. Todas estas cosas demuestran qué influencia pueden ejercer los estímulos actuantes sobre el cerebro en determinados cambios de las funciones viscerales, a veces, de naturaleza duradera. Al investigador que citamos le parece un asunto indiscutible que en el presente caso

se dan algunas condiciones perturbadoras de esta clase. Según las palabras de la comunicación del corresponsal de *The Times*:

«En la mujer citada, estas perturbaciones de la vida vegetativa son evidentes. Basta recordar que la frecuencia de su respiración y los latidos del corazón se duplican cuando se manifiesta el fenómeno luminoso, después del cual se observa un copioso sudor. El aumento de esta frecuencia, probablemente, es determinado por la repentina adición de substancias glandulares a la corriente sanguínea, que tienden a estimular estas funciones. La mujer ayunó muy austeramente durante la Cuaresma, y el Dr. Protti atribuye mucha importancia a esta circunstancia. Como el Dr. Protti pudo comprobar, el poder radiante de su sangre es tres veces mayor que el normal.

Por tanto, el doctor se inclina a creer que durante el ayuno se establecen en la mujer condiciones favorables a la producción de un exceso de sulfuros, cuya presencia se revela habitualmente por una marca obscura que dejan en la piel de las que usan gargantillas de plata. Los sulfuros tienen la propiedad de convertirse en luminosos cuando son excitados por las radiaciones ultravioleta. Como el poder radiante de la sangre es de naturaleza ultravioleta, y como la mujer posee una fuerza radiante muy considerable que se eleva más con el aumento de las combustiones producidas por la aceleración de los latidos del corazón, al Dr. Protti le parece posible que la ultravioleta de la sangre puede estimular los sulfuros producidos en el organismo de la mujer y causar de esta manera la periódica luminosidad. Por tanto sostiene el Dr. Protti que de probar la existencia en la sangre de la mujer energías de igual intensidad que las de los rayos utravioleta, sería posible creer que se ha hallado una plausible explicación del fenómeno luminoso».

Es bastante interesante comparar estas observaciones con las que aparecen en el gran tratado sobre la

Beatificación y Canonización de Prósper Lambertini (Papa Benedicto XIV). Aquella alta autoridad está muy dispuesta a atribuir a causas naturales muchas de las emanaciones luminosas que se dice han sido atestiguadas repetidas veces en el caso de escogidos siervos de Dios.

Citando las declaraciones hechas por Gassendi, Conrad Gesner y T. Bartolini, dice el Papa:

«Parece que es un hecho la existencia de llamas naturales que a veces rodean visiblemente la cabeza humana, y también que en ocasiones puede irradiar naturalmente fuego de toda la persona humana; sin embargo, no como una llama que fluye hacia arriba sino más bien en forma de chispas que le rodean; además que algunas personas resplandecen con una luz brillante, aunque no sea esto inherente a las mismas, sino más bien se adhiere a sus vestidos o al bastón o la lanza que llevan consigo» [1].

Hay que reconocer que no se aduce una prueba muy satisfactoria de ello. Los portentos descritos en los primeros libros de Livio no son exactamente convincentes como fuentes históricas. Una autoridad tan moderna como la del Dr. E. N. Harvey no parece dispuesta a admitir la existencia de ningún fenómeno radiante de esta clase. Lo más que parece reconocer en el sujeto humano es «la ocasional presencia de bacterias luminosas en las heridas», y el hecho de que «la piel puede algunas veces ser fuente de luz, especialmente después de sudar». «Esto, dice él, es debido a una bacteria luminosa sobre las acumulaciones de substancias pasadas con el sudor que les sirve como medio de nutrición» [2]. Pero la fosforescencia que resulta por tales causas es muy débil y apenas perceptible.

1. P. Lambertini, *De Beatificacione et Canonizatione*, lib. IV, part. I, cap. 26, n. 21.

2. E. N. Harvey, *The Nature of Animal light* (1920), pp. 16-17.

En todo caso, Prósper Lambertini se muestra algo cauteloso en admitir que casos aislados de tal fulgor sean irrefutablemente milagrosos, aunque en vista de la reconocida santidad de siervos de Dios como San Felipe Neri, San Carlos Borromeo, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales y muchos otros, él no discute que fuera de origen natural la brillante luz que se observó rodeada su cabeza en algunas ocasiones estando predicando, o cuando ofrecían el santo sacrificio. Es una verdad indiscutible, como él nos dice, que se dan en nuestros documentos hagiográficos cientos de tales ejemplos, y aunque un gran número de ellos están basados en insuficientes pruebas, hay otros que no se pueden rechazar ligeramente. Como no he encontrado otros ejemplos en los que la prueba es igualmente satisfactoria, espero se me perdonará que me refiera a dos casos notables, ambos pertenecientes al siglo XVII [3].

En 1621 comenzó en Nápoles el *processus ordinarius* para la beatificación del Beato Bernardino Realini, que murió en Lecce en 1616. Entre los testigos examinados en aquella ocasión se encontraba cierto Signor Tobías da Ponte, un caballero de rango cuya buena reputación se hizo evidente por otro testimonio. El depuso que el año 1608, aproximadamente, llegó él a consultar al Padre Bernardino; pero habiendo hallado cerrada su puerta, esperó algún tiempo fuera de su aposento. La puerta, sin embargo, no estaba completamente cerrada, y el Signor Tobías observó una radiación extraordinaria que fluía por la pequeña abertura y a través de ciertas grietas de las juntas, todo lo cual le hizo preguntarse qué podía haber inducido al Padre a encender el fuego en la mitad del mes de abril. Con esta curiosidad, empujó la puerta para abrirla un poco más, y entonces vió al santo varón arrodillado y arrebatado en

3. Ambos casos han sido ya mencionados por su relación con la Levitación. Vid. cap. I, p. 45.

éxtasis y elevado en el aire a unos dos pies y medio del suelo. El testigo estaba demasiado aterrado para avanzar más, o aun para quedar atisbando como espectador; pero se sentó de nuevo en un banco exterior y por algún tiempo estuvo satisfecho observando la luz que salía de las hendiduras. Dice que estaba tan aturdido con lo visto, que pasada algo su emoción decidió que lo único factible era volver de nuevo a su casa. Después de prestar esta declaración, fué reexaminado; pero su testimonio, prestado naturalmente bajo juramento, continuó inconmovible. Describe cómo pensaba entre sí que la radiación debía ser una imaginación suya, o que era producida por alguna curiosa reflexión de la luz exterior del sol, pero sólo consiguió salir más convencido de que ninguna de las dos cosas era posible. Aunque no había ningún otro testigo de esta experiencia, hubo una confirmación de la misma por la deposición de un tal Padre Beatillo, que pudo testimoniar que algunos años antes había oído a Don Tobías el relato del caso.

Aun así, se podría vacilar en considerar este testimonio como enteramente satisfactorio, pero no se debe pasar por alto que muchos fueron testigos de la extraordinaria irradiación que a veces despedía el transformado semblante del Padre Bernardino. Ellos no lo vieron elevado por el aire, pero algunos declararon que habían visto salir chispas de todo su cuerpo, como las que brotan del fuego (*scintillava da tutto il corppo come scintille di fuoco*); y otros afirmaron que en una o dos ocasiones era tal el ofuscador brillo de su semblante que no podían distinguir bien sus facciones y tenían que desviar la vista. Asimismo, un Padre de Nápoles describió cómo un día, cuando fué a llamar en la mañana temprano al Padre Bernardino, lo encontró arrodillado, con su cara tan radiante que iluminaba el aposento. Hubo también testigos que sin duda vivieron con él en sus posteriores años, los cuales declararon francamente cómo ellos jamás habían visto dichas radiaciones; no obstante citaban el testimonio

de varios Padres, ya difuntos, que fueron más privilegiados. Pero téngase en cuenta que Bernardino tenía ochenta y seis años cuando murió; no hubo examen oficial de testigos hasta cinco años más tarde. Por consiguiente, pocos podían haber estado en posición de atestiguar lo concerniente acerca del período de su actividad más vigorosa, pero recordaban que los que habían sido contemporáneos suyos declararon haberlo visto ellos mismos [4].

El caso del Padre Francisco Suárez, el gran teólogo, depende del testimonio de un solo testigo, pero es notable por muchas razones. Un hermano lego, Jerónimo da Silva, que actuaba de portero en el Colegio de Jesuítas de Coimbra, fue hacia las dos de la tarde a decir al Padre Suárez que un visitante distinguido deseaba hablarle. Un bastón colocado a través de la puerta servía para indicar que el Padre deseaba no ser distraído; pero como tenía dicho al Hermano que cuandoquiera que llamara aquel visitante avisara al momento al Padre Suárez, él empujó la puerta sin mirar a la señal, y halló el aposento exterior a obscuras, con las persianas cerradas contra el calor de la tarde. Después el Hermano continúa:

«Llamé al Padre y no me contestó. Como la cortina que separaba su aposento de trabajo estaba corrida, yo vi a través del espacio entre la cortina y las jambas de la puerta un gran resplandor. Separé la cortina y entré en el aposento interior. Entonces observé una luz deslumbrante que venía del crucifijo, tan intensa, como un reflejo del sol a través de una ventana y pensé que no podía continuar mirándolo sin quedar completamente ofuscado. Esta luz fluía del crucifijo al semblante y pecho del Padre Suárez y con esta luz lo vi frente al crucifijo arrodillado y levantado en el aire

4. Vid. el *Summarium super Virtutibus*, reimpreso por la Congregación Sagrada de Ritos en 1828, especialmente, pp. 183, 187-90, 193-3 y 200-2.

tres pies sobre el suelo, al nivel de la mesa sobre la que estaba el crucifijo» [5].

El Hermano se retiró con gran agitación y esperó cerca de la puerta hasta volver a calmarse. Después de un cuarto de hora salió el Padre Suárez, y encontrando fuera al Hermano le preguntó por qué no le había avisado. El Hermano le explicó haberle llamado entrando en el aposento interior, pero que no recibió contestación. Entonces el Padre Suárez, manifestando mucha emoción, trató de arrancarle al Hermano da Silva la promesa de no decir a nadie lo que había visto. El Hermano, a su vez, le pidió autorización para consultar al Padre Morales, confesor de ambos. Por sugerencia del confesor en cuestión, acordaron que el Hermano escribiera y firmara un documento para ser encerrado y sellado en un sobre, con un aviso que de ninguna manera fuese abierto hasta después de la muerte del Padre Suárez. Como tanto el Hermano da Silva como el Padre Morales eran tenidos en gran veneración por su bien reconocida vida santa, me parece que este documento probatorio no puede ser rechazado ligeramente.

También se debe observar que los fenómenos luminosos referentes a personas santas presentan una gran variedad de formas. Destaca, entre muchos otros, el admirable ejemplo de Santa Lidwvina de Schiedam, famosa en este concepto. Aunque Tomás de Kempis no fué su primer biógrafo que nos ha dejado, al parecer, un relato digno de confianza sobre las místicas experiencias de su compatriota y contemporánea, nos dice de ella lo siguiente:

«Aparte de las iluminaciones mentales, de las cuales se asombraban sobre manera famosos hombres de letras y religiosos versados en estudios espirituales, muchas veces de día y de noche cuando era visitada por el ángel,

5. R. de Scorraille, *François Suarez*, vol. II, p. 301.

o volvía de la contemplación de las cosas celestiales, descubrieron sus compañeras que estaba rodeada de un fulgor tan grande que, viendo el resplandor y víctimas de un miedo excesivo, no se atrevían a aproximarse a ella. Y aunque ella siempre estaba a obscuras por no poder soportar la luz material sus ojos, sin embargo la luz divina le era muy agradable, por donde su celda aparecía con frecuencia tan maravillosamente iluminada durante la noche que para los curiosos ante la celda parecía llena de lámparas o fuegos. No es extraño que inundada hasta en su cuerpo con resplandor divino, estuviese todos los días, según frase de San Pablo, con el rostro descubierto reverberando como espejo la gloria del Señor, y fuese transfigurando en la misma imagen de gloria en gloria, conforme a como obra el Espíritu del Señor». (II, Cor., III-18).

Y no sólo acostumbraba a estar rodeada de claridad divina, sino que un maravilloso perfume se desprendía de ella y de su celda hasta el punto que cuantos entraban pensaban haberse traído y esparcido diversas esencias aromáticas [6].

Es indudable que en la mayor parte de estos casos es necesario examinar cuidadosamente el testimonio aun cuando sea presentado bajo juramento en el proceso de beatificación. No podemos cerrar los ojos al hecho de que mucha gente, después de un lapso de años sin insinceridad consciente, se convencen fácil de haber oído, visto o dicho cosas que no tienen más fundamento que su propia imaginación, o su deseo de creer [7]. Aun así, hay no pocos casos con pruebas aparentemente sólidas, aunque las personas objeto de tales favores no sean muy famosas en la Iglesia. Por tanto, no puede haber razón fundada para dejar de creer los informes de fenómenos similares cuando se atribuyen a aquellos cuya eminente santidad y maravillosos dones de gracia son universalmente reconocidos. El resplandor que se dice rodeaba a veces a San Felipe Neri, Santa Catalina de Ricci, San Francisco de Paula, San Alfonso Ligorio, y a muchos más, parece probable de antemano teniendo en cuenta que semejantes favores han sido otorgados a personas menos eminentes. Es indudable la facilidad para exagerar una impresión producida en muchos casos. Un hombre que habla con energía y convicción profunda, fácil se sonroja. Su semblante se transforma, sus ojos llamean, su vehemencia parece rodearlo con un halo. Si no me equivoco, en la muy serena vida de San Felipe Neri escrita por los Abbés Ponnelle y Bordet, una biografía que empuja al espíritu crítico un poco más de lo que es necesario, no encontramos mención de la irradiación que, según se dice, iluminaba el semblante del Apóstol de Roma. Naturalmente, existe discusión sobre las extraordinarias palpitaciones que padecía el Santo, el desplazamiento de sus costillas, la sensación de un calor consumidor que continuamente le acompañaba; pero nada nos dicen de la aureola radiante que, según su primer biógrafo y amigo Padre Bacci, glorificaba con frecuencia sus rasgos [8]. Además, al aludir al conocimiento de San Felipe Neri con San Ignacio, dice el autor:

«Felipe no acostumbraba fechar sus recuerdos, pero hablaba gustosamente de la impresión que le hizo el

6. *St. Lydwine of Schiedam*, por Tomás Kempis, traduc. por Dom Vicent Scully, C. R. L. (1912), p. 117.

7. Por ejemplo, debo confesar que en el caso del Padre Bruno, en su *Life of St. John of the Cross* (p. 176) nos dice que durante la encarcelación del Santo en Toledo «se iluminó la cárcel dos veces durante la noche como si fuese de día». Me gustaría una mejor autoridad que la citada en la página 426. Las fuentes citadas son tardías. M. Baruzi, observo, que pasa en silencio el incidente.

8. Bacci, *Vita di San Filippo Neri* (Firenze, 1851). Lib. III, cap. I, nn. 15-19.

Padre Ignacio, de santa memoria. «Su cara —dijo él— estaba toda resplandeciente». Así se mostraba para él en los rostros humanos la perfección interior. El observó el mismo fenómeno en San Carlos Borromeo, y en los Cartujos de Santa María degli Angeli, cuando salían de la oración.

No hay necesidad de suponer que él viese una aureola material, y las palabras de Felipe pueden entenderse lo mismo de un continente lleno de fervor, y de conmovedores gestos, tales como San Ignacio hacía en su primer sermón en Roma. ¿No dijo el mismo San Ignacio en las Constituciones que escribió en 1539 (*sic*) que «la llama del espíritu y de los ojos hacía más impresión en las masas que los discursos elegantes y las bien escogidas palabras»? Divagando por las calles de Roma en busca de las cosas de Dios, Felipe no pudo dejar de atender durante el año 1538 a los sermones de Santa María de Montserrat, cuando el español, por la vehemencia de su «autoridad» acarreaba los pies aun de aquellos de sus oyentes que no entendían su lenguaje» [9].

Tal vez esto sea así, pero yo encuentro bastante difícil creer que San Felipe y los que empleaban expresiones similares, no solamente de San Ignacio, sino de San Carlos y otros, hablaban sólo metafóricamente. Hay tantos relatos de santos sacerdotes que iluminaban la celda o toda la capilla con la luz que salía de ellos o sobre ellos, que yo firmemente me inclino a adherirme a la interpretación más literal. Por ejemplo, leemos del cartujo del siglo XIV Juan Tornerius, entonces en la Gran Cartuja de Grenoble, que cuando el no llegar a tiempo para celebrar su primera Misa indujo al sacristán a ir a buscarle en su celda, encontró el pequeño aposento radiante de luz que parecía se difundía alrededor del buen Padre, como si alumbrara allí el sol de

9. Ponnelle y Bordet, *St. Philip Neri* (traduc. inglesa), pp. 100-1.

mediodía [10]. De manera semejante, en el proceso de beatificación del santo Franciscano Observante Beato Tomás de Cori, depusieron los testigos que una obscura mañana toda la iglesia estaba iluminada con el resplandor que brillaba en el semblante del Padre (*che sembrava un sole il quale tutta quella chiesa luminosa e risplendente rendesse*) [11].

Además sabemos, por lo que al parecer es el más primitivo relato que conservamos del Beato Gil de Asís, que en una ocasión durante la noche «brilló luz tan grande alrededor suyo que eclipsó la de la luna» [12].

Además, la casa de la Beata Alcidis de Scarbeke parecía que estaba ardiendo mientras ella, con un semblante radiante de luz, estaba orando dentro [13]. También sabemos por testimonio del Capitán de Betancourt que la celda de San Luis Beltrán «apareció como si todo el aposento estuviese iluminado con poderosas lámparas» [14]. Y se citan muchos ejemplos parecidos.

Añadamos que en las sesiones espiritistas son frecuentes los fenómenos luminosos de los mediums —muchos de los cuales están bien comprobados en circunstancias en que la estricta vigilancia parece que excluía toda posibilidad de fraude— lo cual me inclina fuertemente a creer que manifestaciones similares no faltarían en los anales del misticismo. Así como las maravillas ideadas por los magos de Faraón se parecían mucho al tipo de los milagros obrados por Moisés y Aarón, así también nadie que estudie cuidadosamente las investigaciones psíquicas dejará de darse cuenta del gran

10. Le Couteuix, *Annales Ordinis Carthusiani*, vol. V, p. 468.

11. *Luca di Roma, Vita del B. Padre Tommaso da Cori* (1786), p. 127.

12. W. Seaton, *Life of Blenea Giles of Anisi*, p. 78.

13. AA. SS., junio, vol. II, p. 474.

14. Wilberforce, *Life of St. Lewis Bertrand*, p. 204.

parecido entre las maravillas registradas en las vidas de los Santos y los fenómenos de lo que vagamente se califica de espiritismo. No estoy interesado en averiguar aquí cuál es la relación entre los mismos, ni creo que todavía poseamos datos suficientes para tratar adecuadamente del problema.

CAPITULO VI

SALAMANDRAS HUMANAS

1

En la época de la conmoción producida en París por los fenómenos de los *Convulsionnaires* de Saint-Médard, llegó a ser famosa con el apodo de Marie «la Salamandre» una tal Marie Sonet. Se decía de ella que solía permanecer suspendida por más de media hora sobre un brasero encendido, envuelta sólo en una sábana; en esta posición, las llamas la alcanzaban directamente sin que ella ni la sábana sufrieran daño alguno. En un folleto que M. Olivier Leroy escribió para la serie «Questions Disputées» publicó en 1931 un interesante ensayo sobre la cuestión de la incombustibilidad humana, tomando su título del apodo arriba mencionado [1]. El hecho de que en las vidas de muchos Santos se dé el caso de su inmunidad a todo daño si son expuestos al fuego ardiente sólo pudo explicarse como una milagrosa interferencia con las leyes de la naturaleza, lo cual indujo a M. Leroy a estudiar algunos de los casos más notables comparándolos con otros ejemplos de impasibilidad en sujetos que no eran ascetas. Yo me propongo en el presente capítulo seguir las huellas del escritor, aña-

1. *Les Hommes Salamandres; Recherches et Reflexions sur l'Incombustibilité du Corps humain,* por Olivier Leroy. (Paris : Desclée, De Brouwer et Cie., 1931).

diendo algún material nuevo que es posible haya escapado a sus investigaciones.

San Policarpo de Smirna, que padeció el año A. D. 155 ó 156, es casi el primer mártir de cuyo género de muerte poseemos una información completamente auténtica. Fué condenado a ser quemado en una pira; la pila de leños, una vez encendidos, ardía furiosamente. Sin embargo, se afirma que las llamas, formando un arco, rodeaban mansamente el cuerpo del mártir, sin hacerle ningún daño; tanto que los perseguidores, para acabar con él, enviaron un lancero para atravesarle el pecho con una lanza. Se dice que los borbotones de sangre apagaron el incendio; pero una vez muerto, volvió a arder la hoguera; y su cuerpo, a excepción de los huesos, se redujo a cenizas. Esto parecía demostrar que no fué una simple corriente accidental de aire lo que anteriormente había salvado de la destrucción al mártir.

Sin embargo, más directamente pertinente a nuestro propósito es el caso relatado en el siglo sexto por San Gregorio de Tours, de un católico que, en el curso de una discusión con un oponente arriano, arrojó un anillo de oro al fuego como una prueba de la verdad o falsedad de la doctrina repudiada, desafiando a su adversario a que lo recogiese. El arriano rehusó el desafío; pero el campeón de la ortodoxia, invocando a la Santísima Trinidad, metió su brazo en las llamas y recogió el anillo, que estaba candente. Lo tuvo por algún tiempo en la palma de la mano; pero, así nos asegura San Gregorio, no sufrió ningún daño [2]. En otro desafío semejante relatado por el mismo escritor, un anillo fué recogido de una caldera de agua hirviente, y también la fe le protegió de todo daño el brazo del católico actor del hecho [3]. Se puede asentir a no prestar gran confianza a la exactitud histórica de estos relatos; pero el siguiente

2. Ablatum ab igne annulum diutissime palma sustinuit et nihil est nocitus, *De Gloria Confessorum*, cap. 14.

3. *De Gloria Martyrum*, I, cap. 81.

que vamos a exponer es mejor conocido y mejor atestiguado.

En cierto sentido también tuvo carácter de apuesta. En los primeros días de los Patarinos y de la controversia de las Investiduras, se suscitó en muchos lugares un gran resentimiento contra los prelados que simoníacamente se habían introducido. En 1062, después de la muerte de Gerardo, obispo de Florencia, un candidato indigno aseguró su nombramiento por medio de un enorme soborno, provocando ello una serie de tumultos entre los ciudadanos, unos favoreciendo su causa y otros oponiéndose a ella. Como único medio de restablecer la paz, se decidió apelar al Juez del Cielo. San Juan Gualberto, Abad de Vallombrosa, indujo a uno de sus monjes, Pedro Aldobrandini, más tarde Cardenal y ahora venerado como San Pedro Igneo, a la prueba del fuego, con el fin de que pudiera prevalecer la verdad y el derecho. Se formaron dos grandes pilas de leña de diez pies de altura, con sólo un paso estrecho entre las dos. Se les prendió fuego hasta que ardieron ferozmente; el paso mismo estaba sembrado de pavesas ardientes. Entonces Pedro, habiendo ofrecido la Misa, y desvestida su casulla, pero conservando los demás ornamentos sagrados, paseó lentamente a lo largo del espacio entre las dos piras ardientes. Ni un cabello de su cabeza sufrió el menor daño, ni su alba fué chamuscada. El quería volver por el mismo sitio, pero el pueblo estaba satisfecho de que la voluntad de Dios se había manifestado. El obispo simoníaco fué depuesto dando después pruebas de sincero arrepentimiento. Parece que existen buenos testimonios contemporáneos acerca de este incidente, y Mgr. Mann, por ejemplo, lo acepta como histórico en su *Lives of the Popes* [4].

4. Los detalles de esta ordalía se dan en una carta escrita por los ciudadanos de Florencia al Papa Alejandro II, que está añadida a la vida de S. Juan Gualberto por Abbo.

Pero volvamos ahora a un caso, bien autenticado, de fecha algo posterior, que M. Leroy ha extractado de la vida del agustino ermitaño, Beato Giovanni Buono, sea que Buono fuera nombre de familia o solamente un apodo (Juan el Bueno), lo cual no aparece muy claro.

Tenemos la buena suerte de poseer una copia de las deposiciones hechas por los testigos en la causa de su beatificación en 1251, dos años después de su muerte. El primero entre éstos es el testimonio de un tal Padre Salveti, quien nos dice cómo un Hermano llamado Jachim estaba violentamente tentado a abandonar la vocación y salirse de la Orden. Sin embargo, en un frío día de invierno, cuando unos cuantos hermanos estaban reunidos alrededor del fuego, sucedió que Juan Buono empezó a defender la suprema importancia de ser fiel a la propia vocación religiosa. Ellos no debieran —decía él— temer a nada, ni al frío ni al calor, ni a las asperezas ni tribulaciones, estando seguros de que Dios vendrá siempre en su ayuda, cuando realmente tengan necesidad de ella.

Y diciendo esto —continúa el testigo— levantóse de repente Juan y, metiéndose dentro del fuego, empezó a remover las brasas con sus pies, lo mismo que si fuesen agua, y allí estuvo por el tiempo que llevaría el decir la mitad del *Miserere*. Después, abandonando el fuego, volvió a su celda y envió a llamar al Hermano Mateo, a este testigo y a otros Hermanos de la misma Orden cuyos nombres he olvidado. Les dijo que debían ser muy amigos de Dios, amarle tiernamente; pero como este testigo estaba convencido de que el Hermano Juan Buono había sido dañado por las brasas mencionadas, de intento se acercó a Juan para poder examinarlo mejor y observar si presentaba algún daño en sus pies o piernas, o su túnica; pero aunque los revisó cuidadosamente, no encontró señal de quemadura o herida alguna.

Es interesante observar, según el mismo documento, que el Padre Salveti fue sometido a un nuevo examen bastante detallado. Se le preguntó: dónde y precisamente cuándo ocurrió el incidente; cuántos hermanos estaban presentes y sus nombres; qué sabía acerca del Hermano Jachim, de quien se dijo que había sido confirmado en su vocación al ser testigo de este prodigio. Es lamentable que desde que acaeció lo que describe el Padre Salveti hubiesen transcurrido unos dieciocho años; pero estuvo presente en aquella ocasión otro testigo, el Hermano Mateo, cuyo relato está substancialmente de acuerdo con el primero. Declara que había una capa gruesa de ascuas en la hoguera —téngase en cuenta que en aquella época, naturalmente, no se conocían más que hogueras de leña— y que Juan Buono estuvo descalzo sobre aquellas ascuas por bastante espacio de tiempo, removiéndolas como un hombre que tratara de lavarse los pies en un riachuelo [5].

Otra notable serie de manifestaciones, similarmente consideradas como pruebas de una santidad especial del santo varón a quien no horrorizaba el fuego, es citada por M. Leroy, tomándola del proceso de canonización de San Francisco de Paula. Estas tienen un especial interés, porque parece que esta inmunidad con respecto al fuego fue habitual en el santo, y también parece poseer el poder de transferir a otros esta misma inmunidad. Está registrado un gran número de incidentes para probar su propia insensibilidad a los efectos del fuego, y aunque desgraciadamente en muchos casos no fuera registrada la prueba hasta más de unos treinta a cincuenta años después del suceso, aun así fué un testimonio

Vid. Mann, *Lives of The Popes*, VI, p. 302, y Ughelli, *Italia Sacra*, III, cc. 95-7. Puede haber poca duda de que la prueba a que consintió someterse Savonarola en la misma ciudad, cuatrocientos años más tarde, fué sugerida por la historia de San Pedro Igneo.

5. Los textos están en los *AA. SS.*, octubre, vol. p. 773, E. F. y P. 794A; M. Leroy da algunas referencias adicionales, pero no añaden nada a la prueba.

confirmado con juramento y concernía a materias que probablemente habían producido profunda impresión en los que fueron testigos oculares. Sabemos, por ejemplo, de un tal Bernardino de Raimundo, que había sido enviado por su maestro a una fragua a herrar a uno de sus animales. Después de la operación quedaba una gran pieza de hierro candente, y al punto Francisco, que pasaba por allá, preguntó al hombre si le quedaba bastante hierro para otro trabajo semejante que él deseaba. El herrero apuntó a la barra que estaba candente. Entonces Francisco tomóla en sus manos con toda calma: Ellos le gritaron: «¡Padre, no haga eso! Se va a quemar»; pero el Santo respondió: «Con su permiso, lo estoy sosteniendo para calentarme» [6]. En otra ocasión —se dice— habiéndose desplomado una calera envió a la gente a comer mientras él, solo, entró en el horno para reparar el daño. Pero más directamente viene al caso la historia de cómo dos distinguidos eclesiásticos que fueron encargados por el Obispo para informar acerca de San Francisco de Paula y su modo de vivir; para probarlo comenzaron por dar poca importancia a las austeridades practicadas por él y sus discípulos. Le dijeron: «Es muy fácil para usted hacer estas cosas, porque es campesino y está acostumbrado a penalidades. Pero si fuera usted de sangre noble, no sería capaz de llevar esa vida». Después de lo cual sigue el relato:

«El Hermano Francisco contestó: «Verdad es que soy un campesino y, si no lo fuera, no sería capaz de hacer cosas como éstas». Y cuando así hablaba se inclinó al fuego que ardía intensamente. Llenando sus manos con tizones y carbones ardientes [7] los tuvo en sus manos mientras se dirigía al Canónigo y observaba: «Usted ve que no podría hacer esto si no fuera campesino». Entonces el Canónigo se arrodilló ante el Hermano Francisco y quería besar sus pies y manos, pero el Hermano no quiso permitírselo» [8].

6. Vid. AA. SS., abril, vol. I, p. 175A.

7. «Implevit manus titionibus et prunis ignitis»; «prunae» eran naturalmente trozos de carbón vegetal.

Son numerosos los incidentes de esta clase que se encuentran en la vida de San Francisco de Paula. Se nos habla de meter sus manos dentro de una marmita de aceite hirviendo y, en otra ocasión, en lejía hirviente. Nos dicen que, trayéndole carbones candentes en dos platos de madera para hacer fuego, cogió los carbones en sus manos rechazando los platos. También se refiere la historia de ciertos carboneros que cubrieron de tierra su carbonera con tan poca maña que las llamas salían por varias hendiduras. Francisco puso su pie desnudo sobre cada una de las grietas en turno para que no saliera fuego hasta que se pudo traer tierra para cerrar el orificio. Tomó en sus manos un gran trozo de cal de una calera que ardía, y cuando en otra ocasión no funcionaba bien la misma, entró en él diez o doce horas tan sólo después de haber sido abierta aunque habitualmente es necesario esperar cinco días hasta que se enfríe suficientemente. En 1516, cuando el Conde de Grotteria escribió a León X para urgir la canonización de San Francisco de Paula —él había muerto en 1517—, el Conde, entre otros argumentos, decía que él y también su esposa sabían que Francisco, como los tres jóvenes de Babilonia, había pasado incólume más de una vez por una hoguera ardiente. Atestiguaban en particular que el santo varón «llevó brasas en sus manos para calentar a quienes no tenían fe en él, y que la condición de las mismas no chamuscadas (*immaculatio manuum*) les hizo creer sin vacilación» [9].

Este tomar las brasas para calentar a la gente sin mencionar un escalfador me sugiere que ellos quieren

8. *AA. SS.*, abril, vol. I, p. 140, A. B. C. El incidente está narrado por Charles de Piro que acompañó al Canónigo en esta visita.

9. *Ibid.*, p. 189E.

decir el tomar carbones candentes y retenerlos [10]; porque es común hallar que cuantos son inmunes tienen el poder de extender esta inmunidad a otros. Aquellos que fueron a calentarse, parece haber declinado la invitación, pero se mencionaba un caso por el Maestro Confortus de Affriento, un testigo ocular, en que la prueba tuvo un éxito evidente. Declara en su deposición que estando construyéndose una casa de Mínimos en Paternio, y habiendo construído allí una calera a la que ya se había prendido fuego, trajeron al Santo la noticia de que se desmoronaba. En esto Francisco ordenó a un Hermano muy bajo (*monachulus*) —tal vez la puerta era tan baja que una persona mayor no podía pasar por ella— tomar un palo que él le dió y plantarlo en el interior. Le dijo al joven que no tuviese miedo y, en efecto, resultó ileso y la calera se salvó [11].

Aunque los hagiógrafos traen muchos ejemplos aislados de esta insensibilidad de los Santos a los efectos del fuego, ciertamente algunos de estos casos no están debidamente comprobados; en otras muchas ocasiones, solamente se les reconocía el privilegio en casos de necesidad urgente. M. Leroy se refiere a la muy conocida historia de Santa Catalina de Siena. La Madre Francis Raphael relata de esta manera el incidente:

«Otro día, estando ocupada en la cocina según su costumbre, se sentó al lado del fuego y empezó a dar vuelta al asador; y al hacerlo fué arrebatada en éxtasis... Cuando terminó la cena, Lisa volvió donde Catalina con intención de vigilarla hasta que volviese en sí. Al entrar de nuevo en la cocina, sin embargo, quedó aterrorizada al ver que Catalina había caído de bruces, y estaba con su cuerpo sobre las brasas ardientes. El

10. Véase este incidente (*Ibid.*, p. 142A) donde Francisco trae del fuego brasas en sus manos a su asaltante Antonio y le dice: «*in caritate calefacitis vos*».

11. *Ibid.*, p. 169B.

fuego era grande y vivo, porque se conservaba una cantidad desacostumbrada de leña en la casa con objeto de preparar los teñidos. «¡Ay! —gritó Lisa— Catalina está toda quemada»; y al decirlo, la sacó fuera de humeantes brasas, pero halló con admiración que no había recibido daño ni en su persona ni en sus vestidos, de los que «no había pasado olor de fuego». «Y sin embargo —dice su antiguo biógrafo inglés— era un gran fuego, y estuvo largo tiempo en él». Pero el fuego del amor de Dios que ardía en su corazón tenía tanta fuerza y virtud que no quiso consentir que el fuego exterior prevaleciese sobre ella» [12].

Estos ejemplos pueden ser suficientes para demostración de la clase de episodios que encontramos con frecuencia en las vidas de los Santos, habitualmente considerados por los biógrafos como milagrosos. M. Leroy, en su folleto, nos da referencias de otros ejemplos en el *Acta Sanctorum*, y podía haber añadido muchas más. Por ejemplo, se da una curiosa narración en la biografía históricamente respetable de Santa Austreberta, que murió en A. D. 705. Además nos dice que, en muchos casos, fueron llevados carbones encendidos en las manos de un lugar a otro, v. g., esto se menciona en la Vida de Domenica dal Paradiso [13], y en la de Margarita Parisot, mientras de la Beata Angelina di Marsciano se dice que había traído oculto bajo su manto todo el contenido ardiente de una estufa a la presencia del Rey de Nápoles, para convencerle de que ella no se asustaba por sus amenazas de quemarla por bru-

12. *Life of Catherine*, p. 64.

13. Véase en particular, B. M. Borghigiani, *Vita della Suor Domenica dal Paradiso* (1719), p. 410. La invención de las cerillas nos ha librado de la constante necesidad de transportar fuego de un aposento a otro, que era un rasgo tan familiar en la vida doméstica de siglos pasados.

ja [14]. En otro capítulo posterior he escrito acerca de personas santas que parecían consumidas por algún fuego interior, radiando tan intenso calor físico que su proximidad era con frecuencia origen de una molestia considerable para sus vecinos.

Echando una mirada general a estos alegados ejemplos de incombustibilidad humana, me parece que se pueden dividir convenientemente en cuatro clases.

En primer lugar se dan casos de los cuales, hasta ahora, hemos hablado que corrientemente se consideran como un testimonio milagroso de santidad de vida. En segundo lugar, se dan aquellos de quienes no se alega más sino que el individuo así dotado aparece por algún capricho de la Naturaleza como inmune a la acción de un calor intenso. En tercer lugar, tenemos muchos relatos de maravillas espiritistas que cuentan cómo ciertos mediums cuando están en trance pueden impunemente manejar fuego y proteger a otros de su acción. Finalmente, están los «paseos por el fuego», al parecer asociados siempre a algún rito religioso pagano, pero que ocurren en casi todas las partes del mundo entre pueblos bárbaros, y cuyas trazas se pueden descubrir aún en la más remota antigüedad. No estoy examinando aquí las Ordalías de fuego de la Edad Media, que propiamente pertenecerían a la primera categoría. Estas pruebas eran dirigidas por eclesiásticos, quienes apelaban formalmente a la justicia de Dios confiando en que éste no permitiría que pereciese el inocente. Incidentalmente podemos observar que el caso de la Reina Emma, la madre de San Eduardo Confesor, y citado extensamente por M. Leroy, es una selección bastante desafortunada. En la historia contemporánea no se hace mención alguna de andar la Reina por encima de nueve rejas de arado

14. L. Jacobilli, *Vita della B. Angelina di Marsciano* (1737), p. 24.

al rojo vivo; hoy es universalmente rechazado como fábula.

Queda la cuestión sobre si se da alguna prueba para creer que algunos individuos excepcionales son indiferentes a los efectos del calor, o aun por algún tiempo a las llamas, suponiendo que la prueba no se prolongue indefinidamente.

Voy a citar en primer lugar el muy conocido pasaje del *Evelyn Diary*, que también M. Leroy ha transcrito. Evidentemente, el protagonista en este caso no pretende tener ninguna misión religiosa. Era simple prestidigitador, pero es difícil ver cómo tales hazañas si todas fuesen fingidas podían haber sido realizadas en un recinto privado. Donde hay escenarios y oportunidad para utilizar aparatos, se pudieran producir ilusiones mucho más fácilmente. Sea de esto lo que fuere, Evelyn cuenta:

«Oct. 8, 1672. Yo me despedí de mi Lady Sunderland, que iba a París a casa de mi Lord, ahora embajador en esta capital. Ella me retuvo a cenar en Leicester House; después envió en busca de Richardson, el célebre traga-fuegos. Este devoraba ante nuestros ojos azufre sobre carbones candentes, masticando y tragándolos; fundía un vaso y se lo comía; después, tomando carbón encendido lo colocaba sobre la lengua ponía encima una ostra fresca, se soplaba con fuelles al carbón hasta llamear y despedir chispas en su boca, permaneciendo así hasta que la ostra se abriera y estuviese bien hervida; entonces fundía pez y cera con azufre que bebía a medida que ardía. Yo lo vi llameando en su boca por algún tiempo; también tomó una recia pieza de hierro, tal como las lavanderas acostumbran poner en sus cajas de planchar y cuando estaba al rojo vivo la tomó entre sus dientes; después en su mano, lanzándola como una piedra, pero observé que esto no duraba mucho tiempo; luego se ponía sobre un bote pequeño, y doblando su cuerpo, tomaba con su boca el hierro candente entre sus dos

pies, sin tocar al bote o al suelo con sus manos; con otras diversas hazañas prodigiosas».

Richardson parece muy conocido en Francia, tanto como en Inglaterra; el *Journal des Savants* le dedicó un artículo en 1677. El relato publicado acerca de la actuación de este prestidigitador está exactamente de acuerdo con la descripción de Evelyn, pero más bien exagera que disminuye la admiración, diciendo, por ejemplo, «que tiene en sus manos por largo tiempo un hierro al rojo vivo sin que después le quede ninguna marca» 15.

A este reportaje podemos añadir otro extraordinario enviado por un corresponsal de *New York Herald* concerniente a un negro en Talbot County, Maryland. El escritor nombra a varios distinguidos habitantes de Easton, así como al editor de un periódico local, y declara que en su compañía presenció una exhibición de un negro llevada a cabo no en la casa del propio actor, sino «en la Oficina del Dr. Stack».

«En una estufa común ardía fuerte fuego vivo de antracita; fué colocada una paleta hasta calentarse al rojo vivo. Cuando todo estuvo preparado, el negro descalzó sus botas y se aplicó la paleta caliente bajo las plantas de sus pies, aguantando así hasta que la paleta recobró su color negro. Los médicos —tres estaban presentes— le examinaron los pies, pero no pudieron encontrar ninguna quemadura, declarando todos no haber prueba visible de que una substancia caliente hubiera estado en contacto con ellos.

La paleta fué calentada de nuevo al rojo; sacada de la estufa, se le entregó. Aquél sacó la lengua cuanto pudo, colocándose la pala sobre ella lamió el hierro hasta que éste quedó frío. Los médicos examinaron la lengua sin encontrar ningún indicio de haber sufrido lo más mínimo por el hierro caliente. Una gran manotada de balas de plomo fué colocada en una cacerola de hierro y calentada hasta derretirse. Entonces, el negro tomó el recipiente, vertió el plomo en su mano y se lo llevó a la boca, permitiendo que se moviese alrededor de los dientes y de las encías. Repitió la operación varias veces, teniendo el plomo derretido en la boca hasta solidificarse. Después de cada operación los médicos lo examinaban cuidadosamente, pero no encontraban señal de que la carne hubiera sido afectada en lo más mínimo... Después puso deliberadamente su mano sobre la estufa, que estaba muy caliente, retirando de ella una manotada de carbones incandescentes que, teniéndolos en su mano por algún tiempo, paseó por toda la sala para mostrarlo a todos los caballeros presentes. No era visible ninguna prueba de haberse quemado sus manos; después arrojó los carbones a la estufa».

15. Citado por M. Leroy. Les Hommes Salamandres, p. 27.

Continúa el escritor diciendo que todos los asistentes acudieron con deliberado propósito de detectar el fraude, si es que lo había, pero que salieron satisfechos de la limpieza de la exhibición. También se nos dice que dos jueces del distrito judicial, cuyos nombres no se citan, visitaron a aquél en su taller de herrería, y cómo declararon después textualmente «que él realizó las cosas más asombrosas, como tomar con sus manos desnudas hierro candente dándole forma sin usar tenazas, aplicárselo sobre la lengua, etc.». Finalmente, después de mencionar los nombres de otros distinguidos testigos oculares, el corresponsal termina su relato con esta declaración:

«Después que el negro terminó su actuación en la oficina del Dr. Stack, busqué una oportunidad para hablar con el negro. Lo encontré muy ignorante, no sabía leer ni escribir; era por todos conceptos un negro genuino. Su nombre es Nathan Coker; tiene unos cincuenta y ocho años de edad, nacido en el pueblo de Hillsborough, Carolina County, Md. Fué esclavo de Henry L. Sellers del mismo lugar, quien lo vendió

al obispo Emery. Con respecto a su habilidad para manejar el fuego, me dijo: «De muchacho, cuando yo tenía unos trece años, Massa Emery me alquiló a un abogado que se llamaba Purnell. Me trató mal, y no me daba la comida suficiente. Me lancé un día a la cocina y, cuando el cocinero se ausentó, metí la mano en la marmita de comida extrayendo un pudin muy caliente. El agua hirviente no me quemaba y pude comer sin pestañear el caliente pudin; y así, después de aquello, conseguí con frecuencia comer de la misma manera. Muchas veces, sacaba la manteca caliente del agua hirviendo y la bebía. Yo bebo café cuando está hirviendo, y no me produce la mitad del dolor que el beber un vaso de agua fría. Me gusta siempre lo más caliente posible».

A otras preguntas contestó el negro:

«Con frecuencia saco de la fragua con mi mano hierro al rojo vivo y no me quema. Desde niño, nunca tuve miedo a manipular el fuego».

Es lamentable que no haya podido citar este relato sino de segunda mano o tal vez de tercera. Aparece en el *The Spiritual Magazine* de enero 1872 (páginas 15-16), y no se hace referencia alguna acerca del número preciso de *New York Herald* en el que se presume fue publicado por vez primera. Muy probablemente fue copiado por alguna publicación periódica espiritualista, llegando a Inglaterra. Sin embargo dudo poco de su autenticidad. Maryland no está tan lejos de Nueva York para que el *New York Herald* deje de circular allí, y la mención de los nombres de una veintena de residentes, juntamente con los de los jueces de distrito y un alcalde, hubiera provocado una fuerte protesta si el relato hubiera sido fingido. Por otra parte, los espiritistas no podían tener motivos para inventar semejante fábula. El don del negro se presentaba como una facultad puramente natural que, naturalmente, estaba libre de trance o cosa que se parezca. Pero ya tendremos ocasión de decir más acerca

de la insensibilidad a la acción del fuego por ciertos mediums en trance, cuando tratemos de las otras dos clases de personas inmunes de que hemos hablado ya anteriormente.

2

A la luz de casos como los citados, ya del traga fuegos Richardson y el negro de Maryland —a los que se pueden añadir otros ejemplos— parece difícil declarar positivamente que es necesario un milagro para que la carne humana, puesta en contacto con el fuego, no sufra daño. Pero nuestra duda aumentará indiscutiblemente, si tenemos en cuenta las hazañas de los mediums espiritistas y los datos que se poseen de las ceremonias de pasar por el fuego entre los pueblos primitivos. En las páginas siguientes me propongo llamar la atención de algunos ejemplos bien auténticos de ambas clases de fenómenos anormales.

En cuanto a la primera categoría hay uno que recuerda a Daniel Dunglas Home, hecho especialmente recordado en esta clase de hazañas. Pero hay que sentar como premisa que aquél no fué de manera alguna el único medium que ofrecía manifestaciones similares. Que tales incidentes tuvieron lugar en las sesiones de Home está confirmado por una cantidad irrefutable de testimonios. En más de veinte ocasiones fué probada, por los más autorizados testigos, su inmunidad a ser dañado al contacto con ascuas candentes, y, esto es más notable: fué capaz de comunicar su inmunidad a aquellos que creían y deseaban tomar de sus manos objetos ardientes. De los muchos casos que se pueden citar, podemos escoger al azar un incidente conservado por el difunto Earl de Duraven (entonces Lord Adare) en un relato contemporáneo de la sesión del 30 de noviembre de 1868, en casa de Mrs. Hemming, en Norwood. Después de varias visitas preliminares al

hogar y atizar el fuego, Home cayó en trance; fué de nuevo al fuego avivando con sus manos las brasas hasta llamear; entonces, arrodillándose, puso su cara directamente entre carbones candentes, agitándola de un lado para otro como si estuviese bañándola en agua. Después se levantó, y aplicó por algún tiempo su dedo a la llama de la vela. Luego tomó un trozo de carbón incandescente que ya antes había manipulado y vino a nosotros, soplándolo para hacerlo más brillante. A continuación paseó despacio alrededor de la mesa, y dijo: «Yo quiero ver quién de ustedes será el mejor sujeto. ¡Ah!, creo que Adare ofrecerá más facilidad, porque es quien más ha estado con Dan (esto es, él mismo)». Mr. Jencken extendió la mano diciendo: «Ponla en la mía». Home dijo, «No, toque y vea». Tocó con la punta de su dedo y se quemó. Entonces Home sostuvo a cuatro o cinco pulgadas de distancia las manos de Mr. Sarl y Mr. Hart, quienes pudieron aguantar el calor. Se dirigió a mí diciéndome: «Ahora, si no tiene usted miedo, extienda la mano». Así lo hice, y habiendo hecho unos rápidos pases sobre mi mano, colocó en ella el carbón. Debí tenerlo por medio minuto, tiempo bastante para quemarse terriblemente la mano; el calor del carbón apenas era sensible al tacto. Home lo retiró y se rió; y parecía muy complacido. Al ir de nuevo hacia el fuego giró de repente en redondo y dijo: «¡Toma! Algunos de ellos piensan que solamente un lado de brasas estaba caliente». Me mandó que formara un hueco con mis dos manos; así lo hice. Colocó el carbón dentro de ellas cubriendo en seguida con sus dos manos el carbón, por lo que éste quedó completamente tapado por nuestras cuatro manos. Así estuvimos por algún tiempo, sin percibir calor alguno [1].

Debemos observar que Lord Adare, quien en bien

1. *Experiences with D. D. Home* (S. P. R. edic., 1924) pp. 135-6.

de su padre (un convertido al catolicismo) escribió a la edad de veintisiete años este relato, no era, ni mucho menos, una nulidad intelectual [2]. Sin embargo, antes de que la citada descripción fuese impresa en 1870, se sometió para su examen a todos los que tomaron parte en la sesión, a saber, Mrs. Hemmings, Mr. H. Jencken y Mr. Sarl, «y las contestaciones en cada caso fueron afirmativas en cuanto a la exactitud del contenido». No de menos peso es el testimonio de Lord Lindsay, más tarde vigésimosexto Eral de Crawford y Balcarres. Ahora bien, Lord Lindsay declaraba en 1869 para la información del Comité de la «Dialectical Society» que estaba haciendo una investigación acerca de la realidad de supuestos fenómenos espiritistas [3].

Estando en trance Home, yo le he visto con frecuencia ir al fuego y tomar gruesos carbones candentes y llevarlos de acá para allá en sus manos, ponerlos dentro de su camisa, etc. Ocho veces he tenido yo mismo un carbón candente en mis manos sin producirme daño alguno, mientras chamuscaba mi cara al levantar mi mano. Una vez quise ver si realmente quemaría, y lo dije así; toqué el carbón con el dedo medio de la mano derecha, produciéndome una ampolla como el tamaño de una moneda de seis peniques; al punto le dije que me diera el carbón, puse su parte que me quemó en la mitad de la mano por espacio de tres o cuatro minutos sin el menor inconveniente. Pocas semanas hace que estaba en la sesión con otros ocho asistentes. De éstos, siete aguantaron sin dolor los carbones encendidos, mientras que los otros dos [4] no podían sufrir ni la proximidad de los mismos; de aquellos siete, cuatro eran señoras».

Es difícil creer que Lord Lindsay estuviera aluci-

2. Vid. en cap. Alargamiento del cuerpo, p. 202.

3. *Report of the Dialectical Society's Committes on Spiritualism* (1871), p. 208.

4. Había nueve personas incluyendo a sí mismo.

nado o mintiese, y menos aún suponer que Home, en cada una de estas ocho ocasiones, lograse, como sugiere Podmore, deslizar una hoja de escoria o almohadilla de cenizas entre el carbón candente y la mano. Además, si puso un substituto inofensivo en su camisa, ¿qué se hizo entretanto del verdadero carbón ardiente? Los carbones incandescentes tienen medio de anunciar su presencia a más sentidos que el de la vista si aquéllos son colocados sobre la alfombra o se arrojan al agua. Pero sobre lo que quisiera insistir más especialmente es sobre esta audacia de jugar con fuego. Parece que en Home, normal, física o moralmente, ha habido poco de atrevido fuera de trance. Piensa en la ruina social a que se exponía si algún experimento le hubiese salido mal. Mr. Jencken afirmó: «Todavía hace muy pocos días que una campanilla de metal calentada al fuego hasta el rojo, fué colocada sin causar daño sobre la cabeza de una señora»; y, en el caso de otra señora y en diferente ocasión, «un carbón candente «cayó» —dice ella— sobre mi vestido de muselina blanca, permaneciendo allí algunos segundos; como estaba tan caliente todos teníamos miedo a tocarlo. Aunque mi vestido estaba hecho con la más fina muselina no se quemó y, después de examinarlo, aún no conseguimos detectar la menor traza ni señal de ningún género [5]. Home deseó nada más que la fama de que gozó en los círculos aristocráticos; pero si una señora hubiera tenido que llevar una cicatriz por el resto de su vida, o si él hubiera visto quemado el vestido como resultado de estas experiencias, tales incidentes no se olvidarían ni se los perdonarían fácilmente.

Tal vez la más famosa de todas las experiencias de fuego hechas por D. D. Home fué cuando en una ocasión, a presencia de varios testigos, sacó de entre las llamas con sus manos «una pieza de carbón candente,

5. *Repport*, pp. 119 y 370.

tan grande que tuvo que sostenerlo con ambas manos; y después, intencionadamente, la puso sobre la cabeza de un amigo suyo, el anciano Samuel Carter Hall, F. S. A., por muchos años editor de *The Art Journal*. Alguien dijo: «¿No está candente?» y Mr. Hall contestó, «caliente, pero no candente». Entonces Home procedió «a cubrir con el cabello blanco de Mr. Hall el carbón incandescente, viéndose éste aún rojo debajo del pelo». Después Mrs. Hall, su esposa, tuvo el carbón en su propia mano (algunos intentaron tocarlo, pero pronto retrocedieron después de haberse quemado los dedos). También lo encontró caliente, pero no inaguantable [6]. Voy a tomar de otra fuente un ejemplo final como prueba del extraordinario don de Home. En las notas de Stanton Moses, escritas inmediatamente después de una sesión que el 30 de abril de 1873 tuvo lugar en casa de Miss Douglas, 81, South Audley Street, se nos dice cómo después de varios fenómenos con el acordeón y con manos materializadas, que podían ver y sentirse, Mr. Home fué al fogón, removió el guardafuego y se sentó en la alfombrilla del fogón. Parecía sostener allí una conversación mímica con un espíritu. Se inclinaba repetidas veces, tratando finalmente de hipnotizar su cabeza. Descompuso su abundante cabellera hasta dejarla como un estropajo; luego, deliberadamente, se acostó posando su cabeza entre las llamas de fuego de leña. El pelo estaba en las llamas, que en circunstancias ordinarias hubiera sido chamuscado completamente; su cabeza, en la parrilla; y su cuello, al nivel de la barra. Esto se repitió varias veces. También puso sus manos en el fuego, allanó la leña y el carbón; cogió un carbón candente que sostuvo en sus manos varios segundos; pero lo abandonó pronto diciendo que el poder

6. Vid. La carta de Mirs. Hall impresa en el libro de Lord Adare, S. P. R. edic. pp. 280-2. El mismo Mr. Hall escribe en *Spiritual Magazine* (1869), p. 81.

no era suficiente. Trató de dar carbón candente a Mr. Crookes, pero no pudo hacerlo. Después se aproximó a todos para que viéramos que no había olor a fuego en su pelo. No lo había en absoluto. «El olor del fuego no pasó sobre él» [7].

Antes de imprimir esta narración en los *Proccedings of the S.P.R.*, Myers consultó a Sir Willian (entonces Mr. Crookes) en cuanto a su exactitud. Este último replicó el 9 de marzo de 1893 en los siguientes términos:

«Conservo un claro recuerdo de la sesión aquí descrita y puedo corroborar el relato de Mr. Stainton Moses. Yo no estaba bien situado para ver la primera parte del «test de fuego» que aquí se menciona. Sabía por experiencia que cuando Home estaba en trance, el mucho movimiento o la conversación de parte de otros interfería el desarrollo de los fenómenos. Yo estaba de espaldas al fuego; al principio no me volví para observar cuanto estaba haciendo. Cuando me dijeron lo que ocurría, miré y vi a Home en el acto de levantar del fuego su cabeza. Probablemente esta era la última ocasión de las «varias veces» que repitió la exhibición, que yo no recuerdo haber visto jamás. Al expresar mi gran desilusión por haber perdido esta prueba, Mr. Home me dijo que dejara el asiento y fuera con él al fogón. Me preguntó si tendría miedo a tomar de su mano un carbón candente. Le dije que no, que lo tomaría caso de ofrecérmelo él. Entonces puso su mano entre los carbones encendidos y, deliberadamente, tomó la pieza más brillante y la sostuvo en su mano durante pocos segundos. Pareció deliberar por algún tiempo y lo devolvió a la parrilla del hogar, diciendo que el poder era demasiado débil y temía pudiera quemarme. Durante este tiempo estuve arrodillado sobre la estera del fogón,

7. Daniel III-94. Uno se imagina que el mérito de Home en pruebas de fuego le venía en parte de su nombre de pila Daniel.

y fuí incapaz de explicarme cómo no se quemó él seriamente. El fuego era de leña, pues Miss Douglas nunca quemaba carbón en salones de visitas. Al atardecer había colocado un tronco de leña, y estuvo ardiendo toda la noche. Mi recuerdo es que el fuego no era muy brillante».

Lo que añade Mr. Crookes es de especial interés, teniendo en cuenta que fué uno de los físicos y químicos mas famosos de su tiempo.

«Yo no creo —sigue diciendo— en la posibilidad de que la piel ordinaria de la mano pueda prepararse de manera que pueda manipular impunemente carbón encendido. Los libros para niños de escuela y los cuentos medievales describen cómo se puede hacer esto con alumbre o ciertos otros ingredientes. Es posible endurecer y engrosar la piel por medio de estas preparaciones de tal forma que tenga lugar una quemadura superficial sin que el dolor sea grande; ciertamente la piel sufriría cruelmente. Después que Home volvió en sí del trance, examiné cuidadosamente su mano para ver si había alguna señal de quemadura, o alguna preparación anterior. No pude observar señal de quemadura en la piel, suave y delicada como la de una mujer. Ni hubo señales de preparaciones aplicadas previamente. Yo he visto con frecuencia a brujos y a otros manipular con carbón o hierro candente, pero siempre hubo señales de quemadura visible. Una vez me trajeron un negro a mi laboratorio, que decía poder manipular con impunidad hierro candente. Se me pidió que probara sus aserciones, y lo hice cuidadosamente. No había duda de que podía tocar y tener por breve tiempo un hierro candente sin sentir mucho dolor, y suponiendo que sus pies fueran tan resistentes como sus manos, podía haber pasado triunfalmente por la prueba de «rejas de arado candente». Pero la casa estuvo por horas llena de olor a negro quemado» [8].

8. Proceedings Of the S. R. P., Vol. IX (1893-4), pp. 307-9.

Solamente añadiré aquí que desde los días de Home han exhibido otros mediums los mismos poderes en esta materia de inmunidad del fuego, aunque no parece que lo hayan experimentado tan atrevidamente. Hace algunos años oí a Mrs. Philip Champion de Crespigny relatar en una conversación privada una experiencia suya propia, en la cual una medium no solamente tomó del fuego un leño en plena combustión y lo llevó por la sala, sino que por algunos segundos lo dejó sin inconveniente en la mano de Mrs. de Crespigny sin sufrir daño [9]. El nombre de esa medium era Mrs. Annie Hunter. Hacemos observar que hubo otros varios a quienes en diferentes ocasiones se ha atribuído el mismo poder de manipular fuego.

Yo mismo, en conversación con un amigo, le he oído la descripción del Paseo por el Fuego presenciado por él en Ceilán en los últimos seis años; pero aunque aquél era completamente normal y concordaba con relatos publicados por Mr. Andrew Lang y otros muchos, el corresponsal de M. Leroy refiere varios rasgos extraordinarios que yo no recuerdo haber encontrado en otra parte. Observaré solamente que en el caso de Ceilán insistió mi amigo mucho sobre el intenso calor que despedía la hoguera de cenizas que habían preparado. Varios oficiales y otros distinguidos europeos presenciaron el espectáculo; se les prepararon sillas a pocas varas de distancia del pequeño lago de fuego, pero era tan intolerable el calor desprendido que hubieron de retrasar todos los asientos antes de que prosiguiese la ceremonia.

El Paseo por el Fuego de que nos hablan las páginas de M. Leroy tuvo lugar en Mysore, su estado nativo en el sur de la India, a unas 250 millas de Madrás.

9. Vid. la declaración de Mrs. de Crespigny en *Proceedings S. P. R.* Vol XXXV (1924), pp. 14-15.

La narración está contenida en una carta que le envió Mgr. Desparatus, obispo católico de Mysore, que fue testigo ocular. Recibió de antemano una cortés invitación del Maharajah rogándole que lo complaciera con su compañía, como si se tratara de un concierto o lunch y con vistas a fomentar las excelentes relaciones que existían entre el soberano y sus súbditos católicos; la invitación fué aceptada por el obispo. La ceremania se fijó para las seis de la tarde; pero Mgr. Despatures, receloso de una posible impostura, se presentó antes de tiempo para examinar las preparaciones previas. Encontró que habían cavado una trinchera como de un pie de profundidad, trece de largura y algo más que seis de anchura. Había sido llenada en espesor de nueve pulgadas con carbón vegetal candente. No había duda acerca de la realidad del fuego, nos dice; el calor que despedía era asfixiante. Cerca permanecía en pie un mahometano del norte de la India, el héroe de la experiencia; pero el obispo advierte que el hombre no tuvo que ver nada con la preparación de la hoguera. El Maharajah, que también sospechaba fraude, lo vió por sí mismo. No sin sorpresa se colige incidentalmente que, por lo menos, en el ánimo de los más instruídos indígenas no se le atribuía al rito ninguna significación religiosa; parece ser que para ellos, lo mismo que para los huéspedes europeos, se trataba simplemente de un espectáculo curioso como la actuación de un prestidigitador. A la hora señalada, con gran pompa, llegó el Maharajah con su familia y su séquito, colocándose a unas veinticinco yardas de la trinchera, hecho que revela el calor que despedía. Después de lo cual, la carta continúa:

«El mahometano, según la costumbre india, vino a postrarse ante el soberano, y luego se dirigió derecho al horno; creí que el hombre iba a meterse en el fuego, pero me equivoqué. Permaneció como a una yarda de distancia del borde, mandó a uno de los servidores de palacio que se metiera en el fuego. Le hizo señal de

ir adelante, tratando de persuadirlo con toda su habilidad, pero el hombre no se movió. Sin embargo, en tanto se le acercaba el mahometano éste lo cogió inesperadamente por sus espaldas y lo empujo al pequeño lago de ardientes llamas. En los primeros momentos, el indio luchó para salir del fuego; luego, de repente su aspecto de terror se tornó en una sonrisa sorprendente y empezó a cruzar a lo largo de la trinchera sin ninguna prisa como si diese un paseo, mirando alegremente a los que estaban a sus dos lados. Sus pies y piernas estaban completamente desnudos. Cuando salió del horno, sus compañeros de servicio lo rodearon preguntándole qué impresión sintió. Sus explicaciones debieron ser satisfactorias, porque uno, dos, cinco y luego diez del servicio del palacio entraron en la trinchera. Después llegó el turno a los miembros de la banda de música del Maharajah, algunos de los cuales eran cristianos. Entraron en el fuego de tres en tres. En este momento varios carros cargados de hojas de palma secas fueron arrojadas al fuego. Inmediatamente flamearon elevando sus lenguas de fuego a más altura que la de un hombre. El mahometano indujo a otros sirvientes del palacio a pasar por las llamas, y así lo hicieron sin sufrir daño alguno. Los músicos de la banda entraron por segunda vez, llevando sus instrumentos en sus manos y sus papeles de música encima. Yo me fijé en que las llamas lamían sus caras, que aparecían entre las diferentes partes los instrumentos, revoloteando aquéllas alrededor de los papeles sin quemarse. Creo que habrían pasado sobre las brasas unas doscientas personas y un ciento por medio de las llamas. A mi lado estaban de pie dos ingleses, el jefe católico de la policía del Maharajah y un ingeniero civil. Fueron a pedir el real permiso para una experiencia personal. El Maharajah les dijo que podían hacerlo bajo su propia responsabilidad. Después volvieron al mahometano; este les hizo señas de que siguieran adelante. Atravesaron el fuego sin señal de quemadura. Cuando volvieron a mi lado, les pregunté qué pensaban del caso.

«Bien», dijeron, «nosotros nos sentíamos en un horno, pero el fuego no nos hizo ningún daño». Cuando el Maharajah se levantó en señal de haberse terminado los experimentos, el mahometano, que aún estaba de pie cerca de la trinchera, cayó retorciéndose al suelo, como en una agonía de dolor. Pidió agua, la trajeron y bebió ansiosamente. Un bracmán que estaba cerca de mí hizo esta observación: «El ha tomado sobre sí el ardor del fuego».

Todo esto tuvo lugar el año 1921 ó 1922 en el parque del palacio de verano del Maharajah, pero Mgr. Depastures sigue diciendo que una quincena más tarde tuvo lugar otra exhibición en el mismo pueblo de Mysore. Mucha gente pasó de nuevo por el fuego sin hacerse daño; pero al final, a pesar de la advertencia del mahometano de que ninguno más debía intentar hacerlo, tres individuos se abrieron camino al fuego. Los tres sufrieron graves quemaduras, y hubieron de ser trasladados al hospital gubernamental. El mahometano fué considerado responsable y, por tanto, llevado a los tribunales; pero él alegó que los que sufrieron quemaduras fueron advertidos y habían desobedecido.

Hablando de la escena presenciada por el obispo, observa que algunos sostenían haber sido alucinados todos; pero él mismo rechazó enérgicamente esa suposición.

«Yo estaba (escribe) en completa posesión de mis facultades. Antes de comenzar las experiencias examiné la trinchera; cuando terminó todo, volví de nuevo; hablé con los que habían pasado por el fuego, y aún recé una Avemaría o dos con el fin de contrarrestar todo poder diabólico .. Era indudable que un fuego verdadero consumió el carbón vegetal, convirtiendo en llamas las carretadas de hojas de palmera que arrojaron al fuego, pero era un fuego que perdía el poder dañino contra los que lo cruzaban o lo que ellos tomaban consigo... ¿Cómo podemos explicar esto? Yo no creo que pueda explicarse por ninguna causa material. De

todas maneras, no se había empleado ningún recurso para producir tal efecto. Me veo obligado a creer en la influencia de algún agente espiritual que no es Dios».

(Firmado) M. Depastures, Obispo de Mysore [10].

Muy laudablemente, y aun con pleno asentimiento por la asistencia del obispo, M. Leroy trató de obtener confirmación a esta historia por boca de otros presentes. Cuatro señores, dos de los cuales por lo menos eran ingleses, contestaron bondadosamente a sus preguntas. Nos dicen que todos concuerdan en líneas generales, pero se dan las discrepancias acostumbradas en cuanto a los detalles, ya que probablemente no son observados, o no quedan con claridad en la memoria del observador. Mientras Mr. H. Lingaraj Urs dice que la trinchera era de cuatro pies de anchura, quince de largura y cinco de profundidad, Mr. Macintosh escribe que era de treinta varas de larga (!) probablemente quiso decir pies, y calculaba el número de los que pasaron por el fuego en quinientos. Mr. H. Lingaraj Urs y Mr. J. C. Rollo (este último señor es el director del Mysore College) pasaron por el fuego con las botas puestas, pero el fuego no dejó huellas ni tuvieron sensación de quemazón.

Tengo que confesar que la fácil confianza con que los racionalistas como Sir James Frazer descartan los fenómenos de caminar por el fuego, no me impresiona favorablemente con respecto a su disposición a admitir un testimonio desfavorable o su capacidad de valorarlo. Sir James, discutiendo este asunto, dice: Puede parecer extraño, pero las quemaduras son relativamente raras. Acostumbrados desde la infancia a andar descalzos, los campesinos pueden posarse impunemente sobre carbones encendidos con tal que apoyen sus pies perpendicularmente y no tropiecen, pues la costumbre ha endurecido sus plantas de tal manera que la piel se ha convertido en una especie de substancia correosa casi córnea para el calor» [11]. Pero un hombre que sin previa advertencia es empujado a un horno de brasas candentes no pone los pies perpendicularmente, ni hay ninguna razón para suponer que la docena o más de europeos que de buena fuente sabemos tomaron parte en diferentes ocasiones en estos paseos por el fuego, tuvieran pies callosos o de dureza córnea resistente al fuego. Y aún menos podemos creer que Home, o Lord Lindsay, o Mrs. Crespigny hubiesen endurecido las palmas de sus manos con alguna especie de substancia de cuero o córnea que las convirtiese en impermeables a la acción del fuego. El Dr. B. Glanvill Corney, que por muchos años fué jefe oficial médico del Grupo Fiji y ha escrito diversos informes oficiales acerca de las condiciones en estas islas, tuvo gran interés por la forma de hacerse el paseo por el fuego (sobre grandes losas calentadas al rojo) que antiguamente prevaleció en aquella parte del globo. Acerca de ello escribe lo siguiente:

«Yo he visto por cinco veces cómo se hace el paseo Fijio sobre el fuego; he examinado los pies de varios protagonistas inmediatamente después, sin encontrar la menor traza de daño, o de algo que los protegiera.

En una ocasión, un muchacho de catorce o quince años que lo hacía por primera vez, no pudo completar su paseo sobre las piedras enrojecidas en la platea, sea por el calor, por imperfecto conocimiento o habilidad para evadir los riesgos. El saltó aprisa fuera de la línea de hombres que estaban al borde de la platea; examiné sus pies entonces y en el mismo punto. No había rastro de daño visible aunque las losas eran lo suficiente calientes como para convertir en pocos segundos un pañuelo en rizado montón de negra ceniza,

10. Leroy, *Les Hommes Salamandres* (Desclée, De Brouwer & Cie., 1931), pp. 40-5.

11. *The Golden Bough-Baldur the Beautiful, VI. II.* p. 4.

y algunas estaban aún al rojo vivo por la parte inferior hacia la mitad de la platea».

No puedo menos de pensar que tiene lugar algún fenómeno psíquico que no ha sido entendido o explicado [12].

No es satisfactorio el no poder proponer una solución; pero me temo que habremos de dejar este problema como otros muchos, para que sean aclarados por quienes con pruebas más completas y mejores ante sus ojos estarán en mejor disposición de formar un juicio que nosotros. No niego que estos fenómenos de incombustibilidad puedan tener un origen diabólico, pero el mero hecho de que nosotros no podamos explicarlos no justifica necesariamente semejante conclusión. Creo que Mr. Olivier Leroy habla prudentemente cuando protesta contra la suposición de que el mahometano que hacía maravillas, patronizado por Maharajah de Mysore, puede ser considerado solamente como un esbirro de Satanás.

12. Vid. *Notes and Queries*, febrero, 21, 1914.

CAPITULO VII

ALARGAMIENTO CORPOREO

Si con frecuencia me he inclinado a una explicación racionalista de fenómenos comúnmente considerados como sobrenaturales, puedo afirmar que mi juicio en esta materia ha sido influido por el hecho de que fenómenos análogos autenticados con buenas pruebas se encuentran en los anales de investigaciones psíquicas. Las levitaciones de D. D. Home se parecen mucho a los vuelos de San José de Copertino. La fragancia percibida durante las sesiones de Stanton Moses tiene cientos de paralelos en los suaves olores que intermitentemente se asociaban con los éxtasis de santos como Santa Catalina de Ricci o Santa Verónica Giuliani. Los muchos casos registrados en los que el Santísimo Sacramento ha volado del altar o de las manos del sacerdote a los labios de una comunicante extasiada puede considerarse como una forma del fenómeno muy conocido por los investigadores psíquicos como «telequinesia». Las bilocaciones que se cuentan en la historia de San Alfonso Ligorio o de San Francisco Xavier parecerían ser fenómenos corrientes si juzgamos por casos similares investigados por Gurney y Myers en su *Phantasms of the Living*. La radiación luminosa de que se habla en las vidas de tantas personas santas, desde Santa Catalina de Siena al Cura de Ars [1], ocurre también con frecuencia

1. Vid. por ejemplo el excelente pequeño ensayo de M. Olivier Leroy, *La Splendeur corporelle des Saints*. París, 1936.

en las manifestaciones de Home, Eglinton y otros mediums. Aun los notables «dibujos de espíritus» realizados por personas como Mr. F. L. Thompson y Miss Heron Maxwell, que nunca recibieron enseñanza artística de clase alguna, ni tuvieron práctica, tiene su contrapartida en dos dibujos similares aun conservados que fueron hechos por la Beata Crescencia Höss a principios del siglo dieciocho. En uno de los éxtasis de Crescencia, tuvo una visión de la flagelación de nuestro Señor y, a petición de su Superiora, ella describió la clase de instrumentos empleados. Según su relato, eran manojos de ramas espinosas y también látigos formados por un número de cuerdas con pequeñas hoces de metal en sus extremidades. Como prueba ulterior, su Superiora la ordenó que los dibujara mientras ella esperaba. La pobre Hermana (hija de un tejedor, era una pobre muchacha que había sido recibida en un convento con repugnancia, como un acto de caridad) nunca aprendió a dibujar, pero por obediencia se puso a trazar con un lápiz y hoja de papel, produciendo dos diseños que, desde el punto de vista del arte de dibujar, son asombrosos por la delicadeza y firmeza de cada línea. Su biógrafo, que reproduce los dos dibujos en facsímil, declara que muchos miles de personas, incluyendo grandes artistas, han expresado su asombro de que una inexperta mano pudiese haber ejecutado semejante trabajo [2].

Pero entre los fenómenos de misticismo, los más impresionantes, y en cierto sentido los más convincentes, son los menos comunes. Uno no puede menos de sospechar que los testigos deponentes en procesos de beatificación habían estado a veces esperando las manifestaciones por ellos informadas, porque sabían bien que tales cosas ocurren con frecuencia en las vidas de santos. Todo indicio que aflore la estigmatización, o

2. Vid. I. Jeiler, *Leben der Sel. Klosterfrau* M. Crescencia Höss (1874), pp. 205-6.

elevación del suelo durante la oración, o irradiación celestial, o emanaciones de perfume, o portentos de sangre después de la muerte, etc., probablemente se interpretaría sin discusión como algo milagroso. Este es, por consiguiente, un punto digno de tener en cuenta especialmente cuando encontramos atribuído a una persona santa algún fenómeno que en sí no sugiere a los observadores religiosos una señal probable de santidad, pero que al mismo tiempo ocupa un lugar reconocido entre las manifestaciones registradas por los investigadores psíquicos en tiempos recientes. El punto que particularmente quiero tratar en este capítulo es el alargamiento del cuerpo humano. Creo poder decir con toda seguridad que éste es un prodigio no inventado por ningún cliente devoto para demostrar la santidad de alguien de su particular veneración. Aun entre los mediums, el fenómeno no es muy común. Es verdad que desde que repetidamente se vió atestiguado en la persona de D. D. Home, se ha aludido a un pasaje del neoplatónico Iamblichus [3], pero no me satisface la idea de que el filósofo pagano tuviese en su mente nada que pudiese describirse estrictamente como alargamiento. El nos dice que en el trance de los místicos que está describiendo también se ve elevado el cuerpo, o de mayor tamaño o sostenido en medio del aire»; pero no es claro que la palabra διογκούμενον, que algunos doctos quieren traducir por «alargado», signifique nada más que dilatado. De todas maneras este punto no tiene importancia particular.

Empecemos, pues, por presentar algunos casos de alargamientos que cuentan del famoso medium D. D. Home. La prueba en este caso es mucho más satisfactoria que la presentada en apoyo de parecidos alegatos hechos por otros mediums.

Por ejemplo, se puede observar que cuando «Dr.»

3. Vid. Iamblichus, *De Mysteriis* (edic. G. Parthey), Part. III, cap. IV, p. 111.

Monck, más tarde convencido de fraude ante los tribunales, decía que se había alargado, el experimento tenía lugar en la obscuridad. El supuesto crecimiento en altura fué solamente demostrado por alguno que tocaba la cabeza del medium más arriba que su posición anterior, mientras algún otro afirmaba que garantizaba que sus extremidades inferiores permanecían sin moverse en la silla en que estaba sentado [4]. Por otra parte, la categoría intelectual de los testigos que observaron los alargamientos de Home y las condiciones que ellos describen, pueden causar mejor impresión. De mantenerme en este capítulo dentro de límites razonables, sólo es posible citar una pequeña parte de los testimonios que se pueden aducir; pero puedo empezar por un extracto de una carta de Mr. H. D. Jencken, abogado de gran reputación, escrita a *The Spiritual Magazine* en enero de 1868. Las pruebas internas demuestran que los incidentes descritos ocurrieron solamente una semana antes de escribir la carta. Mr. Jencken declara que para aquella fecha había estado en cinco ocasiones, por lo menos, en las que Home se alargó y acortó. La tarde de que tratamos ahora:

«Lord ... estaba sentado al lado de Mr. Home, que pasó al estado de trance, durante el cual y después de pronunciar una hermosísima y solemne oración, aludió a los espíritus protectores cuya misión es actuar como ángeles guardianes de los hombres. Dirigiéndose a Lord ..., dijo: «El que le va a proteger a usted es así de alto». Y diciendo esto Mr. Home fué creciendo y creciendo; yo estaba cerca de él (mi altura es de seis pies) y difícilmente podía alcanzar sus espaldas, y en el espejo, de frente, aparecía superando a mi altura en el tamaño de una cabeza completa. La extensión parece que tenía lugar desde la cintura, y el vestido estaba separado en ocho o diez pulgadas. Paseando de un sitio

4. Vid., por ejemplo, *The Medium an Daybreak*, nov. 12, 1875.

para otro Mr. Home, llamó especialmente nuestra atención el hecho de que sus pies estaban firmemente asentados en el suelo. Después fué acortándose cada vez más hasta llegar a mi espalda, con su chaleco que traspasaba sus caderas» [5].

El nombre que Mr. Jencken dejaba en blanco era indiscutiblemente el de Lord Adare, porque tenemos su relato independiente de esta escena, el cual me propongo citar un poco más tarde. Hablando en trance Home, que en aquellas circunstancias siempre se refería a sí mismo en tercera persona por su nombre cristiano, observa:

«Daniel se ha alargado seis veces, se alargará treinta veces en su vida», y animando para que comprobasen la verdad de este maravilloso fenómeno, me hizo agarrar sus pies, mientras el Hon. Mr. ... colocaba sus manos sobre su cabeza y hombros. El alargamiento se repitió tres veces, dos mientras estaba de pie. La extensión medida en la pared por el Hon. Mr. ... fué de ocho pulgadas, la extensión en la cintura, según la medida de Mr. ... fué de seis pulgadas, y la tercera vez que ocurrió el alargamiento, Mr. Home estaba sentado al lado de Mr. ..., que colocando su mano sobre la cabeza de Home, y sus pies sobre los del mismo, tuvo gran dificultad en conservar su posición, a medida que el cuerpo de Mr. Home se hacía cada vez mayor; la extensión extrema alcanzó seis pulgadas» [6].

Apenas cabe duda de que la persona a quien aquí se refiere como «el Hon. Mr. ... fué el futuro vigésimo sexto Earl de Crawford, entonces mejor conocido por Master de Lindsay. Volvamos ahora al relato de la primera sesión mencionada por Lord Adare. Aparece en la carta a su padre, el tercer Earl de Dunraven, escrita pocos días después de los sucesos descritos. Ocupa

5. *The Spiritual Magazine* (1868), p. 39.
6. *Ibid.*

varias páginas impresas, y será bastante citar el pasaje que se refiere al alargamiento.

«Home (escribió Lord Adare) se levantó y dijo: «El (el espíritu guardián) es muy fuerte y alto», y estando allí a mi lado, Home creció, diría por lo menos seis pulgadas. Mr. Jencken, que es más alto que Home, estuvo a su lado; así. pues, no pudo haber equivocación acerca de esto. La altura natural de Home era, según creo, de cinco pies, diez pulgadas. Yo diría que creció hasta seis pies y cuatro pulgadas, o seis pies y seis pulgadas. Puse mis manos sobre sus pies y vi que estaba bien al nivel del suelo. Tenía zapatillas y dijo: «Daniel le demostrará cómo es esto», y desabrochó su levita. Estuvo alargado de la cintura para arriba; supongo que había un espacio de cuatro pulgadas entre su chaleco y el cinturón de sus pantalones. Parecía también que crecía a la vez en altura y anchura, pero no hubo manera de comprobar esto. Se redujo a su tamaño natural y dijo: «Daniel crecerá de nuevo». Lo hizo así y dijo: «Los pies de Daniel están sobre el suelo». El anduvo de un sitio para otro. pataleó, pero poco después volvió a su tamaño natural» [7].

Ni en este relato. ni en el de Mr. Jencken, se dice nada acerca de la luz; pero parece cierto que no estuvieron en completa obscuridad, porque no solamente se describen con todo detalle los movimientos y gestos de Home, sino que Mr. Jencken tomó largas notas allí mismo, registrando el discurso que pronunció Home inmediatamente después que empezó el primer alargamiento. Sin embargo en la descripción de Adare, de cinco o seis alargamientos que tuvieron lugar en condiciones similares. se menciona un caso concreto en que se encendió la luz de gas; en otro, del fuego que ardía brillantemente; y en un tercero, de mediciones tales que serían com-

7. Dunraven, *Experiences with D. D. Home*, en los *Proccedings of the S. P. R.* Vol. XXXV (1924), p. 63.

pletamente ridículas si no hubiese habido suficiente luz para ver claramente. Por ejemplo, Adare observa acerca del alargamiento de Home en abril 3, de 1869, en presencia de seis observadores:

«Mientras sus brazos crecían en largura, su pecho empezó a dilatarse mucho, y me dijo: «Usted ve cómo es esto; el alargamiento empieza por el pecho». Después se colocó contra la pared, y extendió sus brazos en toda su largura natural, yo hice una marca con lápiz en las puntas de sus dedos. Se alargó su brazo izquierdo. Tomé el lápiz contra la pared, y él me fué empujando con sus dedos hasta que me dijo que hiciera otra marca, Después alargó su brazo derecho y marqué de la misma manera el movimiento. El alargamiento total, conocido por estos medios, llegó a nueve pulgadas y media» [8].

Bastará añadir algunos extractos de la declaración hecha por el Master de Lindsay, más tarde Earl de Crawford, en su deposición ante el Commitee de la Dialectical Society, el 6 de julio de 1869.

«En otra ocasión vi a Mr. Home alargarse once pulgadas durante un trance. Lo medí de pie contra la pared, y marqué el lugar; pero no satisfecho con eso, lo puse en la mitad de la sala y coloqué una vela delante de él para que hiciera sombra contra la pared, y también lo marqué. Cuando estaba despierto le medí de nuevo en su tamaño natural, tanto directamente como por la sombra, y los resultados fueron idénticos. Yo puedo jurar que no estaba elevado del suelo ni sobre las puntas de los pies, y veía completamente sus pies, y además uno de los señores tenía uno de sus pies colocados sobre el empeine de Home, una mano sobre su hombro y la otra en su costado en donde empiezan las costillas falsas cerca del hueco de la cadera».

Miss Douglas, otro testigo de los fenómenos de Home

8. Dunraven, *Experiences with D. D. Home*, p. 239.

que corrobora estas declaraciones, habiendo sido preguntada por el Commitee cómo pudo ella tener seguridad de que Home no estaba en puntillas, dijo: «Estaba en la mitad de la sala, donde todos lo podían ver». Y en otra escena de la misma sesión, el Master de Lindsay, contestando a otras cuestiones en cuanto a la manera del alargamiento, explicó:

«La parte superior del hueso de la cadera y la de las costillas falsas están separadas. En Home están extraordinariamente cerca. No había separación de las vértebras de la espina; ni alargamiento alguno como los que resultan de dilatar el pecho con el aire; los hombros no se movían. Home parecía como si le tiraran del cuello hacia arriba; los músculos parecían en estado de tensión. Estaba firmemente derecho en la mitad de la sala, y antes de que comenzara el alargamiento le puse mi pie en su empeine. Juraría que nunca movió del suelo sus talones. Cuando Home se alargó contra la pared, Lord Adare colocó su pie sobre el empeine de Home, y yo marqué el lugar en la pared. Lo vi una vez alargado horizontalmente a lo largo del suelo. Lord Adare estaba presente. Parece que Home se alargaba por los dos extremos y nos empujaba a mí y a Adare» [9].

Existen muchas pruebas similares, y es digno de notarse que en una ocasión el cuerpo de More no solamente se alargó sino se contrajo. En particular declara Mr. Jencken: «Yo he sido testigo de la contracción de Mr. Home a unos cinco pies» [10]. Y Lord Adare también habla de «haberse acortado a menos de su altura natural» [11]. Yo insistiría especialmente acerca de que nosotros no podemos tratar a testigos tales como Lord Adare y al señor de Lindsay como simples badulaques, aunque ambos eran jóvenes. Adare tendría 28 años de edad en 1869. El actuó como corresponsal de guerra de *Daily Telegraph* en la guerra de Abisinia en 1867, fué representante del mismo diario en París durante el sitio y en fecha posterior sirvió en dos ocasiones como Subsecretario de Estado para las Colonias. El señor de Lindsay era más joven, pero antes de llegar a ser Earl de Crawford, fué elegido F. R. S. [12] en 1879, a la edad de 31 años. Entonces ya era Presidente de la Royal Astronomical Society y más tarde llegó a ser síndico del British Museum y asociado honorario de la Academia de Ciencias de Prusia. Estas no son distinciones que recaen en maniáticos y tontos entusiastas, aun cuando sean ricos, como lo era Crawford.

Vamos a ver ahora las pruebas de parecidos alargamientos en el caso de místicos. El ejemplo más claro que he encontrado se encuentra en el *Summarium* [13], impreso de las deposiciones sometidas a la Congregación de Ritos con la esperanza de obtener la beatificación de la Hermana Verónica Laparelli, una monja que murió en 1620, a la edad de 83 años. Sus éxtasis fueron muy notables, durando algunas veces hasta tres días, y sus compañeras religiosas afirmaban positivamente que en ciertas ocasiones había sido vista elevada del suelo durante la oración. Aun durante su vida, una monja, Sor Margarita Cortonesi, que en fecha posterior fué elegida abadesa, redactó un informe de estos sucesos extraordinarios que figuran en el proceso aludido. Un extracto de este documento dice lo siguiente:

«En una ocasión, entre otras, cuando ella (Verónica) hallándose en estado de trance recitaba alternativamente su Oficio con algún ser invisible, se observó que se alargaba gradualmente hasta que parecía que su garganta se salía fuera de toda proporción (*pareva fa-*

9. Dialectical Society's Report on Spiritualism (1871), pp. 207 y 214.

10. *Ibid.*, p. 119.

11. Dunraven, *Experiences*, p. 109.

12. Fellow of the Royal Society (N. del T.).

13. El ejemplar del *Summarium* del British Museum está catalogado bajo el nombre de Verónica (Laparelli).

cesse una gola lunga fuori di misura) y de tal manera que ella era enteramente mucho más alta de lo usual. Dándonos cuenta de este extraño suceso, miramos si estaba elevada del suelo, pero no era así a juzgar por lo que veían nuestros ojos. Para asegurarnos de ello, tomamos una medida de vara (*canna*) y medimos su altura, y después cuando volvió en sí, la medimos de nuevo, y era por lo menos un palmo más corta. Esto lo vimos con nuestros propios ojos todas las monjas que estábamos en la capilla» [14].

Además tenemos en el mismo proceso la deposición de una señora, Donna Hortenzia Ghini, que en 1629 declaró bajo juramento:

«La Hermana Eisabetta Pancrazi, anteriormente monja en el mismo convento, me dijo que en una ocasión, viendo que dicha Hermana Verónica durante el éxtasis parecía más alta que en su estado normal, tomó ella una medida de vara (*canna*) y midió su altura, y que después que dicha Hermana Verónica volvió en sí la midió de nuevo con la misma vara, y halló que era media largura del brazo (*un mezzo braccio*) más corta; y yo sé esto porque lo oí decir a la dicha Hermana Lisabetta, como he mencionado anteriormente» [15].

El *Promotor Fidei*, o «Abogado del Diablo», cuya misión en tales casos es presentar dificultades, afirmó que le extrañaba algo esta manifestación:

«Además —comenta él— podemos notar cierta improbabilidad y anomalía en el hecho tal como se afirma en el *Summarium*, de que en una ocasión [16] el cuerpo de

14. *Summarium* (Roma, 1747), p. 144

15. *Ibid.*, p. 141.

16. La deposición de la Madre Plautilla Semboli, una monja que prestó declaración en 1629 cuando tenía 74 años, nos dice: «Mi difunto padre, Averardo Semboli, en una ocasión cuando vino a la reja del convento y encontró allí a la

la sierva de Dios, estando en éxtasis se alargo y creció fuera de su medida natural», mientras que otros testigos amplían el mismo fenómeno a ocasiones en que ella estaba orando sin ningún éxtasis.

El continúa observando que este alargamiento era no sólo intrínsecamente improbable, sino que tampoco podía servir para edificación o utilidad. No podía ser beneficioso a la misma sierva de Dios, y suscitaría en el espectador repulsa y alarma más bien que devoción [17]. Estas observaciones son muy razonables, pero también prueban de alguna manera la inverosimilitud de que la historia fuera mero invento de monjas sin ningún fundamento de realidad [18].

Hermana Verónica, arrodillada en éxtasis, me dijo: «Mire y vea qué es lo que la Hermana Verónica tiene debajo de sus rodillas, porque me parece a mí que es más alta que su estatura ordinaria»; y yo, al momento, puse mi mano bajo su rodilla y encontré que ella estaba elevada sobre el suelo». Este incidente debería hacernos muy cautelosos en aceptar el relato precedente, en que los testigos aseguran que *«en cuanto nuestros ojos pueden decirnos»* que «la Hermana Verónica no estaba elevada en el aire, sino que en realidad estaba alargada». Si hubiesen añadido el testimonio del tacto para probar la ausencia de levitación, su informe hubiera tenido más valor. Hay que recordar que si una monja, en postura arrodillada, estuviese elevada diez pulgadas del suelo, su amplio hábito continuaría con toda probabilidad arrastrado por el suelo, y la única prueba satisfactoria sería la presentada por otra testigo, señora Magdalena Alari, quien dijo que en otra ocasión «una de las monjas tomó un palo y lo pasó por debajo de las rodillas de dicha Sor Verónica, de manera que la gente que presenciaba pudiera ver que en su éxtasis estaba elevada sobre la tierra». Lo que corrobora el caso de levitación, debilita el del alargamiento. J. H. C.

17. *Animadversiones* en el mismo Proceso, p. 13.

18. En el Proceso Apostólico que comenzó en 1728, un siglo después del Proceso Ordinario, las monjas del convento

Se puede admitir que uno estaría contento de poseer pruebas más precisas y detalladas, pero la consideración de que la causa del candidato para la beatificación no era probable que adelantara por la narración de fenómenos no reconocidos que indicarían más a un acróbata que a un santo, podía haber impedido que se concediera mucha importancia al asunto. Casi estaría uno inclinado a no dar importancia a los recuerdos de las Hermanas religiosas de Verónica, si no fuera por el hecho de que en otras partes se encuentran trazas de parecidos fenómenos de alargamiento. Por ejemplo, en la Vida de la Madre María Costante Castreca leemos que una compañera de noviciado contó a su confesor Don Filippo Gionantoni una cosa extraña que había visto. Informó que mientras María Costante estaba orando delante de una imagen del Niño Jesús, ella había observado que dicha monja crecía a una altura considerable del suelo, convirtiéndose en una mujer alta, mientras todo su cuerpo estaba temblando [19]. Esto ocurrió hacia el año 1700. Como el Canónigo Buti, su biógrafo, era contemporáneo, y como conservaba las abundantes notas que su confesor Gionantoni había tomado durante muchos años, podemos considerar este incidente como bastante bien autenticado. No se puede tener la misma confianza en los detalles que se ofrecen de los fenómenos místicos de la Venerable Domenica dal Paradiso, que vivió dos siglos antes. El imponente volumen escrito por B. M. Borghigiani y publicado en

---

atestiguaron que según tradición constante entre ellas, Sor Verónica en sus éxtasis tenía *dos veces* su altura normal. Las declaraciones hechas por los testigos en el Proceso Ordinario, no justifican un aumento de altura de más de un «palmo» o la mitad de la largura del brazo.

19. «Riferi al medesimo confessore di averla veduta alzarsi assai da terra facendosi lunga con tremarle tutta la vita». Buti, *Vita della Madre Costante Maria Castreca,* Fabriano (1745), p. 241.

Florencia en 1719, contiene muchas extravagancias extraídas de fuentes cuya pista es difícil seguir. Aun así, puede tener algún fundamento una declaración hecha por él en los términos siguientes:

«Entre otros rasgos notables que han sido registrados concernientes a aquella embriaguez de amor divino que padecía Domenica, uno era que la Esposa de Cristo aparecía como mujer más alta de lo que era en realidad. Su director Castiglione observó que ocurría lo mismo en muchos otros éxtasis, aunque después volvía a su normal estatura, tan pronto como volvía en sí» [20].

Algo de la misma naturaleza parece que se había observado en una contemporánea de Domenica, la monja dominica Beata Stefana Quinzani. Uno de los documentos hagiográficos más notables que se han impreso es el relato de uno de los éxtasis, cuya acta se levantó con todas las formalidades legales y fué sellada y firmada por veintiún eclesiásticos y distinguidos señores que fueron testigos de toda la serie de escenas de la Pasión representadas en su persona. Sin embargo, sólo un detalle es directamente pertinente a nuestro presente tema, un incidente relacionado con la sujeción a la Cruz. Después de sufrir los azotes en la columna y la coronación de espinas, parece que la extática se arrojó al suelo:

El brazo derecho (nos dicen) está extendido como si la mano fuera real. fijamente clavada y. al momento, los músculos (*nervi*) extendidos y tensos, las venas hinchadas y la mano ennegrecida, exactamente lo mismo que si estuviese sujeta con un clavo verdadero; ella lanza un grito terrible (*grido*) seguido de un quejido lastimoso. Luego es extendida la mano izquierda de la

---

20. Borghigiani, *Vita della Venerabile Spose di Gesú, Sour Domenica dal Paradiso,* p. 272. El habla de «il far comparire la Sposa di Cristo di naggier altezza ch'ella non era».

misma manera que la derecha, pero considerablemente alargada fuera de su largura natural (*assai sopra la lungagine sua naturale*) [21].

Este alargamiento de un miembro parece ser cosa diferente al crecimiento de seis pulgadas o más en estatura que los íntimos de Home nos han descrito más arriba; pero el texto primitivo de la Vida de la Beata Stefana, por primera vez impreso solamente hace pocos años, dice algo más. Sabemos por su confesor, autor de esta memoria que nos informa, cómo él había conocido por espacio de cinco años el éxtasis semanal que representaba las escenas de la Pasión, que cuando la mano derecha era atravesada imaginariamente, parecía que todo su cuerpo se contraía en aquella dirección, y que cuando el brazo izquierdo parecía estirado con violencia hacia el lado opuesto «se veía claramente abierto su pecho». Yo encuentro bastante difícil decidir si esto significa solamente que el vestido que llevaba se extendió, y tal vez desgarrado por el esfuerzo, o si el escritor quería sugerir alguna especie de rotura física en el esternón y tejidos adyacentes. Pongo en una nota el texto italiano donde, de todas maneras, se lee claramente que su pecho se dilató [22]. Se dice que los brazos se pusieron tan rígidos que, como sabemos por su biógrafo y por los veintiún testigos oculares antes mencionados, ningún hombre, aun empleando toda su

21. *Compendio della Vita della B. Stefana Quinzani* (Parma, 1784), p. 60.

22. Fu etiam da poi el sinistro brazo trato per forza cum quelli medemi stridori e muggiti, et per esso ritrato el corpo in se fu per tal modo questo brazo trato che apertamente se vedeva el pecto suo aperire, non obstante fusse coperto honestissimamente, imperò che se vedeva la sua tunicella dilatarse secundo che il petto se dilatava, et formo li brazi per tal modo firmati che per niuna via del mondo may se potessero d'alchune persone movere». (Vid. *Memorie Storiche della Diocesi di Brescia*. Serie I (1930), p. 105.

fuerza, pudo doblarlos o moverlos lo más mínimo. También nos dicen que mientras duraban estos sufrimientos sus rasgos mostraban una extenuación extraordinaria, pero Stefana volvía a ser rolliza y carirredonda (*grassa e piena*) tan pronto como terminaba la prueba [23].

Un ejemplo semejante y aún más curioso del alegado alargamiento de un solo miembro lo encontramos en un texto impreso en la *Vita e Dottrina di Santa Caterina da Genova*. En el terrible período de tormento físico que precedió a la muerte de la Santa, su hija espiritual y asistenta, Argentina, dijo cómo aquélla sufría intenso dolor en un brazo, «de tal manera que el brazo creció más de medio palmo en largura de lo que era por naturaleza» [24]. Es verdad que éste es uno de los pasajes que no se encuentran en los textos manuscritos anteriores; y el Barón F. von Hügel, fundándose en ello discute su veracidad. Sin embargo, puedo afirmar que el argumento por él empleado no me ha convencido, como lo he explicado en otra parte. Sin pretender aducir otro caso de alargamiento me atrevo finalmente a fijarme en ciertos fenómenos registrados sobre la estigmatizada francesa Marie-Julie Jahenny. Aunque el Dr. Imbert-Gourbeyre, que los describe, carecía por completo de sentido crítico en asuntos históricos, era sin embargo por aquel tiempo profesor de una reputada Escuela de Medicina, puesto que conservó muchos años. Nos informa que en el otoño de 1880, Marie-Julie pasaba habitualmente al estado de éxtasis o trance tres veces a la semana. En ellos predecía la forma particular de sufrimiento que la esperaba en el siguiente período de inconsciencia. El viernes 24 de septiembre de 1880 advirtió que el lunes siguiente su cuerpo sería comprimido y sus miembros acortados mientras su lengua, en expiación de los pecados de la humanidad cometidos durante el mes anterior, se hincharía desmedidamente. El Dr.

23. *Ibid.* p. 114.

24. *Vita e Doctrina* (edic. 1847), p. 168.

Imbert resolvió estar presente, y también asistieron a la escena cinco acreditadas personas, una de ellas sacerdote. Aquél describe cómo llegó el trance: la cabeza de Marie-Julie parecía hundirse en su cuerpo, mientras los hombros sobresalían notablemente sobre el mismo. Todo su esqueleto, simultáneamente, se encogió en forma de una especie de bola. Después se notó un extraordinario movimiento de los hombros en sucesión de manera que parecían estar en ángulo recto con la clavícula. La lengua se hinchó hasta un tamaño increíble saliendo fuera de la boca por entre apretados dientes. Siguió a esto una prodigiosa dilatación de todo el lado derecho del cuerpo desde el sobaco hasta la cadera. El Dr. Imbert pudo palpar a través del camisón que el lado izquierdo del tronco se había encogido prácticamente hasta reducirse a la nada. Todas estas transformaciones físicas se sucedieron con cierta premeditación, pero en tan poco espacio de tiempo que el Dr. Imbert, hablando como patólogo, afirmaba positivamente que la ciencia médica no podía explicarlos [25].

Parece razonable suponer que esta variación de tamaño y forma de estructuras orgánicas podían ser substancialmente de la misma naturaleza que el fenómeno de alargamiento.

No es fácil deducir una conclusión sólida de sucesos aislados como yo he tratado de presentarlos conjuntamente. Por una parte, sólo un fuerte escepticismo defenderá que los fenómenos alegados no tienen más fundamento que la alucinación del observador. Por otra, se necesitarían mucho mejores pruebas que las poseídas hasta el presente para conjeturar que alargamientos tales como los aquí descritos deban ser atribuídos a una causa preternatural, de hecho a la acción de Dios o del demonio. Uno de los rasgos comunes a todos estos ejemplos es que estos fenómenos solamente se encuentran en estado de trance.

25. Imbert-Gourbeyre, *La Stigmatisation*, Vol. II, páginas 131-6.

¿Es posible que, en esta condición, ciertos procesos vitales como el metabolismo, etc., sean capaces de modificaciones que la ciencia, hasta el presente, conoce poco o nada? Es indudable que por medio del hipnotismo se pueden producir condiciones catalépticas en algunos individuos delicados. ¿Puede alguno pretender conocer cómo ocurre esto?

No he encontrado todavía un simple caso de estigmatización en un individuo que previamente haya estado libre de síntomas neuróticos. Hay una presunción en todos los casos de que el recipiente de los estigmas ha sido altamente sugestible, y ahora, bien recientemente se ha recibido un folleto describiendo el caso de la joven luterana Elizabeth. Se trata de una joven labriega austríaca, al parecer sin inclinaciones viciosas, pero de carácter religioso por naturaleza. Era sumamente neurótica; había estado enferma en una media docena de clínicas diferentes, donde bajo tratamiento hipnótico curó suficientemente para poder trabajar de nuevo; pero muy poco después recayó y tuvo que volver al hospital. Por algún tiempo estuvo al cuidado del Dr. Lechler, que ha publicado este detallado relato; finalmente, con el fin de estudiar mejor su caso y prestarla el tratamiento necesario, decidió recibirla como sirviente en su casa. El hecho más importante es que el Viernes Santo de 1932 fué a un cine donde de manera muy real se daba una representación de la Pasión de nuestro Señor. Al volver a casa, se lamentaba de dolores en su manos y pies. Como frecuentemente le había aplicado tratamiento hipnótico, se le ocurrió hipnotizar a la joven y sugerirle directamente que ella, como nuestro Señor, tenía sus manos y pies taladrados con clavos. Tuvo que repetir más de una vez esta sugestión, pero el tratamiento fué enteramente satisfactorio. El Dr. Lechler reproduce en su folleto las fotografías de las palmas de las manos y las plantas de los pies con las heridas. Posteriormente, por medio de sugestiones repetidas le trasportó a un estado en que lágrimas de sangre fluían libremente de sus ojos, apareciendo punzadas sangrientas en la frente

correspondientes a la corona de espinas. También sobrevino una inflamación de los hombros causada por imaginarse acarreando la cruz. Si no me equivoco, no se dice nada de la herida del costado. Las fotografías tienen todas las trazas de ser una prueba digna de fe de los resultados obtenidos. He de suponer no haya ninguna impostura, a no ser que se considere como sospechoso el hecho aparente de haberse escrito el libro con la esperanza de detener la ola de conversiones al catolicismo ocasionadas por la amplia discusión de los fenómenos de Konnersreuth. Por otra parte, Dom Mager, benedictino profesor en Salzburgo, cita el libro con entera confianza, y sé de otros católicos interesados en el asunto, quienes consideran esta publicación de la más grande importancia para disminuir el valor del caso de Teresa Neuman. No tengo que decir que me declaro completamente incompetente para discutir los aspectos patológicos del caso en sus primeras etapas. No leo el alemán con suficiente facilidad para recorrer páginas y más páginas de descripción técnica. La teoría de una dislocación de las vértebras lumbares y daño a la médula espinal (*Wirbelverruckung o Ruckenmarksverletzung*) ha sido severamente criticada durante los pasados seis años, al menos, por el Dr. Ewald y otros. Desgraciadamente, no se ha tomado radiografía alguna en este apartado villorrio. En las primeras etapas ninguno pudo prever la importancia que más tarde iba a adquirir la enfermedad de Teresa. Mi sola contribución a este asunto consiste en un estudio discursivo de los numerosos otros casos, unos cincuenta o sesenta en su totalidad, donde encontramos una detallada descripción de los estigmas y de las circunstancias en que tuvieron lugar. La impresión que me han dejado ha sido que los sujetos que han sido tan favorecidos o afligidos, todos ellos, sufrían de una acentuada y muchas veces extravagante neurosis histérica. Muchos de ellos eran fervientes devotos (naturalmente esto ocurre sólo en caso de personas cuyos pensamientos estaban concentrados en motivos religiosos que se podrían esperar de este tipo de

manifestación); pero en otros, la piedad estaba combinada con excentricidades y con aparentes disociaciones de personalidad que eran verdaderamente extrañas y no precisamente edificantes. Encuentro muy difícil creer que Dios pudiese haber obrado milagros para acreditar a tales gentes como sus escogidos amigos y representantes.

Con respecto al hecho de las llagas sangrantes en las manos, pies y costado de que nos hablan los relatos acerca de Teresa Neumann y muchos otros, no puede existir sombra de duda. Estas heridas no podrían ser artificiales (aunque son frecuentes los casos de esta deliberada impostura).

Muchas veces estuvo Teresa sometida a observación durante todo el tiempo del éxtasis y mientras sangraba. La opinión médica tardó en admitir la realidad de los estigmas como un hecho demostrado. Una gran discusión tuvo lugar entre los años 1870 y de 1880 acerca de Louise Lateau. Muchos patólogos eminentes, entre ellos el profesor Virchow, declararon que todo se reducía a un fraude (*Betrug*). En el caso de Teresa Neuman, no solamente tenemos las llagas sangrantes sino también otros fenómenos. El más notable es la alegada abstención de toda comida o bebida, excepto la Sagrada Eucaristía, que hasta el presente (1933) ha durado seis años. Además se alega que ella decide acerca de la autenticidad de las reliquias (hierognosis) y puede conocer los pensamientos secretos de los que la visitan. No me propongo discutir este aspecto de la cuestión. Sólo sé que se ha afirmado haber declarado que la misma reliquia era en una ocasión auténtica y, en otra, espúrea. Carezco de medios para conocer la verdad. Más notable es aún la afirmación de que ella se hace eco en sus visiones en voz alta de los gritos de la muchedumbre y repite fragmentos de sus conversaciones. Un distinguido profesor católico de lenguas semitas, Fr. Wutz, declara que las palabras pueden considerarse como arameas que pertenecen al lenguaje popular de Palestina en tiempo de nuestro Señor. Puede ser que así sea, pero esto

exigiría una investigación completa para determinar el hecho satisfactoriamente.

Tal vez el más inexplicable de todos estos fenómenos es el ayuno, y debo confesar que me ha impresionado considerablemente el ver que un psiquiatra luterano, Dr. Lechler, a quien ya hemos mencionado, acepta el hecho del ayuno sin reserva alguna. En su folleto *Das Rätsel von Konnersreuth im Lichte eines neuen Falles von Stigmatisation*, escribe: «El hecho, a mi parecer indudable, es que Teresa no ha tomado ningún alimento, ni siquiera un sorbo de agua desde 1927, sin perder peso o mostrar señales de agotamiento durante este tiempo, lo que consideran los incrédulos como un fenómeno verdaderamente sorprendente. ¿Puede esto también ser resultado de una condición mental? Si los estigmas de Teresa pueden explicarse por autosugestión, pronto se presenta la conclusión de que la abstención de comida tiene un origen parecido. Ella se ha dado cuenta hace mucho tiempo que tales ayunos se atribuyen a muchos devotos católicos».

El Dr. Lechler se refiere luego al caso del Beato Nicholas von Flüe, de quien se dice que no tomó comida por espacio de veinte años; vivió en el siglo XV. Hay otros ejemplos más recientes y mejor comprobados, aunque no sean tan prolongados. El de Ana Catalina Emmerich, a quien también él cita, es más convincente. Teresa, afirma él, debe haberse persuadido de que ella, recibiendo diariamente el Santísimo Sacramento, no tiene necesidad de alimento corporal, advirtiendo también claramente que tal abstinencia era para el mundo un sermón silencioso, prueba de que con la presencia permanente del Cuerpo de Cristo el hombre necesita poco alimento material. El Capellán Fahsel, canónigo de Hovre, y otros afirman que Santa Teresa de Lisieux, vestida de carmelita, en el aniversario de su muerte (30 de septiembre de 1927) se apareció a su homónima y le dijo definitivamente que ella no necesitaba más ningún alimento terrenal.

Sobre el caso de esta *inedia*, no estoy seguro en manera alguna de obtener el apoyo de ninguno que lea este capítulo. Escribiendo en *The Month*, hace más de veintiocho años, me aventuré a insinuar la opinión de que este alegato de sostener la vida con el Santísimo Sacramento como único alimento, alegato que han aportado muchas personas santas, no es ilusoria. Sostuve yo que semejante abstención absoluta de comida y bebida es un hecho histórico y, en numerosos casos, continuo por un largo período de años; pero que no debe ser considerado necesariamente de origen sobrenatural. Hay pruebas que en Ana Catalina Emmerich, Domenica Lazzari y Louise Lateau, todas ellas estigmatizadas del pasado siglo, el ayuno duró más de diez años; pero de esta inedia se dan numerosos ejemplos: unos no tan bien probados; otros, más satisfactorios, pero de período más corto, y siempre por doce o más meses. Dos de estos ejemplos de procedencia no católica me estimularon mucho para adherirme a este punto de vista. El primero es el de Mollie Francher de Brooklyn. Aunque el ayuno no fué en este caso absoluto, sus doctores que tuvieron magnífica oportunidad para observar el caso, declararon públicamente en 1878, después de doce años, y luego en 1893 cuando la abstinencia continuó por otro largo período de años, que ella vivió continuados años con alimento insuficiente para alimentar durante una semana a un niño de corta edad». Como la paciente estaba privada de toda movilidad, y tuvo durante una larga parte de aquel tiempo siempre alguien que pernoctaba a su lado, debió saberse si hubo alguna excreción. Pero no puedo aquí entrar en detalles. El otro caso es mucho más reciente. En el folleto mencionado, publicado en 1933, el Dr. Lechler discute los fenómenos de su paciente Elizabeth, piadosa joven luterana afligida con toda clase de neurosis histéricas. En cuanto a la alimentación de su paciente dice: «Mi sorpresa durante el período de la enfermedad de Elizabeth fué que durante seis semanas seguidas hubo de ser alimentada artificial-

mente, porque rehusaba todo alimento y, sin embargo, en todo ese tiempo no perdió en peso, antes bien ganó media libra. Considerando la cantidad límite que por este medio se puede administrar, una persona de mejor salud hubiera indudablemente dado señales de desgaste. Cuando más tarde le pregunté, en estado hipnótico, cuál era la causa de resultado tan inesperado, me contestó que en aquel tiempo estuvo aterrorizada ante la idea de la muerte. Y como temía que adelgazando moriría seguramente, ella se decía a sí misma día y noche: «yo no debo perder peso».

«Para investigar si el metabolismo, en el caso de Elizabeth, tenía alguna íntima dependencia con sus impresiones mentales, le sugerí para su estado de vigilia que la siguiente semana debería ganar siete libras. Esta sugestión se repitió varias veces al día. En efecto, a fin de semana había ganado siete libras sin haber habido aumento en la cantidad de alimento y a pesar de que mientras duró la experiencia continuó su duro trabajo durante todo el día. Por otra parte, en tres ocasiones diferentes fracasé en un intento de sugerirle que a pesar de abstenerse de comida durante varios días seguidos no debería perder peso. La pérdida de peso tuvo lugar, como ocurriría ordinariamente, no obstante la sugestión».

El Dr. Lechler dedujo en este caso que la sugestión había fracasado por no haber sido bastante fuerte. El observó que a pesar de dársele la misma cantidad de alimento, su sujeto estaba expuesto a sorprendentes y rápidas fluctuaciones dadas las circunstancias de su cuerpo. En estado mental bien equilibrada, inmediatamente empezaba a aumentar de peso; pero tan pronto se apoderaba de ella un complejo de inferioridad o un sentimiento de insuficiencia, la pérdida se hacía inmediatamente perceptible.

Otro rasgo sorprendente en este caso fué el hecho de que Elizabeth, como Teresa Neumann, y puedo añadir como Teresa Higginson, parecía sentir poca necesi-

dad de sueño. Como término medio dormía sólo dos o tres horas cada noche; pero proseguía trabajando durante el día (le servía de criada y, además, trabajaba en el jardín) sin notorio cansancio.

CAPITULO VIII

INCENDIUM AMORIS

Se puede considerar como un hecho de experiencia diaria que los ardores emocionales de un tipo más intenso van frecuentemente compañados de un verdadero aumento de la temperatura en el cuerpo. Por tanto, nada tiene de particular ni de sorprendente encontrar con frecuencia en las vidas de los grandes místicos relatos aseverativos de que cuando se apoderaba de sus almas un transporte de amor, sus semblantes aparecían inflamados; apenas podían aguantar el vestido que parecía ahogarlos; que en los tiempos más fríos del invierno abrían las puertas y ventanas anhelando tomar aire y buscando medio inconscientemente el mismo género de alivio como nuestro Señor nos indica en su parábola de el Rico y Lázaro. Empecemos por unos pocos ejemplos bien conocidos. En la *Story of St. Stanislaus Kostka* por el Padre Goldie, leemos:

«San Francisco de Sales, en su libro sobre el Amor de Dios, dice: «Stanislaus era tan violentamente asaltado por el amor de nuestro Señor que, a consecuencia de ello, padecía desmayos y espasmos; se veía obligado a aplicar sobre su pecho lienzos mojados en agua fría para templar la violencia del amor que sentía». Un día lo encontró su superior paseando solo de noche en el

pequeño jardín [1] que poseía entonces el Noviciado, mientras soplaba un viento frío desagradable; y al preguntarle el Padre Rector qué era lo que allí hacía, le contestó con toda sencillez y sinceridad: «Me estoy abrasando, me estoy abrasando», mientras sentía su corazón aún ardiendo en amor de Dios, aunque su oración había terminado. Stephen Agusti fué testigo del hecho de que el Socius del Maestro de Novicios, Padre Lelius Sanguigni, con frecuencia tenía que bañar su pecho para aliviar el calor ardiente» [2].

Asimismo, en el caso de Santa María Magdalena de Pazzi, que nació en 1566, dos años antes de la muerte de San Stanislaus, dicen cómo transformaban su apariencia los transportes de amor, «pues su cara», dice su biógrafo y confesor, Padre Cepari, «perdiendo por un momento la palidez producida por sus penitencias y su austera vida religiosa, se transfiguraba radiante y plena; sus ojos brillaban y centelleaban como estrellas, y decía a gritos, «¡Oh, Amor! ¡Oh, Dios de Amor!», etc. Pero más en particular, el mismo biógrafo, cuyas declaraciones están completamente confirmadas por las deposiciones de los testigos que declararon en el proceso de beatificación, declara:

Algunas veces, abrumada por el exceso y abundancia de este amor, dijo ella: «Yo no puedo soportar más tiempo tanto amor, reténlo en Ti mismo»; y por la grande y consumidora llama de este Divino Amor que ella

1. El verso en la fuente del jardín donde Stanislaus aliviaba sus ardores dice:

Olim Kostka meis ignem lenibat in undis
Illum divinus que peredebat amor.
Ite alio, iuvenes, alius quos ignis adurit,
Accede huc simili quisquis ab igne cales.

2. *The Story of St. Stanislaus Kostka,* pp. 136-7 (edic. 1893). Está basado en los proporcionados por *Analecta Bollandiana,* Vol. XIII, pp. 143-5.

sentía, no podía hallar descanso si no desgarraba sus vestidos; iba al jardín y destruía las plantas y cuanto encontraba a mano. Mediado el invierno no podía llevar vestidos de lana, por el fuego de amor que ardía en su pecho, y cortaba y aflojaba su hábito.

O también:

Sintiendo tan gran calor en su cara, se abanicaba con su velo, luego corría al pozo y bebía cantidad de agua fresca, mojaba su cara y brazos, lo derramaba en su seno, y era tan grande la llama que abrasaba su pecho que aun externamente parecía que se consumía [3].

No es menos notable el ardor devocional de San Felipe Neri, contemporáneo de los dos santos anteriormente mencionados.

Felipe —dice el Padre Bacci— sentía tanto calor en la región del corazón, que a veces se extendía a todo su cuerpo y, a pesar de su edad, delgadez y escasa dieta, en los días más fríos del invierno le era necesario, aun en la mitad de la noche, abrir las ventanas, enfriar la cama, abanicarse mientras estaba en la cama, y aliviar el gran calor de distintas maneras. Algunas veces tenía quemada su garganta, y todas sus medicinas iban generalmente acompañadas de algo refrescante para aliviarle. El Cardenal Crescenzi, uno de sus hijos espirituales, decía que algunas veces, cuando le tocaba la mano le quemaba como si tuviese una rabiosa fiebre... Aun en invierno tenía casi siempre sus vestidos abiertos de cintura para arriba y, a veces, cuando le decían que los sujetara para que no enfermara, solía decir que realmente no podía por el excesivo calor que sentía. Un día en que cayó una gran cantidad de nieve en Roma, iba con la sotana desabotonada por las calles, y mientras alguno de sus penitentes acompañantes apenas podían aguantar el frío, él se les reía diciendo que era una vergüenza que los jóvenes sintiesen frío cuando los viejos permanecían impasibles.

3. Traducción oratoriana, pp. 235-7.

En otro lugar el biógrafo recuerda cómo:

«A veces al decir el oficio, o después de la misa, o en otra acción espiritual se veían saltar de sus ojos y cara chispas como de fuego. Este fuego interior era tal que a veces le hacía desmayar, obligándole a echarse en la cama, donde, se dice, permaneció en una ocasión todo el día sin otra enfermedad que aquel amor divino. En otra, tan abrasada su garganta que enfermó varios días [4].

Apenas puede dudarse de que el descubrimiento hecho durante la autopsia practicada a San Felipe debía tener íntima relación con el mismo fervor de amor divino. Durante más de cincuenta años de su larga vida padeció una extraña e inexplicable palpitación del corazón, que fué observada no sólo por él mismo sino por muchos compañeros y amigos a quienes, llevado de su tierno afecto por sus almas, había estrechado contra su pecho. Cuando abrieron su cuerpo los cirujanos, hallaron una inflación bajo su pecho izquierdo, a resultas de estar dos de sus costillas rotas y lanzadas hacia fuera. En vista del testimonio positivo de los cirujanos, no cabe dudar que el mal radicaba en esto desde hacía muchos años. Por tanto, parece que sus biógrafos tienen toda la razón para atribuirlo al extraño incidente de la venida del Espíritu Santo a él, en 1544, bajo la forma de un globo de fuego. «Al punto», nos dicen, «fué repentinamente sorprendido por tan ardiente amor que, desnudó su pecho para templar en alguna medida la llama que sentía». En todo caso es cierto que, desde aquel instante y en momentos de hondos sentimientos emocionales, su cuerpo estuvo supeditado a temblar convulsivamente con intensas palpitaciones, dándose cuenta de la presencia en el pecho izquierdo de una inflamación del tamaño de su puño, fenómeno que continuó por todo

4. Bacci, *Life of St. Philip Neri*, editado por P. Antrobus (1902), Vol. I, pp. 26, 141.

el resto de su vida [5]. Es curioso que un desplazamiento parecido en causa y carácter, pero aparentemente en menor grado, se registra en el caso de San Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, que vivió dos siglos más tarde. Un ejemplo reciente más notable aún es el de Gemma Galgani [6], que murió en Lucca en 1903.

Sin embargo, aunque en sí maravillosas, difícilmente puede considerarse este tipo de manifestaciones físicas como prueba de ningún aumento anormal de la temperatura en el cuerpo. Mientras no tengamos demostración más objetiva que aquel anhelo del místico por aire fresco o agua fría, o su declaración de que estaba sufriendo una sensación de sofoco y ardiente calor, naturalmente no hay nada que nos lleve más allá de la esfera de los síntomas que se pueden observar en cualquier hospital de calenturientos. Sin embargo, se alega en muchos escritos hagiográficos que ocurren a veces fenómenos cuyo paralelo no se puede encontrar en los anales patológicos conocidos por la ciencia médica. He oído afirmar, por ejemplo, que en el caso del Padre Pío da Pietrelcina, joven sacerdote capuchino de Foggia, estigmatizado, el termómetro clínico empleado por su doctor en visita profesional fué en más de una ocasión incapaz de registrar la alta temperatura del paciente y, consi-

5. El relato íntegro de la autopsia se encontrará en la vida del Padre Galonio, íntimo amigo y discípulo de San Felipe. Vid. *AA. SS.*, mayo, Vol. VI, p. 510. Capecelatro (traduc. inglesa, II. p. 463) y los Bolandistas no están completamente de acuerdo acerca de los nombres de los cirujanos. Pero el testimonio médico prestado bajo juramente parece que fué sometido en el proceso de beatificación. Varios Padres oratorianos estuvieron también presentes en la autopsia. El relato médico se encontrará en un tratado latino de Angelus Victorius, *De palpitatione cordis fractura costarum aliisque affectionibus B. Philippi Neri* (Roma, 1613). Los nombres de los que estaban presentes se dan en la p. 5.

6. *Life*, pp. 259, 352, 423.

guientemente, roto por una expansión sin precedentes del mercurio. Personas que parecen bien informadas me han hecho idéntico alegato en relación con otro místico moderno. Pero en ninguno de los casos poseo nombre de una autoridad para poder ser citada en letra de molde. En épocas pasadas, naturalmente, no había termómetros clínicos, y las únicas pruebas que pueden exhibirse son mucho más elementales. A pesar de eso, éstas aparecen registradas en la literatura hagiográfica y la autenticidad de estos supuestos ejemplos ofrecen materia interesante para discusión.

El caso más conocido es probablemente el de Santa Catalina de Génova que, gracias en gran parte al muy erudito y concienzudo estudio del Barón Friedrich von Hügel, ha sido presentado al conocimiento de muchos lectores ingleses para quienes la Vida ordinaria de la Santa ofrece pocos atractivos. Santa Catalina era mística de tipo seráfico; tal vez nada más hermoso que las expresiones y escritos atribuídos a la noble matrona genovesa se ha escrito jamás acerca del amor de Dios. Suponiendo por el momento que es auténtico todo cuanto contiene la *Vita e Dottrina di Santa Caterina da Genova*, publicada por vez primera en 1551, hallamos en el libro abundantes referencias del estado físico extraordinario en que Catalina caía frecuentemente a causa de la intensidad de su consumidor amor. Justamente al principio, y en una alusión a sus «grandes ayunos» perdurables desde 1476 al 1499, se dice que durante veintitrés cuaresmas y otros tantos advientos, la Santa no tomó ningún alimento sólido, pero de vez en cuando ingería un vaso de una bebida compuesta de agua, vinagre y sal molida.

Cuando tomaba esta mezcla parecía como si fuese arrojada sobre una losa candente y se secaba rápidamente en el gran fuego que ardía dentro de ella. ¡Cosa asombrosa y nunca oída! Pues no hay digestión, por saludable que sea, que pueda soportar esta clase de bebida en ayunas, pero ella declaraba ser tan grande

la dulzura interior experimentada que aun esta desagradable bebida refrescaba su cuerpo [7].

Omito referencias casuales que parecen indicar casos semejantes de sufrimiento sobrevinientes a intervalos durante los años intermedios. Lo cierto es que en su última enfermedad desde enero a septiembre de 1510, fué una y otra vez víctima de esta sensación de intenso ardor. Por ejemplo:

«Un día fué traspasada por una flecha muy afilada del divino amor... La herida (*ferita*) fué tan acerba que perdió el habla y la vista, y continuó de esta manera unas tres horas... Hizo señas con sus manos de sentir como si se tratara de pinzas al rojo vivo que atacaran a su corazón y otras partes interiores.

Más tarde hubo un día en que sufrió tal intensidad de ardor que fué imposible retenerla en la cama. Parecía una criatura colocada en medio de una gran llama de fuego, tanto que ojos humanos no podían soportar el espectáculo de semejante martirio. Esta angustia duró todo un día y una noche; era imposible tocar su piel, por el agudo dolor que sentía al contacto» [8].

Pero sin duda esto no fué todo. Un poco más tarde nos habla de otro ataque (*assalto*).

«Este fué tan violento que todo su esqueleto parecía estar estremecido, especialmente su hombro derecho, que se mostraba como separado de su cuerpo; de manera parecida, una costilla semejaba estar arrancada de su lugar con tal pena, angustia y tortura de músculos y huesos que era un terrible espectáculo para la vista,

7. *Vita e Dottrina*, Genova, 1847, pp. 10-11.

8. *Ibid.*, p. 152. Ninguno que relacione esto con los detalles dados en mi capítulo sobre Estigmatización referente a Domenica Lazzari, dejará de observar la semejanza en muchos puntos entre su caso y el de Santa Catalina.

y parecía imposible que un cuerpo humano pudiera soportarlo» 9.

Aquellas palabras que he puesto entre paréntesis son consideradas por el Barón von Hügel como partes del texto primitivo de la *Vita,* a pesar del hecho —por lo menos así colijo de él— de que se encuentran en los manuscritos y también en la primera edición de 1551. Con respecto al daño alegado del hombro y a la costilla desplazada, agrega él que estos detalles «tienen precisamente el mismo «color» y, sin duda, proceden del mismo narrador del pasaje más largo relativo a su supuesta estigmatización, ausente de todos los MSS., pero que aparecen en la *Vita* impresa con la autoridad de Argentina» 10. Yo creo que hoy se necesita ser un escéptico muy vigoroso para rechazar la *posibilidad* de los fenómenos de estigmatización. Algún daño en el hombro ocurre frecuentemente en el caso de personas estigmatizadas. Para citar un solo ejemplo, el examen *post mortem* del cuerpo de Santa Verónica Giuliani confirmó la existencia de «una gran curvatura en el hombro derecho que doblaba el hueso mismo tal como pudiera haberlo hecho una pesada cruz». El cirujano Gentili, que hizo la autopsia, afirmó en deposición jurada que «si esta curvatura hubiese ocurrido por medios naturales le hubiera impedido mover su brazo; pero yo mismo vi con frecuencia a la Hermana Verónica durante su última enfermedad mover su brazo derecho sin la menor dificultad» 11. Cualquiera que fuere nuestra opinión acerca de esta conclusión, no puede dudarse razonablemente del hecho de

9. *Vita e Dottrina,* p. 154. «Una costa levata dall'altre» son las palabras del original.

10. *The Mystical Element of Religion,* I, p. 197, nota.

11. Salvatori, *Life of St. Veronica Giuliani* (traduc. inglesa), p. 163. Esta biografía está basada en las deposiciones del proceso de beatificación, y sus afirmaciones pueden considerarse como dignas de crédito.

que se podía observar una extraordinaria desviación en el hombro derecho de Santa Verónica, juntamente con la marca de las cinco llagas, cuando el 10 de julio de 1727 fué examinado su cuerpo treinta y cuatro horas después de su muerte. Ahora bien, la *Vita e Dottrina,* tal como lo poseemos, fué realmente impresa en 1551, o sea que no fué posible a los compiladores poseer precedentes, como los referentes a las costillas desplazadas de San Felipe Neri y la doblada clavícula de Santa Verónica Giuliani. Según mi opinión, parece más cuerdo suponer, por consiguiente, que estos detalles supletorios, si realmente fueron adiciones, provienen de la fiel memoria de Argentina sobre todo cuanto ella misma vió durante la última enfermedad de Santa Catalina, y no atribuirlos a la ferviente imaginación de panegiristas irresponsables.

Pero aún queda por mencionar el caso más curioso e interesante de la conflagración interna que consumió los restos de vitalidad de Catalina. El 28 de agosto, cuando la tragedia de sufrimientos se acercaba a su fin, ella se encontraba de nuevo en pleno ardor. Decía a gritos: «toda el agua que contiene el mundo no me daría el menor refresco». Más tarde, su lengua y labios alcanzaron tal reseco abrasador con el calor interno que no pudo moverse ni hablar.

En aquellos momentos, si alguno tocaba un cabello de su cabeza, aun el borde o la ropa de la cama, empezaba a gritar como si la acuchillaran. Algunas veces vacilaba su confesor darle en aquel estado la Comunión, porque no podía tragar nada, ni comida ni bebida, «pero con semblante alegre, hacía una señal de que no tenía miedo; y después, cuando ya la había recibido, permanecía como un serafín con rostro radiante y sonrosado» 12.

Su devota sirviente, Argentina, dió más tarde una explicación de todos estos sufrimientos, manifestando que Catalina ya los había predicho; también le confió

12. *Vita e Dottrina,* p. 166.

que antes de morir, por el gran amor que sentía hacia su Salvador y el deseo de asemejarse a El en todo, padecería los sufrimientos de la Pasión de nuestro Señor, juntamente con las angustias de las cinco llagas (los estigmas), por lo menos interiormente [13].

Sin embargo, se añade: Catalina jamás permitió que en público se le escapara una palabra delatora de la causa de sus sufrimientos ni revelara su carácter sobrenatural [14]. Cuando Argentina atestigua también que su señora, poniendo sus brazos en forma de cruz presenta la contrapartida de su Salvador crucificado prolongándosele uno de los brazos más de cinco pulgadas sobre su largura normal [15], he de confesar que este detalle no desvirtúa su afirmación, como cree el Barón von Hügel, sino que me parece ofrecer una notable confirmación de que nuestro testigo es digno de todo crédito. De todas maneras, es cierto que cuando la Beata Stefana Quinzani en 1497 representaba en éxtasis los incidentes de la Pasión de nuestro Señor en la escena de la crucifixión, su brazo izquierdo «se alargaba considerablemente más allá de su medida normal» (*assai-sopra la lungagine sua naturale* [16]. Si Argentina *estuvo* fingiendo, es extraordinario que ella embelleciera su historia justamente con aquellos sorprendentes rasgos cuyos paralelos, atestiguados con las mejores pruebas, pueden

13. *Ibid.*, pp. 167-8.

14. *Ibid.*, p. 168. «Giammai disse pure una parola donde si prodecessero tante pene».

15. *Ibid.* «Ebbe (Caterina) grandissima pena ad un braccio, di tal sorte che si allungò più di mezzo palmo del solito».

16. Véase un escrito mío en los *Proceedings of the S. P. R.*, vol. XXXII, p. 196; y cf., mi relato acerca de los alargamientos de la Ven. Veronica Laparelli en *Journal S. P. R.* Vol. XIX (1919), pp. 51 y sigs. En el caso de la Beata Stefana fué atestado por declaración firmada y sellada de veintiún testigos de vista.

encontrarse en el caso de otros místicos. Cabe decir indudablemente que Argentina pudiera fácilmente haber leído u oído relatar los éxtasis de la Beata Stefana Quinzani que tuvieron lugar en 1497. Esto es verdad, pero hay mayor probabilidad de que la historia fuese conocida por una señora tan instruída como Santa Catalina, y en ese caso se concibe muy bien que la impresión producida en el ánimo de ésta pudiera haber contribuído a producir los mismos fenómenos en sus propios transportes místicos.

Durante toda la enfermedad última de la Santa, y especialmente en sus últimas fases, estos largos ataques caracterizados por la sensación de intenso fuego (*fuoco*) son rasgos que se presentan constantemente. La *Vita* recuerda en particular dos ocasiones en que se manifiesta la prueba material de la intensidad del calor desarrollado. Primeramente voy a copiar la traducción del Baron von Hügel:

«Para probar que esta santa mujer llevaba interiormente los estigmas se ordenó que trajeran una gran taza de plata, con una salserilla muy alta; la taza fué llenada de agua fría para refrescar sus manos, en cuyas palmas, a causa del gran calor que abrasaba su interior, sentía un dolor intolerable. Y al introducir sus manos en aquélla, el agua empezó a hervir de tal manera que la taza y la salserilla se calentaron fuertemente» [17].

En uno cualquiera despierta esto cierto temor a disentir de una autoridad que ha dedicado tanto tiempo y estudio a la explicación de este tema; además, yo no puedo alegar ser experto conocedor del italiano. Sin embargo, se me hace difícil aceptar la traducción de este pasaje hecha por el Barón y, aún más, repudiar el incidente como carente de valor histórico. En primer lugar,

17. *The Mystical Element of Religion*, Vol. I, p. 452. El original italiano se encuentra en *Vita e Doctrina* (edic. Genova, 1847), p. 167.

la «gran taza de plata» (*gran tazza d'ergento*) era, seguramente, una taza con pie y de concavidad poco profunda, poco más o menos como una copa agrandada de champaña y, probablemente el pie, en proporción, sería más corto. Las copas y salserillas fueron desconocidas en Europa hasta mucho tiempo después y, en todo caso, no se menciona ninguna «salserilla», sino simplemente el *piede della tazza,* el pie de la taza. Cualquiera que deje una cuchara de plata en una taza de té puede advertir con sorpresa que la plata es buena conductora del calor. Me parece natural que Argentina hiciese parecido descubrimiento. El, asiendo la taza por el pie, la llevaría llena con agua lo más fresca que pudo procurarse. Después que Catalina hubiera mojado las manos, fué a retirarla Catalina, quien a su contacto con el pie se quemó. Es probable que este incidente quedara grabado en su memoria y que el empleo de la palabra hirviendo (*bollente*) sea una exageración muy natural. Ella quedó desagradablemente sorprendida de que el pie estuviese caliente.

Entre el 13 de septiembre y el 15, día de su muerte, Catalina perdió inmensa cantidad de sangre. La temperatura de ésta última, nos dicen en su *Vita*, era tal [18] que (a) calentaba los recipientes en que era recogida [19]; (b) escaldaba su carne cuando la tocaba, de manera que los puntos así afectados hubieron de ser refrescados con agua de rosas [20]. (c) Habiendo recogido una vez sangre

18. *Vita e Dottrina,* p. 172.

19. *The Mystical Element of Religion,* I, p. 214. Sin discutir la posibilidad y aun la verosimilitud de subsecuentes interpolaciones en tal obra, me declaro francamente desconfiado de todos los intentos de reconstruir el texto primitivo. La crítica textual es una ciencia muy necesaria, pero ofrece muchos fallos al iniciador que fácilmente admite conjeturas que cristalizan en certeza.

20. Sguillante y Pagani. *Vita della Ven. Serafina di Dio* (Roma, 1748), p. 260.

en una taza de plata, aquélla calentó la base de la taza, dejando una marca que nunca fué borrada. El Barón von Hügel comenta que solamente la primera de estas observaciones se encuentra en los manuscritos, y que los detalles físicos puramente secundarios se utilizan afanosamente con una miope buena fe y admiración para justificar y oscurecer una personalidad espiritual de altos vuelos. No hay duda que es verdad que estos hechos físicos son «puramente secundarios»; pero después de todo, la cuestión en nuestra presente investigación es ésta: ¿Es exacto el relato? Si estas cosas ocurrieron son dignas de registrarse, y conviniendo yo en que la prueba considerada en sí misma no es concluyente, no podemos ignorar que en el caso de otros místicos han sido hechas precisamente declaraciones similares por testigos de vista. Tomemos, por ejemplo, el caso de la Venerable Serafina di Dio, monja carmelita de Capri, que murió en 1699. Su vida fué escrita por dos Padres Oratorianos, Sguillante y Pagani, y publicada en Roma en 1748. Parece que ellos se basaron casi completamente en las pruebas aportadas en el proceso de beatificación.

Leemos en esta biografía:

«Sus monjas dicen que la han visto con frecuencia —por ejemplo, cuando estaba en oración o después de la Comunión— con su cara radiante como una llama, y ojos chispeantes. Las recaldaba si la tocaban aun en invierno y aun siendo bastante vieja; y declararon que repetidamente le oyeron decir que era consumida por un fuego vivo y que su sangre estaba hirviendo. Su garganta, paladar y sus labios estaban tan resecos que era necesario refrescarlos con agua fresca; pero este expediente no bastaba en manera alguna para apagar el calor que sentía...

Los doctores, que no pudieron explicar la causa de sus sufrimientos, aplicaron muchas clases de remedios refrescantes, y la sangraban frecuentemente; mientras, nuestro mismo Salvador, para darle algún alivio, espe-

cialmente cuando este hervor de la sangre (*li bolloridel sangre*) duraba dos o tres días, como ocurría con frecuencia cuando ella sentía un ardiente deseo de morir mártir, disponía las cosas de manera que perdía grandes cantidades de sangre por nariz y boca. Fué objeto de intenso asombro para todos los observadores ver a un cuerpo tan extenuado como el suyo perder tanta cantidad de sangre sin quedarse incapacitada para el cumplimiento de sus deberes diarios.

Quienes conozcan la historia de Santa Catalina de Génova recordarán que sus restablecimientos eran tan maravillosos como misteriosas las indisposiciones que repetidamente la llevaron a las puertas de la muerte. Pero el más notable fenómeno registrado en la vida de la Venerable Serafina es la declaración hecha con respecto a su santo cadáver en cuanto dió el último suspiro.

Por espacio de veinte horas su cuerpo conservó tanto calor, particularmente en la región del corazón, que uno podía calentarse las manos confortablemente poniéndolas en aquel lugar, lo que descubrieron muchas de las monjas al hacer la experiencia. En efecto, el calor, aunque en grado algo menor, fué perceptible durante treinta y tres horas después de la muerte, a pesar de ser mes de marzo y el tiempo fresco. El cadáver no perdió completamente su calor hasta que fué abierto y se le extrajo el corazón [21].

Instintivamente se deduce primero que el doctor y las monjas habían supuesto equivocadamente haberse extinguido la vida, pero se dan muchos casos similares, y es difícil creer que los místicos, después de larga y agotadora enfermedad, estuviesen expuestos particularmente al peligro de ser enterrados vivos.

Tomemos, por ejemplo, el caso de la monja dominica Soeur Maria Villani, en Nápoles. Murió el 26 de marzo de 1670, a la edad de 86 años y su vida fué publicada cuatro años más tarde en un volumen de más de 600 páginas por el Padre Francis Marchese, O. P. En su primera sentencia el biógrafo nos informa que su heroína fué una hoguera de amor, nota que repite a lo largo de todo el libro. Es evidente también, por las cartas y escritos de la misma Hermana, que la idea de estar continuamente consumida por una insoportable llama de amor dominaba todos sus pensamientos. La vida declara que los efectos físicos de la llama interior eran tales que le obligaban a beber hasta treinta y seis y, algunas veces, aun cuarenta y cinco *libre* de agua en un día. No sé cuál es exactamente el equivalente inglés de la medida napolitana de una *libra*; pero *libre*, probablemente, no es mucho menos que 28 pintas o 3 galones y medio [22]. Además se nos dice que al beber el agua se oía un chirrido como de agua que cae sobre una plancha de hierro al rojo vivo [23]. Es imposible no sospechar cierta exageración en todo esto, pero por otra parte, se dan hechos físicos precisos relacionados con el caso, que no se pueden explicar fácilmente. Sor María creía que ella había sido herida en su costado y corazón por un ardiente dardo de amor, y hay buena prueba de que allí existía realmente la herida. De todas maneras, su biógrafo imprime tres disposiciones formales firmadas por tres de sus confesores, a quienes en diferentes ocasiones se permitió ver, tocar y explorar la herida exterior. Estos padres dominicos eran muy conocidos, y uno, Leonardo di

21. *Ibid.*, p. 462.

22. Galón, medida inglesa de unos 4½ litros, y pinta, la octava parte del galón. (N. del T.).

23. Marchese, *Vita della Serva di Dio, Suor Maria Villani* (Napoles, 1674), pp. 203-4. Una declaración exactamente parecida hace el Canónigo Martinon con respecto a su penitente la Venerable Inés de Jesús, monja dominica. Afirma que él mismo estuvo presente cuando le echaron agua sobre su pecho para refrescarla en sus transportes de ardiente amor, y que el agua chirriaba como al ser arrojada sobre un hierro al rojo vivo. Lantages y Lucot, *Vie de V. Agnès de Jésus*, II, p. 134.

Lettere, tenía gran reputación de santidad, tanto que después de su muerte se incoó la causa de su beatificación. La Vida de María Villani apareció con plena aprobación eclesiástica, y tanto el General de los Dominicos como el Cardenal Arzobispo de Nápoles le otorgaron el *imprimatur*. Pero, tal vez la más notable de las declaraciones que contiene el libro es el relato de la apertura del cuerpo nueve horas después de su muerte. El cadáver de esta anciana de 86 años, que cuando exhaló el último suspiro estaba seco, consumido y de matiz obscuro, fué adquiriendo un color fresco y una flexibilidad como de una persona viva. Cuando el cirujano abría su pecho, lo mismo de la incisión practicada como del corazón, brotó una cantidad de sangre flúida y brillante. El biógrafo nos asegura que parte de esta sangre fué conservada en dos pequeñas redomas, y al tiempo de escribir esto (1673) continuaba aún líquida e incorrupta. Pero lo que causó más asombro en los expectadores de la autopsia fué el «humo» (*fumo*) y calor que exhalaba su corazón, aquel verdadero horno de amor divino. El cirujano dió con un calor demasiado molesto para poder proseguir. Se vió obligado a retirarse un rato, mas volviendo después «puso su mano en el corazón para extraerlo, hallándolo tan caliente que, quemándose (*scottandosi*), se vió forzado a sacar su mano varias veces antes de llevar a cabo su propósito». El biógrafo declara que los cirujanos Domenico Trifone y Francesco Pinto redactaron una declaración formal referente a estos hechos [24]. Con respecto al corazón mismo, encontraron en él una herida abierta de la misma forma y figura como la que dibujó con su propia mano la monja muerta en una página de su tratado: *De tribus divinis flamis*. Prosigue el biógrafo diciendo: «esta herida (en el corazón) la he

24. *Vita di Maria Villani*, pp. 609-10. Esta declaración debe tener algún peso cuando recordamos que el libro fué publicado en Nápoles mismo, y antes que transcurrieran cuatro años desde que tuvo lugar la autopsia.

visto, tocado y examinado. Los labios de la herida son duros y secos, lo mismo que ocurre cuando se emplea el cauterio, para recordarnos sin duda que fué producida por un dardo de fuego» [25].

Hay otros ejemplos más o menos parecidos a éstos de Serafina di Dio y María Villani; pero no dispongo de espacio para discutirlos largamente. Será suficiente observar que en el caso del misionero franciscano Ven. Antonio Margil, un apóstol visto muchas veces elevado en el aire en sus éxtasis de amor; se cuenta cómo después de la muerte «su cara, que había sido pálida durante su vida, tomó un bello matiz sonrosado; sus ojos quedaron brillantes; sus miembros flexibles, mientras su carne continuaba caliente [26] hasta el momento en que se le depositó en la tumba» [27]. También se nos dice del Beato Andres Ibernon, otro santo franciscano completamente compenetrado del espíritu seráfico del Pobrecillo de Asís, que «se observó que, cuando lo colocaron en el ataúd (tres días después de su muerte), la carne estaba aún flexible y blanda como si hubiese expirado un instante antes» [28]. Estas dos Vidas últimamente mencionadas fueron escritas en cada caso por el Postulador de la Causa, que tenía delante todas las deposiciones juradas.

Entre otros ejemplos de manifestaciones de calor exorbitante pudieran citarse el caso de la Venerable

25. *Ibid.*, p. 610.

26. Sólo un testigo en el proceso Ordinario (y no fué un doctor, sino el Padre Hierro) dijo que el cadáver estaba caliente.

27. G. M. Gusman, *Notizie della Vita etc. del Ven. Fr. Antonio Margil* (Roma, 1836), p. 102. El murió en Méjico en 1726 a la edad de 69 años.

28. V. Mondina, *Vita del Beato Andrea Ibernon* (Roma, 1791), p. 172. El Beato Andrés Ibernon tenía 68 años cuando murió en Gandía, España, el año 1602.

Rosa María Serio († 1725), Priora del convento de Carmelitas de Fasano, que por siete años sucesivos fué sujeto de una experiencia extraordinaria en Domingo de Pentecostés. En la primera ocasión, descendió visiblemente sobre ella un globo de fuego a presencia de todas las monjas. Cuando le despojaron los hábitos hallaron su ropa interior quemada sobre el pecho en forma de corazón. La misma quemadura tuvo lugar en otros seis años, pero no hubo ráfaga visible de fuego [29]. Además, en la Vida de la Venerable Francesca dal Serrone († 1601), monja franciscana de San Severino que como María Villani tuvo una herida en el costado, leemos que la sangre, en algunas ocasiones brotando de su costado y expulsada también por su boca, estaba tan caliente que agrietó una vasija de loza de barro empleada para recogerla, habiendo por ello necesidad de utilizar de metal [30]. Análogamente, de la compañera de Santa Teresa, la carmelita Ana de Jesús, como también de otras dos o tres candidatas para su beatificación, cuentan que en alguna de sus enfermedades las monjas encargadas de su cuidado apenás podían tocar su carne a causa de su ardiente calor [31]. En estos casos la prueba no es concluyente, pero en verdad tampoco despreciable.

29. G. Gentili, S. J., *Vita della Ven. Madre Rosa Maria Serio* (Venezia, 1741), Prefacio, p. VII, y pp. 34 y 74-5.

30. G. B. Cancelloti, S. J., *Vita della Ven. Francesca dal Serrone* (Roma, 1665), pp. 29-30, 173.

31. Berthold-Ignace, *Vie de la Mère Anne de Jésus*, Malines, 1882, Vol. II, p. 493. Se dice de Santa Coletta que tenía su velo chamuscado y quemado por la fuerza de su combustión interna. Vid. la *Vita di S. Coletta*, por F. M. Annibali da Latera (1805), p. 58.

CAPITULO IX

EL OLOR DE SANTIDAD

Sería tema de algún interés investigar cómo y cuándo empezó a usarse la frase «el olor de Santidad» [1]. Por supuesto que San Pablo nos habla en su segunda Epístola a los Corintios (II-15) «somos buen olor de Cristo para Dios», y esto tal vez pudiera llevarnos más naturalmente a una interpretación metafórica. Pero al mismo tiempo son tantos los testimonios antiguos que sugieren la participación de ciertos hechos de orden físico en la evolución de esta idea, que sería ciertamente imprudencia excluir una explicación más literal. Probablemente, el primer testimonio que se puede presentar está contenido en la famosa carta de los cristianos de Smirna, describiendo el martirio de su santo obispo, San Policarpo, en el A. D. 155. Dicen ellos:

Cuando él ofreció el Amen y terminó su oración, los verdugos encendieron fuego, una llama grande y brillante. Nosotros, que pudimos verle, presenciamos una maravilla, sí; y fuimos preservados para pod relatar

1. Hay innumerables casos de fragancia exhalada por la tumba de un santo; pero como observa el Bolandista Victor de Buck, podía proceder de las yerbas aromáticas colocadas en el ataúd. Vid. *AA. SS.*, octubre, Vol. XI, p. 704. Para probar la antigüedad de la práctica de colocar tales yerbas en la tumba, cita él a Sicard de Cremona, P. L , pp. 213, 428.

lo demás que ocurrió. El fuego, formando aparentemente una bóveda como las velas de un barco henchidas por el viento, hizo una muralla alrededor del cuerpo del mártir; y allí en el centro exhalaba, no como carne que se quema sino como oro y plata refinados en un horno. Pues nosotros percibimos tan fragante olor, como si fuera una ráfaga de incienso o de otros aromas preciosos.

Así, finalmente, los hombres sin ley, viendo que su cuerpo no pudo ser consumido por el fuego, ordenaron al verdugo que se le acercara y lo terminase con una daga. Y cuando así lo hizo brotó tal cantidad de sangre que extinguió el fuego, y toda la multitud quedó maravillada de que hubiese tan gran diferencia entre los incrédulos y los elegidos.

Ningún crítico en nuestros días discute la autenticidad de esta carta. Indudablemente la escribió quien fué testigo ocular de lo ocurrido. Igualmente verídica es una carta despachada unos veinte años más tarde (esto es, hacia A. D. 177) por los Cristianos de Vienne y Lion a sus hermanos en Asia Menor. En ella, hablando los supervivientes sobre el más heroico entre tantos que valientemente desafiaron a los perseguidores, dice:

«Ellos salieron alegres, con mezcla de gloria y gracia en sus semblantes, de manera que aun sus cadenas parecían bellos ornamentos como los de una desposada engalanada con múltiples flecos de oro; y eran fragantes con el suave olor de Cristo, tanto que algunos aun supusieron que habían sido ungidos con un ungüento terrenal» [2].

---

2. Eusebius, *Hist. Eccles.*, V. I. § 35. En una nota que Harnack ha publicado en *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, II, pp. 291-6 (1878), se refiere al *Acta S. Theclae*, cap. 35, y parece sugerir que era común entre los cristianos arrojar suaves perfumes y especias a los mártires como símbolo de

Aparece, pues, cómo ya en el siglo segundo era idea familiar entre los cristianos que en algunos casos milagrosos una elevada virtud iba acompañada de una fragancia corporal. Otro ejemplo igualmente confirmado por las mejores pruebas históricas puede citarse sobre los relatos conservados acerca de la muerte de San Simeón Estilita en 459. Por más de una fuente sabemos que su privilegiado discípulo, incapaz para lograr una respuesta de su maestro, subió a la plataforma de la columna y halló al cuerpo del Santo «exhalando un perfume como si fuese de muchas especias» [3]. También nos habla San Gregorio Magno en sus *Dialogues* del pobre afligido Servulus, a quien conoció personalmente:

«Mientras escuchaba en su interior aquella divina armonía, su alma santa abandonó esta vida mortal; y en aquel momento todos los presentes sintieron el más agradable y fragante olor, por donde conocieron qué gran verdad era lo que dijo Servulus. Uno de mis monjes que aún vive, estaba allí presente y con muchas lágrimas en sus ojos solía decirnos que la suavidad de aquel olor nunca desapareció, sino que lo aspiraron continuamente hasta el momento de su enterramiento» [4].

Y para tomar un ejemplo de nuestro propio país de los primeros siglos, nos dicen de San Guthlac, el er-

---

inmortalidad, pero esta explicación racionalista puede alcanzar a pocos de los casos alegados.

3. Se dice que el cuerpo de San Gregorio Nacianceno había sido identificado y distinguido de entre otros miembros de su familia enterrados en el mismo sepulcro, por su fragancia: *AA. SS.*, mayo, Vol. 113, p. 449.

4. *Dialogues* de San Gregorio (IV, 14). Una traducción del siglo XVII editada por el Dr. Gardner (Londres, 1911), p. 195. Parecidos ejemplos de fragancia *después* de la muerte son relatados por San Gregorio. *Ibid.*, IV, 27 y IV, 47; siendo particularmente sólida la prueba de este último caso.

mitaño que en las últimas horas de esta vida, «cuando volvió en sí y recobró su aliento, salía de su boca una fragancia como perfume de las más delicadas flores». Además, después que el Santo expiró, su discípulo «oyó cantos angélicos en las regiones del aire, y una suavidad y un maravilloso aroma llenaron profusamente toda la Isla de Crowland». También sabemos que cuando su hermana Santa Pega «llegó al día siguiente, según le ordenó el bendito varón, se hallaron el lugar y los edificios saturados del perfume de la yerba ambrosia» [5].

Estas declaraciones están sacadas de la Vida del Santo por su contemporáneo Félix, y el crédito general de que goza el biógrafo en cuestión no es discutido por nadie [6].

Debiendo, naturalmente, reconocer que algunas, no muchas, de estas descripciones deban algo a la imaginación ardiente de un solo informador, escribiendo tal vez bajo la presión de una emoción muy honda, sin embargo es muy digna de resaltar esta coincidencia entre testigos tan distantes por el tiempo y el espacio, y aún es tal vez más notable el asentimiento de testimonios que no puede ignorarse acerca de parecidas manifestaciones en siglos recientes. La gran mayoría de los casos se refieren a la fragancia que los restos de algunos siervos de Dios especialmente devotos, exhalaban después de su muerte, asunto que no nos concierne aquí inmediatamente. Se dan también muchos ejemplos de Santos cuya persona, vestido y celda difundieron suaves olores durante su vida, atrayendo la atención general de sus íntimos y visitantes.

5. Goodwin, *Life of St. Guthlac,* pp. 87-91. Es conveniente citar la traducción del anglosajón. El original latino de Félix está impreso en *Acta Sanctorum*.

6. Un ejemplo moderno de emanar aroma perceptible en el momento de la muerte puede citarse de la Vida de Catarina Savelli († 1691). «Prima che ella spirasse fù sentita da' Domestici una suavissima fraganza», etc. G. B. Memmi, *Vita,* p. 172.

Lo que presta cierta confirmación a los relatos referidos, es la ocurrencia de hechos similares entre los fenómenos espiritistas, principalmente en el caso del medium Mr. Stainton Moses. Este señor [7] —y téngase en cuenta que no era un medium profesional, y de quien hablan con el más sincero respeto todos cuantos lo conocían íntimamente— relata su propio caso de la siguiente manera, contenido en una carta al periódico *The Spiritualist* en 1 de enero, 1875:

«En todos los círculos que yo conozco se emplean ciertos medios para fomentar armoniosas condiciones. Esto se hace habitualmente valiéndose de la música o del canto. En nuestro círculo siempre se llevó a efecto echando mano de perfumes. Desde el principio se nos prescribía la quietud; los intentos de conversación eran reprimidos; no hacíamos uso de caja musical, ni se podía pedir música. No pasó sesión que no nos rociaran con perfumes o aromatizasen el ambiente de todo el círculo con pulverizaciones olorosas. Estas olas o ráfagas de aire aromatizado soplaban habitualmente sobre mi cabeza de manera que, alzando mi mano, podía sentir su frescor a doce o dieciocho pulgadas de aquélla. Excepto en raras ocasiones yo no detecté la presencia del perfume hasta que las ráfagas de aire llegaban a mi alrededor».

Estos aromas eran de varias clases, siendo los más favoritos los de rosa, sándalo y verbena. Son utilizadas todas las flores, y aspirado su perfume. Este es el caso notable del campo. Observemos cómo entonces la pre-

7. Mr. Stainton Moses fué primeramente clérigo de la Iglesia de Inglaterra. Sus guías espirituales, parece, derrumbaron su fe en los credos, y se hizo seglar actuando por muchos años como maestro de escuela en University College, School, Londres. Como se puede ver por los artículos dedicados a él en *Proceedings of the Society for Psychical Research,* Vols. IX y XI, fué muy estimado por todos.

sencia de una flor particular en la sala determinaba un olor sobresaliente, perdiendo temporalmente los capullos particulares todo su perfume, aunque el olor volviera al día siguiente. Algunas veces, sin embargo, se aspiraba un aroma perfectamente distinto procedente de una flor, o más precisamente, se atribuía a otra diferente.

«Hace algunos meses observé que me envolvía una atmósfera perfumada, en particular, los momentos en que yo sufría dolor. Siempre fuí propenso a neuralgia y, en esas ocasiones, cuantos me rodeaban advertían la presencia de variados perfumes, de igual manera a como los observábamos en aquellas sesiones. Una tarde me hallaba ante una ventana abierta azotada por el aire; sin embargo, exhalaba un aroma tan marcado a rosa que mis amigos presentes trataron de localizarlo. En efecto, se descubrió que radicaba en un punto no más extenso que un chelín, en la coronilla de mi cabeza. El punto era perceptiblemente húmedo y perfumado, fluyendo más libremente al hacer presión sobre él.

Desde aquella ocasión ya nos hemos acostumbrado al hecho, sin asombrarnos, cuando el perfume se manifiesta si estoy yo en dolor. El proceso, según mis informes, es terapéutico; conozco, por lo menos, un medium todavía con vida que ha observado con frecuencia fenómenos similares aun cuando no se pueden relacionar a un perfume localizado concretamente en un punto. Pero en realidad, el fenómeno es a la vez antiguo y nuevo. No lo hemos observado en años pasados porque tal vez no hemos tratado de investigarlo; pero en los tiempos medievales era un hecho perfectamente conocido. Hasta ahora no hemos empezado a comprender los fenómenos relativos al medium, que se manifestaban en monjes, monjas y en recluídos de la Edad Media. En muchos casos, estos sujetos eran poderosos mediums, pues reunían las mejores condiciones —retiro, oración, ayuno— y el olor de santidad llegó a ser entre ellos muy conocida ocurrencia. Sólo que lo calificaron defectuosamente.

No había en ellos particular santidad o, ahora entre nosotros, es de ordinario lo contrario. Nada tiene que ver el perfume con la santidad. Era un fenómeno de medium que abundaba entonces, y que existe ahora con más frecuencia de la que realmente conocemos».

Hoy tenemos, naturalmente, más pruebas que la infundada declaración de Mr. Stainton Moses. Sus amigos, en especial el Dr. y Mrs Charlton Speer, confirman sus declaraciones en todos los puntos importantes. Tampoco hay ninguna razón para sospechar que esta gente perfectamente respetable tratara de engañar al público. Ha de observarse al mismo tiempo que la fragancia aromatizante del aire en las referidas sesiones era en muchos aspectos diferente de los fenómenos que yo registro en la Vida de Santos. En el primer caso nos parece estar en presencia de cierto perfume material, definitivamente reconocido como perfume de flores raras que, por decirlo así, eran pulverizadas sobre los presentes, causando escozor en sus ojos, como sabemos por otros testigos, cuando accidentalmente les caía alguna gota. A veces, el perfume rociaba las cabezas o los pañuelos de los asistentes [8]. Pero la más notable diferencia entre estos fenómenos de las sesiones y el «olor de santidad» con que Mr. Staiton Moses los compara, es el hecho que los ascetas honrados, en lugar de hacer alarde de sus dones misteriosos, trataron en lo posible de ocultarlos a la vista de los hombres. Con mediums no retribuídos, como Staiton Moses y D. D. Home, parece haber ocurrido siempre exactamente lo contrario. Hacían uso de su poder para adquirir renombre, no emo-

---

8. Pero cf. *Proceedings of S. P. R.*, IX, p. 323, por el hecho de que algunas veces algo iba mal, y las consecuencias eran desagradables. En 9 de julio de 1875, Stainton Moses tuvo motivo de queja por la discordia producida por un olor desagradable. J. H. C.

lumentos pecuniarios, y en todo lo que han escrito acerca de este asunto se encontrará poca modestia.

Al escoger unos pocos ejemplos de fecha más reciente para explicar los fenómenos olfatorios que encontramos en la literatura hagiográfica, podemos empezar por un caso relatado por Santa Teresa. En su *Libro de Fundaciones* habla algo largamente de una contemporánea suya, la célebre asceta Catalina de Cardona, señora de muy noble familia que, con pena de sus nobles parientes, abrazó una vida de aislamiento y de extraordinaria austeridad. Catalina hizo una corta visita al convento carmelita de Toledo, y Santa Teresa nos dice de ella:

«Entonces fué a Toledo, donde estuvo con nuestras monjas. Todas me han afirmado que era tan grande el olor que tenía de reliquias, que hasta el hábito y la cinta, después que dejó, porque le dieron otro y se le quitaron, era para alabar a Nuestro Señor el olor. Y mientras más a ella se llegaban era mayor, con ser los vestidos de suerte con la calor, que hacía mucha, que antes le habían de tener malo. Sé que no dirán sino toda la verdad» [9].

Es claro que la misma Santa Teresa creyó en la realidad del fenómeno. Parecidas manifestaciones de muchos miembros de su misma Orden habrían de ser registradas posteriormente, y por lo que se refiere a la fragancia del cuerpo después de la muerte, no hay ejemplo en la historia con pruebas tan abundantes y abrumadoras como las atestiguadas por el maravilloso perfume que por muchos años exhalaron los restos mortales de la misma Santa Teresa. Por la curiosa frase que emplea describiendo el aroma como un «olor de reliquias», podría deducirse que ella percibía habitualmente algo de aquella fragancia en todas las reliquias por ella veneradas. Una de las dificultades en esta clase de investigaciones

9. *El Libro de las Fundaciones*, cap. XXVIII, n. 32.

es el decidir cuánto de subjetivo y cuánto de objetivo existe en un fenómeno que algunos testigos perciben y otros no. En el caso del anillo de los desposorios antes mencionado, por lo menos hay posibilidad del testimonio concurrente de dos sentidos, la vista y el tacto. Pero en cuanto a estas maravillas olfatorias necesariamente dependemos de un solo sentido.

Una santa monja carmelita, como su madre Santa Teresa, fué particularmente renombrada por el maravilloso perfume que por más de tres años después de su muerte brotaba de la celda anteriormente ocupada por ella. Esta fué Doña Vittoria Colonna, hija de Don Filippo Gran Condestable de Nápoles, pero conocida en religión como Madre Clara María de la Pasión. Tres médicos depusieron acerca del inexplicable aroma que ellos percibieron, no una sino muchas veces en la celda donde murió la Madre Clara María; y toda la comunidad fué testigo del mismo hecho. Además, la maravilla en este caso tuvo lugar ocasionalmente durante su vida; por ejemplo, cuando la santa hablaba con gran fervor acerca del amor de Dios [10].

Mucho más conocido es, sin embargo, el caso de Santa Catalina de Ricci. En las investigaciones oficiales con vistas a su canonización, encontramos unas veinte o treinta monjas de su convento de Prato atestiguando bajo juramento el extraño y celestial olor que especialmente se aspiraba en su alcoba de muerte, aparte haber percibido algunas de ellas también un perfume similar que despedía en ciertas ocasiones durante su vida. Varias de las monjas describen este aroma como parecido al de *vivuole mammole*, semejante a una especia de violeta, aunque no era sazón de estas flores en aquel tiempo; pero muchas de ellas consideraban que no se podía comparar al olor de ninguna flor o de ningún perfume artifi-

10. Biagio, *Vita della V. Madre Chiara Maria* (Roma, 1631), pp. 22, 588-94, donde se citan ampliamente las deposiciones de los médicos testigos.

cial. Este fué declarado alrededor de su tumba por más de un año, no obstante hallarse encerrado su cuerpo en un ataúd de plomo [11].

En aquellos casos en que la misteriosa fragancia se percibía durante la vida, parece que el fenómeno está relacionado generalmente con alguna condición extática del individuo. Así leemos en la Vida de Santa Verónica Giuliani que el perfume parecía proceder de los estigmas. El Padre F. M. Salvatori, en la *Life of St. Verónica,* que recogió principalmente de las deposiciones de los testigos en el proceso de canonización, dice de ella:

«Es digno de mencionar que cuando se abrían las llagas arriba mencionadas, despedían tan deliciosa fragancia por todo el convento que sólo ello bastaba para que las monjas le conocieran la renovación de los estigmas, y en varias ocasiones las monjas, viéndolas con sus propios ojos se convencieron que no se habían engañado. Cuando se retiraban las vendas que se habían aplicado a estas llagas misteriosas, comunicaban el mismo perfume fragante a cuanto las rodeaba. El hecho fué atestado por su confidente, la Beata Florida Ceoli» [12].

En algunos aspectos es aún más notable el caso de la Hermana Giovanna María della Croce de Roveredo, que murió en 1673. Su biógrafo Weber, quien parece pudo consultar todos los documentos oficiales de las deposiciones de los testigos, después de describir el incidente de los desposorios místicos con Jesucristo, continúa diciendo:

«Desde esta ocasión en adelante, su dedo exhalaba una fragancia deliciosa que ella era incapaz de ocultar, y de la cual pronto se dió cuenta toda la comunidad. En consecuencia, aprovechaban toda oportunidad para

11. Vid. el *Summarium super Virtutibus,* pp. 321-29.
12. Salvatori, *Life of St. Veronica Giulani,* traduc. inglesa, pp. 159-60.

tocarlo y besarlo. Era tan fuerte el perfume despedido que se comunicaba al que lo tocaba, persistiendo durante largo tiempo. Y así ocurrió, que habiendo la Hermana María Ursula tocado el dedo de la santa monja cuando enfermó por primera vez, su mano conservó una fragancia exquisita durante varios días más tarde. Este perfume era particularmente perceptible cuando Giovanna María estaba enferma, porque entonces no podía ella tomar ninguna precaución para disimularlo. El perfume se extendía gradualmente de su dedo a toda la mano y, después, a todo el cuerpo, comunicándose a todos los objetos que ella tocaba. Este perfume no se podía comparar a ningún otro terreno por ser esencialmente diferente, y transfundía cuerpo y alma con una suavidad indescriptible. Era más fuerte la aroma cuando volvía de recibir la Comunión. Le exhalaba no sólo de su cuerpo sino también de sus vestidos mucho después que dejaba de usarlos; de su colchón de paja, y de los objetos de su celda. La fragancia se difundía por toda la casa, y descubría sus idas y venidas, todos sus movimientos. Las religiosas que estaban en el coro por el perfume que despedía en ráfagas antes que estuviese a la vista, conocían que se acercaba. Este fenómeno que duró muchos años, fué tanto más notable, pues ella no podía aguantar ninguna clase de aromas. Era necesario retirar de la casa todas las substancias como almizcle y ámbar, porque influían sobre ella a considerable distancia aun cuando estuviesen ocultas en el sótano, produciéndole el efecto más angustioso, tanto que hubiérase desmayado inmediatamente. El único perfume no perjudicable le era el que aspiraba de su propia persona. Con frecuencia, las nuevas novicias que se acogían a la Orden se presentaban, según era moda de los tiempos con aromatizados collares de perlas de coral. Le afectaban tan penosamente estos objetos que no podía acercarse a las que lo llevaban, a quienes se requirió los dejaran a la puerta del convento

para librar a la Madre Abadesa del desmayo o alguna otra indisposición» [13].

Una de las Hermanas, prestando declaración en una investigación que precedió al proceso de beatificación, habla de una ocasión en que la Madre Abadesa, sorprendida mientras oraba por un acceso de lágrimas, se encontró sin pañuelo. La Hermana le ofreció el suyo, aceptándolo agradecida la Abadesa; lo devolvió después de limpiar sus ojos y mejillas. El pañuelo recobrado exhalaba una inexplicable y deliciosa fragancia.

Otra característica de estos fenómenos en el caso de Giovanna Maria fué, como señala su biógrafo, que este misterioso perfume se intensificaba o disminuía conforme a los acontecimientos del año eclesiástico. El olor era notablemente más acentuado en las fiestas de nuestra Señora, y culminaba en las grandes festividades de nuestro Señor, pero disminuía en días ordinarios.

Este caso es una clara muestra de otros varios que han sido registrados. Tal vez el más notable es el de Maria Francesca delle Cinque Piaghe, monja franciscana que murió en 1791. También en éste se nos habla de la fragancia deliciosa no sólo de su hábito, sino de cualquier cosa que ella tocaba. Como afirma su biógrafo, después de un cuidadoso estudio del proceso de beatificación:

«De los numerosos testigos de cuyas declaraciones da cuenta el Summarium, apenas hay uno que no hable en términos explícitos de este perfume, y para que no pueda haber dudas de que este favor lo recibía de su Madre María y de su divino Esposo, se observó regularmente que este fenómeno se manifestaba con especial intensidad en las grandes festividades de nuestra Señora y en los viernes de marzo, en los que ella participaba misteriosamente en los sufrimientos de la Pasión de Cristo» [14].

13. B. Weber, *La V. Jeanne Marie de la Croix* (traduc. francesa), pp. 3, 73-5.

Algunos de mis lectores recordarán que Santa Maria Francesca era una de las más notables entre las santas estigmatizadas. En el caso de la monja dominica, Ana de Jesús, priora de Langeac, muerta en 1634, tenemos otro ejemplo de un aroma maravilloso, atestiguado por muchos testigos, incluyendo seglares distinguidos y médicos. Estas manifestaciones fueron particularmente observadas después de la muerte en relación con su tumba [15]; parece que estaban circunscritas a ciertas personas excepcionalmente favorecidas, pues de repente se daban cuenta de una fragancia celestial que los impulsaba a una ardiente devoción mientras al mismo tiempo para otras la fragancia no era perceptible. Sin embargo, sabemos aún que en vida estaba su celda como embalsamada con perfume que a veces exhalaba de su persona [16].

Existe un considerable número de casos de los cuales no podemos obtener detalles si no es por un examen del proceso de beatificación, y éstos no salen fácilmente al encuentro. Parece que, generalmente, todos ellos son semejantes, y lo que hasta aquí se ha dicho bastará para ilustrar la clase de pruebas que ofrecen [17]. Pero un ejemplo que no debería pasar sin mención especial es el de la Beata Maria degli Angeli, que murió en Turín en 1717. Era una señora de familia noble que entró carmelita a la edad de quince años. El convento gozaba de la predilección de la casa real de Piamonte, y una de las prin-

14. B. Laviosa, *Vita di S. Maria Francesca delle Cinque piaghe* (Roma, 1866), p. 861.

15. Lantages y Lucot, *Vie de la V. Mère Agnès de Jésus*, Vol. II, pp. 525-34.

16. *Ibid.*, pp. 48 y 533.

17. Podría mencionar a Santa Catalina de Racconigi, Maria Villani y María Margarita de los Angeles.

cesas de aquella familia, en el proceso de beatificación hizo bajo juramento una deposición en los siguientes términos:

«Como prueba de la santidad de esta sierva de Dios, yo quisiera apelar a la incomparable fragancia que se advertía en los lugares donde vivió o por donde ella había pasado. La suavidad del perfume no se parecía a nada terreno. Cuando más se aspiraba se hacía más delicioso. Se percibía especialmente en las festividades de nuestra Señora, de Sas José, de Santa Teresa, durante las novenas solemnes y en los santos tiempos de Navidad, Pascua y Pentecostés. Las señoras de mi séquito se daban cuenta de ello como yo misma, y lo que más me asombraba de todo era el hecho que después de la muerte de la sierva de Dios percibí, y continúo percibiendo todavía, este aroma en la celda por ella ocupada, no obstante haber sido retirados todos los objetos que allí había».

Sabemos por la Vida de la Beata Maria que varios testigos declararon lo mismo en el proceso de beatificación. «Cuando nosotras queríamos ver a la Reverenda Madre», dice una de las monjas, «y no la hallábamos en su celda, tratábamos de seguir su pista por la fragancia que dejaba tras sí. Ella, por su parte, hacía cuanto podía para ocultar este continuo milagro, llegando hasta introducir en su celda objetos malolientes, pero todo ello era inútil» [18].

No me parece que en las memorias de los ascetas modernos se den tan frecuentemente esta clase de fenómenos olfatorios, pero, por lo menos, puedo llamar la atención sobre dos casos de fecha relativamente reciente. La Hermana María de Jesús Crucificado, monja carme-

18. Sernin-Marie, *Vie de la B. Marie des Anges* (1865), pp. 246 y sigs., y P. Anselmo, *Vita*, pp. 41-2.

lita de Pau, que murió en Belén en 1878, fué favorecida con esta gracia. Su biógrafo, Père Estrate, nos dice:

«Desde la muerte de la santa Hermana, varias carmelitas, tanto de Belén como de Pau, se han dado cuenta de un perfume delicioso en muchos lugares que ella frecuentó en otro tiempo. Este hecho nos recuerda que la misma fragancia salía de ella cuando aún estaba viva» [19].

El aposento en que murió estaba también inexplicablemente aromatizado, y el olor se comunicaba a los vestidos de todos los que lo visitaron [20].

19. Estrate, *Vie de S. Marie de Jésus Crucifié*, p. 354.

20. Las monjas que recibieron a Margaret Reilly en Peekskill. N. Y. alegaban que, habiendo visitado ella una vez su capilla para orar de noche, se observó allí más tarde una maravillosa fragancia. Cuando esta estigmatizada, por segunda vez, fué a orar acompañada por varias monjas, entonces no hubo fragancia. Margaret dijo que el favor no les fué otorgado porque vinieron motivos indignos. Margaret Reilly murió en 1937. J. H. C.

CAPITULO X

INCORRUPCION

Se puede afirmar que casi todos los fenómenos que hemos examinado en este volumen están caracterizados por cierto elemento de misterio. ¿Por qué se conceden estos dones extraordinarios a algunas personas santas y se rehusan a otras? No pocos místicos en quienes tales manifestaciones como las de la levitación, estigmatización, emanaciones perfumadas, etc., han sido más visibles, jamás fueron canonizados. Por otra parte, muchos de los que tanto por estimación común como por el juicio de la Iglesia han sido venerados como los más eminentes siervos de Dios, carecieron por entero de estas señales especiales del favor divino. Como he observado previamente más de una vez, no es la intención de este libro resolver los problemas, sino establecer y clasificar hechos. Particularmente es necesario reiterar esta advertencia el emprender el estudio de una cuestión donde la aparente inconsecuencia de las relaciones de Dios con sus elegidos es más misterioso que lo acostumbrado y de difícil explicación.

Se pueden dividir convenientemente los fenómenos en seis categorías. Estas son: A) una fragancia preternatural percibida en las proximidades del cuerpo del muerto, una fragancia que algunas veces persiste meses y aun años. Un caso bien atestiguado es el de Santa Teresa de Avila. B) La alegada ausencia absoluta de rigidez cadavérica. C) Inmunidad de toda podredumbre natural que,

en algunos casos, dura siglos, aunque en los que aquí han de ser considerados, han de excluirse medios como los de la saponificación, embalsamiento, disecación, el empleo de ataúdes de metal sellado, etc. D) El sangrar de venerados cadáveres después de un intervalo de semanas, meses o aun años. Un ejemplo de esto tenemos en Santa Catalina de Bolonia que, después de haber estado enterrada durante una quincena, la desenterraron; tres meses más tarde manó copiosamente sangre de la nariz. E) Mucho menos frecuente, pero de vez en cuando referido, al parecer con seguro fundamento es el persistente calor, a veces con muy alta temperatura, en el cadáver mucho después de que la vida parecía extinguida. Cuando un cirujano abrió el cuerpo de María Villani nueve horas después de muerta, para extraer el corazón, era tal el calor, que al principio no pudo retener su mano en la región abdominal [1]. F) Hay unos pocos casos en los cuales se alega que el santo muerto había levantado su brazo para bendecir, o levantado su pie para que lo besaran, o vuelto su cabeza hacia el Santísimo Sacramento, o cubierto sus partes íntimas cuando el cadáver era revestido. Un testimonio muy explícito de esta última maravilla fué dado por los Padres Oratorianos que prepararon el cadáver de San Felipe Neri para ser enterrado. En este y casos similares, parece que se debe excluir, por las circunstancias del caso, la posibilidad de catalepsia o trance.

Ya en el siglo IV hallamos algún indicio de la idea de incorrupción. Paulino, el secretario, si podemos describirle así, del gran San Ambrosio de Milán, nos ha dejado en forma de carta dirigida a San Agustín, una memoria de su maestro. Prácticamente, no se discute la

1. Vid. Marchese, *Vita della Serva di Dio Sour Maria Villani* (Napoles, 1674), pp. 609-10. Ella murió en 1670 y, por consiguiente, esta declaración debió haber sido impresa cuando aún vivían los testigos.

autenticidad de este documento. Puede haber amplias diferencias de opinión acerca del crédito histórico que merece el escritor. Relata muchos incidentes maravillosos, podemos sospechar en él una exageración panegírica; pero de todas maneras, refleja el tono de pensamiento de cristiano devoto al final del siglo IV. Pues bien, hablando Paulino del descubrimiento hecho por S. Ambrosio, (c. 396) del cuerpo del mártir San Nazario, escribe lo siguiente:

«Por este tiempo, él (Ambrosio) halló el cuerpo del santo mártir Nazario, que había estado enterrado en un jardín fuera de la ciudad (Milán); lo recogió y lo trasladó a la Basílica de los Apóstoles al lado de la calzada que conduce a Roma. Ahora bien, en la tumba en que yacía el cuerpo del mártir —en cuanto a la fecha de su muerte no hemos podido saber nada hasta el presente— vimos la sangre del mártir tan fresca como si hubiese sido derramada el mismo día. Además, su cabeza, que los miserables habían cortado, se conservaba tan perfecta con todo el pelo y la barba y exenta de corrupción (*ita integrum atque incorruptum*) que nos pareció al tiempo que la movimos como si hubiese sido lavada y colocada en la tumba para su reconocimiento. Y, ¿por qué hemos de asombrarnos ya que hace tiempo prometió Nuestro Señor en el Evangelio que no perecería un cabello de la cabeza? También fuimos al mismo tiempo anonadados con una fragancia tan grande que superaba en suavidad a todos los perfumes» [2].

En cuanto al hecho de la translación del cuerpo de San Nazario tenemos prueba confirmatoria en los escritos

2. Migne, P. L., Vol. XIV, p. 38. Igualmente preciso y aún más digno de crédito es el relato que tenemos de Eugippius acerca del cuerpo de San Severino (murió en 482), el apóstol de Noricum. Seis años después de su muerte, su cuerpo fué encontrado fragante e incorrupto. Vid. P. L., Vol. LXII, p. 1.197, o *C. S. E. L.*, Vol. IX, p. 12.

de San Paulino de Nola (contemporáneo) y también en San Gregorio de Tours, pero sólo sabemos por Paulino, el secretario, con precisión que la cabeza del mártir no ofrecía señales de corrupción. No puedo decir si es éste en la historia cristiana, el primer ejemplo escrito acerca del fenómeno; pero el número de casos en que se ha observado la misma maravillosa inmunidad a terribles destrozos de la tumba ha sido casi increíble en épocas posteriores. Será suficiente recordar de paso, como relacionado con nuestro propio país, los famosos casos de San Cuthbert, San Willibrord, St. Elphege, San Eduardo el Confesor, San Hugh, obispo de Lincoln, San Edmundo, Arzobispo de Canterbury, Santa Etheldreda de Ely, San Werburg de Chester. Ni tampoco se puede decir que estas manifestaciones han cesado en los tiempos modernos. Santa Magdalena Sofía Barat, la fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón, murió en 1865. Veintiocho años más tarde, su cuerpo fué hallado casi perfectamente entero, aunque el ataúd estaba en parte podrido y cubierto de moho. Una parecida inmunidad fué otorgada a San Juan Bautista Vianney, el célebre Cura de Ars, que murió en 1859 y fué beatificado en 1905. Apenas es menos célebre la *vidente* de Lourdes, Bernadette Soubirous, con cuyas visiones de nuestra Señora en la gruta de Massabieille inició la admirable historia de la fuente y sus curas. Bernadette murió en humilde obscuridad en el convento de San Gildart en Nevers en 1879, a los treinta y cuatro años de edad. En 1909 fué exhumado su cuerpo, y nos dice un testigo ocular:

«No había la menor traza de corrupción ni ningún mal olor despedía el cuerpo de la amada hermana. Aun el hábito con que la enterraron estaba intacto. Su cara aparecía algo morena, los ojos ligeramente hundidos, semejaba estar dormida. El sudario, ya húmedo, fué cambiado por vestidos nuevos, pasando el cuerpo a un ataúd de zinc cubierto de seda blanca. Dentro se colocó un informe encerrado en un tubo de cristal relatando la apertura del ataúd y las condiciones del cuerpo. Después de esto aquél fué depositado de nuevo en la capilla mortuoria de nuestro jardín» [3].

Estos tres ejemplos últimos son interesantes porque nadie pretenderá que la fama de santidad que va unida a estos nombres se deba a la condición como fueron descubiertos sus restos mortales mucho tiempo después de su muerte. No hay duda de que pudieron haberse dado casos en el pasado, en los cuales, un supuesto milagro de incorrupción hubiese iniciado todo el culto. El Barón Friedrich von Hügel se inclina a atribuir a esta causa la explosión de entusiasmo popular que finalmente condujo a la canonización de Santa Catalina de Génova. El nos dice, citando fuentes originales, cómo se dejó al cuerpo de Catalina durante unos dieciocho meses en la primera tumba adosada a uno de los muros de la Iglesia del hospital. Pero luego «se vió que el lugar estaba húmedo a causa de un conducto de agua que pasaba por debajo del muro. Y se abrió la tumba, luego el ataúd, encontrando al santo cuerpo íntegro de cabeza a los pies sin lesión de ninguna clase. Después sabemos que concurrió mucha gente para ver los restos expuestos durante ocho días, al cabo de los cuales fueron transportados a otro lugar. Según la conclusión final del Barón von Hügel la incorrupción es la que inició y produjo después un impulso permanente de la devoción popular. En realidad, como veremos más tarde, es muy improbable que, por esta condición del cuerpo, se hubiese suscitado un culto suficientemente popular y permanente como para llevarlo a la Beatificación y Canonización. Pero tal como ocurrieron las cosas, se inició el movimiento, y continuó sin cesar [4].

Tal vez puede concebirse que esta sea una justa in-

3. Kempf, *Holiness of the Church in the Nineteenth Century,* traduc. inglesa, p. 212.

4. *The Mystical Element of Religion,* I, p. 302.

terpretación del curso de los sucesos en lo que concierne a la canonización de Santa Catalina de Génova; pero no puede sostenerse con certeza y el docto crítico aludido no soñaría en sugerir que fué esta accidental inmunidad de podredumbre física lo que atrajo en todos los casos de incorrupción la atención popular y preparó el camino para un decreto formal de canonización. Sería absurdo suponer que la veneración que acompaña a los nombres de Santa Teresa, San Francisco Xavier, San Felipe Neri, o Santa Catalina de Siena debió algo al hecho de que sus restos mortales no vieran la corrupción en el curso ordinario de su naturaleza. Persona alguna razonable puede dudar que estos siervos de Dios hubieran sido canonizados aun cuando desde el principio hubiese prevalecido en su caso la ley común de convertirse en polvo. Pero al lado de nombres como los mencionados, aparte creencias por todos conocidas, hay veintenas de otros grandes misioneros, grandes fundadores de institutos religiosos, grandes predicadores, grandes ascetas, grandes practicantes de obras corporales de misericordia cuya fama no debe nada a tal accidente que, muchos años después de consumada su labor y escritas sus historias, hubiesen sido hallados incorruptos y, a veces, hasta fragantes los cuerpos que actuaron entre los hombres. Tomemos por ejemplo el caso de San Vicente de Paúl, cuya santidad fué célebre en toda Francia antes que terminara su vida. Murió en 1660, y la causa comenzó después de numerosas peticiones dirigidas a Roma para su canonización, teniendo lugar un examen oficial de sus restos el año 1712. Habían transcurrido más de cincuenta años desde su enterramiento; sin embargo, cuando se abrió la tumba, leemos empleando palabras de un testigo ocular «todo estaba como cuando él fué sepultado. Los ojos y la nariz presentaban algún deterioro. Yo conté dieciocho dientes. El cuerpo no estaba desordenado; quienes se acercaron vieron al instante que estaba entero; la sotana no había sufrido con el tiempo deterioro alguno.

No se percibió ningún olor desagradable, y los doctores testificaron que el cuerpo no podía haber sido preservado por ningún medio natural durante tan largo tiempo» [5]. Hay que reconocer que la integridad no era completa, y que cuando veinte años más tarde se volvió a abrir la tumba, muchos de los tejidos se habían convertido en polvo; pero el deterioro observado se debía a ciertas inundaciones habidas en aquel intervalo. De manera parecida y hacia la misma fecha tenemos notables relatos que nos han sido conservados sobre las traslaciones de la célebre monja dominica, la Venerable Madre Inés de Jesús, Priora de Langeac. Fué amiga y madre espiritual de Monsieur Olier, el fundador de San Sulpicio. Su muerte acaeció el 19 de octubre de 1634; el cuerpo, sin desentrañar o proceso de embalsamamiento, fué sepultado en la sala capitular, lo mismo que otros miembros de la comunidad. Pasados algunos años, el obispo, con vistas al proceso de beatificación, quiso que sus restos se enterraran aparte. Se encontró al cuerpo sin señal de corrupción. Otros traslados e inspecciones siguieron hasta el año 1770. La carne de la cara y otras partes no cubiertas se desintegraron con el tiempo, pero más de una vez, y principalmente en 1698 y 1778, expertos científicos, cirujanos y doctores en Medicina declararon que, humanamente, la preservación del cuerpo era inexplicable. En algunos de los informes ampliamente transcritos por sus biógrafos, Lu-

---

5. Tomo estos hechos de Mgr. Bougaud, *History of St. Vincent de Paul,* traduc. ing., t. II, p. 193. Se afirma en particular que en esta iglesia de San Lázaro donde reposó su cuerpo, era cosa completamente desconocida el encontrar ningún cuerpo entero. Vid. Abelly, *Vie de St. Vincent de Paul* (Edic. 1836), vol. V, p. 221; y aún más completo, Maynard, *St. Vincent de Paul,* vol. IV, pp. 370-1. Las vísceras habían sido removidas, pero el cuerpo no fué embalsamado.

cot y Lantages, se insiste mucho acerca de la emanación de un perfume extraordinario de su cuerpo [6].

Ahora, tomemos otro ejemplo, el caso del gran obispo español, Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia que murió en 1555. Veintitrés años después del entierro, cierto canónigo de la catedral quiso manifestar su devoción hacia el santo prelado encerrando la tumba, hasta entonces abierta, con una reja de bronce y una costosa lámpara de plata sobre la misma. Para llevar a cabo su cometido fué necesario remover la tumba; a consecuencia de esta excavación, toda la iglesia, se dice, llenóse de perfume. Además se afirma que el cuerpo mismo fué descubierto, ofreciéndose absolutamente íntegro, tal como si fuera el día del enterramiento, conservando sus rasgos la misma suave expresión. Esto es más digno de notarse, pues con objeto de frustrar los planes de ciertos eclesiásticos de quienes se sospechaba que tenían plan de retirar el tesoro, el cadáver del Arzobispo había sido enterrado materialmente en tierra y a alguna profundidad [7].

Naturalmente, hay que reconocer plenamente al tratar de esta materia que los casos de una notable y al parecer imprevisible preservación de restos humanos son lo bastante comunes para que sea difícil decidir en ningún caso particular que la ausencia de corrupción es debida a nada más que una coincidencia. Tenemos cuerpos extrañamente disecados como las momias naturales de Perú, muchos de cuyos ejemplares pueden verse en el museo antropológico del Trocadero de París. Tenemos otros en guano preservados de la putrefacción, de los cuales nos habla Frank Buckland en la cuarta serie de su *Curiosities of Natural History*. Además existen los cadáveres secos y contraídos en los horripilantes cementerios capuchinos de Palermo y Malta. «Están

6. Vid. Lantages, *Vie de la V. Mère Agnès de Jésus* (Paris, 1863), vol. II, pp. 533-63.
7. Vid. *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. V, p. 958.

todos vestidos con las ropas que acostumbraban llevar... la piel y los músculos enjutos y duros como una pieza de bacalao seco, y aunque muchos de ellos permanecieron en pie más de dos siglos y medio, ni uno se ha reducido a esqueleto» [8]. Algo diferentes de estos son los cadáveres tan curiosamente conservados en una de las iglesias de Dublín.

Como es bien sabido, las cualidades preservativas de las bóvedas de la cripta de la iglesia de San Michan son de las más notables, donde extrañamente se detiene el deterioro de los cuerpos en ellas depositados. El más reciente escritor acerca del tema, en un breve informe sobre la iglesia, habla de haber sido sorprendido (entre otros) «por un conmovedor cadáver de un niño, por cuyos regordetes puños todavía pendían las descoloradas cintas blancas de su entierro» [9]. Este ataúd data de 1679; y aun las mismas uñas de los dedos de manos y pies del niño se ven todavía distintamente. Se cree que las cualidades antisépticas se deben en gran parte a la extrema sequedad de las bóvedas, y a que el aire está muy libre de partículas de polvo [10].

Además, hay otros cadáveres en que el proceso normal de corrupción se impide por medio de la saponificación, y parece que también existen cierto número de ejemplos esporádicos —tal vez el caso del cadáver del gran canonista inglés, el Obispo Lyndwode, hallado después de siglos de su muerte envuelto en vestido encerado, pero muy entero, puede servir de ilustración— de los que es difícil dar una explicación adecuada. La Iglesia ortodoxa rusa cuenta entre sus santos un gran número de obispos y otros ascetas cuyos cuerpos han sido hallados íntegros algún tiempo después de su muerte; realmente, parece que esta condición in-

8. Brydone, *Tour through Sicily and Malta,* II, p. 107.
9. D. A. Chart, *Story of Dublin.*
10. H. F. Berry, M. R. I. A., *The Registers of the Church of St. Michan* (Dublin, 1907). Prefacio, p. VI.

corrupta es considerada en aquella Comunión, por lo menos teóricamente, como necesaria para la canonización [11]. La incorrupción del santo varón es oficialmente registrada como una de las condiciones que tienen que verificarse antes que el supuesto siervo de Dios pueda ser canonizado. Los lectores de la novela de Dostoievsky, *Los Hermanos Karamazov*, pueden recordar la tremenda sensación causada cuando se descubrió que el cadáver de un santo asceta, uno de los caracteres de la novela, presentaba inconfundibles señales de principios de putrefacción. Pareció que había que admitir seguramente haber sido un hipócrita.

Existe en Kiev una célebre «laura», conocida como la de Pescery, que tiene una especie de necrópolis adherida conteniendo setenta y tres cuerpos de «santos», todos momificados y contenidos en ataúdes abiertos, envueltos en ricas vestiduras. La condición de estos restos parece ser muy semejante al de los cadáveres de la cripta-cementerio de los capuchinos de Palermo. Asimismo Hassert, en su narración de Montenegro, habla del cadáver incorrupto del ermitaño San Basilio de Ostrog, y observa que él esperaba besar la mano seca (*vertrocknet*) [12]. Así también Schwar vió el cuerpo de S. Pedro I, de Vladika en Cetienje, que murió en 1830. El habla de «este seco cadáver, duro como la piedra» [13]. Pero semejantes detalles existen en abundancia en libros de viajes por las regiones en que domina la Iglesia Ortodoxa.

Pero la multitud de ejemplos de cadáveres naturalmente preservados de la corrupción no es solamente la que ofrece dificultad contra todo alegato prematuro de interferencia de agentes sobrenaturales. Existe también el hecho de que la ocurrencia del fenómeno es ex-

11. Vid. J. Bois, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, vol. II, pp. 1.665-9 ; y cf. Peeters, en *Analecta Bollandiana*, XXXIII (1914), pp. 415 y sigs.

12. Hassert, *Reise durch Montenegro* (Viena, 1893), p. 27.

13. Schwarz, *Montenegro* (Leipzig, 1883), pp. 81-2.

tremadamente arbitraria y, a juzgar por normas humanas, inconsecuente. En cuanto las pruebas disponibles nos permiten hablar positivamente, hay todas las razones para creer que este privilegio especial de incorrupción no fué otorgado a los más grandes glorificados por la Iglesia en el curso de los ocho últimos siglos. Ni en el caso de San Bernardo, ni de San Francisco de Asís, de Santo Domingo, de San Ignacio de Loyola, de San Vicente Ferrer, de San Juan Bautista de la Salle, de San Alfonso Ligorio, de Santa Clara, «la Seráfica Madre», de Santa Brígida de Suecia [14], tenemos pruebas satisfactorias de que sus restos mortales fueron exentos de la suerte común de la humanidad.

Por otra parte, mientras el privilegio ha sido otorgado a un gran número de sencillas almas extáticas, cuyo paso por este mundo parece haber sido una anticipación de las intuiciones angélicas del Paraíso; la mayoría de aquellos que han sido canonizados por su inocencia de vida, y, si así puede hablarse, por su precoz santidad, no han sido objeto de este favor especial. San Luis Gonzaga, cuya festividad es celebrada por la Iglesia universal como Patrón de la Juventud, no fué hallado incorrupto. Ni tampoco el santo pasionista San Gabriel (Possenti) de la Dolorosa, que recientemente fué canonizado. Y lo mismo es verdad de San Juan Berchmans. Ahora bien, San Gabriel sólo tenía venticuatro años cuando murió; San Luis, veintitrés; y San Juan Berchmans, veintidós [15]. Cualquiera pensaría que

14. Santa Brígida murió el 23 de julio de 1373. El 17 de septiembre del mismo año fueron exhumados sus restos ; nada quedaba sino un esqueleto limpio, polvo blanco y un corazón incorrupto. Vid. Flavigny, *S. Brigitte de Suede* (1892), p. 506, con referencia a su Proceso.

15. Se dice que San Stanislao de Kostka fué hallado incorrupto dos años después de su muerte. Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XI, p. 460, y vol. XIV, pp. 315-6, pero el relato es insatisfactorio y no se dan detalles.

si pudiera considerarse algo que eximiera probablemente a algún hijo de hombre de la maldición caída sobre nosotros a causa de nuestro padre Adán, sería la virginal inocencia de vidas como las que acabamos de mencionar y sin embargo, es cierto que en muy pocos años todos estos cuerpos se redujeron a polvo. En el de las santas vírgenes tenemos, tal vez, más ejemplos de incorrupción a una edad relativamente temprana. Santa Rosa de Viterbo, cuyos restos permanecieron intactos por siglos, se dice comúnmente que murió a la edad de dieciocho años, pero es completamente incierto. Sabemos que murió a mediados del siglo trece, pero no nos consta el año exacto; menos sabemos del año de su nacimiento. Santa Rosa de Lima, cuyo cuerpo fué exhumado y hallado íntegro a los seis meses después de su muerte, tenía treinta y un años cuando pasó a mejor mundo [16]. Santa Clara de Montefalco, uno de los ejemplos italianos más famosos por la inmunidad de putrefacción, vivió treinta y tres años. En la revista *Cornhill Magazine* de octubre de 1881 apareció el siguiente relato acerca del cuerpo de Santa Clara de Montefalco. El escritor es nada menos que Mr. John Addington Symonds:

«Apareció un hermoso joven que, con gravedad digna, nos condujo a una pequeña cámara detrás del altar. Allí encendió velitas de cera, abrió puertas corredizas en lo que parecía un largo ataúd, y retiró las cortinas. Bajo luz tenue yacía ante nosotros una mujer cubierta con el hábito negro de monja. Sólo estaban a la vista sus manos y un exquisitamente bello perfil de su cara pálida (frente, nariz, boca y barbilla, modeladas en el más puro esbozo, como si el mal de la muerte nunca la hubiera alcanzado). Sus ojos cerrados parecían dormir. Revelaba la perfecta paz de Santa Catalina conducida por los ángeles a su tumba del Sinaí que pintó Luini. Rara vez he visto nada que me sorprendiera e impresionara más...

16. Santa Germaine Cousin († 1601) tenía veintidós años al morir. El cuerpo estaba incorrupto 40 años más tarde.

El altar de Santa Clara estaba rodeado con sus reliquias; entre ellas, colgado el corazón extraído de su cuerpo. Sobre él, aparentemente elaborado dentro de la misma substancia de la carne momificada aparecía impresa una figura del Crucificado, los azotes y las cinco llagas o estigmas. La fe del guardián en este milagroso testigo de su santidad, la gentil piedad de hombres y mujeres que se arrodillaban ante ella reprimía toda expresión de incredulidad.

Santa María Magdalena de Pazzi, mencionada por el Papa Benedicto XIV como un célebre caso de este fenómeno, tenía cuarenta y un años al tiempo de su muerte.

La Beata Mariana de Jesús, conocida como «Lirio de Quito», fué relativamente muy joven. Subió al cielo a la edad de veinticuatro años. Un mes más tarde, cuando su cuerpo fué trasladado a otra tumba nueva, se la encontró hermosa y flexible como si acabara de morir. Sin embargo, tres años más tarde (en 1646), se abrió de nuevo el ataúd, y toda su carne estaba convertida en polvo, aunque emanaba de sus restos un fragante perfume que llenó toda la iglesia. De fecha más reciente es el caso bastante extraordinario de María Cristina, la hija de Víctor Manuel I, Rey del Piamonte, y desposada de Fernando II, Rey de las Dos Sicilias. Llevaba casada cerca de cuatro años cuando murió en 1836, a la edad de veinticuatro años y poco después de nacer su único hijo. Diecisiete años más tarde, cuando se incoó la causa de su beatificación como resultado de muchos alegados milagros, se dice que su cuerpo se encontró intacto [17]. Naturalmente, es posible que se hubiese recurrido a algún proceso de embalsamamiento después de su muerte; pero no se afirma esto, aunque si aquél tuvo lugar, es difícil suponer que la inmunidad de corrupción de sus restos podía en manera alguna haberse considerado

17. Vid. *e. g. Holiness of the Church in the Nineteenth Century*, p. 282.

como maravillosa. Otro curioso ejemplo, que casi pertenece a nuestros mismos días, es el del Padre Pablo María Pakenham, C. P. En 1850, el capitán Hon. Charles Pakenham, de los Guardias Granaderos que, por su tía Lady Katherine Pakenham, esposa del primer Duque de Wellington, era sobrino por casamiento del héroe de Waterloo, fué recibido en la Iglesia Católica. Entró en la Orden Pasionista y llegó a ser sacerdote; pero, después de menos de dos años y tras muy fervoroso ministerio, murió a principios de marzo de 1857 a los treinta y seis años de edad. Ahora bien, en la Memoria del Padre Pablo María publicada en 1915 [18] encontramos el siguiente interesante relato de la exhumación de sus restos:

«En marzo de 1894, treinta y seis años después de la muerte feliz del Padre Pablo María, la capilla por él construída que permaneció inservible por largo tiempo, fué finalmente removida para hacer lugar a un nuevo cementerio en el Monte Argus, para uso de la comunidad. Mientras los restos del religioso muerto se trasladaban de la sepultura vieja a la nueva, los miembros de la comunidad, movidos sin duda por curiosidad santa, hicieron abrir el ataúd que contenía el cuerpo del Padre Pablo María. No pretendemos conjeturar si fué debido a causa natural o sobrenatural, pero el cuerpo fué hallado perfectamente intacto e incorrupto; la cara tenía la expresión natural de quien yace en sueño tranquilo. El escritor tuvo la dicha de estar presente en tal ocasión y jamás olvidaré la escena, ni la emoción de algunos de la comunidad original, permaneciendo al lado del ataúd entonces, como ellos estuvieron cerca del mismo en su primer duelo por la pérdida de su santo padre casi cuarenta años antes. Después el ataúd fué encerrado y colocado reverentemente en la nueva tumba, donde debajo de la gran cruz céltica que domina el cementerio esperan la resurrección del justos los restos mortales del Padre Pablo María Pakenham».

18. *Paul Mary Pakenham, Passionist,* por el Rev. Joseph Smith. C. P. (Sands and Co. Edimburgh, 1915), p. 117.

Naturalmente, no se debe suponer, que siempre nos quedamos tan completamente faltos de dirección con respecto al origen natural o sobrenatural de estas interferencias con el proceso de ordinaria corrupción, como en los dos casos que acabamos de citar. Ningún ejemplo de los designios de parte de la Providencia Divina sería más sugestivo que aquéllos en que la excepción de corrupción solamente es parcial, como por ejemplo en la preservación de la lengua de San Antonio, cuando todo el resto del cuerpo se convirtió en polvo. Desgraciadamente, en muchos casos de este género, las pruebas históricas están expuestas a ser defectuosas por un lado o por otro. Apenas se puede dudar que la lengua de San Antonio fué hallada roja, blanda e íntegra. Los Bolandistas traen con su relicario un grabado del mismo tal como existía en su tiempo a más de 400 años de su vida. Pero después de todo, los hechos registrados en la historia de San Antonio no nos ofrecen ninguna razón clara y extraordinaria por qué la lengua del Santo fué preservada con preferencia, digamos, a su corazón o mano derecha. En el caso similar de San Juan Nepomuceno, que murió mártir del secreto de confesión, la preservación de la lengua viene a ser muy a propósito y significativa, pero la prueba de que este órgano resultó distinguido especialmente para quedar como único inmune a la corrupción, tal vez pudiera tener más solidez de lo que ofrece. Sin embargo, Benedicto XIV nos habla en su obra *De canonizatione Sanctorum* [19] que se hizo un serio examen de este delicado miembro en 1725; ochenta y dos años después del martirio de Nepomuceno. Los expertos científicos lo encontraron ente-

19. Lib. IV, parte I, cap. 30, p. 15.

ro, conservando su forma normal, tamaño y color de la lengua de un hombre vivo; además estaba blanda y flexible. Ciertamente, parecería difícil sugerir una explicación natural del fenómeno, y Benedicto, que como él mismo nos declara, fué Promotor Fidei (vulgarmente «Abogado del Diablo») cuando tuvo lugar la investigación, después de hacer cuanto pudo para argüir contra el mismo, estuvo por completo de acuerdo con la decisión de la Congregación de Ritos, en que esta maravillosa conservación de la lenguna pudiera ser aceptada como un auténtico milagro de segunda clase. Otro ejemplo es la lengua de la B. Battista Varani (vid. *AA. SS.*, mayo, Vol. XXXI) conservada incorrupta. También lo fué el cuerpo treinta años después de su muerte. Un confesor arbitrario ordenó a las monjas que lo volvieran a enterrar entre dos tablones y mojar la tierra arrojada al sepulcro pisándola, tal vez para que se borrara por completo el lugar del enterramiento. Unos treinta y seis años más tarde, en 1593, el sepulcro fué abierto de nuevo encontrándose aún fragantes a lo largo del polvo del cuerpo los huesos de la *beata*, mientras únicamente la lengua permanecía incorrupta, todavía húmeda y de color rojizo. El suceso es recordado en la Vida que escribió Pascucci (3, 13) en 1630, y es citado por los Bolandistas. Desgraciadamente, la prueba no es siempre satisfactoria, ni la aplicación es tan evidente. El corazón de Santa Brígida de Suecia pudo ser hallado fresco y entero mientras el resto, salvo sus huesos, todo reducido a polvo; pero aparte de los testimonios para probar la permanencia del corazón en el mismo estado, no podemos descartar del todo la posibilidad de una coincidencia. De la misma manera, en cuanto a la alegada preservación de la mano de San Esteban de Hungría; y también de otra mano de nuestro Rey Oswald o el pulgar de S. Edith de Wilton, debe considerarse que la prueba carece de aquella precisión histórica que solamente puede conducirnos a una convicción completa. Sin embargo, con respecto a la

cuestión general de la inmunidad de corrupción, y en particular con respecto a ciertos ejemplos escogidos especialmente, se dan algunas consideraciones que nos prevendrían a considerar los fenómenos en su conjunto como explicables por causas naturales.

2

A la luz de los hechos alegados en las páginas precedentes, y de otros hechos observados, por ejemplo, en los caídos en batalla que han sido enterrados de prisa y más tarde exhumados, hay que admitir que las leyes que rigen la descomposición del cuerpo humano son complicadas, y aún imperfectamente comprendidas. Los editores del trabajo más autorizado acerca de la Jurisprudencia Médica, no vacilan en hablar como sigue:

«La acción del medio ambiente, las potencialidades inherentes de los microbios, y el estado de su vitalidad en cualquier momento envuelven tan enorme número de factores variantes y variables, que llegaría a ser completamente imposible explicar sobre una base racional de hecho comprobado... las extraordinarias variaciones en las circunstancias de putrefacción que han sido observadas» [1].

En la misma obra clásica podemos leer: «algunas veces un cadáver después de seis meses del entierro, ha sido encontrado más descompuesto que otro enterrado por un período de dieciocho meses o dos años» [2]. Mientras que una distinguida autoridad americana dice: «Yo he visto cuerpos enterrados hacía dos meses

1. A. C. Taylor y F. J. Smith, *Medical Jurisprudence* (Edic. 1920), vol. I, p. 282.

2. *Ibid.*, p. 295.

que manifestaban menos cambios producidos por la putrefacción que otros muertos en sólo una semana» [3]. Sin embargo, es una verdad indudable de experiencia común que de no concurrir condiciones externas muy excepcionales, p. ej., un frío extremo, la descomposición llega más tarde o más temprano, y que mucho antes de los primeros quince días siguientes de la muerte son discernibles en general señales inconfudibles de la proximidad de la corrupción. Además, nos parece justificado deducir que todo conocimiento en esta materia es todavía en su mayor parte empírico. Los actuales médicos expertos no pueden alegar estar mucho mejor informados que sus hermanos del siglo XVII. En ambos casos, cuando se enfrenta con un caso individual de incorrupción, el experto únicamente puede decir: «He aquí un caso que, según mi experiencia, es extremadamente raro. Yo no puedo explicar por qué ha sido detenido o impedido el proceso de corrupción. Lo único que puedo decir es que aquí ha ocurrido lo que sólo acontece en un caso entre mil muertos. Carecemos de datos suficientes para resolver el problema».

Ahora bien, el punto de especial interés que, a mi parecer, emerge del estudio de la presencia o ausencia de descomposición en los cuerpos de los místicos de reconocida santidad, está en la extraordinaria proporción de casos en los cuales observamos una desviación notable de las leyes que habitualmente rigen la desintegración del cadáver humano. Cualquiera de los versados en la literatura hagiográfica sabrá que donde quiera que haya muerto algún místico con reputación de santidad excepcional —estoy hablando particularmente de países católicos— la devoción intensa, y muchas veces extravagante de la gente ha ejercido gran presión para inducir a las autoridades responsables a

3. H. P. Loomis, en Witthaus and Becker, *Medical Jurisprudence*, vol. I, p. 446.

tenerlo sin enterrar por mucho más tiempo que el comunmente señalado para la inhumación. Sin embargo, en cientos de estos casos de excepcional retraso, no recuerdo más que dos o tres de los cuales se haya tenido que recurrir a un precipitado enterramiento a consecuencia de haberse presentado visibles señales de descomposición [4]. Sin duda ninguna, enojosos incidentes de esta clase son fácilmente ignorados o paliados en el panegírico que tan frecuentemente hace las veces de una biografía espiritual; pero en innumerables casos se afirma explícitamente todo lo contrario. El único medio satisfactorio de poner a prueba el tema sería formar una especie de censo de todos los devotos siervos de Dios que han sido beatificados o canonizados en en los últimos pocos siglos, notando cuidadosamente con qué pruebas contamos en lo que se refiere a la condición de sus restos cuando fueron exhumados. Desgraciadamente, esto constituiría una larga y bastante difícil pieza de investigación porque las beatificaciones y canonizaciones de los tiempos modernos son más numerosos de lo que fácilmente se pudiera creer. A falta de una investigación de tal envergadura, he intentado algo parecido en menor escala. La mayor parte de mis lectores conocerán, probablemente, que de los santos formalmente elevados a los altares de la Iglesia por un solemne proceso de investigación y una Bula de Canonización, solamente pocos están insertados en el Calendario Romano y tienen fiestas que son observadas por la Iglesia Universal. Por ejemplo, San Luis Beltrán, el gran misionero dominico, es honrado especialmente en España y por su misma Orden, pero su festividad no es observada por toda la Iglesia. Lo mismo podemos decir de héroes de celo y caridad tales como San Pedro Claver, S. J., el Apóstol de los Negros; o de

4. Uno de estos casos es el de la Hermana María del Divino Corazón, *née* Droste zu Vischaring. Vid. su *Life* por Chasle, p. 404. Otro es el de Francis Camacho de Lima.

San Leonardo de Porto Mauricio O. S. F. el gran predicador; o dechados de caridad y fervor tales como Santa Veronica de Guilliani y Santa Catalina de Ricci, con otros innumerables. Reduciéndonos a los santos que han vivido en los últimos cinco siglos (esto es, desde el año 1400), hemos encontrado cuarenta y dos que están incluídos en el Calendario Romano y son honrados con Misa y Oficio para todos los sacerdotes que siguen el rito Romano. Mi pequeño censo se ha limitado a estos cuarenta y dos, y está limitación tiene la evidente ventaja de que podemos estar completamente seguros de que el mero hecho de permanecer incorrupto un cuerpo, en general, en ninguno de los casos llevó a la inclusión del santo en el Calendario seguido por la Iglesia. Cada uno de estos cuarenta y dos ha sido escogido por ser notable como fundador de una Orden religiosa, o como típico misionero, o como modelo de caridad o inocencia, etc. De todas maneras, he aquí la lista.

SANTOS DEL CALENDARIO ROMANO

que vivieron entre 1400 y 1900 [5]

Enero 29. B — *S. Francisco de Sales* (1622). Embalsamado, cuerpo hallado entero en 1632; sólo polvo fragante en 1656. Hamon, *Vie,* II, pp. 481-2. Corazón preservado separadamente; destila «aceite», Bougaud, *Vie de S.* Chantal. II, p. 566.

Marzo 8. A — *S. Juan de Dios* (1550). En 1570 el cuerpo entero, excepto la punta de la nariz, y también fragante. *AA. SS.,* marzo, vol. I, pp. 831 y 853.

5. En cada caso se remite a una autoridad donde se pueden encontrar más detalles. La referencia a *AA. SS.* es de los Bolandistas. *Acta Sanctorum.* Por conveniencia he citado reimpresiones modernas. Las fechas se refieren al año de la muerte.

Marzo 9. A — *S. Francisca Romana* (1440). Cuerpo exhumado cuatro meses y medio después de la muerte; fresco y muy fragante. *AA. SS.,* marzo, vol. II, pp. 101 y 209.

Marzo 28. — *S. Juan Capistrano* (1456). Prueba de la exhumación insatisfactoria. *AA. SS.,* octubre, vol. X, pp. 432-6 y 915; pero se dice había sido identificado seguramente con cuerpo aún incorrupto en 1765. Vid. Léon, *Lives O. S. F.,* III, p. 419.

Abril 2. A — *S. Francisco de Paula* (1507). Flexible y fragante a una semana de la muerte; cuerpo todavía entero en 1562 en que fué quemado por los Hugonotes. Dabert, *Vie,* pp. 443 y 463.

Abril 5. C — *S. Vicente Ferrer* (1419). Fragante y flexible después de la muerte, pero en 1456 sólo huesos y polvo. Fages, *Vie,* II, p. 274; *Notes,* p. 416.

Abril 24. C — *S. Fidel de Sigmaringa* (1661). No prueba de incorrupción al exhumarlo 18 meses después de la muerte. F. della Scala, *Der H. Fidelis,* p. 179.

Abril 28. C — *S. Pablo de la Cruz* (1775). Sólo quedaba el esqueleto al exhumarle por primera vez en 1852, pero fragante y flexible 24 horas después de su muerte. Devine, *Life,* pp. 377-8.

Mayo 5. C — *S. Pío V* (1572). Vísceras removidas, pero el cuerpo permaneció flexible, de buen color y como de hombre vivo durante cuatro días. En su traslación en 1588 no quedaba más que el esqueleto. *AA. SS.,* mayo, vol. I, pp. 695-7.

Mayo 10. A — *S. Antonino de Florencia* (1459). Sin enterrar durante ocho días, permaneció flexible y fragante; hallado en 1589 todavía incorrupto. *AA. SS.,* mayo, vol. I, pp. 328 y 360. Cf. Buonsegni, *Descrizzione, etc.,* publicada al tiempo de la traslación, p. 17.

Mayo 15. C — *S. Juan Bautista de la Salle* (1719). No hubo fenómenos. Traslación 1734; solamente se encontró el esqueleto. *Vie* (1876), II, p. 321.

Mayo 17. *S. Pascual Bailón* (1592). Cubierto con cal viva,
A pero se encontró entero e incorrupto nueve meses más tarde. En 1611 los médicos declararon milagrosa la preservación; fragante. Staniforth, *Life*, pp. 183-9.

Mayo 20. *S. Bernardino de Siena* (1444). Permaneció sin en-
A terrar 26 días después de la muerte; fragante; copiosa descarga de sangre de la nariz después de 24 días. Incorrupto en 1472. Amadio, *Life*, pp. 287-9, 325. Todavía incorrupto en el siglo XVII. *AA. SS.*, mayo, vol. V, p. 148.

Mayo 26. *S. Felipe Neri* (1595). Removidas las vísceras,
A pero aparentemente cuerpo no embalsamado. Ocho meses después de la muerte, libre de corrupción. Aún incólume y entero en 1599, 1602 y 1639. Bacci, *Life*, II, pp. 124-5, 130. Capecelatro, *Life*, II, pp. 465-6 y 487.

Mayo 29. *S. María Magdalena de Pazzi* (1607). Cuerpo exhu-
A mado en 1608 por razón de la humedad. Hallado entero y flexible. Fragante, exudación aceitosa líquida, pero cara obscurecida. Certificado oficialmente incorrupto en 1639 y 1663; la carne aún flexible. *AA. SS.*, mayo, vol. VI, p. 318.

Mayo 31. *S. Angela Merici* (1540). Fragante y flexible du-
A rante 30 días, intacto, incorrupto y olor suave en 1672. Entero aún en 1867 [6]. B. O'Reilly, *Life*, pp. 247 y 253.

Junio 4. *S. Francisco Caracciolo* (1608) Flexible y fragan-
B te, manó sangre de la incisión hecha. Embalsamado, preservado parcialmente en 1628. Cencelli, *Compendio*, p. 203.

Junio 12. *S. Juan de S. Facundo* (1479). No evidencia inco-
C rrupción, pero fragancia extraordinaria en la traslación en 1533. Valauri, *Vita*, p. 143.

Junio 21. *S. Luis Gonzaga* (1591). No quedaba más que el
C esqueleto en 1598; ningún fenómeno. Cepari-Goldie, *Life*, p. 244.

Julio 5. *S. Antonio M. Zaccaria* (1539). Se conservó el
A cuerpo entero, aunque estuvo en la superficie hasta 1566, entonces fué enterrado en tierra húmeda; sólo quedaba el esqueleto en 1644, Teppa, *Vita*, p. 177.

Julio 18. *S. Camilo de Lellis* (1614). Cuerpo blando y flexi-
A ble hasta el enterramiento. En el reconocimiento oficial en 1625, aún fresco y flexible como un cuerpo vivo. Copiosa exudación de fragante líquido. Cecatelli, *Life*, I, p. 216.

Julio 19. *S. Vicente de Paúl* (1660). Cuando fué exhumado
A en 1712 cuerpo incorrupto e íntegro, aunque sus ojos y nariz habían sufrido. En 1737 el cuerpo reducido a fragante polvo. Maynard, *Vie*, IV, pp. 370-1.

Julio 20. *S. Jerónimo Emiliano* (1537). Alegada fragancia
C en 1566, pero ningún otro fenómeno. *AA. SS.*, febrero, vol. II, p. 218.

Julio 31. *S. Ignacio de Loyola* (1556). Removidas las vísce-
C ras y rudamente embalsamado. Traslación 1568; ningún fenómeno. Bartoli-Michel, *Vie*, II, p. 210. *AA. SS.*, julio, vol. VII, p. 610.

Agosto 2. *S. Alfonso Ligorio* (1787). Aparentemente ningún
C fenómeno excepto «continente rojizo» antes del enterramiento. Exhumadr *c.* 1817. Berthe-Castle, *Life*, II, pp. 615, 683.

Agosto 7. *S. Cayetano* (1547). Cuerpo al parecer arrojado a
C la fosa común con otros. No se conoce ningún fenómeno. *AA. SS.*, agosto, vol. II, p. 324. Maulde de la Clavière, *Vie*, p. 154.

Agosto 21. *S. Juana Francisca de Chantal* (1641). Embalsa-
B mado; hallado entero el cuerpo en 1722. Corazón preservado separadamente; fenómenos extraños. Bougaud, *Vie*, pp. 538, 566, 585.

Agosto 27. *S. José de Calasanz* (1648). Vísceras removidas
B después de la muerte. Corazón y lengua aún fres-

6. Pero véase Postel I, p. 220, quien dice que algunas extremidades eran las de un esqueleto.

cos y flexible como durante la vida. Losada, *Vida,* p. 215.

Agosto 30. A — *S. Rosa de Lima* (1617). Cuerpo hallado entero, color fresco y fragante 18 meses después de la muerte. Todavía fragante, pero consumido y desecado en 1630. Feuillet, *Life,* pp. 156-7; *AA. SS.,* agosto, Vol. V, pp. 987-9.

Sept. 5. A — *S. Lorenzo Justiniano* (1455). Su cuerpo permaneció sin enterrar y expuesto al aire libre durante 67 días. No hubo embalsamiento, pero continuó entero, fragante y rojizo. *AA. SS.,* enero, vol. I, p. 563.

Sept. 18. C — *S. José de Copertino* (1663). Embalsamado por deferencia a la sugestión del Papa. Ningún fenómeno. *AA. SS.,* sep., vol. V, p. 1043 Laing, *Life,* p. 118.

Sept. 22. A — *S. Tomás de Villanueva* (1555). Completamente incorrupto en 1582; convertido en polvo, pero muy fragante en el traslado hecho más tarde. *AA. SS.,* sept., vol. V, pp. 958 y 976.

Oct. 10. C — *S. Francisco de Borja* (1572). Ningún fenómeno Cuerpo no removido hasta 1617. Guardado nuevamente como reliquia en 1625. Suau, *Vie,* pp. 541-2.

Oct. 15. A — *S. Teresa* (1582). Detallada descripción de su estado incorrupto y maravillosa fragancia, según Ribera en 1588, confirmada por Gracián. Fenómeno de corazón. Ribera, *Life,* lib. V, caps. I, II, III; Mir, *Vida,* II, pp. 815-7.

Oct. 19. A — *S. Pedro de Alcántara* (1562). Incorrupto y fragante en 1616, pero consumida la carne. *AA. SS.,* oct., vol. VIII, pp. 651, 699, 783.

Oct. 20. B — *S. Juan Cancio* (1473). Se dice haber sido hallado incorrupto en 1539, no hay prueba satisfactoria. Polvo fragante, en 1603. *AA. SS.,* oct., vol. VIII, p. 1059.

Nov. 4. B — *S. Carlos Borromeo* (1584). Cuerpo (embalsamado), en su mayor parte íntegro en 1606, a pesar de la humedad y ataúd resquebrajado. Los doctores consideran preservación sobrenatural. Giussano, *Life,* II, p. 555. En 1880 el cuerpo en el mismo estado. Sylvain, *Vie,* III, pp. 387-395.

Nov. 10. A — *S. Andrés Avelino* (1608). Cuerpo incorrupto al año de su muerte. Curioso fenómeno de permanencia de sangre líquida e incoagulada. Fernández Moreno, *Vida,* pp. 112-4.

Nov. 13. A — *S. Diego* (1463). El cuerpo desenterrado cuatro días después de la muerte permaneció sobre la tierra por seis meses flexible y frangante. Todavía estaba entero en 1562. Rottigni, *Vita,* pp. 87-90.

Nov. 14. A — *S. Josafat* (1623). Martirizado y arrojado al río en domingo, cuerpo recogido el viernes, bello y de color fresco. En 1637, los restos completamente incorruptos. Comprobación oficial en 1637, y de nuevo en 1674. Guépin, *Vie,* II, pp. 105, 355 y 402.

Nov. 24. A — *S. Juan de la Cruz* (1591). Cuerpo hallado incorrupto y fragante nueve meses después de la muerte; sangró cuando le cortaron los dedos. Se le echó cal; aún incorrupto en 1859. Muñoz y Garnica, *Vida,* pp. 229-300. D. Lewis, *Life,* p. 293.

Dic. 3. A — *S. Francisco Xabier* (1552). Enterrado en la tierra de Sancian, cal echada encima. Desenterrado en 1553 y hallado muy fresco como si acabara de morir. Llevado a Malaca, vuelto a enterrar después en diciembre trasladado a Goa. Atestación médica formal (nov. 18, 1556), de que no había sido embalsamado, pero permaneció fresco, flexible y de color natural. Algunas partes del cuerpo aún flexibles en 1615, gran parte desecada. Brou, *Vie,* vol. II, pp. 370, 385, 404.

Como he indicado por las letras mayúsculas A, B y C, que están frente a las anotaciones, nuestros datos pueden ser divididos en tres clases. Del total de 42, en no menos de 22 casos hay buena prueba de que el cuerpo del santo se encontró incorrupto después de un intervalo de tiempo que en individuos normales, casi

invariablemente, se observa el desarrollo o de un avanzado estado de descomposición o de un completo deterioro. Además se dan siete casos más, señalados con B, en los cuales tenemos indicaciones de haber ocurrido fenómenos desacostumbrados de un carácter algo parecido. Finalmente, aun en la clase C, en los que nada o poco se registra fuera de lo común, el testimonio negativo que poseemos no es siempre concluyente. En el caso de San Juan de Facundo, 54 años; en el de San Pablo de la Cruz, 77 años; y en el de San Francisco de Borja, 45 años, parece haber transcurrido antes de que se hiciera el examen de sus restos. Pero un cadáver puede sufrir muchas transformaciones en medio siglo, y se puede por lo menos, concebir que la carne de éstos y otros santos podía haberse pulverizado por completo después de haberse conservado entero y sin mancha durante una o dos décadas antes de ser desenterrados. Sabemos, de todos modos, que algo de esto debió haber ocurrido en los casos de Santo Tomás de Villanueva, San Pedro de Alcántara y otros, que permanecieron intactos por cierto período y, más tarde, se redujeron a esqueletos. En los tiempos modernos nos presentan un ejemplo interesante las traslaciones de la Beata Julie Billiart, fundadora de las Soeurs de Notre-Dame (de Namur). Murió el 8 de abril de 1816. En julio de aquel año, Sor Anastasia, Superiora en Namur, acompañada de dos Hermanas obtuvo acceso a los restos y vió que el cuerpo estaba en perfecto estado. En julio de 1817, por vía de precaución, a causa de las turbulencias políticas de los tiempos, el cuerpo fué secretamente trasladado a un subterráneo oculto, y también entonces estaba incorrupto, excepto las puntas de los dedos ya algo marchitas. Además se nos dice «que los restos exudaban una porción de aceite claro que manchaba los vestidos en que estaban envueltos». Pero en 1842, «a causa de una inundación», la carne se convirtió en polvo; sólo quedó el esqueleto [7].

Volviendo a nuestra lista que se extiende de 1419 a 1787 se verá, sin embargo, que en esta selección de santos prominentes de muy diferentes países, y enterrados en las más diversas condiciones, más de la mitad gozaron por algunos años, y con frecuencia por períodos mucho más largos, del privilegio de incorrupción. Naturalmente, si esta santa gente hubiera sido canonizada o añadida al Calendario Romano porque sus cuerpos estuvieron libres de deterioro, nada habría de maravilloso en la alta proporción de los ejemplos que exhibe este fenómeno, pero, es necesario repetirlo, no es éste en manera alguna el caso. Aunque bajo muy excepcionales circunstancias la preservación sobrenatural del cuerpo de un santo es, a veces, considerada como uno de los milagros que hay que presentar para prueba antes del decreto declarando la beatificación, yo no creo que en ninguno de los nombres incluídos en nuestra lista se ha recurrido a esta clase de milagro.

Por otra parte, aunque se admitiese que todos los fenómenos de que somos testigos en la preservación de los cuerpos de santos místicos ocurren a veces espontánea y naturalmente sin presunción de la intervención de milagro —y puedo decir que soy uno entre los que hallarían muy difícil aceptar este punto de vista— aun así, la mayor proporción de tales casos entre los que han llevado una vida de virtudes heroicas no puede explicarse como resultado de mera coincidencia. No hay duda que hemos oído o leído muchos relatos concernientes al descubrimiento de restos humanos en estado de incorrupción cuando accidentalmente se habían roto los ataúdes o al cavar nuevas sepulturas. Pero la proporción de tales casos es extraordinariamente pequeña teniendo en cuenta los miles de esqueletos que bajo

7. *Life of Blessed Julie Billiart.* Edic. por Fr. James Clare (1909), pp. 531-2.

ciertos sistemas de enterramiento son constantemente removidos de los cementerios para hacer espacio para otros ocupantes. En la ciudad de Méjico y en algunas partes del Sur de Europa, donde el suelo no es apropiado para enterramientos, un cuerpo muerto es simplemente encajado en una celda horizontal de mampostería, y sellada la entrada. Aparte de los que pagan por privilegios especiales, al cabo de algunos años la celda es vaciada de su contenido para recibir a otro cadáver. Y en esta forma, cada año cientos de receptáculos son examinados y limpiados. Sin embargo, aun así es raro el descubrimiento de un cuerpo perfecto en condiciones momificadas, y aquellos que ocasionalmente se encuentran ofrecen aspecto repugnante con rasgos retorcidos debido a la contracción desigual de los tejidos. En el Museo de la Ciudad de Méjico aparecen, en cajas de cristal, uno o dos ejemplares favorables de cuerpos humanos disecados, descubiertos por este medio —evidentemente tales cuerpos no se dan demasiado comunmente— y sir H. Rider Haggard se engañó creyendo que estas horripilantes reliquias eran cuerpos de monjas emparedadas, según él anunció al mundo en su novela *Montezuma's Daughter*[8].

La clásica palabra *Larva,* que significa ambas cosas: un espectro y una máscara, pudiera ser adecuada para describir la forma de incorrupción algo rara que, aunque bien atestiguada históricamente, apenas parece pertenecer a los fenómenos místicos. A pesar de eso, un ejemplo que benévolamente me han enviado es demasiado curioso e interesante para dejarlo pasar en silencio.

Mi informante fué el Major (alcalde) Ernest Anne,

8. Vid. *The Month,* abril 1894, pp. 574 sigs.; enero, 1894, pp. 14 sigs., y abril, 1904, pp. 384 y sigs. Solamente observaré que tales declaraciones están basadas en las explicaciones dadas por distinguidos oficiales de la Academia Mejicana.

de Burghwallis Hall, Doncaster, pero anteriormente de Northumberland. Siendo joven visitó una vez a un amigo que era estudiante de Medicina en Newcastle, quien lo llevó a ver la sala de disecciones donde se hallaban a la vista varios horripilantes fragmentos humanos. Al volver a su casa, sucedió que ante un grupo mixto y a oídos de un tal Tomás Turner, un empleado eterno de la finca familiar en Heslesyde dió cuenta de sus sensaciones visuales y olfatorias; y cuando uno de los presentes preguntó por el tiempo que habría transcurrido antes que un cuerpo enterrado se deteriorase de tal manera que ya no pudiera ser reconocido, el viejo Turner contribuyó con un hecho experimentado en su primera juventud. Les dijo que, de muchacho, había vivido en Haydon Bridge, donde con otros muchachos aprendía algo de escuela con un viejo que combinaba sus funciones de empleado de la parroquia, enterrador y maestro de escuela. Citando verbatim la historia tal como informó el Major Anne:

«Era costumbre del enterrador, cuando tenía que abrir alguna fosa, llevar consigo a media docena de sus mayores discípulos para que le ayudaran. En una palabra, nosotros cavábamos mientras él, sentado, fumaba su pipa; generalmente, dirigía las operaciones. En esta ocasión, el lugar de la nueva fosa había sido señalado en una parte remota del viejo cementerio, donde no había vestigio de previas inhumaciones. Nuestro maestro nos señaló dónde empezar a cavar; él mismo removió el césped para que nosotros continuáramos; y entonces nosotros, muchachos, nos lanzamos con una sola voluntad; pues bien, ahondando unos tres pies poco más o menos cuando uno de nuestros picos tropezó con madera; vimos que estábamos encima de un viejo ataúd. Por curiosidad o por determinar si no sería mejor abrir otra fosa en diferente lugar, se levantó nuestro maestro, mandándonos salir del agujero que ya habíamos cavado y tomó por su cuenta la excavación. Removió cuidadosamente la tierra de lo que parecía la tapa de un viejísimo

ataúd, y cuando consiguió limpiarlo, trató de levantar la tapa con su zapapico. No se precisó mucho esfuerzo, pues con una o dos alzaduras toda la tapa saltó en pedazos. El maestro los removió cuidadosamente, y entonces descubrimos que había una sábana de fino lienzo cubriendo los restos que se extendían en lo que quedaba del viejo ataúd. Retiró aquélla y yo nunca olvidaré lo que entonces presenciamos, ya que, aparte de cuanto estoy diciendo, era la primera vez que había visto un cadáver. Dentro del ataúd yacía a nuestros pies el cuerpo de una joven poco más o menos de mi edad —y créame, señor— que parecía justamente como si acabara de caer dormida. Sus ojos estaban cerrados, y tanto su cara, que era muy hermosa aun en la muerte, como sus manos que estaban cruzadas sobre su pecho, eran como moldeadas en cera pura. Su cabello, sedoso y dorado, brillaba a la luz del sol de la mañana. Nuestro maestro estaba aturdido; nos dijo que en sus largos años de enterrador nunca se le había presentado cosa parecida. Después de reflexionar por un momento, volvió a colocar el lienzo sobre la joven, y algunos sacos encima. Nos mandó a casa a comer, y que de ninguna manera nos acercáramos al sepulcro hasta que volviese con el Rector a quien fué a buscar. Sin embargo, ocurrió que el Rector estaba ausente aquel día y no volvió hasta muy entrada la tarde. Mientras tanto, nosotros comenzamos y terminamos otra fosa en diferente parte del cementerio. Ninguno de nosotros se acercó a la que empezamos por la mañana. Yo creo que estábamos demasiado asustados después de lo que vimos; por lo menos yo sí que lo estaba. Cuando el Rector y su esposa llegaron finalmente, los acompañamos a la sepultura. El enterrador removió los sacos; pero de la bella joven que nosotros habíamos contemplado unas horas antes sólo quedaba el esqueleto. La cara, las manos, el cabello, el mismo lienzo, todo, todo había desaparecido, no quedando más que un montón desordenado de lo que se llama polvo».

Los amigos del Major Anne sabían que poseía una

memoria excepcionalmente retentiva y no puede haber razón para dudar de la exactitud substancial de la historia relatada. Aunque más dramática en su presentación que otras narraciones parecidas, se dan muchos paralelos registrados en otras partes. Podemos mencionar el caso a que se refiere J. C. Scholes en su *History of Bolton* (p. 157) donde un cuerpo exhumado, aparentemente entero, se convirtió en polvo inmediatamente al ser expuesto al aire. Algunos famosos ejemplos que se alega ocurrieron en tiempos clásicos, se pueden encontrar registrados por los anticuarios del Renacimiento. Uno de ellos fué identificado, sin duda erróneamente, con el cuerpo de Tulliola, hija de Cicerón. Sin embargo, hay que subrayar que en el caso de muchos de los santos mencionados en la lista dada anteriormente, se afirma que sus cuerpos, aún después de una larga exposición, continuaron varios años, no momificados, sino blandos y flexibles. La manera de preservación fué por tanto, de alguna manera diferente al ejemplo que acabamos de describir.

En el caso de los enterramientos ordinarios en los cementerios, es aún más desconocido el hallazgo de cuerpos en buen estado de preservación. Como regla general, ocurre esto naturalmente porque los cadáveres nunca son examinados o removidos; pero de vez en cuando se presentan ocasiones en las que las exhumaciones tienen lugar en considerable escala. Un ejemplo muy instructivo ocurrió en París el año 1840. Durante la revolución, últimos días de julio de 1830, se levantaron barricadas en toda la ciudad. Hubo fuerte lucha y muchos muertos, entre ellos mujeres, niños y no combatientes. El tiempo era caluroso; en muchos casos, las barricadas imposibilitaban la conducción de los cadáveres a ningún lugar distante. Se hizo, pues, necesario enterrar de prisa los cadáveres en cualquier lugar disponible en las cercanías, llevado generalmente a cabo por iniciativa privada de los ciudadanos. Diez años más tarde cundió algo de pánico acerca de las condi-

ciones insalubres como resultado de estos enterramientos. Intervino la municipalidad; se decidió exhumar y volver a enterrar en otra parte todos los cadáveres que habían sido sepultados de manera irregular. Después que se llevó a cabo con éxito esta disposición, los médicos encargados que habían dirigido estas actividades publicaron a su tiempo un informe. En total fueron desenterrados quinientos setenta y cuatro cadáveres enterrados en quince distintos lugares en toda la ciudad, y en las más diferentes condiciones. Se rebasó el centenar de enterrados en ataúdes; un número considerable fué envuelto en *serpilières* (envolturas toscas de lona), pero en su gran mayoría fueron enterrados tal como cayeron, sin ningún envoltorio ni protección. Por otra parte, en muchas fosas o trincheras donde los cuerpos fueron colocados en filas, se amontonaron grandes cantidades de cal sobre los mismos. Además, el suelo en que fueron enterrados era de clase muy diferente. En unos casos era arenoso, en otros arcilloso, y en otros además, como en la Marché des Innocents, parece haber estado sobresaturado de productos de la descomposición de otros cuerpos enterrados allí hacía siglos. Es imposible entrar en detalles, pero un relato bastante completo puede hallarse en el artículo publicado en 1843, por M. H. Gaultier de Chaubry, uno de los funcionarios médicos encargados de la exhumación [9]. Un importante hecho que resalta es que de estos quinientos setenta y cuatro cuerpos desenterrados diez años después de la inhumación, ni uno fué encontrado en estado que pueda llamarse incorrupto. En la gran mayoría de los casos no quedaba más que los huesos completamente separados unos de otros. En cierto grupo de siete enterrados en la capa más profunda de todas, bajo un cierto número de

9. «Relation des Exhumations faites après dix ans des Morts des Journées de Juillet 1830» en *Annales d'Hygiène Publique*, t. 29 (1843), pp. 1-35. Cf. Parent Duchatelet, *Ibid.* t. 4 (1830), pp. 63-79.

otros, se podían reconocer aún los rasgos, pero esto, naturalmente fué debido al hecho de la formación de grandes cantidades de adipocira, proceso que probablemente fué favorecido por la descomposición de los cuerpos que yacían a su lado. Yo colijo, sin embargo, que aun éstos eran bastante desagradables, y que la putrefacción evidentemente seguía su curso, aunque retardado por la saponificación de los tejidos. Ellos podían haber sido difícilmente confundidos con cuerpos incorruptos. Sin embargo, una descripción más completa del aspecto presentado por los restos humanos convertidos en adipocira bajo condiciones especialmente favorables a su desarrollo, es ofrecido por M. Thouret en su *Rapport* sobre la exhumación realizada en vasta escala en París en 1785, cuando el cementerio de la Iglesia de los Santos Inocentes, ahora Marché des Innocents, fué por fin desembarazado de los cuerpos allí enterrados, acumulados en muchos siglos. Debido a la humedad del suelo y a su completa saturación con productos de descomposición, casi todos los cuerpos enterrados en ciertas posiciones se habían convertido en adipocira. El interior de los ataúdes y los lienzos con que los muertos habían sido cubiertos estaban perfectamente conservados.

Los mismos cuerpos, sin perder nada de su volumen, y apareciendo envueltos en sus mortajas, como otras tantas *Larvae*, al parecer no habían sufrido deterioro. Al separar las mortajas envolventes, el único cambio observado era que se habían convertido en una masa fofa o substancia (*une masse ou matière mollasse*) cuya blancura resaltaba tanto más en contraste con la negrura del suelo en que yacían [10].

M. Thouret prosigue diciéndonos que «estas notables momias conservaban todas las líneas de la cara, con sus rasgos y expresión. Los ojos estaban intactos; y

10. Thouret, *Rapport sur les Exhumations du Cimitière de l'Eglise des Saints Innocents* (Paris, 1789), pp. 18-19; y cf. pp. 36-7.

también las mejillas con su gordura, juntamente con los cabellos, pestañas y cejas». Algunos de los más perfectos habían estado allí por cinco o más años. Hasta qué punto los restos podían haber sido tomados por cuerpos milagrososamente protegidos de la corrupción, no es fácil decidir por esta descripción, pero parece cierto que aunque los *fossoyeurs* de este notable cementerio estuviesen familiarizados con esta extraordinaria transformación de la parte carnosa en lo que ellos llamaban *gras de cadavre,* en esta ocasión, por vez primera fué reconocida científicamente la existencia de tal condición. Además el nombre adipocira (de *adeps,* grasa, y *cera,* cera) fué inventada para describirla y, por lo menos, se sospechó que su verdadera naturaleza era como la de un impuro jabón amoniacal. En *Medical Jurisprudence* de Taylor, se describe la adipocira como cosa de un olor desagradable, pero parece que esto no ocurra invariablemente. Hace muchos años un médico amigo me dió tres o cuatro libras de una substancia tomada del tronco de un cadáver humano que tenía sometido a disección; yo lo tuve en mi cuarto por varios días envuelto en un papel ordinario de estraza sin advertir nada desagradable. Por tanto, puede que en algunos casos presentados por nuestros escritores hagiógrafos como ejemplos de inmunidad de descomposición nos encontremos realmente con el fenómeno de la saponificación, que aquéllos, por su imperfecto conocimiento científico, no fueron capaces de descubrir. Un curioso ejemplo de semejante posibilidad parece que tuvo lugar en la exhumación del cuerpo de la Beata Marie de Sainte-Euphrasie Pelletier, fundadora de las monjas del Buen Pastor. Murió en 1868, y su cuerpo, que había sido encerrado en un ataúd de plomo, fué exhumado en junio de 1903, treinta y cinco años después de su muerte. El Dr. Herbert, uno de los expertos científicos presentes en aquella ocasión, depuso que «los rasgos podían ser apreciados por aquellos que vieron a la Venerable madre antes de su muerte. La boca estaba ligeramente

abierta, los ojos cerrados, las pestañas intactas, y la piel como de una momia». Además añade que, «sin desnudarla completamente, pudimos asegurarnos de que el pecho, el abdomen, los muslos y las piernas estaban cubiertos con una piel como la de una momia, debajo de la cual había una masa de *gras de cadavre,* resultado de la saponificación de los tejidos subyacentes». El segundo experto, Dr. Thibault, observa:

«Se puede afirmar que, en general, la piel momificada se hace dura al tacto y sonora cuando se la golpea con un instrumento de metal, y cubre una substancia esparcida por todo el cuerpo. Esta substancia es vulgarmente llamada *gras de cadavre,* que cubre los huesos. Al quitar un fragmento de lienzo de los pies, desprendí dos dedos, lo que probaba que, por lo menos en aquella parte del cuerpo, los huesos no estaban adheridos. Creo que lo mismo se puede afirmar de otros miembros. Como se me pide que indique la causa del estado cómo los restos fueron hallados, declaro que en ataúdes herméticamente cerrados puede detenerse la descomposición, y me parece que ésta ha sido la causa en el caso presente. Se puede temer que la apertura del ataúd pueda conducir a una putrefacción más completa» [11].

Evidentemente que el autor de esta declaración no creía en la existencia de nada que exigiese una explicación sobrenatural. A pesar de eso, apenas podemos dudar que, si el fenómeno hubiese sido observado en la Edad Media o aun en el siglo XVII, hubiera sido considerado como milagroso, al menos por los entusiastas

11. Yo debo la copia de esta deposición, que fué impresa, a un bondadoso amigo de la Orden del Buen Pastor. Sin embargo, no puedo dar una referencia más exacta.

más incultos [12]. Yo no discuto que algunos, posiblemente varios, de los casos de nuestra lista pueden ser susceptibles de la misma explicación. Pero aun así la dificultad subsiste: ¿Por qué ocurre que tan enorme proporción de cuerpos de quienes murieron en olor de santidad sean preservados de la corrupción? Muy pocos de ellos fueron encerrados herméticamente en ataúdes de plomo. A algunos de ellos se les echó cal viva, pero la cal viva no preservó ni de convertirse en esqueletos a uno solo de los cuerpos que cayeron en la Revolución de julio de 1830. También algunos fueron enterrados en lugares húmedos, donde fácilmente se puede formar la adipocira. Pero después de todo, la saponificación es muy poco frecuente, excepto en cuerpos ahogados y sumergidos por largo tiempo, o arrojados en montón con otros. El Dr. Orfila, que tal vez ha prestado a esta materia más atención experimental que ningún hombre de ciencia antes o después de su tiempo, da una descripción de treinta y un cadáveres exhumados por él y expresamente seleccionados teniendo en cuenta las diferentes condiciones en que fueron enterrados. En cada uno de estos casos, la descomposición estuvo activa en sus variadas etapas [13]. Finalmente, espero mostrar más

12. Estaría claramente inclinado a atribuir a esta causa la condición en que fué hallado el cuerpo de Doña Luisa de Carvajal cuando las monjas de la Encarnación del convento de Madrid abrieron el ataúd. Ella murió en Londres en enero de 1614. El cadáver fué trasladado a España en agosto de 1615, pero el barco estuvo a punto de naufragar en el viaje. Las monjas «abrieron el ataúd, y aunque estaba lleno de agua de mar y producía un hedor intolerable, el cuerpo mismo estaba en perfecto estado de conservación, ni descolorido ni manchado, flexible y libre de la menor deformidad». (Lady G. Fullerton, *Life of Luisa de Carvajal,* p. 287.

13. Vid. Orfila, *Traité de Médicine légale* (edición definitiva), I, pp. 504-628. Ninguno de los cadáveres desenterrados estuvieron sepultados por más de dos años.

tarde que se dan bastantes casos de personas santas cuyos restos incorruptos, al ser exhumados, presentan rasgos completamente diferentes de los casos registrados de saponificación o de las momias naturalmente disecadas.

3

La elevada proporción de casos en los cuales los cuerpos de personas santas fueron preservados de deterioro, a mi parecer, puede presentarse como un argumento de algún peso para rebatir el punto de vista que atribuye este fenómeno a causas completamente naturales. Si se afirma que la sobriedad en la comida y bebida, características de todos los ascetas, puede modificar profundamente las condiciones de metabolismo normal y tiende a eliminar cierta clase de microbios que son más activos en el proceso de putrefacción, nosotros podemos replicar que los muy pobres son abstemios por pura necesidad, mientras las observaciones no indican en su caso una inmunidad parecida. Además se seguiría que, cuando el hambre reina en el campo, los cuerpos de sus víctimas deberían estar preparados contra los agentes de corrupción, pero no se da experiencia registrada que afirme tal cosa, sino lo contrario. Yo me inclino, pues, a pensar que el argumento debe quedar en pie hasta que se aduzca una prueba definitiva explicativa de la anomalía.

Además, como anteriormente se ha sugerido, se dan ciertos casos específicos que presentan problemas de especial dificultad a aquellos que rechazan toda intervención sobrenatural en esta materia. Tomemos, por ejemplo, la preservación del cuerpo de la Beata María Ana (Ladroni) de Jesús, terciaria de la Orden de Nuestra Señora de la Redención, nacida en Madrid, en cuya ciudad murió en 1642. Poco tiempo después de su muerte, el Cardenal Treso, obispo de Málaga y Presidente de Castilla, que la había conocido bien durante su vida,

redactó una deposición con vistas al inminente proceso de su beatificación. Después de dar testimonio de sus virtudes, y hablando de las curas milagrosas atribuídas a su intercesión, el Cardenal declara que él mismo estuvo presente en la primera exhumación de sus restos en que:

«Yo vi —dice— y me asombré mucho al presenciar un cuerpo muerto hacía algunos años que nunca había sido abierto ni removidas ninguna de sus vísceras, o embalsamado en modo alguno, tan perfectamente conservado que ni el abdomen, ni la cara ofrecían ninguna señal de deterioro, excepto una mancha en el labio, aunque esto era algo que ya en vida tuvo marcado de la misma manera» [1].

En 1731, a los 107 años de la muerte de la Sierva de Dios, tuvo lugar una inspección oficial y más completa a instancia de las autoridades eclesiásticas interesadas en la causa de su beatificación. Los restos aparecían suaves, blandos, flexibles y elásticos al tacto, y emitiendo un notable perfume; mientras que de «todo el cuerpo exudaba cierto líquido aceitoso, como cierta clase de bálsamo fragante, que humedecía los órganos internos y la superficie de la piel, y con el que el vestido estaba saturado» [2]. Como esta investigación tuvo lugar en Madrid, no hubo dificultad en reunir varios médicos expertos. Citando de nuevo de la Vida publicada con ocasión de la beatificación que estaba basada en deposiciones juradas de testigos y otros documentos oficiales:

«Nada menos que nueve profesores de Medicina y Cirujía, todos ellos de los primeros y más famosos de la ciudad y corte de Madrid, tomaron parte en las investigaciones y depusieron como testigos. Sacaron los

1. Pietro dello Spirito Santo, *Compendio della Vita della B. Marianna di Gesù*, Roma, 1783, p. 126.

2. *Ibid.*, p. 141.

instrumentos e hicieron largas y profundas incisiones en las partes carnosas; otros abrieron el pecho; otros escrutaron las cavidades así expuestas a la vista; otros exploraron todo orificio por donde hubiera sido posible introducir preservativos contra la putrefacción. En realidad, de sus esfuerzos aunados dieron por resultado que no se trataba de un mero riguroso examen, sino de una absoluta disección del inocente cuerpo. Si estos procedimientos fueron irregulares, irreverentes e injustificables, también fueron útiles para aclarar la realidad del milagro, y no podemos encontrar nada en nuestro corazón que los condene» [3].

Después de completar sus investigaciones, los doctores declararon que:

«Los órganos internos, las vísceras y los tejidos carnosos todos estaban intactos, sanos, húmedos y elásticos. El flúido que se observó exudar del cuerpo impregnaba todo el interior y toda la substancia de la carne. Cuanto más profundas eran las incisiones hechas, más suave era la fragancia que brotaba de ellas, tanto que uno de los cirujanos no quiso durante varios días después lavar la mano con la que había manipulado las vísceras de temor a perder el perfume sobrenatural que así había adquirido. Durante todo este tiempo el olor continuó siendo perceptible para él y para todos los que se le acercaban» [4].

Basada en este testimonio, la admirable preservación del cuerpo de María Ana fué aceptada como milagrosa por la Congregación de Ritos, a pesar del hecho de que 35 años más tarde, antes que se publicara el decreto de beatificación, una tercera inspección de los restos reveló el hecho que ya por aquel tiempo el cuerpo no era flexible y blando al tacto. Los tejidos se habían endurecido y mermado, pero en manera alguna reducido a

3. *Ibid.*, p. 142.

4. *Ibid.*, p. 143.

polvo. Del relato que acabamos de citar una cosa aparece asaz clara, a saber: que si el cuerpo de la Beata María Ana fué preservado de la corrupción, esto no fué debido ni al proceso de saponificación natural ni a haberse secado convirtiéndose en momia. Por una parte es increíble que cirujanos expertos, después de hacer incisiones en la carne y haber examinado a fondo las vísceras, describieran los variados tejidos como intactos y sanos, si ellos los hubiesen hallado convertidos en una masa adipocira. Por otra parte, ellos insisten muy enfáticamente, no sólo sobre el hecho de que el cuerpo, cien años después de la muerte, estaba elástico y perfectamente flexible, sino que otros cuerpos que habían sido enterrados en la misma cripta todos ellos habían estado sometidos a la ley común de corrupción. Además de esto, subsiste el fenómeno, ya ahora familiar para nosotros, de inexplicable fragancia que emanan; y lo último en orden, pero no en importancia, es la enigmática circunstancia de la exudación del líquido aceitoso. En cuanto a esta última circunstancia se dirá algo más tarde.

El siguiente ejemplo que he recogido es algo diferente en carácter; el caso del jesuíta mártir, San Andrés Bobola. Nació de una noble familia polaca y, al morir en 1657, tenía 66 años de edad. Durante muchos de éstos combatió con su predicación la propaganda de los cismáticos rusos entre sus compatriotas rutenos, hasta que llegó a ser conocido por el Apóstol de Pinsk. Sus éxitos le atrajeron un odio especial de sus adversarios religiosos. Durante el curso de una incursión de los cosacos en 1657, el Padre Bobola cayó en sus manos. Cuando rehusó conformarse con el cisma ruso, fué cruelmente torturado, azotado y ultrajado en este lugar de una manera indescriptible. Fué parcialmente desollado vivo, le fué casi completamente cortada una mano, le metieron astillas de madera debajo de las uñas, le arrancaron de cuajo la lengua, y su cara desfigurada con tan terribles golpes que apenas conservaba aspecto de hom-

bre. «El sangraba», dice un testigo de vista, «como un buey en el matadero». Después de horas de tormento, cuando los sanguinarios saciaron su rabia y no daba señales de vida, aparte la contracción convulsiva de los músculos, acabaron con la víctima dándole un golpe de espada en la garganta. Después de echar su cuerpo a un estercolero, se marcharon los cosacos dejando a los católicos libres para recoger sus mutilados restos que con el tiempo llevaron a Pinsk y enterraron de prisa en la cripta bajo la iglesia de los jesuítas de aquella ciudad.

Cuarenta y cuatro años más tarde, el Rector del Colegio de Jesuítas de Pinsk, por una visión o sueño que él creyó sobrenatural, fué movido a hacer una investigación para hallar el cuerpo del martirizado apóstol. Finalmente, fué encontrado, según todas las apariencias, exactamente en el mismo estado en que se le colocó en la tumba. Aparte de las mutilaciones del martirio continuaba íntegro e incorrupto; las articulaciones eran flexibles; la carne, en las partes menos afectadas por las heridas, era elástica al tacto mientras que la sangre que aún lo cubría en muchas partes parecía como recién coagulada. Otras inspecciones más o menos formales del cuerpo tuvieron lugar durante los veinte años siguientes, pero el examen definitivo y oficial llevado a cabo bajo la sanción de la Sede Apostólica, no tuvo lugar hasta 1730. Seis eclesiásticos y cinco médicos expertos sometieron los restos a un detenido y minucioso escrutinio, y todavía conservamos sus deposiciones. Convinieron en declarar que el cuerpo, excepto las heridas infligidas por los asesinos, estaba intacto; que la carne era blanda y flexible, y que su preserveración no podía atribuirse a causa natural. Aunque no se nos dice que el cuerpo fuera cortado a fondo, su mutilada condición y su herida abierta en la garganta hubieran revelado aún la presencia de adipocira, y esta extraña condición, difícilmente hubiera dejado de sugerir algún comentario si cualquier grande

masa de aquella substancia hubiera reemplazado a los músculos y órganos internos. El caso fué extensamente discutido sobre este testimonio en 1739 y en 1830 por los sucesivos Promotores de la Fe y Postuladores de la causa [5]; en 1835 esta preservación del cuerpo fué aceptada por la Congregación de Ritos como uno de los milagros exigidos para la beatificación. Yo no debería omitir que algunos testigos depusieron que ni uno de los cuerpos restantes depositados en la misma cripta del Beato Andrés Bobola se libró de corrupción.

Entre los muchos casos que se pudieran citar como excepcionalmente inmunes de la ley de conversión en polvo, es difícil elegir; pero escogeré para mi tercer ejemplo uno de un convento de los Países Bajos, principalmente porque la monja privilegiada era inglesa y miembro de una comunidad de esta nación. Las Carmelitas Teresianas, desde hace mucho tiempo ahora en Lanherne, en Cornwall, estuvieron establecidas en Amberes por casi dos siglos antes de la Revolución Francesa. Allí murió en el año 1714 la santa monja Madre Priora Mary Xaveria, de nacimiento Catherina Burton, que varios años antes de su muerte anunció, aparentemente por algún conocimiento supernormal que poseía, que en el cementerio subterráneo de las religiosas había un cuerpo incorrupto. Esta afirmación se comprobó un año o dos más tarde, cuando fué necesario ampliar la cripta. Hubo que abrir once o doce receptáculos y se hallaron restos completamente reducidos a esqueletos o en proceso de rápido deterioro; pero uno, que era el de una

5. Yo tengo en este caso la oportunidad de leer los argumentos y el sumario de las pruebas en el proceso impreso de beatificación. Hay que reconocer que, aún en 1830, los abogados oficiales en pro y en contra parece que estaban poco informados de los fenómenos observados en materia de putrefacción de los restos humanos. Sin embargo, la discusión fué muy larga. La réplica final del Postulador de la causa ocupa 50 páginas en folio.

monja muerta en gran reputación de santidad, ofrecía un espectáculo diferente. Era la tumba de Mary Margaret de los Angeles (Margaret Wake), que había sido enterrada en 1678, treinta y ocho años antes. Aunque, como se nos dice, la cripta era excesivamente húmeda y reducida, el cuerpo estaba entero, a pesar del hecho de que el hábito que vestía estaba podrido y empapado de humedad. El obispo de Amberes fué informado de lo acaecido, acudieron personalmente, acompañado de tres médicos, a examinar los hechos. El insistió en examinar los otros restos y se convenció de que todos estaban deteriorados. Después fué trasladado el cuerpo incorrupto a donde pudo ser examinado más convenientemente, y allí, como nos informa el relato de casi un contemporáneo:

El Obispo ordenó al cirujano hacer una incisión en el hueco del estómago, a través del cual descubrieron el diafragma perfectamente sano. El prelado puso su mano dentro de la herida producida, y percibió procedente del cuerpo un olor balsámico, que sus dedos conservaron dos o tres días después, no obstante lavárselos varias veces.

Después de un intervalo de diez días, el mismo eminente dignatario ordenó una segunda y más seria investigación hecha por cuatro médicos y cirujanos, de la cual se nos dice:

«Ellos lo examinaron cuidadosamente; abrieron el diafragma, por donde vieron perfectamente intactos el corazón, hígado, pulmones y todas las partes internas con todos los músculos, etc. Declararon de nuevo que la corrupción no había entrado en aquel cuerpo y que debía ser sobrenatural, dando este testimonio por escrito de puño y letra: eso estaba fuera del curso de lo natural, dejando para los teólogos el determinar si el caso debía calificarse de milagroso».

El narrador, Padre Tomás Hunter, S. J., que era

confesor de la comunidad, e indudablemente también fué testigo ocular, nos informa con nuevos detalles:

«Este santo cuerpo aparece de constitución morena, entrado en carnes que, como un cuerpo vivo, cede a toda presión hecha sobre el mismo, recuperándose de nuevo: las articulaciones son flexibles. Cuando se toca la carne, se nota un poco de humedad, pero no es tan sensible como cuando por primera vez fué abierto el sepulcro; éste exhala muy frecuentemente aroma de un bálsamo odorífero perceptible no sólo para cuantos están alrededor del cuerpo sino que llena todo el aposento. He mencionado antes que se había observado cómo salía sangre del sepulcro [6] después que el cuerpo había sido depositado en él. Esto ocurrió unas seis semanas después de su muerte; cuando su cuerpo fué hallado incorrupto, todos observaron que ambos lados de la tapa del ataúd parecían teñidos de sangre» [7].

Aquí tenemos un caso, suponiendo (y pienso no hay razón para dudar) que el relato hecho por los doctores acerca del examen de las vísceras sea fidedigno, en el cual no cabe sugestión de que la notable integridad de los restos fuera debida a la saponificación.

Para un cuarto ejemplo bastará referirnos al informe médico redactado en 1868 por el Dr. Pietro Dettori al exhumar por tercera vez los restos de la Beata Anna María Taigi, una mujer casada, cuya beatificación tuvo lugar en 1920 [8]. El informe es muy largo para transcribirlo íntegramente, pero traduciré los pasajes más

6. Estas «sepulturas», sabemos por otra parte, eran realmente nichos horizontales de mampostería en forma de hornos.

7. *An English Carmelite,* por Thomas Hunter, S. J. (Quarterly Series); Apéndice, pp. 272-5.

8. Su marido, con quien vivió hasta la muerte, atestiguó con respecto a sus virtudes en el proceso de beatificación. Tenía entonces 90 años.

interesantes. Anna María murió en 1837 en Roma, a la edad de 68 años, por tanto llevaba enterrada treinta y un años. El Dr. Dettori empieza por subrayar que el cuerpo se presentaba en muy perfecto estado y que, por la apariencia del cadáver, pudiera haberse dicho que la muerte tuvo lugar dos o tres días antes.

«Los rasgos aparecían ligeramente bronceados, pero sólo por la acción de la luz y del aire. Representa unos setenta años; la cabeza está un poco inclinada hacia atrás; su cara bastante llena; y el cabello, perfectamente conservado, es blanco. En la expresión general de su cara se puede leer claramente la paciencia, resignación, la dulzura, la gracia y la bondad de que estuvo dotada tan singular Sierva de Dios».

El Doctor prosigue diciendo que en un examen más detallado halló seca y dura la piel de la cara, pero no arrugada. Las manos estaban ennegrecidas, y su piel enjuta. Había cierta flexibilidad hacia el hombro y las articulaciones del brazo, pero esa libertad de movimiento no podía compararse de forma alguna con la del brazo de una persona viva. A fin de cuentas, el testigo, aunque impresionado, no estaba preparado por el momento a sacar ninguna conclusión decisiva de lo que había visto. Sin embargo, al ser invitado a inspeccionar el tronco y los miembros inferiores, encontró más sólido fundamento para expresar su extrañeza.

«Yo examiné primero las piernas y los pies, encontrándolos intactos, lo mismo que el resto del cuerpo; pero había también otros fenómenos que no aparecían en los brazos o en la cara. En la parte interior de cada pierna había una acentuada exudación de un humor linfático algo viscoso, de color claro y olor peculiar. Este líquido había empapado las medias donde entró en contacto con ellas. Las piernas cedían a la presión del dedo, y los músculos poseían aún una consistencia que era realmente maravillosa teniendo en cuenta que la muerte había acaecido hacía más de treinta años.

Pero lo que más me asombró fué la inspección del abdomen. La piel delantera tenía color carmesí y estaba muy dilatada. Los músculos subyacentes conservaban una elasticidad extraordinaria, por lo que, después de ceder a la presión del dedo, al dejar de hacerlo recobraban inmediatamente su posición anterior sin dejar rastro de presión, todo lo cual prueba que los tejidos internos están en su condición normal y no en estado de putrefacción. La piel de la parte posterior del abdomen conserva su blancura natural. Es lacia y algo arrugada, pero blanda, despidiendo un humor viscoso sin olor desagradable» [9].

Aun cuando estas apariencias fuesen compatibles con una extensa saponificación del tronco y las vísceras —acerca de lo cual no puedo opinar—, no ofrecen ninguna explicación de por qué esta condición extremadamente rara se habría desarrollado precisamente en aquellos casos en que una reputación de santidad extraordinaria había sido confirmada por muy diferentes razones. Lo mismo que en los casos anteriormente referidos de Bernadette Soubirous, el Cura de Ars, y Madre Barat, así también es cierto que Ana María Taigi, mujer humilde e ignorante oriunda de la clase sirviente, fué casi universalmente honrada como santa mucho antes de que su cuerpo fuera exhumado por vez primera en 1855. Por aquella fecha se habían hecho ya preparaciones para la causa de su beatificación, y había sido publicada por Mgr. Luquet, obispo de Hésebon, la Vida de la Sierva de Dios, en 1849, que había circulado en miles de ejemplares, no sólo en francés, sino también en italiano. Aun durante su vida, a pesar de ser pobre, humilde e ignorante, Anna María había sido consultada y venerada por algunos de los más altos dignatarios de

9. Vid. Barbier Montault, *Œuvres Complètes,* vol. IX, pp. 71-2.

Roma [10]. Se siente uno tentado a continuar citando aún más ejemplos del mismo fenómeno, porque realmente se dan veintenas de casos a los que no he hecho alusión alguna, pero es evidente que este catálogo no puede extenderse indefinidamente. Si desearía recordar detalles de algunos ejemplos antiguos, por ejemplo, la maravillosa preservación del cuerpo de San Cuthbert aunque muerto en el año 687, coincide exactamente en todos los rasgos con el caso moderno que hemos expuesto. El Venerable Beda, que habló con muchos testigos de vista, recuerda cómo once años después de la muerte de Cuthbert, «al abrir el sepulcro hallaron el cuerpo tan entero como si aún estuviese vivo, y más bien como de quien estuviese en su profundo sueño (porque las articulaciones de las extremidades estaban flexibles), y no de un muerto» [11]; mientras que otros autorizados cronistas, cuatro siglos más tarde, describen minuciosamente la continuidad de las mismas condiciones, a pesar de todos los accidentes de viajes y exposición al aire a que la urna estuvo expuesta durante los años que mediaron. Hablan de la flexibilidad de las articulaciones, de la solidez de los nervios (*nervi*), de la fragancia que saturaba todo; o, para citar en particular las palabras de Reginaldo de Durham [12], «todos sus miembros estaban sólidos, flexibles y sanos; y como conviene a un hombre perfecto, ágil de músculos, móvil, con venas repletas de sangre, fresco en la blandura de carne, de manera que ofrecía el aspecto de estar con

10. Los hechos concernientes a las tres traslaciones e inspecciones del cuerpo, pueden estudiarse convenientemente en la *Life of Anna Maria Taigi,* pp. 363-85, por Healy Thompson. Mr. Thompson tuvo acceso a una copia de los documentos originales.

11. Beda, *Vita S. Cuthberti,* cap. 42.

12. Vid. James Raine, *Saint Cuthbert,* pp. 78 y 87, cuya traducción cito.

vida, más bien que ser un cuerpo muerto». Sin duda hay alguna exageración en la expresión, pero indiscutiblemente reproducen de modo fiel la impresión general que producía a los expectadores.

No obstante, existe un rasgo que hemos encontrado en varios casos de que hemos hablado en estas páginas sobre la Incorrupción, y que exige una breve explicación. Desgraciadamente me falta espacio para discutirlo tan a fondo como parece requerir su importancia, pero no podemos pasar por un silencio completo. El fenómeno a que me refiero es el de la exudación de un líquido oleaginoso que se menciona, por ejemplo, al tratar del cuerpo de María Ana de Jesús, de Anna María Taigi y de muchos otros ya canonizados. Entre los griegos en la temprana Edad Media, antes del Cisma de la Iglesia Oriental, los santos de cuyos restos se recuerda esta maravilla eran conocidos como *muvoblútai* (echa-ungüentos). Un ejemplo primitivo y relativamente famoso del Occidente es el de Santa Walburga, inglesa de nacimiento, que se unió a su hermano San Winibald cuando éste predicaba el Evangelio en Alemania. Llegó a ser abadesa de Heidenheim, donde murió el año 779. Aunque no consta que su cuerpo se conservara íntegro, trasladado a Eichstadt, de sus huesos manó por más de mil años un líquido oleaginoso, y el fenómeno continúa hasta nuestros días [13]. Un interesante ejemplo moderno del mismo género nos ofrecen las reliquias de San Gerardo de Majeja, C. SS. R., que murió en 1756. Un siglo más tarde leemos:

«Habiendo ordenado las autoridades eclesiásticas que todas las reliquias del siervo de Dios fuesen oficialmente examinadas, se abrió por primera vez la tumba de Gerardo el 26 de junio de 1856. Se observó entonces que manaba de su cerebro y de sus huesos un aceite misterioso en tal abundancia que pudo llenarse más de una jofaina... el 11 de octubre fué examinado de nuevo en presencia de dos doctores. Encontraron los huesos más o menos húmedos, pero como esto podía atribuirse a la humedad del suelo, llamó poco su atención. Fueron secados con el debido cuidado y colocados en un cofre forrado de seda blanca. Cuatro horas más tarde fué abierto el cofre, descubriéndose una especie de aceite blanco emanando una dulce fragancia proveniente de las santas reliquias, y se mantenía como gotas de rocío sobre el forro de seda. Después de un breve examen, los médicos redactaron un informe oficial de este suceso, que, a su parecer, traspasaba las leyes de la Naturaleza» [14].

13. Vid. Meyrick, *Life of St. Walburga,* p. 34; F. Schauerte, *die H. Walburga,* p. 36.

Sin embargo, es más común que este flúido oleaginoso no sea destilado por el esqueleto o reliquias, sino de los cuerpos que han sido preservados de la corrupción. Así ocurrió, por ejemplo, en el caso de Santa María Magdalena de Pazzi y en el de San Camilo de Lellis. El cuerpo de San Camilo fué exhumado en 1625, diez años después de su muerte. Sobre esto como escribe su biógrafo [15]:

Se le encontró fresco y perfecto, como de cuerpo vivo, y un médico presente se sintió movido a hacer una incisión en el costado, de donde manó gran cantidad de líquido del más fragante olor. Este no cesó de flúir durante seis días, tantos como permanecieron expuestos los restos a veneración de los fieles.

Un ejemplo inglés del mismo fenómeno muy bien comprobado se relaciona con la traslación del cuerpo de San Hugh de Lincoln. Un relato contemporáneo nos dice que cuando fué removida la cubierta de mármol de la tumba:

14. Vassall-Phillips, *Life of Saint Gerard Majella,* pp. 185-6.

15. Cecatelli, *Life,* trad. inglesa, I, p. 216.

«El cuerpo del santo prelado, aunque depositado hacía cerca de ochenta años, fué hallado incorrupto y casi sin alteración alguna. Tan pronto como el Arzobispo puso su mano sobre la cabeza gloriosa del Santo, ésta se separó de los hombros, dejando el cuello fresco y rojo como si la muerte hubiera sido reciente... En la tumba en que reposó el cuerpo se encontró una gran cantidad de aceite puro...; A la mañana siguiente, en el curso de una ceremonia, ocurrió que el Obispo de Lincoln tomó la cabeza de San Hugh y con toda reverencia la sostuvo por algún tiempo ante sí. Al hacerlo fluyó de la mandíbula el mismo aceite puro en gran abundancia sobre las manos del Obispo, a pesar de que la venerable cabeza había sido cuidadosamente lavada pocas horas antes y se hallaba completamente seca por la mañana. El aceite dejó de manar cuando el Obispo colocó su preciosa carga sobre un plato de plata en el cual se llevó la reliquia en procesión» [16].

Se refiere un prodigio parecido de San William de York y San John de Beverley, y sólo un poco antes de la traslación de San Hugh. Se afirma que había empezado a exudar aceite de la tumba del célebre Roberto Grosseteste, también Obispo de Lincoln, a quien mucha gente de aquella época llamaba «San» Roberto, atribuyéndosele muchos milagros.

Tal vez el caso más curioso de esta clase de fenómenos, si pudiésemos confiar en las pruebas, es el del cuerpo de Mère Marie Marguerite des Anges (Van Valckenissen), de quien Huysmans ha escrito extensamente en *La Cathedrale*. Nos dicen que oraba para que pudiera ser quemada materialmente como sacrificio ante el Santísimo Sacramento, y que después de su muerte exudó aceite de su cuerpo por espacio de muchos años,

16. Vid. *The Life of St. Hugh of Lincoln* (Quarterly Series), pp. 580-1. El ataúd de plomo en que permaneció el cuerpo hasta la traslación fué hallado en 1887; su parte inferior muy manchada con algún líquido. (*Ibid.*, p. 592).

que regularmente era quemado en el convento en la lámpara del Santísimo. «Acerca de este punto», dice Huysmans, «existen pruebas abundantes y auténticas. Se hicieron investigaciones más o menos detalladas, y los informes de médicos expertos son tan precisos que nosotros podemos seguir día por día el estado del cuerpo hasta que se convirtió en aceite, pudiendo ser conservado en redomas de donde todos los días se echaba una cucharada a la lámpara» [17]. Al parecer, esta historia no es pura leyenda, pero desgraciadamente no he podido tener acceso a la rara Vida en la cual se narra esta curiosa circunstancia. Pero, sin embargo, aunque podemos explicar este fenómeno o dejar de hacerlo, la exudación de alguna de especie de flúido viscoso en muchos cuerpos incorruptos parece un hecho indiscutible que nunca ha sido registrado por la ciencia médica.

17. *The Cathedral*. Traduc. inglesa, p. 100

CAPITULO XI

LA AUSENCIA DE RIGIDEZ CADAVERICA

En tiempos creía yo que el primer caso de ausencia de *rigor mortis* observado fué el de San Francisco de Asís; pero luego he conocido un ejemplo anterior. En la Vida de San Rainerio de Pisa, escrita por un contemporáneo al parecer digno de crédito, se recuerda que «sus miembros no mostraban después de la muerte señales de rigidez. Se conservaron, por el contrario, húmedos y rociados de sudor; eran tan flexibles como los de un hombre vivo» (*AA. SS.*, junio, Vol. IV, p. 370). Parecería que algo fuera de lo común se había observado para sugerir tal declaración. Esto era en 1160.

Poco más de medio siglo después ocurrió la muerte de San Francisco (1226). Sus hermanos, que reunidos alrededor veneraban sus santos restos, contemplaban con temor reverente los estigmas, y el Hermano Elías, que le sucedió como cabeza de la Orden, comunicaba la triste nueva a todas las Provincias. «Desde el principio de los tiempos —escribía él— no se ha oído maravilla tan grande, salvo la del Hijo de Dios, que es Cristo nuestro Dios. Porque ya mucho antes de su muerte, nuestro Padre y Hermano aparecía crucificado, llevando en su cuerpo las cinco llagas, que son verdaderamente los estigmas de Jesucristo». Él los describe minuciosamente, y prosigue relatando cómo durante sus últimos días, su cuerpo inclinado era incapaz de levantar su cabeza; sus miembros «estaban rígidos como corres-

ponde a los de un hombre muerto. Pero después de su muerte su semblante era más bello; fulgurante con un maravilloso brillo que alegraba a todos los que lo veían; y los miembros antes rígidos se volvieron excesivamente flexibles, permitiendo girar como los miembros de un tierno niño acá y allá según su posición». Tomás de Celano, encargado oficialmente de escribir su primera Vida del Santo, declara asimismo dentro de los tres años de su muerte: «Sus nervios no estaban tan contraídos como deben encontrarse los de un cuerpo muerto; su piel no estaba endurecida, ni sus miembros rígidos, sino que fácilmente se doblaban según la flexión que se quería darles». Los hombres de ciencia del último siglo se burlaban de los estigmas como de un cuento de hadas, pero la realidad de estas llagas hoy ya no es realmente discutida.

Si hemos de confiar en quienes atestiguan que ello era una gran maravilla ante sus ojos, parece que existen buenas razones para creer en la exactitud de sus relatos acerca de la flexibilidad de los miembros.

Pero, naturalmente, la fuerza real del caso, como el de los estigmas, está en la multitud de ejemplos posteriores. Estoy seguro de no exagerar si digo que puedo dar referencias de cincuenta casos de reputada santidad en cuyos cuerpos muertos se advirtió la misma ausencia completa de *rigor mortis*. Además, al leer los recuerdos hagiográficos me encuentro constantemente con nuevos ejemplos. Ocurren los mismos en todos los siglos subsiguientes y en nuestros tiempos. La cuestión de si los miembros de un cadáver están rígidos o flexibles no requiere el testimonio de expertos médicos. Este es un hecho que hasta un niño puede observarlo por sí solo. Pero en muchos casos se da el testimonio de doctores que en los siglos XVII y XVIII declararon con frecuencia que la maravilla era inexplicable y, por consiguiente, también maravilloso a sus ojos. Un caso notable de temprana fecha es el del Beato Pedro de Luxemburgo, un joven de sangre real, que murió (en 1387) a

la edad de dieciocho años, ya creado cardenal. En este caso tenemos para el proceso de beatificación la deposición hecha bajo juramento dentro de tres años de la muerte. Testigo tras testigo declararon que los miembros podían ser movidos en cualquier dirección; que el cuerpo estaba frío, que fué tenido a ras de tierra durante cuatro días, al calor de verano, en Avignon, conservándose el semblante hermoso como el de un joven dormido, y sin haber señales de corrupción o rigidez.

Entre los ejemplos modernos, puede llamar la atención en primer lugar el caso de la Hermana María della Passione, una monja del Sur de Italia, fallecida en 1912 a la edad de 46 años, a quien se ha mencionado en este libro más de una vez. Alrededor de las 7,40 de la mañana del sábado 27 de julio, cuando ella dió el último suspiro, y algo más tarde durante el mismo día fueron conducidos sus restos en un ataúd poco profundo y abierto a la capilla del convento, donde fueron visitados por una multitud de personas devotas, ansiosas de mostrar su veneración por la difunta. Su biógrafo nos dice:

«Como el cuerpo de la Hermana María della Passione se conservó perfectamente flexible como si fuera de una persona viva, los piadosos visitantes, tanto hombres como mujeres, tomaron sus manos, que levantaban y besaban con afecto y veneración. Inválidos que padecían enfermedades corporales estrechaban sus manos contra su pecho y garganta o el lugar donde sentían dolor, exclamando: «¡Qué hermosa es! Parece un ángel. En verdad, es vaso de elección» [1].

No hay necesidad de insistir sobre el hecho de que después de ocho o nueve horas de la muerte sería imposible mover de esta manera las manos de un cadáver normal. Oyendo que se acordó dejar el cuerpo tres días

1. L. Fontana, *Vita della Serva di Dio, Sour Maria della Passione* (1917), p. 352.

sin enterrarlo, vino el doctor para manifestar su indignada protesta, pero examinado por sí mismo el fenómeno retiró aquélla.

A pesar del hecho (prosigue su biógrafo) de tratarse de la época más calurosa del año (esto es, julio 27, 28 y 29) y que la escena tuvo lugar en una pequeñita iglesia con gran concurso de gente, en el Sur de Italia, el cuerpo se conservó perfectamente flexible por todo el tiempo, y aunque fué estirado en todas direcciones por el constante manosear de cuantos estaban cerca del mismo, con asombro de todos, permaneció sin traza de corrupción, y sin despedir olor desagradable; por el contrario, se observó que su cara hermoseaba cada vez, siendo sus rasgos más perfilados (*profilato*) [2].

Esto continuó hasta el fin y, a decir verdad, parece que la santa monja misma lo predijo [3]. Precisamente puede contarse un punto a favor de la veracidad de este relato, por no haber en este caso mención de ninguna fragancia preternatural. De los fenómenos, el olor de santidad parece haber sido más común que la ausencia de rigidez, tal vez porque el primero, por sí mismo, llama la atención de los presentes, mientras que el segundo puede pasar fácilmente inadvertido. Si toda la historia fuera simplemente invención de un panegirista sin escrúpulos, no habría razón para que no alegara en favor de su heroína el privilegio de emanaciones perfumadas que, como veremos, juegan una parte tan destacada en parecidas descripciones de fecha anterior. Pero antes de mencionar ninguna de éstas, podemos exponer dos o tres ejemplos de flexibilidad cadavérica que aparentemente no iban acompañadas de ninguna fragancia perceptible.

La Madre Margaret Hallahan, fundadora de la Con-

2. *Ibid.*, p. 353.

3. Se afirma que poco tiempo antes de expirar la Hermana María, dijo: «Il mio corpo dopo la morte no dovra corrompersi». *Ibid.*, p. 355.

gregación Dominicana inglesa de Santa Catalina de Siena, murió en Stone pocos minutos después de medianoche, en la mañana del lunes 11 de mayo de 1868. El cuerpo fué trasladado por la mañana temprano a la sala capitular. Su devota amiga, biógrafa y sucesora en el oficio, Madre Francis Raphael (Drane), escribe lo siguiente:

«Durante el lunes y martes permaneció el cuerpo en la sala capitular; todos sus miembros continuaban flexibles; el semblante perdió todo aspecto de sufrimiento o desgaste, y adquirió una belleza que aumentaba más que disminuía a medida que pasaban las horas. La expresión era de extraordinaria majestad y vigor, pero mezcla de serenidad y suavidad infantiles [4].

El martes por la tarde fué trasladado el cuerpo a la iglesia, no siendo removido hasta el tiempo del entierro después del solemne Requiem, el jueves. El vecindario se agolpaba para contemplar los restos de la santa monja y rozarlos con estampas y rosarios. Los rasgos —dice Madre Drane— permanecieron inmutables en su singular belleza, y las manos aún estaban perfectamente flexibles» [5].

Justamente se puede suponer que si la escritora habla aquí sólo de las manos, es porque el cuerpo estaba entonces colocado en su ataúd, aunque todavía descubierto, y todo ulterior experimento con otros miembros hubiera parecido inconveniente e innecesario. Nadie que conozca algo del carácter de los escritos de Madre Drane, será propenso a pensar ligeramente del testimonio que así presenta los hechos de los cuales ella fué testigo ocular.

No menos concienzuda y exacta es la biografía de la Madre María Gertrudis Salandri de Valentano. Murió en 1748, a la edad de 58 años. Se dice que el cuerpo adquirió gran flexibilidad, conservando una belleza extra-

4. *Life of Mother Margaret Hallahan* (1869), p. 544.

5. *Ibid.*, p. 543.

ordinaria su cara, y color en las mejillas, a pesar de sus sufrimientos y desgaste extremado durante las seis semanas anteriores. Se afirma, en particular, que treinta y seis horas después de la muerte, la superiora tomó sin esfuerzo la mano de la monja yacente en el féretro, y levantándola en alto, dió con la misma su última bendición a las monjas reunidas, que la veneraban como a su madre [6].

Además, leemos de la Hermana Marie de Saint-Pierre, monja carmelita de Tours muerta en julio de 1848, cómo sus miembros, a pesar de estar rígidos e inmóviles durante su enfermedad, después de su muerte se hicieron tan blandos y flexibles como los de un niño.

Lo mismo se dice de otra monja, priora del mismo convento, que entregó su alma a Dios en 1863 [7]. En el caso de esta manifestación, salvo en el de los estigmas, parece que no hay desigualdad en cuanto afecta a la diferencia de sexos. Del Hermano Crispino de Viterbo, por ejemplo, un Hermano capuchino muerto en Roma en 1750 a consecuencia de una necrosis gangrenosa, se afirma que debido a la naturaleza de la enfermedad, decidieron enterrarlo inmediatamente, a pocas horas de acaecido el fallecimiento. Pero, como nos dice su biógrafo:

«Apenas había sido amortajado el cadáver, como todos pudieron ver, se operó un increíble y sorprendente cambio en todas las partes del cuerpo. Las manchas, las llagas, la palidez enfermiza y otras señales de la gangrena, todas desaparecieron al instante; la carne de los miembros se tornó sana, flexible y blanca como la de un niño; las rodillas desdobladas en toda su longitud; las manos y los pies, antes contraídos y anudados, se enderezaron y se hicieron plegables como los de un hombre sano. De hecho, el cuerpo se transformó completamente y, como observaron todos los presentes, no solamente cambió en aspecto, sino que se hizo flexible y bien parecido en tal grado que excitó la atención y asombro de todos» [8].

6. *Vita della V. Madre Maria Geltrude Salandri* (Roma, 1774), pp. 362-3.

7. *Vie de la Soeur Marie de Saint-Pierre* (Tours, 1879), pp. 299 y 377.

Se dice también que cuando el cuerpo fué exhumado a los seis días de la muerte, podían ser observadas la misma flexibilidad y completa ausencia de corrupción [9]. Todavía otro caso fué el del carmelita italiano Angiolo Paoli († 1720). Testigos en el proceso de beatificación depusieron bajo juramento que durante los dos días que después de su defunción estuvo expuesto a la vista, no hubo trazas de rigidez cadavérica. La carne permaneció blanda, de aspecto fresco y en todas partes elástica [10]. Aún es más satisfactoria la prueba en el caso del santo sacerdote André Hubert Fournet, fundador de la Congregación religiosa de Soeurs de St. André. Murió en la diócesis de Poitiers el 13 de mayo de 1834, y en este caso he tenido acceso al impreso *Positio super Introductione Causae*. En el *Summarium* anejo, tres de las monjas que dieron testimonio depusieron cómo ellas, cuando el cuerpo estaba expuesto después del fallecimiento, se ocuparon en tomar rosarios y otros objetos piadosos de los visitantes para que ellos tocaran al cuerpo. Comprobaron su perfecta flexibilidad, declararon no haber la menor señal de corrupción perceptible durante los cuatro días transcurridos antes del enterramiento. Una de ellas especifica en particular: «Al tocar el cuerpo con estos objetos, yo doblé los dedos, muñeca y tam-

8. *Vita del B. Crispino de Viterbo* (Roma, 1806), p. 129.

9. *Ibid.*, p. 131.

10. P. T. Cacciari, *Vita del P. Angiolo Paoli* (Roma, 1766), p. 109.

bién el codo del Siervo de Dios, y en cada caso hallé que la articulación era perfectamente flexible» 11.

Y tal vez sea éste el lugar apropiado para decir unas palabras acerca del aspecto fisiológico de la cuestión de la rigidez cadavérica. En cuanto yo he podido descubrir en variados manuales clásicos, ingleses, franceses, alemanes, españoles e italianos sobre jurisprudencia médica que he podido consultar, ni uno de ellos parece reconocer la posibilidad de que ningún cadáver humano se vea libre del *rigor mortis*. Se han observado muchas manifestaciones en cuanto al momento después de la muerte en que la rigidez hace su aparición, y también por lo que respecta a la duración de este estado de rigidez. Refiriéndose a las condiciones presumibles en que habitualmente tiene lugar en la Gran Bretaña, el Profesor Glaister declara:

«De ordinario, la rigidez comenzará probablemente en el cuello, mandíbula y cara a las cinco o seis horas después de la muerte; se presentará definitivamente en la parte superior del cuerpo a las diez horas, y afectará a todo el cuerpo entre las doce y dieciocho; y, con toda probabilidad, acabará, en la mayor parte de los casos, transcurridas treinta y seis horas» 12.

La misma alta autoridad prosigue diciendo que el *rigor* ha sido diferido hasta las dieciséis horas y ha estado presente hasta veintiún días, aunque naturalmente estos casos representan ser muy extremados. Además, declara que en todas las enfermedades de consunción, de larga o corta duración, la rigidez cadavérica se presenta pronto y pasa rápidamente, y en las mismas condiciones, en seguida se inicia la putrefacción 13. Al

11. Vid. *Processus Beatificacionis A. H. Fournet, Summarium,* núm. 29, §§ 35 y 42, 11, etc.

12. J. Glaister, *Text-Book of Medical Jurisprudence* (Tercera edic. 1915), p. 149.

13. *Ibid.,* p. 150.

mismo tiempo parece que todas las apreciaciones, como las citadas ahora, son algo inciertas y de tanteo. Una autoridad alemana declara que la rigidez cadavérica (*Leichenstarre*) dura habitualmente setenta y dos horas 14; otro de fecha más reciente, sin comprometerse a precisar la duración del *rigor*, declara que en la mayoría de los casos llega a ser completa dentro de las cinco o seis horas de ocurrida la muerte, y solamente desaparece para dar lugar a la putrefacción 15. Una autoridad clásica italiana, basando, sin duda, su apreciación en las condiciones prevalentes en un clima más meridional, afirma que, en general el *rigor* empieza a las dos o tres horas después de la defunción, y sólo desaparece entre treinta y seis y cuarenta y ocho de extinguida la vida 16. Pero como ya se ha observado entre todas estas variantes, en ninguna parte se encuentra una sugerencia de que la rigidez cadavérica pueda estar ausente alguna vez. En efecto, la obra que en Inglaterra pasa por ser la primera autoridad acerca de esta cuestión, declara definitivamente que «los datos fisiológicos previamente declarados ...han demostrado que este período de *rigor mortis* es absolutamente cierto y que llegará más tarde o más temprano» 17.

En vista de tan contundente declaración, los numerosos casos que se presentan en nuestros anales hagiográficos en los cuales parece que no había sido discernible signo alguno de rigidez cadavérica, plantean, por lo menos, un problema extremadamente curioso. Naturalmente, se puede objetar que los casos ya descritos, u

14. C. Emmert, *Lehrbuch der gerichtlichen Medizin* (1900), p. 75.

15. E. Harnack, *Die gerichtliche Medizin* (1914), p. 271.

16. Madia, *Compendio di Medicina legale* (Octava edic., 1914), p. 74.

17. Tailor y Smith, *Medical Jurisprudence* (Edic. 1910), Vol. I, pp. 272-3.

otros aún por examinar, son sólo ejemplos en los cuales el *rigor* se ha presentado extremadamente tarde o por excepción desaparecido pronto.

Aun así, bastará una sencilla consideración para demostrar que esta sugestión no ofrece una solución satisfactoria de la dificultad. Aparte de algunos datos inciertos deducidos de suicidas que se hicieron asfixiar con dióxido de carbono (gas de ácido carbónico) en que, según nos dicen, permanecieron alguna vez los cuerpos durante dos o tres días en la *Morgue* de París sin que sobreviniera el *rigor* [18]; las mejores autoridades inglesas, tales como Glaister, Taylor y Smith, señalan como límite extremo de dilación dieciséis horas o a lo sumo veinticuatro. Ahora bien, en casi todos los casos de flexibilidad aquí considerados, tenemos testimonio explícito que los miembros, y más particularmente las manos y los brazos, no se habían endurecido no obstante haber podido transcurrir uno, dos o tres días desde el instante de la muerte. Hay que recordar que los miembros de una comunidad religiosa están familiarizados con fenómenos físicos corrientes de muerte. Ellos no emplean enfermeras o sirvientes de fuera para prestar los últimos auxilios a los restos mortales de los miembros de la Orden. Por consiguiente, no hay probabilidad de que una ligera, o aun considerable, dilación en el tiempo normal de la aparición del *rigor*. sea proclamada como algo sobrenatural. Tal vez sea más fácilmente concebible que las monjas u otros religiosos pudieran no estar enterados de que la rigidez de un cadáver es sólo temporal, desapareciendo después de cierto intervalo, para dar regularmente paso a la putrefacción; y prácticamente, en todos los casos de que estamos tratando se insiste acerca de la ausencia de toda señal de próxima corrupción, tan firme como acerca de la flexibilidad de los miembros. Además, nuestras pruebas demuestran en la mayoría de los casos que las manos y los brazos del muerto estaban flexibles por completo, precisamente en aquel intervalo, esto es, entre las dieciocho o treinta y seis horas después de la defunción, cuando el cuerpo normal muerto está *siempre* sujeto al *rigor*. Un ejemplo particular de esto se puede encontrar en el caso de San Leonardo de Porto Mauricio. Falleció en Roma poco antes de la media noche en 26 de noviembre de 1751, a la edad de setenta y cuatro años. Para evitar los tumultos y desórdenes que ocurren con frecuencia cuando aquellos que mueren con fama de santidad son expuestos en la iglesia, al pueblo no se le permitió que visitara los restos; el cuerpo fué colocado en la tumba en las primeras horas del 28 de noviembre. Un poco antes de su conducción al sepulcro y, por consiguiente, más de 24 horas después de la muerte, tuvo lugar un examen jurídico en el que estuvieron presentes el Padre Provincial, un notario, varios religiosos y Mgr. Giovardi. Se extendió un documento formal sellado en que se declara que el cuerpo estaba entonces flexible en todas sus partes como si estuviera vivo. Este documento fué presentado con otros en el proceso de beatificación [19].

Los casos considerados hasta ahora únicamente envuelven la ausencia de *rigor*; pero como ya se ha insinuado, este fenómeno aparece frecuentemente asociado a otras manifestaciones. Tal vez no se pueda citar ejemplo más notable que el de los sucesos que acompañaron a la muerte de San Luis Beltrán, el gran misionero dominico, que tuvo lugar en Valencia el 9 de octubre de 1581. Con respecto a la ausencia de *rigor* tenemos aparentemente dos atestaciones: una concerniente al tiempo en que los sagrados restos fueron trasladados a la sacristía, después de la indiscreta devoción de los cazarreli-

18. Tomo esto del libro de texto español, Yáñez, *Elementos de Medicina legal y Toxicología* (Madrid, 1884), pero no he visto mencionados estos casos en otra parte.

19. G. M. da Masserano, *Vita del B. Leonardo da Porto Maurizio* (Roma, 1796), p. 131.

quias en la iglesia, había traspasado todos los límites; y la otra, describiendo la condición del cuerpo inmediatamente antes de ser colocado en la tumba. La primera de estas ocasiones debió de haber sido no menos de dos, ni más de seis o siete horas después que el Santo dió el último suspiro. A este particular dice el Padre Wilberforce: «por este tiempo sus miembros aparecían perfectamente flexibles; el tacto de la carne como si estuviese vivo, pero sin calor» [20]. El examen de los restos antes de su enterramiento definitivo tuvo lugar treinta y seis horas después de la muerte. De la segunda inspección se nos dice que «el cuerpo fué hallado sin cambio alguno, la carne blanca como alabastro, la cara radiante con una peculiar y atractiva belleza, mientras que los miembros estaban perfectamente flexibles» [21].

Como se ha dicho anteriormente, la ausencia de *rigor* en el caso de San Luis Beltrán se hizo especialmente notable por el número de otros fenómenos, al parecer bien atestiguados, que lo acompañaban. Por ejemplo, «en el momento de partir su alma, irradió de su boca una luz brillante que llenó de resplandor toda la celda», esto duró «lo que el tiempo empleado en rezar una Avemaría». Además «salió de su cuerpo muerto ... un perfume de asombrosa suavidad» y «muchos oyeron música celestial en la iglesia donde el cuerpo esperaba su enterramiento» [22]. Parece que este hecho fué objeto de cuidadosa investigación, pero también se reconoce que esa armonía no fué perceptible para todos, y también parece que ocurrió esto con el fulgor que muchos testigos observaron con asombro en las manos y otras partes descubiertas del cuerpo, mientras yacía expuesto en la iglesia [23].

20. Wilberforce, *Life of St. Lewis Bertrand* (1882), p. 402.
21. *Ibid.*, p. 409.
22. Wilberforce, *ibid.*, pp. 393-6, donde se dan detalles.
23. El Padre Wilberforce (p. 403) sumariza la prueba presentada por varios de los referentes a este último detalle.

En el caso del jesuíta San Pedro Claver, «el Apóstol de los Negros» fallecido en Cartagena, América del Sur, hacia las dos de la mañana del 8 de septiembre de 1654, tenemos una combinación parecida de maravillas. La flexibilidad del cuerpo quedó demostrada concluyentemente por el hecho de que mientras diez o doce horas después de la muerte estuvo expuesto en la iglesia, se alteró la posición de las manos y brazos para mayor comodidad de los que vinieron a venerar los restos. En lugar de las manos sujetando un cáliz como al principio se convino, le fué retirado el cáliz; los brazos cruzados, permitiendo que colgaran las manos a ambos lados, para que en esta posición pudieran ser besadas por las gentes. Pero no se contentaron con esto. Los afligidos por diversas enfermedades: mal de ojos, dolores de cabeza, úlceras en los brazos o pecho, levantaban la mano del muerto y la movían para tocarse con ella la parte afectada [24]. Se puede considerar como una prueba más del carácter anormal, por lo menos, de esta flexibilidad, que los testigos depusieron haber observado una fragancia maravillosa en las manos y los pies y un copioso sudor que rociaba toda la superficie del cuerpo.

Se recuerda este mismo fenómeno de varias otras personas que análogamente murieron en olor de santidad, por ejemplo, en el caso del Beato Gaspar de Bono, de San Benito José Labre y San Pascual Bailón. El Beato Gaspar Bono, cuya muerte acaeció en Valencia el 14 de julio de 1604, permaneció tres días sin enterrar, venerado en el extremado calor del verano por interminables olas de devotos que llenaban la iglesia y sus proximidades. Durante todo este tiempo el cuerpo permaneció fragante, flexible y rociado de una misteriosa humedad. El segundo día, treinta y seis horas después del fallecimiento, tenemos datos de dos curas milagrosas que ocurrieron colocando la mano del ca-

24. Vid. J. M. Solá, *Vida de San Pedro Claver* (1888), pp. 438 y 447.

dáver sobre los miembros enfermos de los suplicantes presentes al lado del ataúd [25].

Todavía mejor confirmado (por varios testigos cuyas deposiciones aparecen extensamente en el proceso de beatificación) [26] es el caso de San Benito José Labre. Dió su último suspiro en Roma al atardecer del 16 de abril de 1783 [27]. Cuando leemos que el sudor rociaba su frente tantas veces como le era limpiado; que sus miembros estaban perfectamente flexibles; que el calor no cedió enteramente en cuatro días para dar lugar al frío de la muerte; y que la mano, agarrando autómatamente a un banco soportaba el peso de su cuerpo, es difícil creer que el Santo estuviese realmente muerto, y sin embargo, el cirujano Valenti abrió una vena y la opinión médica parece quedó enteramente convencida de la extinción de la vida. El caso no es poco perplejo, pero parece cierto que no se pudo advertir ningún rastro de actividad en el corazón o pulmones. Una gota de sangre brotó cuando le abrieron la vena.

Una dificultad parecida se presenta en el caso de San Pascual Bailón. También aquí hubo una extraordinaria humedad que rociaba la frente, y los miembros conservaron una flexibilidad absoluta durante los tres días en que estuvo expuesto el cuerpo. Los ojos continuaban brillantes y abiertos, y era fácil retirar los párpados. Nunca se cansaba la muchedumbre de visitantes de hacer experiencias para tratar de mirar en las profundidades de aquellos órbitas asombrosas [28].

25. P. A. Miloni, *Vita del B. Gasparo de Bono* (Roma, 1790), pp. 122-3, 126, 150.

26. Hay un ejemplar de una gran parte del proceso en la Biblioteca del British Museum.

27. Los detalles pueden encontrarse cómodamente en Desnoyers, *Benoit Joseph Labre* (Lille, 1857), pp. 449-77.

28. Vid. *Acta Sanctorum*, mayo, IV, pp. 75-6; y de Porrentruy, *The Saint of the Eucharist* (traduc. inglesa, 1908), pp. 166-78.

Pero el número de casos en que no se pudo descubrir trazas de *rigor* es demasiado grande para enumerar o discutir uno por uno, y este hecho, según me parece, es la mejor contestación a la sugerencia de que estos santos, varones y mujeres, no estaban realmente muertos. Se puede concebir haber habido una equivocación en uno o dos casos aislados, pero ciertamente hay que rechazar la idea de una serie de equivocaciones, o la suposición de que los santos están particularmente predispuestos a pasar a un estado comatoso sin señal de vida perceptible (*por hipótesis* excluyendo también toda rigidez cataléptica) [29].

Los mismos religiosos, mujeres y hombres que dieron testimonio de la muerte de estas almas escogidas y de la condición de sus restos mientras esperaban la sepultura, son probablemente los que están más familiarizados con los fenómenos de trance o éxtasis. Para tomar un ejemplo notable voy a citar el caso de la monja Veronica Laparelli que murió en Cortona en 1620. Con frecuencia caía en éxtasis, a veces por sesenta o más horas. Hacia las cinco después de su defunción fué abierto su cuerpo, y removidas las vísceras. Uno de los cirujanos que tomó parte en esta operación depuso bajo juramento en el proceso de beatificación. Declaró que no había ninguna rigidez cadavérica, continuando flexible la carne sin rastro de olor desagradable, y que los ojos seguían tan hermosos y brillantes como si la vida no los estuviese extinguida. La remoción de corazón y las vísceras elimina toda hipótesis de que la vida no había desaparecido. Aún más, cuando después

29. Al mismo tiempo no me aventuraría a afirmar que jamás haya ocurrido esto. Del Proceso de Francisco Camacho de Lima, en Perú (1698), sabemos que el cuerpo permaneció completamente flexible hasta que fué abierta una vena a unas 24 horas de la muerte aparente. Brotó la sangre en abundancia, pero poco después empezaron a manifestarse las señales de putrefacción y el cuerpo fué enterrado rápidamente.

de algunas horas de la operación fueron admitidos los visitantes para ofrecer su tributo de respeto y admiración a la difunta, nos dicen que los ojos estaban aún tan brillantes que las monjas levantaron sus párpados para contemplarlos. Todo el semblante, como declara una de ellas, aparecía sonriente (*pareva che ridesse*). Todavía, para citar a otra monja testigo:

«El cuerpo, y particularmente las manos y la cara, no adquirieron rigidez, aunque el tiempo era de riguroso frío; y yo sé esto porque pusimos en sus dedos los anillos que la muchedumbre venida por devoción nos daba, anillos que podían deslizarse en sus dedos y ser sacados de nuevo sin dificultad. Yo sé esto porque lo vi» [30].

Además, tenemos una prueba muy concluyente de la ausencia de rigidez cadavérica en el relato de las escenas que siguieron a la muerte de San Félix de Cantalicio en mayo de 1587. Expiraba el lunes por la tarde. El cuerpo, al ser lavado y amortajado algunas horas más tarde, estaba flexible. Cuando el martes fué expuesto en la iglesia a la devoción del pueblo, éste arrancó casi todo el hábito que vestía el Santo, y hubo que proveersele de un nuevo hábito. Se observó que no ofrecía la menor dificultad en vestir de nuevo al cadáver; en efecto, como declaró el enfermero, entonces debido a la perfecta flexibilidad de los miembros, hubo mucha menos dificultad en vestirle que cuando estaba enfermo antes de aproximarse el momento final [31].

Tal vez la clase más interesante del caso en que se había observado ausencia de rigidez es el que se relaciona con exudación e incorrupción de la sangre. Pero el presente capítulo amenaza con traspasar sus propios límites, y los fenómenos de sangre pueden exigir para sí un capítulo aparte.

---

30. Verónica Laparelli, *Summarium super Virtutibus*, pp. 242-3, y fc. pp. 240.

31. *AA. SS.*, mayo, Vol. IV, pp. 227-8, 244, 276.

CAPITULO XII

PRODIGIOS DE SANGRE

Si al discutir el problema de la incorrupción yo me inclinaba a considerar como inexplicable por mera coincidencia el fenómeno tan frecuentemente observado en los cuerpos de los santos, se puede afirmar que análogas maravillas registradas, referentes al comportamiento de su sangre después de la muerte han influído mucho en mí para formar aquella opinión. Muchas de estas historias son de fecha antigua. En una narración de Paulino, biógrafo de San Ambrosio, referente al descubrimiento del cuerpo de San Nazario, declara que, después de un lapso de muchos años, se vió a la sangre del mártir «tan fresca como si hubiese sido derramada el mismo día». De la misma manera, el mismo San Ambrosio declara que cuando los cuerpos de San Gervasio y Protasio fueron desenterrados «se encontró muchísima sangre».

El Abad Einhard, biógrafo de Carlomagno, que como cronista veraz goza de gran reputación, dice que siendo él testigo ocular cuando trasladaron en su propio monasterio los restos de SS. Marcelino y Pedro, exudaron sangre durante varios días [1], no obstante haber sufrido el martirio 500 años antes. Hay muchas declaraciones parecidas en los documentos carolingios, algunas de ellas evidentemente falsas; otras, hechas por autoridades normalmente consideradas como dignas de crédito. Aun así, no parece que merezca la pena de re-

---

1. *AA. SS.*, junio, Vol. I, p. 181.

unir pruebas tan remotas, pues siempre sugieren muchas dudas, aunque no fuera más que por las incertidumbres que rodean el proceso de transmisión [2].

Sin embargo, un ejemplo que pertenece al fin del siglo doce, parece digno de mencionarse en parte, porque es un ejemplo inglés; y en parte, porque está fundado en testimonio indudablemente contemporáneo y que, en su casi totalidad es digno de crédito. El Santo en cuestión es el ermitado San Godric de Finchale.

Su vida fué escrita por su ferviente amigo y vecino, Reginaldo de Durham Godric, quien nos informa que aquél debía tener más de noventa años y llevaba en cama cerca de ocho, muriendo en la madrugada del 21 de mayo de 1170. Da un descripción completa de cómo el cuerpo fué depositado en varias envolturas cosidas, pero dejando expuestos los pies. Pronto se difundió la nueva de la muerte del santo varón, y algunos personajes de distinción (*nobiliores quidam*), con otros de menos importancia, se apiñaron en la ermita antes del amanecer en busca de reliquias.

Nos dicen que ante tal deseo sus hermanos religiosos fueron movidos a cortar las uñas de los dedos de los pies, y «cortando demasiado hondamente, salió sangre como en un hombre vivo, de manera que el rojo carmesí salpicó las manos del que manejaba el cuchillo, aunque el cuerpo muerto se había enfriado mucho antes; en efecto, iba anocheciendo y él murió en la aurora temprana». Como dice el cronista, a las nueve de la mañana del día siguiente, cuando estaban a punto de colocar el cuerpo en el sepulcro, apareció aún una gota de sangre fresca en los dedos de sus pies; y un asiduo devoto, afligido hacía tiempo por una enfermedad llamada «anatrope» —parece que consistía en la incapacidad de retener alimento alguno; probablemente de origen histérico— cuando besó los pies del Santo fué curado instantáneamente al contacto de la sangre [3].

Aunque la efusión de sangre de que aquí se habla, a las trece o catorce horas después de la muerte, no puede seguramente considerarse sin paralelo en la experiencia médica, parece ciertamente muy rara. Por ejemplo, nos dice una alta autoridad que, en general, después de la muerte: «las incisiones no producen sangre. Puede haber excepciones, por ejemplo es factible ocurrir una sangría manifiesta en casos extremos de cianosis, o cuando en un período posterior, el desarrollo de los gases en el tronco arrastra a la sangre del mismo a las extremidades» [4].

Asimismo leemos en *Medical Jurisprudence* de Taylor y Smith: «La sangre, en el cuerpo muerto, se coagula más lentamente que en una vasija que la recoja en vida o después de la muerte. La sangre permanece flúida en los vasos del cuerpo muerto durante cuatro a ocho horas, o aun hasta doce después de muerto. Raramente empieza a coagularse hasta que pasen cuatro horas; pero si se saca de la redoma y expone al aire, se coagula a los pocos minutos después de removerla» [5].

Parece que no tiene objeto seguir ningún orden cronológico en los ejemplos de hemorragia *post mortem* que me propongo presentar en este artículo. Así pode-

2. La idea de la sangre de los mártires exudando del suelo donde había caído hirviente, y de haber sido recogida y conservada, se encuentra en Hillinus (*c.* 1109) escribiendo sobre los milagros de San Foilan (*AA. SS.*, octubre, vol. XIII, p. 418). Cuando el eclesiástico encargado de la iglesia de Soignies fué llamado para ver la maravilla: «Venit, vidit, credidit et obstupuit». El recogió algo de sangre en un copón y lo colocó en el santuario de la iglesia.

3. Reginald of Durham, *De Vita S. Grodici* (Surtees Society), pp. 328-9.

4. T. Sheenan, *Post-mortems and Morbid Anatomy* (1912), Vol. I, p. 420.

5. Taylor and Smith, *Medical Jurisprudence* (1920), Vol. I, p. 420.

mos tratar convenientemente el caso de Santa Catalina de Bolonia, cuyo cuerpo incorrupto, aunque ahora muy ennegrecido y feo, ha sido preservado intacto hasta nuestros días. Santa Catalina, la abadesa de la comunidad de Monjas franciscanas, murió en 9 de marzo de 1463, a los 49 años de edad. Según la costumbre de la Orden fué enterrada sin ataúd, sólo algunas pocas horas más tarde. Casi inmeditamente se percibió una notable fragancia en el lugar en que fué enterrada, y cuando allí tuvieron lugar curas milagrosas, las monjas empezaron a dudar si no deberían tratar con más reverencia el cuerpo de su santa abadesa. Después de dieciocho días, el confesor de la comunidad dió permiso a las monjas para exhumar el cuerpo. La cara estaba aplastada y ensuciada por la tierra, pero después que los restos fueron reverentemente limpiados, recobró toda su belleza, y rosadas mejillas reemplazaron a la palidez de muerte. Ocurrieron también otras maravillas, e Illuminata Bembi, que sucedió a Santa Catalina en el oficio de abadesa, ha dejado en el relato que escribió por aquel tiempo detalles como los siguientes:

«El Viernes Santo, sintiendo devoción por los preciosos restos, y habiendo obtenido permiso de nuestro confesor, abrimos el sepulcro (en el que ahora están honorablemente encerrados) y al levantar el velo de seda que cubría el virginal cuerpo, hallamos que estaba completamente bañado en sudor, y mientras lo limpiábamos con lienzos exhalaba el olor más agradable. Una de las Hermanas, viendo un trocito de piel colgando en uno de sus pies, lo arrancó, y en el mismo instante manó del lugar sangre roja como si el cuerpo estuviese vivo... La noche que precedió a la Pascua de Resurrección abrimos de nuevo el sepulcro, y cuánta fué nuestra sorpresa al ver uno de sus ojos algo abierto y apareciendo muy bella; momentos después abrió también un poco el otro. Al llegar la mañana, la santa parecía más bella que nunca; su frente semejaba brillar; su cara era de color de rosa y una suave luz llenaba sus ojos, que estaban completamente abiertos... Tres meses más tarde sangró dos veces de la nariz, tan copiosamente como para llenar una copa con su sangre» [6].

Hay que reconocer que en la Vida de Santa Catalina de Bolonia, hay pasajes escritos siglo y medio después de su muerte por el Padre Grasset, y que habrán de chocar al lector como muy extravagantes. La historia contada en otro capítulo sobre la vocación de Leonora Poggi es en particular completamente increíble. Pero el relato resumido anteriormente es una inserción, toda una pieza testimonio de primera mano por un testigo ocular que aun imaginativa y crédula, apenas puede ofrecer sospechas de haberlo concebido deliberadamente. El cambio de color en la cara, y la hemorragia de la nariz después de la muerte pudieran ser causados por la existencia de «hipostasis» o acumulación de sangre no coagulada; pero Taylor y Smith, al tratar de fenómeno similar, hablan de unos pocos *días*, no de tres semanas y de tres meses. «El cambio de una hipostasia», dicen «puede causar enrojecimiento en la cara o en un cuerpo que ya está muerto tres días» [7]. Yo no tengo duda que muchas de las curiosas hemorragias post mortem y extraños sonrojos del semblante registrados en documentos hagiográficos han sido debidos a hipóstasis, pues me he dado cuenta de que estos fenómenos ocurren indefectiblemente si el cuerpo ha sido trasladado de un lugar a otro y expuesto a violentas sacudidas. Pero sangrar un cuerpo en sus extremidades un mes después de la muerte, y las persistencias de estas hipóstasis durante semanas, aun años sin ninguna señal de putrefacción es indudablemente asunto que exige más completa investigación. Nada más cierto que el hecho de cómo el cuerpo de Santa Catalina, expuesto com-

6. Grasset, *Life of S. Catherine of Bologna* (Traduc. Oratoriana), pp. 467-9.

7. *Medical Jurisprudence* (Edic. 1920), I, p. 285.

pletamente al aire, fué guardado por algún tiempo en el mismo lugar, no muy amplio, en que las monjas cantan su Oficio y pasan en oración una gran parte del día. Ellas procedieron durante dos años como si ella aun hiciera de abadesa, y no eligieron sucesora. Algo más tarde, el cuerpo, sentado, fué colocado en un nicho donde por una reja mira al altar mayor, y aunque ennegrecido y arrugado, continúa en la misma posición hasta hoy. Grasset declara que por más de setenta años las uñas de sus manos y pies crecieron como en persona viva; las cortaban regularmente; pero, añade, que en su propio tiempo (1620) el crecimiento había cesado por endurecimiento y desecación de las extremidades del cuerpo [8].

Pero nuestro interés está en los fenómenos relacionados con la emanación de sangre por cuerpos muertos, y hay que observar que no obstante ser este tipo de manifestación menos común que el de la ausencia de rigidez, aún es muy considerable el número de casos alegados. En la mayoría de ellos, este flujo de sangre ha sido ocasionado por un intento de cortar alguna porción pequeña o grande de la carne para conservarla como reliquia. La Vida de San Francisco Jerónimo, el jesuíta napolitano, que murió en 1716, provee un buen ejemplo en vista de que poseemos deposiciones hechas bajo juramento durante el proceso de beatificación por personas principalmente interesadas. El Hermano coadjutor, Juan de Giore, que al declarar tres o cuatro años después del evento tenía cuarenta y ocho años, nos cuenta la siguiente historia. Fué encargado de vestir y amortajar el cuerpo del Santo para el entierro.

«El Padre Francisco dió sus últimos suspiros hacia las diez de la mañana. Su cuerpo se conservó blando y flexible; su cara parecía más hermosa que en vida. Nadie pudo sentir miedo ante él, y así, aunque yo tengo

8. *AA. SS.*, marzo, Vol. II, p. 81 E.

horror a los cadáveres, estuve cerca de él, moví y vestí sus miembros con mis propias manos, no sintiendo todo el tiempo sino deleite y consuelo. Había dos Hermanos que me ayudaban, y mientras procurábamos ponerle las manos verticales y un poco separadas para que recibiese y sostuviese un cáliz entre ellas, antes de llevar el cuerpo a la iglesia, pero como las manos y brazos eran flexibles, caían de nuevo cuando nosotros las colocábamos en su lugar. Así que yo le dije: «Querido Padre Francisco, tenga sus manos quietas como yo las pongo», y de hecho las manos entonces quedaban como yo las había colocado, sin caer como anteriormente dos veces. Entonces se me ocurrió un piadoso pensamiento, y junto con otros dos Hermanos, uno llamado Pedro Miglietti, ya difunto, y el otro Francisco Sala, resolvimos cortarle los callos que tenía en las plantas de sus pies para conservarlos como reliquias. Empezamos a hacerlo, pero al cortar el primer callo —que si no me equivoco era en la planta del pie derecho— empezó a manar sangre, brillante y rojo carmesí, en tal cantidad, que tuvimos que emplear varios lienzos para limpiarla, además de recoger dos onzas en una pequeña jofaina, y no cesaba de fluir a pesar de todos los esfuerzos que hicimos para detenerla mojando con *acquavita sfemmata*. En efecto, como he dicho, continuó sangrando desde las diez y media hasta las siete de la tarde, de manera que la gente devota, impregnó con ella una multitud de pequeños lienzos, y en particular, también fué mojado el pañuelo de la Signora Principesa della Roccella Cantelini, y desde entonces he oído que lo conserva con gran devoción en el estuche donde guarda sus joyas» [9].

Ahora bien, no habiendo nada de extraordinario en el hecho de que una incisión hecha en el pie, media hora después de la muerte, fuera seguida de hemorragia, soy

9. A. Muzzarelli, *Raccolta di Documenti spettanti a la Vita del B. Francesco Geronimo* (Roma, 1806), pp. 262-3.

de opinión de que la continuación de la misma por espacio de ocho o nueve horas habrá de considerarse como una ocurrencia más rara, no obstante haber sido el goteo de la herida muy ligero, como podía haber ocurrido en este caso. De todos modos, es digno de notarse cómo muchos de los testigos hablan de la extraordinaria fragancia despedida del cuerpo durante los tres días precedentes al entierro, y de los pañuelos impregnados en su sangre, como también de la flexibilidad con que las manos y los brazos eran movidos libremente por quienes podían acercarse al ataúd.

Un caso parecido es el de la Hermana María di Gesú, que murió en Angelópolis, (Méjico), el 11 de junio de 1637, a la edad de 58 años. Dicen que pasó a mejor vida a las tres de la tarde, y que el cuerpo fué vestido y amortajado poco después de tres horas. Sus facciones no presentaban la palidez cadavérica; los miembros se mantuvieron perfectamente flexibles; se hizo perceptible una admirable fragancia; su cara transpiraba un sudor copioso, cuya humedad, a pesar de haber sido limpiada constantemente, continuó hasta que el cuerpo recibió sepultura. Algo después de media noche, una de las monjas, sintiéndose inclinada a obtener una reliquia, se aventuró secretamente a cortar uno de los dedos de los pies, por donde salió sangre en abundancia, y aunque ella procuró absorberla con lienzos y recogerla después en una vasija, la herida continuó goteando hasta que las monjas le aplicaron un polvo astringente y rogaron para que el flujo cesase [10].

Como anteriormente se ha dicho, los prodigios de sangre relacionados con las incisiones en los cuerpos de los santos son muy numerosos y pertenecen a todas las épocas. Una vida contemporánea escrita en latín de San Silvestre, Abad de Monte Fano, muerto en 1267, cuenta cómo una mujer que cuarenta y ocho horas después de su expiración vino a venerar sus reliquias, in-

10. *Vita di Maria di Gesù* (Roma, 1739), p. 249.

tentando secretamente cortar un trozo de carne de su pie, fué sorprendida por un flujo de sangre que manaba de la herida «tan copiosamente como podía haber sido en un hombre vivo» [11]. A San Luchesius, terciario franciscano, fallecido en 1260, le cortaron igualmente el pulgar del pie, y la operación fué seguida de gran profusión de sangre. La leyenda que contiene esta afirmación aparece compilada antes de 1320; el Padre Papebroch, el Bolandista, considera claramente el documento como digno de crédito. Sin embargo, mucho más notables son los casos en que el intervalo entre la muerte y la efusión de sangre es cuestión de meses y años. San Pedro Regalado, franciscano, murió en 1456. En 1492, esto es, treinta y seis años más tarde, su cuerpo fué exhumado y trasladado a un sepulcro más honroso. A petición de la Reina española Isabel fueron cortados del brazo la mano o, por lo menos, varios dedos, y se declaró que de ambas caras manó sangre fresca (*recentissimus sanguis*) como de un cuerpo vivo, y esta emanación de sangre continuó por algún tiempo [12]. Aunque las fuentes originales de este relato no nos son conocidas, el Padre Antonio Daça, O. F. M., es el cronista que tuvo a mano todos los archivos de su Orden, y es considerado generalmente como fidedigno. En efecto, en un epílogo adicional de otra obra suya, la *Vida de Juana de la Cruz* (*Vázquez*), escribe ampliamente acerca de la necesidad de observar la más estricta exactitud en todas las afirmaciones históricas. Otro caso notable, y aparentemente bien atestado, es del dominico Jerónimo Batista de Lanuza, obispo de Albarracín. Murió el 15 e diciembre de 1624 y, como tenía gran fama de santidad, hubo la acostumbrada disputa para retener sus restos mortales como tesoro precioso. Se recordará pro-

11. C. F. Franceschini, *Vita di S. Silvestro Abbate* (Jesi 1772), p. 224. *AA. SS.*, abril, Vol. III, pp. 603 C, 612 B.

12. Daça reproduce en *AA. SS.*, marzo, Vol. III, pp. 864 C, 866 B.

bablemente que unos cuarenta años antes, el cuerpo de su gran paisana Santa Teresa dió lugar a parecidas disputas. Treinta y seis días después del entierro, el cuerpo del santo obispo fué exhumado y se le halló sin ninguna señal de corrupción. El rostro no tenía la palidez de muerte, todos los miembros estaban flexibles, la carne elástica, y las venas salientes como cargadas realmente de sangre. Se adoptó un extraño compromiso por el cual la ciudad de Albarracín conservaría los miembros inferiores, mientras el cuerpo sería definitivamente enterrado en Zaragoza. Un hábil cirujano fué invitado a cortarle las piernas por las rodillas. Aunque se preveía alguna efusión de sangre y se hicieron ligaduras para prevenirla, las precauciones resultaron inútiles. Se afirma que brotó gran cantidad de sangre, tan flúida y de rojo fuerte, como si la operación hubiese sido realizada en un cuerpo vivo [13]. La biografía de Lanuza, publicada veinticuatro años más tarde en un volumen en folio por Fray Jerónimo Fuser, O. P., que había sido su confesor, declara que juntamente con el del cirujano da los nombres de diecisiete personas que estuvieron presentes en esta amputación, y parece cierto que el escritor tuvo a mano las deposiciones formales hechas por ellos y por otras autoridades médicas en el proceso de beatificación [14].

Sería de desear el ver las palabras textuales con que los médicos dieron testimonio, pero desgraciadamente estos documentos no aparecen reproducidos en la Vida,

13. El autor de esta Vida, probablemente a causa de su discusión acerca del asunto con los expertos médicos, insiste mucho sobre el color de la sangre, y parece tan bien informado como cualquier moderno cirujano de que la sangre negra venosa o el serum rojo con un tinte de sangre podían aparecer en aquellas circunstancias.

14. Para todo esto, véase Gerónimo Fuser, *Vida del Venerable y Apostólico Varon, Don Fray Gerónimo Batista de Lanuza* (?Zaragoça, 1648), pp. 283-8.

y el proceso de beatificación es inaccesible para mí. Parece, sin embargo, que no hay razón para dudar de la exactitud substancial de las declaraciones hechas. Cuando el cuerpo así privado de sus extremidades inferiores llegó a Zaragoza cuatro días más tarde, tenía la cara sangrante [15]. Conjeturaron que debió de haber recibido algún golpe en el traqueteo del tránsito. Pero aún no hubo trazas de corrupción, y la sangre que manaba era tan flúida y roja como la que un hombre vivo podría derramar [16].

Muy parecido a mi juicio, pero mucho menos atestada, es la historia de los brazos cortados a San Nicolás de Tolentino. Se cuenta que fueron cortados del venerable e incorrupto cuerpo del Santo en 1345, cuarenta años después de su muerte, por un Hermano lego que quiso llevarlos a Alemania; pero este acto sacrílego fué ocasión de un extraño flujo de sangre que llevó al descubrimiento del ultraje y a la detención del ladrón. Lo más notable aún es que habiéndose colocado en Tolentino en preciosos relicarios los dos brazos así descubiertos, se advirtió que continuaron emitiendo sangre a intervalos durante el espacio de tres siglos o más, habiéndose considerado estas efusiones como presagio de alguna calamidad. La prueba referente al prodigio original de separación de los miembros ciertamente no es

15. *Ibid.*, p. 290.

16. En la Vida de San Bernardino de Siena publicada en 1911 por la Baronesa von Hügel, de la francesa de Thureau-Dangin, se puede leer cómo estuvo el cuerpo del santo durante veinte días a la entrada de la iglesia franciscana en Aquila (exactamente como Pinturicchio pintó la escena), y que cuando surgió la lucha entre los nobles y el pueblo de la ciudad, ambas partes dejaron de combatir a la vista del cuerpo, de cuya nariz fluía copiosa sangre. Reprendidos de esta manera se reconciliaron ambos partidos. De cualquier manera que se explique el hecho, debieron ver algo que les hizo cesar. J. H. C.

satisfactoria, pero no puede haber duda razonable de que de los brazos, venerados en Tolentino como de San Nicolás, fluyera de tiempo en tiempo durante los siglos XVI y XVII una curiosa exudación de un rojo flúido, descrito como «sangre». Parece que en 1699 continuó esta descarga con bastante persistencia durante cuatro meses seguidos, y también son dignas de notarse la efusión de 1671 y 1676 [17]. El Papa Benedicto XIV, en su famoso tratado sobre la Beatificación y Canonización de santos, acepta la maravilla como auténtica y, aparentemente, declara milagroso el caso [18]. Sin embrago es obvio que la ciencia en aquella época era incapaz de aplicar ninguna prueba concluyente para decidir si un flúido era realmente sangre viva o una especie de serum obscuro desprovisto de corpúsculos de sangre. Parece que aun la ciencia moderna sabe muy poco acerca de la histología de un cadáver en que no ha tenido lugar la putrefacción normal.

En general se puede decir que los casos de efusión de sangre después de la muerte registrados en nuestros anales hagiográficos son bastante numerosos, y que difieren ampliamente en cuanto al tiempo en que se ha observado este fenómeno. En el caso de San Juan de la Cruz, contemporáneo y amigo de Santa Teresa, nos dicen que su cuerpo incorrupto fué exhumado nueve meses después de haber sido colocado en la tumba. En esta ocasión, y antes que fuese devuelto a su lugar de descanso:

«A petición de Zeballos, el prior, para que pudiese dárselo a Doña Ana como prueba de la historia que tenía que contar, cortó uno de los tres dedos de la mano derecha que sostenían la pluma cuando escribía el Santo. La mano estaba llena de sangre, brotando ésta tan libremente como de la mano de un hombre vivo [19]».

17. Vid. N. G. Ceppi, *Il Sangue Miracoloso, etc.* (Roma, 1725), pp. 124, 126, 140.

18. *De Beatificatione,* etc., Lib. IV. P. I, XXXI, n. 8.

Un intervalo aún mayor se recuerda en el caso del Santo franciscano Pacífico de San Severino. Murió el 24 de septiembre de 1721, y en su caso, como en el de otros muchos santos extáticos, se dió, hasta el tiempo en que tuvo lugar el entierro, la acostumbrada fragancia y completa ausencia de rigidez cadavérica. Más de cuatro años después, su cuerpo fué desenterrado; y se le encontró completamente incorrupto, flexible en todos los miembros, y emitiendo un perfume suave. Al mover el cuerpo, ocurrió un accidente. La cabeza dió violentamente contra la escalera y se separó del tronco, empezando a manar de su cuello un río de sangre roja, y salpicó la camisa de un tal Francesco Tarquinio que estaba ayudando en el traslado. El Padre Melchiorri, que escribió la Vida de San Pacífico más de un siglo después, declara que esta camisa se conservaba como reliquia en la capilla de una noble familia que él nombra [20].

En otros casos, la emisión de sangre se presentó al poco tiempo después de la muerte, pero aun así fueron juzgados como inauditos y aun milagrosos por médicos, quienes a pesar de sus concepciones muy primitivas de la enfermedad, tenían mucha experiencia en anatomía práctica. Por ejemplo, San Francisco Caracciolo, el Fundador de los clérigos Regulares murió el 4 de junio de 1608 a las seis de la tarde. Tres días después se decidió embalsamar el cuerpo, y había que trasladarlo a bastante distancia para enterrarlo. A la primera incisión del cirujano, con grandísimo asombro suyo, siguió una copiosa cantidad de sangre (*flúido, vigoroso*

19. David Lewis, *Life of St. John of the Cross,* (Edic. 1897), p. 293.

20. Melchiorri, *Vita di San Pacifico di San Severino* (Roma, 1839), pp. 28-9.

e vermiglio), mientras llenaba el aposento una inexplicable fragancia [21].

En el caso de San Gerardo de Majella, Hermano lego redentorista, el intervalo fué más corto. Tres horas después de su muerte, el 15 de octubre de 1756, el superior le abrió una vena y «salió una cantidad copiosa de sangre roja». Además, dos días después, antes de ser definitivamente colocado en la tumba «el superior de la casa le abrió de nuevo una vena, y salió sangre que hablaba más de la vida que de la muerte» [22]. Aunque en tales circunstancias se podía dudar de si la vida estaba realmente extinguida, se diría que la comunidad y los doctores parecían estar satisfechos acerca de este punto. Casos de este género son bastante numerosos y, sin entrar en detalles, será bastante mencionar el copioso flujo de sangre roja que brotó al abrir una vena del cuerpo de Bernardo da Corleone († 1667), Hermano lego franciscano, del Padre capuchino Padre Antonio da Modena († 1648) y Angelo di Acri, otro capuchino, en 1739.

Existe otro tipo de prodigio de sangre bastante diferente relacionado en parte con la conservación de la sangre humana, flúida e incorrupta, y parte con su aparente ebullición. Tenía intención de discutirlo en el presente capítulo, pero apenas sería posible entrar en detalles sin extenderme más allá de los límites normales. Así, pues, voy a terminar observando que algunos de los casos en que se ha sacado sangre, sea de sujetos vivos o muertos, y haya permanecido sin coagularse y sin dar señal de fermentación o putrefacción, parecen ciertamente presentar una curiosa analogía con la ausencia de rigidez cadavérica y de inmunidad al deterioro normal con que el estudioso tropieza una y otra vez al examinar los anales hagiográficos. Entretanto puede no estar fuera de su lugar citar ciertas observaciones de un especialista que parece ha dedicado mucha atención a este campo de investigaciones. Es el Profesor Halliburton. Dice él:

21. Cencelli, *Compendio della Vita di S. Francesco Caracciolo* (Rome, 1805), pp. 101-2.

22. Vasall-Phillips, *Life of St. Gerard of Majella* (1915), página 178.

«La coagulación de la sangre después que ha sido derramada, es en muchos puntos parecida a la rigidez de los músculos que se presenta después de la muerte, llamada *rigor mortis*. El plasma de la sangre, durante la vida, es líquido; el plasma muscular, esto es, el contenido del sarcolema es también en vida líquido. Ambos contienen materias albuminosas de naturaleza compleja en las cuales algunas de estas proteínas o substancias albuminosas sufren un cambio después de la muerte; este cambio es una solidificación, llamándose la substancia sólida, coágulo; y el residuo líquido, suero.

En el caso de la sangre, el coágulo está compuesto de fibrina (con corpúsculos entrelazados), que después de la coagulación flota en el suero. En el caso de plasma muscular, el coágulo está compuesto de miosina, y el líquido residual se llama suero muscular».

Después de especificar ciertas condiciones que impiden la coagulación del plasma muscular así como también del plasma sanguíneo, el Profesor Halliburton prosigue:

«La semejanza entre la conducta del plasma muscular y el plasma sanguíneo me sugiere que la causa de la coagulación es la misma en ambos casos, a saber: la acción del fermento... La cuestión de la causa de la desaparición del *rigor mortis* a determinado tiempo después de haberse presentado es una cuestión que actualmente estoy investigando, y no me parece satisfactoria

la teoría comúnmente aceptada de que es debida a cambios putrefactivos [23].

»Esto parece prometer que la ciencia pueda algún día estar en posición de explicar por causas naturales los curiosos fenómenos que hemos estado considerando. Pero los mismos hombres de ciencia estarían probablemente muy deseosos de admitir que al presente todo el asunto de la coagulación de la sangre y su resolución en el cadáver es muy oscuro, y toda teorización es aventurada».

23. *Ninth International Medical Congress*, Wáshington, 1887, Vol. III, pp. 251-2.

CAPITULO XIII

EL CASO DE MOLLIE FANCHER

I

El propósito del presente capítulo es explicar la dificultad de señalar límites precisos al rango de aquellas manifestaciones naturales, pero extraordinarias, del ser espiritual del hombre que la ciencia estudia ahora bajo el nombre de psicología anormal. Hace dos siglos, tales fenómenos eran sumariamente descartados por católicos y protestantes como brujería y sortilegios; en suma, como obra del demonio. Pero esto ocurría cuando aún no se reconocía la realidad del trance hipnótico y antes que se enderezara la atención a posibilidades de las cuales no tenían idea las épocas pasadas. Ahora somos más prudentes, y las dilaciones que hasta ahora han impedido toda declaración por parte de las comisiones episcopales nombradas para informar acerca de los sucesos de Limpias o el caso de Teresa Neumann, parecen demostrar que en los círculos eclesiásticos informados han tomado más en serio la lección de cautela. En las páginas siguientes propongo limitarme casi exclusivamente a los extraños hechos registrados en la vida de Miss Mollie Fancher.

Vamos a empezar por un breve esbozo de los rasgos que prestan mayor interés al caso. Mollie Fancher nació en 1848. Pasó su vida en casa de su tía en Brooklyn, New York, y murió en la misma casa algo antes del fin del siglo pasado. Parece que desde la niñez tenía

constitución tuberculosa, y como resultado de dos accidentes muy serios en 1865 y 1866, no mucho después de dejar la escuela, quedó inválida incurable; por más de treinta años nunca abandonó el cuarto y, hablando propiamente, su cama. Sus extremidades inferiores, dobladas en ella, llegaron a torcerse y atrofiarse; a esto siguieron una ceguera permanente y una complicación de desórdenes nerviosos con curiosas manifestaciones. Durante muchos años fué incapaz de tragar, subsistiendo casi completamente sin alimento; pero en este estado de lisiada desarrolló notables cualidades de clarividencia. Se cita que discernía muchas veces lo que estaba ocurriendo en pueblos distantes, conocía el contenido de cartas selladas, podía leer libros con gran rapidez pasando su mano sobre la página impresa, y parece cierto que ella ejecutaba el más delicado trabajo artístico colocado sobre su cabeza —la única posición que su paralizado brazo le permitía— de la que no podría haberse servido ni aun el pleno uso de sus ojos. Muchos testigos declaran que ella, solamente con el tacto, podía distinguir con exactitud infalible los colores de los estambres, placas de cera [1], y otros materiales que empleaba en su trabajo.

Además eran manifiestas en ella cuatro tipos de personalidades por separado, cada uno con distintas características y una clase de escritura que difería de la normal. En el sentido propio de la palabra nunca durmió; y estas particularidades se revelaban durante la noche —y, aparentemente, no a la luz del día— anunciando su presencia por violentas convulsiones y en un estado de trance que frecuentemente era cataléptica.

Lo que presta excepcional importancia a las experiencias de Miss Fancher es el hecho de que Mollie no tenía interés o simpatía por nada que llevara el nombre de espiritismo. Parece haber sido una mujer muy religiosa; varios de sus amigos de más confianza eran ministros —Presbiterianos o Baptistas— a cuyos ojos todo intento de comunicación con los espíritus de los muertos tenía visos de diablura. Cuando el Juez Abram H. Dailey recopiló en 1893 un relato de este caso extraordinario, Miss Fancher al pedirle que diera a conocer todo lo que sabía acerca de sus propias experiencias, accedió a ello. En cierta comunicación recibida con este objeto, ella declara:

1. Mucho de su trabajo en los nueve primeros años de su enfermedad consistía en hacer flores artificiales.

«Se me ha acusado y dicho que esta publicación se prepara en favor de lo que es comúnmente conocido como Espiritismo. En cuanto a mí concierne, nada puede estar más lejos de la realidad... Repetidamente se me ha suplicado que actuara de medium para comunicaciones con espíritus, y siempre invariablemente he rechazado todo intento de ese género» [2].

Al mismo tiempo añade ella un poco después:

«Se ha dicho, como el público en general sabe, que yo hablo con frecuencia de haber visto a mi madre y otros amigos ya difuntos. Contestando a estas preguntas, digo franca y verdaderamente que, a veces y por lo menos en espíritu, lejos de escenas de este mundo, me encuentro con amigos en lugares celestiales. Mi conciencia sobre estas cosas me es tan real como las experiencias de mi vida sobre la Tierra. Veo muchas veces a mi madre y amigas a mi alrededor; y en mis terribles días de enfermedad, dolor y sufrimiento, cuando mi espíritu está deprimido, puedo oír su tierna voz hablándome palabras de consuelo, mandándome «tener ánimo, ser brava, y aguantar»...

»¿Quién con el cuerpo y los miembros paralizados y desarticulados por la enfermedad, postrada en cama por

2. *Mollie Fancher, the Brooklyn Enigma,* por 'el 'Judge Abrem H. Dailey (Brooklyn, 1894), p. 68. Será conveniente en lo sucesivo citar este libro simplemente por sus iniciales M. F.

más de veintisiete años, no ansiará verse libre de penas y sufrimientos, aun cuando este alivio se encuentre en la completa aniquilación...? A veces he visto alrededor mío, y de mis amigos que vienen a visitarme, formas de ángeles de personas que se suponen muertas. Si yo veo lo que me parece ver, y oigo lo que me parece oír, dejo a otros para que saquen sus conclusiones. Yo sé que yo veo tan bien como ellos puedan ver» [3].

De cualquier forma como se enjuicien estas visiones, parece claro que para Mollie Fancher encerraban tanta realidad como aquellas en que Ana Catalina Emmerich o Teresa Higginson creían confiadamente ser revelaciones de Dios, quien así las favorecía. Desgraciadamente no se conservan detalles de las impresiones que Mollie recibió durante sus escenas «con amigos en lugares más celestiales». Ella parece ciertamente haber convencido a la gente de la existencia de algo en cuanto ella vió en estas experiencias extraordinarias. Cierto profesor, C. E. West, Rector de Brooklyn Heigths Seminary, era un amigo íntimo suyo desde un principio. Una carta suya a *Buffalo Courier* en 1878, describiéndola como la más devota cristiana que «rehuye toda pública exhibición de sí misma», menciona que «los espiritistas y buscacuriosidades trataban de tener acceso a ella, pero fracasaron. Su poder de carácter discriminante es tan grande que rara vez es engañada».

Unos quince años más tarde, el mismo profesor West dice:

«Me ha revelado cosas de las cuales no tenía idea, principalmente mientras estuvimos hablando de tópicos religiosos. Es la más fervorosa cristiana que jamás he visto. Lo que ella ve (quiere decirse clarividencia) solamente fortalece su fe... Yo creo que ella da un vistazo al otro mundo, si en verdad no ha estado allí. Yo no puedo explicarte aquella extraña parte de su experiencia. Cuando muera se sabrá; pero esto tiene de revelación más que lo visto por Juan en la isla de Patmos» [4].

3. M. F., p. 69.

Bien estará decir aquí algo del libro impreso con estos testimonios que, desgraciadamente, es casi la única fuente disponible de información referente a Mollie y sus extraños fenómenos. El compilador, como anteriormente se ha dicho, fué cierto «Judge Abram H. Dailey». Este título parece que implica alguna especie de posición oficial legal, pero por razón de la avanzada edad del escritor o alguna otra razón, no es la clase de libro que se podría esperar de un hombre acostumbrado a dirigir las pruebas y estimar su valía. La narración es confusa, mal escrita [5], llena de repeticiones y no libre de erratas de imprenta, especialmente cuando se trata de fechas. Si el volumen no representa más que las impresiones de Judge Dailey, se podrían dispensar por pensar que todo el relato es inútil. Pero el autor, tal vez para ahorrarse molestias o para aumentar el libro hasta un tamaño respetable, ha revuelto y mezclado varios testimonios de amigos y de conocidos de la inválida, y parece que no hay razón para suponer que no hayan sido impresos tal como fueron escritos, porque quienes contribuyeron a las declaraciones en cuestión vivían aún casi todos cuando se publicó la obra. Algunos de ellos eran ciertamente hombres inteligentes y de reputación. Por ejemplo, el profesor West que acaba de ser citado pronunció en 1882 un discurso titulado «Cincuenta años de progreso». De un ejemplar de este folleto de ciento cincuenta páginas, que he podido consultar en el British Museum, se llega a la conclusión de que el escritor era hombre muy respetado

4. M.F., p. 210.

5. Judge Dailey tiene una costumbre particularmente irritante de emplear la palabra *transpire,* en todas las ocasiones como sinónimo de «ocurrir», «acontecer» o «tener lugar».

entre sus compañeros ministros de religión, y el ensayo da pruebas de su inteligencia, vasta lectura y espíritu religioso. Se incluye una carta dirigida al Dr. West por el Padre Secchi, S. J., en 1877, desde el Observatorio del Colegio Romano. Puedo añadir aquí que, aparte del testimonio positivo del profesor West —que citaremos más tarde— con respecto al don de clarividencia de Miss Fancher y su inhabilidad para retener alimentos, él, como otros muchos más de sus íntimos, manifiesta una convicción firme acerca de su veracidad. El dice, por ejemplo:

«Jamás he conocido una joven más veraz, sincera e inteligente, como demostró serlo desde el primer momento que nos conocimos... Yo he pasado mi vida estudiando, y me he dedicado mucho al caso de Mollie Fancher [6] en los últimos doce años».

Naturalmente, el testimonio médico, en un caso como éste, es lo más importante. Serían de desear detalles más completos que los que poseemos, pero Judge Dailey ha conservado de todas maneras una declaración hecha el 26 de julio de 1893 por el médico de cabecera que la atendió. Se trata del Dr. S. Fleet Speir, escrita al dictado en casa de la paciente, en Brooklyn, 160, Gates Avenue. Copio los puntos de más relieve [7]. El Dr. Speir nos informa haber estado encargado del caso desde el 6 de abril de 1866 por espacio de veintisiete años, y también que el Dr. Robert Ormiston lo acompañó en consulta durante la mayor parte de aquel tiempo. Es importante subrayar que este último presenció la declaración y corroboró formalmente manifestando: «Yo conozco todos estos hechos que refiere el Dr. Speir, y, en cuanto puedo recordar, afirmo su correcta exposición» [8].

6. M. F., p. 205.

7. He modificado aquí ligeramente la expresión, pero quedando lo substancial del informe intacto. Como fácilmente ocurre en las declaraciones orales, la expresión es con frecuencia muy chabacana.

Con respecto a la impresión general de que Miss Fancher estaba paralítica, expresa alguna vacilación en cuanto al uso correcto de este término.

«En realidad —dice él— ella nunca estuvo paralítica en el sentido habitual de esta palabra. Perdió el uso de sus miembros y, a veces, la facultad de sentir. En cuanto yo puedo recordar, por un período de unos nueve años presentaban sus extremidades tres torceduras. El resultado fué que los miembros, en lugar de conservar el gínglimo angular, se aproximaba la rodilla a modo de una articulación esférica; sus piernas hechadas atrás, estiradas arriba —sus tobillos en torsión, con la planta del pie hacia arriba— y conservando esta posición. Y esto ocurre con los dos pies. Las piernas no pueden enderezarse, están contraídas por debajo.

Durante unos nueve años, día y noche, estuvo expuesta a trances, espasmos y catalépsia. Fué necesario el cuidado y la atención más constante durante todo este tiempo para prevenir algún detrimento personal. En estas espasmódicas condiciones, de tiempo en tiempo, estaba expuesta a caerse al suelo, por lo que le colocaron barreras alrededor de la cama, para impedir algún accidente. Sus espasmódicas condiciones eran tan violentas que era lanzada hacia atrás y adelante con gran fuerza y rapidez. Había un movimiento brusco que es difícil explicar, por el cual parecía ser arrojada al aire, levantándose de su cama. A veces adquiría rigidez su cuerpo y, en cierta ocasión, una parte de su cuerpo estaba penosamente vuelto a la derecha, y la otra a la izquierda y permaneciendo así bastante tiempo, en actitud rígida» [9].

8. M. F., p. 216.

9. M. F., p. 213.

Estos violentos movimientos convulsivos ofrecen mucho interés en relación con aquellos casos en que el paciente, según creían los observadores medievales, era asaltado y arrojado de aquí para allá por el diablo. No son menos importantes los comentarios del Dr. Speir sobre la repudiación de Mollie a todo alimento. Evidentemente, parece que al principio sospechaba que había algún engaño, como lo demuestra el siguiente pasaje:

«Para asegurarse de que Miss Fancher vivía sin tomar alimento sólido por largo tiempo como se decía, empecé por darle eméticos, con el resultado de que nada devolvía del estómago, dando como conclusión que éste estaba vacío. Durante el período de nueve años, fué tan pequeña la cantidad de alimento que tomó en su estómago, que asombraba mucho cómo pudo conservarse viva» [10].

Sabemos por las notas de miss Crosby, la tía de la paciente, que se habían empleado enemas, baños con aceite y otros métodos indirectos de nutrición, pero fueron abandonados por inútiles después de pruebas más o menos constantes. En 1866, al principio de este período de inanición, dicen que el 20 de mayo ella pidió alimento, tomando una pequeña galleta y una cucharadita de ponche, primer alimento que su estómago fué capaz de retener desde principios de abril. El 2 de junio, con la ayuda de una sonda de estómago injirió por su contraída garganta algo de comida, pero «la arrojó entre violentas convulsiones, y su garganta quedó obturada. No podía alimentarse ni emitir ningún sonido».

Miss Crosby, que parece haber tomado cuidadosamente notas durante este período, recuerda que «el único alimento por ella retenido en su estómago desde

10. M. F., p. 212.

el 4 de abril de 1866 hasta el 27 de octubre, ha sido cuatro cucharaditas de ponche de leche, dos de vino, un pequeño trozo de banana y una pequeña pieza de galleta» [11]. Esto confirma Mrs. Townsend, una amiga que frecuentaba la casa en este primer período. «Es bien sabido —escribe ella— que durante los nueve primeros años no pudo retener ningún alimento sólido en su estómago. Estoy segura que ella no podía retener nada y, en efecto, no podía tragar durante los primeros años en que yo la conocí» [12]. Este testimonio es tanto más convincente por que Mollie, en su estado de paralisis, era ciertamente incapaz de salir de la cama y que por largo tiempo, por razón de sus aparentes espasmos convulsivos, no la podían dejar sola durante la noche. Comer a hurtadillas debió ser imposible para ella. El Dr. West, que también la visitaba con frecuencia, afirma en una carta dirigida a un periódico (1878):

«Fueron introducidos en su boca jugos de frutas y otros líquidos, pero apenas ninguno de ellos pasó al estómago. Este órgano se hizo tan sensible que nada podía retener. En la primera fase de su enfermedad se le hundió de tal manera que, colocando la mano en la cavidad, podía sentirse su columna vertebral» [13].

Cuando el caso fué objeto de alguna atención en 1878, el *New York Herald* del 20 de octubre publicó un artículo que parece haber escapado al conocimiento del Judge Dailey. Rehusaron recibir en la casa habitada por lo inválida al corresponsal del *Herald*, pero éste consiguió saber los nombres de sus médicos con-

11. En una anotación contemporánea de su diario, Miss Crosby declara refiriéndose a su sobrina: «desde el día 6 de agosto (un período de tres meses) no ejercitó en manera alguna la función natural de aligeramiento». M. F., p. 47.

12, M. F., p. 111.

13. M. F., p. 173. El Dr. West repite estas declaraciones en una carta a *New York Herald,* nov. 17, 1878.

sejeros. Se dice que, habiendo sido interrogado el Dr. Ormiston, declaró: «Parece increíble, mas por lo que yo puedo saber, Mollie Fancher no come nunca». El Dr. prosiguió diciendo «la tía, su constante compañía, atestiguó esto; era persona de recio carácter» y añadió: «Durante una docena de visitas al cuarto de la enferma nunca observé señal de que la enferma hubiese probado bocado». El reporter, de allí, fué al Dr. Speir y le preguntó: «¿Ha comido ella algo durante estos catorce años?» Y replicó lo siguiente:

«Puedo afirmar con seguridad que no. No creo que desde su ataque de parálisis consiguiente a su desgracia haya pasado de sus labios alimento; esto es, sólido. En cuanto a una cucharadita de agua o leche, algunas veces le obligué a tomarla utilizando un instrumento para mantener abierta su boca. Pero esto fué muy penoso para ella. El caso cae fuera de todas las tesis médicas; en una palabra, es milagroso».

Después de referirse a los eméticos que le administró, el Dr. Speir prosiguió:

«He tomado todas las precauciones contra el engaño; algunas veces yendo a su casa a las once y doce de la noche, sin previo aviso; pero siempre la he encontrado la misma, y acostada en la misma posición. Mis colegas, al principio, estaban propensos a reirse de mí, y me llamaban loco espiritista, cuando les hablé de la larga abstinencia y de la agudeza intelectual de mi interesante paciente. Pero en cuando pudieron verla quedaron convencidos. Estos son el Dr. Ormiston, el Dr. Elliott y el Dr. Hutchison, de los más destacados talentos de la ciudad, que han visto y creído».

El reporter volvió entonces al Dr. Ormiston, quien de ninguna manera estaba dispuesto a retirar su anterior declaración. Al contrario, corroboró diciendo: «Su tesón de vida por espacio de catorce años, sin alimento suficiente para mantener a un niño durante una semana, inclinan fuertemente a mi voluntad recalcitrante a creer en visiones sobrenaturales» [14].

No puedo encontrar en los números siguientes del *Herald* que los doctores sometidos a interrogatorio intentaran desmentir el lenguaje que se les atribuía.

Los trastornos de nutrición en Mollie Fancher parecen haber empezado cuando asistió a la escuela. Aun entonces su estómago «rechazaba la mayoría de los alimentos».

Los doctores estaban convencidos de que padecía una indigestión nerviosa, por lo que le recomendaron el ejercicio de la equitación. Tuvo por resultado una grave caída con un golpe de la cabeza contra el borde de la piedra de una acera, y fractura de una costilla. En esta situación de lisiada tuvo otro accidente: al bajar del tranvía se enganchó su crinolina en el vehículo y fué arrastrada en muchas yardas a lo largo del camino. Se recuerda una curiosa observación de ella en la primera etapa de su enfermedad cuando trató de introducir en su estómago el alimento que rechazaba, causándola gran malestar. Su tía, miss Crosby, le urgía a que hiciera un esfuerzo, pues para conservar la vida era necesario comer, y ella, dicen, replicó que ya recibía alimento de una fuente que todas ellas ignoraban.

En presencia de los hechos que acabamos de citar, parece difícil afirmar con confianza que la aversión constantemente advertida a la comida en casi todos los visionarios —Ana Catalina Emmerich, Domenica Lazzari, Louise Lateau, Teresa Higginson, Teresa Neumann, etc., por no hablar de muchos Santos canonizados— sea necesariamente de origen sobrenatural.

Volviendo, sin embargo, a la declaración del Dr. Speir en 1893, tenemos que citar todavía las observa-

14. *The New York Herald,* octubre 20, 1878, p. 12.

ciones hechas por él referentes a la muy anormal facultad de visión de Mollie. Dice él:

«En lo que respecta a la condición de los ojos de Miss Mollie, cuando yo la atendí por vez primera me pareció que sus ojos, en tal estado, no podían ver. En aquella fecha estaban fijamente abiertos, y no los cerró de día ni de noche; no había en ellos lágrimas ni secreción. Hice la prueba costumbrada para la anestesia, llegando hasta tocar con mi dedo, el globo del ojo, sin provocar ninguna reacción. Durante la primera fase de sus males, las pupilas aparecían considerablemente dilatadas, y la impresión de la luz no causaba cambio. Las pupilas continúan considerablemente dilatadas, aunque no tanto como antes y, sin embargo, no cambian a la proximidad de la luz. Hemos hecho que un experto —u oculista—, en cuya habilidad tenemos gran confianza, practicase un cuidadoso examen crítico, y convinimos con él en la imposibilidad de que viera haciendo uso de sus ojos, por lo menos, como ve una persona normal. Ella posee la facultad de ver muy claramente, pero yo no puedo decir cómo lo hace. Desde que empecé a atenderla, su condición no ha variado substancialmente. Esta característica del poder visual de Miss Fancher ha sido causa de muchos comentarios. En un tiempo hacía toda su labor de ganchillo, etc., detrás de su cabeza. Cuando elegía estambres o color los colocaba detrás de la misma para poder ver. Durante nueve años, su brazo derecho estuvo detrás de su cabeza, donde llevándose la mano izquierda hasta tocar la derecha, hacía todo su trabajo en la proximidad de la coronilla.

Recuerdo un caso en que, estando presentes el Dr. Ormiston y yo, Miss Crosby recibió del cartero una carta. La tomé en mi mano, estaba sellada; y Miss Fancher, imposibilitada en aquel tiempo para hablar, tomó una pizarra y un lápiz, y escribió el contenido de la carta, la cual abierta y leída, coincidía exactamente con lo por ella escrito. Durante este rato conversó con sus médicos y amigos haciendo uso de la pizarra, ya que era incapaz de hablar. En otra ocasión me advirtió que probablemente me robarían y que estuviese en guardia. Lo ocurrido fué que me robaron inmediatamente una valiosa caja de instrumental. En otra ocasión invité a varios doctores a venir a casa de Miss Mollie; estábamos esperando a que llegara uno de ellos cuando ella dijo: «Ya viene, lo veo venir ahora», y dijo donde estaba y, en efecto así fué.

Por mi trato con Miss Fancher y su tía, mientras aquélla vivió, su conducta las hizo dignas de nuestro mayor respeto y estima.

En una ocasión en que ya había perdido la facultad de hablar, presencié cómo alguien hizo una observación, a la que ella se opuso, tomó un lápiz en su mano izquierda y escribió rápidamente una contestación que al principio nadie pudo leer. Había escrito al revés, de derecha a izquierda, comenzando por el final de cada palabra, poniéndolo frente al espejo fácilmente pudimos entenderlo. Era una contestación punzante y caústica.

Un rasgo notable, durante todos estos años que estuvo confinada en su cama, es que nunca fué molestada por las llagas causadas por la prolongada permanencia en el lecho, aunque su cadera derecha estuvo aplanada por constante presión, y su carne ha desaparecido de manera que el hueso está simplemente cubierto por la piel. Cuando era preguntada cómo veía sin hacer uso de sus ojos, siempre decía que ella veía por la coronilla de la cabeza.

Miss Fancher presentaba muy especiales condiciones por la acción de su corazón. A veces su pecho parecía dilatarse considerablemente sobre su corazón; presentando algo así como síntomas de un edema, pero a la presión responde de diferente manera; parece más elástico. Todos los días esputa como media onza

de sangre, que procede de las membranas mucosas de la garganta y los conductos bronquiales» 15.

Estos son los principales datos atestados por el Dr. Speir, médico de cabecera de Miss Fancher, y confirmado por su colega Dr. Ormiston. En lo concerniente al poder de visión hay pruebas abundantes y corroborativas contenidas en las declaraciones de otros íntimos amigos suyos. Judge Dailey advierte, al parecer como resultado de lo que él mismo vió, que si alguno «tomaba un cuchillo afilado y hacía un movimiento como para metérselo por los ojos, ella no se retiraba ni manifestaba la menor aprensión de peligro».

Al mismo tiempo, en sus condiciones más sensitivas admite, sin embargo, que la agudeza de las sensaciones variaba considerablemente según el estado de su salud, el tiempo y otras causas «ella es capaz de distinguir los colores, aun en sus más delicados matices, no solamente estando fuera del alcance de la vista normal, sino también mientras estaba en el bolsillo de otro, y cuando los experimentadores desconocían el color del artículo de que se trataba» 16. También observa el mismo «que ella vió, pudo y podía ver con la coronilla de su cabeza y con su frente, sin que quepa una duda razonable». Lee papeles colocados en su frente, y lo ha hecho cientos de veces» 17. Su amiga Mrs. Townsend, mencionada antes, declara: «ella acostumbraba a poner las cartas, cerradas, debajo de la almohada y las leía. Algunas veces lo hacía frotando las manos sobre aquéllas, y le he visto leer libros de la misma manera» 18. Asimismo testifica el Profesor West:

«Cuando la vi por vez primera no tenía más que un sentido, el del tacto. Con él podía leer con mucha

15. M. F., p. 216.
16. M. F., p. 221.
17. M. F., p. 224.
18. M. F., p. 112.

mayor rapidez que con los ojos. Esto lo hacía pasando los dedos sobre las páginas impresas, con igual facilidad con luz que a obscuras. Por los dedos podía distinguir la fotografía de personas, las caras de los visitantes, etc. Ella nunca duerme, tomando su descanso en trances. El trabajo más delicado lo realiza durante la noche. No hace uso de ninguna de las funciones ordinarias de la vida fuera de la respiración» 19.

Algunos detalles ulteriores que aún se dan relativos a las visiones de Miss Fancher, su poder visual y sus diferentes personalidades, hay que dejarlos para otra ocasión, pero quisiera hacer otra observación final antes de concluir este capítulo 20. Cualquiera que sea nuestra oponión acerca de las declaraciones de hecho contenidas en el libro de Judge Dailey, éstas no fueron hechas con indudablemente premeditada segunda intención de desacreditar los fenómenos de misticismo católico. Cuando tratamos de escritores como Pierre Janet, Charcot, Paul Richer, Binet y otros, podríamos tener razones para sospechar de algún propósito subyacente hostil a las teorías que suponen creencia en lo sobrenatural. Pero en el libro americano a que tanto nos referimos no hay la menor indicación de conocimientos de la hagiología católica o sus fenómenos. No hay indicios de motivos de controversia.

19. M. F., p. 173.

20. El Padre Thurston dejó una pista de otro caso extraño que merece notarse aquí. Según el *Annual Register* de 1832 (p. 449) aquel año, un hombre en el hospital de Bolonia estaba sujeto a violentas convulsiones cada tres días. Durante los ataques perdía el uso de la vista, del oído y olfato, y sus manos permanecían firmemente cerradas. Sin embargo, el doctor halló que había un punto «como a dos dedos de anchura sobre el ombligo» en donde podía percibir sonidos, colores y olores. «Si se toca una flauta mientras se tenía el dedo en el estómago, el paciente oye la música». J. H. C.

Ciertos amigos de Miss Fancher, profundamente emocionados por lo que habían visto, pensaron que era conveniente registrar las circunstancias: eso es todo. Es muy probable que algunos de ellos podrían ser reprochados de notoria exageración. Todo el que ha de anunciar un nuevo descubrimiento está ansioso de hacer su historia, cuanto más impresionante mejor, e inevitablemente peca de exagerado. Pero yo no me persuado que libro como *Mollie Fancher, the Brooklyn Enigma* pudiera haber sido compilado y publicado si las experiencias y facultades que se la atribuyen no estuvieron substancialmente de acuerdo con los hechos. Lo cierto es que la declaración oral tomada en 1893 de labios del Dr. Speir y del Dr. Ormiston, entonces al cuidado del caso, está de completo acuerdo con el relato comunicado por ellos quince años antes al reporter de *New York Herald*. Cualquiera que lo deseare, puede comprobar el hecho, como yo lo he hecho, consultando la colección de aquel periódico que puede verse en el British Museum.

2

Tal vez la prueba más satisfactoria que tenemos con respecto a las extrañas facultades de visión de Mollie Fancher, y en particular la de leer documentos sellados, se encuentra en ciertas comunicaciones al *New York Herald* escritas por un tal Mr. Henry Parkhurst cuando se discutía el caso en la Prensa americana, en 1878. Mr. Parkhurst era un hombre de ciencia de cierta reputación y, algo más tarde, ocupó un puesto oficial en relación con el Observatorio de la Universidad de Harvard[1]. El y su esposa vivían cerca de Miss

1. Un ensayo de Mr. Parkhurst, titulado *Observations on Variable Stars,* oficialmente publicado por Observatorio de

Fancher, en Broocklyn, y eran muy estimados visitantes a la alcoba de la enferma.

En las etapas primitivas del caso —para ser precisos, fué el año 1867— cuando la pobre paralítica era incapaz de hablar, Parkhurst ideó un experimento decisivo para probar su alegado poder de leer sin valerse del órgano de visión. Una tira de papel impreso, escogida al azar sin que ni el mismo Parkhurst u otra persona conociese su contenido[2] se dió a la joven ciega envuelto en un papel cuidadosamente sellado, y tomando precauciones para impedir que lo abriesen fraudulentamente. Como por aquel tiempo Mollie no podía hablar ni escribir, comunicó trabajosamente a golpes, diciendo palabras sueltas letra por letra como enumerando en alta voz el alfabeto. «Por consiguiente» dice Parkhurst, «todo lo que se esperaba o deseaba de ella era alguna indicación del contenido de la tira de papel, ya que estaba absolutamente bien lejos de la conjetura o del azar. Ella sugirió primeramente que el papel trataba de «Tribunal». Después leyó la palabra «jurisdicción» afirmando positivamente que la palabra estaba allí. Finalmente notificó que tal tira contenía los números 6, 2, 3, 4, 5. Mr. Parkhurst consideró esta información como suficiente para su propósito, porque, como él explica: «Yo no tenía idea alguna de que hubiese ningún número en la tira de papel, y hubiera supuesto que no había ninguno. Me devolvieron la carta con el sello intacto y fué abierta en mi presencia[3]. La

Harvard, está catalogado bajo su nombre en la Biblioteca del British Museum.

2. Mr. Parghust estaba entonces recibiendo las pruebas de medidas legislativas no publicadas de carácter misceláneo. El cortó algunas de éstas en tiras, sin haberlas leído. Se tomaron cuidadosas precauciones para seleccionar una de ellas al azar.

3. La declaración de Mr. Parkhurst fue confirmada por testigos que le ayudaron en preparar el sobre, pero los que, co-

palabra «Tribunal» (Court) aparecía cuatro veces, «jurisdicción» una vez y no había más números que 6, 2, 3, 4, 5. Explicó que la tira había sido tomada de un borrador impreso de un proyecto de ley ante la Convención Constitucional de Maryland. Mr. Parkhurst no tenía idea de que probablemente hubiese números en la que él presentó. Escribe él que «no se me ocurrió que pudiese haber habido en la tira líneas numeradas hasta que abrí el sobre y encontré que contenía la sección 6 con las líneas numeradas 2, 3, 4, 5».

Los detalles que nos proporciona Mr. Parkhurst son demasiado abundantes para citarlos en su totalidad, pero él afirma claramente que el relato impreso en *New York Herald* del 30 noviembre de 1878, fué copiado por él de documentos redactados por testigos contemporáneos, y también que la tira de papel empleada para la prueba estaba aún en su poder. Se añadió un comentario editorial a estas comunicaciones. Parece que garantiza la autenticidad del experimento y empieza de la manera siguiente:

«La interesante carta del Profesor Parkhurst detallando un intento de prueba de las facultades clarividentes de Miss Fancher... es el documento más interesante que hasta ahora se ha presentado en la discusión del caso. Apenas parece probable que un hombre de mentalidad científica y hábitos metódicos en sus asuntos que, como es sabido los tiene el autor de la carta, pudiese haber sido engañado en etapa alguna del experimento cuyos detalles tan minuciosos presenta al público».

Es digno de observar que la publicidad dada al caso de Miss Fancher en la discusión de los periódicos de 1878 tomaron parte, en efecto, otros varios diarios además de *New York Herald* desagradó extremada-

mo él, mientras vigilaban para frustrar cualquier fraude posible, ignoraban el contenido de la tira de papel incluída.

mente a la misma inválida. Mr. Pakhurst, por ejemplo, observa en la misma carta; «hasta el presente estas publicaciones han tenido lugar sin consentimiento y contra los deseos de Miss Fancher y sus amigos; y como uno de ellos, yo continuaré guardando silencio con respecto a los aspectos físicos del caso». Añade, sin embargo, que él había obtenido permiso para dar a conocer los hechos del experimento que llevó a cabo, porque «ello demuestra, como merece, en cuanto es posible que un experimento único pueda demostrar un principio general, que puede haber una clarividencia independiente de una adivinación del pensamiento ajeno». Podemos tener pocas dudas de que Mollie se sentía muy molesta por tantos curiosos aspirantes a investigadores, y el *New York Herald* en sus comentarios, le desea «que se preserve bien del enjambre de preguntones que la asedian sin respeto a su débil salud». Lo que le hizo cerrar resueltamente las puertas a todos, excepto a los que ella reconocía como amigos personales, fué su conciencia de su deplorable impotencia y el conocimiento de que con poca o ninguna señal la sobrevenían con frecuencia espasmos convulsivos. De estas situaciones curiosas será necesario hablar más adelante. Parece que, por naturaleza, era sensible y reservada. Por el testimonio del Profesor West y de Judge Dailey se colige que en manera alguna ansiaba hablar de sus visiones. Debemos creer que ocurre lo mismo con los místicos católicos. Teresa Higginson repite una y otra vez que solamente una orden positiva de su director podría inducirle a hablar de lo que había visto en sus éxtasis, y piénsese como se quiera del relato preparado por Brentano sobre las revelaciones de Ana Catalina; él se lamenta con frecuencia de la dificultad que encontraba en inducirla a continuar su narración. Mollie Fancher no tenía confesor para ponerse bajo su obediencia, y cuando fué interrogada acerca

de sus trances por Judge Dailey, solamente contestó en los siguientes términos generales[4]:

«Bien, cuando yo me pongo en estado de trance, habitualmente soy consciente de mi existencia, pero los trances no son como sueños. Son como vagos delirios, algo como los sueños que solía tener al dormir antes de que me ocurriese el accidente. Cuando volvía de mis trances, de cuando en cuando me dejaban claros rerecuerdos o impresiones en mi mente. A veces son obscuros y se recuerdan lentamente, y después llegan a ser muy claros. Ahora bien, habitualmente, cuando caigo en trance, voy de acá para allá y veo muchas cosas. A veces entro en una casa y veo el estado de las habitaciones, y no distingo a nadie en ellas. Otras veces descubro personas y nada más. Hablo con poca frecuencia acerca de dónde he estado y lo que he visto. Cuando Mr. Sargent se incorporó a la compañía con que me relacionó, él estaba en Muskegon, Michigan. Caí en trance y lo estuve por horas. Mi amigo Bert Blossom, presente en mi cuarto, cuando volví del trance lo encontré muy alarmado creyendo que yo estaba muerta. Le dije haber estado fuera, donde se encontraba Mr. Sargent, y lo vi en el escenario; él estaba cantando a un auditorio de gente en un salón. Yo lo vi y lo escuché. Mr. Blossom dijo que eso era muy probable; pero a los tres días recibí una carta de Sargent, informándome del hecho de que un tal Mr. Chase en Muskegon había abierto una gran fábrica de pianos, y que celebra-

4. La declaración del Profesor Wert acerca de «vislumbres de otro mundo» y una «revelación» que él compara con la de San Juan en la isla de Patmos (vid. arriba p. 293) muestra que a él, como clérigo, Mollie hizo ciertas confidencias. Prometió que aquellas cosas serían dadas a conocer después de la muerte de Mollie, pero él murió antes. Mr. Sargent, muy íntimo de ella, observa: «Miss Fancher fué y siempre ha sido muy reservada en hablar de su propia conciencia. No está inclinada a declarar voluntariamente lo que ella ve en estos trances». M. F., p. 77.

ron el acontecimiento con un concierto en el que tomó parte cantando; y además me envió un periódico dando cuenta de lo sucedido, y más tarde supe por él, que yo había descrito correctamente el acontecimiento y el lugar»[5].

Varios incidentes similares, en uno o dos de los cuales se interesó personalmente él, son narrados por Judge Dailey. Pero muchos de los amigos de Miss Fancher tienen algo parecido que contar. Mrs. Towsend, en una ocasión, se hallaba en el cuarto de la inválida sentado con Mrs. Parkhurst y la esposa del Profesor cuya prueba experimental acabamos de describir; de repente Mollie «cayó en rígido trance». Cuando volvió en sí, sus dos visitantes le preguntaron donde había estado, les contestó que a ver «Tía Susie» (Miss Crosby) entonces de visita en Cornwall, una pequeña aldea a unas treinta millas de distancia sobre el Hudson. «Ella hizo una descripción de la gente de la casa de Cornwall, y cuanto estaban haciendo». Se nos asegura que Miss Crosby, a su vuelta corroboró todos los detalles[6]. Esta facultad de clarividencia, si podemos describirla así, parece que variaba mucho en intensidad, en su conjunto había disminuído a medida que mejoraba en su condición física en el transcurso de los años. Contestando a unas preguntas que le hizo Cailey el 15 de junio de 1893, se dice que Mollie respondió: «Pues bien, como he dicho, mi visión no ha sido siempre la misma; depende mucho de cómo me siento y de las condiciones del tiempo. Algunas veces, toda la coronilla de mi cabeza parece que arde por influjo de la luz; mi grado de visión es muy elevado, y mi vista sorprendentemente clara. Después parece como si estuviese viendo a través de un cristal ahumado, y mi visión o conciencia de las cosas es obscura e indistinta. Algunas

5. M. F., pp. 230-2. La plena confirmación de estos hechos parece que se obtuvo de Mr. Sargent y otras fuentes.

6. M. F., pp. 110-111.

veces puedo ver todo lo de la casa. Cuando vivía mi tía era en ella la cosa más corriente perder su bolsa, velo o guantes, y no saber dónde buscarlos. Ella acostumbraba venir a mí para encontrarlos, y yo iba escudriñando por la casa para decirle finalmente dónde estaban. Tengo ahora las mismas facultades, pero no siempre. Si alguien venía a rogarme de repente que hiciera tal cosa, podría ocurrir que fuese yo incapaz de ejecutarla, pero poco después, cuando no estaba tan ansiosa de descubrir, podía ver más claramente».

El Profesor West, que la conoció cuando estaba más afligida, declara:

«Ella conoce quiénes son sus visitantes mucho antes de que entren en el salón de abajo, y les permite entrar según su capricho. Yo tomé a la hermana de Kossuth justamente antes de su partida para el Viejo Mundo; Miss Mollie rehusó verla. Después pedí a Mollie una explicación «¿Por qué? No me gustó su aspecto cuando entraba por la puerta» contestó. La puerta estaba en el piso de abajo» [7].

Cuando el libro de Dailey estaba en preparación (c. 1893), Mr. Sargent sacó la impresión de que Mollie estaba recobrando su vista natural. Judge Deiley no estaba conforme. Estaban conversando en el cuarto de la inválida, y este último, como él mismo nos dice, tomó algunas medidas para probar a su amigo que su visión aún era completamente preternormal.

«Me levanté inmediatamente y cubrí de forma segura sus ojos colocando sobre ellos dos pañuelos y taponando la parte baja de su cara mientras yacía en su cama. No hubo un movimiento que nosotros hiciéramos ni cosa que realizáramos que ella no pudiera describírnosla claramente, con tal presteza como lo hubiera hecho cualquiera de los dos, de ser realizada ante nuestros ojos...

7. M. F., p. 209.

Ella ve mejor y lee más fácilmente cuando el cuarto está tan obscuro que otros apenas podrían apreciar las letras de un impreso. Los más tenaces escépticos en estos asuntos se han visto obligados a sucumbir en presencia de Miss Mollie Fancher [8].

Yo sería el primero en admitir que tales pruebas, como la del pañuelo doblado acabada de describir, ofrece inadecuada garantía contra un impostor experimentado; pero cuando tratamos de una paciente encamada durante veintisiete años, cuya sinceridad, paciencia, caridad y sencilla fe religiosa son alabadas por todos sus más íntimos amigos [9], el caso es muy diferente del medium profesional que depende para su subsistencia de la impresión que produce en las víctimas de su engaño. La condición de Miss Fancher, desde su juventud, había sido la más digna de compasión, y su propia declaración relativa al principio de su enfermedad en 1866 es apoyada por el testimonio de su tía y de los doctores.

Durante dos meses (dice ella) después que comenzaron mis trances fuí atendida constantemente por catorce personas, haciendo falta un relevo de siete personas para sostenerme en la cama durante los espasmos. Mi cuerpo y mis miembros se contraían al mismo tiempo hasta que yo casi era una bola; después saltaba hacia adelante como una flecha, y me hubiera matado a no ser por la protección de amigos y la acolchada

8. M. F., pp. 54-5. Tal vez la prueba más concluyente de que las delicadas percepciones de Mollie no eran simplemente debidas a la hiperestesia es el hecho, recordado por su tía, que para conocer la hora exacta pasaba simplemente la mano sobre el cristal de su reloj.

9. En el Boletín núm. XI, de Boston Society for Psychical Research (p. 67), se cita una carta del Dr. Ormiston a *New York Tribune*, en la cual declara «que aunque no creo en lo sobrenatural, yo nunca detecté engaño alguno de parte de Mollie».

obstrucción colocada en el trayecto. Estas situaciones continuaron hasta la primera semana de mayo de 1866, cuando entré en un largo trance [10].

El diario contemporáneo de su tía corrobora esto en la primera parte de febrero de 1866: su cabeza y sus pies se unían, y ella hubiera rodado como un aro; y apoyada sobre sus dedos del pie giraba como un trompo. Se requerían varias personas para impedir que se hiciese daño». Estos y parecidos espasmos convulsivos ocurrieron con frecuentes intervalos hasta el tiempo en que fué compilado el libro de Dailey, en total veintisiete años. Por todo lo que yo he podido saber en contrario, estos espasmos continuaron hasta su muerte que, por una declaración hecha en el *Boletín* núm. XI del Boston Society for Psychical Research, parece que ocurrió, no antes de 1900, como supuse primero, sino después a principio del siglo presente [11].

Lo cierto es que aún el 6 de abril de 1887, en uno de sus ataques convulsivos, Mollie Fancher cayó de la cama y se hirió seriamente en el cuello y espalda. Parecidas caídas ocurrieron muchas veces antes, cuando dejaban de atenderla. Una barricada había sido colocada para impedir que se hiriese en aquellas circunstancias, pero en esta ocasión resultó ineficaz.

Particularmente de noche estaba expuesta a estos alarmantes espasmos, muchas veces caracterizados con la disociación de personalidad. Además de la normal

10. M. F., p. 20. Hay que observar que ella conservaba el recuerdo de sus primeros días de la enfermedad, pero no recordaba nada de los nueve años subsiguientes. Parece que su referencia carecía de exactitud en la «primera semana de mayo», fué la primera semana de junio.

11. El autor de este documento, que según conjeturo es el Dr. W. Franklin Prince, en un tiempo Presidente de la English Society for Psychical Research, parece que no pudo asegurar la exactitud de la fecha o las circunstancias de la muerte de miss Fancher.

Mollie Fancher, conocida por quienes la visitaban durante el día, sus muy íntimos amigos, y en particular su tía, eran conocedores de no menos que otras cinco Mollie Fanchers, que se manifestaban con variable frecuencia. Una de ellas persistió durante nueve años (de 1866 a 1875), durante la cual ella acostumbraba referirse como a su «gran trance»; pero cuando pasaba la crisis, esta personalidad nunca afloraba de nuevo. Durante los nueve años mencionados, su mano derecha apareció rígidamente torcida en posición tras la cabeza. Conservaba algún dominio sobre el dedo pulgar y el índice, y para trabajar en hacer flores o coser, etc., tenía que levantar el brazo izquierdo, que dominaba completamente, para encontrar la mano derecha.

El trabajo que aprendió a hacer en aquella posición fué extraordinariamente delicado y minucioso. Sin embargo, cuando esta condición pasó, no recordaba absolutamente nada de lo que había ocurrido durante aquellos nueve años, y la habilidad adquirida en su artesanía fué como si nunca hubiera existido. Ella hubo de empezar de nuevo a aprender a hacer flores.

Este período de nueve años, que terminó en un estado completo de amnesia, empezó el domingo 3 de junio de 1866. El médico que la atendía, Dr. Speir, la estaba visitando aquella mañana, y para marcharse bastante de prisa, le dijo a modo de excusa que su mujer le iba a dar para comer «pastel de carne de gallina», y que no estaría bueno si lo dejaba enfriar. Cuando nueve años más tarde, después de un sin fin de trances y más ataques convulsivos, cedió de repente la rigidez de la mano derecha, en cierto sentido fué otra Mollie la que despertó a la conciencia.

Al aparecer el Dr. Speir, aunque nunca había cesado de visitarla durante el intervalo, Mollie le preguntó: «Bien, doctor, ¿llegó a tiempo para su «pastel de carne de gallina»? Y a su tía le dijo: «Pero, tía Susie, ¿qué se ha hecho de sus sonrosadas mejillas? ¡Si parece usted tan vieja y cambiada!» Cuando cayó en «el

gran trance», al presentarse su hermano, que era un muchacho de trece años, lo rechazó inmediatamente por considerar excesiva su familiaridad, tratándose de un extraño. Ella lo recordaba como chico; y ahora era un hombre con bigote. Llevó un diario y escribió miles de letras con su mano izquierda durante el intervalo; pero no reconoció el manuscrito y tuvo alguna dificultad en recobrar el uso de la pluma o del lápiz» [12].

Uno de sus más íntimos amigos durante esta última etapa de su vida dolorosa, George Sargent, fabricante de equipos para inválidos, fué con quien entró en una especie de participación en este negocio. Acostumbraba a visitarla muy tarde y relevaba a su tía de estar con ella. De esta manera él conoció las diferentes personalidades de Mollie y, para distinguirlas, las bautizó con nombres bastante absurdos como «Idol», «Rosebud», «Pearl», etc. El ha dejado una narración de sus experiencias personales, fechada el 5 de julio de 1893, que Judge Dailey imprimió, y de la que me aventuro a citar. Por ejemplo, Mr. Sargent nos dice:

«Mi primer conocimiento con «Idol» empezó el 8 de abril de 1886. Tres días antes Miss Fancher cayó accidentada de la cama, dando con su cabeza contra el suelo, lo que añadiendo un mal a otro, le ocasionó un terrible dolor.

En la citada tarde su tía Susie (Miss Crosby) y yo estábamos sentados, cerca de su cama, cuando Miss Fancher cayó en un trance. Mientras estaba en aquella condición su tía abandonó el cuarto. Al volver en sí, yo solo estaba con ella y espantado de ver sus ojos completamente abiertos, pues jamás la había visto antes más que con ojos cerrados. Me miró extrañamente preguntándome: «¿Quién es usted?», como si fuera una impertinencia para un extraño estar sentado al lado de su cama y, al mismo tiempo, interrogó: «¿Dónde está... ?», nombrando a una persona completamente desconocida para mí, y después se interesó acerca de un asunto que yo ignoraba por completo... Yo estaba estupefacto, aumentando por momentos mi confusión... Traté de explicar mi identidad cuando volvió su tía. Ella estaba tan sorprendida como yo, y dijo que hacía tres o cuatro años desde que *aquella* Mollie había hecho su aparición».

12. M. F., pp. 64-6.

Mr. Sargent, fué normalmente presentado, «como un amigo de la otra Mollie», después de lo cual:

«ella hizo toda clase de preguntas acerca de la otra Mollie; quiso saber si yo pensaba tanto de esta Mollie como de la otra. Dijo que a nadie le importaba por ella; evadían sus preguntas y querían librarse de ella... Después de un silencio de unos tres cuartos de hora prosiguió: «Estoy muy cansada», y con la más triste y dulce expresión de su cara, con brazos suplicantes extendidos hacia su tía Susie, prorrumpió con una voz tan lastimera que nunca olvidaré: «Abrázame, besa mis ojos», y en un instante sus rasgos se hicieron rígidos como mármol esculpido.

Al cabo de unos quince minutos volvió en sí, y la original Mollie apareció de nuevo en escena semejando completamente ignorante de cuanto había ocurrido. Desde aquella fecha, por espacio tal vez de un año, la segunda Mollie volvía a intervalos frecuentes aunque irregulares, y la duración de las visitas iba en aumento. Parece que ella no se daba cuenta del tiempo; en su calendario no existía el hoy o mañana. Cuando ella venía, siempre lo hacía estando en trance y habitualmente acompañada de espasmos, y su partida se hacía en las mismas condiciones. Si al tiempo de su partida había estado hablando acerca de algo, cuando volvía, fuera una hora o una semana más tarde, si estaban presentes las mismas personas, tomaría el hilo de la conversación en el punto en que la dejó [13].

13. M. F., p. 97.

Lo curioso es que estas personalidades, conociendo su existencia mutua en el curso de la conversación, estaban dispuestas a ser muy preguntonas acerca del carácter y acciones de aquella a quien cada una estaba inclinada a considerarla como una especie de rival. Mr. Sargent llegó a conocer con el tiempo a todas ellas y fácilmente llegó a distinguirlas. «Pearl», parece reproducir las características de Miss Fancher a la edad de dieciséis años, justamente antes de sus terribles accidentes, y su memoria abarca todo lo que ella experimentó hasta cerca del año 1865. Su expresión y el acento eran las de una joven bien educada de aquel período. «Sus visitas» nos dicen, «eran muy breves, algunas veces cinco, otras diez o quince minutos, y a veces un solo minuto. Entonces ella revela su presencia por la presión de sus dedos, y no mantiene ninguna conversación» [14]. No había nada malo acerca de estas personalidades, pero estaban inclinadas a tener celos de «Sunbeam», el nombre que se daba a la normal Miss Fancher a quien sus amigos conocían durante el día.

«Pronto averigüé (escribe Mr. Sargent) que cuando hablábamos a «Idol» de los numerosos amigos de «Sunbeam», de sus bellas labores que nosotros las enseñábamos, ella parecía sumamente celosa y triste porque ella no tenía amigos, y no podía hacer las labores que la otra Mollie, «Sunbeam», podía realizar. Quería apoderarse de las labores de «Sunbeam» y ocultarlas en su cama o en otros lugares a su alcance, o impedir que ésta, «Sunbeam» las ocultara, o rogar a otros que las rechazaran. A veces «Idol» deshacía sus labores de ganchillo» [15].

Sin duda alguna la más atrayente de todas las personalidades es la que Mr. Sargent bautizó con el nombre de «Rosebud». El nos comunica el siguiente relato

14. M. F., p. 79.
15. M. F., pp. 74-5.

de su primera presentación a Mollie Fancher bajo tal carácter:

«Un año después de «Idol» vi por vez primera a «Rosebud». Tenía la más dulce cara de niña, su voz y su acento los de una chiquilla. Al parecer estaba temerosa y preguntaba por su madre. Yo interrogué: «¿Quién es ésta?» Sin contestarme me preguntó quién era yo. Le inquirí a quién conocía. Ella me dijo que a Spencer, quien después he sabido era un amigo y un niño a quien Miss Fancher conoció en su niñez. Miss Crosby me contó que «Rosebud» había venido por primera vez ocho años antes, pero sólo a intervalos. Yo empecé a hacer amistad con ella. Ella se interesó si yo la quería. Le pregunté por su edad, respondiéndome: «Seis años». Yo la interrogué si iba a la escuela, y afirmó: «Sí, señor». Me dió los nombres de sus compañeras de juego... Es de una gran mímica y puede imitar muy bien a los animales y a las aves. Le pedí que me cantara algo, y ella cantó: «I want to be an angel» (Yo quiero ser un ángel) y otras canciones de niños» [16].

Permítaseme observar de paso que la personalidad de «Rosebud» presenta mucha analogía con el caso de Anna Maria Castreca, de la que hemos hablado anteriormente. Esta monja, a la edad de 27 años, mostró apariencia de niña, olvidando completamente lo que previamente había aprendido. En esta condición continuó durante varios meses, y después desapareció repentinamente. También presentó con anterioridad fenómenos de parálisis, pérdida de vista, incapacidad de tomar alimentos, clarividencia e innumerables ataques convulsivos durante los cuales era violentamente arrojada al suelo. Con posterioridad fué marcada con estigmas y murió como abadesa en olor de santidad en 1736.

Como las personalidades de Mollie apenas emergían

16. M. F., p. 78.

más que de noche, no tenemos, desgraciadamente, informes médicos que se refieran a ellas, pero Mr. Sargent y Miss Crosby están lejos de ser los únicos testigos. Sus íntimos amigos, tales como Dailey, las Townsends, Mr. Howard S. Jones y su esposa, cuya presencia en horas tardías no molestaba a Miss Mollie, todos hacen parecidas descripciones. Se afirma que Mollie, como Teresa Higginson [17], nunca durmió; pero Mollie, también como Teresa Higginson, padeció frecuentes trances, y ella opinaba que éstos le servían de descanso [18]. Lo tal vez más digno de tenerse en cuenta en relación con estos trances, es el paso de lo que Dailey llama «trance rígido» [19], a través del «trance mitigado», a las condiciones normales. En estos ataques convulsivos debió de contemplar muchas cosas dolorosas. El escribe:

«Al trance rígido sucedía un trance mitigado; en aquél con violentos espasmos del cuerpo, con sacudidas en la cama y el suelo, y luego seguían oscilaciones de los brazos, el golpearse el pecho y la parte superior de la cabeza con sus puños, los esfuerzos para reprimirla, y finalmente la vuelta al despertar de la conciencia».

Además describe cómo él mismo fué testigo de la

17. Esta es declaración de la misma Teresa Higginson —por lo menos ella escribe *c.* 1874— «y ahora rara vez duermo». Lady Cecil Kerr, *Teresa Higginson,* p. 64.

18. Ana Catalina Emmerich apenas dormía. Declaró al Dean Rensing en 1813 que era cosa rara que durmiese una o dos horas. Vid. Hümpfner, *Akten der Kirchl. Untersuchung* (1929), p. 50.

19. Compárese con lo que Wesener dice de Ana Catalina, que las variantes condiciones extáticas de su trance eran como un *allgemeine Tetanus, wo ihr Körper einer Bildsäule gleich dalag. Tagebuch,* p. 388.

relajación de la condición rígida en sus brazos que era «la primera prueba de la vuelta al estado consciente».

«Después vino un violento espasmo y una contorsión de los miembros, luego la rápida basculación de su cabeza de un lado para otro, seguida de quejidos de angustia; a continuación se golpeaba violentamente con un puño el pecho en la región del corazón y con la otra mano intentaba arrancarse el cabello y golpear su cabeza. Estos actos eran restringidos en lo posible, pero la violencia de los espasmos sacudía sensiblemente el suelo» [20].

Suponiendo que Mollie hubiese sufrido ella sola todas estas crisis de nervios tras una puerta cerrada, me pregunto cuál hubiera sido la impresión de algunos piadosos compañeros extraños que hubiesen heredado la tradición íntegra medieval referente a la intervención del demonio en quienes llevaban una vida de excepcional austeridad. Teresa Higginson informa a su director en 1880:

«Algunas veces acostumbraba el demonio arrojarme completamente fuera de la cama, lanzar los objetos que estaban en el aposento, producir terribles ruidos, y yo temblaba al principio, que Miss Gallagher y la gente de casa pudiesen oirlos... Siempre que nuestro amado buen Dios aceptaba mis pobres oraciones en favor de los pobres pecadores, él, el demonio, se enfurecía, me golpeaba, arrastraba y casi me ahogaba...

20. M. F., pp. 85-7. Además Dailey presenta a Mollie como «golpeándose la cabeza y el pecho tan violentamente con sus puños, que exigía mucha fuerza de parte de Mr. Sargent para contenerla». Herbert Blossom estaba también acostumbrado a los espasmos y declara (p. 121) que: «ella golpeaba su pecho tan violentamente que a la mañana estaría magullado».

Solía hacerme golpear como he visto lo hacen los niños jugando unos con otros» [21].

Lo mismo leemos con relación a otras experiencias de la misma mística que «estas extrañas enfermedades *eran sobrenaturales*; en efecto, Teresa estaba en éxtasis, condición que es muy frecuente en esta época», y además se cita a Miss Ryland diciendo: «Dos maneras había cómo Teresa era sorprendida. En una, el cuerpo flexible manifestaba excesiva pena o alegría. En otra, el cuerpo estaba rígido y era casi imposible moverla... Por dos veces se vió así en la calle» [22]. Ciertamente supondría presunción negar que estos accesos podían haber sido «sobrenaturales»; pero recordando que Teresa tuvo una niñez enfermiza, su caída en un aserradero y la sufrida desde un árbol («después de las cuales estuvo enferma seis o siete semanas»), sus persistentes insomnios y la abstención de comida, ¿se puede afirmar con seguridad que sus experiencias fueron específicamente diferentes a aquéllas de la inválida Mollie Fancher? Es cierto que Teresa no guardó cama como Miss Fancher, pero ésta estuvo ocupada en cuanto se refiere a su mente y a sus manos, y no es cierto que la privación de las facultades locomotivas afectasen las condiciones de estos inexplicables ataques. La misma Miss Ryland, responsable de lo dicho, describe así la visión de la Pasión de Teresa:

«Ella lo ve (a Cristo) atado en el jardín, alarga sus manos y piernas para que a su vez los aten. Bofetada en la mejilla derecha al lado de la boca. Bofetada en el ojo izquierdo. Grandes gemidos. Un golpe en la boca. Le tiran de las barbas. Agarra a su barbilla. Débiles gritos de pena. Náuseas. Un golpe en la parte izquierda de la cabeza. La barba es arrancada, etc.».

21. Lady Cecil Kerr, *Teresa Higginson*, pp. 61-4.

22. *Teresa Higginson*, p. 51.

Así, después de contemplar la primera caída bajo la Cruz:

«Oh, Jesús, déjame que te levante». Un golpe en la mejilla izquierda. «Retrocede». Un golpe en la mejilla derecha... Cinco terribles golpes en la cabeza y cara, uno en la boca. «Oh, mi corazón se romperá...» Terrible caída. Manifiesta su dolor. Siete golpes en la cabeza y cara. Uno en el estómago» [23].

Los golpes referidos eran, naturalmente, los golpes que se propinaba con sus propios puños en estado de trance. Parece que ha reproducido exactamente las injurias autoinfligidas coincidiendo con las que la estigmatizada Elizabeth de Herkenrode puntuaba el año 1275 en sus visiones de la Pasión [24]. Se dan otros numerosos ejemplos.

Uno se siente impulsado a preguntar si tenemos suficiente garantía de que los ruidos que se escuchaban en el aposento de Miss Higginson «como si alguno le propinara grandes golpes en el costado y su cabeza, luego como si la hubiesen agarrado y golpeado violentamente contra el suelo tres o cuatro veces» [25], ¿no serían debidos simplemente a algún ataque convulsivo análogo a los «espasmos» de Mollie?

Además, toda la cuestión de las cinco personalidades de Miss Fancher me parece un asunto de considerable interés para el hagiógrafo. La normal Mollie «Subeam» era absolutamente sincera negando todo conocimiento de cuanto hubiese dicho o hecho «Idol» o «Pearl». Fué un mero accidente de su desvalida condición, perpetuando más o menos una continua obser-

23. *Ibid.*, pp. 73-5.

24. Vid. más atrás, p. 194; y compárese el caso de otra estigmatizada, Domenica Lazzari, que «se daba una lluvia de golpes contra su pecho, con tan intensa violencia que el ruido producido era increible».

25. *Teresa Higginson*, p. 159.

vación, lo que condujo a descubrirse la existencia de estas personalidades disociadas. «Pearl» pudiera haber comido o bebido o robado o mentido sin que «Sunbeam» tuviese la menor idea de tal suceso. En el caso de Teresa Neumann sabemos que ella, contestando a las preguntas hechas durante el éxtasis del desarrollo de la Pasión, manifiesta una inteligencia del tipo más rudimentario, incapaz aún de contar los numerales o comprender una idea abstracta. ¿Podemos afirmar positivamente que ello no sea una nueva personalidad, tanto más cuanto la historia del caso con sus heridas espinales, seis años de inmovilidad con miembros paralizados, subsiguiente ceguera, incapacidad de absorber alimentos[26], conocimiento clarividente, y repentina recuperación de las facultades inactivas presenta notables analogías con las experiencias de Mollie Fancher?

Cuando se discutieron en los periódicos de Nueva York en 1878 los fenómenos de la señora últimamente mencionada, un eminente neurólogo americano, el Dr. W. H. Hammond, en una crónica a *The Sun,* hacía esta observación: «Esta joven de Brooklyn es protestante; su visión queda reducida a descubrir el cielo y sus amigos difuntos. Si fuese católica, ella vería a la Virgen María o al Salvador, como la joven de Lourdes».

La observación está injuriosamente fraseada, y quien esto escribe, lo mismo que uno de los que hubiera dedicado mucha atención a la historia de las apariciones de la Gruta, rechazaría indignado todo intento de clasificar a Santa Bernadette dentro del tipo inválido que hemos estado examinando; pero donde los síntomas neuróticos son claramente evidentes no parece claro que el sarcasmo del hombre de ciencia de Nueva

26. Parece singularmente sugestivo el hecho de que Teresa Neumann, en éxtasis, era capaz de recibir una Hostia entera en Santa Comunión, mientras que en su estado normal no podía pasar más que una pequeña partícula.

York esté desprovisto de todo fundamento. Si los pensamientos de semejante paciente se concentraran en una clase particular de misterios religiosos, estas impresiones volverían probablemente a aparecer en las visiones o sueños que se relacionan con el estado de trance.

3

Entre varios artículos que aparecieron en la publicación periódica *Etudes Carmélitaines* de abril de 1933 acerca de los fenómenos de Teresa Neumann, una colaboración del Père Lavaud, O. P., hacía incidentalmente comentarios acerca de la *inedia* de Mollie Fancher, que hacía no mucho tiempo había sido discutido en *The Month*[1]. Yo no puedo decir si el Père Lavaud vió él mismo lo que se escribió en aquellas páginas, o si estaba hablando por informes de segunda mano; pero él, al hablar de aquel asunto, censuraba a Dom Mager, O. S. B.[2], por incluir el nombre de «la joven ayunadora de Brooklyn» y declaró que había pruebas abrumadoras de que el ayuno de Miss Fancher estaba lejos de ser un ayuno absoluto. Dom Mager, en su conferencia de París, se refirió al asunto en estos términos:

«Konnersreuth continúa siendo un problema también desde otro punto de vista. Más que otra cosa está demostrado sin ninguna duda que el ayuno de Teresa

1. Vid. *The Month,* diciembre 1930 y enero 1931.

2. Dom Mager, profesor de filosofía en Salzburgo, dió una conferencia ante el Institut Catholique de Paris el 23 de enero de 1933, en la cual se reserva el juicio acerca del carácter sobrenatural de los fenómenos de Teresa Neumann. El Père Lavaud replicó largamente a esta conferencia y la respuesta de Dom Mager y la conferencia juntas se pueden ver en *Etudes Carmélitaines*, abril 1933.

es completo. En 1927, durante quince días, se estableció una vigilancia que confirmó la creencia de que ella no comía ni bebía. Es verdad que los especialistas se inclinan actualmente a pensar que la vigilancia mantenida entonces no fué lo suficientemente estricta. Sin embargo, se ha hablado de un caso de ayuno el cual, aunque no es tan absoluto como el de Konnersreuth, ofrece materia de reflexión. Me refiero al caso de Mollie Fancher en Brooklyn, Estados Unidos, que ha sido descrito y apreciado en *The Month*, revista de los jesuítas ingleses. Si nosotros admitimos la posibilidad de un ayuno natural tan prolongado, no es inconcebible que el ayuno de Teresa Neumann pueda tener una explicación más o menos natural. De cualquier manera, sería de desear que Teresa aceptara la invitación de los obispos de Baviera para someterse a una prueba médica».

Téngase en cuenta cómo Dom Mager declara expresamente que el ayuno de Miss Fancher no era tan absoluto como el de Konnersreuth, y también esto se afirmó claramente en mis artículos de *The Month*. Yo citaba al Dr. Speir, su médico asistente más regular, que en 1878 decía: «Yo no creo que haya pasado de los labios de la mujer ningún alimento —esto es, sólido— desde su ataque de paralisis (en 1866). En cuanto a una probable cucharadita de agua o leche, yo le obligué a tomarla aplicándole un instrumento para mantener abierta su boca. Mas esto era penoso para ella».

Pero el Père Lavaud, arriba citado, a la observación añade una nota en cuanto a las abrumadoras pruebas de que el ayuno de Miss Fancher no era tan absoluto. Está redactada en los siguientes términos:

«Con respecto a que ella subsista sin alimentarse, el Dr. George Beard declaró poseer él una prueba —y que nadie se la exigió— que demostraba que no solamente comía sino que vivía de los productos de la tierra. Esto es citado (en inglés) por de Hovre. Véanse también dos artículos del Dr. Witry, psiquiatra de Metz, en *Schildwache*, 28 de nov. y 5 dic., de 1931. El autor demuestra cuán completamente carecía de carácter científico la observación del caso. Si el ayuno de Teresa no hubiera estado mejor vigilado y más sólidamente demostrado, nadie se hubiera molestado en hallar explicaciones; todo el mundo hubiera rehusado simplemente prestarle crédito. Es extraño encontrar escritores católicos como el Padre Thurston, S. J., a quien Dom Mager se refiere aquí, aceptando en su significación literal, sin crítica, maravillosas afirmaciones basadas en autoridad no católica y por otra parte, manifestando un rigor hipercrítico cuando se se trata de fenómenos debidamente observados y atestiguados en ambiente católico.

Es éste el pasaje que me hace preguntar si el Père Lavaud pudo haber leído por sí mismo mis artículos aquí criticados. Yo nunca he manifestado duda alguna en cuanto a la autenticidad del ayuno de Teresa o en cuanto a sus estigmas. Por el contrario, en más de una ocasión he afirmado claramente que creo en ellos. Por ejemplo, en septiembre de 1931 escribí: «No puede pensarse en discutir el hecho de que todas las personas carentes de prejuicios, la quincena de observación de Teresa Neumann ha probado satisfactoriamente que durante aquel período no tomó ni comida ni bebida» [3]. Y en *Studies* de marzo de 1929 yo dije: «durante los dos últimos años no ha pasado de sus labios nada más que la partícula recibida en la Sagrada Comunión. Parece que no hay ninguna razón en absoluto para dudar del hecho de esta *inedia*» [4]. Lo que yo he vacilado en aceptar no es el ayuno, sino la conclusión de que el hecho sea milagroso. Tampoco he negado que bien puede ser milagroso; solamente he insistido en casos tales como los de Mollie Fancher y otros varios ante

3. *The Month*, septiembre, 1931, p. 220.
4. *Studies*, marzo 1929, p. 108.

nuestros ojos. Haremos bien en suspender nuestro juicio hasta que la ciencia médica esté en posesión de pronunciarse más positivamente sobre las facultades anormales de sujetos paralíticos, con complicadas neurosis. El Père Lavaud objeta que el ayuno de Mollie Fancher estaba desprovisto de todo carácter científico. Pero es más seguro que ocurriera esto con el ayuno de todas las estigmatizadas anteriores: de Louise Lateau, de Ana Catalina Emmerich, de Domenica Lazzari, de Marie-Julie Jahenny, sin hablar de Santa Catalina de Siena, y otras en la Edad Media. Aunque incompletas, poseemos pruebas del ayuno de Mollie Fancher, siempre mejores que las acabadas de mencionar. Como aserto de ello, permítaseme llamar la atención de uno o dos puntos que deben influir en la atención de cualquiera que analice con algún cuidado las circunstancias del caso de Mollie Fancher. Sabemos que ella estuvo encamada por espacio de casi treinta años. Faltan detalles del período posterior al libro de Judge Dailey publicado en 1894; y no se discute que antes de esta fecha, ella empezara a tomar un poco de alimento y recobrara parcialmente su vista. En todo caso, es cierto que, en los veintiséis años vivió en un cuarto de un segundo piso de una casa en Brooklyn. Prácticamente fué asistida durante todo este período por dos respetables médicos (algunas veces llevaron a otros doctores para verla) y ambos afirmaron, no solamente en 1878 después de una enfermedad que duró doce años, sino de nuevo en 1893, habiendo estado sujeta por espacio de veintisiete años, que durante doce años consecutivos ella vivió «con sustento insuficiente incluso para alimentar a un niño en una semana». Si se objeta que sus doctores únicamente la visitaron a intervalos, debemos recordar que era imposible tomara sin ayuda alimento una paciente que no solo estuvo postrada en cama sino que tuvo un brazo en una posición fija sobre su cabeza; con sus piernas «recogidas hacia atrás, estiradas hacia arriba; los tobillos

encorvados y las plantas de los pies hacia arriba, de manera que no podían enderezarse sus piernas». Además, lo primero que inevitablemente exigiría la atención de un doctor sería la cuestión del alivio natural. ¿Pasó algo o pudo pasar sin que los que la atendían se diesen cuenta? Durante algunos años, la tía de Mollie Fancher, Miss Crosby, hizo cuanto pudo por su sobrina, y durante unos pocos meses llevó su diario que cita Judge Dailey; en él se encuentra esta anotación: «Desde el día 6 de agosto (un período de tres meses) no han tenido lugar las funciones de alivio natural» [5]. Si hubo alguna señal delatora de que durante el primer período de su enfermedad Mollie Fancher buscaba publicidad, habríamos de suponer que tuvo un auxiliar que halló medios para ocultar tales elementos a su tía y a los doctores. Pero aparte del tributo que cuantos la conocían pagaron a su veracidad y carácter sinceramente religioso, no se da una insinuación de probabilidad ni aun de posibilidad de tal auxilio. Además me sería difícil creer que ningún afligido, como afirman los doctores que estuvo Miss Fancher, atormentada, disparada de su cama por tormentas nerviosas que se presentaban sin señales de proximidad, estuviese ocupado todo el tiempo en llevar a cabo una impostura estudiada y, aparentemente, sin motivo. Al principio del trastorno, como nos dice el Dr. Speir, preocupado por el problema de la nutrición, consiguió en una o dos ocasiones administrarle un emético, «con el resultado de que nada arrojó del estómago, demostrando concluyentemente que el estómago estaba vacío».

Pero el Père Lavaud nos asegura haber declarado

5. Es curioso que, durante la quincena en que Teresa Neuman estuvo bajo observación evacuó bastante más que media pinta de líquido (vid. Gerlich, *Die Stigmatisierte von Konnersreuth*, vol. I, pp. 133-4) a pesar del hecho de que no había comido ni bebido.

el Dr. George Beard que él tenía «pruebas de que ella vivía de los productos de la tierra». A menos que alguno suponga que esta pieza de información salió a la luz por una investigación diligente del mismo o del Canónigo de Hovre por haber tenido acceso a fuentes desconocidas para mí, pero permítaseme observar que la declaración del Dr. Beard es extensamente citada y contestada en el mismo libro de Judge Dailey a quien me refiero las más de las veces. El Dr. George Beard y del Dr. W. H. Hammond fueron, el decenio entre los años 1870 y 1880, eminentes neurólogos en Nueva York, y completamente identificados con el escepticismo sin reservas, característico de los hombres de ciencia de aquel período. Virchow y Huxley, Tyndall y Haeckel introdujeron la moda: para toda esta escuela, la más ligera sugestión de creencia en lo sobrenatural era como el trapo rojo para el toro. Les enfurecía aun la mención de la palabra «telepatía». En fecha como la de 1914, Sir H. B. Donkin escribió en *The Times* que «carecía de valor toda prueba en favor de la telepatía, no solamente para los hombres de ciencia sino también para todos los hombres de sentido común». De la misma manera describía Sir Ray Lankester la telepatía como «una palabra simple y atrevidamente inventada para significar un supuesto fenómeno que nunca había sido demostrado», y Mr. Clodd habló del mismo «como de invocar lo desconocido para explicar lo inexistente». Tan pronto como el caso de Mollie Fancher empezó a llamar alguna atención en los periódicos de Nueva York, los doctores Hammond y Beard entraron en refriega, y expertos en neurología moderna, trataron de hundir en el ridículo las absurdas afirmaciones de una joven que leía sin hacer uso de sus ojos, y vivía casi completamente sin alimento. Ninguno de los dos conocía personalmente el caso, y es interesante observar que el Dr. Hammond denunció como una pieza de pura impostura los estigmas de Louise Lateau, que pocos años antes habían

causado alguna sensación en Europa. Pero aun así deseo citar las propias palabras del Dr. Beard. Dejan una impresión bastante diferente de la extractada declaración reproducida por Père Levaud. Lo escrito por el Dr. Beard dice lo siguiente:

«Sin desearlo me han presentado de varias fuentes una prueba —de médicos, de clérigos tan honorables y tan hábiles como cualesquiera de los nombres que aparecen relacionados con este caso— de que Mollie Fancher engaña intencionadamente; que ella vive del producto de la tierra, que los caprichosos artículos que ella dice haber trabajado no son producto suyo; que su lectura sin ojos es un ardid; pero todo esto como todas las pruebas de la parte opuesta carecen de carácter pericial, y que en ciencia no pueden ser tenidas en consideración» [6].

Subrayemos, en primer lugar, cómo el Dr. Beard no intentó presentar las «pruebas» que le habían sido ofrecidas sin haberlas pedido. Por el contrario, reconoce que eran de una categoría que científicamente no pueden ser tomadas en consideración. Además, es evidente que los doctores, etc., que reconocieron los fenómenos de Miss Fancher por observación personal, no eran gente que, razonablemente pueda ser tratada con desprecio. En efecto el Dr. Beard dice de ellos:

«No hay en nuestra profesión hombres más honorables y competentes que algunos médicos de Brooklyn que directa o indirectamente han estado relacionados con el caso de Miss Fancher; sin embargo, el instinto de la mayoría rechaza todos los testimonios referentes a alegaciones de clarividencia, lectura de pensamiento y profecía».

No se ve claramente por qué un honorable y competente doctor de Medicina general deba ser menos ca-

6. M. F., p. 150.

paz que un especialista neurólogo para decidir si un paciente ha tomado o no ha tomado alimento, si era capaz de distinguir los colores o leer cartas sin hacer uso de sus ojos. Pero naturalmente, admitir la posibilidad de estas maravillas sería traicionar a toda la causa materialista. El Dr. Beard escribe en otra parte: «es un hecho que se *puede probar en absoluto* que ningún fenómeno de esta clase (habla él de la clarividencia o de ver a distancia) haya aparecido en el mundo en ninguna criatura humana, en trance o fuera de trance». No hay duda que la «prueba» es el argumento de Hume contra los milagros, de que la experiencia común de la humanidad debe pesar más que ningún testimonio individual que parezca ir contra ella. Con el mismo espíritu, racionalistas tales como el Dr. Hubert Boens, los Profesores Virchow y Schwan, ridiculizaron los fenómenos de Louise Lateau. Boens la llama «una desgraciada Cristomaníaca» y una «idiota», hablando también de «la comedia que representaba todos los viernes en Bois d'Haine, y que tan completamente han sido desenmascarados por las declaraciones del Profesor Schwan y mías». El Dr. Beard estuvo con sus oponentes algo menos descortés que los racionalistas continentales; pero como él pertenecía a la misma escuela que Vircherow y Boens, debo confesar que no creo tenga valor alguno su testimonio al desacreditar fenómenos preternormales que ni siquiera pretendió estudiar y, mucho menos, ser testigo de ellos. Yo no dudo por un momento que el Dr. Beard recibiría muchas cartas a él dirigidas a cuenta de este asunto. Al empezar a discutirse el caso en los periódicos, hubo de existir excépticos indignados que, hallándose, como lo fueron todos los extraños, excluídos del cuarto de enferma de Mollie Fancher, estaban ansiosos de aceptar cualquier murmuración secreta que pudieran recoger en su detrimento, y lo llevaban prontamente al Dr. Beard. Esta es una cosa que ocurre siempre. Es el caso de Louise Lateau, como aconteció en el de Catalina

Emmerich, y, ¿qué hay de los doctores Hauche y Blau en el caso de la misma Teresa? [7]. Lo cierto es que el Dr. Beard no se atrevió a presentar esta «prueba». El mismo dijo que «no podía ser tomada en consideración». Además, no tenía ante sí los múltiples testimonios impresos dieciséis años más tarde en el libro de Dailey. Y aun cuando los hubiese tenido a mano no se hubiera molestado probablemente en leerlos. ¡Tan absurda era para él toda alegación! Pero me permito decir que las pruebas presentadas en el libro de Judge Dailey demuestran que al sugerir el Dr. Beard que Mollie Fancher «vivía del producto de la tierra» dijo simplemente una tontería.

El Père Lavaud, como vimos anteriormente, se lamenta además de que la observación del caso de Fancher carecía de todo carácter científico. Pero hay un ejemplo de una abstinencia parcial, del cual no se puede razonablemente decir lo mismo. Este es el caso de la joven bávara Marie Furtner que, en 1835, después de varias enfermedades empezó a tomar a disgusto toda la comida sólida y, por último, se dijo que únicamente vivía de agua fría [8]. Suponiendo que ella respirase aire común y exhalara dióxido de carbono como todo el mundo, uno se pregunta de dónde provenía el carbono. Marie Furtner fué una católica devota, pero nunca se pretendió que su ayuno tuviese un carácter religioso. Es digno de observar que cuando se intentó inducir a Marie a someterse a un segundo período de examen médico en Munich, se conmovió el pudor de la modesta campesina católica. Declaró que preferiría morir a permitir esa vigilancia molesta o a ser tratada sin respeto y expuesta a las miradas de un

7. El Dr. Blau en 1929 declaró como un hecho positivo que los estigmas de Teresa habían desaparecido. Vid. Gerlich, *op. cit.*, vol. II, p. 364.

8. Vid. más adelante p. 512.

grupo de hombres extraños [9]. Probablemente el disgusto alegado por Teresa Neumann ante la idea de un período de observación en Regensburg Klinik es debido a sentimientos parecidos.

9. Relato este ejemplo con algunos otros casos de abstinencia anormal en el capítulo XV.

CAPITULO XIV

MAS SOBRE EL VER SIN OJOS

El caso de Mollie Fancher, del cual hemos dado cuenta en el Capítulo XIII, no es un caso aislado. En cuanto concierne a ciertos rasgos, por lo menos podemos recurrir a muchos paralelos, y aunque algunos de éstos no pueden convencernos de modo razonable por estar deficientemente atestiguados, otros no ofrecen excusa al escepticismo. Al mismo tiempo que Mollie Fancher, en Brooklyn, EE. UU., asombraba al pequeño círculo de amigos admitidos a su aposento de enferma, por la exacta descripción de objetos y colores que no podía ver con sus ojos, una tal Mrs. Croad, en el Oeste de Inglaterra, ofrecía parecida perplejidad a los médicos que la asistían y a mucha gente que conocía su historia. Como Miss Fancher, también Mrs. Croad era paralítica que guardó cama por muchos años. Nació en 1840. Sin mucha instrucción y ninguna pretensión de nobleza, pertenecía a una familia respetable de posición bastante acomodada y asidua asistente a los oficios religiosos. Sabemos que cuando contaba unos quince años tuvo unos ataques que podían ser epilépticos, pero, al parecer, sin ocasionar ninguna grave inquietud. Casó a los diecinueve años, y esta unión con un piloto o capitán de marina mercante, parece había sido feliz. Pero no mucho después estuvo sometida a una serie de conmociones mentales y físicas que acabaron por llevarla a un estado lo más lastimoso. El trastorno comenzó con una desgraciada caída que, se dice, hirió la espina dorsal; poco después fué

seguida de frecuentes ataques epilépticos. Luego perdió a su hijo, muriendo escaldado en accidente. Finalmente, sufrió una segunda caída por las escaleras, complicándose el mal con el esfuerzo que ella hizo pretendiendo salvar a un niño, que llevaba en aquel entonces en sus brazos. Estos desgraciados accidentes ocurrieron en 1864 y, al sobrevenir la parálisis, en 1866 quedó confinada en cama, permaneciendo en esta condición hasta 1880, en que fué traslada a Bristol quedando bajo la observación del Dr. J. G. Davey. Su descripción médica del caso, publicada en *Journal of Psychological Medicine,* reza así:

«Se ha afirmado que en 1870, Mrs Croad cayó en una ceguera total; al año siguiente quedó sorda, y en 1874 perdió el habla. La parálisis limitada a las extremidades inferiores alcanzó en 1879 a los miembros superiores, pero actualmente (escribía a principios de 1881) la pérdida de sensación y movimiento alcanzaba sólo el brazo izquierdo: los dedos y el pulgar de la mano izquierda. La mano derecha y el brazo han recobrado sus perdidas funciones. Ella es ahora capaz de articular, aunque con dificultad, a causa, según me parece, de rigidez tetánica del temporal y de los músculos maseteros, por cuya razón la boca se mantiene en gran parte fija y cerrada. El pasado octubre (*i. e.*, octubre de 1880) me pidieron que visitara a Mrs. Croad. La encontré sentada en posición medio recostada en una cama pequeña, con la cabeza y hombros reclinados sobre almohadas. Los párpados estaban completamente cerrados; el brazo y la mano izquierda descansando al costado. Entonces encontré las rodillas tal como aún continúan, dobladas en ángulo agudo presionando los talones estrechamente la parte inferior de los muslos» [1].

1. *The Journal of Psychological Medicine,* vol. VII, Part. I (abril, 1881), p. 39.

En todo esto, naturalmente, no hay nada de extraordinario. Parecidos casos pueden encontrarse por veintenas en cualquier hospital de desórdenes nerviosos funcionales. Pero de Swindon y otros lugares donde la paciente residió desde su invalidez permanente, se referían cosas extrañas acerca de facultades anormales de percepción a pesar de su ceguera y ojos cerrados. Esto es lo que interesó en el caso al Dr. Davey y le movió a publicar este interesante informe en una revista especializada de gran reputación. Confío que el lector perdonará la cita algo larga. El Dr. Davey prosigue:

«Desde octubre y durante los meses de noviembre y diciembre de 1880, yo sometí a Mrs Croad a muchas y variadas pruebas con el fin de convencerme de la verdad o falsedad de las declaraciones hechas al mundo acerca de su ceguera, sentido del tacto y maravillosas simpatías. Mucho debo a mis vecinos, los Drs. Andrew y Elliot. Las variadas pruebas a que me refiero fueron atestiguadas por ellos en mi presencia, confirmándonos que ella (Mrs. Croad) fué y es capaz de percibir tan sólo por medio del tacto los variados objetos pequeños y grandes en cualquier tarjeta o fotografía. Después de una experiencia que se prolongó nueve o diez semanas, en las cuales los «tests» fueron repetidos muchos veces, y en presencia de varios médicos y amigos (señoras y caballeros); no quedó, creo yo, la menor duda de esta «transferencia de sentido» de los ojos de Mrs. Croad a sus dedos y a la palma de la mano derecha. No hay necesidad de advertir que yo y otros nos diéramos por satisfechos con creer en la ceguera de Mrs. Croad sin tomar antes determinadas precauciones contra todo posible ardid o engaño. Lejos de ello, a petición nuestra, ella accedió benévolamente a que le vendáramos bien los ojos. Y así no era posible por su parte engaño alguno ni prejuicio o falso juicio por la nuestra, ya que podían ocurrir ambas cosas. El vendaje de los ojos se rea-

lizó de la manera siguiente: se colocó un trozo de algodón en rama en cada una de las órbitas, cubriendo después la cara con una corbata grande y tupidamente doblada; ésta fué atada firmemente en la parte posterior de la cabeza, y, además, se introdujo más algodón en rama hacia los ojos por ambos lados de la nariz. No contento con esto, se pidió la ayuda de uno o dos dedos de uno de los presentes, y con éstos se mantuvo una presión continua durante la «prueba», fuera y por encima de la corbata y algodón y sobre los ojos cerrados. En esta etapa de nuestra actuación el aposento estuvo, en dos ocasiones diferentes, completamente a obscuras. En estas circunstancias comenzó la prueba y continuó hasta el final; siendo el resultado, como hasta entonces, concluyente y satisfactorio en el más alto grado. La transferencia de sentido de un órgano a otro como un estado de ser adquirido y esporádico, debe ser aceptada en este caso como un hecho demostrado y cierto en vista de las pruebas aquí presentadas. Y quiero afirmar aquí, que, al recibir de uno de los presentes una tarjeta o una foto, ella (Mrs. Croad) la colocó sobre la barbilla alrededor de la boca, y tal vez la pasara por la frente, pero el examen detallado de la tarjeta es, al parecer, trabajo de los dedos de la mano derecha. Estos actos, la mayor parte de las veces, van seguidos de un tranquilo e intenso pensamiento, una bien señalada concentración de la mente en la pintura, o lo que fuere; y después de un rato, en una pizarra que tiene cerca de ella, hace una descripción —a veces completa y detallada— de la tarjeta, sus colores y los variados objetos que allí se encuentran. Yo he visto unas cuarenta o cincuenta tarjetas y fotografías descritas por Mrs. Croad en diferentes ocasiones con variados grados de exactitud durante todo el período que la conocí. A veces es asombrosa su rápida y precisa percepción y, si se prefiere, concepción de la foto y de los muchos pero pequeños e insignificantes objetos que forman el conjunto. Raras veces la he visto en error completo, aunque ella ha tenido sus fracasos» [2].

El Dr. Davey recuerda en otro pasaje a sus lectores la incapacidad que siempre interfería en Mrs. Croad en el uso de los órganos naturales de visión.

«Tened en cuenta (dice él) que por un período de muchos años sus párpados estuvieron persistentemente cerrados como si fuera una espasmódica o involuntaria acción de las estructuras musculares a ellos adjuntas. En ella no se dan apertura o aperturas, a no ser que uno mismo actúe para separar los párpados» [3].

Tal vez merezca la pena de observar que el escritor de este informe no era espiritista ni, con toda seguridad, creyente de revelación sobrenatural. «Si alguno aquí, escribe —el discurso fué originalmente leído en una reunión de una docta sociedad—, espera que hable o especule sobre lo inmaterial o metafísico, quedará chasqueado, por una sencilla y suficiente razón: yo no creo en nada de eso. Como materialista, yo sostengo, etc.», y prosigue exponiendo sus puntos de vista que difícilmente concuerdan con la aceptación de doctrina alguna acerca de la vida futura. Ciertamente esto hace más valioso su testimonio como testigo de fenómenos tan anormales. Además, aunque él no se detiene en considerar el aspecto más psíquico de las anormales percepciones de Mrs. Croad, el Dr. Davey [4] no estaba en realidad dispuesto a rechazar lisa y llanamente las historias corrientes acerca de que la señora poseía un extraño conocimiento que difícilmente podía haber adquirido por cualquier «transferencia de sentido especial». Por ejemplo, escribe:

«Como prueba definitiva de las raras dotes de cla-

2. *Ibid.*, pp. 39-40.
3. *Ibid.*, p. 44.
4. *Transference of Special Sense* es el título que el Dr. Davey dió a su conferencia.

rividencia de Mrs. Croad, hay que afirmar que, en mi segunda entrevista con ella y a presencia del Dr. Andrews y otros, llegaron a ser conocidas por Mrs. Croad, al parecer, de una manera extraña y excepcional, ciertas convicciones mías personales y privadas acerca de un asunto particular. Ella me preguntó si le permitiría hablarme de un secreto en la propia historia de mi vida, y no me ofendería si ella escribiera en su pizarra. Yo le contesté: «No». Lo escrito en la pizarra fué efectivamente algo que no pudo ni puede ser más verdadero y tan apropiado al caso. El Dr. Andrews está dispuesto para corroborarlo; los demás presentes me eran en esta ocasión poco conocidos» [5].

La declaración del Dr. Davey, apelando a la experiencia personal de otros médicos que le ayudaron en la investigación del caso, me parece completamente convincente, hay que advertir que por sí sola ella no basta. Para cuando él escribió, ya estaba en la imprenta una breve biografía de Mrs. Croad. Se trataba de un trabajo de un conocido suyo que, evidentemente, era un Ministro Noconformista. Este señor, Mr. J. G. Westlake, conservaba, con toda seguridad, gran admiración al elevado carácter religioso de Mrs. Croad y también se sentía impresionado por las raras facultades sobre las cuales poseía amplias pruebas desde que la trató. En otro tiempo, durante varios meses, ella había sido huésped suyo y de su esposa y, sin duda, tuvo especiales oportunidades para conocer su historia. Tituló su libro *A Service of Suffering*; cuando se agotó la primera edición, preparó otra en 1882 en forma algo más amplia. Cuando Mr. Westlake discutía la idea de publicar tal relato, nos dice que la inválida puso algunas objeciones fundándose en que probablemente la publicidad sería perpetuada. Ella le escribió: «Yo le rogaría que no se publicara mi nombre, no porque me avergüence, pero me desagrada mucho que se ocupen de mí... Aceptaré

5. *Ibid.*, p. 42.

muy gustosa, con tal de no dar mi nombre, que enumere lejos y cerca el gran amor que Dios me tiene a mí, pecadora» [6]. Era inevitable, especialmente en un pueblecillo de la campiña —Mrs. Croad estaba entonces en Swindon— que diesen que hablar mucho en la localidad las extrañas facultades que poseía, pero si hemos de confiar en las declaraciones de Mr. Westlake y de otros, era una mujer sinceramente buena, con un profundo sentido de lo sobrenatural. Cierto día, una conocida escritora de poesía religiosa, Mrs. Frances Havergal, fué llevada a ver a Mrs. Croad La inválida era en aquella ocasión completamente incapaz para articular palabra; pero en el curso de la visita escribió sobre la pizarra estos vocablos: «Yo creo que ahora empiezo a ver el esplendor de la voluntad de Dios». Algún tiempo después Miss Havergal le envió un poema para el que le sirvió de tema la declaración citada. Es muy largo para reproducirlo íntegro, pero estas dos estrofas darán una clara impresión de su tendencia:

Por ella sufría la voluntad de Dios
En acostada e inmóvil espera;
Pasando los días cansada,
En sombras profundas y frías;
Con todo, ya a ver empieza
El esplendor de la voluntad de Dios.
... ...
Un esplendor que está brillando
Sobre los caminos de sus hijos,
Que guía los pasos gozosos
Que no quieren desviarse,
Y los conduce siempre adelante
Hasta el perfecto día.

No se puede decir que el folleto de Mr. Westlake sea de modo alguno crítico. No está escrito como para una discusión científica acerca de hechos psicológicos pre-

6. J. G. Westlake, *A service of Suffering*, p. 4.

ternormales. Pero demuestra bastante claramente que las notables percepciones de Mrs. Croad causaban profunda impresión en quienes convivían con ella. Además de confirmar el testimonio del Dr. Davey, su poder para describir estampas y colores sin valerse del órgano de la vista, cita varios notables ejemplos del conocimiento que tenía de cuanto ocurriese fuera de su aposento. Algunos de estos casos fueron observados; otros, fundados únicamente en sus propias afirmaciones. El valor que les atribuyamos depende de nuestra opinión acerca de su veracidad. He aquí uno de la segunda clase. Escribe Mr. Westlake:

«Mrs. Croad me dijo con frecuencia haber tenido comunicaciones con amigos difuntos, y aun con vivos, cuando éstos se encontraban en especial peligro. Me cuenta que viviendo con sus abuelos, mientras su padre navegaba por los mares, su vida estuvo más de una vez en peligro a causa de naufragio; en algún caso aunque a cientos de millas de distancia, vió lo que estaba ocurriendo e informaba a su padre y madre, tanto que al recibirse las primeras noticias del suceso por ella descrito, resultó substancialmente cierto. También cuenta que bien pronto, después de haberse casado, ella y su marido convinieron en que si uno de ellos moría primero, comunicaría el hecho de alguna manera inteligente a la otra parte; en efecto, en el momento de caer él sin sentido en la cubierta del barco, se le apareció de manera inconfundible y le dijo: «Adiós, Carrie, yo me voy». Tan cierta estaba ella de haber muerto aquél, que contó a sus amigas de Brading lo que había visto, y aunque ellas no confiaron mucho en sus declaraciones, tomaron hora exacta del momento; pocas semanas más tarde, cuando llegaron las noticias, encontraron que, teniendo en cuenta la diferencia de longitud, el tiempo de la muerte coincidía exactamente con su visión» [7].

7. *A Service of Suffering*, p. 19.

Este es, naturalmente, un tipo de experiencia relativamente común, cuyos innumerables ejemplos han sido coleccionados por los Messrs. Gurney y Myers [8], y por Mrs. Sidgwick, pero la familiaridad de las historias de esta clase confirma más bien la veracidad del caso de Mrs. Croad. Todo esto ocurrió y fué impreso antes que la Society for Psychical Research hubiese empezado su trabajo. La observación personal de Mr. Westlake acerca de las facultades de Mrs. Croad parece haber sido bastante vaga, y de esta clase son las cosas que nos dice:

«Mientras vivía con nosotros, ella pedía con frecuencia que el cuarto fuese puesto en orden, porque dentro de poco vendrían a visitarla, y esto quizá precisamente cuando ninguno había venido a verla hacía días, ni tenía razones claras para esperar que viniese alguien; nosotros encontramos siempre correctas sus impresiones... Recientemente y viviendo en Swindon, Mr. Harris partió de Redlan para ir a verla; no la había visto durante cinco semanas, ni tuvo ninguna invitación para que la visitara. A la mañana temprano dijo a su hija que pusiera en orden el cuarto, pues esperaba que durante el día viniese a visitarla Mrs. Harris. Cuando éste llegó hacia el mediodía ella escribió en la pizarra: «Le he estado esperando a usted» [9].

El Dr. Davey experimentó lo mismo cuando su paciente vivía cerca de Bristol, pues cuenta en el artículo antes mencionado:

«Se cuenta también por sus más allegados y estimados que es tal la previsión de Mrs. Croad que se le había oído anunciar mis propias visitas; quiero decir cómo al acercarme a su casa, a distancia de la misma y sin haberme visto ninguno de su alrededor —de hecho

8. En su libro *Phantasms of the Living*.

9. J. G. Westlake, *A Service of Suffering* (2.ª edic. c. 1882), pp. 19-20.

fuera del alcance de la vista— ella ha dicho: «El doctor Davey viene; estará aquí en seguida» [10].

Es curioso hallar quince siglos antes a San Agustín de Hipona describiendo un caso similar de quien, al parecer, tenía conocimiento personal. El llama a su inválido «poseso», del cual nos cuenta que hablaba en una especie de delirio. El visitante cuya presencia esperaba aquel con tanta impaciencia era un sacerdote; desde su cama de enfermo el hombre describió exactamente todas las etapas del viaje desde que salió hasta el momento en que llamó a la puerta de la casa [11]. Parece que San Agustín para suponer que este paciente fuera víctima de una posesión diabólica, no tenía mejores razones que el simple hecho de padecer ataques convulsivos y disponer de un inexplicable conocimiento de los movimientos del amigo sobre el cual estaba centrado todo su pensamiento. Un caso parecido de extraña telepatía debió existir, al parecer, entre la Beata Marie d'Oignies y su adicto «predicador» James Vitry, más tarde Cardenal. Pero en el siglo quince, lo mismo que en el trece, todos los desórdenes nerviosos que presentaran sus rasgos aparentemente fuera de lo normal, se prestaban a ser atribuídos a la posesión diabólica y a una causa sobrenatural.

Parece que no hay duda que la lastimosa condición de Mrs. Croad iba acompañada de muchos sufrimientos físicos que ella soportó con paciencia ejemplar. Mr. Westlake escribe:

«Mrs. Croad sufre mucho de ataques convulsivos. Al presentarse éstos se apodera de ella una seria sacudida, hasta quedar rígida e inconsciente. En uno de estos ataques, mi mujer con otras estuvo con ella toda la noche. El ataque duró lo suficiente para considerarla muerta.

10. *Journal Psychological Medicine,* p. 41.

11. Vid. *De Genesi ad literam,* XII, 17 (Migne, P. L., XXXIV, C. 468.

Ya estaban preparándose para amortajarla cuando al poco rato y después de administrarle un estimulante, tuvieron la alegría de verla revivir. Desde entonces ha tenidos muchos y serios ataques; realmente parece increible cómo un ser humano puede aguantar tanto. Muchas veces pienso que físicamente ella se conserva de una manera milagrosa, especialmente cuando veo el poco alimento que ingiere. El mes de diciembre último, durante tres semanas, no tomó alimento equivalente a media pinta de leche» [12].

Esta última declaración es, en efecto, interesante con respecto a la repudiación de casi todo alimento que, como previamente he subrayado, caracteriza no sólo el caso de Mollie Fancher sino también los de Teresa Higginson, Ana Catalina Emmerich, Domenica Lazzari, Louise Lateau y Teresa Neumann en nuestros días. No parece que el Dr. Davey intentara estudiar esta condición nerviosa característica de Mrs. Croad, pero no la ignoraba completamente ni parece haberla desacreditado, porque en su relato compendiado de la historia anterior del caso, antes que cayera bajo su observación, nota él: «A la larga, ella quedó sin fuerzas y paralítica; mientras se dice que, a consecuencia de una crónica afección gástrica había perdido todo poder de tomar o digerir alimento sólido» [13].

Más de una vez he prestado atención a estas páginas del Dr. Haddock, *Somnolism and Psycheism (sic),* en el cual da cuenta de la notable facultad que poseía su ignorante sirviente Emma para describir pinturas o fotos sin hacer uso de sus ojos [14]. Los colocaba sobre la coronilla, los palpaba con sus dedos y entonces era capaz de decir lo que representaba, e indicar los colores. Las

12. *A Service of Suffering,* p. 30.

13. *Journal of Psychological Medicine 1. c,* p. 39.

14. Joseph W. Haddock, M. D., *Sommolism and Psycheism* (2.ª edic., London, 1851, pp. 97-103.

pruebas hechas parece que fueron muy convincentes, y se conseguía el éxito aunque ninguno de los presentes tuviera previo conocimiento del asunto de una foto especial sometida a ella, excluyendo así la posibilidad de mera telepatía desde la mente de uno de los presentes. Verdad es, que Emma, al hacer estas experiencias, era puesta en trance hipnótico, pero parece que la facultad que ella poseía en estas condiciones era la exacta contrapartida de lo dicho sobre Mollie Fancher y Mrs. Croad, ambas afligidas por complicadas neurosis.

Pero por temor a que alguien pueda suponer que se habla solamente de estos anómalos poderes en países heréticos, donde se podría concebir que la influencia diabólica alcanzara un rango excepcional de actividad, vamos a tomar un caso de Italia. Nada menos que autoridad tal como el profesor César Lombroso, el famoso neurólogo y criminalista, lo refiere como una maravilla psicológica que se desarrolló ante sus propios ojos. Dice él mismo que esta experiencia, presentada a sus cuarenta y seis años de edad fué el primer golpe que recibió su denodado materialismo en el cual había pasado su vida temprana. Esto lo llevó finalmente a creer en la naturaleza espiritual del hombre como pide la supervivencia después de la muerte, aunque la revelación que él aceptó fué desgraciadamente la de los salones espiritistas, no de la tradición católica. De todas maneras, en las primeras sentencias de su última obra publicada [15], Lombroso hace esta observación:

«Si alguno había en el mundo que por su educación científica y por una especie de instinto era opuesto al espiritismo, ése era yo; porque del principio de que toda fuerza era una propiedad de la materia, y que el alma

15. *Ricerche sul Fenomeni Ipnotici e Spiritici* (Torino, 1909). El Prefacio está fechado en «octubre 1909». Lombroso murió repentinamente el 19 de octubre del mismo año.

era una emanación del cerebro, yo creé por mí mismo la línea de estudio que había de ser el trabajo de mi vida. ¡Y pensar que yo, entre todos los hombres, que por tantos años me había reído de la idea misma del espíritu, del movimiento de las mesas y de las sesiones espiritistas, llegara a creer lo que ahora creo!

Pero si he sido siempre entusiásticamente leal a la bandera de la Ciencia, he tenido una pasión aún más fuerte: una veneración por la verdad, una resolución de no contentarme con nada menos que con la evidencia de hechos comprobados.

Ahora bien, en el año 1882, yo, que había sido tan acérrimo enemigo del espiritismo que por años anteriores no quise tocarlo, o de estar presente en ningún experimento de esta clase, entré en contacto en el curso de mis deberes profesionales como neuropatólogo con ciertos fenómenos psíquicos notables de los que no podía dar cuenta la ciencia, fuera de notar la circunstancia que las personas interesadas eran todas histéricas o hipnotizadas».

La primera experiencia que más se refiere a nuestro propósito es descrita por Lombroso como una «transferencia de percepciones sensitivas» y la relata como sigue:

«Una mañana de 1882 me llamaron donde la enferma señorita C. S., de 14 años, hija de uno de los hombres públicos más activos y hábiles de Italia. La madre respectivamente era cuerda, inteligente y sana, pero sus dos hijos de unos doce y catorce años desarrollaron muy altos y manifestaron síntomas de tuberculosis. La joven había poco antes crecido siete pulgadas en muy breve espacio de tiempo, y se habían presentado serios trastornos gástricos de origen histérico (vómitos, dispepsia, etc.), tanto que durante un mes no fué capaz de tomar nada más que alimento sólido, y luego durante otro mes sólo líquidos, mientras el tercer mes fué víctima de ataques de espasmos convulsivos histéricos con hiperestesias tan acentuadas que si se colocaba un hilo

en su mano declaraba que ella lo sentía tan pesado como barra de hierro [16].

Después de transcurrir otro período mensual se quedó ciega, mientras en el dedo meñique y en el índice se observaron puntos de presión histerogénica. A su contacto se producían convulsiones. También había paresias motoras (ataques de parálisis imperfecta) en las piernas, con exagerados reflejos y espasmos, mientras su energía muscular se intensificaba enormemente, tanto que medida por el dinamómetro la fuerza detentora de su mano aumentó de 32 a 47 kilogramos.

Y en este momento empezaron a aparecer fenómenos extraordinarios. Primero se le presentó el somnambulismo, durante el cual mostraba una extraordinaria actividad en trabajos de casa, una predisposición muy afectuosa hacia toda la familia y un evidente talento musical. En una etapa posterior hubo cambio de carácter y desplegó una audacia masculina y una falta de principio moral. Pero el más notable hecho fué este: que cuando ella perdió el poder de los ojos, vió con la punta de la nariz y el lóbulo de la oreja izquierda tan claro como antes. Por medio de estos órganos improvisados, aunque yo le había vendado sus ojos, leyó una carta que acababa de llegarle por correo, y era capaz de distinguir los números en el cuadrante del dinamómetro.

Muy curioso era su gesto en la función de estos nuevos substitutos de los ojos. Si, por ejemplo, yo ponía mi dedo cerca de su nariz o de su oreja, haciendo ademán de tocarlas o aún mejor, si dirigía hacia ellas un rayo de luz, aunque no fuese más que por un momento, ella manifestaba al instante sensibilidad e irritación. «Usted quiere volverme ciega», gritaba. Luego,

16. En el caso de la estigmatizada Domenica Lazzari estas hiperestesias alcanzaban un grado extraordinario. Un pequeño fragmento de azúcar le producía vómitos tan violentos que casi se asfixiaba, y un trozo de tostada le producía tal molestia que se desmayaba. Vide pág. 194.

con un movimiento instintivo tan imprevisto como el fenómeno mismo, ponía su brazo en medio para proteger el lóbulo del oído o la punta de su nariz, permaneciendo en esta actitud durante varios minutos.

También hubo una transferencia del foco del sentido del olfato. Mientras el amoníaco y la asafétida colocados debajo de la nariz no le provocaban la menor reacción, la más ligera substancia olorosa colocada debajo de la barbilla le producía una viva impresión que se exteriorizaba por medio de un gesto expresivo. Si el olor era agradable, se sonreía, sus párpados se agitaban y respiraba agitadamente. Si el olor era nauseabundo, levantaba las manos a la parte de la barbilla que se había hecho sensitiva y sacudía violentamente la cabeza.

Más tarde, su sentido del olfato se trasladó al empeine de los pies, y entonces, cuando le desagradaba un olor daba puntapiés a derecha e izquierda con contorsiones de todo el cuerpo; pero cuando le gustaba el olor permanecía sonriente y respirando rápidamente».

Aplazando todo comentario acerca de esta declaración, me propongo llamar la atención de un ejemplo final de la misma clase de transferencia de sentido, que fué relatado en 1840 por el Profesor Carmagnola. Entre otros, Lombrosö nos habla de este caso; pero he podido consultar la narración del mismo Carmagnola impresa en *Giornale delle Scienze Mediche* del año mencionado [17].

Consideraciones de espacio nos impiden entrar en detalles, pero puede hacer notar que las primeras sentencias del Profesor demuestran que estaba tan asombrado con lo que veía como estuvo Lombroso por sus experiencias con la señorita C. S. Dice a sus lectores que va a describir una serie de hechos que hubo de observar por sí mismo; pero añade que si hubiese oído a alguno relatar simplemente tales fenómenos, los hubiera recha-

17. *Giornale delle Scienze Mediche,* Vol. XL, pp. 163-72 (Torino, 1840).

zado en masa como un cuento increíble, indigno de seria atención. Aunque incapaz de ofrecer explicación científica alguna, declara que considera deber suyo ser severa y estrictamente veraz en la declaración de cuanto vió.

Como el caso a que nos hemos referido, también éste trata de una joven de trece o catorce años. Igualmente aquí, el punto de partida de penosos desarrollos ulteriores debe encontrarse en las condiciones fisiológicas que acompañan en la proximidad de la pubertad. Comenzó el trastorno con una tos nerviosa que se presentaba en cuanto la joven intentaba comer o beber, siendo tan persistente que por espacio de tres meses apenas pudo tomar alimento de ningún género.

Siguieron exageradas hiperestesias y toda suerte de trastornos nerviosos. Estando despierta normalmente, perdía el habla, mientras que dormida y soñando hablaba relatando con mucha viveza pasadas aventuras y cantando con perfecta precisión de letra y música las tonadas de las óperas entonces en boga [18]. A esto se sumó un estado de sonambulismo que se repetía constantemente, alternando con trances catalépticos. Son curiosos los detalles, pero me contentaré con subrayar que, en esta etapa de su enfermedad, estuvo absolutamente sorda y ciega en cuanto concierne a sus respectivos órganos; sin embargo, podía oír con sus hombros o más exactamente con sus omoplatos (*spalle*)— y ver con sus manos. Durante su sonambulismo se vestía ella misma, andaba de un lado a otro, hacía sus pequeñas labores domésticas en su cuarto sin tropezar nunca con un obstáculo. Conversaba desembarazadamente, y cuando se le mostraban cintas de bonitos colores y otros objetos, los distinguía con perfecta exactitud, sosteniendo durante todo el tiempo las pupilas de sus ojos vueltas completamente hacia arriba, de manera que sólo le era visible la parte inferior de la esclerótica. Andaba llevando ante sí las palmas de las manos abiertas; pronto se descubrió que ellas, en estado de sonambulismo, le servían de órganos de visión. Es interesante lo que el Profesor Carmagnola afirma para justificar esta conclusión:

18. Existe un curioso paralelo de este canto en lo que al principio del siglo XIII se recuerda de los de la extática Marie d'Oignies. Vid. su Vida en *AA. SS.*, junio, Vol. IV, p. 98. En su estado de trance, justamente antes de su muerte, ella cantó continuamente durante tres días. Santa Francisca Romana, durante el éxtasis, ofrecía el mismo fenómeno.

«Tomé el primer libro que se me presentó a mano. Era un ejemplar de *Télémaque*. Lo abrí al azar y lo puse sobre sus manos extendidas, pero sin contacto con él, sino que quedaban a una distancia de media pulgada de la página impresa. En esta posición, leyó el texto correcta y rápidamente. Situé el libro en diferentes posiciones y prosiguió leyendo lo mismo que antes. Era de noche, me acerqué con una vela para ver si lo que leía en alta voz correspondía con exactitud al texto impreso. Vi que la lectura era correcta. Entonces alejé la luz para asegurarme si ello dependía de ésta; pero continuó leyendo sin tropiezo. Su madre escribió en un pedazo de papel estas palabras: *Thérèse, je vous aime,* y ella no solamente las leyó con sus manos sino que reconoció que era letra de su madre. Quiso mirarse en el espejo y extendió sus manos frente al mismo, pero solamente vió sus manos; luego las bajó para contemplar su cara, pero parece que no vió nada; después, por una especie de instinto, una vez más levantó sus manos, y, repetidamente, sólo vió las mismas; puso una enfrente a la otra, mas no tuvo mejor éxito. Finalmente perdió su paciencia, golpeó el suelo con los pies, arrancó su gorro de su cabeza y se retiró de prisa» [19].

Naturalmente, el lector puede sugerir que las dos referidas niñas italianas fueran víctimas de posesión

19. *Giornale,* Vol. IX, p. 172.

diabólica. Tal sugerencia pudiera ser apoyada por el hecho de que la paciente de Lombroso había profetizado exactamente el curso de su enfermedad [20] y recomendado remedios extraños para calmar sus ataques, los cuales, efectivamente, fueron aplicados con algún éxito. La falta de espacio me impide dar más detalles, aunque se puede citar un rasgo curioso. El 15 de junio, la señorita C. S. predijo que el 2 de julio le sobrevendría un delirio seguido de graves ataques epilépticos «que se curarían con oro». En realidad los ataques tuvieron lugar como lo había predicho, y el remedio fué eficaz tanto entonces como en otra ocasión. Uno se restriega los ojos y pregunta si del año 1880, la época de Huxley y Tyndall y Virchow y Haeckel, nos habíamos trasladado repentinamente a la Edad Media, pues lo que se indica no fué el empleo interno de cloruro de oro, sino un contacto superficial con dicho metal. Digo esto porque Petetin, en su *Electricité Animale* (1808), había hablado del empleo de este remedio en el tratamiento de neurosis similares, y porque en 1840 la paciente del profesor Carmagnola sintióse tan grandemente aliviada apretando una pieza de oro que ella iba a todas partes en busca de más oro; y hallando un objeto de bronce dorado, lo tomó por verdadero oro pen-

20. Es difícil negar la existencia de alguna facultad inexplicable de «segunda vista» que se encuentra con más frecuencia en las razas célticas. ¿Es extravagante suponer que parecidas facultades pueden ser desarrolladas durante el hipnotismo, trance o somnambulismo? Constantemente se atribuye a los extáticos el don de profecía, y éstos, con frecuencia, predicen lo que les va a suceder, principalmente en el momento de su muerte. Como ejemplo puedo referirme a la predicción de la estigmatizada Marie Julie Jahenney, hecha un mes antes y repetida más de una vez diciendo que en determinado día se formaría en su dedo un anillo de desposorios. Esto realmente tuvo lugar en presencia de testigos previamente reunidos con este propósito.

sando que había descubierto un tesoro. Pero mientras el metal puro la aliviaba sensiblemente, se demostró que el bronce no valía para nada. Después de todo, ¿es concebible que el oro produzca alguna forma de radioactividad a la que son sensibles ciertas personas de peculiar condición? Lo cierto es que muchos zahoríes, cuya extraña facultad no puede hoy ponerse en duda, están también convencidos de que los metales pueden ser detectados, precisamente por el mismo medio, debido a la influencia que ellos, aun a distancia, ejercen sobre la tensión nerviosa de un sujeto adecuadamente dispuesto. De todas maneras, hasta ahora, los casos de Miss Fancher, Mrs. Croad y las jóvenes italianas por lo que respecta a la cuestión de posesión diabólica permanecen seguramente en íntima relación. Comparativamente tenemos pleno conocimiento de la vida de las dos primeras, que guardaron cama por espacio de veinte o treinta años, y en cuyos casos no hay trazas de nada malo, sino al contrario toda presunción está a favor del más admirable espíritu de resignación cristiana. Si las neurosis de las otras dos pacientes no pueden atribuirse a tan terribles accidentes físicos de que fueron víctimas Miss Fancher y Mrs. Croad, los profesores Lombroso y Carmagnola parece que estaban acordes en que no hubo repentina invasión de ninguna influencia exterior maligna. La mórbida condición se había desarrollado lentamente y a etapas bien marcadas, claramente asociada a cambios fisiológicos propios de la pubertad. En todo caso, la transferencia de un sentido particular parece que constituye un serio problema para aquellos que intentan fijar una clara línea de demarcación entre lo meramente anormal y lo milagroso o sobrenatural.

CAPITULO XV

EL MISTICO COMO HUELGUISTA DE HAMBRE

1

La cuestión de cuánto tiempo puede vivir el hombre sin tomar alimento ha sido muy discutida recientemente por toda clase de escritores y en toda suerte de aspectos. Es evidente que la contestación en cada caso depende, en gran parte, de la clase de sujeto de que se trate. En otras palabras, depende no solamente de la constitución física del sujeto, sino también de su constitución moral y psíquica. He de afirmar que no estoy completamente convencido de que, siguiendo el curso natural, tenga que morir todo quien se abstiene de tomar alimento sólido o líquido durante unas pocas semanas. Sin duda, si hablamos del curso *ordinario* de la Naturaleza, es bastante cierta la regla que el hombre debe comer para vivir. Pero parece que se dan algunas excepciones, y no me es completamente claro que estas excepciones solamente pueden encontrar explicación adecuada en una intervención sobrenatural.

Teniendo en cuenta las impresiones generales, podría estar tentado uno a afirmar que los casos más conspicuos y prolongados de abstinencia de alimento (total *inedia*) hay que encontrarlos entre los místicos católicos. Si es este caso tan exclusivo como comúnmente se supone, lo veremos más adelante en el capítulo siguiente; pero no es indiscutible que las Vidas de los Santos, suponiendo por un momento que sus datos sean

dignos de crédito, nos presentan muchos ejemplos de lo más asombroso de ayuno ininterrumpido. Se alega que Santa Lidwina († 1433) no comió nada durante veintiocho años; la Venerable Domenica dal Paradiso († 1553) por veinte años; el Beato Nicolás von Flüe († 1487) en diecinueve años; la Beata Elizabeth von Reute († 1420) en quince años, etc.; mientras que en los tiempos modernos se observó una abstinencia durante doce años (siempre, naturalmente, exceptuando la Hostia consagrada de la Sagrada Comunión) en los casos de Domenica Lazzari († 1848), de Louise Lateau († 1883).

Mucho se ha dicho acerca de Domenica Lazzari en el capítulo sobre la estigmatización. El informe médico del Dr. Dei Cloche, ampliamente citado, parece que no abrigaba dudas en cuanto a la abstinencia absoluta de comida en Domenica, y lo mismo parece que se puede afirmar del de los doctores alemanes a quienes Lord Shresbury, Mr. Allies y sus amigos encontraron estudiando los fenómenos en fecha muy posterior. Es digno de atención que Domenica estuvo confinada absolutamente en cama, y cualquier tendencia al sonambulismo difícilmente podría haber escapado a la atención de la hermana que vivía con ella. Es posible, naturalmente, que una paciente histérica que aborrece todo alimento durante el día, ronde por la noche, en estado soñoliento, para satisfacer inconscientemente su latente anhelo físico. Tal caso puede pasar inadvertido durante uno o varios meses, pero difícilmente durante trece años. Además no pueden dejar de impresionarnos análogas cacaraterísticas presentes en casos similares de la Edad Media que destruirían toda probabilidad de suponer que Domenica hubiese oído jamás de ellos. Uno de los más notables documentos místicos de principios del siglo XIII es la Vida de la Beata Mary de Oignies, por el Cardenal Jacques de Vitry, un observador extraordinariamente inteligente y concienzudo que la conoció íntimamente. En perfecto acuerdo con la repugnancia

física por la comida, que era tan conocida en Domenica Lazzari [1] y Louise Lateau, leemos acerca de Mary de Oignies:

«En una ocasión estuvo durante treinta y cinco días sin tomar ninguna clase de alimento pasando todo el tiempo en un silencio tranquilo y feliz... Por muchos días sólo expresaba: «Dadme el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo», y tan pronto como se accedía a su petición tornaba a su antiguo y silencioso trato con su Salvador... Al final, después de cinco semanas, volviendo en sí, empezaba a hablar y tomar alimento ante la admiración de todos los presentes. Pero después no pudo tolerar por largo tiempo el olor de la carne o de cosa guisada; ni del vino, a no ser el que se empleaba en ablución después del Santísimo Sacramento, que algunas veces se daba a ella, en cuyo caso no advertía ni el olor ni el gusto» [2].

Además, refiriéndose a un período del fin de su vida, cuando Jacques Vitry, sin duda, estaba con ella:

«Durante su enfermedad no podía comer absolutamente nada, ni aguantar siquiera el olor de pan; no obstante, recibía sin ninguna dificultad el Cuerpo de nuestro Señor. Y éste, por así decirlo, disolviéndose y pasando dentro de su alma, no sólo confortándola, sino remediando inmediatamente su debilidad. Ocurrió dos veces durante su enfermedad que, al recibir la Sagrada Hostia, su cara se iluminó con rayos de luz. Ensayamos una vez si podía tomar una hostia no consagrada, pero al instante, con horror de olor a pan, volvió la cabeza. Y la pena y la intranquilidad que sintió porque una pequeña parte había tocado sus dientes fué tan grande,

1. Véase lo que anteriormente se ha citado en pp. 184 a 187. «Cuando se le colocó en la lengua... las ansias de vomitar fueron tan grandes que casi se ahogó».

2. Traducción Oratoriana, p. 343.

que empezó a gritar, a vomitar y escupir, a jadear y sollozar como si hubiese estallado su pecho. Así continuó gritando por largo tiempo, y aunque una y otra vez lavó su boca con agua, apenas pudo dormir durante gran parte de la noche. Por muy enfermo que estaba su cuerpo, y por ligera y débil que estuviese su cabeza, durante cincuenta y tres días antes de su muerte no probó absolutamente nada, y a pesar de ello siempre pudo soportar la luz del sol, y jamás cerró los ojos a su brillo y resplandor. Y lo que es más extraño, aunque cantábamos con frecuencia en la iglesia (por muy extraño que el hecho pueda parecer a nuestras modernas ideas, hay que recordar que Mary realmente estaba tendida en la iglesia, en una capilla lateral sobre un canapé preparado para ella al principio de su enfermedad para que en ella muriese) y sonaban las campanas de la iglesia produciendo gran estruendo y penetrante, cerca de sus oídos y por largo espacio; además, aunque muchos obreros estaban golpeando con sus martillos en un altar que estaban construyendo para ser consagrado por el obispo de Toulouse; todo este ruido no la inquietó ni molestó en lo más mínimo en cuanto supo que todo era para servicio de Dios y su Iglesia. Cuando se compadecían de ella, decía que el estrépito no sacudía sus nervios, ni nunca llegaba a su cerebro, sino que lo recibía directamente en su alma, donde le producía una gran suavidad» [3].

Es imposible no quedar impresionado por la analogía entre la condición de Mary y la hiperestesia que, como ya hemos tenido ocasión de notar, era tan evidente en Domenica Lazzari. Cuando el Dr. Dei Cloche inducía a esta última a oler alguna tostada, nos dice, que su cara sufría una contorsión de dolor y, tras violentos espasmos, se desmayaba. No digo en modo alguno que estas manifestaciones son siempre sobrenaturales o di-

3. *Ibid.*, pp. 440-1.

vinas. Síntomas parecidos son comunes en muchos desórdenes nerviosos. Mi argumento por el momento se reduce a lo siguiente: en estos estados de unión mística, los procesos normales de las funciones sensitivas y nutritivas del cuerpo parecen alterarse con frecuencia o, por lo menos, se impiden parcialmente. En realidad, el elemento psíquico parece dominar de una manera extraña al elemento físico. Aun el trance hipnótico proporciona fenómenos de muy parecida tipicidad. Si no estoy equivocado, más de una vez se han hecho experiencias con ciertos sujetos especialmente impresionables, suministrándoles un fuerte emético antes de inducirlos al trance hipnótico. Mientras duraba éste, aun prolongado por espacio de dos o tres horas, el sujeto no sufría ninguna molestia; pero vueltos a su estado normal consciente, el emético producía inmediatamente sus efectos.

Algo antes de la experiencia de Mary de Oignies, tenemos el caso del visionario en la Abadía de Eynsham, cerca de Oxford. Durante el año del noviciado que pasó en aquella casa, el subprior Adam, testigo ocular, refiere que «su estómago aborrecía de tal manera la comida y bebida que a veces, por espacio de nueve o más días, podía tomar sólo un poco de agua caliente. Y cuanto hiciese el médico, curandero o cualquier otro para confortarlo, sus remedios no servían para nada, antes al contrario, le hacían daño» [4]. Otro ejemplo igualmente remoto desde los tiempos de Domenica Lazzari y Louise Lateau, es el de Santa Catalina de Génova al final del siglo XV. Como observa el Barón Friedrich von Hügel, resumiendo las pruebas de este caso notable:

«En cuanto a la comida, es evidente, por mucho que debamos o seamos capaces de deducir de los relatos, queda un sólido núcleo de un hecho notable. Durante

4. *The Vision of the Monk of Eynsham*, trad. inglesa, p. 19.

unos veinte años, sin casi comida, un número igual de días —unos treinta en Adviento y unos cuarenta en Cuaresma, en total setenta anualmente— y durante estos ayunos se mantenía, por lo menos, tan vigorosa y activa como cuando su nutrición era normal... Todo su devoto servicio (en su hospital de Génova) coincidió prácticamente con estos años, de los cuales poco menos que un quinto fueron de una casi total abstinencia de comida» 5.

Además, el Barón von Hügel llama la atención del hecho que durante estos ayunos recibía diariamente la Sagrada Comunión y también, como era costumbre en Génova, un sorbo de vino como ablución, y en otros tiempos, de cuando en cuando, un poco de agua desagradable por mezclarla con sal y vinagre. El ayuno parece haber sido continuo durante cuarenta días sin interrupción en los domingos, y su confesor Marabotto nos da a entender claramente que durante esto tiempo no *podía* tomar ningún alimento sólido ni clase alguna de bebida. Intentó hacerlo bajo obediencia, pero su estómago rechazó al instante todo lo recibido. Es más significativo aún el hecho al cual presta especial atención el Barón von Hügel: «que estas dos condiciones y funciones, sus ayunos y sus éxtasis de una especie definida, largos y vigorizantes, sobrevienen, persisten y desaparecen completamente de su vida». Y de esto saca la conclusión que, «como los éxtasis deben disminuir mucho la fuerza y la tensión de la existencia ordinaria, la cantidad de alimento que se requiere para cubrir la brecha abierta por el desgaste de la vida se reduciría considerablemente por aquellos éxtasis». Sin duda, ésta puede ser una explicación; pero se debe recordar que en el caso de Domenica Lazzari, por lo menos, no hubo éxtasis visible, aunque, al mismo tiempo ella no tuvo que cumplir ningún deber externo, sino que llevó en cama una vida de inválida.

5. *The Mystical Element of Religion*, II, p. 33.

Antes de volver a ninguna experiencia similar más cercana a nuestros tiempos, parece necesario decir algo de un caso particularmente bien comprobado: el de Santa Catalina de Siena. Quien tenga conocimiento de la admirable personalidad de la Santa, y de la intensa sinceridad y devoción que respiran todas sus cartas, y de los tenaces esfuerzos para reformar los abusos morales y estimular toda obra de caridad, no puede dudar por un momento de su veracidad personal.

La única cuestión que podría suscitarse sería la referente a la posibilidad de existir, dentro de su condición sonámbula, alguna inconsciente consunción de alimentos por parte de ella. Pero en las condiciones en que pasó su vida, esto sería casi increíble. Vivió con un séquito de doncellas que, por devoción a su persona, la vigilaban en cierto modo noche y día. Cuando se sentaba a la mesa con ellas, detectaban inmediatamente su simulación de tomar alimento. Para apreciar la prueba en todo su valor es necesario leer íntegro el capítulo XIV de la *Life of St. Catherine*, por la Madre Francis Raphael 6. Ella es la única entre los biógrafos que ha podido utilizar todos los materiales, incluyendo más particularmente los procesos de canonización que arrojan tanta luz sobre este aspecto, el más maravilloso de su historia. Solamente podemos citar aquí uno o dos párrafos, pero se comprenderá que la prueba es mucho más completa que la que de esta manera se puede indicar. Hablando del período en que Santa Catalina empezó a comulgar diariamente, dice la escritora:

«Este alimento celestial satisfizo y vigorizó no solamente su alma, sino también su cuerpo, de manera que la comida ordinaria dejó de ser necesaria para ella, y el intento de deglutirla iba acompañado de extraordi-

6. Su relato, naturalmente está basado en la Vida por el Beato Raimundo de Capua, Parte c, IV. El texto latino está impreso en *AA. SS.*, abril, Vol. III.

narios sufrimientos. Este hecho parecía tan increíble a su familia y a los que la rodeaban, que dedujeron demasiado fácilmente que eso era un engaño del enemigo, y su confesor le ordenó alimentarse diariamente, y no hacer caso de ninguna visión que pudiera parecer que prescribía lo contrario. Ella obedeció como lo hizo siempre, pero la obediencia la redujo a un estado tal que se temía por su vida. Entonces se la examinó y se dedujo el hecho de que el Santísimo Sacramento la satisfacía de tal manera que ni deseaba ni era capaz de tomar ningún otro alimento, más aún, que la mera presencia del Santísimo Sacramento, o del sacerdote que lo tocaba, aliviaba y mantenía su vigor corporal [7]. Como el confesor vacilara aún, sin saber qué pensar, Catalina le dijo con su acostumbrada suavidad y respeto: «Padre, yo le preguntaría una cosa: en caso de que yo me matara por exceso de ayuno, ¿sería culpable de mi muerte?». «Sí», me dijo. Dijo ella: «Le ruego otra vez que me resuelva esto: ¿Cuál considera usted mayor pecado, morir por comer demasiado o por demasiada abstinencia?». «Por comer demasiado», replicó él. «Entonces —continuó ella—, como usted ve por experiencia que yo estoy débil y hasta en las puertas de la muerte por comer, ¿por qué no me prohibe comer, como me prohibiría ayunar en semejante caso?». No pudo el confesor contestar a esto y, por consiguiente, viendo pruebas evidentes de que ella estaba a punto de morir, concluyó diciendo: «Hija, hágalo, Dios la inspire; siga la dirección de su Santo Espíritu, y ruegue por mí;

---

7. Pudiera llamar la atención de este curioso paralelo en la Vida de Santa Catalina de Génova: «Habiendo estado enferma por muchos días, Catalina tomó un día la mano de su confesor para olerla; y su olor penetró directamente en su corazón, de manera que durante muchos días el perfume la restableció y alimentó, cuerpo y alma». (F. von Hügel, *Mystical Element of Religion*, I, p. 184.

pues yo veo que lo de Dios en vos no se puede medir por la regla común» [8].

Ahora bien, estos hechos no se basan en declaraciones de historiadores que, viviendo mucho tiempo después de los sucesos descritos, recogieron su información de oídas y tradición. Nuestras fuentes son aquí las notas de sus confesores, el Padre Tomás della Fonte y el Beato Raimundo de Capua, juntamente con el testimonio de amigos íntimos y discípulos tales como Padre Tomás Caffarini y Francisco Malevolti. Desde septiembre de 1327 hasta la Cuaresma del siguiente año, Catalina sólo pudo tomar la mínima cantidad de alimento, y «desde el Domingo de Pasión hasta el día de la Ascensión, en cincuenta y cinco días, no pasó de sus labios clase alguna de alimento; sin embargo ni su debilidad ni sus sufrimientos parecían disminuir su actividad en todas las buenas obras» [9]. Lo dice ella misma en una carta que aún se conserva:

«Me dice usted que debiera rogar a Dios para que sea capaz de comer; yo le aseguro ante Dios que hago todos los esfuerzos para hacerlo, y que una o dos veces cada día me esfuerzo en tomar alimento. He rogado constantemente a Dios, le ruego y le rogaré que, si es su voluntad, me conceda el vivir como los demás».

Aunque esta carta habla de los esfuerzos que hacía para alimentarse, es cierto, por el testimonio de quienes se sentaban a la mesa con ella y la observaban, que lo que tomaba de esta manera inmediatamente después lo vomitaba. En una de sus últimas a su confesor, Beato Raimundo, al final mismo de su vida, dice ella:

«Mi cuerpo se mantiene sin clase alguna de alimento, sin tan siquiera una gota de agua, y sus dulces su-

---

8. *History,* p. 202.
9. *Ibid.,* p. 204.

frimientos son tan grandes que nunca he sentido cosa parecida y, por decirlo así, mi vida está pendiente como de un hilo» [10].

En los anales del ascetismo cristiano no son, en manera alguna, raros ejemplos como los de Santa Catalina. En el caso de otra dominica hija de Santo Domingo, la célebre Madre Inés de Jesús, en el siglo XVII, tenemos precisamente la misma repugnancia física por la comida ordinaria producida, al parecer, por una devoción igualmente intensa al Santísimo Sacramento. Ella se hacía esfuerzo violento para tomar lo que le mandaban comer, pero hiciera lo que hiciera no lo podía retener. Uno de sus directores, el P. Boyre, S. J., nos asegura que se le permitió por un espacio de tiempo abandonar la tentativa y pasó siete meses sin tomar otro alimento que la Sagrada Eucaristía. Se debilitó mucho, pero tenía buen aspecto. Después, gradualmente pero con gran sufrimiento, recobró el poder de tomar el alimento ordinario, aunque siempre en cantidad muy pequeña [11]. Sin alargar más acerca de estos ejemplos antiguos, solamente observaré que esta repugnancia física a alimentos sólidos y a ciertas clases de alimentos y bebidas, se encuentra con frecuencia en místicos que no intentan practicar abstinencia completa. Por ejemplo, para tomar un caso de una estigmatizada muy moderna que ya ha sido citada varias veces en los capítulos precedentes, cuando la Hermana Maria della Passione quería abstenerse por completo de comida durante la Cuaresma, su director no sólo no se lo permitió, sino que le exigió tomar cada cuarenta y ocho horas, en otras palabras en días alternos, una comida que

10. *Ibid.* II., p. 244.

11. Vid. la admirablemente documentada *Vie de la V. M. Agnès de Jésus*, por Lancages y Lucot. (Paris 1863); II. pp. 180, 360, 361.

consistía en dos o tres onzas de pan con un poco de aceite. Lo hizo por obediencia y todo fué bien.

Sin embargo, si su superiora u otra persona persistía en requerirle a tomar otra comida, obedecía como buena religiosa, pero lo devolvía inmediatamente junto con cierta cantidad de sangre [12]. Nos informa además el mismo director que el año 1912 le permitió ayunar desde Pascua hasta Pentecostés, no tomando al parecer ningún alimento, aparte de un poco de café por la tarde. Me apresuro a añadir que sé muy bien que en casos histéricos tienen lugar frecuentemente cambios extraños de apetito y también inexplicable repugnancia por ciertas clases de comida, mientras que el vómito de sangre, a veces mezclado con un flúido acuoso, es uno de los síntomas más comunes de los desórdenes del mismo género. Por consiguiente es imposible, sin una investigación más completa y más minuciosa que la que se puede intentar aquí, considerar que estos fenómenos constituyan una presunción de intervención sobrenatural. Pero aun así conviene registrarlo, aunque no sea más que para demostrar que un gran número de casos de prolongada abstinencia ofrecen muchos puntos de analogía con la patología nerviosa.

Pero volvamos al caso de Louise Lateau, la famosa estigmatizada de Bois d'Haine que, no sólo pertenece a los tiempos modernos sino que probablemente ha sido el más estudiado y discutido de todos los fenómenos de la misma clase. Tenemos la ventaja de poder hacer uso de la voluminosa biografía del Canónigo A. Thyèry [13], todavía incompleta y también el más conveniente y mejor ordenado compendio publicado recien-

12. «Ma poi lo rigettava con forti sbocchi di sangue». Fontana, *Vita della Vittima Reparatrice* (1917). El director de que se trata es el autor de la Vida.

13. *Nouvelle Biographie de Louise Lateau d'après les documents authentiques,* publicadas ya cuatro partes, más de 1900 páginas en conjunto, 1915-18.

temente [14]. Louise Lateau era hija de un sencillo labrador; nació en 1850 y murió en 1883 en el mismo piso de una casa de campo donde vió la luz. Aunque desde el punto de vista médico no tenía mal historial la familia de los padres, aun así parece que los biógrafos han exagerado cuando suponen que en su edad juvenil fué sana y normal. Era una buena niña, trabajaba mucho, se dedicaba a ayudar a otros por todos los medios a su alcance.

A la edad de trece años fué derribada y pisada por una vaca, y aunque ella nada dijo de lo ocurrido, parece que las heridas internas fueron serias. Se formaron abcesos y sufrió muchos dolores. En 1867 padeció un trastorno serio en la garganta que le llevó a recibir los últimos Sacramentos, pero fué curada milagrosamente durante una novena a nuestra Señora de La Salette. Tres semanas más tarde fué víctima de dolores neurálgicos muy intensos, y a esto siguieron más abcesos, y el esputar sangre. Como resultado, se creyó al principio del siguiente año (1868) que se encontraba de nuevo a las puertas de la muerte, pero una vez más se curó inesperadamente, empezando al mismo tiempo a tener visiones y a conversar con sus visitantes celestiales. Aun antes de esto, el primer viernes de 1868 sintió un dolor intenso en sus manos, pies y costado, sin advertirse señales en las marcas. El 24 de abril manó sangre por su costado, y el primero de mayo también sangraba la parte superior de los pies, y pocas semanas después fueron afectadas las manos de manera parecida. Al mismo tiempo, Louise empezó a quedar más absorta en Dios durante estas visitas, y el 17 de julio de 1868 entró en un éxtasis que duró dos o tres horas y volvió a caer aquella misma tarde por un período más largo. De allí en adelante los éxtasis volvían todos los viernes. Mientras tanto crecía incesantemente el disgusto por la comida. Louise siempre había

14. *La Stigmatisée Belge, Histoire Abrégée* (Bruselas, J. De Lannoy, 1920), p. 328.

comido poco, pero después que empezaron los éxtasis y los estigmas continuó trabajando durante todos los días excepto los viernes, cuando la incapacitaban sus llagas; así y todo, la cantidad de alimento que tomaba era cada vez menor. En viernes no pasaba de sus labios ninguna clase de alimento, y lo que en otros tiempos ingería no pasaba de una o dos onzas de pan, media manzana y una cucharada de vegetales. El 30 de marzo de 1871 señaló el último día en que Louise fué capaz de tomar alimento sólido y digerirlo sin dolores agudos: hacía cuanto estaba de su parte para obedecer a su madre o su confesor cuando la instaban a que tomara alimento; pero como anteriormente hemos observado, si con gran dificultad llegaba a deglutir algo, su estómago lo rechazaba inmediatamente después. El Dr. Varlamont observó que cuando después de haber tomado leche la devolvía, al examinarla no presentaba señales de coagulación, prueba de que las secreciones gástricas prácticamente no existían. Muchos experimentos de esta clase hicieron los diferentes miembros de las comisiones señaladas para examinar las condiciones de la pobre joven. Ella no podía retener ni una forma no consagrada, aunque recibía todos los días la Sagrada Comunión, y tenía la misma dificultad para una cucharadita de agua pura. Después de mayo de 1867 tuvo que tomarlo en la cama, y desde aquella fecha se le traía diariamente el Santísimo Sacramento, pero es bastante curioso que no encontremos ninguna declaración sobre si recibía el agua de las abluciones que comúnmente se da a los enfermos después de la Comunión [15].

Cuando en la Academia de Medicina de Bélgica estaban en curso muy agrias discusiones acerca de la realidad de la inedia de Louise Lateau, ésta llevaba, por lo menos así se alegaba, más de cuatro años sin

15. Probablemente impedía esto el éxtasis en que caía inmediatamente después de recibir la Comunión.

recibir otro alimento que el Santísimo Sacramento [16]. Esta abstinencia continuó hasta su muerte en 1883. Todos los médicos, que fueron muchos, unos hostiles, otros favorables, interesados en el caso, convienen prácticamente en que jamás se ha presentado una prueba positiva ni siquiera un fragmento que haga dudar de la afirmación de Louise, sus hermanas y sus confesores, que durante todos aquellos años no tomó alimento. Nadie pretende haberla visto comer algo disimuladamente, ni aun durante los años en que estaba tan ocupada en trabajos manuales. Ningún testimonio se ha presentado jamás que desaprobara su afirmación de que estaban por completo suspendidos sus procesos secretorios normales. Por lo menos en tres o cuatro ocasiones, los que ella consideraba que ocupaban el lugar de Dios, le ordenaron decir solemnemente la verdad con respecto a su abstinencia y confirmar con juramento su declaración. En tales ocasiones nunca mostró la menor vacilación. Por ejemplo, en marzo de 1878, estaba muy enferma, y el Dr. Lefebvre, revestido con todos los poderes por el señor Obispo, le dijo:

«Louise, ya que su vigor va disminuyendo rápidamente y se halla cerca de la muerte, en presencia de Dios y ante cuyo tribunal será pronto juzgada, dígame si ha comido o bebido algo durante estos últimos siete años».

A lo que ella replicó:

«En presencia de Dios que me ha de juzgar, y de la muerte que estoy esperando, yo le aseguro a usted que durante siete años no he comido ni bebido nada» [17].

---

16. Vid. el informe de los debates en el *Bulletin de l'Académie royale de Médicine* 1876. Vol. IX.
17. Thièry, *Nouvelle Biographie,* II, p. 413.

Con respecto a la sinceridad de la pobre paciente creo que no puede haber sombra de duda. Aun entre los más rabiosos anticlericales, todos los que de alguna manera conocían a Louise, ninguno dudó de su buena fe. Como el Dr. Lefebvre arguye muy bien:

«Cuando uno sigue la vida oculta de esta humilde y brava joven; que vive tan pobremente; rehuye toda publicidad, rehusa todo regalo; que trabaja como una esclava para ayudar a su madre, y todavía encuentra tiempo para atender a los enfermos y enterrar a los muertos; que reza con el fervor de un anacoreta y la sencillez de una niña; que condensa las más solemnes prácticas de piedad en los más estrechos límites por miedo a disminuir las horas de trabajo, de una vida así brota un perfume de verdad que a pesar de todas las dudas y sospechas penetra hasta el mismo fondo del alma» [18].

Si no admitimos que la abstinencia de Louise Lateau era verdadera, la única alternativa posible es suponer que, al parecer, durante noches insomnes (ella misma declaró en un interrogatorio que apenas durmió nunca) pasaba al estado de sonámbula o asumía alguna personalidad secundaria, de manera que su yo normal no se daba cuenta de lo que había pasado. Indudablemente se dan casos en los que, incapaces de comer durante el día, sin quererlo, satisfacían su hambre durante la noche. Aun así, si bien se puede creer que esta inconsciente decepción pudiera continuar por semanas y meses sin haberla detectado, es difícil creer en la posibilidad de que continúe sin descubrirse por espacio de tres o cuatro y menos de una docena de años. ¿Hubiera podido pasar nada inadvertido en una casa frugal donde se tenía en cuenta todo fragmento de alimento y de conserva? ¿Aparecerían estas seña-

---

18. *Revue Catholique,* abril 1876, p. 377.

les de sonambulismo o esta personalidad secundaria solamente cuando todos los de la casa estaban dormidos? ¿No ocurriría nunca en esta pequeña casa que algún ruido inesperado revelara el hecho de que la inválida estaba en movimiento, tanto más cuanto que, como ya se ha dicho, Louise estuvo prácticamente en cama desde 1876?

Me parece, pues, muy difícil suponer que la alegada abstinencia total de comida no fuera real. Pero la cuestión de si era sobrenatural es asunto que difícilmente puede ser discutido en el presente capítulo.

2

Se acostumbraba argumentar antiguamente contra la credibilidad de la Historia de Palladio por Lausiac, así como contra crónicas similares de los monjes del desierto, que los hechos de abstinencia citados eran fisiológicamente imposibles. Indudablemente muchos de estos ayunos son muy sorprendentes para nuestras ideas modernas. La señora peregrina Aetheria, al final del siglo cuarto, nos habla de toda una confraternidad de ascetas conocidos entonces por «hebdomadarios», que durante la Cuaresma no comían desde el domingo por la tarde hasta el siguiente sábado por la tarde. Observar esta regla por seis semanas consecutivas parecería una gran hazaña de resistencia, y como se ha observado anteriormente, esto no se limitaba a uno o dos individuos de resistencia física excepcional, sino que parece ser practicado por todo un grupo de adoradores fervorosos que, después de todo, no consideraban el hecho muy extraordinario. La prueba histórica de este caso es excelente y de primera mano, pero es una satisfacción encontrar que los experimentos patológicos llevados a cabo los últimos años por investigadores como el Dr. R. H. Chittenden y el Dr. F. G.

Benedict han comprobado plenamente la capacidad de un sujeto ordinario sano para aguantar semejante esfuerzo sin daño permanente para el sistema [1]. El Dr. Noel Paton, que hace más de treinta años informó sobre el caso del francés Alexandre Jacques, declara en la última edición de su *Essentials of Human Physiology* que «cuando se conserva a un hombre quieto, caliente, y con agua, se puede resistir en muchos casos un ayuno de treinta días sin daño alguno» [2]. No puede haber hoy duda alguna de que Stefano Merlatti, en 1886, estuvo sin comer durante cincuenta días; el Dr. Tanner estuvo en 1881 y cumplió los cuarenta días; Succi, Jacques, Penny y otros que hicieron la prueba durante treinta días en nuestros tiempos soportando tal privación bajo condiciones de prueba sin fraude ni impostura. Todos, naturalmente, bebían agua, pero se abstuvieron de todo lo que se considera como alimento.

Sin embargo, hay mucha diferencia entre un ayuno de siete semanas y uno de siete meses o siete años. Por los informes detallados que poseemos de todas estas actuaciones, nada se deduce más claramente que a medida que los sujetos se acercaban hacia el fin señalado, se aproximaban también a los límites de su resistencia física. Esto se puede observar particularmente en el caso de los cincuenta días de Merlatti. Los doctores que vigilaban las condiciones del paciente se alarmaron por completo y le rogaron que desistiera [3].

1. Vid. Benedict, *The Influence of Inanition on Metabolism* 1907; *A Study of prolonged Fasting* 1915; *Human Vitality and Efficiency under prolonged restricted Diet* 1919. Carnegie Institution Publications; núms. 77, 203. 280.

2. Noel Paton, *Essentials of Humaan Phisiology* (5.ª edic. 1920) p. 291.

3. Vid., el informe completo escrito por los Doctores Monin y Maréchal, *Stefano Merlatti, Histoire d'un Jeune célèbre,* 1887.

Todo París parece que volvió a respirar cuando por fin alcanzó salvo el quincuagésimo día.

En conjunto creemos poder decir por la experiencia de los ayunadores profesionales que toda abstinencia prolongada de comida y, sobre todo de comida y bebida, impone al sistema una carga casi insoportable. Si ésta se prolonga por más de dos meses sin que en su apariencia exterior perjudique a la vitalidad del sujeto, hemos de suponer la acción de alguna influencia o fuerza que aparentemente no es explicable por causas naturales ordinarias. Y, sin embargo, antes de comprometernos a sacar una conclusión definitiva, hemos de tener en cuenta el hecho de cómo se da una cantidad considerable de pruebas en casos en que razonablemente no se puede buscar una intervención sobrenatural, que atestiguan la continuación de la vida sin comida ni bebida por períodos, no sólo de tres o cuatro meses sino también por tres o cuatro años. Empecemos por un ejemplo de Kincardine en Ross-shire que fué reportado a la Real Sociedad por mediación del Right Hon. James Stewart Mackenzie, Lord del Sello Privado de Escocia. El paciente en cuestión era Janet McLeod, una joven que a la edad de quince años tuvo un ataque epiléptico y, a los diecinueve otro aún de carácter más serio que la retuvo en cama durante varios meses sin dominio de sus párpados, de manera que no podía ver si no los levantaba con el dedo. Otro ataque epiléptico a los veintiocho años la redujo a una condición más lastimosa. Quedó completamente inválida, y por Pentecostés de 1763 su boca quedó paralizada. Su padre, por medio de un cuchillo, consiguió abrirla un poco para introducir un poco de suero; pero todo o casi todo salió fuera. Desde esta época, por más de cuatro años no tomó alimento y perdió todas las ganas, excepto en dos ocasiones en que las mandíbulas cedieron por algún tiempo y pidió agua. Se suspendieron todas las funciones excretorias normales excepto, naturalmente, la de los pulmones y la piel. El doctor que informa del caso declara que cuando él la vió, la joven no había enflaquecido. Estaba confinada en cama con las piernas dobladas debajo del cuerpo; dormía bastante, y añade que «al presente (*i,e.* 1767) no hay fuerza que pueda abrir sus mandíbulas». Este informe que aparece impreso en *Philosophical Transactions* de la Real Sociedad, continúa de la siguiente manera:

«En algunos intentos hechos para abrir sus mandíbulas se arrancaron dos dientes incisivos; al abrirla procuraban poner algún alimento ligero o bebida en su boca, pero sin efecto, porque siempre devolvía por las esquinas. Hace unos doce meses pensaron en introducirle por el hueco de los dientes una pequeña masa de avena, pero después de haberla retenido por algunos segundos la devolvió con náuseas de vómito, sin que tragara ni una partícula; la familia que la observaba no vió ningún ademán de deglutir por espacio (ahora) de cuatro años, o de consumir nada, excepto un pequeño sorbo de agua Braemar, y la botella inglesa de agua común que tomó en julio de 1765 [4].

Además se nos dice que los detalles del caso fueron escritos al lado de la cama de la paciente dichos por labios de su padre y madre, «gente de gran veracidad, libres de la tentación de engañar, porque ni piden, ni esperan ni obtienen nada». Por otra parte, las declaraciones son confirmadas por testigos de reputación que vivían en la vecindad y que ponderaban los principios estrictamente religiosos de la familia. Se dijo que «el estado de la hija es una gran mortificación para ellos, y generalmente conocido y lamentado por todos los vecinos». El mismo doctor visitó de nuevo a la joven, cinco años más tarde, y halló que

4. *Philosophical Transactions*, Vol. LXVII, p. 5.

estaba empezando a deglutir algo de torta de avena desmigajada introducida por el hueco de los dientes. Dos años más tarde se separaron las mandíbulas y la vida se hizo más normal.

Tal vez pudiera haber cierta reserva en aceptar este caso como muy satisfactorio, si no fuera por la existencia de casos parecidos en otras partes del mundo, que no dependen ciertamente del relato que acabamos de presentar y, en cierta manera, lo confirman indirectamente. Por ejemplo en la *Bibliotèque Britannique*, una publicación periódica suiza de Ginebra, podemos encontrar un informe redactado por algunos hombres de ciencia en aquella ciudad acerca de una visita hecha a una desgraciada paciente, Josephine Durand que, según alegan, había vivido ya por espacio de cuatro años sin tomar alimento sólido ni líquido. La pobre joven estaba ciega y paralítica. Se le podían pinchar y taladrar los miembros inferiores sin que percibiera la menor sensación. Las mandíbulas estaban convulsivamente cerradas, pero ello no le impedía darse a entender, aunque con alguna dificultad de articulación. Lo que presta interés excepcional al caso es el hecho de que la joven era católica, y sus visitantes, al parecer, no pertenecían a esa comunión. Normalmente no podía tomar comida ni bebida, hasta la misma idea le repugnaba, pero ellos nos dicen:

«Hemos sabido que siendo ella devota practicante de la fe católica, comulga con bastante frecuencia, es decir, como una vez al mes. Ella recibe entonces una partícula de Hostia lo suficientemente pequeña para pasar por el hueco de un diente que le había sido extraído, y la presencia de esta partícula de sólido en el esófago parece que no provoca las mismas convulsiones que la acción del líquido produce normalmente».

Los visitantes estaban ansiosos de convencerse de su dificultad al tomar alimento, y así declara su informe:

«A petición nuestra, ella hizo un esfuerzo para deglutir media cucharada de agua pura, un experimento que siempre la debilita y angustia más o menos. Hicimos pasar el líquido por el hueco del diente; la deglución parecía difícil y penosa, y su presencia en el estómago produjo instantáneamente una convulsión que le provocó vomitar el líquido. Este experimento fué seguido de una especie de paroxismo que duró un cuarto de hora, pero desapareció gradualmente».

La impresión de los visitantes en lo referente a la joven misma, a su casa, y a las circunstancias que la rodeaban, fué altamente favorable. Dicen, por ejemplo:

«El carácter moral de esta pobre criatura inspira profundo interés y verdadera admiración. Su paciencia y resignación son extremadas, como también lo han sido sus sufrimientos. En cama durante cuatro años en posición supina, sin cambio de postura, torturada por el dolor y, a intervalos, por el hambre y la sed, deseos vehementes que a veces duraban hasta un mes entero; uniendo en cierto modo en su persona toda suerte de miserias, aun con todo no permitía que se compadecieran de ella. Se inclinaba a demostrarnos que pudiera haber gente muchísimo más desgraciada que ella. Cambiaba la conversación de sus propias miserias, y hasta procuraba entretenernos con algunas bromas que no carecían de gracia, y de vez en cuando una sonrisa aparecía en sus labios habitualmente apretados por la costumbre de sufrir» [5].

Los visitantes observaron que el abdomen estaba contraído como si tocara a la columna vertebral. También declararon que la familia, mientras daba todas las facilidades para examinarla, rechazaba todo regalo,

5. *Bibliothèque Britannique,* Vol. III, Sciences et Arts, p. 182.

haciendo de esto una regla inflexible. Algunos estaban muy predispuestos a detectar imposturas, pero lo único sospechoso que en este caso pudieron encontrar fué el hecho de que la pobre paciente era venerada en varias millas a la redonda por todos los campesinos, como alguien que está en gracia de santidad. En verdad, el relato referido rechaza por falta de razón todas estas sospechas en vista del elevado carácter y de la sencilla actitud de sus padres. Se propuso que Josephine fuese transportada a la ciudad y sometida a una estricta observación médica, y tanto la joven como sus padres accedieron inmediatamente a ello. Sin embargo, las revueltas políticas de los tiempos impidieron el que se llevara a cabo esta sugerencia, y pocos años más tarde moría la joven, y no se intentó hacerle autopsia [6].

Un caso algo más reciente, que adquiere importancia por el hecho de haber sido observado por un doctor perito en las teorías patológicas, de la segunda mitad del pasado siglo, es el de Marie Furtner, de Frasdorf, en Alta Baviera. Si por una parte resultó que su ayuno fué menos notable por haber continuado todo el tiempo tomando grandes cantidades de agua, por otra parte se alega que su ayuno duró más de cuarenta años. Ya el año 1835, después de varias enfermedades, la joven tomó gran aversión a toda clase de alimentos sólidos y gradualmente no permitió que pasaran de sus labios más que tragos de agua fría procedente de un manantial de una montaña en su aldea nativa. Un doctor interesado dió a conocer el caso a algunos de sus más doctos colegas. Se hizo presión sobre sus padres para que permitieran llevarla a Munich; fué alojada en un hospital a cargo de dos enfermeras, bajo juramento de tenerla en observación día y noche. En las condiciones de vida

6. Se hace una referencia a su muerte en una nota del décimo volumen, Sciences et Arts de la *Bibliothèque Britannique.*

ciudadana se agravó su enfermedad, y fué presa de una gran nostalgia. En vista de ello, y después de una experiencia de veintidós días, fué reintegrada a casa de sus padres. Durante su estancia en el hospital no tomó alimento sólido de ninguna clase; bebió solamente agua, no observándose nada que sugiriese fraude o engaño. Uno de los jóvenes doctores interesados en el experimento, el Dr. Karl von Schafhäukl, futuro profesor de la Universidad, en 1884 publicó a la muerte de Marie Furtner un corto ensayo acerca de la cuestión de su extraordinaria abstinencia [7]. Como él subraya en dicho ensayo, la joven y sus padres gozaban de la más alta reputación en su aldea nativa. Los extranjeros, que habiendo oído hablar del fenómeno la visitaban en el lugar, no le proporcionaron provecho, sino un aumento de molestias. Marie, hasta pocos meses antes de su muerte, conservó su aversión a la comida sólida. Los sucesivos párrocos de la localidad que le administraron sus auxilios espirituales, todos hicieron grandes elogios de ella y estaban convencidos de que su abstinencia era auténtica. De ninguna manera fomentaban la publicidad; fueron los doctores los que primeramente difundieron la noticia de su aversión por la comida, y la llevaron a Munich en 1844. Además, aunque la joven era católica devota, nunca fué presentado el caso como de carácter religioso [8]. De todas estas circunstancias, y de otras muy complejas para entrar en detalles, el Profesor Schafhäukl está convencido de que la veracidad del caso, por muy increíble que pudiera parecer

7. *Ein Physioligisch-medizinisches Räthsel*; *die Wassertinkerin Jungfrau Marie Furtner,* von Dr. Karl E. von Schafhäukl, Universitats Professor in München (Munich, 1885).

8. «Die Untersuchung hatte mit irgend einem mystischen oder religiösen Motive überhaupt ganz nichts zu tun; es handelte sich nur um eine gesicherte Feststellung einer Tatsache». *Ibid.*, p. 10.

esta existencia de vivir sin comer durante cuarenta años, no puede ser discutida razonablemente.

Aunque nadie pensará negar por un momento que un gran número de ayunadores fueron unos simples impostores [9] que negociaban con la credulidad popular, aun así, una breve investigación descubre la existencia de un porcentaje de casos bien comprobados mucho mayor de lo que fácilmente se pudiera creer. Cuando Prosper Lambertini, más tarde como Papa Benedicto XIV, estaba ocupado con su gran obra *De Beatificatione et Canonizatione Sanctorum,* dirigió una petición a la Academia de Ciencias de Bolonia sobre su opinión científica acerca del carácter sobrenatural de muchos ejemplos notables de abstinencia de comida que se registran en las vidas de candidatos para beatificación. El Instituto citado nombró una comisión, y J. B. Beccari escribió una memoria acerca del asunto. Dicha memoria fué editada en 1880 por el distinguido italiano Dr. A. Corradi en los *Annali Universali di Medicina,* y la califica de «bella e severa dissertazione». Esta disertación está impresa como apéndice en el Libro IV, Parte I, de la gran obra de Lambertini. En ella, mientras Beccari reconoce en la mayoría de los casos reportados la probabilidad de impostura, credulidad, observación defectuosa, etc., aun así sostiene la autenticidad de ciertos casos bien comprobados de prolongada abstinencia de comida, en los cuales no se puede suponer razonablemente una causa sobrenatural. Fundándose en esta opinión, Lambertini establece la regla de que nunca se considerarán como milagrosos los ayunos prolongados cuando han sido originados en alguna forma de enfermedad, o cuando el que ayuna no conserva al

9. Aun en los tiempos medievales fueron conocidos tales impostores. Se menciona a uno en la Vida de Santa Coletta; vid. F. M. Annibali da Latera, *Vita di S. Coletta* (Roma, 1805), p. 87. Ella vivió cerca de Gante.

mismo tiempo el pleno ejercicio de su actividad corporal. A pesar de la aún rudimentaria condición de la ciencia médica en la primera mitad del siglo XVIII, me parece que las razones de Beccari para tener confianza en los fenómenos de los casos de ayuno mejor comprobados, aun prolongados por tres o cuatro años, son fundamentalmente sólidas. La cuestión de si un inválido consume o no consume comida o bebida, o si se han suspendido los procesos excretorios, es simplemente una cuestión de hecho. En estas materias, un niño con vista aguda puede con frecuencia ser mejor testigo que el médico más docto de Europa. Ahora bien, como observa Beccari, los facultativos médicos en los siglos XVI y XVII estaban muy alerta ante el peligro de impostura; ellos sometían a sus pacientes a severas pruebas, y tomaban medidas para que fuesen vigilados rigurosamente. El mero hecho de que después de la publicación del libro de Wier [10] hubo muchas controversias acerca del asunto, les obligó a insistir en tales precauciones. Beccari acepta cuatro casos satisfactoriamente probados, siendo el primero el de Apollonia Schreier, relatado detalladamente por el médico Paullus Lentulus. Esta joven de dieciocho años vivía en la aldea de Galz, a pocas millas de Berna, en Suiza; padecía una misteriosa enfermedad que invalidaba la parte inferior del cuerpo; y, gradualmente, empezó a comer cada vez menos hasta llegar a rehusar por completo toda comida y bebida. Por orden de los magistrados fué trasladada a Berna, donde estuvo durante tres semanas bajo estricta vigilancia en un hospital público. También su madre fue encarcelada, y se hizo una rigurosa investigación acerca de la conducta y antecedentes de la familia. No se descubrió nada que indicara la menor impostura. No había excreciones; el abdomen parecía,

10. J. Wier, *Tractus de Lamiis et Commenticiis Jejuniis* (1582).

como dijo Lentulus, exactamente como si se tratara de un cadáver del cual hubiesen sido extraídas las vísceras. Sin embargo, el resto del cuerpo no estaba notablemente enflaquecido. Lentulus la vio por primera vez a fines de enero de 1602. Según alegaban sus padres, en aquella fecha llevaba sin comer ni beber once meses. En la última ocasión en que la visitó, esto es, en julio de 1603, no habían cambiado las condiciones de su abstinencia; y vivía aún en mayo de 1604, cuando fue impreso su folleto sobre el asunto[11].

No es menos notable el caso de Margaret Seyfrit, una jovencita de doce años, en Rodt, cerca de Speyer. Su enfermedad parece que no ofrecía el grave carácter de la de los ayunadores anteriormente mencionados. Padecía dolores de cabeza y abdomen; estaba cubierta de forúnculos, pero no estaba confinada en cama. Aun así, la niña gradualmente dejó de comer, y después de un año o más, rechazó toda clase de líquido, de manera que el mes de mayo de 1540, aunque fue un verano excepcionalmente caluroso, no se le pudo convencer que tomara siquiera una cucharada de agua. Intervino el obispo de Speyer. En 1541, la niña fue confinada y estrechamente vigilada por espacio de diez días, pero se opuso a todos los esfuerzos que se hicieron para inducirla a tomar comida o bebida, y no se descubrió traza de fraude. Algo más tarde, el señor del castillo de la comarca la llevó a su casa y la tuvo en observación durante cinco días, pero sin mejor éxito. En 1542, cuando ya la abstinencia de comida y bebida había durado casi dos años, Fernando, Rey de los Romanos, fue a Speyer, donde oyó hablar de este caso extraordinario. Ordenó a su propio médico, Gerardo Bucoldianus, con otros de

11. *Historia Admiranda de prodigiosa Apolloniae, Schrierae, Virginis in agro Barnensi Inedia,* etc. Paullo Lentulo auctore (Berne, 1604). En el British Museum hay tres ejemplares de este raro folleto.

su séquito, que sometieran a la joven a una rigurosa investigación. De nuevo se la sacó de casa, desvestida y vestida otra vez de pies a cabeza, vigilada día y noche durante doce jornadas, poniendo a su alcance tentadoras delicadezas. A fueza de ruegos se le pudo convencer que se llevara a sus labios una copa de vino o agua, pero si tomaba la cantidad más mínima la escupía al instante. Este fue el relato del propio doctor, y no descubrió el menor síntoma de impostura[12].

Pero se da buen número de tales casos atestiguados por buenas pruebas médicas. Estos pertenecen a diferentes períodos y a muy diferentes naciones; también son extremadamente variados los síntomas, las circunstancias y edades de los sujetos. Existe el ejemplo de una joven judía en Rusia, que vivió desde septiembre de 1724 a junio de 1726, sin tomar comida y casi ninguna bebida, sin mostrar en ese tiempo señales de debilidad extrema[13]. En otro caso francés, se dice que una joven vivió once años sin alimento sólido[14]. Mejor probada está aún la historia de Louise Gussie de Anglefort, en Bugey. Desde enero de 1770 hasta agosto de 1773 no tomó ninguna comida, y durante dos años no bebió más que agua pura. Su doctor, M. de la Chapelle, envió un informe del caso a la Academia de Ciencias de París, en el que dice:

12. Se conservan dos informes de este caso por distinguidos médicos. El de Bucoldianus fué reimpreso varias veces en el mismo año de 1542. Tres ejemplares impresos respectivamente en Speyer, París y Lovaina, todos en 1542, se encuentran en British Museum. Se da otra referencia en las *Epistolae* de Johannes Langius, Lib. II, Epist. 27.

13. El caso es citado por Corradi en los *Annali Universali di Medicina,* Vol. 251, 1880, p. 567, de las Actas de la Academia de San Petersburgo.

14. Corradi toma esto de Leroux, *Journal de Médicine,* XXX., p. 151.

«En este fenómeno es imposible sospechar de ninguna impostura. La mujer vive con sus hermanos y hermanas en una pobre cabaña, justamente debajo de la cima de una empinada montaña, fuera del alcance de curiosos visitantes, donde jamás ha entrado el arte del engaño, y donde tal trampa no proporcionaría seis perrillas como limosna durante doce meses» [15].

En Italia, el Profesor L. Rolando, al parecer, dio completo crédito al caso de Anna Garbero, de Raconigi, de quien se dice que vivió treinta y dos meses y once días sin comer ni beber nada. Después de su muerte, Rolando mismo hizo la autopsia y publicó su relato en un folleto [16]. De la misma manera, en el séptimo congreso de los hombres de ciencia italianos que tuvo lugar en Nápoles (1847), el Dr. Borrelli salió garante de la autenticidad de un fenómeno de ayuno observado en una joven de los Abruzos que, debida a estrechez convulsiva del esófago, que se presentaba siempre cuantas veces le servían alimentos, vivió, así afirman, durante tres años sin comer ni beber [17]. El caso más reciente que parece haber llamado la atención es el de Zélie Bourriou, una campesina de Périgord. A la edad de cuarenta y cinco años ingresó en el hospital de Bourdeilles, donde permaneció bajo estrecha vigilancia desde el 9 de marzo hasta el 12 de julio de 1896, en total ciento veinticinco días. Durante este tiempo nada tomó excepto en alguna ocasión un trago de *eau panée* (agua panada), que su estómago rechazó inmediatamente. Rebanadas de pan fresco y otros comestibles renovados continuamente, se colocaban en un cajón de su cuarto,

15. Vid. *Histoire de l'Académie Royale des Sciences*, de 1774, pp. 15-17, donde se da cuenta detallada del caso.

16. Vid. Corradi in *Annali Universali di Medicina*, Vol. 251, p. 568.

17. Corradi, *ibid.* que cita de los *Atti della Settima Adunanza degli Scienziati italiani*, 1846, p. 81.

pero nunca los tocó. Indudablemente su mente estaba afectada por la muerte ya lejana de su esposo y de cuatro hijos, pero se afirmó que durante nueve años no había tomado comida, y la gente del pueblo creía la historia. Ella vivía sola, y ni el panadero, ni el carnicero o el labrador recordaban haberle vendido nada comestible [18].

Aunque nosotros admitamos fácilmente la existencia de gran número de casos de impostura en esta materia, cuando aquéllos han sido sorprendidos, como ocurre con frecuencia, el motivo del fraude ha sido generalmente inteligible. Anne Moore, «la mujer ayunadora de Tutbury», sometida a una rigurosa vigilancia, al noveno día de su intentado ayuno fracasó, acabando por confesar plenamente que en 1813 había ingresado 400 libras esterlinas producto de su trampa. Además, su vida anterior no era precisamente muy ejemplar; tuvo hijos que, al parecer, actuaban de cómplices suyos [19]. Aun en algunos de los casos que hemos considerado, apenas podía haberse presentado la vanidad y el afán de popularidad. El interés de desempeñar un papel se esfuma pronto cuando no hay público para ello, o cuando se limita a los miembros del círculo familiar.

Pero si nosotros admitimos la realidad y el carácter natural de estos prolongados ayunos, ¿cómo reconciliamos los hechos con las leyes de ciencia fisiológica? ¿Cómo puede mantenerse bajo tales circunstancias el metabolismo necesario para la continuación de la vida humana por espacio de tres o cuatro años completos?

Probablemente, al presente no puede ofrecerse nin-

18. Vid. A. de Rochas, *La Suspension de la Vie*, 1913, p. 25.

19. Anne Moore es honrada en un artículo a dos columnas en el *Dictionary of National Biography*. La impostura tuvo éxito por espacio de casi siete años.

guna solución adecuada. Los casos ocurren muy raras veces, y en su mayor parte van acompañados de tales condiciones patológicas en el paciente que impiden la posibilidad de una observación centífica completa. Cuando se intentó inducir a Marie Furtner a someterse a un segundo período de examen médico en Munich, inmediatamente se alarmó el pudor de la modesta católica campesina. Declaró que prefería morir a ser de nuevo vigilada, pesada, empujada de un sitio a otro y estar sometida a las miradas de grupos de hombres extraños. Lo mismo ocurrió en el caso de Louise Lateau, cuando ciertos doctores de la Academia de Medicina de Bélgica trataron ansiosamente de persuadirla a que se sometiese a una prueba similar para comprobar su inedia total. En vista de la extremadamente severa vigilancia y la publicidad que suponía, no podemos sorprendernos que en ambos casos, especialmente en el de Louise Lateau, cuya vida pasaba íntegramente en comunión con Dios, les repugnara en absoluto la idea de tal prueba.

Por el hecho de negarse a someterse a tales pruebas no sería razonable deducir o presumir que hubo mala fe.

Por otra parte, parece que los fisiólogos sugieren que en los casos de hambre, la causa real de la muerte no es la simple inanición. Como Bernheim dice, es el hambre, no la falta de comida, lo que mata a una persona. Al mismo tiempo queremos dar a entender por hambre, no sólo el ansia de alimento que ordinariamente deja de ser aguda poco después de los primeros días, sino la condición mental producida por el miedo, mal humor, insomnio y angustia. Mientras haya carne sobre los huesos, los órganos vitales, y más especialmente el cerebro y el sistema nervioso, se nutren a expensas de los tejidos musculares. Es difícil determinar la duración de esto. Pero mientras el cerebro descansa, a lo cual conduce probablemente el estado de trance de éxtasis o de ciertas formas de demencia,

la transferencia de estas reservas continúa sin obstáculo, aunque todo el organismo siga viviendo de su capital. El proceso de agotamiento es probablemente muy lento, no obstante saber extraordinariamente poco acerca de las condiciones del metabolismo en tales casos. La casi invernada de ciertos fakires indios que se dejan enterrar durante cuarenta días o aun durante cuatro meses, sin aire ni alimento, ofrece un problema análogo; pero el hecho parece bien comprobado [20]. Todo conduce a la conclusión de que para mantener la vida bajo estas condiciones, los fakires adoptan algún método de autohipnotismo. Cuando el Profesor Luciani, que ha hecho estudios especiales acerca del asunto, dice que la muerte en casos de inanición es debida al trastorno del *sistema regolatore*, por lo que él quiere dar a entender el sistema nervioso, él subraya evidentemente el mismo orden de ideas [21]. Así, pues, con respecto a los admirables ayunos de los místicos católicos, aun desde el punto de vista de la ciencia moderna, parece que tenemos plena razón para adoptar las conclusiones de Benedicto XIV. Si estas largas abstinencias de comida tienen su origen en una condición enferma del organismo, y van acompañados de un estado prevalente de éxtasis y suspensión normal de actividades de vida, no podemos sacar la conclusión con certeza de que se trata de un estado de cosas de origen sobrenatural. Sin embargo si, como parece haber sido el caso, por ejemplo, de Louise Lateau durante algunos años, se puede probar que esta completa ausencia de alimento va acompañada del continuo y constante cum-

20. Vid., por ejemplo, *The India Journal of Medical and Physical Science* (Calcuta, 1836), pp. 389-91, y también J. M. Honigberger, *Thirty Years in the East*, Londres, (1852), I, pp. 127 seq.

21. Luciani, *Fisiologia del Digiuno* (Firenze, 1889), pp. 156-7.

plimiento de los deberes cotidianos, entonces no se puede explicar el fenómeno por causas naturales y tendremos razón para deducir que hay una intervención milagrosa.

CAPITULO XVI

VIVIR SIN COMER

I

Tenemos un hecho bien comprobado de abstención en los cinco años de ayuno ininterrumpido de Teresa Neumann, de Konnersreuth (Baviera)[1] quien, en cuanto me consta, continúa ayunando hasta el momento en que esto se escribe (1931). Se afirma que desde Navidad de 1922 no ha comido nada sólido y, desde Navidad de 1926, no ha ingerido líquido. Por algún tiempo siguió tomando un sorbo de agua cada día después de la Sagrada Comunión, pero en 30 de septiembre de 1927 también suspendió esto. El resultado es que, según se dice, desde esta última fecha mantiene ininterrumpido su riguroso ayuno. Con la excepción de la Santísima Eucaristía, nada digestible parece que ha pasado de sus labios. También hemos de recordar que ella no es inválida total confinada en cama. Acude a misa y a otros oficios de la iglesia, recorre la aldea practicando actos de caridad —muy especialmente en confortar a los enfermos y moribundos—, habla alegre a quienes vienen a consultarla, y realiza pequeños quehaceres para ayudar a su propia familia. Durante la mayor parte del año renueva cada viernes sus terribles visiones de la Pasión y pierde por sus estigmas una considerable cantidad de sangre, y todavía maravilla más aún que Teresa Neumann, al recibir su Comunión diaria, ni siquiera toma la partícula entera que se administra a

1. Vid. Fritz Gerlich, *Therese Neumann, die Stigmatisierte von Konnersreuth,* Vol. I, pp. 129-31.

los seglares. Solamente se la puede ofrecer íntegra cuando está en éxtasis. En estado consciente de sus facultades no le es posible admitir más que una pequeña fracción, algo menos que la octava parte de la forma corriente en la comunión.

La asombrosa naturaleza de este prolongado ayuno, aparte de otros fenómenos, llamó tanto la atención que los hechos pedían una investigación oficial. En efecto, el obispo de Ratisbona nombró una comisión en 1927 para investigar el caso bajo la dirección de un médico de gran reputación, Dr. Seidl. A este fin fueron elegidas cuatro Hermanas enfermeras de Mallersdorf y se redactó un código muy estricto de reglas, a cuya observancia se obligaron bajo juramento.

Relevándose por parejas, dos de aquéllas, cuatro prestaban continuamente servicio día y noche, sin permitir que la joven, aun durante el más pequeño intervalo, estuviese en la quincena de observación fuera de vigilancia su peso, temperatura, pulso, etc. Se le tomaban frecuentemente. Toda excreción, fuera de proceso de alivio natural, por emanación de sangre de los estigmas o por vómito, etc., debía ser preservado, pesado y sometido subsiguientemente a análisis. Su aposento, sus vestidos, cama, etc., estuvieron sometidos a un minucioso examen y, ella, constantemente vigilada en su trato con familia y otras personas. Es indiscutible que todas estas precauciones se hacían estrictamente necesarias si se quería llegar a una conclusión digna de respeto por parte de quienes —especialmente no católicos— dijeron que era una vulgar impostora. Al mismo tiempo, cuando uno lee el capítulo en el cual el Dr. Gerlich expone en los términos más claros [2] los detalles médicos de la investigación, se nos presenta cier-

2. Véase, por ejemplo, Vol. I, p. 135. Sin duda, registrar los datos y medidas era muy necesario; pero siempre son detalles desagradables.

ta duda. Después de todo, ¿para qué altos fines sirve la demostración de esta inedia? El Omnipotente no puede desear que saquemos la conclusión de que los cristianos piadosos, animados por el ejemplo de Teresa, traten de vivir sin comer. La abstinencia llevada a este extremo no sería virtud, sino un vicio; supondría tentar a Dios. No hay duda que impresiona la imaginación el que una persona santa llegue a elevarse hasta por encima de las enfermedades de nuestra naturaleza, extrayendo toda la energía vital únicamente de la Santísima Eucaristía; pero, desgraciadamente, cuando pasamos a la demostración del hecho, nos sentimos obligados a investigar varios datos fisiológicos, de los que la gente delicada no habla de ordinario fuera de la sala de consulta del médico. La misma reverencia que debemos a la santidad parece que desaprueba nuestro empeño en continuar tales investigaciones o someter a tales pruebas a los siervos escogidos de Dios.

Por otra parte sabemos que la contracción convulsiva del esófago, la repulsión por el estómago de la comida deglutida, la pérdida del apetito natural (con otro nombre anorexia), etc., no son en sí mismos características de virtud moral; antes bien son síntomas bien conocidos como ciertos desórdenes nerviosos. Si como se ha dicho antes, Teresa Neumann, en su estado normal consciente, no puede pasar una Hostia entera, pero sí en éxtasis [3], esto se debe seguramente al hecho de que las neurosis que la retuvieron varios años encamada, contraída, paralizada, ciega y sorda no han sido aún eliminadas completamente. En el caso de otras va-

3. Dr. Fritz Gerlich (*l. c.*, Vol. I, pp. 166-7; y cf. pp. 135 y 168-9) da una detallada descripción de su Comunión con una Hostia entera durante el éxtasis. Aunque no católico, el Párroco Naber le permitió estar cerca de ella, de frente, mientras ella recibía. Naturalmente Teresa no se daba cuenta de su presencia.

rias estigmatizadas que, se dice, vivieron sin comer, sabemos que se intentó repetidas veces inducirlas a tomar alimentos. Por obediencia a sus directores espirituales o superiores religiosos, muchos de ellos se esforzaron en tragar el alimento líquido o sólido ofrecido, con el resultado de que todo fué devuelto inmediatamente, causando el experimento al paciente gran fatiga y dolor. En las Vidas de Santa Catalina de Siena, de Louise Lateau, Ana Catalina Emmerich, Domenica Lazzari y otras muchas, canonizadas y no canonizadas, encontramos descripciones muy horripilantes de dichas escenas. Pero por otra parte tenemos casos exactamente similares con los mismos resultados tratándose de pacientes de mentalidad no religiosa, sino que sufrieron simplemente anorexia y otras formas de histeria. Será suficiente apelar a los testigos que se citaron para dar fe de la inedia de Mollie Fancher, Mrs. Croad, las niñas italianas, etc., sin hablar de los ejemplos que se mencionan en casi todos los textos que tratan de desórdenes nerviosos. Así como me agradaría saber de alguna estigmatizada con antecedentes familiares favorables y que ella misma hubiese gozado de completa salud, libre de neurosis de toda clase, así en la considerable lista de aquellas santas personas que se nos informa haber vivido por largos períodos sin otro alimento que el Santísimo Sacramento, se busca en vano el nombre de una que estuviese libre de previas y extrañas inhibiciones en materia de dieta, y de quien el neurólogo especialista hubiese afirmado que estaba perfectamente sano y normal. Ningún médico competente pudo haber dicho esto de Louise Lateau o Teresa Higginson, de Domenica Lazzari o Ana Catalina Emmerich, o de Santa Lidwina de Schiedam.

No se puede pensar en discutir el hecho de que para toda persona sin prejuicios, la observación por espacio de quince días a Teresa Neumann haya probado satisfactoriamente que ella no tomó durante aquel período

ni comida ni bebida. Lo más sorprendente aún es que la fuerte pérdida de peso que tenía lugar durante los éxtasis del viernes era recobrada en cada caso durante los dos o tres días siguientes. El miércoles 13 de julio de 1927, víspera del comienzo del período de observación, Teresa pesaba 55 kilogramos, el sábado 16 de julio pesaba 51. El miércoles 20 de julio pesó 54 kilogramos, pero hasta el sábado siguiente bajó a 52 y medio, aunque el último jueves volvió a pesar 55 kilogramos, justamente lo mismo que el día antes del experimento. La oscilación, pues, entre la pérdida y recuperación, fué por tanto de unas ocho libras. Es curioso que en dos ocasiones dentro de la quincena (el 15 y el 22) se registra un alivio natural que llegó a medio litro. También hubo en los dos viernes, algo de vómito, no cantidad considerable, que parece se debió a la sangre que de sus ojos y frente entró en la boca. En la materia así vomitada no se descubrió traza de comida [4].

La quincena de observación de Teresa Neumann, que ha contribuído mucho a confirmar la creencia en su completa abstinencia de comida y bebida, trae a la memoria otra prueba similar llevada a cabo en nuestro propio país no hace muchos años, con un fin desgraciadamente trágico. En una remota parte de Carmartheshire, una jovencita, descrita por todos como una niña excepcionalmente buena, se dijo haber vivido por más

4. Hay que notar que en 1937, el Dr. J. Deusch de Lippstadt en su *Reply to Mgr. Teodorowicz* (traducido al francés con el título *L'affaire de Konnersreuth*), defendía que el análisis médico de los residuos durante los 15 días de observación a Teresa Neumann demostró por la presencia de acetona que ella estaba entonces ayunando, pero que dos análisis hechos en el segundo y noveno día después del período especial de observación no daba muestras de acetona. La conclusión que dedujo fué que de algún modo cesó el ayuno después de este período especial de observación. «Thérèsè n'avait donc pas faim a cette époque» (p. 15). J. H. C.

de dieciocho meses sin haber comido ni bebido. En febrero de 1867, cuando dió comienzo la extraordinaria condición alarmando a sus padres, tenía 10 años de edad; estaba débil, endeble (posiblemente como resultado de un ataque previo de escarlata), y era víctima de extraños ataques nerviosos. Fué hija de un modesto labrador llamado Evan Jacob; pero de familia galesa; hablaba sólo un poco el inglés. Bajo el tratamiento médico del Dr. H. H. Davies, que fué llamado para asistirla, mejoró un poco; pero gradualmente se le manifestó una marcada aversión por toda forma de alimento. Hasta le molestaba la vista de otros mientras comían. Cuando se la apremiaba para que comiese, le sobrevenía lo que su madre llamaba «un acceso», aunque tales «accesos», tal como se presentaban mientras otros la observaban en fecha posterior, consistían solamente en pequeño período de inconsciencia real o supuesta. No había palidez ni violentas contorsiones. Simplemente, la niña cerraba los ojos y parecía pasar a un estado de insensibilidad. Pero al principio, los «accesos» eran menos violentos y también más prolongados. Había asimismo síntomas catalépticos, y una condición opistotónica, esto es, el cuerpo se arqueaba hacia atrás de manera que la cabeza tocaba casi a los pies.

El padre, un ignorante que, al parecer, tenía una extraña idea de que la abstinencia de la niña era una manifestación del fervor divino, declaró en 1869 haber hecho él dos años antes un juramento de no ofrecer alimento a Sara hasta que ella lo pidiese, pues en una ocasión, por aquella fecha, ella se desmayó cuando la forzó a comer [5]. Lo cierto es que cuando los padres consintieron en diciembre de 1869 que la niña fuese vigilada por enfermeras, la madre estipuló expresamente que las vigilantes no comiesen en presencia de Sara, pues «ella se desmayaría si había comida en el aposento» [6]. En el verano de 1867 Sara tomó a la vista de todos algo de alimento, pero en octubre se dijo que no consumía más que un pedazo de manzana del «tamaño de una píldora» tomada en una cucharita; y poco después empezó a rechazar todo. No es, pues, sorprendente que en el más remoto distrito del país se difundiese la noticia del extraño caso de una niña que vivía sin comer. Sin embargo, en fecha posterior, nada suscitó más prejuicios contra la familia de Jacob como la creencia de que esta curiosa enfermedad se había convertido indirectamente en una fuente de ganancia. Sin embargo, aun el Dr. Fowler, cuyas cartas influyeron sobre todo a llamar la atención a lo que él consideraba una escandalosa impostura, admite que «nosotros no tenemos pruebas durante los dieciséis meses de la enfermedad de Sara de que la joven fuese objeto de ostentación pública, o de que los padres hubiesen obtenido ganancia alguna» [7]. Aparte de algunos pequeños párrafos en los periódicos galeses, la primera comunicación a la prensa parece ser la de un clérigo anglicano, el Rev. Evan Jones, Vicario de Llanfihangel-ar-Arth, que escribió al *The Welshman*, en una carta publicada en 19 de febrero de 1869:

«Permítaseme llamar la atención de sus lectores acer-

5. R. Fow, *A Complete History of the case of the Welsh Fasting Girl* (1871), p. 70. Este libro, escrito por eminente y experto médico, entra en muchos detalles citando ampliamente informes contemporáneos. El Dr. Fowler, cuya carta a *The Times* describiendo su visita a la joven causó la catástrofe final, ofrece sin duda una honrada declaración de todo lo que él pudo saber del caso. A pesar de ello, este libro es en cierto sentido una apología personal, porque él fué el principal médico testigo en las actuaciones legales

6. *Ibid.* p. 52. y cf. p. 117. Esto parece ridículo, pero parecida hipersensitividad se recuerda de Domenica Lazzari, cuyos estigmas eran indiscutiblemente auténticos.

7. Fowler. *Fastig Welsh Girl*, p. 11.

ca del caso más extraordinario. Sara Jacob, una niña de doce años e hija de Mr. Evan Jacob Letherneuadd, en esta parroquia, no ha tomado ni un simple grano de comida durante los últimos dieciséis meses. Ella tragó algunas veces unas pocas gotas de agua durante los primeros meses de este período; pero ahora, ni siquiera toma eso. Todavía ofrece buen aspecto su cara, y continúa en posesión de sus facultades mentales. En este y en otros aspectos es una jovencita admirable».

El Vicario continúa sugiriendo que en vista de la actitud incrédula a distancia de muchos médicos, debería tener lugar una investigación del caso. Aunque la respuesta a esta carta no fué entusiasta. Mr. Jacob, el padre de la niña, urgía por una investigación. Se formó un comité, y cierto número de personas de la localidad, labriegos en su mayoría, convinieron en hacer de vigilantes. Sin embargo, la investigación que se siguió tenía poco valor. No se intentó examinar la cama y los aparadores, o ejercer ninguna vigilancia sobre Sara durante su trato con sus padres y su hermana pequeña. También se habló de notable falta de diligencia por parte de algunos vigilantes. Se dijo que ciertos individuos se durmieron o bebieron demasiado, y hasta que dejaron de comparecer por primera vez. No obstante, declararon que estaban satisfechos de que no había tomado comida alguna, e hicieron declaraciones a este fin. Por ejemplo:

El vigilante número 4, James Harris Davies, estudiante de medicina, habló en esa forma y afirmó claramente que durante la quincena que él vigiló no se le dió nada, con la excepción, y por una sola vez, de tres gotas de agua para mojar sus labios. El fué más escéptico que nadie antes de comenzar la vigilancia, pero no vió nada que confirmara sus sospechas, pudiendo afirmar con toda conciencia que no se le dió nada durante su vigilancia.

El vigilante número 7, Thomas Davies, el más escéptico de todos fué convencido por completo. Observó a Sara Jacob por espacio de doce días y estaba seguro de que no le dieron nada durante su observación. La vigiló con todo el cuidado posible, y tuvo la precaución de estar en un lugar destacado, desde donde la boca de Sara estuviese a la vista [8].

Naturalmente, hay que tener en cuenta que aunque Sara fué tratada como inválida y parezca que por dos años estuvo retenida en cama, no hay pruebas de que fuese realmente paralítica e incapaz de movimiento. La investigación de 1869 debió ayudar mucho a la difusión de la supuesta maravilla de la niña que vivía sin comer. Aunque la aldea estaba remota, llegaba considerable número de visitantes [9]. Encontraron una linda niña acostada de espaldas, caprichosamente vestida, coronada de guirnaldas, ataviada con toda clase de cintas llamativas, que les sonreía y se mostraba complacida de ser admirada. Tenía un pequeño estante con libros piadosos que le habían dado, y gozaba en manifestar su habilidad en leerlos en voz alta a los que querían escucharla. Pero no eran libros los únicos regalos. No pocos de los que llegaban creían conveniente dejar un chelín o media corona en reconocimiento por el privilegio de ser admitidos a tan encantador espectáculo. Cuando se ofrecía dinero al padre, ponía dificultades, pero decía al mismo tiempo que podían entregarlo a su pequeña hija; y parece que con frecuencia había sobre su pecho un recipiente donde podían depositar el dinero.

Esto no podía durar mucho tiempo sin llamar alguna atención en los círculos científicos. El ya citado Dr. Robert Fowler, Vicepresidente de «Hunterian So-

8. Fowler, *Welsh Fasting Girl*. p. 23.

9. En la estación más próxima de ferrocarril los chicos llevaban colgadas unas inscripciones «Fasting Girl», etc., ofreciéndose como guías a la casa. *Ibid.*, p. 29.

ciety», que tenía amigos en el Sur de Gales, visitó a Sara Jacob el 30 de agosto de 1869, acompañado de su huésped, un abogado que no vivía lejos de allí. Ambos caballeros se convencieron de que la rolliza y sonriente pequeña persona, que miraba lentamente a su alrededor con el rabillo del ojo, no pudo haber vivido durante dos años solamente de aire. En consecuencia el Dr. Fowler dirigió a *The Times* 10 una vigorosa protesta dando cuenta detallada de su visita, y el efecto final de esta protesta fué el nombramiento de un nuevo comité para preparar una investigación realmente científica de los supuestos fenómenos. Es digno de notarse que, al principio, los padres no parece que pusieron ninguna dificultad. Considerando extremadamente reducido el espacio de acomodo en la destartalada habitación de un piso —el Dr. Fowler presenta una fotografía y un plano— hubiera sido fácil para ellos alegar la imposibilidad de que las enfermeras pudiesen permanecer allí durante quince días para vigilar a la joven. Además, era el mes de diciembre, y el lugar horriblemente frío y húmedo. Cuatro enfermeras, una de ellas joven galesa que hablaba el galés, fueron llevados del Guy's Hospital. Se les dió un código de instrucciones en el que se insistía de manera especial que «ellas estaban allí para ver si a la joven se le daba algún alimento. Ellas no debían ofrecer comida, y sólo deberían darla si ella pedía». Esto se les dijo también verbalmente delante de sus padres. En esta ocasión se revisó todo el aposento, con sus aparadores; se examinó la cama, preparada por las enfermeras; la joven fué desvestida, y vestida de nuevo con su ropa de dormir. Las cuatro enfermeras turnaban por parejas cada ocho horas; se supone que actuaron con subordinación y de acuerdo con un comité de doctores, uno de los cuales visitaba a diario la casa. Desgraciadamente, no hubo plan com-

10. Fué publicado en *The Times,* septiembre 7, 1869.

pleto acerca de esta disposición. Uno o dos doctores fueron nombrados sin previo consentimiento suyo, y el lector saca la impresión de que éstas visitas médicas eran muy fortuitas, y llevadas a cabo sin que ninguno de ellos asumiera plena dirección y responsabilidad.

Los primeros días todo fué bien. La niña estaba muy animosa; parecía físicamente bien nutrida y libre de las molestias de la cama. Durante la investigación no hay sospecha de que los padres hubiesen hecho esfuerzo alguno para eludir la vigilancia o procurar distraer a las enfermeras fuera del puesto de su deber; ni la pequeña Sara parece que intentó salir de la cama. Preguntada si padecía dolores, invariablemente contestaba que no. En más de una ocasión se aliviaba su naturaleza, y había que mover a la niña mientras se mudaba la cama. Sin embargo, después de tres o cuatro días las condiciones empeoraron considerablemente. El período de observación comenzó el jueves 9 de diciembre de 1869. A las 2 de la tarde del martes siguiente tenía ciento cuarenta y cuatro pulsaciones, pero el Dr. Hughes que entonces la visitó dijo que «siendo una niña histérica él no creía fuera tan grave el caso». Al día siguiente, miércoles, como informaron las enfermeras, durmió poco; sus ojos estaban hundidos y la nariz afilada; se veía inquieta, y no podía leer. Aun así, el Dr. Lewis que la visitaba anotó en el diario de las enfermeras: «Dic. 15, miércoles. El Dr. Lewis visitó y encontró a Sara como de ordinario, pulso 120. Piel caliente en la mano derecha. No está tan sonrojada como el primer día de la observación. Dijo que no tenía dolores y está tranquila» 11. El jueves a las 11 de la mañana llamó el Vicario. Le alarmó el estado de la niña y propuso que terminara la prueba y que las enfermeras fuesen despedidas; sin embargo, el Dr. Davies, médico de la localidad que la atendió al princi-

11. Fowler, *Welsh Fasting Girl,* p. 64.

pio y visitó a intervalos durante los dos últimos años, opinaba que no había peligro [12]. El jueves por la tarde se dijo a los padres que, en *opinión de las enfermeras,* la niña estaba «amenazando hundirse», pero el padre advirtió que él la había «visto tan mal o peor» y se opuso a que se dejara de vigilarla [13]. La misma niña, en ningún momento durante estos ocho días, manifestó el menor deseo de comer o beber. A las 10 del jueves por la tarde comenzó a inquietarse mucho, y las enfermeras creyeron que se moría. A la mañana siguiente, viernes, parece que perdió el habla, y murió hacia las tres de la tarde. «La Ayunante joven Galesa» y su caso fueron en todo el país el tema de las conversaciones y de los titulares de los periódicos; y cuando llegó el triste desenlace hubo una violenta explosión de sentimientos. Todos los artículos de fondo y todos en la calle estaban seguros de que alguno era culpable de asesinato, y debía ser perseguido criminalmente; pero no coincidían dos personas para decir sobre quién recaía la culpa. Algunos decían que eran los médicos;

12. El tono de los médicos cuando declararon ante los tribunales, apenas me parece de acuerdo con lo que por sus propias manos escribieron en el diario de las enfermeras. El jueves a las 4'10 de la tarde, a menos de veinticuatro horas antes de la muerte de la niña, el Dr. Lewis con Mr. Hughes (cirujano) llamados ambos por telégrafo, se presentaron en la casa, y antes de abandonarla, el primero, en nombre de los dos, dejó esta nota: «El estado de Sara ha mejorado desde las primeras horas de la tarde,... los ojos naturales, etc., ha conversado tranquilamente conmigo y ha sonreído..., no hay viscosidad en las manos, ni señales de acabarse, ni delirio, ni divagación mental» (Fowler, p. 73).

13. El padre declaró que los doctores Lewis y Davies «me dijeron que la niña no estaba en peligro», y juró que «ninguno de los doctores ni las enfermeras le dijeron jamás que la niña se moría por falta de alimento». *Ibid.,* p. 72.

algunos que eran los padres; algún otro, las enfermeras y directoras del Guy's Hospital; otros, quienes insistieron para que se hiciera tal investigación; otros, la policía o los oficiales del Home Office que no intervinieron a tiempo para impedir la catástrofe. Se hizo la autopsia a la pobre niña, y tres médicos de gran reputación encontraron prueba, según creyeron, de que con anterioridad a la venida de las enfermeras la pequeña Sara Jacob debió de haber tomado comida a hurtadillas o en otra forma. No se presentó enflaquecimiento; por el contrario, informaron «hubo que cortar una considerable capa de grasa subcutánea» al hacer la sección de la garganta y del abdomen. Contenían heces los intestinos, y el estómago no estaba muy contraído. Por otra parte, los órganos principales (pulmones, corazón, riñones, etc.), aparecían muy sanos, y la autopsia probó que nada impidió el paso de la comida y sus residuos. Ya el 16 de diciembre, martes, *Daily News* había protestado contra las características «casi grotescas en las actuaciones que están llevando a cabo junto a la cama de la jovencita en Gales»:

«Los últimos informes al terminarse el quinto día de observación, dicen que la joven guarda ayuno, y está muy débil y enferma. Esto parece natural después de cinco días de ayuno, pero lo extraño es que las enfermeras no tratan de persuadirla inmediatamente de que tome algún alimento. Supongamos que la pobre joven hubiese sido alimentada hasta ahora sin que se diese cuenta, y que está demasiado débil para desear comida o demasiado decaída para exteriorizar tal deseo, el resultado de esta observación sería simplemente morirse de hambre. Mártir de la ciencia o víctima de la superstición, ¿cuál de las dos cosas sobrevendrá si muriese de hambre a la vista de las enfermeras? Las personas que intervienen se habrán ya dado probablemente cuenta de cual sería su posición legal si se diese tal caso».

La misma mañana de la muerte de Sara, *The Lancet*, «pudo declarar con buen fundamento la imposibilidad de dar crédito a las declaraciones hechas con respecto a la joven ayunadora de Gales, ya que los doctores y enfermeras se han comprometido a no divulgar nada hasta que la investigación haya terminado». Pero la revista médica añade: «Naturalmente, se han tomado todas las precauciones para el caso de que la joven presentara síntomas de agotamiento, y las enfermeras tienen instrucciones especiales para administrar estimulantes y alimento, sometiéndose a la recomendación del médico que la asiste a diario». A pesar de todo, el viernes mismo por la tarde llegó al fatal término, y el jurado, en la investigación que se llevó a cabo, dió el veredicto de que Sara Jacob había «muerto de hambre provocada por negligencia de parte del padre a inducir a la niña a tomar alimento».

Fué tal el sentimiento en todo el país que el abogado de la Corona se creyó obligado a actuar. En consecuencia, cinco médicos participantes en este caso, así como Mr. Evan Jacob y su esposa, todos ellos fueron procesados ante los magistrados de Carmarthenshire por asesinato denunciando la acusación que «ustedes mataron criminalmente a una tal Sara Jacob, de dicho Lletherneauadd, contra la paz de nuestra Señora la Reina, su Corona y dignidad, en contra de lo hecho y estipulado en el caso». Las actuaciones suscitaron un profundo interés en el Principado, y en el Juzgado en que se reunían los magistrados se apiñó la muchedumbre hasta la sofocación. Después de una paciente lectura de los argumentos legales, los doctores fueron absueltos, y Jacob y su esposa, arrestados para juicio.

En Carmarthen, tuvo lugar el 15 de julio de 1870 el juicio ante el Magistrado Mr. Hannen (más tarde Lord Hannen); mientras Mr. H. C. Giffrad. Q. C., con el tiempo más conocido como Lord Chancellor Halsbury, llevó la prosecución por la Corona. Sin hacer ningún reproche a la completa buena fe del fiscal o del juez presidente, creo poder afirmar que la justicia fué bastante áspera con Mr. Evan Jacob y su esposa. Después de un despiadado resumen por el juez, señalado enemigo de los detenidos, el jurado ratificó el veredicto de culpabilidad. En consecuencia, el esposo fué condenado a doce meses de trabajos forzados y su esposa, a seis. Evan Jacob era ya un hombre arruinado. Las costas de la defensa habían acabado con el último penique que poseía.

El caso presenta muchos rasgos desconcertantes. Lo más cierto de todo es que el padre y la madre, aun cuando se hubieren comportado como padres inhumanamente, y la integridad de pruebas demuestra todo lo contrario, es decir que estaban entregados a su hija, complacientes a todos sus caprichos, poseían las razones más fuertes para desear preservar la vida de la niña, aunque no fuese más que para fuente de ingresos. Yo no puedo dudar de que ellos se convencieron realmente de que la niña vivía sin comer. Desgraciadamente, es imposible entrar en detalles en un corto capítulo, pero el juramento prestado de no forzarla de nuevo a comer, debió de estar fundado en la experiencia adquirida al principio de la enfermedad hacía dos años, cuando, como dijo su padre, sólo ya ver la comida le producía un ataque, que en aquella fecha presentaba carácter alarmante. El día de su muerte, el Dr. Davies, único médico testigo de estos primeros ataques, decidió no intentar darle alimento, aunque para hacerlo tenía permiso del padre. El pensó, al parecer, que estaba ya demasiado débil, y que el choque de tratar de forzarla a tomar alimento extinguiría prematuramente la tenue chispa de vida que le quedaba. Me parece más probable que Sara misma, en su normal personalidad, estaba convencida de que con ella no tomaba comida. No mostró la más ligera resistencia a someterse a un nuevo y más rígido examen. Ninguna de las enfermeras notó la menor señal de resentimiento en los modales de la

niña. No fué sorprendida en ninguna trampa. Por tanto, me inclino a sugerir que ella era capaz de vivir con una cantidad extraordinariamente pequeña de alimento, y que cuando deglutía comida, otra personalidad (no detectada) sucedía a la anterior —tal vez estarán frescas en la memoria del lector las cuatro intermitentes personalidades de Mollie Fancher— de cuyo proceder no se daba cuenta la personalidad normal. Lo mismo que Teresa Neumann durante el éxtasis puede tragar la Hostia, cosa imposible en su estado normal, así la pobre Sara Jacob, en otra personalidad, podía haber sido capaz de tomar alimento sin dificultad. Las inusitadas condiciones creadas por la presencia constante de dos enfermeras, o por la ausencia de la hermanita que habitualmente dormía con ella, pueden ser razón suficiente para explicar el hecho de que durante el período de observación no apareciese la segunda personalidad.

2

El caso de la pobrecita Sara Jacob relatado anteriormente, en manera alguna es único. Ha habido muchos niños ayunadores, y aunque la mayor parte de ellos vivieron hace dos o tres siglos, algunos de ellos fueron observados en circunstancias en que es muy difícil sostener que siempre hubiese impostura.

Uno de los ejemplos más curiosos es el de Jean Godeau, de Vauprofonde, cerca de Sens, en Francia. Nació hacia el fin de 1602 o a principios de 1603, y murió de pulmonía el 16 de abril de 1616. El caso llamó mucho la atención porque se ocupó de él M. Simeón Provanchères, que gozaba del título de «médicin du roy», y estaba en contacto con mucha gente distinguida. Un relato de Provanchères, como eminente médito y autor, se encontrará en la *Biographie Universelle* de Michaud.

Cuando murió el niño, el doctor publicó la historia del caso, que en pocos meses alcanzó cuatro ediciones. Evidentemente, se habló mucho antes acerca del ayuno del muchacho, porque fué llevado para que lo viese al Duque de Montmorency, Condestable de Francia, algún tiempo antes de la muerte de aquél en 1614; y poco después fueron llamados urgentemente para satisfacer la curiosidad del Duque de Vendome (hijo de Enrique IV) y un largo cortejo. También estuvo en Fontainebleau, donde fué inspeccionado por la Reina Madre (María de Médicis) y su pequeño hijo Luis XIII. Yo no sé si esta notoriedad ofrece garantía alguna contra la impostura, pero debió haber puesto más en vigilancia a aquéllos con quienes vivía, para detectar cualquier consumo de alimento a hurtadillas, y Provanchères debió haberse dado cuenta de que si se descubría algún fraude hubiera sufrido considerablemente su reputación, ya que consideraba la maravilla como auténtica.

En el pequeño tratado que contiene esta historia [1], de acuerdo con los anticuados axiomas médicos, se dedica más espacio a la teoría que a la prueba de los hechos. Al mismo tiempo manifiesta el autor claramente su convicción de que el niño *había* vivido por más de cuatro años sin comer ni beber, y también su idea de que esto constituía una asombrosa maravilla que no se puede creer sin una investigación completa. Tuvo al niño en su casa de Sens en cinco ocasiones distintas, y nada sospechoso descubrió durante estas visitas; pero el tiempo que pasó allí parece que fué relativamente breve, y la única visita acerca de la cual da detalles no duró más de cinco días. La conducta de Jean parece que, al principio, fué tímida y bastante tosca; pero

1. *Histoire de l'Inappetence d'un Enfant de Vauxprofonde prez Sens de son deboire et de manger quatre ans unze mois, et de sa Mort,* por Simèon de Provanchères. Quatriesme Edition Sens, 1616.

el doctor lo trató con mucho tacto, y en poco tiempo se sintió como en su casa en sus nuevas circunstancias. Se dice que se resentía hasta de la misma presencia de comida, y se irritaba cuando le preguntaban acerca de su abstinencia [2]. También ofrecía el caso rasgos curiosos. No se notaban síntomas de enflaquecimiento; y aunque no era muy inteligente, Jean era físicamente activo y se interesaba por cualquier cosa extraña que se le enseñaba. M. Provanchères advierte que por más de cuatro años no hubo excreciones de ninguna clase; pero uno se pregunta cómo pudo obtener certeza de ello. Por otra parte, durante este período, el niño cayó enfermo, y guardó cama quince meses, pero al final de este intervalo, en la Dominica in Albis de 1614, se levantó repentinamente sin ayuda de nadie. En aquel momento, fuera de su hermanita, no había nadie en casa, quien corrió asustada a decirlo a su madre, entonces de visita en casa de un vecino. Desde aquella fecha, sin embargo, Jean anduvo libremente y no tuvo recaída. También se nos informa que fué en compañía de su padre desde Vauxprofonde a Joigny, una distancia de «trois petites lieues» —¿diríamos nosotros seis o siete millas?—, pero sin ser transportado por su padre, ni tenía bestia para montar en ella.

El pequeño Jean Godeau murió, como se ha dicho, en abril de 1616. Justamente tres semanas antes había sido llevado por su padre para ver a M. de Provanchères. Aunque había crecido muy poco, estaba pletórico de vida y vigor, y andaba por todas partes. Al volver a casa parece que cogió un resfriado. En el calor febril de su última enfermedad aplicaba sus labios a un recipiente de agua fría para refrescarlos, pero no bebía nada. Desgraciadamente M. de Provanchères no pudo estar presente durante la autopsia que se hizo al niño. Nos dice, sin embargo, que fué practicada por cirujanos muy expertos, y cita con algún detalle los resultados que le comunicaron. Según este relato, los cirujanos descubrieron que la parte superior del esófago estaba comprimida de tal manera que no podía pasar nada al estómago. Cosa bastante rara, declararon que la otra extremidad del canal alimenticio estaba comprimida de la misma manera, de modo que ningún residuo de la digestión podía haber encontrado salida [3]. Aun suponiendo que estas observaciones fuesen exactas, nosotros, naturalmente, no conocemos por cuánto tiempo duraron estas condiciones, pero difícilmente podían haber sobrevenido de repente al término de su vida, y su presencia puede explicarnos plenamente la incapacidad del niño para tomar clase alguna de alimento. También hemos de recordar que por muy retrasada que estuviese la ciencia médica en el siglo XVII con relación al tratamiento de la enfermedad y las teorías formuladas, los cirujanos de aquel tiempo eran muy buenos anatomistas. Se conseguían muy fácilmente sujetos para disección, y el mero hecho de que la patología en aquel período era tan poco satisfactoria, conduciría a los investigadores a prestar más atención a aquella forma expe-

2. De Provanchères le describe en su narración como «ayant tous aliments en tel horreur qu'à la seule parolle de manger il se mettait en cholère et divertissoit sa veuë de dessus ceux qui en parloient» (fol. 216). Naturalmente pudiera haber habido un poco de comedia, pero la obstrucción descubierta en la autopsia nos ofrece una explicación natural, especialmente si recordamos que el niño era zurdo y bastante tonto.

3. «On considèrera fort particulièrement l'oesophage, qui est le passage laquel de la bouche porte l'aliment dedans l'estomach. Il estoit reserré et comprimé vers la partie supérieure de l'estendue de quatre poinctes de doigtz (le reste du canal lasche et ouvert); ainsi rien ne pouvoit se transmettre par cette voie dans l'estomach». También el intestino estaba obstruído «parce que l'intestin en cest endroit estoit fort pressé et sans apparence de division, aiant autant d'estendue en son reserement que celle qu'avons representée cy dessus à l'entrée de l'oesophage» (ff. 34a-35a).

rimental de investigación, en la que realmente había algo exacto que aprender. De todas maneras, no parece que el pequeño Jean Godeau muriera por falta de alimento, sino a causa de una especie de inflamación que aún en nuestros mismos días es fatal para miles y miles de gentes bien alimentadas en la misma flor de la vida. Puede ser interesante imprimir en una nota la inscripción latina que el Dr. de Provanchères compuso para un monumento levantado, al parecer a sus propias expensas, en la ciudad de Sens[4]. De esta inscripción y del conjunto de la narración, una cosa parece cierta, a saber, que por cerca de cinco años antes de la muerte del niño creyeron todos que no tomó comida ni bebida. La compresión física del esófago, causa de esta aversión, ya debió de haberse sentido, y aun en el supuesto de que digiriera alimento a hurtadillas, éste debió ser muy reducido. No obstante, lo mismo que en el caso de Sara Jacob, no había señales de enflaquecimiento. Parece que M. de Provanchères subraya, con razón, este hecho como algo verdaderamente sorprendente. ¿Es posible que en el transcurso de uno o dos

4. Joannes Godeau, e Valle Profunda prope Senonas, in agro villae regis novae, infra decimum aetatis suae annum, abolito suctionis sensu, quem natura coniecit in os ventriculi, appetere et cibo potuque uti desiit, alimenti sola recordatio-perhorrescens. Ex eo tempore nihil a vesica, nihil ab alvo excretum. Sic vixit innocens prodigiose annos quator menses undecim, stante (quod mirum est) citra ullam extenuationem omnium partium compage et structura. Obiit inflammatione pulmonum, mensis Aprilis die 16, anni 1616,

Imposuit vitae leges natura, nec ullum
Absque cibo et potu vivere posse tulit.
His sine, qui vita Senonum frueretur in agro,
Godius unus adest, res nova, mira magis,
Fit via nulla cibo, excernendis nulla relicta,
Causa rei tantae quae datur, ipse Deus.

siglos los puntos de vista prevalentes con respecto a la nutrición y metabolismo puedan ser revolucionados por descubrimientos tan trascendentales en sus consecuencias como los de Sir J. J. Thomson, Rutheford, Planck y Hertz con respecto a la constitución de la materia?

Como se ha dicho anteriormente, son numerosos los ejemplos alegados sobre niños que han vivido sin comer o beber y, en algunos de estos casos, parece que ha habido una observación y vigilancia efectivas. Anteriormente se ha dado cuenta[5] de Apollenia Schreier y Margaret Seyfrit, y me he referido en el mismo capítulo al memorial redactado en el siglo XVIII a instancias de Prosper Lambertini (Papa Benedicto XIV) por la Facultad de Medicina de Bolonia, en la cual, reconociendo plenamente la probabilidad de impostura, credulidad y observación defectuosa, los doctores consultados sostuvieron la autenticidad de ciertos ejemplos bien comprabados de larga abstinencia de comida, aunque no se pueda suponer razonablemente que fuera debido a una causa sobrenatural. Esta memoria que Benedicto XIV incluyó como apéndice de su gran obra sobre la Beatificación y Canonización, no puede ser considerada como completamente anticuada, pues el Dr. Corradi, editor de una revista científica de autoridad de Italia, los *Annali Universali di Medicina*, lo describe en 1880 como «bella e severa dissertazione». Además sería superfluo citar otros ejemplos, como el de María Jehnfels (siglo XVIII) o de Catalina de Schmidweiler (siglo XVI), etc., pues no tengo a mano información más completa que la de los casos presentados anteriormente.

Volvamos a un ejemplo más próximo a nosotros, aunque no se trate de un niño, sino de una mujer muy anciana. En el libro *Tours in Wales*, su autor, Thomas Pennant, famoso anticuario galés, hablando de Bar-

5. Pp. 515 a 517.

mouth en Merionethshire, describe cómo él, en 18 de julio de 1770, remaba estuario arriba hacia la tierra cercana de Dolgelly, dirigiéndose a una aldea llamada Taddyn Bach:

«Encuentro al sujeto de mi excursión, Mary Thomas, que vivía aquí, cuidada con gran cariño y limpieza. Tenía 48 años, buena apariencia, muy pálida, delgada; pero no tan flaca como podía suponer... sus ojos débiles, su voz baja. Está privada del uso de las extremidades inferiores, y completamente encamada; su pulso bastante fuerte, su inteligencia clara y sensible. Al examinarla me informó que a la edad de siete años tuvo algunas erupciones parecidas a la viruela, que se desarrollaron confluentes y en todas partes... Después de esto se apoderaron de ella en la primavera y otoño tumefacciones e inflamaciones, durante las cuales guardó cama, pero a intervalos pudo pasear, y una vez fué a Holywell con esperanza de curación.

A los 27 años fué atacada por el mismo mal, pero de manera más violenta y permaneció insensible durante dos años y medio; no tomó ningún alimento, sin embargo, sus amigos le abrían la boca a la fuerza con una cuchara para poderle hacer tomar algo; pero en el momento en que retiraban la cuchara, sus dientes volvían a unirse cerrando con gran rechinar y violencia; durante aquel rato arrojaba grandes cantidades de sangre.

Ella recuerda bien su vuelta al sentido, y el conocimiento de todos los que la rodeaban. Pensó tener que dormir siquiera una noche, y preguntó a su madre si le había dado algo el día anterior, porque sentía mucha hambre. Le trajeron carne; pero lejos de ser capaz de tomar nada sólido, a duras penas pudo tragar una cucharada de suero ligero. Desde esta fecha, continuó durante siete años y medio sin tomar comida ni bebida, exceptuando de esta última algo para humedecer sus labios. Al final de este período, se sintió hambrienta y pidió un huevo, del que consiguió tragar como el contenido de una nuez. Por este tiempo pidió que le dieran el Sacramento; lo que hizo mojando una miga de pan en el vino. Ahora toma para su subsistencia diaria un trozo de pan del peso de dos peniques y bebe un vaso de agua; a veces una cucharada de vino; pero con frecuencia se abstiene días enteros de sólidos y líquidos. Duerme muy medianamente; las funciones ordinarias naturales tienen lugar raras veces y en muy pequeña cantidad. Su asistente me dijo que su condición mental es apacible, su temperamento igual; que era muy religiosa y muy fervorosa en su oración.[6]

La siguiente mención de Mary Thomas, que he podido hallar, es treinta y dos años posterior, y aparece en un relato de una visita hecha a ella por un artista de aquella fecha, James Ward, famoso pintor de animales que fué elegido Asociado de la Royal Academy en 1807 y R. A. en 1811. Parece que estaba haciendo una excursión por Gales, y leyendo el libro de Pennat, supo que la mujer ayunadora de que hablaba vivía aún. Con alguna dificultad descubrió donde se encontraba; pero su corta entrevista con ella tuvo sus dificultades por su ignorancia del galés y la imposibilidad de encontrar un intérprete suficientemente apto. Aun así, él satisfizo su curiosidad, y en el relato que después publicó escribe lo siguiente:

«En aquella fecha Mary Thomas contaba 77 años (*sic*), tranquila, recogida y resignada. Por medio de mi intérprete, ella contestó libremente a las siguientes preguntas:

—«¿Se abstiene V. de toda clase de comida?».
—«Sí».
—«¿Hay evacuaciones?».
—«Ninguna».

6. T. Pennant, *Tours in Wales* (edic. de 1883), Vol. II, pp. 254-6. El libro se publicó por vez primera en 1778-81.

—«¿Intenta V. deglutir?».
—«Sí, pero mi estómago arroja inmediatamente lo que tomo».
—«¿Tiene mucho dolor?».
—«Durante dos años nunca me vi privada de él; pero ahora estoy libre de dolor».

Ella puso mi mano sobre su pecho, lo cual producía la sensación de tenerla sobre un esqueleto. Sus muslos y piernas eran inservibles y dobladas bajo ella: sus brazos estaban elevados hacia sus hombros en un ángulo muy agudo... Se me informó que durante un período de diez años... permaneció en estado de torpor, inconsciente de su propia existencia, y que durante este largo intervalo no tomó alimento de ningún género».

Mr. Ward añade más adelante:

«Esta vez me encontré con Sir Robert Vaughan al Rev. Mr. Lloyd, quien me informó haber administrado con frecuencia el sacramento a Mary Thomas, y en aquellas ocasiones encontró siempre tan excitados sus sentimientos religiosos, y su mente tan poco común, como para suscitar su admiración y respeto. En cuanto puedo juzgar, la piedad y la resignación son los rasgos más salientes de su carácter [7].

Es asunto muy difícil determinar hasta qué punto podemos confiar en estas declaraciones. Por una parte evidencia que cuando tratamos con una mujer encamada en esas condiciones, quienes la atendían debían saber si se le daba o no se le daba comida o si hubo algo que probara el paso de la comida. Por otra parte nos vemos precisados a sospechar una tendencia a decir que, la inválida que tomó muy poco, no tomaba absolutamente nada. Mr. James Ward permaneció con la enferma el tiempo suficiente para completar un esbozo a lápiz, que aparece reproducido en el delgado volumen

7. Ward. *An Account of Mary Thomas,* etc., p. 2.

en folio que publicó más tarde [8]. Probablemente este contacto personal con Mary Thomas, la inválida, es lo que un año o dos más tarde movió a James Ward a tomar mucho interés en el caso de otra mujer ayunadora, Ann Moore, de Tutbury [9], mencionada más arriba. Como muchos otros de sus contemporáneos, el Académico Real, sin duda influído por la anterior experiencia, no tuvo inconveniente en aceptar la alegación de esta impostora, de que había vivido sin alimento. Pero antes de la descubierta final de su fraude, él consiguió el año 1807 hacer una segunda visita a Mary Thomas. En esta ocasión, tomando por compañero a un joven amigo, nos dice que en Dolgelly hallaron grandes dificultades para encontrar a alguien que les enseñara el camino de su caserío. Finalmente tropezaron con un anciano que hacía de guía a los que venían a escalar Cader Idris. Los llevó a la casa, y allí vió una vez más a Mary Thomas «poco cambiada, aunque acostada en una nueva postura. Ella declaró que no podía durar mucho. Cuando se le preguntó si no deseaba ser exonerada por la muerte, replicó con calma: «Cuando sea la voluntad de Dios». Y Mr. Ward continúa:

«Las personas que la rodeaban, que no eran las mismas que la cuidaban en su última visita de 1802, me pudieron dar poca información satisfactoria en cuanto a su historia anterior. Les hablé de las circunstancias que se me refirieron en aquella ocasión; todas ellas fueron corroboradas, particularmente los diez años de torpor; estaban convencidos de que no recibió alimento

8. El título completo es *An Account of Mary Thomas of Tanyralt in Merionethshire and of Ann Moore of Tutbury,* por James Ward, R. A. (London, 1813). El libro está dedicado a Sir Joseph Banks, Presidente de la Royal Society, que fué un gran mecenas de la ciencia, así como colector de objetos raros.

9. Vid. p. 518.

durante aquel período. Admitían, sin embargo, que actualmente hacía de vez en cuando un esfuerzo para tragar un poco de pan y beber un poco de agua. Pero la cantidad no excedía de una onza de pan en quince días, y un vaso de agua tomada a intervalos en pequeñísimas cantidades; y aun esto no quedaba en el estómago. Todo esfuerzo de deglución la ponía enferma, y cualquier cosa que tomara, *generalmente* lo rechazaba el estómago al instante, o *nunca* retenía por más de diez minutos.

Mr. Ward también vió al viejo Lewis Evans, que había conocido a Mary Thomas durante cincuenta años. El declaró que las circunstancias antes mencionadas eran estrictamente verdaderas, explicando, sin embargo, que «ella había continuado largo tiempo en el estado en que la vió, pero que la costumbre frenó tanto la curiosidad, que los vecinos le hacían poco caso».

El libro escrito por James Ward estaba a punto de aparecer cuando le llegaron noticias de las rigurosas pruebas a que habían sido sometidas las pretensiones de Ann Moore. Bajo estrecha vigilancia, ella fracasó al noveno día de esta observación e hizo una clara confesión de su impostura, no intentando ni ocultar el dinero que así había ganado. Mr. Ward, que había asociado este caso con el de Mary Thomas, quedó plenamente desconcertado, y antes de poner el libro en circulación le añadió la siguiente nota:

«El caso de Mary Thomas, que forma la primera parte de las precedentes páginas, se ha hecho, por lo menos, dudoso por confesión de Ann Moore, y siento añadir que la muerte de ella (Mary Thomas), ocurrida el año pasado me ha impedido desarrollar plena y satisfactoriamente los detalles. Pero no se sigue como consecuencia natural que Mary Thomas deba ser una impostora, porque la mujer de Tutbury haya confesado su culpa. Todo el tenor de su conducta, con la ausencia de motivos naturales para la práctica del fraude,

todavía comunica un grado de autenticidad a su historia. Sin embargo, habiendo sido hasta ahora engañado por la categórica y seria afirmación de Ann Moore, pienso que la prueba en favor de Mary Thomas se ha debilitado mucho. En realidad, los casos eran diferentes. Ann Moore era una mujer de carácter débil; estaba complicada con su hija viviendo juntas, y que hizo mucho dinero con el fraude que explotaba. Nada semejante se puede afirmar de Mary Thomas. Esta vivía demasiado lejos de todo centro de población para atraer gran muchedumbre de visitantes. No hay la menor sugerencia de que le sobreviniera ventaja pecuniaria alguna, y su edad y enfermedad le impedían tomar parte activa en ninguna trampa.

Su historia, en algunos aspectos, presenta un notable paralelo con la de Mollie Fancher y Mrs. Croad, que han sido discutidas anteriormente en estas páginas. El lector recordará que estas dos afligidas neurasténicas, mientras permanecieron por muchos años aprisionadas en sus camas, según declaración de quienes las asistían, prácticamente no habían comido nada. Al escribir acerca de Mollie Fancher, yo no tuve a mano el folleto del Dr. W. H. Hammond, *Fasting Girls; their physiology and Pathology* (New York, 1879), que, como Profesor de enfermedades mentales y del sistema nervioso, en el Departamento Médico de la Universidad de la Ciudad de New York, y en la Universidad de Vermont, etc., publicó para desbaratar y extinguir ridiculizando la afirmación adelantada por ciertos periódicos de que Miss Mollie Fancher vivió sin tomar alimento. Este distinguido médico, autor de muchas obras acerca de trastornos mentales, había consagrado en su libro anterior [10], un capítulo al tema de «Fasting Girls». Así,

10. El volumen en cuestión se titula: *Spiritualism and Allied Causes and Conditions of Moral Derangement* (New York, Puttman, 1876).

cuando algunos periódicos de New York trataron de explotar el caso extraño de Mollie Fancher, el Dr. Hammond se lanzó al instante a la refriega, y en tono elevado de un experto hombre de ciencia —hay que recordar que era de la edad de Huxley y Tyndall— denunció el absurdo en que incurrían quienes creían que alguien pudiera vivir sin comer. En su ataque contra los doctores Speir, Ormiston y otros, quienes proclamaban su fe en que Miss Fancher en realidad no tomaba comida o casi nada, él tuvo ocasión de citar al reporter de *The Sun,* periódico de New York, que había tenido una entrevista con los doctores citados. Por este medio sabemos nosotros que este periódico publicó opiniones expresadas por el Dr. Speir y por Ormiston en los siguientes términos:

«Preguntó al Dr. Speir:

«¿Es verdad que ella no ha tomado comida en estos trece años?

«No, yo no puedo decir que ella no haya tomado; no he estado con ella constantemente durante trece años; pudo haber tomado comida en mi ausencia. Sus amigos han empleado toda clase de recursos para hacerle tomar alimentos. Se le ha obligado a la fuerza y se han empleado medios artificiales para que pudiera llegar al estómago. Sin embargo, la cantidad en conjunto ha debido ser muy pequeña en todos estos años».

«¿Ha considerado usted el caso de tan extraordinaria importancia como para llevar a muchos médicos a verla?».

«Sí, y ha llamado mucho la atención. Yo tengo cartas de cerca y de lejos sobre el asunto, y las revistas médicas piden información».

De manera parecida sabemos por la mismo revista que el Dr. Ormiston, uno de los médicos de Miss Fancher desde el principio, y que la visitó en todas las fases de su larga enfermedad, dijo que él estaba convencido de que no podía haber engaño. El no hallaba

motivo para ello, ni creía que lo hubiese intentado. En cuanto a su abstinencia de comida hizo pruebas con el Dr. Speir, quedando satisfechos de que ella no comía ni pretendía comer, y en total, en todos estos años no llegaría a la cantidad ingerida por un hombre sano en una sola comida [11].

Cuando nosotros recordamos que a pesar del ataque del Dr. Hammond los dos médicos aquí interrogados sostenían sus argumentos, y catorce años más tarde de haber continuado atendiendo el caso reafirman la misma convicción [12] apenas podemos dudar de su completa fe y buena seriedad. Estuvieron ininterrumpidamente en contacto con la afligida joven, conocían bien su carácter, su lastimosa condición y la integridad de los que la atendían. El Dr. Hammond nunca había visto a Miss Fancher, y argüía ateniéndose sólo a los principios que llevaron a proclamar que Louise Lateau y otras místicas católicas, a quienes se creía vivir sin comida, eran mentirosas o ilusas.

Los casos de Marie Futner, Janet McLeod, y Josefina Durand son, a mi parecer, excepcionalmente convincentes [13]. Aun aceptando alguna exageración, parece que estamos obligados a admitir que mucha gente, en cuyos casos no se puede suponer intervención milagrosa, han vivido por años con una porción de alimento nutritivo que solamente podía pesarse por onzas, y ante esta prueba nos veremos obligados a admitir la justeza de la conclusión de Benedicto XIV: la simple continuación de vida, cuando se rehusan la comida y bebida, no puede suponer con seguridad que es debida a causas sobrenaturales.

---

11. B. A. Hammond, *Fasting Girls; their Physiology and Pathology* (Puttman, New York, 1879), pp. 53-4.
12. Vid. pp. 440 a 443.
13. Vid. pp. 520 a 526.

CAPITULO XVII

MULTIPLICACION DE ALIMENTOS

El 4 de junio de 1933, Domingo de Pentencostés, un devoto sacerdote diocesano de Poitou, llamado André Hubert Fournet, muerto hace cien años, fué canonizado en San Pedro con toda la solemnidad acostumbrada. Aunque fundador de una muy extendida congregación religiosa, «les Filles de la Croix» [1], su vida es probablemente poco conocida por la mayoría de los católicos de este país. Estaba yo en Roma al tiempo de su canonización y quedé muy impresionado por las ingentes muchedumbres, principalmente peregrinos franceses, que vinieron a asistir a la ceremonia, como también de las multitudes que se apiñaron en la «piazza» para presenciar la iluminación de la basílica al anochecer. San André Fournet, que vivió 82 años, al estallar la Revolución Francesa estaba encargado de una parroquia. Se vió obligado a buscar refugio por algún tiempo en España, pero con riesgo de su vida volvió a su rebaño, celebrando a hurtadillas misa en un granero, y dando un maravilloso ejemplo de santidad y celo. En su piedad no había ninguna nota extravagante. Sencillez, rectitud, una caridad que abrazaba a todos, eran la tónica de su carácter; pero, como ocurre con tanta fre-

1. El Instituto educativo de que se habla aquí, se llama oficialmente «les Filles de la Croix, dites de S. André». Son distintas de las «Daughters of the Cross» fundadas por la Venerable Marie Thérèse Haze, de Lieja, como también de las monjas comúnmente conocidas como «Hermanas de S. Andrés».

cuencia, parece que Dios premió su sencillez de corazón con extraordinarias señales de favor. No es este el lugar para hablar de sus esfuerzos para revivir la fe del pueblo después de la Revolución, de sus milagros curativos, o del fervor que en ciertas ocasiones, cuando estaba predicando o diciendo la misa, le elevaba corporalmente sobre el suelo ante los ojos de todos; se le atribuye también otra forma de prodigio encontrado con frecuencia en las vidas de aquellos generosos donantes que se despojan de todas las cosas para ayudar a las necesidades temporales y espirituales de los olvidados y desamparados. Teniendo ante mí un ejemplar del sumario oficial de la prueba presentada a la Sagrada Congregación de Ritos en la causa de beatificación de San Andrés, tal vez no pueda introducir este fenómeno de la multiplicación de comida sino traduciendo parte de las deposiciones de uno o dos testigos que figuran en el proceso. Eran religiosas de aquella Congregación de las Filles de la Croix que el Santo, en unión de su heroica madre, la Venerable Elizabeth Bichier, había fundado en dura pobreza para instruir a los campesinos del Oeste de Francia, espiritualmente abandonados. Vamos a citar en primer lugar la declaración jurada de la Hermana Bartolomé que, durante trece años de su vida religiosa, tuvo por confesor a San Andrés y vivió continuamente ante sus ojos en La Puye.

Inicia esta parte de su testimonio diciendo: «El siervo de Dios, que yo sepa, nunca tuvo éxtasis. No le gustaba que habláramos de cosas tales como las visiones, y vigilaba con cierta desconfianza a las Hermanas que mostraban alguna tendencia a tener revelaciones o raptos». Luego, después de tocar algunos puntos, continúa:

«Mientras permanecí en La Puye estuve encargada del granero y de la lavandería. Era, por lo que recuerdo, el año 1824, aunque no puedo estar segura de ello. Justamente antes de la festividad de San Juan Bautista

esperábamos el retiro anual que hacíamos todas las Hermanas en común, cuando nuestra buena Madre Elizabeth (es decir la venerable fundadora Elizabeth Bichier) dijo al Padre André que aquel año era imposible reunir a todas las Hermanas esparcidas en diferentes parroquias de la diócesis y otras partes de Francia, pues ella no tenía trigo suficiente en la casa y no había dinero para comprar más. El Padre le contestó: «Hija mía, ¿dónde está su fe? ¿Cree que el brazo de Dios se ha acortado y que El no puede hacer aquí lo que hizo en otros tiempos cuando, como leemos en los Evangelios, multiplicó los panes? Vaya y escriba a las Hermanas que vengan al retiro». Luego subió el Siervo de Dios al granero donde yo estaba ocupada en aquel momento con otra de las Hermanas. Como de ordinario trajo consigo al criado porque era costumbre suya no venir sin compañía donde las hermanas. Dió vueltas por los dos pequeños montones de grano, uno de los cuales era de trigo y, el otro, de cebada. No recuerdo si bendijo los montones, ni puedo decir exactamente, por no haberlos medido, cuántos *moggi* [2] podía contener cada uno; pero los montones eran muy pequeños. Luego, el Siervo de Dios dijo a nuestra buena Madre por segunda vez que consiguiese vinieran sin tardanza las Hermanas para el retiro. En conformidad, llegaron ellas a su debido tiempo, que sumadas a la de la casa madre y a una veintena de huérfanos, alcanzaba a unos 200 el número de los que había que sustentar. Yo iba todos los días al granero para tomar el trigo necesario, y durante dos meses y medio, en otras palabras desde el principio de julio hasta la mitad de septiembre, extraje mis provisiones de aquellos pequeños montones sin que hu-

2. Para uso de los consultores de la Congregación de Ritos, la deposición hecha en francés fué impresa en italiano. Por consiguiente es difícil decir qué medida de capacidad exacta corresponde a *moggio*.

biese señales de disminución. No puedo decir con certeza cuánto tiempo estuvieron en la casa madre las Hermanas venidas de las parroquias. Como he dicho antes, yo no había medido los dos montones. Estos contenían tal vez, más de 20 bushels o *moggis*, pero ciertamente no llegaban a cuarenta, y ésta fué la cantidad que, hubiera durado una semana a lo sumo para 200 personas. A mediados de septiembre yo partí de La Puye para Angles, dejando los dos montones de grano exactamente en la misma condición en que estaban cuando el Siervo de Dios fué al granero. He oído decir que los mismos dos montones continuaron cubriendo las necesidades de la Comunidad hasta Navidad, pero no puedo declarar esto como testigo, porque, como antes he dicho, abandoné el lugar a mitad de septiembre» [3].

Esta declaración, hecha naturalmente bajo juramento, parece una prueba buena y sincera. Sólo es de lamentar que la Hermana Bartolomé entonces de 73 años, hablaba de sucesos que habían ocurrido unos treinta y cuatro años antes. Pero vamos a otra testigo, Hermana Mamertus (nacida Maria Henriette Giraud), de 68 años, quien después de confirmar con varias otras la convicción general entre las monjas de la verdad de la historia que acabamos de relatar, continúa dando cuenta de una experiencia personal ocurrida uno o dos años más tarde. A la Hermana Bartolomé sucedió en el oficio de la custodia del granero la Hermana María Magdalena, que ya no vivía cuando fueron tomadas estas deposiciones, y la Hermana Mamertus cuenta:

«La Hermana Magdalena vino un día y me dijo: «No sé qué hacer. No hay más que ocho o diez bushels (bushel, igual a unos 36 litros) de trigo en el granero, estirando por todo lo alto». Nuestra buena Madre Elizabeth (la fundadora) estaba fuera en aquella ocasión, creo que en París. Así, pues, la Hermana Magdalena acudió al Padre y le dijo que la Comunidad estaría pronto sin pan. El replicó: «Mi querida hija, ¡qué poca fe tiene! La Providencia de Dios cuida de nuestras necesidades. Envíe a moler el trigo de que dispone». Poco después noté que el Siervo de Dios se dirigía al granero, y como lo que me había narrado la Hermana María Magdalena despertó mi curiosidad, yo lo seguí. Fue al granero y cerró la puerta tras sí; pero pude observarlo por el agujero de la cerradura. Se arrodilló al lado del pequeño montón que había y empezó a orar muy fervorosamente. No sé si hizo alguna otra cosa, porque temiendo que me sorprendiese espiándole y pudiera ser reprendida por mi curiosidad, me retiré casi al instante. Pero cuando a su tiempo salió el Padre, la Hermana María Magdalena vino con los hombres del molino, y le oí el mismo día que ella había medido el trigo encontrado 60 bushels» [4].

Hubo también otro testimonio acerca del mismo suceso, pero es menos satisfactorio y se compone principalmente de declaraciones de las monjas o de los clérigos y seglares vecinos que habían oído de labios de quienes estuvieron en íntima relación con San André durante su vida. Añadamos que parecen no faltar ejemplos de parecidas multiplicaciones de alimentos, etcétera, en situaciones relativamente modernas como las que prevalecieron el pasado siglo. Por ejemplo, el Beato Gaspar del Búfalo y sus primeros compañeros sostuvieron dura lucha contra la pobreza al fundar la Congregación de la Preciosa Sangre que, de 1815 en adelante, hiciera tanto para reanimar el fervor religioso de las parroquias más abandonadas de la Italia rural. El Padre Blaise Valentini, más tarde Superior Gene-

3. *Summarium super dubio an sit signanda Commissio Introductionis Causae Servi Dei, Andreae Huberti Fournet* (Roma, 1877), pp. 376-7.

4. *Ibid.*, p. 384.

ral, al deponer en el proceso de beatificación, recuerda cómo, cuando se encargó de la Casa Madre de San Felice en Giano, durante la ausencia de D. Gaspar, escribió al fundador la imposibilidad de pagar su pasaje. Declaraba que no había otros recursos que las piedras que abundaban en el lugar. En contestación recibió este mensaje: «Bendiga las piedras y se convertirán en piastras». Aunque él tomó a broma esta contestación, ocurrió poco después que fué apremiado a pagar inmediatamente una deuda. Llamó al joven que hacía de bolsero y miraron ambos la caja, encontrando cincuenta «baiocchi» —digamos peniques— y nada más.

Esta suma era más que insuficiente para su propósito, y así, el Padre Valentini, no sabiendo qué hacer se acordó del mensaje que había recibido y, con espíritu de fe, bendijo las monedas que tenía delante. Luego procedieron a contar el dinero una vez más encontrando cinco piastras (dólares) y cinco «paoli» (francos) la suma exacta que necesitaban [5]. Las piastras eran piezas acuñadas por la casa de moneda de Pío VII, y el Padre Valentini en su deposición jurada insistía acerca de la imposibilidad de inadvertencia o ardid que pudiese explicar el misterio.

Por mucho que se esté dispuesto a sospechar de falta de observación o demasiada credulidad, el número de tales historias, muchas de ellas apoyadas en pruebas de orden, es sorprendentemente grande. Un buen ejemplo, también en caso atestado bajo juramento en el proceso de beatificación, se puede encontrar en la mayor parte de la Vida de San Juan Bosco. Para abreviar traduzco el relato del Padre Lemoyne. El incidente ocurrió en 1860 en una de las casas Salesianas, la de Turín, donde se formaban gran número de jóvenes estudiantes.

5. *Summarium super dubio an sit signanda Commissio Introductionis Cousae S. D. Gasparis del Bufalo* (Roma, 1851), p. 308.

No había pan en la casa y el panadero rehusó traer más hasta que se saldara la cuenta que había ascendido a 10.000 liras. Informaron a Don Bosco, que se encontraba en el confesonario, de que no había nada para desayunar. El envió recado de reunir el poco pan que pudiesen encontrar, y que él mismo vendría a distribuirlo. Un joven, Francis Dalmazzo, que oyó esta discusión (estaba confesándose en aquel momento) fué testigo atento de lo ocurrido. «Yo encontré un lugar —dice— desde donde pude contemplar la escena, justamente detrás de Don Bosco, que estaba haciendo preparativos para distribuir los panecillos (*pagnottelle*) a los trescientos muchachos que llegaban. Fijé al instante mis ojos en la cesta y vi que contenía, a lo sumo 15 o 20 panecillos. Mientras tanto. Don Bosco continuó la distribución, con gran sorpresa mía, advertí que quedaba la misma cantidad existente al principio, sin que hubieran sido traídos otros panecillos ni hubiese sido cambiada la cesta». La impresión producida por este prodigio fué tan grande que el joven en cuestión que había decidido aquella mañana volver a casa porque encontraba la vida demasiado severa, se quedó allí, y llegó a ser Salesiano [6].

Todavía fueron más notables dos casos de multiplicación de alimentos, que fueron aceptados como milagros para la beatificación de Santa Germana Cousin. Aunque ésta murió en 1601, no fué beatificada hasta 1854, porque su causa suspendida por circunstancias que no interesan aquí, fué resumida cuando tuvieron lugar las maravillas que se refieren en el Convento del Buen Pastor de Bourges, en 1845 y los años siguientes. Desgraciadamente en un capítulo como el presente es difícil dar detalles completos que son necesarios para que

6. G. B. Lemoyne, *Vita del Beato Giovanni Bosco,* Vol. II, pp. 459-60 ; y cf. Auffray, *Life of Blessed John Bosco* (traducción inglesa), p. 215.

el lector aprecie la fuerza de la prueba. Me contentaré con una declaración sumaria como, por ejemplo, la que puede encontrarse en la reciente Vida, en inglés, de la Beata Madre Pelletier. Se nos informa que durante el invierno excepcionalmente severo de 1845, escaseó la harina en el convento de Bourges.

Había que alimentar a ciento dieciséis personas; el hambre estaba a la vista. La superiora pensó en la Venerable Germana... Se hicieron novenas en su honor... Diariamente se leía un trozo de su Vida, se distribuyeron medallas, una de las cuales estaba colgada en el horno. Las Hermanas encargadas de la panadería amasaban doce bushels de harina cada cinco días, que hacían veinte grandes hogazas de pan. La Superiora ordenó que en adelante se emplearan sólo ocho bushels y rogaron a la Venerable Germana que hiciera lo demás. No obtuvieron el resultado apetecido, y el pan duró solo tres días. Tampoco tuvieron éxito el segundo y el tercen intento. Sin perder la confianza, la Superiora rogó a la pequeña Santa: «Haz que la cantidad de harina sea suficiente para veinte panes»... El milagro se realizó. La primera hornada, aunque hecha con sólo ocho bushels, produjo veinte grandes hogazas de veinte a veintidos libras cada una. La segunda hornada todavía fué más maravillosa: al preparar la masa aumentó de tal manera, que en pocos momentos rebasó la artesa. Las Hermanas llenaron el horno y calcularon que aún les quedaban veinte libras de masa sin contar la levadura, no obstante haber empleado no más de cuatro bushels de harina. Cinco días más tarde tuvo lugar la misma multiplicación en dos hornadas. Pero este fué un comienzo de la serie de favores que se recibieron por mediación de la Venerable Germana. En el granero del convento había una provisión de harina que a lo sumo hubiera durado con cuidado dos meses. A las pocas semanas, las Hermanas observaron que, no obstante haberse reducido la cantidad, esta disminución

no guardaba proporción con la cantidad empleada. «Deseando» dicen ellas «sorprender a la pequeña Santa infraganti en un milagro», a principios de febrero empezaron a medir la harina. Al final de la quincena hicieron lo mismo. La harina pesaba exactamente lo mismo que quince días antes, a pesar de dos hornadas, y así la Comunidad, sin saberlo, estaba recibiendo directamente de los graneros de la Providencia. Desde noviembre de 1845 hasta febrero de 1846 Santa Germana había practicado toda forma de multiplicación de pan y de harina [7].

Pero es un hecho que prodigios de esta clase son frecuentes en nuestras vidas de santos. En cuanto a algunos, las pruebas son muy inadecuadas. pero otros casos están bien comprobados. Prosper Lambertini (Papa Benedicto XIV), en su gran tratado de la Beatificación y Canonización de los Santos, consagra un capítulo a esta materia, y reconoce plenamente el carácter sobrenatural de estas multiplicaciones donde se han tomado las precauciones del caso contra errores, falta de observación, etc. El mismo cita [8] varios casos en que tales incidentes son descritos de forma expresa como milagrosos en las bulas de canonización de santos muy conocidos. Menciona en particular a Santa Clara de Asís, San Ricardo de Chichester, Santa Teresa de Avila, Santa Francisca Romana, Santa María Magdalena de Pazzi, San Pio V, etc., y refiere otros casos relacionados con los nombres de Santo Tomás de Villanueva, San

---

7. *Belessed Mary of St. Euphrasia Pelletier,* por una religiosa de su Congregación (Burns, Oates & Washbourne, 1933), pp. 252-4. Una completa declaración de la prueba tal como se presentó a la Congregación de Sagrados Ritos, se encontrará en Veuillot, *Ste. Gemaine Cousin* (1904), pp. 177-85. No estoy seguro de si el uso de la palabra «bushels» de harina está garantizado por las deposiciones originales.

8. Lib. IV, part. I, cap. 23.

Luis Beltrán [9], Santa Rosa de Lima, San Luis Gonzaga, San Francisco Xavier, Santa Cunegunda, Santa Isabel (Reina de Portugal), y algunos más.

Ni tampoco se puede decir que estos maravillosos fenómenos están limitados a aquellos cuya alegada santidad ha sido ratificada por la sanción oficial de la Iglesia. Hay algunos místicos que, por decirlo así, especifican este tipo de manifestación y que alegremente no han vacilado en poner a prueba sus asombrosas facultades con el más ligero pretexto. Tal vez el más notable ejemplo con que me he encontrado es el del carmelita Padre Angiolo Paoli, que nació de humilde familia toscana en 1642, y murió en Roma en 1720. Verdad es que se introdujo la causa de su beatificación, y que las deposiciones de los testigos fueron debidamente tomadas bajo juramento, publicándose en 1756 una Vida completa basada «en los procesos Ordinario y Apostólico aprobados ya por la Santa Sede». El Padre Angiolo, por tanto, es descrito ahí exactamente como «el Venerable Siervo de Dios», y aunque muerto hace más de 200 años, no parece que se publicará jamás decreto de beatificación y, al parecer, la causa ha sido abandonada. Pero el largo capítulo que trata de «su don de multiplicar comidas y bebidas en servicio de los pobres y enfermos», al parecer confirmado en cada ejemplo registrado, por una referencia a las pruebas presentadas en el proceso, nos dice varias cosas muy curiosas. Entre los amigos de Angiolo figuraba cierto Padre Castelli, entonces General de los Servitas. En una ocasión, después de haberlo visitado, el buen carmelita observó cuando se despedía:

«Padre General, ¿qué me dará para mis pobres?». El General contestó que nada tenía para darle. «No»,

9. Se verá por la *Life of St. Luis Bertrand,* por Fr. Wilberforce, O. P. (pp. 241-2), que la prueba de tales milagros no siempre es armoniosa y clara.

dijo el Padre Angiolo, «yo sólo quiero unos pocos bizcochos y dulces para mis pobres enfermos». «Le daría de buena gana si tuviese, pero no tengo ninguno» dijo el General. A lo que el Padre Angiolo replicó: «Bien, yo revisaré este aparador; ya se que encontraré algo». Y así, abriendo el armario de la pared donde el Socius del Padre General guardaba las servilletas y otros utensilios de mesa, descubrió algunos trozos de pan (*tozzi di pane*), que todos juntos no llegaban al volumen de un pan pequeño (*pagnotta*) y medio, o dos a lo sumo, y los metió en su manga izquierda. Entonces el General, y el Padre Maestro Maggini que estaba también presente, advirtió sonriente: «Después de todo, Padre Angiolo, no ha conseguido mucho». Tras hablar un rato, él se fué a casa, y el Padre General y Padre Maggini decidieron acompañarlo. Llegaron los tres hasta la Torre de 'Conti' cuando el Padre Angiolo empezó a repartir limosnas a varias personas de ambos sexos, pequeñas y grandes que le pedían, distribuyendo los residuos de pan que había tomado del aposento del General, pero sin partirlos en manera alguna. El continuó haciendo lo mismo hasta S. Pietro in Vincoli; por lo cual el Padre Maggini estaba tan asombrado que volviendo a él le dijo: «¡Válgame Dios! ¿Tiene usted una cesta llena de pan en su manga?» Usted está dando limosnas a los pobres de la ciudad con el pan que ha conseguido del Padre General». El Padre Angiolo no contestó, pero el General que había observado cuanto sucedía, hizo una señal a su compañero para que guardara silencio.

El relato continúa describiendo, cómo el Padre Angiolo, durante un largo paseo, dió a todo el que le pedía, y añade que «con estos pocos trozos de pan, apenas suficientes para dar a siete u ocho pobres, él satisfizo a cincuenta o sesenta pobres, yéndose todos contentos con la limosna que habían recibido». Como comentaba el Padre Maggini, «no tenía más que los pedazos que había tomado del General, y nosotros que no apartá-

bamos la vista de él durante todo el tiempo, supimos que nunca interrumpió su marcha en el camino para recibir ninguna clase de nuevas provisiones» [10].

Todo esto fué claramente una obra de auténtica caridad para con los pobres, en la que es fácil creer que Dios cooperase con Su Siervo haciendo un sorprendente milagro. Lo que es menos inteligible es la confianza manifestada por el Padre Angiolo de que sería secundado en todo tiempo en sus esfuerzos para proveer una agradable jira a amigos acomodados que le ayudaban en sus buenas obras. En un día verdaderamente caluloroso de junio, parece que el Padre invitó a un grupo de ellos a una especie de merienda donde él presentó los que se mencionan de Santa Veronica Giuliani, lechugas y rábanos para ensalada, una tarta y también una cesta de fresas para postre, todo lo cual era imposible adquirir prácticamente en aquel tiempo de sequía. Estas cosas, no interesa saber dónde las habría obtenido, bastaron para que, sin agotarse, merendaran una docena de personas, mientras una sola botella de vino repartido libremente bastó para todos, sobrando aún media botella. En otra ocasión parecida, una sola botella de vino (*un fiasco di vino della misura de un bocale*) fué suficiente para veinticinco personas que bebieron vasos llenos, y algunos dos, otras un vaso y medio, quedando al final la botella a medio llenar. El Signor Bellotti, cuyas declaraciones son citadas en el proceso de beatificación, depuso que aunque «tres *bocali* (¿ampollas?) de vino, que a lo sumo no hubieran bastado para que todos echaran un trago, solamente medio *bocale* bastó para que todos los reunidos saciaran su sed y quedaran satisfechos».

Todavía son más sorprendentes algunos de los incidentes de idéntica clase que ha relatado el Padre Cacciari [11], en realidad tan asombroso que uno se pregunta si toda la Vida no es una atrevida ficción. Sin embargo esto es imposible. Es un considerable volumen impreso en Roma durante el pontificado de Benedicto XIV, dedicado al Cardenal Arzobispo de Ferrara y con su necesario imprimatur, así como varias aprobaciones muy laudatorias. Se citan como testigos a muchos que debían ser muy conocidos en los círculos eclesiásticos, y hay una serie de referencias al *Sommario* del proceso de beatificación, volumen impreso que sé existe y del cual, desgraciadamente, no he podido hacerme con un ejemplar. Repetidas veces se nos habla de la división de una golosina en porciones fácilmente numerables, y después de su distribución a tres o cuatro veces mayor número de pacientes del hospital, recibiendo cada uno una porción entera. Pero tal vez el rasgo más curioso de todos es la firme convicción que al parecer poseía el Padre Angiolo, si deseaba dar algo a los pobres o refrescar la sed de sus amigos con una copa de vino o un poco de fruta —y de hecho, según testimonio de muchos respetables testigos, siempre lo conseguía— de poder obtener siempre ayuda sobrenatural para capacitarle a satisfacer su deseo, cualquiera que fuera el número de los recipientes [12].

Aun en tiempos modernos encontramos de vez en cuando que se mencionan multiplicaciones milagrosas que no pueden atribuirse a ninguna necesidad real. En el proceso del Beato José Cottolengo hay una historia de un incidente presenciado por el Canónigo Vogliotti y otro sacerdote. Alguien trajo a Cottolengo una peque-

10. *Ibid.*, p. 294.

11. P. T. Cacciari, *Della Vita, Virtù e Doni Sopranaturali del Ven. Angiolo Paoli* (Roma, 1756). pp. 62-4.

12. En la Vida arriba citada (pp. 291-319), se citan un gran número de casos detallados. El autor, Padre Cacciari, fué el Postulador de la Causa, y debió tener ante sí todas las deposiciones originales.

ña cesta de cerezas, que él distribuyó a puñadas a multitud de sus estudiantes. Fueron suficientes para todos, pero la cantidad distribuída no estaba en proporción con nada de lo que la cesta podía haber contenido. El Canónigo y su compañero se marcharon asombrados, pero no en manera alguna desedificados al observar cómo la Divina Providencia parecía «tomar parte en un juego» (*quasi scherzare*) con el generoso siervo de Dios» [13].

Sería cosa de nunca terminar el tratar de compilar una lista de gente devota en cuyas vidas se recuerdan tales multiplicaciones de alimento. Me contentaré, pues, con una simple referencia a la admirable documentada Vida de la Venerable Gertrude Salandri [14] († 1748); al fraile alcantarino, el Beato Andrés Ibernon († 1602) [15]; al capuchino, Beato Crispín de Viterbo († 1750), que parecía divertirse en tales milagros, pero hacía las cosas molesto para los que no daban [16]; y de la mística de Roveredo, la Venerable Giovanna Maria della Croce († 1673) [17].

También muchos más famosos ejemplos, tales como los que se mencionan de Santa Veronica Giuliani, San Pablo de la Cruz († 1673) y Lidwina de Schiedam, pero lo que aquí se ha dicho bastará para mostrar que la alegada multiplicación de alimentos, aunque con frecuencia la prueba sea inadecuada, no puede despreciarse como un fenómeno que simplemente pertenece al dominio de la leyenda.

13. *Positio super Introductione Causae S. D. Josephi B. Cottolengo* (Roma, 1877), Summarium, p. 410.

14. *Vita* (Roma, 1774), pp. 264, 288, 346.

15. Mondina, *Vita del Beato Andrea Ibernan* (Roma, 1791), pp. 134-8.

16. *Vita del Beato Crispino de Viterbo* (Roma, 1791), pp. 134-8.

17. B. Weber, *La Vénérable Jeanne-Marie de la Croix* (Paris, 1856), pp. 126, 203-4, 380.

INDICE ONOMASTICO

INDICE GENERAL

FE DE ERRATAS

Pág.	línea	dice	debe decir
4	2	PHENOMENA MYSTICISM	PHENOMENA OF MYSTICISM
16	6	conversación	conversión
35	19	veinte	ochenta
68	39	sacrificar	crucificar
110	8	en la frente	en frente
155	23	pueden ser juzgados	puede ser juzgado
172	16	íntegro secular	enteramente profano
196	29	de donde	del don de
273	35	p. 202	p. 298
279	3	Desparatus	Despatures
323	24	disposiciones	deposiciones
329	9	discípulo	discípulo Antonio
341	20	vinieron	vinieron por